Miguel Agustín Pro

Memorias biográficas

Rafael Ramírez Torres S. J.

Miguel Agustín Pro

Memorias biográficas

Por

RAFAEL RAMIREZ TORRES, S.J.

1976

Homenaje filial a la heroica Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, en el LXV aniversario de su rehabilitación jurídica: 1907-1972.[1]

[1] Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II en 1988. Su fiesta, como beato y mártir, es el día del aniversario de su muerte, el 23 de noviembre. (NOTA DEL EDITOR)

ÍNDICE

ADVERTENCIA PRELIMINAR..... 6

PARTE PRIMERA.....10

HISTORIA SIN HISTORIA..... 10

Capítulo I..... 11
LOS PRIMEROS AÑOS (1891-1906)..... 11
Capítulo II..... 34
EL OFICINISTA (1907)..... 34
Capítulo III..... 58
LA CRISIS Y SU REACCIÓN
(1907-1911)..... 59
Capítulo IV..... 87
EN LA CASA DE EL LLANO (1911-1914)..... 87
Capítulo V..... 115
LA TORMENTA Y EL DESTIERRO
1914-1917..... 115
Capítulo VI..... 138
EN ANDALUCIA..... 138
Capítulo VII..... 166
JUNTO AL LAGO DE GRANADA, NICARAGUA.....166
Capítulo VIII..... 184
PREPARÁNDOSE AL GRAN DIA, 1922-1924..... 184
Capítulo IX..... 208
SACERDOTE PARA SIEMPRE..... 208
Capítulo X..... 231
REDUCIDO A LA NADA (1925-1926).....231

PARTE SEGUNDA.....256

HISTORIA TRÁGICA..... 256

Capítulo XI..... 257
REVOLUCION DEMOCRATICA CONVERTIDA
EN PERSECUTORIA..... 257
Capítulo XII..... 284
LA ACTUACIÓN DE LOS CATÓLICOS.....284
Capítulo XIII..... 313
EN PLENO TORBELLINO..... 313
Capítulo XIV..... 337
TODOS VOSOTROS SOIS HERMANOS.....337
Capítulo XV..... 359
EL TRÍPTICO SUBLIME EN ACCIÓN..... 359
Capítulo XVI..... 384
LAS DIFICULTADES DEL GOBIERNO..... 384
Capítulo XVII..... 419
LA NEGATIVA DEL VATICANO..... 419
Capítulo XVIII..... 436
¿UN MÁRTIR MÁS DEL ODIO
A LA SANTA SEDE?..... 436
Capítulo XIX..... 464
TODO ESTÁ CONSUMADO.....464

APÉNDICES.....489
Apéndice I..... 490
EL CASO DEL ING. LUIS SEGURA VILCHIS..... 490
Apéndice II..... 518
LA FAMILIA PRO Y LA DEFENSA ARMADA.....518
Apéndice III..... 550
ALGUNOS DATOS CURIOSOS..... 550
BIBLIOGRAFÍA..... 568

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Benévolo lector: quizá te admires de que, habiendo escrito ya varios autores acerca de la vida del P. Miguel Agustín Pro, de la Compañía de Jesús, quiera yo ahora retomar su historia. A esto me tan movido serias razones. Desde luego, que nuestro Señor en tal forma se ha servido glorificar a su siervo, que desde hace ya muchos años ha podido llenarse con la sola enumeración de las gracias obtenidas por su medio, la hoja titulada "Favores del P. Pro", que se reparte a millares. Además, me parecía no carecer de importancia el que a las historias ya impresas se añadan los recuerdos personales que la convivencia con el P. Miguel me dejó durante los años de noviciado y formación en los estudios. En tercer lugar, le soy deudor de no pocas gracias espirituales alcanzadas por su intercesión. Finalmente, y de modo muy especial, me ha movido el haber sospechado, tras de revolver no poros documentos, que *la verdadera causa inmediata de la extraordinaria solemnidad y publicidad mundial* con que se rodeó el martirio del P. Pro, aparte de la general y ya muy bien demostrada del odio a la fe católica y a la Iglesia, y cuya demostración no intento repetir en este libro, fue una *venganza directa y personal* de los dos grandes jefes de la revolución en aquellos días, contra la Santidad de Pío XI, por no haber accedido este Pontífice, que tanto amó a México, a dejarse engañar con las proposiciones de paz que dolosamente le hacían dichos jefes, con la mira de acabar con el ejército cristero y tomar así a los católicos del todo inermes

Dividiré las presentes memorias biográficas en dos partes que corresponden la primera al período de vida seglar y en las casas de formación del P. Miguel, o sea de enero de 1891 a junio de 1926; y la segunda al breve período de sus ministerios, que hubo de ejercitar, una vez ordenado sacerdote, entre los torbellinos pasionales desatados por la persecución religiosa; período pequeño que abarca apenas del 8 de julio de 1926 al 23 de noviembre de 1927, pero que está lleno de grandes lecciones y ejemplos de virtud para el apostolado moderno. Porque fue el P. Miguel un dechado de apóstoles en las circunstancias más difíciles, en un tiempo en que se necesitaban juntamente las virtudes sólidas y perfectas, la flexibilidad para cambiar de actitudes sin perder la propia personalidad ni la fidelidad a Cristo, el apasionamiento profundo y exaltado por el bien de las almas, el saber insinuarse en las almas hostiles a la Iglesia para ganarlas a Dios, la ingeniosa pericia para despistar a los perseguidores sin dejar de cumplir los propios deberes; y sobre todo un gran optimismo sobrenatural en medio de la cerrazón sin esperanza de luz, de la persecución más dolosamente planeada y ejecutada de todos los tiempos, hasta 1930,

En cuanto al método, no he intentado recoger cuantas minucias recuerdo de nuestro mártir, cosa tal vez inútil y aun para algunas almas timoratas quizá menos edificante; ni tampoco tragar una imagen idealizada, en la que sólo aparezcan las virtudes y heroísmos. He procurado tomar un término medio tal que la figura del P. Pro aparezca así como era, sin subrayar más de lo que dio la realidad unos rasgos u otros. La santidad del P. Pro se desarrolla en una selva virgen de ocurrencias, chistes y donaires que, dada la condición humana, lo llevan naturalmente a caer en ciertos defectos y en algunas faltas, mientras mantiene un fondo

perfectamente palpable de magníficos heroísmos. Así lo expresaba ya el Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, cuando se iniciaron los trabajos para la beatificación: "Por lo visto, decía, en el P. Miguel Agustín Pro la gracia sublimó a la naturaleza en su tendencia al humorismo; de manera que una serie de hechos patentiza cómo la gracia lograba equilibrar a la naturaleza. Es cierto que con frecuencia, así en su vida familiar como en la religiosa, el P. Miguel traspasó la justa medida y se excedió. Pero compensó esa actitud exagerada con bellos actos de caridad, de piedad, de mortificación y de otras virtudes; de manera que nos ha revelado un tipo nuevo de alegría espiritual; la alegría tipo Pro, como la del tipo Francisco de Asís y la del tipo San Felipe Neri, aunque éstas son de diferente estilo."[2]

Por lo que mira a la documentación, lo que son recuerdos personales no llevarán cita especial; los otros documentos se citarán al pie de la página, en su mayor parte; pero al final de la obra pondré un elenco de varios autores que me han servido para completar o avivar mis recuerdos, y que pueden servir para quienes quieran ahondar en la materia. Es de justicia adelantar que, como base muy principal, me he servido de la *Vida íntima del P. Pro* escrita en francés por el P. Antonio Dragón, S. J., en la 3a. ed., 1960, traducida al castellano por el Vicepostulador en la causa de beatificación de nuestro mártir, el P. Rafael Martínez del Campo, S. J. También de modo especial me he ayudado en la primera parte, de la obra del P. Adolfo Pulido, compañero del P. Pro durante el noviciado y los estudios, titulada *La Alborada de un Mártir;* y de la *Vida del P. Pro* por el P. Bernardo Portas, S. J., Director espiritual del P. Pro durante el magisterio en la República

[2] Cita de Marmoiton en *"Le Père Pro Apôtre et Martyr"*, Toulouse, 1935, pág. 165.

de Nicaragua; y finalmente de La del P. Víctor Marmoiton, S. J., *Le Pére Pro Apôtre et Martyr*. Entre otras obras he consultado la de la señora Fanchón Roger, que viajó a México para estudiar el asunto sobre el terreno mismo de los sucesos. Tituló su obra: *Father Pro Modern Apostle and Martyr*. Por lo que hace a la segunda parte, comprenderán los lectores que no es posible aún, dado lo fragmentario de la documentación que ha salido a luz, establecer juicios definitivos sobre diversos puntos, por otra parte interesantísimos, así religiosos como políticos. He utilizado lo que pude del material histórico publicado; pero la última palabra queda reservada a los futuros historiadores. Quiera nuestro preclaro mártir bendecir esta humilde contribución a su gloria.

Aprovecho la oportunidad de hacer público mi agradecimiento por su muy eficaz cooperación en el presente trabajo, mediante muy útiles advertencias, a los PP. Enrique M. Cárdenas, S. J., nuevo Vicepostulador en la causa de beatificación del P. Pro; Luis Medina Ascensio, S. J., Doctor en Ciencias Históricas por la Universidad Gregoriana de Roma; y al P. Alberto Valenzuela Rodarte, cuyo nombre es ya muy conocido en las letras mexicanas.

En cuanto a las personas que llamo santas o de virtudes heroicas en la narración, protesto que de ningún modo pretendo adelantarme al juicio de nuestra Madre la Santa Iglesia, al que rendidamente me someto.

Parte Primera

HISTORIA SIN HISTORIA

Capítulo I

LOS PRIMEROS AÑOS (1891-1906)

He titulado la primera parte *Historia sin historia*, porque en realidad la vida del P. Pro hasta llegar al sacerdocio, no presenta suceso alguno de gran relieve. Está contenida en una serie de pequeñas anécdotas muy útiles para conocer el carácter y temperamento del P. Miguel y el camino que fue siguiendo su formación espiritual, científica y literaria, pero que no tuvieron trascendencia fuera de las paredes del hogar o de los muros de las casas religiosas. A pesar de todo, las encontrarán interesantes sus devotos de modo particular para mejor conocer el genio singular de esta alma a quien Dios concedió tan brillante martirio.

Interesa desde luego conocer el ambiente familiar que rodeó sus primeros años. Por lo que hace al ambiente político, reducido al llamado porfirismo, no tiene importancia por el momento, ya que tanto el papá, como toda la familia, fueron apolíticos por convicción y jamás se mezclaron en tales asuntos. Más adelante sí será necesario hacer algunas consideraciones. Las familias católicas de aquel tiempo, se defendían cuidadosamente del virus liberal y del malsano influjo exterior encerrándose lo más posible dentro del hogar. Se significaban por una gran adhesión a la Iglesia, a las prácticas religiosas y a los sacerdotes. Cuando eran de la clase social denominada con el polifacético epíteto de *decentes*, salía en general de éstas la intelectualidad católica; y cuando pertenecían a

los labradores o a los artesanos, resultaban una preciosa fuente del proletariado católico.

En referencia al P. Miguel Agustín Pro, interesan de modo especial, las primeras, pues de esa clase era la suya. Solían ser gentes honradas, finas, cumplidoras de sus deberes y compromisos, y de media posición social; o sea que vivían, sin ser ricos, con suficiente desahogo económico. En ella el papá formaba el centro. Entregado a su trabajo, vivía sin vicios notables y mucho menos escandalosos. Generalmente era ahorrador. Sus relaciones sociales eran selectas y él era cariñoso con su familia, generoso con la servidumbre, bondadoso con los pobres. Tenía una buena sonrisa para todos los vecinos y visitantes, y aun para los de creencias contrarias a las suyas; excepto cuando ellos se mostraban agresivos o querían influir en su hogar. Dejaba a la esposa en libertad para cumplir no sólo con los deberes generales de una buena católica, sino también con los que le imponía el conjunto de Asociaciones piadosas, a las que solía ser muy afecta.

En semejantes familias, el orden parecía imponerse por sí mismo, mediante la persuasión de la conciencia, o, cuando más, con un mediano esfuerzo de los papás, salvo el caso de hijos de carácter levantisco y rebeldes, para quienes existían y se aplicaban con frecuencia duros castigos. Fijas eran las horas de levantarse y acostarse, lo mismo que las destinadas a las comidas. Igualmente eran fijas las del papá para salir a sus quehaceres y las de su regreso al hogar. Llegada la noche, al tiempo señalado, se rezaban las oraciones, los niños pedían la bendición a sus padres, y a dormir. Generalmente para las 10 de la noche, todo el mundo estaba dentro de su casa; y en la calle tan sólo aparecía el gendarme, policía, "cuico" o vecino, que con todos estos nombres

solía designarse al guardián del orden público. Algunas veces se tenían veladas familiares.

También la servidumbre formaba parte esencial y clásica de aquella familia. Los sirvientes y las sirvientas eran gente de toda confianza, que con sencillez patriarcal servían a sus amos y vivían en la misma casa y formaban parte de la familia y con ella rezaban el santo rosario cada noche; y acompañaban a sus patrones en todos sus duelos y alegrías. Los niños llegaban a cobrarles intenso cariño: porque los había y las había que habían visto nacer a los nietos de los abuelos en la casa de los amos, y llevaban más de 30 años en el servicio. La mayor parte de tales familias se habían replegado sobre sí mismas, en tomo a las grandes o pequeñas obras de la Parroquia o a lo sumo de la Diócesis. La visión panorámica del conjunto nacional no existía, sino en escasas personas. No sólo había muerto el espíritu de Partidos, sino también el de agrupaciones sociales; era un fruto del individualismo liberal. La mayor parte de los padres de familia católicos, a la manera de corceles fatigados por una larga carrera de 70 años de esfuerzos inútiles para sacudir la pesadilla liberal, había acabado por hundirse en el fondo de los hogares con una gran desilusión en lo político, y en lo social con un abandono suicida en las manos del régimen imperante.

Poco a poco, también el problema de la educación de los hijos se había ido dejando en manos de las mamás, por lo que hacía al catolicismo; porque los papás no querían dificultades con el Gobierno. Tocaba a las mamás hacer que los niños fueran al catecismo, oyeran la Santa Misa y practicaran los sacramentos. Sólo para el caso de bautismos y matrimonios solía intervenir el papá; y en el último, incluso excesivamente celoso. De aquí provino

una observación que en cierta oportunidad hizo un extranjero; "El catolicismo mexicano se deriva de las mamás y tiene algo de femenino. Es un catolicismo que no quiere compromisos, sino la vida eterna". Sin embargo, funcionaba una buena cantidad de colegios católicos de altura y su alumnado era numeroso.

Fuerte contraste con el ambiente tan generalizado *de dejar hacer* formaba la situación real de las nuevas juventudes, o sea de las generaciones nuevas, sobre todo a partir de 1900. Había entre ambos elementos, el post-juarista y el neo-porfirista, una ruptura espiritual y psicológica que se iba marcando cada vez más. Ni eran solamente los jóvenes educados en los colegios católicos quienes anhelaban sacudir la pesada losa del porfirismo enervante. Había además, hacia fines del porfirismo, muchos miles de gente pervertida mediante el laicismo oficial; y es notorio que en las grandes revoluciones político-sociales el triunfo no suelen llevarlo los que tienen razón, sino los más atrevidos.

Se podría decir, hablando en general, que eran cuatro las tendencias suficientemente definidas. Para unos, como los Flores Magón, la herencia porfiriana debía ir a las manos de los desamparados, los obreros, los agricultores, los sin pan; y todos éstos procederían, una vez conquistado el poder, al reparto de las riquezas en un paraíso terrestre, sin Dios y sin otra vida. Otros, como los que formaron el Partido Liberal Democrático, querían recoger la herencia, pero para rejuvenecer el liberalismo de 1857 aplastando al clero y poniendo en práctica aquellos principios, sin darse cuenta de los pésimos resultados que ya había demostrado la experiencia. Querían otros, que eran los católicos, por creerse la inmensa mayoría, tomar en sus manos el nuevo Estado que surgiera y llevarlo a Jesucristo, en un reinado de Justicia y caridad.

Finalmente, los había, y en cantidad demasiada, que, aun cuando abiertamente no lo confesaran, se regodeaban con un futuro libertinaje, sin Policía Rural Montada, sin represión del Ejército, pues lo formarían ellos mismos, sin burocracia, ni aristocracia, ni cárceles, ni pena de muerte, ni limitación alguna social a sus instintos perversos.

En este último grupo formaban "buena cantidad de obreros desocupados y en la miseria; burgueses descontentos de la situación; fracasados de todas las carreras y profesiones; estudiantes románticos mal avenidos con la disciplina reglamentaria; pequeños comerciantes e industriales que sentían la comezón de la grandeza; rancheritos y arrieros y saltimbanquis; y hasta bandidos de profesión" como afirma Enrique Valace; chusma inmensa la que no habían llegado ni la Iglesia ni apenas la escuela.

Todos los grupos, aunque con diversas ideologías, convenían en el ansia y necesidad de lanzarse a la lucha y poner en la balanza de los destinos de la nación el peso de sus energías. En último término, fue la opresión porfiriana la que provocó en todos los ángulos de la República el hervor pasional: sentíase una ansia febril de hacer algo y desarrollar y echar a los cuatro vientos la potente vitalidad, inhibida por la mano de hierro del viejo dictador y romper el ergástulo. La gente de experiencia se mostraba temerosa del cataclismo que preveía cercano y enorme, dado el conjunto de materiales amontonados por el liberalismo obcecado y el porfirismo ambicioso. Y al arrojarse el dado y echarse las suertes de la patria, tocó a D. Venustiano Carranza la triste gloria de lanzar a los de abajo contra los de arriba y a los jacobinos contra los católicos. Por lo demás, una vez llegada la explosión, se produjo un fenómeno que debería estudiarse profundamente. Unos y otros fueren lógicos

dentro de sus mentalidades. Unos llegaron hasta el martirio, otros hasta lo más refinado del crimen. Fueron como torrentes cargados de energías que vinieron a chocar en una encrucijada de nuestra historia; y chocaron brava y bizarramente, sin que ninguno de los campos desmereciera en el choque de su grandeza trágica.

En cuanto al joven Miguel Agustín, escapó de los peligros que su sangre, su temperamento, su carácter y su personalidad le habrían acarreado gracias a un trabajo primoroso así de la educación familiar como de los auxilios del cielo. Nada perdió en semejante trabajo de sus notables cualidades humanas, sino que éstas se transformaron de tal manera, o por mejor decir, se perfeccionaron, que el último resultado fue la santidad y el martirio.

Vivían, allá por el año del Señor de 1891, en una casa modesta, frente al amplio *Jardín Juáres* de la población de Guadalupe, a ocho kilómetros de la ciudad minera de Zacatecas, Don Miguel Pro y Doña Josefa Juárez de Pro, padres de Miguel. Se componía, por entonces, la familia, de los papás y dos niñas: María Concepción y María de la Luz. Don Miguel, Ingeniero de minas, era serio en sus negocios, ahorrador sin ser tacaño, de muy buen trato social y excelente católico. En la educación de sus hijos tendía a la severidad, nota típica de la sociedad porfiriana. Por convicción era apolítico, pues pensaba que, dadas las circunstancias, no era posible hacer algo de provecho en ese campo. Sin embargo, servía con fidelidad al régimen cuando se le ocupaba en algún cargo profesional. Nunca fue adulador. Por temperamento fue siempre recto, caballeroso y sobrio.

De la Sra. Doña Josefa se sabe que fue de profunda y suficientemente ilustrada piedad. Cumplía y hacia cumplir a sus hijos los deberes religiosos, así en la iglesia como en el hogar, en donde

diariamente se rezaba el rosario. Nunca tuvo el prurito de inscribirse en el mayor número de Asociaciones piadosas ni de andar luciendo medallas y distintivos. La única a que dio su nombre, y cuyo reglamento cumplía con tenacidad, fue la Conferencia de San Vicente de Paúl, porque llevaba en la sangre la compasión para con los pobres. Tenía un santo orgullo en desempeñar sus deberes de madre y de esposa.

Por lo que mira al abolengo de la familia, sólo han podido recogerse algunos datos. Vivía, por los años de 1880 en la población de Guadalupe y en el convento de los PP. Franciscanos —de donde aquélla tomó el nombre— el último de los Guardianes, el exclaustrado Fray Juan Crisóstomo Gómez, a quien el pueblo estimaba como santo. Se ignora la fecha de su muerte. Consta que al morir dejó al sucesor, Fray Jesús Sánchez, Vicario de la Parroquia del Sagrario, en la misma población, un crucifijo, unos instrumentos de penitencia, un poco de agua del Jordán (que luego sirvió para el bautismo de Miguel), unos fervorosos sermones suyos y una hoja de maíz ensangrentada. Provenía esta hoja de las que usaba para torcer sus cigarrillos un famoso P. Elías, de quien decían las gentes que se había fingido loco por Cristo y unos salteadores lo habían matado a pedradas. Fray Jesús entregó las reliquias a una hermana del difunto de nombre Eduvigis, y ésta las pasó después a la familia Pro. De manera que el joven Miguel Agustín las vio muchas veces en su casa y aun solía leer los sermones y usar, después de su conversión, aquellos instrumentos de penitencia. Eduvigis fue muy querida entre los de la familia, que la llamaban con el cariñoso diminutivo de Mamá Bibí, y con éste la conocía toda la población. Su casa estaba ubicada frente al *jardín Juárez*, y lo cerraba por el lado sur, de modo que venía a formar escuadra con la monumental construcción del convento fran-

ciscano. Esta vecindad hizo posible la frecuente comunicación entre los dos hermanos; y, según parece, la resultante fue que Mamá Bibí tuviera grandes deseos de que todos sus sobrinos y sobrinas abrazaran la vida en religión, cosa muy en consonancia con el ambiente católico de la época. Debió influir también en tales sentimientos el que ella nunca hubiera sentido especial inclinación al matrimonio.

Pero las cosas fueron por otro camino. Tenía cierta cantidad de sobrinos procedentes de dos ramas: la de los Pro y la de los Juárez. Conocemos los nombres de tres de esta segunda: Josefa, Ma. del Refugio y Florentino. Tenían éstos otro hermano cuyo nombre no se sabe y que murió antes de un año de haber nacido Miguel. A los de apellido Juárez los había recogido Mamá Bibí; y, por ser huérfanos de madre, los había cuidado con cariño. De la rama Pro solamente nos es conocido el nombre de D. Miguel, hijo de D. Hilario Pro, ingeniero de minas como su padre. Los sobrinos de la rama Pro visitaban con frecuencia la casa de Mamá Bibí. Aparte de las dos familias, Mamá Bibí tenía gran amistad con la de D. Manuel Gordos, cuya Hacienda, *El Maguey*, administraba accidentalmente D. Hilario Pro; y con la Méndez Medina que vivía en el campo, cerca de la población de Guadalupe. Por su parte, las familias Pro y Méndez Medina eran tan íntimas que se veían como si fueran una sola.

Así las cosas, el sobrino Miguel, que fue después padre de Miguel Agustín, se entendió con la sobrina Josefa; y se siguió un noviazgo modelo, al estilo patriarcal de aquel entonces. Las relaciones se cultivaron con anuencia y bajo la vigilancia paterna, en los encuentros fortuitos, en las visitas frecuentes a domicilio, tras la reja de la ventana y en las idas al templo. Siguióse el *pedimento*

con todas las formalidades del caso y el compromiso definitivo. Se concertó el día de la boda. Se corrieron todos los trámites eclesiásticos y civiles, y el matrimonio se verificó el día 6 de mareo de 1886. A decir verdad, no se celebró con tanto gusto de Mamá Bibí, quien, sin oponerse en nada, toleraba simplemente lo sucedido. Porque todavía en los últimos momentos suspiraba con alguna tristeza —contaban testigos presenciales— al pensar cuán bien le habría estado a su sobrinita una toca monjil.

A pesar de todo, cuando luego la Sra. Dña. Josefa de Pro vino a encontrarse en estado interesante, fue precisamente Mamá Bibí quien más se empeñó en que el matrimonio Pro-Juárez pasara a vivir en su casa de frente al *Jardín Juárez*. Fue así como nacieron en dicha casa los tres primeros hijos que se llamaron por orden de nacimiento Ma. de la Concepción, Ma. de la Luz y José Ramón Miguel Agustín y más frecuentemente sólo Miguel como su padre. Andando los años, Dios bendijo el matrimonio con otros tres hijos que fueron: Josefina —que murió a la edad de trece años—, Ana María, quien más tarde iba a contemplar los cadáveres de sus dos hermanos martirizados por Cristo; Edmundo; Amalia y Amelia que fueron gemelas y murieron muy pequeñas; Alfredo que murió de dos años y medio; Humberto, y luego Roberto que años después acompañarían a su hermano Miguel en los sótanos de la Inspección de Policía, en la capital de la República. En total fueron 11 los hijos de aquel matrimonio.

En cuanto al niño José Ramón Miguel Agustín, nació el día 13 de enero de 1891 a las dos y cuarto de la tarde. Se le llevó a bautizar el 16. Recibió el bautismo en la Capilla de Nápoles, adjunta al convento de Guadalupe, de manos del P. Luis de las Piedras que servía entonces como capellán de la Hacienda *El*

Maguey, mediante la autorización del Ilmo. Sr. D. Fray José Guadalupe de Alba, Obispo de Zacatecas. La autorización especial, extendida por el Vicario Gral. de la diócesis, se debió a que era muerto el Vicario Parroquial Fray Jesús Sánchez. Y que el bautismo se verificara en la Capilla de Nápoles se debió a que aún no se había constituido eclesiásticamente la Parroquia de El Sagrario.

Apadrinaron al niño sus dos abuelos paternos, D. Hilarlo Pro y Dña. Ricarda Romo. Sus abuelos matemos eran D. Nicanor Juárez y Dña. Antonia Munguía.[3] La confirmación la recibió cuando tenía ocho años cumplidos, en Concepción del Oro, de manos del Ilmo. Sr. José Guadalupe de Alba.

La casa que fue de Mamá Bibí y en donde nació el niño Miguel, tiene al exterior una puerta entre dos ventanas. Entre la puerta y la ventana de la derecha del visitante, a una altura como de tres metros, hay una placa conmemorativa, que fue colocada por el P. José Antonio Romero, S. J., años después. En el interior de la casa hay un patiecito. Dan a él en primer lugar una salita y a continuación dos aposentos. En el primero de ellos nació Miguel.[4] Al fondo del patiecito había una cocina con un comedor al lado y un fregadero para la loza. A la izquierda, el patio tiene una escalera sencilla adosada al muro, y al pie de ella hay un diminuto *parterre*. Arriba, en el frente que da al *Jardín Juárez* hay un salón con dos

[3] Véase en el Apéndice III el Acta de bautismo.

[4] Por algún tiempo hubo confusión acerca del aposento en que nació Miguel. Se creía haber sido la salita. Pero ésta servía de recibidor. Por una explicación, obtenida por P. Alfredo Méndez Medina, a comienzos de 1963, de parte de Sor María de la Luz Pro, se ha aclarado que Miguel nació en el aposento contiguo a dicha sala.

ventanas a la calle y ocupa todo lo largo de la fachada. En resumen, era una de tantas casas mexicanas de la clase media.

Pasó Miguel el primer año de su vida en el pueblecito de Guadalupe, al lado de sus padres, su anciana tía bisabuela Eduvigis Gómez (alias Mamá Bibí), una tía suya, hermana de Dña. Josefa, y sus dos hermanas mayores. Tenían los Méndez Medina un hijo, joven aún, de nombre Alfredo, quien gustoso cargaba en sus brazos al niñito Miguel Agustín. La primera vez que Alfredo vio a Miguelito fue en la casa de su propia abuela, cuando Miguel tenía apenas tres semanas de nacido. Así puso Dios en contacto temprano aquellas dos almas grandes: la del futuro mártir y la de uno de los hombres más expertos en sociología en México. Alfredo sería, andando los tiempos, confesor y director espiritual de Miguel durante la persecución religiosa; llevaría al Santísimo, para una noche de catacumbas, a la capilla ardiente en donde se velaba al mártir; y lo acompañaría en el desfile triunfal al sepulcro.

A fines de 1891, murió el abuelo materno, Nicanor Juárez, y murió también, con sentimiento de toda la población, Mamá Bibí. Entonces D. Miguel se trasladó a la capital de la República, pensando quizá en que su título de Ingeniero de Minas le sería allá más útil. Aprovechó para ello una invitación de su cuñado, Florentino Juárez, que vivía en México y tenía una posición económica desahogada. Así comenzó el niño Miguel a dar sus primeros pasos en aquella ciudad de unos 270,000 habitantes, en la que daría los últimos en 1927. Permaneció ahí la familia Pro Juárez hasta poco después de las Navidades de 1896, en que hubo de pasar a Monterrey.

En ese lapso, comenzó Miguel a mostrar mucha viveza de carácter, un temperamento que rebosaba vitalidad y no paraba de

moverse en todo el día, y un desprecio innato al dolor y a la muerte. Cuatro incidentes se conservan de esa temporada. Un día su madre, cuando regresaba de oír misa, se encontró a su niño, de unos tres años de edad, como suspendido en el aire, en el tercer piso de la casa. Por entre los barrotes de una ventana se había colado a la cornisa volada que, como adorno, seguía las líneas de la ventana. Al verlo, ofreció ella al Señor su vida por la de su hijo. Subió y con mucho tiento logró sacar a Miguel del peligro, mientras éste la miraba muerto de risa. Hacia los cuatro años, una indiecita que iba diariamente a vender verduras a la casa, le ofreció una jícara llena de tejocotes. Miguel engulló hasta unos 50, por lo que le acometió una fuerte indigestión. La indiecita se instaló en la cabecera del enfermo, muy afligida; pero una vez que lo vio sano ya nunca regresó a la casa. De la indigestión quedó Miguel como un idiota. Pasaba los días sentado, casi inmóvil, inclinada la cabeza y con la boca abierta. Duro así cerca de un año. Luego le sobrevino una fiebre cerebral —según afirmaron los médicos— y el sarampión y la tosferina. En una de las crisis, el Sr. Pro lo tomó en sus brazos y fue a presentárselo a una imagen de nuestra Señora de Guadalupe y le dijo con lágrimas: "¡Madre! ¡Devuélveme a mi hijo!", el niño se estremeció, comenzó a vomitar sangre y fue la crisis decisiva de la enfermedad. Sus primeras palabras fueron para su madre a quien dijo risueño: "¡Mamá! ¡Quiero cocol!", que era su pan favorito. Más tarde, en la persecución de 1926, firmará varias de sus cartas con el seudónimo de *Cocol*.

Andaba ya en los cinco años cuando se produjo en el hogar una escena que costó a Miguel muchas lágrimas. Se obstinó cierto día en que su madre le comprara un caballito de tecalli, pisapapel de escritorio. Fueron inútiles todas las observaciones que ella le hizo. Miguel se encaprichó terriblemente. Gritaba que ya no quería

los títeres que Dña. Josefa le acababa de comprar. La dueña de la tienda dijo a la señora: "¡Las canas verdes que ese niño le va a sacar!" La señora le replicó: "¡Esperamos que no sea así!" Pidió un coche y tornaron a la casa. Pero Miguelito no cesaba de rabiar. Cuando el Sr. Pro supo el motivo, indicó a la señora y a las dos hijitas que se apartaran "para no faltarles al respeto azotando en su presencia al niño tonto". Ellas se quedaron junto a la puerta, y al tercer azote intercedieron por Miguel. Pero esa noche el terrible rebelde hubo de pedir perdón de rodillas a toda la familia, después de la cena. D. Miguel durante toda la cena se mostró serio. Al día siguiente la mamá llevó al niño a la misma tienda y quiso que le bajaran todos los juguetes que estaban en uno de los estantes. Entre ellos venía el caballito blanco. La tendera le instaba al niño a llevárselo, aun regalado. Pero Miguel, agarrándose a las faldas de su mamá, para no dejarse vencer por la tentación, se rehusó en firme; hasta que la dueña los obligó a recibirlo como un regalo, "para que el niño, decía ella, tenga un recuerdo de cuán hermoso es vencer el propio carácter". El caballito quedó en el escritorio de D. Miguel; y cuando el niño, ya más crecido, lo miraba, solía exclamar: "¡Por éste, hice llorar a mi madre!"

El otro caso que declara bien el temperamento de Miguel y la forma en que los Sres. Pro Juárez iban educando a sus niños, tuvo lugar en las navidades de 1896. El Niño Dios trajo a los tres hermanitos sus propios regalos. A las niñas una casita amueblada, con luz y enseres y muñequitas. Al niño un equipo completo de General con su sable y todo. El Sr. Pro y su Generalito acudieron a la primera Misa; la mamá y las niñas a la siguiente. Pero al regresar éstas, el Generalito, sudoroso y con el sable torcido entre las manos, les salió al encuentro gritando: "¡Yo gané la batalla!" La casita y las muñecas yacían por el suelo hechas pedazos.

Intervinieron los papás. D. Miguel preguntó el motivo de aquello y el niño le respondió: "¡Sí, papá, yo gané la batalla!" Pero el papá le replicó: "¡No, yo soy quien va a ganarla definitivamente! ¡Deme Ud. ese sable y quítese el vestido que no merece! ¿No sabe Ud., que quien hace llorar a una mujer es un cobarde?" — "¡Papacito, exclamó el niño: yo no hice llorar a nadie! ¡Les pegué a las muñecas porque no se movían!" — "Pues yo le pegaré a Ud., terminó el papá, por haberse movido demasiado. Además, no recibirá Ud. un solo centavo durante el año, para que pague lo que ha destrozado a sus hermanas. ¡Mírelas cómo están!" Y el castigo se llevó a cabo. Cuando ya Miguel era jesuita solía decir que en semejantes ocasiones lo que más le destrozaba el alma eran las lágrimas de su madre. Doña Josefa solía decirle: "¡Hijo, temo que vas a ser otro Agustín! Pero, ¡con tal de que te conviertas!" Y Miguel le contestaba: "¡Mamá, pero si ya soy Agustín! ¡Si así me llamo!"

De la estancia en Monterrey quedaron también algunos recuerdos. Tenía D. Miguel un hermano que trabajaba como Jefe de Telégrafos, y a la casa de éste fue a establecerse. Acomodaron al pequeño Miguel en el cuarto de las placas destinadas a recibir las impresiones de los pararrayos y el niño se embobaba observando cómo se dibujaban las formas y colores de los rayos y centellas cuando había tempestad. Un día le preguntaron si quería ser telegrafista, a lo que ingenuamente respondió: "¡Yo nunca seré telegrafista, porque no son ellos los que hablan sino los sonidos! Yo prefiero hablar a mucha gente". Más tarde, alquiló D. Miguel una casa cercana a la del Gobernador del Estado, el General Bernardo Reyes; y Miguelito observó que la tropa iba cada mañana a saludar a este señor con dianas de corneta y tambores. Decidió un día en sus juegos convertirse en militar y asumió ante sus hermanas el

cargo de General. A María de la Concepción la declaró Hermana de la Caridad. El combate se verificó por entre mesas y sillas. Mientras él arrancaba al enemigo una bandera, lo hería una metralla. La Hermana de la caridad se apresuró a sostenerlo con la diestra, y con la siniestra iba limpiando la sangre que brotaba de la herida. En eso llegó una nueva metralla que dejó a ambos tendidos en el campo de batalla. Y sin embargo Miguelito no quería ser militar para toda su vida sino solamente a ratitos.

Mientras tanto apuraba a D. Miguel el problema de la educación de los niños. Buscando, buscando, encontró al fin una escuela particular dirigida por unas señoritas Sánchez, católicas fervorosas. Miguel comenzó a sentir que los horarios violentaban fuertemente su carácter, pero llevó bien sus obligaciones escolares, aunque, a decir verdad, "era listo pero no extraordinariamente estudioso".[5] Sin embargo, un día en que cayó una fuerte nevada tuvo la tentación de ira ver cómo sería un tren caminando con los techos de los furgones llenos de nieve; y, a pesar del mozo que lo llevaba a la escuela, se escapó a la estación. Al regreso contó en su casa lo hecho; y D. Miguel estimó conveniente que cada día a la hora de la cena los niños contaran lo que durante el día habían hecho y visto; que fue una manera de suplir el examen de conciencia. Otro día, tras de uno de los paseos domingueros a la alameda, en los que pasaban delante del Instituto para alienados, tuvo la idea de invitar a sus hermanas a una junta en la que cada uno debía declarar qué cosa era la nada, pues oía decir que en la cabeza de los dementes no había nada. Pero la mamá les prohibió semejantes juegos.

[5] Portas, *Vida del P. Pro*, pág. 11.

Luego hubo de apadrinar en su primera comunión a un criado de la casa, de nombre Abraham, pastorcito. Miguelito lo obsequió cuanto pudo; y con permiso de su padre se dedicó aprender los cantos populares y pastorales que el pastorcito le enseñaba. En la festividad de Ntra. Señora del Roble, Patrona de Monterrey, asistió a la procesión y quiso llevar un cirio de peso desmesurado para sus fuerzas. A ratos casi se doblaba de cansancio, pero no lo soltó durante toda la procesión. Y cuando ésta terminó, preguntó muy serio: "¿En dónde hay procesiones que no se acaben?" Y a pesar de todo, no quiso que lo pusieran de acólito en la Parroquia.

A principios de 1898, la familia hubo de trasladarse a Concepción del Oro. Comenzó D. Miguel por rentar un apartamento en el único hotel que había en la población. Eran ya los hijos cuatro mujeres y dos varones. Como al hotel llegaba toda clase de gente, prohibió a los niños juntarse con ellas. Cierto día llegó una compañía de cómicos. Miguel con sólo verlos, muy pronto comenzó a imitarlos en sus representaciones; pero haciendo él a la vez de compositor, actor y músico. Otro día se presentó una *Compañía infantil de toreros;* y, a pesar de la estricta prohibición de sus padres, Miguelito supo aprovechar el paso entre el apartamento de la familia y el comedor para hacerse amigos entre los toreros y aprender de ellos los nombres de las suertes que ejecutaban. Y luego se dedicaba a torear a sus hermanas.

Logró por fin el Sr. Pro instalarse en casa propia y pensó enseguida en que sus niños mayores hicieran la primera comunión. Doña Josefa se encargó de todos los preparativos y la fiesta tuvo lugar el día 19 de marzo de 1898, cuando Miguel tenía cumplidos ya los siete años. Hubo entonces una coincidencia. Precisamente les dio la comunión a María de la Concepción, María de la Luz y

Miguel Agustín, el Sr. Cura don Mateo Correa, futuro mártir, muerto el 6 de febrero de 1927, en Durango. Era además el onomástico de doña Josefa y fue un día de júbilo en el hogar. Para continuar la educación de Miguel no encontró en Concepción del Oro el Sr. Pro escuelas particulares, por lo que se constituyó personalmente profesor de sus hijos, a quienes ya anteriormente había enseñado a leer, escribir y los primeros rudimentos de Aritmética. Les dedicaba dos horas diarias, de 5 a 7 de la tarde, Sin embargo, Miguelito no dejaba pasar las ocasiones de suavizar de algún modo la disciplina escolar.

Una fue muy celebrada en la familia. Era costumbre en Concepción del Oro, como en muchos pueblos de la República, que, cuando iba a haber fiestas populares, las anunciara por las calles una música que acompañaba un payaso. Este iba repartiendo a la vez dichos y programas. Miguel salía entonces a pedir un alterito de éstos y trataba de asimilarse aquéllos "para repetir la función" a la servidumbre. Observó don Miguel que con la distracción de salir a la calle se menoscababa el rendimiento escolar de Miguelito, por lo que le dijo muy serio: ¡Estás perdiendo mucho tiempo con eso de salir a buscar programas! ¡Te prohíbo en absoluto que en adelante me pongas un pie para eso en la calle!" El pequeño para no poner el pie en la calle salió de rodillas, y para no perder el rato de estudio se llevó abierto en la mano el libro de la clase. Don Miguel le aplicó un castigo, aunque no dejó de reír la ocurrencia.

Inventó entonces el jovencito otra diversión. Formó con sus hermanas una banda de música a la que puso por nombre *La Típica* y fue desde entonces la que sostuvo las veladas familiares. En especial servía para solemnizar los onomásticos de los papás y el aniversario de sus bodas. Miguel ponía su mayor encanto en

componer algo en prosa y en verso para dichas fiestas. Sus primeras composicioncillas databan de cuando alcanzó los seis años cumplidos. En los exámenes de fin de curso, que fueron en presencia de toda la familia, Miguel mostró muy buena memoria, mucha facilidad de expresión, buen entendimiento para la Aritmética sencilla, algo de erudición barata y una bella caligrafía. Don Miguel le regaló como premio una jaquita: la primera caballería que Miguelito podía llamar suya, aunque le molestaba que fuera harto menor que el brioso caballo que montaba su papá. Además no estaba suficientemente domesticada, por lo que el papá dispuso que siempre que la montara Miguelito, la llevara de la rienda uno de los mozos. Muy pronto le pareció al jovencito ser aquello humillante. Se dio maña para obtener —naturalmente de la mamá y no del papá— permiso para montarla solo. Exultaba de gozo y llamó a sus hermanas para que "advirtieran el garbo con que montaba y salía de paseo". A pesar de las observaciones tanto de la mamá, como del mozo, se alejó de la población. Pero al llegar a un arroyuelo la jaca se encabritó y arrojó al jinete al fondo del cauce. Recibió el jinete un buen golpe en la cabeza, aparte de otras contusiones de menor importancia. Unos barreteros, amigos de la familia Pro, lo llevaron sin sentido a su jacalito. Pero apenas volvió en sí, montó de nuevo porque decía: "¡No quiero que vayan a pensar las gentes que soy miedoso!" Con la cabeza vendada y enlodado, pero muy caballero en su jaca, regresó al hogar, en donde se siguió una fuerte reprimenda tanto de don Miguel como de doña Josefa. A ésta el jovencito procuraba ablandarla repitiéndole con las más dulces inflexiones de su voz el diminutivo de *Pepecita*.

Andaba Miguel en los nueve años, cuando los PP. Jesuitas Miguel González y José Maya dieron una misión en Mazapil,

Parroquia a unas cinco leguas de Concepción del Oro. Los señores Pro permitieron que asistieran sus hijos mayores, confiándolos a una familia de apellido Pérez, de Mazapil. A Miguel le pareció que como varón le tocaba ejercer la autoridad con sus hermanas; y aprovechó el camino pare ir constantemente dando órdenes y aconsejando el modo de bien cabalgar. Pero en una cuesta abajo su jumento agachó de pronto la cabeza y salió él disparado por el pescuezo. Y ante las risas de sus hermanas, se apresuró a decir, mientras cortaba un puñado de hierba: "Me bajé porque quería cortarle un poco de hierba para cuando subamos aquella loma". Y la señalaba con la mano.

En Mazapil, la iglesia, aunque muy capaz, se llenaba totalmente. A Miguel le encantaba aquel espectáculo y no se cansaba de mirar a los PP. misioneros mientras predicaban. El Viernes santo, durante los Oficios de la tarde desapareció. Se había refugiado junto al P. Maya, en el Presbiterio, y se había dedicado a desflecarle la faja, durante el sermón. Al regreso, por un descuido del guía, echaron por una vereda y fueron a dar a un sitio muy peligroso por lo que don Miguel les prohibió, durante una temporada, las excursiones por la montaña.

Como los quehaceres de la Oficina iban en aumento, no pudo ya don Miguel ocuparse de las lecciones de sus pequeños y optó por pagarles una profesora, de nombre Carlota Garza. Era ella protestante, pero no había más. Don Miguel le exigió promesa formal de que para nada tocaría las cuestiones religiosas. La señorita Garza se ganó muy pronto las confianzas de la familia, hasta el punto de que algunas veces se la invitaba a la mesa. Miguel, que se adelantaba a dar la bendición y a rezar las oraciones del fin —contra la costumbre de que lo hiciera el más

pequeño de la familia— pronto advirtió que la señorita no contestaba sino al Padre nuestro y no al Avemaría; y le contrarió que los protestantes no rezaran a la Virgen. No le satisfacía a don Miguel aquella forma de educación, y siguió buscando hasta que encontró un profesor católico, don Adolfo Ruiz, de quien sólo se sabe que fue el que más duró en la enseñanza de los niños, o sea hasta 1901. Luego hubo el Sr. Pro de aprovechar los servicios de otra profesora de nombre Rebeca Rubio.[6]

En 1901, cuando Miguel acababa de cumplir los diez años, se recibió una invitación del cuñado de don Miguel, Florentino Juárez, ofreciendo encargarse de colocar a Miguelito en algún buen colegio de la capital. Se hicieron los preparativos convenientes; algo de dinero para el niño y un regalito de diversas golosinas para don Florentino. Iba Miguel encomendado a un señor árabe, de nombre José, comerciante muy conocido de la familia Pro. Apenas salidos de Concepción del Oro Miguel entregó su pequeño capital al árabe para que se lo guardara. Y éste lo guardó tan bien que ni siquiera permitió al jovencito bajar en las estaciones para comer algo; sino que cuando le pareció oportuno, sacó de su valija una especie de torta de harina condimentada con aceite y ajonjolí, a la que llamaba *malhaja*. Apenas la hubo probado Miguel y estuvo a punto de vomitar. Pero no era quien para quedarse sin comer. Cuando el

[6] Portas, en la pág. 10 de la obra citada, dice: "Su primer maestro fue su mismo padre, el cual le enseñó, al mismo tiempo que sus hermanitas mayores, las primeras letras; luego recibió, durante algunos meses, en su misma casa, lecciones de la Srta. Carlota Garza a la que sucedió don Adolfo Ruiz, que vive aún y fue el que le enseñó más tiempo, hasta 1901 ó 1902; finalmente recibió clases particulares de la Srta. Rebeca Pulido, maestra zacatecana." Pensamos que el P. Portas equivocó el apellido de esta última profesora.

árabe comenzaba a dormir la siesta, le sacó de la valija los regalos para don Florentino y comenzó a embaularlos. Despertó el árabe, y Miguel, con mucha naturalidad, se apresuró a ofrecerle de la *malhaja* que fabricaban su mama y hermanitas, con lo que entre él y el árabe dieron fin a los regalitos.

Don Florentino llevó el niño a su casa y arregló que se matriculara en el Colegio San José.[7] Miguel no era un romántico, pero estaba en la edad en que el cariño del hogar es aún muy necesario. La ciudad le parecía hosca y extraña; y el encierro en la casa de su tío acabó por parecerle insoportable. Tampoco el nuevo régimen alimenticio le cayó bien; de manera que "pronto se puso mal del estómago y su salud desmejoró notablemente", hasta dar cuidado a su tío. Sentía Miguel ese mal hondo, ese vacío que suele llamarse orfandad. Pero muy pronto su Padre Dios acudió en su auxilio en la forma más natural.

Hacia fines de ese año, 1901, la familia de don Florentino envió a don Miguel una invitación para que la acompañara en el bautizo de un hijo que Dios le había concedido. En Concepción del Oro aceptaron la invitación y se trasladaron enseguida. Quizá los señores Pro fueron padrinos en el acto. No nos consta. El niño recibió el nombre de Alfredo. En cuanto a don Miguel, como notara la situación de su hijo, determinó llevarlo consigo a Concepción del Oro, en donde en unos meses se repuso de fuerzas. En eso, recibió el Sr. Pro noticias de que en la vecina ciudad de Saltillo

[7] No hemos podido aclarar si don Florentino vivía por este tiempo en la capital de la República o en Monterrey, lo que explicaría el traslado de don Miguel a esta ciudad en 1897. En México había un Colegio de San José, que aún existe, en Mixcoac. En Monterrey, muy cerca de la actual Plaza de Armas, había otro Colegio San José. Quizá don Florentino se trasladó a Monterrey tiempo después de haber ido allá el Sr. Pro. No lo sabemos.

acababa de abrirse un Colegio internado; y el rumor que le llegaba se hacía lenguas del nuevo plantel. El Colegio se llamaba *Manuel Acuña* en memoria del famoso poeta de aquellos rumbos. Ahí se respetarían las creencias religiosas de los alumnos. La persona misma del Director parecía honorable. Don Miguel decidió internar a su primogénito varón en aquel Instituto. Era el año de 1902.

Nueva orfandad para Miguel y nuevas experiencias. Los muchachos del Colegio, apenas lo vieron, comenzaron a gritar: "¡Un minero, un minero!" Y sin quien lo consolara pasó Miguel muy triste aquella primera tarde. A la hora de cena, sirvieron como plato central la barbacoa. Miguel, no acostumbrado a cena tan pesada, pidió chocolate y leche. Los muchachos soltaran la carcajada y se decían: "¡Míralo, parece fraile!" La leche que le sirvieron llevaba ya formada encima nata; y al beberla el jovencito, le quedó colgando, barba abajo, una natilla. Nueva tempestad de burlas. A Miguel se le saltaron las lágrimas de coraje. Cuando llegó el día domingo, fue a pedir permiso para asistir a misa. De nuevo estallaron las burlas de los colegiales, y el Director se negó a darle el permiso. Más aún: se empeñó en que Miguel había de asistir, con casi todos los alumnos, a la capilla protestante e interpuso los castigos.

Como esto se repitiera varias veces, al fin el jovencito fue a su pupitre y escribió a su padre contándole todo; pero, por una nueva felonía del Director, la carta nunca llegó a su destino. Uno de los castigos consistía en dejarlo encerrado en el Colegio mientras los otros alumnos iban a divertirse por la ciudad. Al fin, en uno de esos domingos de encierro, alcanzó a oír la música que pasaba por la calle. Subió entonces por los barrotes de la puerta principal hasta llegar a un labrado en metal de la parte superior, desde donde podía observar hacia la calle. La idea de fugarse del Colegio lo

había asaltado varias veces, pero le parecía cosa indigna y para sus padres muy dolorosa. En eso vio que cruzaba la calle, al parecer volviendo de oír la misa una familia que vivía enfrente del Colegio. Desde su atalaya comenzó a dar voces. Acudieron dos niñas. Miguel les suplicó que llamaran a la mamá, pues quería decirle algo. Pero ellas no volvieron y tampoco la señora se presentó por entonces.

Algunos días después la señora decidió visitar, con todas las formalidades del Reglamento, al niño afligido; y Miguel le abrió su corazón y le rogó que ella misma escribiera al papá desde su casa. Don Miguel se presentó inmediatamente en el Colegio; y sin ponerse a razones con el Director, pues hubieran sido muy pesadas, retiró a su hijo del Establecimiento. Miguelito rogó a su padre que lo acompañara a dar las gracias a su bienhechora, como en efecto lo hicieron.

Capítulo II

EL OFICINISTA (1907)

Desde niño, dicen sus biógrafos, quiso a los pobres y uno de sus grandes placeres era ayudar a su madre a darles de comer. Ya desde 1898, cuando apenas contaba Miguelito ocho años de edad, no cumplidos, se había empeñado doña Josefa en que acompañara a su padre, juntamente con las dos hermanas mayores, el día de la *raya* de los mineros. Al principio don Miguel puso reparo en que acudieran las niñas por el temor a la desenvoltura de los mineros; pero insistió la señora, y alegaba que precisamente la presencia de las niñas contendría las libertades de la chusma, como en efecto sucedió. Miguelito se mezclaba decididamente con los mineros y les obsequiaba dulces y por sus propias manos les ofrecía el agua para beber. Ellos, al terminarse la *raya*, lo despedían, mientras él les gritaba: "¡Andenle muchachos! ¡yo también soy barretero!" Entonces lo tomaban en hombros y le gritaban vivas. Les cobró tanto afecto, que después, durante la persecución de 1926, firmaba con frecuencia sus cartas simplemente *El Barretero*.

En 1903, concibió la señora de Pro el proyecto de fundar en Concepción del Oro un hospital para pobres. Al principio don Miguel se resistía, previendo muchas dificultades; pero insistió doña Josefa y al fin se realizó el proyecto. Para explorar el terreno, tomó desde luego la costumbre de visitar con frecuencia las chocillas en que se aglomeraban las familias de los mineros, y les

llevaba regalitos para sus hijos juntamente con los consuelos de la religión. Y Miguelito era el preferido por la señora para ir por las cosas más indispensables, en especial medicinas, para los pobres. Ella pagaba el coste en las tiendas y farmacias. Andaba ya Miguel en los 13 años. Y con gusto llevaba los alimentos y los repartía, lo mismo que las medicinas, pues no era nada melindroso. Cuando algún enfermo le causaba asco procuraba tratarlo con mayor cariño.

Por fin logró doña Josefa el permiso del Presidente Municipal para establecer su hospitalito. Los tres médicos radicados en Concepción del Oro ofrecieron prestar gratuitamente sus servicios. El Doctor Ramos, dueño de una buena farmacia, quiso dar a su vez las medicinas. Hubo en semejantes andares la Sra. Pro de pasar muchas privaciones, burlas y desprecios, en especial de las familias protestantes. A Miguel esto le quemaba la sangre y con frecuencia tuvo su madre que apaciguarlo. El 19 de marzo se internaron los primeros enfermos, enviados por la Conferencia de San Vicente de Paúl. De la cueva de un cerro se recogió a una mujer tullida que llevaba ya ocho años viniendo ahí con el pan que su anciana madre le recogía diariamente, pidiéndolo de limosna. Además, un anciano gravemente enfermo, una viejecita tuberculosa, y un niño herido en el trabajo de las minas. Doña Josefa visitaba diariamente el hospitalito, acompañada frecuentemente con Miguel y sus hijas.

La bonanza del hospital duró poco. Apenas año y medio. En 1906 fue nombrado un Presidente Municipal de malas ideas. Visitó el hospital y quiso que ahí se recibiera a toda clase de enfermos, sin distinción de credos ni antecedentes; y prohibió al Sr. Cura la administración de los sacramentos en aquel sitio. Entonces don

Miguel optó por separar a su familia. Miguelito, al ver tan mortificada a su mamá, le decía: "Cuando yo sea grande le hago un hospital y llevaremos a muchos enfermos". Miguel se encariñó tanto con sus mineros que al fin logró alcanzar de sus padres el permiso para bajar al interior de las minas y observar por sí mismo los trabajos de sus pobres. Presenció entonces los graves sufrimientos de aquellos seres que apenas parecían humanos. En una de esas visitas pudo ver cómo un cable de las vagonetas que acarreaban el metal, todavía en roca, hasta la fundición, degolló instantáneamente a un infeliz minero descuidado.

A partir del año 1906, don Miguel, oprimido por el trabajo de la Oficina, retuvo al joven consigo en el hogar, dando por terminados sus estudios, pues quería que le ayudara en sus negocios de la Agencia Minera de la Secretaría de Fomento en Concepción del Oro. En realidad, ya desde 1903 Miguelito no se apartaba del lado de la familia, ni se apartó en adelante hasta su ingreso en el noviciado de la Compañía de Jesús. En cuanto a su educación "había aprendido lo que suele de ordinario aprenderse en los estudios primarios".[8] Pero su carácter despierto, sociable, jovial y práctico, le hacían un instrumento excelente para ayudar en la Oficina a su padre. Pasaba éste no pequeñas dificultades. En agosto de 1903 estalló la huelga de trabajadores de la Fundición de San Luis Potosí, que reclamaban alza de los sueldos y otras mejoras. En el régimen porfiriano era cosa inaudita que sacudió a todo el país. En junio de 1906 hubo otra de Empleados de la Green Consolidated Copper Co., de Cananea, en Sonora, acompañada de tumultos y desórdenes. En enero de 1907 acontecieron los paros de la Fábrica de Hilados y Tejidos de Río Blanco, en el Estado

[8] Portas, o. c., pág. 11.

de Veracruz, cuyos obreros fueron apoyados en su huelga por los de Puebla. En 1908 don Francisco I. Madero lanzó abiertamente el programa de gobierno de reparto de tierras y reivindicaciones de los obreros, como alza de los sueldos, supresión de las tiendas de raya, disminución de las horas de trabajo, derecho de huelga, auxilio a los campesinos, etc., en su folleto *La sucesión presidencial en 1910*, que, dadas las circunstancias, tuvo un éxito enorme. Al mismo tiempo comenzaban a formarse los primeros sindicatos que más adelante representarían una gran fuerza en el país. El primer sindicato que se constituyó fue el de los tabaqueros, en 1904. En algunos discursos políticos apuntaban las ideas libertarias de la mujer. Mientras, el Partido Liberal soñaba con represiones mediante el ejército y la policía, como medio de paz social.

No fueron los mineros de Concepción del Oro los últimos en captar la cercanía del huracán y en mostrar desde luego la ferocidad de las almas no cultivadas en la religión y la justicia. Pusieron en peligro varias veces, ya en 1903, la vida de don Miguel, quien finalmente, a ruegos de su esposa y sus hija, pensó en alejarse definitivamente del ejercicio de su profesión en aquel mineral. Pero, aunque renunció al cargo que tenía en la Compañía Minera, muy pronto, no sabemos por qué influencias, recibió el nombramiento de Agente Oficial de la Secretaría de Fomento de la nación en el ramo de Minería, para el Distrito de Concepción del Oro. El honor que aquel ascenso significaba y la penuria que por entonces sufría la familia hicieron que don Miguel aceptara. Entonces tomó a su hijo como colaborador directo en la oficina, para que se adiestrase en el manejo de los documentos y se fuera poniendo en contacto con los mineros y los otros profesionales del mismo ramo. Miguel aprovechó bien la oportunidad. Cuando tenía

18 años manejaba perfectamente más de 2,000 documentos relativos a las minas, y tomaba parte en los litigios y arbitrajes. Llegó a ser tan útil su cooperación que cuando en 1908 hubo el joven de ir a Saltillo con toda la familia, excepto don Miguel, se le mandaban allá cada semana los expedientes para que los estudiara, e iba su padre a recogerlos ya estudiados y ordenados. Y los recordaba tan maravillosamente que cuando se ofrecía buscar alguno inmediatamente decía "es el número tantos".[9]

Un incidente doloroso perturbó la paz de la familia Pro a fines de 1906 o principios de 1907. Los obreros de Concepción el Oro se lanzaron a reclamar de nuevo sus derechos ante las Compañías explotadoras. Aprovecharon la relativa impunidad que año por año concedía el Gobierno al pueblo para celebrar los días 15 y 16 de septiembre, fiesta el primero del Presidente de la República, y aniversario el segundo de la independencia nacional. Quisieron apoderarse de los archivos de Minería, que estaban a cargo de don Miguel, y destruir los títulos de propiedad de las minas. La familia Pro de vez en cuando se trasladaba desde Saltillo a Concepción del Oro para disfrutar de algunos días de vacaciones con don Miguel. Ahí la sorprendió el tumulto minero. Los revoltosos se lanzaron en masa sobre las Oficinas para saquearlas. Pero don Miguel prudentemente había retirado a tiempo los miles de documentos y los había llevado a su propio domicilio.

Olfatearon los mineros el traslado y llegaron hasta la casa de los Pro las pedradas, los golpes y los balazos. Quería don Miguel salir y arengar personalmente a los amotinados, pero la familia lo detuvo a viva fuerza. Por su parte Miguelito veces se desataba en bromas para dominar la reacción de tristeza en la familia, a veces

[9] *Ibid*.

se apuraba. Cuando se alejaba un poco el tumulto, incluso empuñaba la guitarra y se ponía a cantar coplas o llevaba una bandeja con dulces y los ofrecía a todos "para endulzar aquellos amargos instantes". Llegó un momento en que ya no hubo lugar a bromas. Las turbas destruyeron la Capilla protestante, situada una calle más arriba de la casa de los Pro y volvieron a la carga. Estos tomaron entonces la mesa grande del comedor y la llevaron para atrancar la puerta de la entrada. Pero aun así resultaba demasiado débil la defensa.

Ante el peligro, una de las hermanas de Miguel propuso a todos que cada cual ofreciera algún sacrificio a la Virgen para que los sacara de aquel trance. Por fin se presentó la policía rural. Se empeñó un combate a balazos primero y luego cuerpo a cuerpo con los asaltantes y se logró despejar la calle en donde vivían los Pro. Una de las ventanas quedó untada con el cuero cabelludo de un pobre soldado. Pudo Miguel asomarse y exclamó conmovido: "¡Cómo mueren estos pobres! ¡como perros! ¡Dios los haya perdonado!".

Luego se siguió el pagar las mandas hechas a los santos a la hora del peligro. Miguel había hecho la de "no tener novia en un año". Era lo que para su corazón precoz y de tan vivos sentimientos representaba el mayor de los sacrificios. El mismo, poco después, decía a veces: "Perdóname, Señor. No supe lo que hice". En realidad semejantes ofrecimientos no deben hacerse en tales condiciones.

Entre tanto, la vida íntima de la familia proseguía su normal desarrollo. Miguel se mostraba piadoso. "Su piedad era sólida. Hablaba con su madre de asuntos religiosos con verdadero interés y le encantaba oírla referir los favores que nuestro Señor otorgaba

en el convento de los PP. Franciscanos de Guadalupe, junto a Zacatecas".[10] Fue su madre quien lo inició en el cariño a nuestra Señora de Guadalupe y al Patriarca San José, desde que el niño comenzó a balbucear las primeras palabras; porque la Sra. Pro, mientras estuvo en la capital solía llevar con frecuencia a sus niños al Tepeyac y ofrecerlos a la Virgen. Por otra parte, eran hereditarias en la familia las tres devociones al Sagrado Corazón de Jesús, a la santísima Virgen, especialmente en su advocación de la Inmaculada Concepción, y al Señor San José. Miguel comenzó a hacer sus primeros viernes de mes. Cuando había jubileo, procuraba sin falta ganar las indulgencias en compañía de la familia. Los días de fiesta antes que nada procuraba asegurar el cumplimiento de sus deberes religiosos; y solía decir: "Eso de ir a Misa de once es para quedarse sin hacer nada en todo el día; mientras que una vez despachado de Misa y comunión, queda uno ya libre y ligero". Miguel amó siempre mucho a la Virgen, dicen los testigos; y se esmeró en el culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Se prestaba para ayudar a su madre y hermanas a preparar los adornos para las distintas fiestas de la Iglesia en que la familia tomaba parte. Por ejemplo: una vez hicieron para el Sagrado Corazón un arco adornado de uvas y trigo. Miguel llegó a ser práctico en encerar los centenares de uvas que se necesitaban para formar los racimos.

Cierto día se revistió de todo su equipo de cazador —que lo tenía muy bueno— y para descanso se echó al bosque. Al regreso, se fue caminando sobre la vía de las vagonetas que sacaban de la fundición los residuos ardientes o escorias del metal. De pronto, metió el pie entre dos rieles; y por más esfuerzos que hacía no

[10] Alborada, pág. 40.

podía sacarlo. En esto vio venir una de las vagonetas cargadas de material incandescente. Sus ansias de sacar el pie de entre los rieles llegaron casi a la desesperación. Pero instantáneamente se acogió a la Virgen y le prometió diversos obsequios de los que más podían costarle, como levantarse temprano para ir a misa. Y la Virgen le escuchó, pues pudo rápidamente sacar el pie del zapato, aunque dejó la suela entre los rieles. Le pareció que milagrosamente se había salvado.

Contaba después que en aquellos momentos de apuro no había perdido la presencia de ánimo; sino que pensaba que si muriera iría sin duda al Purgatorio, que, por lo que su madre le contaba debía ser terrible. Por lo cual en aquellos instantes le pareció hacer con nuestra Señora un contrato: él se comprometía a serle siempre fiel servidor, pero Ella, por su bondad, no permitiría que él fuera al Purgatorio. "Ella, decía, es desde entonces mi Dama".

En cuanto a los ejercicios de piedad en familia los hacía devotamente. Las oraciones al acostarse y al levantarse, la bendición de la mesa y la acción de gracias en las comidas, el rezo del santo Rosario en familia, fueron, dice su hermana mayor, costumbres bien arraigadas en el joven Miguel". Durante el rosario, en especial, se le veía "profundamente recogido y en postura humilde".

Su piedad era varonil, sincera, profunda, pero aborrecía las extremosidades y "ascetismos en público" o de "parada militar". Le repugnaban tanto, que llegó incluso a usar de bromas nada aceptables en que se le pasaba la mano. Citemos un ejemplo. Sus dos hermanas menores comenzaron en Saltillo a recibir clases de confección de flores en su casa. Se las daba una señorita quedada,

de unos 50 años de edad, que se mostraba extremosa en su piedad y aun melosa. Un día tuvo la ocurrencia de que, para sacar mayor provecho espiritual del trabajo, convenía comenzar las clases con la lectura en voz alta de un capítulo de la Imitación de Cristo. A las hermanitas menores les pareció muy bien; y desde entonces la profesora, de acuerdo con ellas, invitaba a la lectura a Miguel y a las dos hermanas mayores. Era a la hora en que éstos solían arreglarse para salir de paseo o ensayaban algo de música. Miguel se negaba siempre.

Ante las importunaciones persistentes, ideó Miguel una travesura que lo librara de aquellas invitaciones. Aceptó pues, a condición de arrodillarse donde bien le pareciera y de invitar para la mesa al día siguiente a la profesora. Llegado el momento fue y se arrodilló sobre el sofá. Y muy pronto comenzó a volver los ojos en blanco y suspirar y casi llorar de compunción. Las hermanas mayores que ya le conocían su genio festivo, hacían esfuerzos para no reír. La profesora, en cambio, comenzó a llorar de verdad y piadosamente. Miguel de pronto hizo como si se desmayara y se dejó caer de golpe y porrazo, pero muy calculadamente; de manera que hasta hizo rodar una mesita que fue a dar precisamente sobre la lectora. La profesora, alarmada, comenzó a gritar: "¡Jesús! ¡Jesús! ¡le ha dado un ataque!" y ordenó a una de las hermanas mayores que lo levantara del suelo, mientras la otra corría a traerle agua para que diera algunos tragos. La que lo sostenía le dijo al oído: "¡Ya me imagino lo que venías a hacer!" Miguel, como quien despierta se fue incorporando y finalmente tomó el vaso de agua. Pero no lo bebió sino que, apenas lo hubo probado, con un gesto de pilluelo dijo a su hermana por lo bajo: "¡Oye! ¡Está desabrida! ¡ponle más azúcar!" Luego, al medio día preparó para la profesora una salsa muy picante y él mismo le sirvió una buena dosis. Y

cuando la profesora comenzó a derramar lágrimas, Miguel le dijo: "¡Vayan unas por otras! ¡Así me las hizo a mí derramar el Kempis!" La señora Pro, puesta al tanto, suministró al pilluelo una severa reprimenda.

Reinaba en el hogar juntamente con la piedad sólida, con la formación en el sentido social y la seria reglamentación del trabajo de oficina, la más franca alegría. Miguel era el centro de aquella vida bulliciosa, que él recordará siempre con cariño. Dado el temperamento suyo y de sus hermanos —de quienes el mismo Miguel asegurará más adelante que "por herencia tenían un tornillo flojo"— se comprende la batahola que en casa se tenía en los ratos libres. Con sus hermanas era Miguel mucho más delicado. Desde los comienzos de su vida nos encontramos con un dualismo desorientador: es, al mismo tiempo, el joven del deber varonilmente cumplido y el joven de la risa y la broma irrestañables. "El que no comprenda que en un mismo hombre puede caber muy bien este dualismo, no llegará jamás —dice uno de sus biógrafos— a entender la fisonomía moral y religiosa del Hermano Pro".[11]

Cuando sus hermanos compraban caramelos —aquellos caramelos largos como barritas, muy en boga entonces entre los niños— Miguel, con una propuesta *muy altruista*, se les ofrecía para sacar punta al caramelo. Si su hermanito no aceptaba, le afeaba su mal gusto de comer caramelos sin punta; y si aceptaba, sacar punta al caramelo consistía en aguzarlo por un extremo, por supuesto comiéndose Miguel casi la mitad.

En 1903 vino al mundo uno de sus hermanitos al que pusieron por nombre Humberto Manuel. Miguel, que andaba en los 13 años, quiso ser su padrino; pero se le adelantaron unos amigos íntimos

[11] Portas, en la pág. 17.

de la familia cuyos nombres se ignoran. Uno de éstos fue el padrino, y madrina fue María de la Luz. Hacía poco que don Miguel había recibido el nombramiento de Agente del Ministerio de Fomento en el ramo de Minería y sus negocios prosperaban. Para compensarse de las anteriores angustias, se dio el lujo de celebrar durante ocho días seguidos las fiestas íntimas por el bautizo de Humberto. Miguel exclamaba: "¡Caramba! ¡mi hermano Humberto parece haber nacido para sentarse en un trono!" En 1905 nació su otro hermano, Roberto Guillermo. Miguel se mostró gozosísimo de ser su padrino, yendo y viniendo y haciendo fiestas a su ahijado, al salir de la Parroquia en donde lo bautizaron. De pronto se le echó encima un grupo de muchachos que le pedían el *bolo*. Miguel no había contado con esto. Pero la rapidez en solventar dificultades fue siempre una de sus preciosas cualidades. Alcanzó a divisar a un indiecito que por casualidad cruzaba la calle con su burro cargado de limas. Corrió a él y las compró todas. Y luego al voleo las echaba entre los muchachos, que así quedaron satisfechos.

A veces suplicaba a sus hermanas que le hicieran dulces y pasteles; y él se metía dizque para ayudarles y era sólo para jugar y darles en qué entender con sus travesuras. Cuando ellas estaban empeñadas en encerar aquellas uvas que habían de servir para el arco triunfal en las festividades del Corpus y del Sagrado Corazón, que ya mencionamos, Miguel, que había ido para ayudarles, cada vez que se quemaba los dedos con la cera caliente, soltaba la primera sílaba de un *ajo*; pero luego violentamente se tapaba la boca y pedía perdón. Las hermanitas acabaron por acusarlo ante la mamá. Esta lo reprendió severamente. Pero Miguel le decía: "¡No, mamacita linda! Lo que yo quería decir era esto y esto otro", Y le soltaba tres o cuatro palabras jocosas que comenzaban con la misma sílaba.

Con su hermana mayor, María de la Concepción, tuvo un comportamiento especial. Había él ya cumplido los 16 años, cuando un día se le ocurrió buscarse un amigo. Dijo entonces a esta hermana: "¡Oye! ¡todos tienen un amigo! ¡tú vas a ser mi amigo!" Cuando llegaron a la casa, la hermana fue consultar a la mamá sobre el asunto. La señora de Pro no tuvo dificultad en concederlo. Y ambos se declararon "los mejores amigos del mundo". Pero semejante amistad, llena del cariño fraterno, daba ocasión a Miguel para una serie de bromas a su hermana. Anotemos algunas.

Un día fueron ambos a la oficina del Timbre. De regreso vio Miguel una aglomeración de gente a causa del remate de unos animales mostrencos; es decir, que andaban sueltos, causaban daños en las propiedades particulares y nadie los quería reconocer como propios, para no verse obligado a pagar los perjuicios. Las autoridades los recogían y luego los vendían al mejor postor. Los dos amigos se mezclaron, por curiosidad, entre la multitud, en los momentos en que se pujaba por un borrico. Se le remataba en lo que dieran, porque se le podían contar las costillas y para colmo tenía una oreja menos y era cojo. Miguel, desfigurando la voz, como si fuera mujer, gritó ofreciendo dos pesos y cincuenta centavos; y como nadie pujaba más alto se le adjudicó la prenda. El jefe del remate se dirigió hacia donde había salido la voz femenina. Pero Miguel sin ser sentido se había escapado, y el jefe del remate sólo encontró al otro amigo, es decir, a María de la Concepción. Se siguió un altercado, pues ella porfiaba en que no había gritado, y el jefe en que sí, y que no debía burlarse de la Autoridad. Los curiosos comenzaron a silbar y reír. Logró ella des-embarazarse del jefe y muy enojada fue a encontrar a su amigo, que se adelantó a preguntarle: "Cómo te fue con tu burro". Luego

tomando un tono cariñoso, añadió: "¡Perdóname la broma!, ¡para algo somos *amigos!* ¡Pero ponte en mi lugar! ¿Verdad que de vez en cuando dan ganas de hacer alguna de estas más gordas? O ¿todo ha de ser pura finura?... ¡No señor! ¡yo soy un barreterito, y esto me ennoblece!" A pesar de todo, la sanción en el hogar sé siguió luego.

Otro día iba Miguel en su bicicleta cuando advirtió que su hermana mayor estaba a la puerta de una casa despidiéndose de unas amigas. Lo llamaron pero él no se detuvo, sino que desde la esquina de la manzana les devolvió el saludo. Las del grupo vieron que decía algo a un hombre que cargaba una gran batea, y que luego éste se dirigía hacia ellas. El hombre sin titubear, dijo a María de la Concepción: "Aquel joven manda este regalo de chicharrones a su hermanita, porque dice que le gustan mucho". La aludida hubo de protestar enérgicamente que era pura broma de su hermano. Cuando ya en el hogar la mamá le puso una fuerte reprensión a Miguel, éste le dijo: "¡Mamacita! si lo hice para quitarle a mi hermana lo pretenciosa, pues toda se volvía gracejos con las amigas, y con esto se le acabaron". En otra ocasión llevó a la casa a un italiano que se ganaba la vida haciendo bailar un oso, y luego una mona recogía la paga y daba las gracias *muy monamente*. Juntó a sus hermanos para el espectáculo y al fin de la fiesta dijo a su *amigo:* "¡Fíjate bien, porque es lo que yo quería! ¡que aprendieras esa soltura y gracia de la mona!". Y la instaba a imitarla. Fue una gran diversión en la familia.

Una pareja de rancheros celebraba sus bodas. Como eran conocidos de la familia Pro, invitaron a María de la Luz como madrina del matrimonio y también invitaron al desayuno a los dos *amigos*. Estos llegaron a la casa de la boda cuando aún era muy

temprano, de modo que había una densa penumbra en el aposento-salón. Miguel llevaba hambre. Se sentó, como los demás invitados, en espera, al lado de María de la Concepción. De pronto se le ocurrió una idea para adelantar su desayuno. A un guiño de ojos, se levantó y comenzó a caminar como quien va a tientas; y de hecho pensado fue a tropezar con una mesita en la que había distinguido buena cantidad de repostería. Acudieron todos a levantar del suelo los comestibles. Pero mientras, Miguel dijo por lo bajo a su *amigo* que le llenara de pastelitos los bolsillos del saco. Después con toda naturalidad se salieron ambos como a tomar el fresco y a despachar el rico botín.

Allá por el año 1908, viviendo Miguel en Saltillo, quiso averiguar en dónde vivían unas muchachas. Invitó pues a su *amigo* María de la Concepción a dar un paseo y la fue llevando calle arriba y calle abajo del sitio en donde él sospechaba que vivían. Fastidiada ella, le rogó que regresaran al hogar. Pero Miguel, sin decir agua va, llamó a la puesta que pensó ser la más probable. Protestó su hermana de aquella visita a deshora y a personas de quienes no eran conocidos. Pero ya era tarde, porque salió el dueño en persona y con toda cortesía los invitó a pasar. Él iba mirando a todas partes a ver si descubría a las que buscaba. Así llegaron hasta el recibidor. Una vez ahí el dueño les preguntó el motivo de la visita. Miguel con toda ingenuidad le dijo: "¡Perdóneme usted! Pero pasando por ahí enfrente, a mi hermana le encantó esa Virgen de bulto que tiene usted en la sala y desearíamos comprarla, si fuese usted tan amable". María de la Concepción volvió la cara hacia la imagen que según su hermano tanto le gustaba, y se encontró con una de aquellas estatuitas antiguas, notables por su fealdad. Por poco suelta la risa. El dueño, en cambio, muy serio, se excusó de no poder venderla por ser un

recuerdo de familia. Pero agregó que si mucho se empeñaban, podría dejársela en 500 pesos. Miguel le agradeció su fineza, mas le advirtió que necesitaba consultar el asunto con su papá y que ya le avisaría. Y muy atentamente se puso a sus órdenes en una calle y número que ahí mismo inventó. Y con los mismos comedimientos y seriedad salió de la casa, mirando todavía a todos lados. Pero las jóvenes no vivían ahí.

Tenía Miguel una buena cantidad de amigos que siempre lo rodeaban y con quienes pasaba las tardes enteras tocando guitarra y cantando canciones populares. En una de esas tertulias oyó referir que el arte para robar a los dormidos consistía en acercárseles de puntillas para no hacer ruido; y que para que no tronaran los huesos era menester llevar la boca bien abierta. Muy interesante le pareció aquello, y decidió comprobarlo personalmente. Don Miguel solía dormir la siesta recostado en la cama, en pantalón y camisa. El saco y el chaleco los colgaba al respaldo de la silla que estaba a los pies de la cama. Un día Miguel se puso en acecho; y cuando le pareció que su papá estaría ya dormido, se acercó a la alcoba, empujó suavemente la puerta y la entreabrió. Esperó unos momentos a que los ojos se acostumbraran a la penumbra, y comenzó a caminar de puntillas y con la boca desmesuradamente abierta hacia la silla en donde estaba el chaleco. Don Miguel no dormía aún. Pero al notar aquella maniobra extraña, aparentó dormir para ver en qué terminaba. Miguel quería dar a su papá, en la velada familiar de la noche, la broma de que se habría dejado robar en la calle. Pero apenas había alcanzado la silla y echado mano al bolsillo del chaleco, cuando don Miguel se enderezó rápidamente y le preguntó con brusquedad; "¿Qué es eso, Miguel?" Este, sin detenerse a dar explicaciones, salió volando de la alcoba. Por la noche, en la cena,

las risas de todos fueron para Miguel. Aquello había constituido el suceso del día.

A veces las bromas le sucedían sin que las quisiera. Desde luego, aquella vida alegre y llena de pequeños percances domésticos en nada disminuía el respeto que profesaba a sus padres. Así, por ejemplo, jamás se permitía hablarles con el sombrero puesto. Nunca les hablaba sino con cariño filial y cortesía. Imposible que se le ocurriera, ni aun siendo ya un joven de 17 años y llevando el peso de la Oficina de su padre, fumar en su presencia. Fumaba sí, delante de sus amigos y a solas, y sus hermanas bien lo sabían. Pero delante de su padre y su madre seguía como si no lo acostumbrara. Todo era muy conforme a las costumbres de aquellos tiempos. Un día por la mañana, se le escapó a una de las hermanas un canario de la jaula, y voló hasta el borde de la azotea, sin que lo pudieran atrapar entre todas. La dueña del animalito fue a suplicar a Miguel le ayudara. Miguel se encontraba sumamente atareado en terminar un escrito urgente en la Oficina y se negó de plano. Lo advirtió don Miguel y sin más le ordenó severamente, "¡Atiende a tus hermanas!" Sintió el joven un arranque de mal humor, de cólera inclusive. Procuró dominarlo, mas no lo logró del todo. Salió con la cara agria y la pluma en la oreja, como era costumbre de los oficinistas y secretarios. Pero al salir dejó escapar esta frase: "¡Ah, las mujeres! ¡siempre han de ser nuestro tormento! Ya está bueno que las vayan ahorcando a todas". Algo alcanzó a oír don Miguel, por lo que se levantó de su asiento y repitió enérgicamente la orden. Obedeció Miguel, pero lanzando aún a las hermanas miradas de cólera. Intervino además doña Josefa.

Como temiera Miguel que el canario volara todavía más lejos, pidió a la dueña del pájaro que le aventara desde abajo una toalla, para echarla sobre la avecilla y así atraparla. Lo hizo la interesada, y Miguel se inclinó violentamente para cogerla al aire. En ese momento se le escapó del bolsillo del pecho una lluvia de cigarros que fueron a caer sobre don Miguel. En el patio estallaron las risas, pero a Miguel la cara se le puso jaspeada de puros colores que se le iban y venían. Bajó de la azotea con aire de amenaza contra las hermanas risueñas que, sin hacer caso de la cólera, aplaudieron sus servicios. No así don Miguel, quien le presentó los cigarros y le preguntó maliciosamente: "¡Miguelito! ¿qué es esto que se te ha caído?" Entonces el joven, con una de aquellas salidas tan rápidas como espontáneas que tenía, y que serán perpetuamente una de sus características, le contestó: "¡Nada, papá! Es una nueva muestra de cigarros que le traía a usted por ver si le agradaban". Hizo don Miguel un esfuerzo para no reírse y le dijo con gravedad afectada: "¡Ah, pues mil gracias!" y se guardó los cigarros.

Miguel, una vez recobrado su buen humor, se fue a donde estaban sus hermanas festejando al canario y les dijo: "¡Ahora sí que las aniquilo una por una!" Y luego a la mamá: "¡Tiene usted unas hijas insoportables; y encima de todo hay que tratarlas como si fueran pétalos de rosas!" Al medio día, a la hora del café don Miguel sacó uno de los famosos cigarros y dijo simulando gran satisfacción: "¡Probemos ahora los exquisitos cigarros que mi hijo me ha traído!" Miguel, rojo de pena, pidió permiso para retirarse. Sus hermanas, muertas de risa, hicieron otro tanto. Finalmente el joven se contentó con imponer a la dueña del canario la penitencia de que le encargara al punto de la tienda otros cigarros de igual calidad. Con esto se retiró a su aposento, dudando aún si ahorcaría a todas las mujeres o perdonaría por lo menos a alguna. Sin em-

bargo, esa misma tarde salió a comprar una caja de galletas Para obsequiar a sus hermanas en desagravio del mal rato que por la mañana les había dado.

De las horas más deliciosas y divertidas eran las que la familia se pasaba en los paseos campestres. En cuanto a Miguel, es increíble lo que disfrutaba, por aquella "sensibilidad exquisita pero masculina" suya, como la definió más adelante uno de sus compañeros de vida religiosa. Un día la familia toda hizo una excursión al cerro que llamaban *El Temeroso* a causa de sus profundos precipicios. Quería don Miguel visitar una mina que él mismo había descubierto y a la que nombraba *La Sensitiva*, quizá por abundar por ahí las plantas silvestres de ese nombre. Estaba la mina al cuidado de un hombre de todas las confianzas de don Miguel, llamado Hilario. Este les preparó un almuerzo al estilo ranchero. Como tardaran un poco en los últimos pormenores del arreglo de la comida, los niños anduvieron vagando por el bosque; y luego, bajo la dirección del hijo mayor de don Hilario, que contaba apenas unos catorce años de edad, los tres hermanos mayores emprendieron la investigación de una mina abandonada. A Miguel le gustaba mucho vagar a la aventura porque decía: "¡Me gusta ver más cielo!" La bajada se hacía por una viga vertical con muescas a guisa de escalones. El guía llevaba una mecha encendida en la mano. Allá dentro se dedicaron a inspeccionar las varias cristalizaciones y aun recogieron algunos trozos que les parecieron más notables. En el fondo, la mina tenía charcos, hierbas, hongos y animales raros. En su entusiasmo los hermanitos Pro no advirtieron que la mecha se acababa, y al fin quedaron a oscuras. Así hubieron de regresar y salir, gracias a que el guía conocía perfectamente la mina y había muchas veces bajado a ella. Ya el papá y don Hilario andaban en su busca; pero al papá los niños lo

desarmaron mostrándole los trozos de cristalizaciones y diciéndole que las habían recogido "para que él enriqueciera su colección". Don Miguel, todavía con rostro serio, les respondió: "¡Muy agradecido!, ¡pero ustedes pueden formar otra colección con sus ocurrencias!" Todavía por la tarde fueron los niños a visitar una cueva. Cuando llegaron vieron que era imposible subir a ella. Pero Miguel se acordó de lo que los mineros llamaban *lazo crinolino*. Con este arbitrio logró subir. Corría la leyenda de que en un tiempo habitaba ahí una bruja. Pero Miguel nada encontró, sino un nido de águilas reales y mucho guano con que se divirtió en bañar a sus hermanitas que estaban abajo. Al regreso del día de campo, una de las criadas que iba en un asno, rodó cuesta abajo con todo y el animal y sufrió una contusión que Miguel vendó con su propia mascada. Y en la velada de la noche presentó un alegre corrido que tituló *La viveza de Santiago*.

La excursión referida tuvo lugar cuando Miguel contaba 13 años. Otra notable fue cuando tenía ya diecinueve. Aparecía por entonces el cometa Halley, y Miguel se determinó a observarlo cierta noche. Levantó a las dos de la mañana a cuatro de sus hermanos que quisieron acompañarlo. Vivían en la ciudad de Saltillo. El menor de los hermanos, que era Edmundo, iba todavía medio dormido. Comenzaron a subir por la *calle del Cerro*. Miguel empezó a cantar, y lo hizo con tan gran alboroto que los vecinos creyeron que se trataba de algún gallo ofrecido a alguna joven de la barriada; y hasta se asomaron algunas cabezas a las ventanas de las casas. Lo advirtió Miguel y exclamó: "¡Así me gusta!, ¡que salgan a mi paso mientras contemplo ese cielo azul que yo algún día habitaré!, ¡que me salgan a recibir!".

A las tres de la mañana el hermoso cometa estaba plenamente visible: aparecía majestuoso e inmenso y llenaba con su cauda un buen cuadrante del cielo. Miguel no se cansaba de contemplarlo. Tras de un buen rato de verlo, decía: "¡Viva mi Padre Dios que ha hecho cosas tan bellas!" Otras veces exclamaba: "¡Espérenme tantito, estrellitas o estrellotas! ¡yo las alcanzare y dejaré mi cauda en los cielos, como esa que ustedes forman!" Y terminaba con el grito de los payasos en las fiestas populares: "¿No es verdad, muchachos?" Y sus hermanos le contestaban a voz en cuello: "¡Sí, sí!" Pero a eso del cuarto grito, apareció un gendarme que quería acallar aquellos gritos, por parecerle inoportunos. Miguel lo tomó de un brazo y le dijo: "¡Vamos, vecino!, ¡contemple usted eso y verá cómo entonces seremos nosotros los que tendremos que decirle que se calle! ¿No es verdad, muchachos?" Y los hermanitos repetían: "¡Sí, sí!".

Todavía quiso el gendarme imponer su autoridad alegando que con tales gritos iban a despertar al vecindario. Miguel encontraba muy justo que todos se despertaran y añadía que ellos eran gente de paz, y tiraba al aire su sombrero y recitaba versos. Al día siguiente el gendarme fue a la casa de los Pro a protestar por lo sucedido, y lo hizo ante la Sra. doña Josefa que fue quien salió a recibirlo. Miguel se enteró del asunto y se dijo para sí: "¡Ahora me las pagas!" Y con disimulo fue y ató un cordoncito negro muy delgado a la clásica linterna que consigo llevaban todos los *cuicos* o guardianes del orden. El aludido había dejado la suya en el suelo mientras exponía sus quejas. Miguel se alejó y desde el otro lado de la sala comenzó a tirar suavemente del hilo, con tal tino que parecía de verdad que la linterna iba caminando sola. El gendarme, que ante la acogida franca y alegre de la Sra. de Pro comenzaba a sentirse no muy a sus anchas, cuando notó que su linterna iba

huyendo, hizo aspavientos de terror y corrió para alcanzarla, mientras los demás se morían de risa.

No faltaron biógrafos que impresionados quizá por la rectitud inflexible de don Miguel, consideraran al joven Pro moviéndose en una atmósfera de dureza, de sequedad, de frío reglamento familiar. Incluso se ha escrito que don Miguel vigilaba estrictamente a su hijo "sin permitirle tener amigos"[12]. Si así hubiera sido, habría don Miguel equivocado lamentablemente el camino para la recta formación de sus niños. Pero, si se leen con cuidado las páginas de *Alborada de un mártir*, se verá que don Miguel fue lentamente abriendo el paso a la vida social a sus hijos, conforme lo iba pidiendo la edad, lo cual no fue sino delicada prudencia.[13] Por lo demás, desde los doce años —dice el autor de *Alborada*, que lo oyó de boca de Sor María de la Concepción, años después— el joven Pro asistía a las reuniones sociales de los Ingenieros. Después asistió a todas las fiestas sociales, excepto a los bailes

---

[12] Así, por ejemplo, Marmoiton en las págs. 30-31 de su libro *Le Père Pro, apotre et martyr*, Toulouse, 1953, dice: El medio familiar como se ha podido dar cuenta el lector, era austero. Se vivía reconcentrado. Las relaciones con el exterior estaban reducidas a un mínimum... En todo caso, jamás se les permitió a los niños buscarse amigos fuera del hogar".

[13] Pueden compararse, v.gr., los pasajes siguientes de *Alborada:* "No se le permitían a Miguel amigos; así que su distracción era pasear por el campo y las montañas" (pág. 23). "Conforme crecían los niños Pro, estrechaban más la intimidad del hogar; pero también frecuentaban ya la sociedad especialmente de los ingenieros y abogados que acudían a Concepción del Oro por negocios y litigios de minas, máxime siendo casi todos de Zacatecas, cuna de la familia" (pág. 32). "Asistía nuestro joven a todas las fiestas sociales, menos a los bailes, que nunca le gustaron... Lo mismo hacía en las kermesses. Sin embargo, había muchas muchachas que le querían bien, parque era muy popular y hasta les componía versos…" (pág. 33). Etc.

que, no se sabe por qué, nunca le gustaron. Cuando alguna vez las conveniencias sociales lo obligaban, lo que hacía era sacar como pareja a una de sus hermanas y pasear un poco con ella o llevarla al ambigú. Y procedía con tan gran aplomo y personalidad que nadie le reclamaba. Había muchas muchachas que lo querían bien porque era muy popular y hasta les componía versos, pero no pasaba de ahí. Se conservan hasta unas treinta de tarjetas a vuela pluma dedicadas a señoritas de Saltillo, a quienes Miguel veía cada ocho días cuando iba allá desde Concepción del Oro, pero son más bien incoloras y sus versos tienden simplemente al humorismo. "A mí, decía muchos años después, me gustaba mucho entonces meterme con las muchachas, especialmente de Saltillo. Se morían de ganas de platicar conmigo, en especial las yanquis protestantes, cuando iban por allá. Y se volvían locas cuando yo, guiñándoles un ojo, les decía en mi inglés culinario: "I love she".

Según la documentación que se conserva, era Miguel a los 17 años un joven normal que cortejaba a una buena cantidad de muchachas, pero la elección de alguna estaba aún pendiente, porque no acababan de satisfacerle en serio para matrimonio. Entre ellas había tres hermanas cuyos nombres se han conservado: Angelita, Emilia y Eva Cepeda. Pero es cierto que no eran las únicas. Había para entonces aprendido el francés, algo de inglés e italiano, bastante de dibujo, y sabía tocar la mandolina y la guitarra. Le encantaba resolver problemas de geometría y jugar ajedrez. Estaba ya perfectamente entrenado como oficinista al lado de su padre. Tenía mucha facilidad para componer en prosa y verso castellanos y una caligrafía envidiable. Había llevado el segundo premio en un concurso de mecanografía. Su trato social era sumamente atractivo. Poseía una como intuición para resolver las dificultades prácticas de la vida. Mezcla de sanguíneo y

nervioso, con sus buenas dosis de bilis, la educación del hogar lo iba modelando muy bien gracias a los principios cristianos. Resonaba con las más ligeras impresiones, para otros a veces imperceptibles. Amaba el goce limpio de la vida y era activo y despierto en el trabajo. Tenía gusto especial en las relaciones sociales y en rodearse de amigos; y se distinguía entre éstos por su palabra fácil, pintoresca, humorística amigable y su mímica figurativa. La rapidez de sus determinaciones daba a quien no lo conocía la impresión de algo infantilmente simpático con rasgos de ligereza. Su frente era amplia y despejada (demasiado amplia ha parecido a alguno de sus biógrafos) pero sin entradas. Las heridas que el trato con los demás le causaba, le llegaban muy adentro y le quedaban por largos días, pero nunca fue vengativo; se vengaba más por espíritu de diversión que de ira. Sorprendía instantáneamente y con gran acierto los contrastes de la vida, los claro-oscuros de las cosas, los lados bellos y los ridículos y cómicos que tanto abundan en el diario vivir. Semejante conjunto de cualidades lo habrían hecho un no mediano artista, de haberse dedicado al arte. En la conversación lo convertían en un amigo insuperable. Más adelante se le buscará lo mismo para recibir de él un consejo en las resoluciones definitivas que para descansar confiadamente o para divertirse un rato en una expansión religiosa. Defectos, claro que los tenía. Especialmente los que nacían de las dos notas más características de su temperamento sanguíneo y nervioso. Como sanguíneo tenía una fuerte inclinación al placer de los sentidos. Describía con cierto regodeo las comidas, las bebidas, los manjares; gozaba con el trato social alegre y despreocupado; y su generosidad iba a veces hasta el derroche. Tenía un impulsivismo fuerte; una atracción profunda hacia la música. Sufría las profundas añoranzas que suelen invadir a los temperamentos

nerviosos. Algunas veces su cólera iba más allá de lo razonable, pero era noble y sincero.

¿Con qué soñaba para su porvenir Miguel en aquel entonces? Muy difícil se hace contestar a semejante pregunta. Ciertamente aparece como un joven que piensa por sí mismo y no se deja gobernar por lo que otros hacen o dicen. Sus dos abuelos, paterno y materno, lo mismo que su padre, fueron Ingenieros de minas. Pero Miguel no parece que haya pensado nunca en serio en seguir esta profesión, Los muchachos de su edad andaban todos en la búsqueda de sus futuras consortes. Él no había hecho elección de ninguna. Por otra parte, sus ideales no se habían orientado hacia el sacerdocio. ¿A qué aspiraba en concreto? Es verosímil una anécdota que abriría un resquicio para asomarse al interior de aquella alma juvenil. Se dijo que cierto día en que regresaba con su hermana mayor de la Oficina de Correos, de pronto apuntó un pequeño desahogo; "¿que hacemos aquí en Saltillo? ¡Yo quiero algo más grande, más elevado! Y ¿tú?..." Por un rato caminaron en silencio. Pero por entonces María de la Concepción nada le contestó. Quizá fuera aquello un rasgo parecido al del caballero de Loyola, cuando herido en Pamplona, soñaba aún con aquella dama "que no era condesa ni duquesa, sino más que eso". Pero Dios en su misericordia infinita iba a permitir una crisis cuyo último resultado sería la orientación definitiva de aquella gran alma.[14]

---

[14] Es interesante oír el juicio que de los otros miembros de la familia se formaron los biógrafos. Entre los hijos, el de cualidades más descollante era sin duda Humberto, como lo demostrará más adelante, cuando la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa lo elija Delegado para el Distrito Federal. Su carácter, aunque bromista, era sin embargo más inclinado a la seriedad que el de Miguel Agustín y el de Roberto. Pensaba profundamente, pero una vez que había pensado ya no lo detenía. en su acción sino la voz de aquellos

Capítulo III

que para él tenían autoridad derivada de Dios o sea sus padres y legítimos superiores. Otros autores completan las noticias: Había nacido en junio de 1903, en Concepción del Oro, Zacatecas. Inició su instrucción primaria en el Colegio de San Juan Nepomuceno, de los Padres Jesuitas, en Saltillo, y la terminó en Guadalajara. En esta ciudad, antes de cumplir los 15 años, ingresó en las Vanguardias de la A.C.J.M. Anacleto en vista de su notorio talento y edificante piedad, le auguró un señalado porvenir dentro de la, filas del catolicismo activo. (Se trata del Lic. Anacleto González Flores, jefe del movimiento de organización católica en el occidente del país). Luego su familia se trasladó a México y aquí ingresó en el Colegio Francés de Puente de Alvarado, atendido por los HH. Maristas. Durante los años de 1919, 1920 y 1921, cursó la carrera de Comercio.—Su carácter jovial y enérgico, su gran capacidad de estudio y su aprovechamiento le dieron los primeros lugares en la escuela. en forma tan decisiva que al terminar su carrera obtuvo un diploma especial de sobresaliente, por un total de diez puntos por materia. Ingresó al Grupo Daniel *O'Conell* de la A.C.J.M. Ahí desarrolló sus aptitudes para el apostolado y llegó a ocupar los cargos de Instructor de Aspirantes y Vicepresidente. No era pues de extrañar que al salir del Colegio y comenzar a trabajar, ascendiera también rápidamente en su empleo en la *Casa Gerber y Cía*. Fue en junio de 1927, en plena persecución religiosa, cuando se le nombró delegado regional del Distrito Federal de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Roberto no llegaba a las cualidades de ninguno de los otros dos, pero era sumamente fiel a los principios bebidos en el hogar. Al lado de sus hermanos era capaz de los mayores sacrificios. Era un gran instrumento en las empresas. Su devoción a Jesús Sacramentado fue siempre muy notable. Era un fiel colaborador de Humberto y eficaz ayudante.

LA CRISIS Y SU REACCIÓN (1907-1911)

¿Cómo empezó el incidente? No se sabe a punto fijo. Según anos se trataba de una joven protestante a quien Miguel había conocido desde pequeño y de la que siempre había sido amigo. Según otros nació de una broma de sus compañeros, porque estando Miguel en una tertulia, acertó a pasar enfrente una joven protestante y los amigos le picaron el amor propio diciendo a Miguel: "¿A que no te echas de novia a esa muchacha?" Y Miguel con su carácter decidido se arrojó inmediatamente a la empresa[15].

Puede verse sobre esto Rivero del Val, *Entre las patas de los caballos*; Ríus Facius, *México Cristero*; Gil Blanco, *El Clamor de la Sangre*, etc. De las hijas, María de la Concepción era reposada y reflexiva. Parecía sentir sobre sí la responsabilidad de la primogenitura respecto de sus hermanos. María de la Luz tenía un alma de artista, delicada y fina. Sabía muy bien guardar el segundo término que Dios le había señalado entre sus hermanos, y era en el hogar uno de esos elementos en que cualquiera puede encontrar en todo momento un consuelo, un aliento, una ternura sencilla y cristiana. Ana María era aún muy pequeña. Andando el tiempo se revelará como un carácter decidido con la decisión que produce en las almas el convencimiento de que el deber es voz de Dios.

[15] Los biógrafos en general han pasado bastante a la ligera sobre el incidente. Creemos que quien mejor lo ha tratado es el autor de *Alborada*. El título mismo indica la gravedad del hecho. "Error de joven y conversión". Deja ahí caer todas las indicaciones, dentro de una hermosa discreción, para juzgarlo. Vivían aún muchas de las personas interesadas cuando él escribió y era de prudencia elemental escribir así. Marmoiton (pág. 25) supone que la joven en referencia fue Eva Cepeda. No da razón alguna, pero deja entender que lo deduce de la poesía que comienza.: "Cuando la sombra envuelve los

No creemos que se trate de una simple broma. O mejor aún: si el asunto empezó por simple broma, Miguel, una vez comprometido, lo tomó en serio. En *Alborada* se refiere que la señorita protestante se dio maña para enredar a Miguel, so pretexto de que luego ella se convertiría al catolicismo. Lo cierto es que Miguel acabó por darle palabra de matrimonio. Al correr de los días, sucedió lo contrario: no convertía Miguel a la joven, sino que la joven era quien iba convirtiendo a Miguel. La inexperiencia lo había enredado y lo iba llevando cada vez más lejos.

Poco a poco se produjo en su alma una grave crisis. Miguel se fue alejando de las prácticas de piedad. Comenzó a costarle mucho el rezo en el hogar y con frecuencia se hacía el remolón. Luego dejó los sacramentes. Ya no quiso hacer los primeros Viernes. Y en cuanto a la Misa... "prefería no ir". Adelantando los meses, se le fue notando huraño en el hogar, preocupado, voluntarioso y hasta llegó a la plena desobediencia. Solamente no abandonó los deberes de la Oficina. La primera en adivinar la crisis fue su madre; luego también se dieron cuenta las hermanas mayores. Doña Josefa redobló sus oraciones y lágrimas delante del Sagrario. Más adelante dirá el P. Pro, con lágrimas también: "a ella le debo todo". No consta cuál haya sido la reacción de don Miguel. Parece que se determinó a guardar una prudente reserva en espera de que su hijo le abriera su alma.

---

objetos..." y afirma: “Pour Eva il s’abandonne á des effusions poetico-drolatiques". Pero esa poesía no tiene nada de amatoria, sino un sano humorismo cuyo pensamiento central es: cuando se ven todas las hermosuras de del cielo y tierra durante la noche, lo mejor es irse a la cama. El mismo autor, en la pág. 36 añade: "La impiedad relativa de Miguel voluntariamente se mostraba fanfarrona". Semejante interpretación parte de le idea preconcebida de liberar al héroe de toda mancha.

La crisis del joven comenzó "algún tiempo después" del alboroto de los mineros de Concepción del Oro, porque fue en esta población y no en Saltillo donde aquélla tuvo lugar. Al tiempo de ese alboroto fue cuando el joven hizo la promesa de no tener novia durante un año; lo que parece indicar que ya la tenía, y que por esto se dolía tanto de haber hecho la promesa. Ahora bien, los desórdenes mineros de Concepción del Oro, parece que coincidieron con los movimientos de los obreros de Río Blanco, que fueron en 1907. La crisis de Miguel debió, pues, abarcar desde 1907 —no sabemos en qué mes— hasta parte del 1908, o a lo menos fines de 1907. Tampoco prensemos que la crisis haya sido repentina, pues Miguel era un joven fervoroso. Indudablemente tardó en manifestarse y, por lo que sabemos de la vida de Miguel en 1908, creemos que, una vez manifiesta, no llegó al término de un año.

Tras de muchas oraciones y lágrimas, un día la Sra. de Pro tuvo una inspiración de lo alto. Con objeto, tal vez, de que Jesús tuviera delante de su sagrario un recordatorio de sus peticiones,[16] bordó un capillo para el copón de la Parroquia y pensó en que fuera Miguel quien en persona llevara el regalito a Jesús. Miguel tomó el capillo, se caló el sombrero y se echó a la calle.

Llegó al Curato en el momento preciso en *que se apeaban* de sus caballos los PP. jesuitas que llegaban desde Saltillo: Marcos Gordos y Urbano Pautard o el P. Lejeune. Juntamente llegaron otros dos jesuitas que iban a dar una misión en la Hacienda de San Tiburcio. Uno de éstos era el P. Julián Martínez, español, de

[16] Ya Marmoiton (ibid) había sospechado esto como muy probable: "Est ce pour obtenir la conversion de son Fils?" Muchas madres mexicanas hacían representar a sus hijos extraviados, delante del sagrario, por una flor, por una lamparita, etc.

temperamento y carácter bastante parecidos al de Miguel. El P. Martínez, con el aplomo de un viejo amigo, invitó decididamente al joven a que lo acompañara a la misión. Miguel sintió de pronto algo así como una turbación. Pero reaccionó al punto e invitó a su vez a los misioneros a pasar por su casa. Platicaron y Miguel comprendió que con aquel Padre sí podía entenderse. Con sólo esto, el nublado interior se aclaró de manera que a los pocos minutos de charla, estaba decidido a acompañar a los misioneros el joven renuente.

Claro está que por de pronto tomó aquello a simple aventura y tal vez como un recurso para salir por unos días de aquel ambiente que en el hogar se le había formado. Apenas entró en la casa y dio un grito diciendo: "¡Ahora sí me voy de paseo con los meros Curas!" Pidió permiso a don Miguel, y a los dos días, vestido de charro y montando una hermosa yegua, se despidió de la familia, casi con las mismas palabras: "¡Adiós, que me voy a la misión con los Curas!" Miguel era un alma noble. Quizá pensó también en dar alguna satisfacción as padres, a quienes ya notaba algo más que preocupados por su comportamiento en asuntos de piedad. Camino de la misión, pensó que sería oportuno escribir dos cartas: una para su mamá, para darle algunas excusas por la aspereza que con ella había usado en los últimos días; otra para la joven que lo traía enredado. Mas, por de pronto, decidió divertirse. Envuelto en el manteo de uno de los misioneros, quizá el del mismo P. Martínez, recorría la Hacienda; y los rancheritos le besaban la mano y lo colmaban de regalos. En cuanto el P. Martínez se dio cuenta de la broma, se la prohibió; y Miguel obedeció. En medio de sus diversiones era asiduo a las pláticas de los PP. jesuitas, porque le gustaba oírlos y examinarlos mientras hablaban. Muy pronto las que suelen llamarse "verdades eternas" abrieron brecha en su

alma. El principio y fin de las criaturas y del hombre, la fealdad moral del pecado, los castigos eternos a los pecadores impenitentes, la incertidumbre de la muerte y el tremendo juicio de Dios, lo sacudieron fuertemente. Y el golpe decisivo de la gracia llegó cuando en el sermón que predicaba uno de los misioneros —Miguel no dijo cuál de ellos— oyó que por sola bondad de Jesucristo el pecador no ha caído en el infierno, pero que esto a Jesucristo le ha costado toda su sangre y dolorosísima Pasión. El coloquio sublime ignaciano a los pies del Crucifijo lo conmovió hasta lo sumo: "¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿qué hago ahora por Cristo, qué pienso hacer en adelante por Cristo?"[17]

Salió Miguel enteramente determinado a escribir las dos cartas que meditaba. La que pensaba para su madre no presentaba dificultad, pues ya se proponía hacer una confesión sincera y portarse bien en adelante. La otra para la joven era más espinosa. Había que hablarle claro. Y las escribió. En la que redactó para su madre decía: "que nuestro Señor le había tocado el alma y la gracia había vuelto a llenar de paz su corazón". Pero Dios quería del joven una reparación conveniente, que al mismo tiempo

[17] Testimonio del P. Marcelino Moreno, compañero casi constante del P. Pro en los Catecismos de Granada, España, cuando ambos eran filósofos. En una de las pláticas el H. Pro contó a la gente cómo su conversión y vocación fueron al escuchar a un meditador lo que se dice en el texto. Sucedió en el Catecismo de Huétor de Santillán. Los autores han minimizado todo el incidente por la circunstancia que ya indicamos, de escribir cuando aún vivían los actores. Portas omite casi todo el episodio. *Vida Intima* le dedica unas cuantas líneas, aparte de advertir al lector que se trata de "una pequeña crisis" y que el joven hacia "fingidos alardes de no creer más en la religión". Y hasta se añade que Miguel sufrió la crisis a los "veinte años", cosa inexacta, pues a los 20 años andaba ya arreglando su ingreso en la Compañía.

le fuera medicinal. Sirvió para esto un error involuntario de Miguel; pues al enviar las cartas encerró la destinada a la joven protestante en el sobre dirigido a su madre y la que era para su madre en el sobre escrito para la joven.

Aquello fue el *acabose*, en frase de nuestro pueblo. La muchacha se indignó sobremanera y se creyó burlada. Y pensando que la mejor venganza era enviar a la Sra. Pro la carta y juntamente las prendas del noviazgo, reunió todo y lo hizo llegar a la señora. Más aún: publicó, según parece, entre sus amistades el comportamiento de Miguel. Se produjo, pues, todo un escándalo. Doña Josefa sintió un dolor horrible y una angustia mortal; y se afectó de tal manera que del disgusto y la tristeza cayó enferma. Y no sabiendo cómo tratar delicadamente aquel asunto, optó por remitir todo al P. Misionero de quien Miguel se había hecho gran amigo. Pensó éste los pasos que daría y luego llamó a Miguel, que nada sospechaba. Le puso delante los documentos y le afeó su conducta. Miguel en vez de rebelarse, vio en todo la mano de Dios y se fue a un rincón a llorar. Después de un rato, el misionero lo llevó al sagrario a que pidiera perdón. Todavía pasó llorando gran parte de la noche; y solía después, ya jesuita, llamarla "mi noche triste". "Hubiera preferido, dijo en cierta ocasión, que me enterraran vivo en la Hacienda de San Tiburcio, a tener que regresar a mi familia, una vez que mi querida mamá sabía de mí lo que sabía." A su padre no tuvo valor para escribirle. Al día siguiente fue a ver al misionero y le pidió que le ayudara para una conversión definitiva. El misionero le propuso hacer ahí en la Hacienda los Ejercicios de San Ignacio bajo su dirección; y el joven los comenzó enseguida. Fue en estos ejercicios, hechos cuando Miguel andaba en los dieciocho años, en donde tuvo el primer llamamiento a una santidad heroica. Sentía la necesidad de hacer algo por Cristo; y el

sacerdocio, la vida religiosa, como la de aquellos misioneros, se le representaba como una bella reparación. Pero la naturaleza se le resistía en forma extraordinaria. Al fin, con el consejo del P. Martínez, aceptó en principio la idea, a reserva de meditarla, aclararla, discutirla más adelante.[18] Bajo tales disposiciones, el P. Martínez obtuvo del joven además la promesa de humillarse ante sus padres y quedar en paz. Y los PP. Misioneros acompañaron personalmente a Miguel y lo entregaron a sus padres. La Sra. Pro se adelantó a recibir a su hijo con los brazos abiertos, lo bendijo y lo colmó de caricias. No hay datos sobre la actitud de don Miguel. Lo que consta es que el joven inmediatamente emprendió su vida ordinaria, sin que ni entonces ni después se hiciera alusión a tan tristes sucesos. Lo que se aclaró fue el equívoco de los sobres y las cartas, que más tarde refirió el mismo Miguel.

Otra humillación le esperaba. El mismo día de su regreso, hubo de salir, al anochecer, a un asunto de la Oficina de Minería y cuando regresaba, unos muchachos protestantes lo apedrearon. Pero no se defendió porque ya había aprendido que tampoco Jesús se defendió en su sagrada Pasión. Continuaron por algún tiempo las amenazas de aquellos muchachos, tal vez empujados por la joven decepcionada; y don Miguel pensó seriamente en el peligro que su hijo corría y quiso que se alejara de Concepción del Oro. El joven por su parte, como nunca había sentido el miedo, ni temía los padecimientos físicos, suplicó a su padre que no lo removiera del puesto de la Oficina en donde le ayudaba a su trabajo. Y encogiéndose de hombros ante las amenazas de sus

[18] Fanchon Royer, guiándose por los biógrafos primeros del mártir, y la forma velada en que tocaron el incidente, acaba por escribir acerca de su conversión: “What might have worked this change, remained a mystery" (pág. 81).

enemigos, se contentó con decir no sin cierta amargura: "¡En verdad que el único verdadero cariño lo hallo en mi casa!"

La lucha entablada en la Hacienda de San Tiburcio en torno a la vocación religiosa, quedó en pie, porque nunca se hacen en serio los Ejercicios de San Ignacio sin que produzcan fruto espiritual de santidad. Miguel continuaba dando tiempo al tiempo. Solamente se notó que sus virtudes domésticas se habían afinado lo mismo que su cariño a los obreros. Pequeños incidentes lo daban a conocer. Mientras permanecía la familia Pro en Saltillo, ocupaba por las calles de Progreso, ahora Escobedo, una casa muy cercana al Colegio de San Juan Nepomuceno dirigido por PP. jesuitas. La casa estaba rodeada de excelentes familias católicas. Miguel entonces se dedicaba, para distraer a su mamá y hermanitas, de la pena que les causaba la separación de don Miguel, a organizarles tertulias, fiestas sencillas y días de campo. En una de esas ocasiones en que Miguel permanecía en Saltillo y don Miguel en Concepción del Oro, ordenó el papá que se hospedara en su misma casa de Saltillo un matrimonio en que el marido era chino, la esposa mejicana y la criadita india, por lo que Miguel solía llamarlos "la celeste y tricolor pareja". La indita había catequizado al hombre, que se llamaba José Lee. A Miguel le repugnaba mucho el individuo "oliente a opio", según decía. Pero a la hora de las comidas, nunca le hizo remilgos a los pasteles y frituritas chinescas que aquél preparaba. Debía estar ahí el chino hasta que encontrara algún terrenito en donde dedicarse al cultivo de la hortaliza. Una noche Miguel oyó gritos y gemidos de la infeliz *Fonecia*, como el chino llamaba a su mujer Florencia. Saltó del lecho y corrió a ver lo que sucedía. El chino estaba moliendo a palos a la pobre esposa. No pudo soportar aquella villanía y a esa misma hora despachó de la casa al chino, que algunos días

después desapareció de la ciudad. Entonces Miguel se encargó de remitir a la víctima al mineral en donde vivían sus padres. Y en adelante el solo nombre de Lee lo ponía de mal humor.

Un día que Miguel hubo de pasar con extremo cansancio en la oficina de su padre, por tener que examinar los planos de unas minas en litigios, y él como neutral tenía que dar su fallo y demarcar las pertenencias, como el trabajo se prolongara hasta eso de las nueve de la noche y hubiera una lluvia pertinaz, fue necesario atender a los numerosos clientes ahí mismo para la cena, pues, según la pintoresca expresión del mismo Miguel, tenían "la cabeza llena de disgustos y el estómago vacío". Subió entonces al segundo piso a comunicar a sus hermanas la orden de don Miguel de que dispusieran todo para que los señores cenaran. El apuro fue grande, porque toda la servidumbre se había ido a las Pastorelas de Navidad y seguía lloviendo. Miguel al punto concibió una idea. Con mucha viveza les dijo a las hermanas: "¡Vaya, muchachas! A ustedes sólo les toca preparar las mesas. Déjenme el cuidado de la cena. Prohíbo que vaya ninguna a la cocina, ahora que nadie hay que les ayude". Luego tomó su impermeable y bajó corriendo. De paso recomendó que nada se dijera a su mamá para no apenarla. Apenas estaban las hermanas terminando de poner las mesas, cuando ya subía el papá con los clientes. Pero tras ellos subía también Miguel con unos mozos de la fonda de los chinos, que traían una buena cena para todos. Y lo más delicado fue que luego Miguel tomó de su alcancía personal para los pagos. Sus hermanas le quedaron agradecidas.

En otra ocasión, regresaba Miguel con su hermana mayor de una función en el teatro. Su padre les había ordenado que nunca se acercaran a las vagonetas que sacaban la grasa o escorias de

metal de la fundición, pues el material iba aún incandescente y cualquier descuido podría ocasionar una desgracia. De pronto vieron venir una de aquellas vagonetas. Miguel, obedeciendo la orden paterna, se alejó inmediatamente junto con su hermana. Y exactamente cuando la vagoneta pasaba por el sitio que acababan de abandonar, se volcó a causa de ir dormitando el conductor. El motorista todavía intentó enderezar el *cazo* que se inclinaba, pero perdió pisada y cayó de bruces en aquel lago de fuego. Miguel se lanzó a salvarlo, pero nada pudo hacer. Entonces ambos hermanos corrieron a pedir auxilio. En cuanto lo consiguieron María de la Concepción siguió para la casa; pero Miguel regresó al sitio del accidente. Cuando llegó ya unos gendarmes habían acudido y habían logrado sacar de las escorias el cuerpo carbonizado. Miguel regresó al hogar y comentó con sus hermanas: "¡Si no hubiéramos obedecido, nosotros también nos habríamos quemado!".

Mientras, seguía en el corazón de Miguel la lucha entre el llamamiento de Dios y los atractivos del mundo. Por octubre de 1908, hubo juntas de Ingenieros en Zacatecas. Concurrió a ellas D. Miguel y se hizo acompañar de su hija mayor. A su regreso dejó en Zacatecas a la joven recomendada a una honorable familia. Poco después envió allá a Miguel y a María de la Luz para que descansaran algunos días y regresaran con María de la Concepción. Miguel en Zacatecas se sintió en un ambiente muy superior al del mineral de Concepción del Oro. Los tres hermanos se dedicaron a conocer las costumbres, las casas y los amigos de la familia, y los sitios en donde habían dado los primeros pasos. Habitaban los tres en la casa del Dr. D. Luis Flores, quien los trataba con finas atenciones.

Miguel al punto trabó amistad con otros jóvenes que ahí mismo vivían, pues parece que se trataba de una casa de hospedaje. Se pasaban a veces días enteros con otras amistades los tres hermanos: pero Miguel nunca quiso pasar la noche sino en la casa del Dr. Flores. Este género de vida dio lugar a que Miguel de nuevo pensara en encontrar un complemento al cariño que abrigaba su gran corazón. Y debió ser fortísimo el que concibió, pues lo llevó hasta una desobediencia persistente a su padre. Comenzó por frecuentar con ansia la sociedad: "Nada le bastaba para vestirse bien", refiere una de las hermanas que lo acompañaban. Acudió a inscribirse en el Club Violeta, a donde concurrían los jóvenes más distinguidos de Zacatecas. Pero Dios continuaba dando caza al que en sus planes divinos tenía destinado para el martirio.

Se celebraron por entonces unos solemnes festivales. Había en el programa una corrida de toros con opción para los aficionados. Los zacatecanos habían invitado a las jóvenes de Aguascalientes. Los compañeros comprometieron al joven Pro para torear. Sus hermanas, en cambio, en nombre de la autoridad paterna, que ellas, por ser mayores, decían representar, se lo prohibieron. Miguel se retorcía ante la vergüenza de faltar a su compromiso, pero al fin cedió a sus hermanas; con un acto heroico se fue al casino precisamente a la hora en que los noveles toreros iban a salir en *convite* por la ciudad. Cayeron sobre él, como una tormenta, toda clase de burlas, y dijo valientemente: "¡No acepto la invitación a torear para no disgustar a mis hermanas mayores, en las que veo la autoridad paterna!", y lo único que hizo, según confesión personal suya, fue "agarrarse fuertemente a la mesa de billar que tenía al lado para no propinarle unas bofetadas al

insultante que tenía más a la mano"[19]. Luego, por la tarde, se presentó con toda naturalidad en la plaza de toros. Y como la Comisión de festejos lo había elegido para adornar el palco de las muchachas zacatecanas, lo hizo él cuidadosamente con profusión de violetas, pues no quería que desmereciera del que se preparaba para las de Aguascalientes. Y cuando uno de los toros hirió malamente a uno de los muchachos que con él posaban en la casa del Dr. Flores, encomendó el palco a sus hermanas y voló a prestar al herido los primeros auxilios. Este fue conducido al hospital, y Miguel no lo abandonó ni aún en los momentos en que hubo que hacerle una operación sin anestésico, pues padecía del corazón. Miguel lo tomó en sus brazos y lo retuvo mientras el cirujano intervenía. Por cierto que el operado, ante la fuerza del dolor, perdió las nociones de sociedad y delicadeza; y en medio de sus contorsiones pegó a Miguel un tremendo mordisco que le levantó un trozo de carne. De ahí se fue Miguel al baile señalado en el programa como final de los festejos. Prohibió a sus hermanas salir a bailar y él las sacó, según su costumbre, al ambigú. Cuando regresaban a su hospedaje, las detuvo un momento; y mirando al cielo azul y estrellado, les dijo: "¡Bah! ¿Y qué ha quedado de todo?... ¡Nada, nada!" Entonces le asaltó de nuevo la idea de su porvenir, como solía con frecuencia, en esa temporada. Pero se contentó con decir: "¿Mi porvenir?... ¡Esto está en las manos de mi Padre Dios!"

Desde aquella fecha, comenzó a experimentar cada vez más hondo el hastío por las diversiones humanas. Sentía inclinación a los actos de piedad y cierto desasosiego interior. Estos fenómenos

[19] Nótese el rasgo bilioso del joven Miguel. En realidad su temperamento era riquísimo y su carácter muy simpático. No era por cierto una gran cabeza, pero sí un gran corazón.

espirituales se le acentuaron con la visita que los tres hermanos hicieron al Convento de Guadalupe. Le dedicaron un día entero. Ahí estaba el cuerpo momificado de su tío abuelo, el P. Fray Crisóstomo Gómez, lo mismo que el de Fray Galván, Director espiritual y confesor de Doña Josefa Pro, mientras vivió ésta en Guadalupe. Miguel lo vio en el fondo de una cripta, en una caja descubierta y colocada sobre unos pobres bancos de madera. Se acercó al cadáver y notó que tenía la barba "crecida y como nueva". Y por cariño a su madre sacó el pañuelo y limpió el rostro de la momia y le tocó aquellas manos que tantas veces habían absuelto a su querida mamá. Terminada que la visita, se les permitió ver el archivo del Convento, en donde se hallaban registrados los milagros y favores extraordinarios de diversos Religiosos. Miguel se puso a leerlos y parecía ensimismado. Leyó muchas páginas y al fin dijo: "De estos santos quiero ser yo: que duermen, comen y hacen sus travesurillas y obran muchos milagros."

Continuaba la lucha en su alma. Llevaba ya tres meses en Zacatecas y no daba trazas de volver a Concepción del Oro, a pesar de las órdenes de su padre, quien dos veces le envió dinero para el regreso; y otras tantas lo gastó. El joven escribió varias veces al papá pidiéndole permiso para prolongar su estancia en Zacatecas. Era evidente que el corazón tenía en él una fuerza preponderante. Al fin, un día, cuando menos se lo pensaba, el Sr. Pro comisionó al Dr. Flores para que sin más averiguaciones se lo remitiera a Concepción del Oro, juntamente con las hermanas. A Miguel "le costó muchísimo el regreso, porque había hecho en Zacatecas muy buenas amistades", dice una de sus hermanas. Fue lo que él alegó en disculpa de no haber obedecido antes.

A los comienzos de 1909 se le encuentra de nuevo en el mineral de Concepción del Oro pero sumido en un mar de meditaciones: "No encontraba ya descanso en nada ni en nadie". Los sucesos extraordinarios que en el país se iban desarrollando, no parecen impresionarlo. Se encrespaba la tormenta en el exterior, pero en el interior de la familia Pro continuaba la vida ordinaria. A las primeras conmociones sociales, a las huelgas primeras, antes desconocidas en la República y reprimidas ahora en sus brotes iniciales por la Policía Montada Rural y el Ejército, en apoyo de las empresas y el capitalismo, se había añadido, desde el año anterior de 1908, la extraña declaración del anciano Dictador al periodista Creelman, de que ya el pueblo mexicano estaba maduro para la democracia y que vería con gusto la formación de los Partidos políticos.[20] En el país las opiniones se dividieron. Para unos aquello no era sino una artimaña para engañar a los poderes de los Estados Unidos, decididos a quitar del trono al viejo Emperador a cualquier precio y de cualquier modo. Otros tomaban la cosa más en serio y se disponían a entrar en las lides políticas. A éstos los empujaban la propaganda y el movimiento de los Demócratas liberales, lo mismo que las proclamas incendiarias de los Flores Magón, etc. Los más prudentes veían en aquellas declaraciones un último rayo de luz que se filtraba en la concepción política de atardecer, en que el cerebro de D. Porfirio Díaz se iba sumergiendo; rayo que no tendría eficacia ninguna, pues el anciano con frecuencia cambiaba de parecer en ese final de su vida.

[20] Hizo D. Porfirio esta declaración en una entrevista privada del Sr. James Creelman el 17 de febrero de 1900, pero el contenido de la entrevista no se supo en México hasta que de los Estados Unidos llegó. la publicación en el Pearson's Magazine, de donde la tomó la prensa nacional el día 3 de marzo.

De todos modos, la alharaca era grande; y también los católicos de la que en privado se llamaba "Vieja Guardia" se preparaban a entrar en la liza. Científicos y revistas se disponían a la par a la conquista de los pueblos, a la caída de D. Porfirio. En semejante hervor de pasiones políticas, el Dictador puso, quizá sin abarcar las consecuencias, la gota que hizo derramar la copa. Fue su autorreelección para un nuevo período, a los ochenta años de edad y contrariamente a las declaraciones de 1908; y además la imposición, por segunda vez, del Vicepresidente D. Ramón Corral. Y todo esto cuando ya el anciano ni siquiera podía fijar la atención en los negocios, sino por escasos momentos; y tras de cada esfuerzo, tenía a veces que retirarse incluso al lecho a descansar por breve tiempo.

En cuanto a Miguel, sin duda que en su ánimo pesaba, además de su problema interior, el abstencionismo sistemático en política de su padre, y su visión se mantenía reducida a la Oficina, a divertir a sus hermanos y a continuar las relaciones sociales que tanto le agradaban. Apenas si se nos ha conservado una nota de aquellos días, en que se refiere cuánto disfrutó en Saltillo con la música en las fiestas de la independencia, en 1910. D. Miguel quiso que toda la familia desde el principio de ese año, regresara definitivamente a Saltillo para poder atender a la educación de los más pequeños. Miguel Agustín, aunque absorto en el problema fundamental de encontrar la voluntad de Dios sobre su porvenir, no se resignaba fácilmente a renunciar a sus ilusiones de joven.

La cercanía del Colegio de los jesuitas no significó para él sino la facilidad para cumplir con sus deberes de católico, pues tenía demasiada personalidad para que la cercanía aquella influyera en sus meditaciones, aunque sin duda algo debió trabajar en el

subconsciente. Y sin embargo, ahí le esperaban uno tras otro los golpes decisivos de la gracia. Fue el primero, que Dios sin que Miguel se diera cuenta, había ido labrando a su lado la vocación religiosa de María de la Luz, la de la ágil ejecución y sentido artístico de la *Típica*. Miguel se dio cuenta por vez primera cuando oyó a su madre hablar del viaje a Aguascalientes. El 2 de agosto de 1910 partió María de la Luz para esa ciudad; y allá ingresó con las Religiosas de la Congregación de la Pureza de María, que tenían ahí el floreciente Colegio de la Inmaculada.

Era el primer pedazo que se desgajaba del hogar, en aquella familia en donde reinaba la más estrecha unión. La falta de María de la Luz se notó mucho en las veladas de familia, lo que renovaba la tristeza de la separación. En vista de esto, Miguel propuso a sus otros hermanos que en las dichas veladas no se lamentase la ausencia de María de la Luz. Pero la vocación de su hermana avivó sobre manera el trabajo interno suyo. Interrogaba con frecuencia al cielo y trataba de ocultar a todos sus más íntimos pensamientos, de manera que ni a sus padres reveló sus luchas interiores. Solamente un día, tras de la velada del hogar, no pudo menos que decir: "¡Ella ha escogido la mejor parte!" Y luego, reflexionando, añadió: "¡Caramba, qué cosa tan grande ha de ser el cielo que a tal precio se compra!"[21]

El segundo golpe de la gracia fue por noviembre de 1910. La Madre Navarrete, hermana del Ilmo. Sr. Obispo de Sonora y Superiora del convento donde estaba María de la Luz, hubo de hacer un viaje a los EE.UU. Y como tenía que pasar por Saltillo, le pareció lo más obvio hospedarse en la casa de la familia Pro. Debieron entonces prolongarse las pláticas acerca de María de la

[21] Alborada (pág. 53)

Luz. Miguel escuchaba y escuchaba. Era una nueva luz del cielo, pero el joven Pro la deseaba mayor aún.[22] Dios proveyó. Cuando Miguel oyó hablar a la prudente y experimentada superiora sobre la vocación de María de la Luz, pensó que aquélla podría ayudarle para resolver su propio problema. Le abrió, pues, todo su corazón. "Me llamó aparte, refiere la misma Madre Navarrete, y me contó cómo después de una temporada de tibieza, se había vuelto a

[22] No es exacto sino "completamente falso que Miguel se hubiera huido a los montes", como alguna vez se ha publicado, cuando supo lo de la vocación de María de la Luz. Por lo demás, el joven Pro ignoraba la doctrina católica de la vocación, que sólo se esclareció cuando S. Santidad Pío X. al aprobar el libro del Sr. Canónigo Lahiton, arrojó suficiente luz sobre el problema. Por esto anhelaba mayor luz. Contadas son las vocaciones en que Jesús se presenta personalmente a llamar, como a San Pablo, al joven sensiblemente, ni se deben esperar semejantes manifestaciones para juzgar de una vocación. Hay otro camino que es cuando el alma por experiencias muchas y variadas de consolaciones y desolaciones, viene a ver con claridad que es Dios quien la está llamando. Pero tal camino es muy expuesto a ilusiones y engaños, por tener tan gran elemento de subjetivismo y no ser de ordinario el hombre buen juez en sus propias cosas a causa de las pasiones. Por lo mismo, el recto, propio y seguro sendero, y del que ningún joven debe nunca prescindir en la práctica, es el uso ordenado de las potencias del alma, discurriendo lo más tranquilamente que sea posible sobre las razones en pro y en contra del estado sacerdotal o religioso que en el caso individual se ofrecen. La vocación en su propio sentido es el llamado que en nombre de Dios hace quien tiene el oficio. Mas para que el que tiene el oficio no proceda temerariamente, es necesario que le conste de las cualidades y condiciones que hacen al candidato apto para el estado sobre que delibera. En conjunto, los autores las reducen a tres: *recta intención*, o sea que el candidato se mueva, a lo menos principalmente, por un principio sobrenatural y no meramente humano; *voluntad firme* con plena libertad de abrazarse perpetuamente con tal estado de vida; *aptitud positiva* (la dudosa no bastaría de ningún modo), para los deberes que impone el estado de vida que se

Dios. Sentía en su alma un gran hastío por todas las alegrías del mundo y un deseo vivísimo de desprenderse de todo, aun de su misma madre a quien adoraba, para consagrarse a Dios. Yo le propuse algunas reglas para guiarse en la elección de estado de vida. El me escuchaba con profundo recogimiento. Al fin me dijo: "¡Sí, así es, así lo siento! ¡Mi vocación es cierta! ¡Seré religioso a pesar de todos los obstáculos! ¡Hablaré con mi confesor mañana

---

quiere abrazar. Esta aptitud es doble: aptitud para cumplir con las obligaciones espirituales, en especial los tres votos de pobreza, castidad y obediencia; y aptitud para cumplir con las ocupaciones que el Instituto abraza en su trabajo por las almas y por Dios, según sus Constituciones. Puede verse el Concilio Vaticano II, Optatam lonas Ecclesiae, No. 6. El conjunto de cualidades y condiciones dichas hacen al candidato *ciertamente vocacionable*, y el que llama puede proceder a llamarlo con seguridad moral. No es pues tan complicado el problema de la vocación. Planteado así, tiene dos elementos. Uno que viene directamente de Dios y que Él ha preparado desde toda la eternidad, que es el de la aptitud con cierta cantidad de dones y cualidades naturales y gracias correspondientes al estado de vida en que quiere que el individuo le sirva. Otro que depende de la humana voluntad libre y es el que el joven ha de poner, como es la recta intención y la libre y firme voluntad. Si el joven ve que tiene en grado suficiente los elementos que helaos explicado, puede estar seguro de que hay un verdadero llamamiento de parte de Dios, al que conviene que preste su asentimiento. Sin embargo, es muy de notar que todo el conjunto de los tres elementos solamente hace al joven *vocacionable*. El que llama por oficio, es libre de aceptarlo o rechazarlo, sin hacerle ninguna injusticia, aunque si puede mediar la debida caridad. Ahora bien, una vez aceptado el candidato por el superior que tiene el oficio, como ni Dios ni el superior que lo representa han echado sus cuentas para un lapso determinado, sino para toda la vida del individuo, la vocación de parte de Dios es en absoluto firme y no la retira; pues, como dice San Agustín, Dios no es *deserens, nisi deseratur:* no abandona si primero no se le abandona. De donde se sigue que no hay lo que algunos suelen llamar "vocación temporal". En cambio sí puede darse el caso de que

mismo y pediré, si él lo aprueba, mi admisión a la Compañía de Jesús!" Ante aquella generosidad, la religiosa no tuvo ya empacho en hacerle una recia pregunta: "¿Me da Ud. su palabra de honor de que mañana mismo verá a su confesor?" Miguel le dijo con sencillez: "Con toda seriedad y como buen caballero se lo prometo".

Era por ese tiempo confesor de Miguel el P. Alberto Mir, S. J., notable por su fervor. Miguel cumplió su palabra; pero de esta primera entrevista no se saben pormenores. El P. Mir no tuvo prisas. Dio largas al asunto. Probablemente fue por entonces cuando Miguel comenzó a usar los instrumentos de penitencia que poseía su familia, heredados de su tío abuelo Fray Crisóstomo Gómez. Entre tanto, a fines de enero de 1911 se recibió en Saltillo la invitación a la familia para asistir a la toma de hábito de Sor María de la Luz. Todos se pusieron en movimiento. Miguel, tras de la renuncia interior a todas las vanidades del mundo, exultaba de gozo y había recobrado su carácter alegre, juguetón y optimista. Una vez en el tren, tuvo una salida, como muchas otras que sus compañeros le conocieron, en la que en forma de chiste dejaba

---

el individuo pierda la recta intención o la firme voluntad o incluso los dones que Dios le preparaba, por su culpa. Entonces el joven *ha perdido su vocación*. El y su confesor verán el grado de culpabilidad que en ello puede haber. Pudiera también acontecer que, por la limitación humana, de los que en nombre de Dios reciben, hubieran recibido al candidato sin que éste tuviera verdadera aptitud para el género de vida que ha escogido. pero que los superiores no se hubieran dado cuenta a tiempo de semejante incapacidad. Entonces en realidad nunca habría habido *verdadera vocación*. Este último caso suele presentarse con frecuencia cuando se admiten al noviciado jovencitos demasiado tiernos y que no han madurado suficientemente en su psicología; sobre todo si se trata de grupos en los que el instinto gregario obra muchas veces con fuerza.

escapar un relámpago del juego que interiormente iba llevando. Tiró la colilla de su cigarro por la ventanilla y exclamó: "¡A ver si quemo por ahí a alguna vieja! ¡Porque yo ya no quiero a nadie, a nadie! ¡Cuesta mucho separarse uno de los que quiere!"

La familia Pro llegó a San Luis Potosí el primer viernes de febrero y se detuvo para recibir la sagrada comunión; pero Miguel no pudo comulgar por haberse comido, pasada ya la media noche, una caja de chocolates; y fue tan grande su pena que no paró hasta despertar a todos y contar a cada cual su desgracia. Ahí mismo compraron algunos regalos para Sor María de la Luz. En Aguascalientes ocuparon un apartamento en un hotel donde se hospedaba además un famoso torero. Dos días después salió la mamá con gran sigilo hacia la ciudad de León, para ver al P. Mir en compañía de María de la Concepción; y cuando regresaron de aquel rapidísimo y misterioso viaje, supo el joven que también María de la Concepción acababa de arreglar su ingreso en el mismo convento en donde estaba Sor María de la Luz. Se impresionó vivamente; se tiró en la cama y rompió a llorar. Pasada la primera explosión de sentimiento, invitó a su hermana a dar un paseo durante el cual le preguntó los motivos que tenía para dejarlos e irse al convento. Ella le dijo: "Vi que era la voluntad de Dios". Miguel tras breve silencio, le contestó: "¡Eso sí no tiene réplica!" Y luego en tono confidencial: "Y para mí ¿cuál será la voluntad de Dios?" Y guardó silencio unos instantes. Finalmente soltó una frase del mismo cariz que la pronunciada en Saltillo en el carro del tren: "¡Sea cual fuere, pero que sea pronto!" Quería decir: ojalá el P. Provincial me conteste pronto. Pero su hermana, por falta de datos, no podía penetrar su sentido. Miguel dedicó esas horas a colmarla de obsequios.

Llegó finalmente el día 2 de febrero de 1911 en que se verificó además de la toma de hábito de Sor María de la Luz, la primera comunión de Humberto, en el mismo Colegio de la Inmaculada. A Humberto apadrinó en el acto Sor María de la Luz, madrina además de su bautismo, como ya se dijo. Miguel no comulgó ese día. A la hora del desayuno, se hallaba sumamente conmovido. De pronto, volviéndose a sus hermanas, les dijo: "¡Bueno! ¿Y por qué no me hago yo también religioso?" Pensó un momento y añadió: "Si lo que siento es vocación divina, lo doy por hecho". Estaba ahí la Madre Navarrete y no descansaba en su espíritu hasta saber si el joven había cumplido su palabra de honor. En un rato de conversación a solas, Miguel le certificó haber sido fiel a su palabra: "¡He cumplido mi promesa! Ya pedí mi entrada en la Compañía de Jesús. Espero la respuesta del P. Provincial'. La respuesta tardó algún tiempo.

El 13 de febrero regresó la familia, ya mermada en dos de las hermanas, a Saltillo. Miguel siguió siendo, ahora con mayor razón, el jefe, porque D. Miguel permanecía en Concepción del Oro. En su trato exterior no cambió nada. Sabía que el mundo le sonreía y que muchas jóvenes se interesaban por él y aun le pedían recuerdos para sus álbumes. Sin faltar a sus deberes de sociedad, sabía bien escabullirse y aún tenía salidas a veces desconcertantes.[23] La

[23] Por ejemplo: cierto día, en Saltillo, una joven catequista se empeñó en que Miguel le escribiera un pensamiento para conservarlo. El joven, con la mayor naturalidad, le pidió el catecismo que llevaba en la mano; y a vuela pluma le improvisó una de sus salidas:

Quisiera ser varillas
de tu abanico
para hacerte
cosquillas en el hocico.

vocación no le había quitado nada y en cambio le había dado mucho. Desde febrero de 1911 "se volvió más reservado y pensativo". Esto cuando estaba a solas. En lo demás no había cambiado. Por la Pascua tuvo la ocurrencia de enviar a sus hermanas "un periódico escrito por él de cabo a rabo, donde recordaba escenas chuscas, chistes, versos, etc., entresacados de un manuscrito al que tituló *Libro las Injurias.*[24]

No consta la fecha en que le llegó la contestación del P. Provincial. Parece que debió decirle en ella que se pusiera en comunicación con el P. Gabriel Morfín, Rector entonces del Colegio de Saltillo. Conforme a los sistemas de entonces, el P. Morfín comenzó por dar largas al asunto para ir conociendo el temperamento, carácter, fallas naturales, cualidades y familia del candidato; y para dar tiempo a éste de que se fuera instruyendo en las graves obligaciones que impone la vida religiosa, particularmente en las virtudes de pobreza, obediencia, castidad y vida común. Cuidó, además, el P. Morfín de sujetar al joven a varias pruebas duras, que le parecieron necesarias. No queremos entrar a dar nuestro juicio sobre los métodos antiguos y los modernos de ganar vocaciones: ambos tienen sus pros y sus contras; y lo más difícil en ambos es dar con el término medio. Las escenas que vamos a narrar son recias, rudas, propias de gente ya

---

[24] Este manuscrito es de fecha anterior. En una página titulada D.T.U.P. (de todo un poco), el mismo Miguel copió sus primeros versos de cuando tenía seis años. Decía:

Debajo de una verde palma
estaba un triste coyote,
y en su cantido decía
suspirando: ¡abajo dátiles!

iniciada en los caminos de la humillación y tales que modernamente parecerán condenables.

En cuanto recibió Miguel la respuesta del P. provincial, concertó la entrevista con el P. Morfín, quien le señaló una hora de la tarde para cierto día. El joven preparó y hasta ensayó en su habitación un discursito perfectamente pensado, aun previendo las objeciones que el P. Rector pudiera ponerle; y luego se presentó puntual a la cita. Saludó respetuosamente al P. Morfín, que se encontraba en esos momentos leyendo un periódico. Y, sin ofrecer siquiera una silla al visitante, siguió su lectura, sentado como estaba, en una mecedora. Miguel comenzó a sentirse en ascuas. Y, como él mismo contaba años después, con su mímica e hipérboles pintorescas, tuvo "impulsos de voltear de la mecedora a aquel Reverendo Padre". No se atrevía a pedir permiso para retirarse, a causa de la desorientación que la actitud del P. Rector le producía, y así permaneció de pie un gran rato, que decía él se le hizo "como media hora". Por fin el Padre dejó el periódico y volviéndose al joven, le dijo con voz reposada: "Vuelva Ud. mañana a esta misma hora, porque hoy estoy muy ocupado". Miguel sintió como si se le viniera encima el techo o el suelo se le sumiera, decía él, y todo "de purito coraje". Pero se venció y le respondió amablemente: "¡Muy bien, Padre! ¡Muy buenas tardes!" Para colmo, al ir a salir del colegio, le dicen que hay un padre en el recibidor que desea hablarle. Era el P. Francisco Pichardo. Sintió que el disgusto interior le llegaba al máximo, pero no se negó a la entrevista. El P. Pichardo lo saludó campechanamente y le dijo una frase picante, a la que dio él una contestación incolora. Y regresó a su casa hecho una furia.

Cuando ya se sintió dueño de sí fue a saludar a su mamá, pero no le contó nada de lo sucedido. Guardaba tenazmente su secreto. Más tarde, cuando ya teólogo recordaba estos pasos, él mismo se espantaba y decía: "¡Lo que son los secretos de la gracia de la vocación! ¿Cómo pude yo no decir nada a mi madre para quien entonces mi alma era un libro abierto?" Al día siguiente las luchas comenzaron desde muy temprano. Se preguntaba si tendría valor para aguantar un "desairote como el anterior". Pero reaccionaba y se decía: "¡Van a creer los Padres que soy un cobarde, que no me sé aguantar un desaire!" A la hora conveniente, se armó de todo su valor, se acicaló y se lanzó a la calle, mientras decía a su mamá: "¡Señora, voy al colegio a verme con los mejores jesuitas!" Ya por todo el colegio corría la noticia de haber un nuevo candidato. Encontró al P. Morfín; y ahora no solamente no le ofreció el Padre un asiento, sino que ni siquiera levantó los ojos del escritorio. Miguel esperó a pie firme aunque por dentro se lo comía la bilis. De nuevo había repasado su discursito. Pero el P. Morfín, después de larga espera, levantó los ojos y como si nada supiera, le preguntó: "Y bien ¿qué se le ofrece, joven?" ¡Estoy muy ocupado! ¡Puede volver mañana!", y se puso a firmar el escrito.

"Salí, comentaba el H. Pro, ya teólogo, ardiendo en cólera y con el pensamiento de mandar a mi señora abuela a que me representara al día siguiente delante del P. Rector". Y también ahora se encontró en los corredores del colegio a varios Padres que le ponderaban lo alto de la vocación y sus dificultades; y al P. Pichardo, bromista, que le dijo: "¡Quiá, hombre! ¡Ud. no sabe en la que se anda metiendo! ¡Ud. es un señorito hecho para la vida de sociedad". Pero precisamente en esos momentos, contaba él, se le abrieron de tal manera los ojos del alma que determinó en su

interior acudir a todas las citas del P, Morfín, así lo citara cientos de veces. En adelante ardía en deseos de que lo probaran bien. El P. Morfín cambió luego totalmente y lo recibía cada vez con "más fineza y empeño por arreglarle su asunto". El joven, por su parte, estaba totalmente persuadido de que "Dios lo quería para santo".

Mientras, en la familia nadie se daba por enterado "*oficial-mente* de aquella nueva vocación, la tercera en un año en aquel hogar privilegiado. Las hermanas, al fin, más curiosas, un día le preguntaron de improviso: "¡Miguel! ¿qué significan tantas idas al colegio?" Y Miguel guiñándoles un ojo, respondió: "¡Tengo allá un buen negocito!" En el fondo él mismo no encontraba un modo delicado de hacer saber a su padre su determinación. Dios le facilitó todo. Enfermó y le sobrevino una fiebre muy alta que acabó por sumirlo en el delirio; y en el delirio comenzó a hacer revelaciones; y en uno de los ataques de fiebre habló de unas cartas que tenía guardadas en cierto lugar del jardín. Corrieron allá las hermanas y encontraron el fajo de cartas del P. Mir y aun la del P. Tomás Ipiña, Provincial, en que lo admitía al Noviciado.

Descubierto ya todo, en cuanto Miguel entró en convalecencia pidió a su padre el permiso, y D. Miguel no dudó un instante, sino que incluso determinó ir personalmente a entregarlo a la Compañía de Jesús. A principios de agosto hicieron los preparativos, cuando Miguel no se hallaba aún perfectamente restablecido. El día 6, fiesta de la Transfiguración del Señor, se despidió de su mamá con lágrimas; y acompañado de su papá fue a Aguascalientes para despedirse de sus hermanas religiosas. A éstas les dijo que "lo más doloroso de toda su vocación había sido la despedida de su mamá". Y fue muy de notar que precisamente D. Miguel fuera quien más lo animaba en sus propósitos. Quizá recordando las

crisis anteriores y el peligro que para un temperamento como el de Miguel significaban los nuevos rumbos políticos y sociales del país, veía en su vocación la solución paternal de Dios.

Miguel abarcaba perfectamente el panorama de humillaciones y sacrificios a que se lanzaba. Ya muy cerca del martirio, escribirá a un alma para alentarla, y le pintará el cuadro exacto que él entonces tenía delante de los ojos: "Las horas que preceden al combate son más angustiosas que, las que siguen al comienzo de la batalla. La razón ve los riesgos que van a correrse y la imaginación acumula peligros. Pero al oír el silbido de las balas, al ver la sangre que brota a torrentes, el alma se engrandece, se sublima y el noble fin por el que peleamos aparece en todo su esplendor, dándonos bríos inusitados y alientos heroicos que nos llevan a la victoria... Los últimos escalones de una subida son los más costosos; los postreros peñascos que coronan la cima de un monte al que hay que subir, son los más penosos; el último esfuerzo de un corredor para llegar a la meta, es el más arduo".[25]

---

[25] *Vida Intima*, p. 196.—Se han preguntado los biógrafos cómo es que habiendo el joven Miguel convivido perpetuamente con sus hermanas mayores no sacó en su carácter los rasgos más o menos femeninos que son patrimonio común de quienes crecen en un ambiente semejante. La respuesta es sencilla: su padre lo educaba muy varonilmente y le daba continuos ejemplos de energía y dedicación al trabajo; aparte de que su propio temperamento y el de la familia, sin exceptuar a las mujeres, era recio, activo y nada sentimental. Además, el roce con los mineros zacatecanos de fiera contextura contribuyó a crear en él un tipo de carácter más cercano al barretero que al *fifí*. Y supo dominar la ternura natural suya en tal forma que desde su ingreso al noviciado nunca más se le vio llorar hasta su Ordenación y la muerte de su mamá. Finalmente, al ver a Miguel tan bien dotado para triunfar en la vida, entrar en religión; y esto a pesar de las continuas y graves repugnancias naturales que hubo de arrostrar hasta los

Partieron de Aguascalientes padre e hijo hacia la Hacienda de El Llano en donde estaba en aquel tiempo la casa del Noviciado. Duró el viaje en total cuatro días. Iba Miguel, como alguna vez lo refirió él mismo, "resuelto al sacrificio supremo"; ya que según el testimonio de un connovicio suyo "solamente la persuasión de que Dios lo quería santo" le hizo abandonar sus ilusiones mundanas de apuesto joven a quien el porvenir sonreía, para encerrarse en una

---

primeros días de su noviciado inclusive, fácilmente se ocurre otra pregunta: "¿Hubo en su vocación algún llamamiento extraordinario?" Si se trata de fenómenos místicos, ya sea de visiones sensibles, ya imaginativas o de alta comunicación intelectual, no tenemos datos ningunos para afirmarlo. Si se trata de ilustraciones internas no comunes, de fenómenos intermedios entre las luces ordinarias con que Dios favorece en general a las almas que buscan la perfección religiosa y los dones místicos que a raras almas se conceden, la respuesta parece que debe ser afirmativa. Porque de otra manera no se explicaría suficientemente la certeza que Miguel tenía de que Dios "lo quería para santo" (Portas, pág. 17). El triunfo de la gracia en la situación sicológica en que el joven se encontraba, de repugnancias recias al estado de religión, no suele darse en las vocaciones ordinarias, en las que el fervor actual y sensible suele compensar el sacrificio en tal forma que aun hace que no se sienta. Alguna luz arroja también el cambio radical desde el momento en que aceptó definitivamente el llamamiento de Dios; pues a pesar de su temperamento predominantemente sanguíneo, comenzó a absorberse en profundas meditaciones, en su aposento, lo que supone especiales comunicaciones con Dios. Así se le formó la curiosa dualidad que lo acompañará hasta el sepulcro, entre el Pro ocurrente y divertido y el Pro recogido y hasta ensimismado delante del sagrario. El mismo escribía años después a un alma que andaba en luchas para seguir su vocación religiosa: "Habla Dios al alma... ¡Sí, sí le habla; y muy dulce es su palabra! ¡Sí, habla y el alma comprende esa voz y entiende ese lenguaje! Yo lo sé por experiencia... En su infinita misericordia puso los ojos en ese tronco seco y estéril de mi vida; y viendo la estatua que El mismo debería sacar con su gracia santísima, me dio la vocación, me sacó, a pesar de mi oposición, de

casa religiosa. Con semejantes alientos se presentó en el noviciado el día 10 de agosto de 1911. Dejaba detrás una familia heroica y una patria en ebullición. Apenas hacía dos meses escasos de que el anciano Dictador había firmado su renuncia como Presidente de la República.

---

un mundo corrompido en el une vivía..." Glosando una sugerencia de san Juan Crisóstomo, diríase que en el joven Pro quedo para siempre unido el trabajo de la gracia activísimo y el del temperamento también lleno de vida; algo así como una casa de dos pisos. En el de abajo anda la servidumbre con sur bromas y ocurrencias a veces incluso menos delicadas y aun con sus miserias, mientras en el de arriba (en nuestro caso las potencias superiores del alma), vive el jefe de la familia, Padre Dios, repartiendo sus suavísimas comunicaciones, tiernos abrazos, caricias delicadas que elevan a esferas sublimes de conocimiento y de amor.

Capítulo IV

EN LA CASA DE EL LLANO (1911-1914)

Llegaba el joven Miguel al Noviciado sin deberle al liberalismo porfirista sino un lastre negativo. Venía de una familia concentrada en sí misma, apolítica por principios, sin visiones sino locales de auxilio a los obreros, sin estudios profesionales. Sólo lo acompañaba una decisión perfecta para entregarse a lo que Dios quisiera disponer en adelante. El Llano o Estación Dávalos, queda cerca de Zamora, pues solamente hay una Estación intermedia, siguiendo hacia los Reyes, que es la de Ario. La Estación Dávalos era entonces un *apeadero de bandera*, es decir en la que el tren se detenía únicamente cuando había pasajeros que subieran o bajaran, cosa que el guarda-estación indicaba agitando una bandera roja. El panorama era espléndido. A pesar de estar en plena temporada de lluvias, el día era sereno. La luz del sol se quebraba en las filas de eucaliptos de la huerta vecina al Noviciado y doraba la torrecilla de la iglesia de la Hacienda, lo mismo que los grupos de chozas acurrucadas en torno de ésta. La vega de Zamora, regada por el río Duero —nombres ambos derivados de sus correspondientes de España— se veía, por agosto, cubierta de flores campestres y remolinos de arbolado. En especial le daban mucha gracia las geométricas ondulaciones artificiales del río, encanalado entre gruesos terraplenes. Los montes, ya lejanos como la Beata y la Beatilla, ya cercanos como el Jaseño o el abandonado mineral de la Mula, parecían totalmente tapizados de

esmeralda tierna, a causa de los pastizales y los arbustos. Los atardeceres sobre todo tenían una singular hermosura que nunca se contemplaba sin emoción. Los crepúsculos eran bellísimos en especial —según decía la gente— por los juegos de luz que formaban a lo lejos las emanaciones vaporosas del lago de Chapala.

Guardaba el portalón de la Hacienda un rancherito, a quien más tarde, no se sabe por qué curiosas analogías, los HH. Estudiantes de Latín, le pusieron el sobrenombre de Capys, tomado de la Eneida. Un vagoncito tirado por mulas conducía a los visitantes del Noviciado hasta la puerta misma. Allí recibió a D. Miguel y su hijo el P. Maestro de Novicios que era al mismo tiempo Rector de la Casa. El P. Manuel Santiago era alto, membrudo, moreno, de mirada penetrante, pero que sabía suavizar profundamente y matizar con un reflejo de espiritualidad que desde luego inspiraba confianza y conquistaba a sus interlocutores. Era español, salmantino. ¡Providencia paternal de Dios! Tampoco el P. Santiago era una gran cabeza, pero sí un gran corazón; de manera que él y su nuevo novicio iban a entenderse perfectamente.[26] Llamó el P. Maestro al P. Martín Habig, ayudante suyo en el cargo de Maestro de novicios, éste condujo a sus respectivos aposentos a los recién llegados. El P. Habig era de origen alsaciano, simpático, a quien los muchachos en el colegio en donde hizo su magisterio no hallaron mejor apodo que ponerle que el de *manzanita de oro* por su bondad y sus chapetes.

[26] Varias veces le oyeron sus compañeros, más adelante, esta frase. "Si mi Padre Dios no me hubiera dado tal P. Maestro, ciertamente yo no hubiera perseverado en mi vocación".

Pronto quedó Miguel solo en su aposento y lo examinó con interés. Había ahí dos sillas, una mesa vulgar para escribir, una cama, un reclinatorio al pie de un pequeño crucifijo, un percherito, una mesa de noche, un tripié con una palangana encima y su correspondiente toalla y jabonera. Sobre la mesa encontró una Vida de San Ignacio de Loyola por el P. Pedro de Ribadeneira, una Imitación de Cristo, un Ejercicio de Perfección y Virtudes cristianas del P. Alonso Rodríguez y un ejemplar del Sumario de las Constituciones espirituales de la Compañía. Pobre era todo aquello, pero a mayor pobreza iba dispuesto Miguel. Con los datos que ya tenía el P. Maestro y que ahí mismo completó platicando con el joven, decidió que al día siguiente por la tarde comenzaría el triduo de Ejercicios espirituales para tomar la sotana el día 15, fiesta de la Asunción de nuestra Señora. Lo hizo juntamente con otros tres candidatos.[27] D. Miguel quiso hacer a su vez el triduo, por su parte; y así quedó por de pronto desconectado de su hijo. En la mañana del día 15 tuvo lugar una escena conmovedora. Apenas amaneció, corrió D. Miguel al aposento del joven y lo llamó desde la puerta en voz alta: "¡Miguel, hijo!" Era el tiempo destinado a la oración y Miguel la hacía en su reclinatorio. Se levantó, se adelantó hacia la puerta con las manos entrelazadas adelante, como el día en que años después, salió de los sótanos de la Inspección de Policía para el martirio. Y a D. Miguel, cuando lo vio ya con su sotana, el pelo corto, la postura modesta, le pareció que su hijo se había transformado en un santo. Se le anudó la voz en la garganta, se le llenaron de lágrimas los ojos y se retiró sin poder decirle una palabra. Más tarde contaba que en aquellos instantes le vino el

[27] Fueron los HH. Benjamín Campos, que había llegado el día 9; y Luis Rodarte e Pantaleón Pacheco. El H. Pacheco no perseveró en la Compañía. Salió siendo ya filósofo.

pensamiento de que Miguel ya no le pertenecía, sino que todo era de Dios. Por su parte, lo mismo pensaba el joven Pro y también a él lo paralizó este pensamiento, de modo que regresó a su reclinatorio, sin decir palabra, pero con gran devoción interior por el sacrificio hecho.

Padre e hijo comulgaron en la Misa de Comunidad. Cuando llegó el momento, D. Miguel se despidió de su hijo con un fuerte abrazo y un beso en la frente. El H. Pro lo besó en la mejilla y de rodillas le pidió su bendición. Su padre, sumamente emocionado, no pudo bendecirlo; le puso la mano sobre la cabeza y lloró de felicidad. Refería, años después, que, al tomar el tren de regreso a Concepción del Oro, sentía en su corazón una paz inmensa. Llevaba la persuasión íntima de que su "misión de padre para con su hijo mayor —fueron sus textuales palabras— estaba perfectamente cumplida".[28] Si hubiera podido adivinar que acababa de entregar a la Compañía de Jesús un futuro mártir de Cristo Rey, habría sido el hombre más feliz de la tierra.

La casa de El Llano había heredado las virtudes de la comunidad de San Simón, Hacienda situada a la orilla del río Duero, en el punto en que éste sale de la vega de Zamora hacia el lago de Chapala. De ahí el noviciado se había trasladado a El Llano. Ahí habían sido Rectores y Maestros de novicios los PP. Morandi, Mendívil, Carrasco y Miguel González, notables todos en la Provincia por sus virtudes. En El Llano lo fueron el P. Miguel González y el P. Santiago y de nuevo el P. Miguel González, a quien tocó disolver la Comunidad, el 15 de agosto de 1914, ante las avalanchas de las fuerzas carrancistas. Era entonces Provincial el P. Tomás Ipiña, cuya causa de beatificación se halla introducida

[28] Puedo verse *Alboroda* al fin.

en Roma. Desde 1913 lo fue el P. Marcelo Renaud. General de la Compañía era el P. Francisco Xavier Wernz, a quien sucedió, en 1914, el P. Wlodimiro Ledochowski. Las costumbres de la Casa eran las mismas de la Provincia de Castilla, salvo algunas variantes por razón de los climas y regiones. Se debió a que en sus comienzos la Provincia de México se derivó directamente de la Castellana, de manera que para 1910 aún figuraban muchos PP. españoles en sus catálogos.

En cuanto a la Comunidad, había algo más de una treintena de novicios escolares y un regular número de HH. coadjutores, más otro de Juniores. Anteriormente los HH. novicios escolares que al acabar su primer año de noviciado se veían seguros en su vocación, iban al noviciado de Loyola, en España, para terminarlo luego y hacer sus estudios de Letras y Filosofía. Como abundaran las vocaciones, pensó el P. Ipiña en formar en México el Juniorado, para el cual se procuró construir un edificio a las orillas del lago de Pátzcuaro; y acomodar para filosofado la antigua casa de Tepotzotlán, recientemente cedida por el Gobierno. El primer junior que quedó ya en El Llano fue el H. Francisco Xavier Quintana, quien por unos meses hizo vida común con los novicios hasta que el número de juniores llegó a siete. En conjunto la Comunidad contaba con unos 84 sujetos. La Provincia íntegra andaba por los 300, o algo menos.

El ambiente del noviciado para nada cohibió al nuevo H. Pro Juárez. Más aún: toda su vida y formación anterior le daban cierta superioridad sobre algunos HH. novicios de menos edad y experiencia. Amaestrado en la Oficina de su padre, el trato con los mineros y con los jóvenes de buena sociedad de Concepción del Oro, Saltillo y Zacatecas, en el noviciado se encontraba como en

su propio ambiente. No era un joven de rasgadas costumbres a quien un *impromtu* o algún inexperto P. Espiritual lo hubieran hecho ingresar en la vida religiosa, tras de andar hasta unos días antes en jaranas y bailes. Tampoco un bebé que nunca hubiera estado en contacto con el mundo. Por otra parte ni la veintena de juniores ni la treintena de novicios eran muchachitos a quienes "les escurriera el agua del bautismo" como suele decirse. Había una media docena de HH. más jóvenes; pero la mayor parte de los otros habían entrado en la vida religiosa ya de barba y bigote. Había entre ellos unos cinco sacerdotes, un Subdiácono, varios tonsurados, un Vice-rector del seminario de una diócesis, otro que para entrar había liquidado una buena tienda que manejaba, otro que había renunciado a un buen puesto en un Banco, dos que habían dejado el oficio de ferrocarrileros, dos empleados de grandes casas de comercio en la capital de la República, otro que en diversas andanzas por el país había estado a punto de ser asesinado, otros habían cortado sus estudios de Filosofía en varios seminarios para su ingreso, etc. Semejante clase de gente no era para infundir tristeza al H. Pro. Y eran hombres de recia virtud, que solamente de vez en cuando excedían los límites de la prudencia, en ansias de cumplir lo más exactamente la voluntad de Dios; pero a quienes el P. Santiago mantenía dentro del justo medio. Por lo mismo fue muy notable la crisis durísima y única en su vida religiosa que experimentó el H. Pro a los pocos días de haber dado comienzo a su noviciado.

Ya en su Postulantado —como entonces se llamaba a la primera probación— se le asignó como ángel, para que lo instruyera en las costumbres de la Casa, al H. Francisco de Sales Altamirano y Bulnes. En esos días el postulante Pro, al mismo tiempo que mostraba en los ejercicios de piedad mucho

recogimiento se dedicaba en los tiempos libres a divertirse con su ángel y los otros postulantes. Hacía visajes, se escondía debajo de la mesa, hacía finta de escaparse por una ventana, etc. Era una forma muy suya de significar la alegría interior de que disfrutaba. Su presentación era correcta, sin ser estirada. Su traje el ordinario y a la moda que entonces corría. No faltó quien pensara para sus adentros que aquel postulante no perseveraría, pues daba la impresión de un alma ligera. Cuando pasó al noviciado se advirtió muy pronto la dualidad fundamental en su personalidad. La crisis durísima que sufrió a los pocos días embrolló más aún los juicios de sus compañeros. Sólo el P. Maestro sabía a ciencia cierta lo que era el nuevo Hermano. El hecho fue como sigue. Notaron los HH. novicios que de pronto el H. Pro, en los tiempos de recreo y durante el día no parecía ya el mismo. Parecía estar a disgusto y que todo le repugnaba. El rostro mismo tenía una contracción como de violencia. ¿Qué hubo de realidad?

Los biógrafos quisieron explicarlo por la incongruencia de caracteres entre el joven Pro tan experimentado en la vida y los jovencitos novicios sin experiencia y afectados en su modestia y espiritualidad;[29] o bien por lo insalubre de la región. Mas acertada

[29] *Vida Intima* escribe a este propósito en la pág. 31: "A sus compañeros, más jóvenes que él, como vulgarmente se dice, les chorreara aún el agua bautismal. Se imaginan que la santidad debe ser necesariamente solemne. Sus caras largas desconciertan al nuevo novicio; y acaban de quebrantar su voluntad el clima húmedo de la región, la seriedad que se respira en la casa y el recuerdo de su madre..." La explicación no es exacta, más aún: ni siquiera la enfermedad produjo en el H. Pro la crisis. Desde el tiempo de la primera rectoría del P. Miguel González sufría el noviciado los efectos de aquella región palúdica. Pero se le prometió a San José una capillita votiva en la huerta y el santo mostró claramente su protección. Anteriormente hubo vez en que de los 12 novicios que había, sólo andaba en pie uno, que servía

parece la opinión de que se trataba de una noche espiritual como suele acontecer a los principiantes. Se caracterizan esos estados de alma porque una vez puesto el joven frente al deber, se encuentra con que el ideal que primero brillaba como un astro, iluminando todo el resto de la vida, ahora se oscurece y se amontonan las dudas: si hubo verdadera vocación, si se podrá perseverar, si la convivencia intercomunitaria no está demostrando con sus dificultades una equivocación, si en el siglo se podría llevar una vida incluso más perfecta, etc. Ignora entonces el joven que, al traspasar el umbral del noviciado, no deja fuera ni su carácter ni su temperamento ni sus pasiones ni los efectos que naturalmente han de derivarse de antiguos desórdenes, si los hubo. Se entra con perfecto arrepentimiento de los pasados extravíos y con grandes alientos de subir en la santidad y ser en adelante un ángel. Los rudos combates de la carne y todos los fenómenos referentes a la vida sexual cree el joven que han quedado allá fuera y se han suprimido para adelante. Tal vez ni siquiera se le ocurre consultar sobre este punto a su confesor o director espiritual antes de su ingreso.

Por otra parte, suele Dios acumular, mientras el joven anda en los trámites de su vocación, una cantidad tal de gracias actuales, que en realidad la naturaleza queda como anegada. Dicen los autores espirituales que además el demonio, al ver al alma totalmente decidida por Cristo, se aleja y espera mejor ocasión para asaltarla de nuevo. Y la ocasión suele presentarse en el noviciado, cuando las mismas circunstancias exteriores de la vida

---

a los demás. Desde 1909 inclusive, el paludismo no fue epidémico en el Noviciado, de manera que apenas si se dieron unos pocos casos en los 84 sujetos que llegó a tener la Comunidad; y ninguno de esos casos fue el H. Pro.

han cambiado tanto. Y Jesús, dice San Ignacio de Loyola, una vez puesta el alma en el campo de batalla, le va quitando sus muchos auxilios actuales y la va dejando con solos los auxilios ordinarios a fin de que se acostumbre a luchar "sin tanto estipendio de consolaciones".[30] En tales casos la única tabla de salvación es el recurso a consultar con quien se debe y obedecer con sencillez mientras dura la tiniebla interior. Inexperto en semejantes combates, el joven Pro acabó por tomar sin consultar a nadie una resolución desesperada. Se marcharía inmediatamente a Concepción del Oro, pues había equivocado su vocación. Su temperamento le pedía una solución inmediata.

Muy pocos días iban de aquella situación cuando, para poner en marcha su nueva resolución, se presentó al P. Santiago a entregarle aquella sotana de la que se creía indigno y salir de aquel ambiente que le parecía tan impropio. Y lo hizo con la forma extremosa tan propia suya. Pasada la tormenta, muy pronto corrió por el noviciado lo exterior de la historia. El P. Maestro lo recibió en su aposento sonriente y afable. Pero el H. Pro, sin otros preámbulos, le dijo: "¡Padre!, ¡esto no puede ser! No es para mí. ¡Necesitaría fingirlo y yo no soy para ficciones!.. De modo que me vuelvo a Concepción del Oro... Yo antes creía que amaba a los jesuitas, pero ahora los aborrezco a todos y a V. R. el primero." El P. Santiago lo oyó con serena calma y bondad; y con fino tacto fue provocando el pleno desahogo de aquella alma turbada. Le oyó con paciencia cuanto él quiso decirle. Abordó luego el problema y con la paz de un santo, declaró al novel soldado de Cristo que semejantes luchas nada tenían que ver con su vocación ni con su perseverancia, si él quería ser generoso con Dios. El H. Pro lo

[30] Libro de los Ejercicios, Reglas para discernir espíritus, primera semana, Regla 9.

comprendió todo. Pidió las explicaciones que quiso; y una vez satisfecho, salió decidido a continuar la carrera hacia la santidad.

Más adelante, cuando ya él sea director de almas, dirá a una joven que dudaba de ingresar a la vida religiosa, por parecerle ésta demasiado tranquila para su carácter fogoso: "¡Está tranquila en este respecto! ¡Pasados los primeros días de la vida religiosa, yo te aseguro que la dificultad aguijoneará tu espíritu valiente! Te hablo por experiencia. ¡Dios sea bendito mil veces!" En efecto: pasada la prueba, la dificultad misma aguijoneó el espíritu del H. Pro hacia la santidad. Nunca más en su vida religiosa padecerá ninguna tentación contra su vocación. Su P. Maestro lo había comprendido perfectamente.

Mostraba el H. Pro un fervor muy notable en las visitas a Jesús Sacramentado. Su caridad con los demás era exquisita y al mismo tiempo natural y alegre. No se dispensaba de ninguna distribución a pesar de que a veces la palidez de su rostro delataba las penitencias y mortificaciones corporales a que quizá con exceso se entregaba. De modo particular impresionaba su recogimiento en la meditación, cuando salíamos de paseo haciéndola durante el camino. Casi nunca iba en medio de su terna, cosa que parece tenía estudiada, para dejar el sitio principal a sus Hermanos. Llevaba los ojos de ordinario bajos, las manos recogidas y el paso al de la terna. Era un Pro muy distinto del de los recreos. Con el mismo recogimiento hacía el examen de la oración. Daba la impresión de que en muy poco tiempo había adquirido el hábito de concentrarse en Dios. Igual recogimiento se le notaba en el rezo del Rosario.

Como era obvio, había en la distribución del horario muchas cosas que podían contrariar; pero al H. Pro no se le notaba la

repugnancia al hacerlas; aunque algunas veces un observador atento podía sospechar el esfuerzo interior que le costaban. A las tres semanas de haber él llegado a El Llano, tuvieron lugar los Ejercicios de año que la Comunidad hacía durante ocho días. Los HH. novicios de primer año acudían únicamente a la Instrucción que se daba a las 11, a.m. y a los puntos de la noche para la meditación del día siguiente. Ahí estaba el H. Pro atento y recogido. Cuando alguna vez lo tentaba el sueño, se ponía de pie junto a la pared, con los ojos bajos y los brazos cruzados al pecho. Nunca se avergonzó, cuando las cosas iban en serio, de ser y parecer hombre espiritual; ni le llegó la tentación de quitarle lo novicio a los demás, es decir, de hacerlos bajar de fervor. Se dolía de no ser tan fervoroso como los otros y en cierta ocasión dijo: "Yo soy indignísimo de esta vocación. Me causan envidia los demás. Me parecen ángeles, mientras que yo soy un mísero barretero".

Pronto le tocó la vez de "ponerse en ejercicios" según expresión de San Ignacio. Los de mes, que es la prueba suprema que la Compañía tiene para sus novicios, comenzaron el día 10 de octubre, para terminar el 12 de noviembre. El H. Pro tomó el asunto con la seriedad con que tomaba los de la Oficina de su padre en Concepción del Oro. No investigaba ahora si Dios lo llamaba, que esto lo traía ya muy estudiado, consultado y aprobado. Se trataba de ver con la claridad posible las líneas de su camino espiritual en la ascensión hacia Dios durante toda su vida. El P. Maestro se contentaba con guiar. No quería que hubiera intermediarios entre Dios y el alma; ambos debían entenderse directamente, aunque bajo la vigilancia del representante de Dios, para evitar errores.

En la primera semana resonó de nuevo en su alma, pero con un clamor mucho más profundo la terrible pregunta: "Y yo ¿qué he

hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué debo hacer por Cristo?" Y el pobrecito barretero zacatecano no encontraba cosa que pudiera satisfacer sus ansias de reparación y sus anhelos de hacer algo por Cristo. La segunda semana le abrió horizontes insospechados. No se trataba de empresas brillantes ni de grandes triunfos en el apostolado. Lo que Cristo le señalaba era un camino de humillaciones: el misterio de la cruz, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, salud para los creyentes. El H. Pro, tras de considerar a fondo esta "vera doctrina de Cristo", de consultar mucho, de multiplicar las visitas al aposento del P. Maestro, acabó por irse más de media hora delante del sagrario y ofrecer en total el "me levantaré e iré a mi padre".

Se levantaría e iría a su Padre. Mas ¿por qué camino? Por el que le mostraba su hermano mayor Jesucristo. Se identificaría con Cristo no solamente en el apostolado, sino sobre todo en las humillaciones; y esto no para pasarlas alguna vez en su vida, sino para hacer de ellas el pan de cada día y abrazarlas y saborearlas y aun buscarlas. Se propuso una vida interior de continua humildad callada, disimulada, secreta, sin ruido. Y llegó en sus aspiraciones hasta la locura de la cruz. Debía él morir como Cristo, en plena deshonra y como un criminal. Una frase resumió todo su trabajo: "¡toma, Señor, toda mi honra, pero dame la santidad!" Tal fue el fruto de sus Ejercicios de mes. Un eco de esos días se encuentra en muchas de las páginas que luego dedicará a las almas que buscarán su dirección espiritual. Escribe a una: "La cruz de Jesucristo, nuestro hermano, significa para nosotros amor, amor ardiente, amor constante, locura de amor. Estudia ese precioso libro de la cruz y al empaparte en sus divinas enseñanzas, yo te

aseguro que tu amor habrá encontrado un objeto digno donde encuentre expansión tu corazón ardiente".[31]

Para sostenerse en camino tan arduo, necesitaba un punto de apoyo sobrenatural; y lo encontró en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Años después escribirá a la misma alma: "En el costado abierto de Jesús se ve su Corazón ardiente en llamas de amor per ti, por mí, por los hombres todos. Pero se ve coronado de espinas y rematado por una cruz... Así, en nuestro pobre corazón debe brotar ese fuego sagrado para que se comunique a los demás; pero circundado de espinas para que nos libre de los mezquinos intereses propios; coronado de una cruz con los brazos abiertos para abrazar a cuantos nos rodean..." De manera que tanto su ideal definitivo como su camino espiritual para alcanzarlo quedaron perpetuamente unidos al Sagrado Corazón y a la cruz. Fue una consagración total a las humillaciones por el Sagrado Corazón *saturado de oprobios*. El camino de la humillación a todas horas, de día y de noche, delante de los humildes y delante de los grandes, en cuanto esto no estorbara a la gloria de Dios, sería el suyo; pero lo encubriría baja la capa de su carácter festivo, pues para algo se lo había dado su Padre Dios.

Y lo fue recorriendo grada por grada. Por estas experiencias, escribió más tarde a otra alma: "Persuádete que en la vida espiritual, Dios tiene más cuenta de la grandeza de tus deseos que de la perfección de tus obras. Esfuérzate por poner por obra tus buenos deseos; haz como si todo dependiera de ti, pero sin desalentarte si adviertes después que no has hecho nada. Ten grandes proyectos, pero en la ejecución recuerda que la gracia de Dios es el elemento principal de la acción; y la gracia de Dios

[31] Epistolario de dirección espiritual. Véase *Vida Intima*, pág. 200.

nunca te faltará de parte de Él. Es un grave error pensar que nada podemos, y más grave aún persuadirnos de que nuestro descuido, nuestros pecados, nuestras ingratitudes, nuestra constante oposición a la acción divina, son un grave obstáculo para que a nuestra buena voluntad de hoy no le ayude la gracia de Dios. Dios nunca se deja vencer en generosidad. Luego si eres generosa hoy, verás que hoy mismo lo será Dios contigo".[32]

Después de sus Ejercicios, el H. Pro se dedicó de lleno a su distribución diaria, esa distribución que forja los grandes caracteres contra toda inconstancia y volubilidad. Todos los días lo mismo y con la misma seriedad, con un fervor renovado. Cuántos esfuerzos le haya costado esto, se advierte todavía en los consejos que después daba a las almas: "Jesucristo no se cansa de favorecernos con sus gracias; la herida de su Corazón no se cierra nunca. ¡Cuántas veces en un arranque de fervor, le prometemos una enmienda sincera... que dura muy poco tiempo! ¡Olvidamos tan pronto nuestros buenos propósitos! Muchas veces le decimos: *nunc coepi* (ahora comienzo) y a la mañana siguiente nos encontramos en el mismo estado que antes. Y nuestro Señor espera, y apremiados por su gracia emprendemos resueltamente la subida al Calvario; pero las espinas nos hacen gemir y perdemos el valor y volvemos la vista atrás, mientras que los ojos misericordiosos de Jesús nos miran y nos dicen: ¡ánimo, hijo mío, siempre ánimo! ¡Ojalá aprendamos a ser fuertes en las pruebas cotidianas! ¡Ojalá podamos acostumbrar nuestros corazones a llagarse y martirizarse!".[33]

---

[32] Ibid. pág. 188.

[33] Ibid. pág. 194.

Cuando rezaba su rosario, lo hacía con los ojos bajos y los brazos al pecho. Algunas veces levantaba los ojos al cielo con viveza como si quisiera penetrar el hondo azul luminoso. Más adelante aun esto desapareció; parecía simplemente uno de tantos. En cierta ocasión, yendo de paseo, como se tratara en la conversación el tema del martirio y se lamentaran sus compañeros de que ya había pasado la época de los mártires, dijo: "¡Ojalá volviera y me tocara la lotería, aunque fuera de chiripa! ¡Me gustaría ser el mártir de los obreros!" Y como advirtiera que su fervor había hecho impresión, cambió rápidamente la decoración y se puso a contar que acababa de escribir a su padre, el Sr. Pro, una carta en que todas las palabras empezaban con la letra p; y añadió la historia del anuncio que decía: "Pedro Pascual Pérez Prieto, pintor, por profesión, pinta paisajes preciosos por precios pequeños, para personas pobres".

Dos veces fue distributario en el noviciado. La primera casi a los comienzos, a pesar de que semejante oficio solía reservarse para hermanos ya más adelantados. Pero muy pronto, a causa de un pequeño olvido del hermano, el P. Maestro aprovechó la oportunidad de darle ocasión de humillarse, destituyéndolo del puesto.[34]

Especial arte y cuidado puso el P. Maestro en formar el corazón del H. Pro. En los dieciséis años de la vida religiosa nunca, según todos los testimonios, se apegó el hermano a ninguna criatura, ni casa, ni oficio; y eso que sabrá amar a las almas hasta el heroísmo: "Para hacer bien a las almas, solía decir, necesitamos amarlas apasionadamente". Era amigo de todos sin apegarse a nadie. Y había unido el celo a la práctica de su camino espiritual:

[34] Véase Portas, pág. 17.

"Si no nos arrastran boca abajo por las calles, decía a un compañero, nunca haremos bien a las almas".

Había coleccionado, dice un connovicio suyo, varias oraciones y temas de sólida piedad, pruebas de su buen gusto ascético. Me dejó copiar de su libreta lo que más me gustara. Daba gusto aquella letra tan clara y elegante que conservó toda su vida. Lo principal de los puntos se refería al Sagrado Corazón de Jesús, de quien fue siempre sólida y sinceramente devoto". Y largo añade: "Lo que más me admiró de él fue su espíritu de sacrificio y de aguante en las enfermedades y en las tribulaciones que nos ocasionaban las miserias sociales y religiosas de la Patria... Sabía divertir a los demás cuando él mismo se sentía abatido".[35] Pero tenía el H. Pro que echar mano de toda su energía para esos ejercicios de virtud. Más tarde escribió: "Mientras los elementos que van a formar un compuesto químico se están combinando, no cesan de agitarse. Algo parecido pasa en el espíritu cuando se cambia el derrotero de la vida; y esto es más evidente cuando el estado de vida que se pretende es más espiritual y por lo tanto más contrario a las inclinaciones naturales de nuestro ser... ¡Calma! ¡Paciencia! Los elementos están en efervescencia, el nuevo compuesto no está laminado aún. Muy pronto vendrá la paz a tu alma, la alegría a tu corazón, la tranquilidad a tu espíritu". Y a continuación explica: "La precipitación expone a las catástrofes. El fervor sensible es pasajero, se va con la misma facilidad que viene; y se encuentra el alma en presencia del deber que no halaga a los sentidos". Y más adelante: "Las lágrimas no se oponen a la perfecta resignación a los amorosos designios de Dios."[36]

---

[35] Vida Intima, pág. 34.

[36] Ibid págs. 190-192.

El P. Maestro conocía bien el fondo de virtud del H. Pro, y por lo mismo nunca daba importancia a las bromas con que el hermano durante los recreos divertía a los demás; bromas que para algunos fueron motivo de pensar que el H. Pro era una alma ligera en lo espiritual. Se han publicado muchas de esas bromas. Pero es necesario descartar esa paja si se quiere llegar al fondo en el espíritu polifacético de aquel novicio. O mejor dicho, hay que poner en su propio sitio el fin y espíritu con que las hacía; aunque, dado su temperamento, en varias ocasiones pasara los límites.[37] "En este novicio, testifica uno de sus compañeros, pronto se descubrían dos Pro: El Pro bromista que alegraba los recreos y el hombre de la vida interior profunda. Durante los Ejercicios anuales, el cómico, el locuaz, se volvía un cartujo. Pasaba en la capilla tal vez más tiempo que ningún otro y era escrupulosamente cumplido en todos sus actos de piedad".[38]

Hacia el fin del primer año de noviciado, siguiendo la costumbre, el H. Pro pidió al P. Maestro la gracia de hacer los votos privados de pobreza, castidad y obediencia, que no eran en público ni oficiales, sino en particular, como un fiel cualquiera de la santa Madre Iglesia. Habían tomado la sotana el mismo día los Pro, Campos, Pacheco y Rodarte. Hicieron los tres últimos los dichos votos al fin de su primer año de noviciado, pero el H. Pro hubo de esperar unos días más, como prueba puesta por el P. Maestro; y esperó con toda humildad y naturalidad. Tuvo en cambio el consuelo de que el P. Maestro lo admitiera a pronunciarlos en su

---

[37] Los biógrafos han coleccionado cierta cantidad de chistes y ocurrencias del P. Pro. Quien quisiere ver algunas puede acudir a Vida Intima o bien al folleto "A la Cumbre, seis cuadros sobre la vida del P. Pro", por Rafael Ramírez T. S. J.

[38] Portas, pág. 16.

aposento, en el cual había un ventanillo de cristal que daba hacia el sagrario. Mientras, había comenzado ya su vida de segundo año, que le proporcionó especiales ocasiones para afianzarse en su ideal y camino espiritual.

Los Hermanos de segundo año tenían una distribución muy diferente a los de primero. En aquellos tiempos el primer año se dedicaba íntegro a la formación espiritual mediante los varios ejercicios de devoción, que llenaban todo el día, sin ningunos estudios, salvo el de las Reglas, caligrafía y religión. El segundo año por el contrario, el día íntegro se dedicaba a los estudios, salvo el tiempo necesario para los ejercicios espirituales básicos, como eran la oración, misa, exámenes de conciencia, lecturas espirituales y rosario. Tenían estos hermanos su estudio en unos saloncitos, donde cada cual amontonaba en un estantito o en un pupitre sus libros. Ahí pasaba todo el día. El pupitre le servía de mesa, escritorio y librero. Cada pupitre tenía fija al lado, mediante unas bisagras, una lámpara de petróleo, que era necesario desencajar, cargar, limpiar y aderezar cada dos días por lo menos. Sólo en la sala de pláticas y los dormitorios había lámparas de alcohol.

A esa luz de petróleo había que ver al H. Pro inclinado, horas y horas sobre aquellos libros latinos y griegos y aquellos autores castellanos, atento y siempre aplicado. Con frecuencia los ojos se cansaban y ardían; pero todo entraba en el espíritu de pobreza y de mortificación; y venía muy bien con lo que San Ignacio había escrito, cuando deseaba que los que a Compañía vinieran después "llegaran a donde llegaron los primeros y aun pasaran más adelante". En invierno, como oscurecía más temprano, la penitencia era mayor. Nunca se quejó de esto el H. Pro; sino que

con mucha gracia limpiaba su lámpara y ponía en hacerlo especial diligencia. Ciertamente para el H. Pro, que andaba ya en los 21 años, la nueva distribución resultaba en exceso pesada. El antiguo oficinista de Concepción del Oro no tenía el hábito del estudio; y ahora tenía que arremeter con cuatro horas de estudio y cuatro clases diarias, excepto los domingos. Pero el H. Pro emprendió sus nuevas ocupaciones con la misma firmeza y tesón que las anteriores.

Muy pronto comenzó a manifestar facilidad sorprendente para componer en prosa y verso castellanos, aunque nunca fue lo que suele llamarse un "repentista". Con esto comenzaron los superiores a utilizar sus habilidades en el dibujo para los programas de las Academias, su habilidad en el canto y su memoria feliz para los cantos populares, lo mismo que su afición a tocar la guitarra. Él era el indicado para dibujar los programas, adornar salones, preparar introducciones cómicas, etc. En la declamación era vivo, ardiente, pintoresco y agradable. Tenía acción abundante y significativa; y al declamar le chispeaban los ojos. En cambio en los exámenes y actos serios solía ser modesto y ni de lejos le asomaba el prurito de sobresalir o exhibirse. Nunca tocaba o componía por el simple placer del arte, como lo pudieron comprobar todos sus compañeros. Empleaba sus facilidades únicamente en bien de la comunidad para consolar a algún hermano o felicitarlo en su onomástico, etc. Y esta práctica la continuó a través de todos sus estudios.

Durante su segundo año de noviciado, Dios le preparó una de las mayores pruebas de ese tiempo. Fue el cambio de P. Maestro, que se verificó el 12 de octubre de 1912. A los cuatro años de ser Maestro el P. Santiago fue sustituido por el P. Miguel González,

que ya anteriormente había desempeñado ese cargo. Con muestras de mucha humildad se despidió el P. Santiago. El P. Miguel González dio un giro nuevo al noviciado: prefería una seriedad estricta, el recogimiento profundo, la austeridad más bien que la expansión. El H. Pro lo llevó todo con espíritu sobrenatural, con sencillez y religiosa energía. Cuando ya estaba en Granada de España, alguien le preguntó acerca de ese pormenor; y él se contentó con decir: "Sufrí mucho, pero los dos Padres eran grandes Santos".

A pesar del cambio de circunstancias, el H. Pro no varió para nada en su fina caridad, dedicación a ayudar en las Academias y demás servicios a sus Hermanos. Hacia el fin de su segundo año de noviciado, se nos hace el siguiente retrato de su virtud: "Sostenido por la persuasión de que Dios lo quería santo y movido por una férrea voluntad, mantenía su alma siempre en contacto con Dios. Para su cuerpo tenía un profundo desprecio y lo llamará más tarde su 'humanidad beluina'. Para con sus hermanos ejercitaba una caridad abnegada hasta los mayores sacrificios. Para con las almas, sobre todo con las más abandonadas, tenía un amor muy tierno". Fue además, por algún tiempo, el encargado de recoger el Tesoro del Sagrado Corazón o sea la suma de obras buenas ofrecidas en reparación al Corazón divino.

También hubo cambio de Provincial. El P. Ipiña partió para España en 1913 y en su lugar quedó el P. Marcelo Renaud. A éste pidió los votos del bienio el H. Pro y le fueron concedidos, y los hizo el 15 de agosto de 1913. Con las ceremonias usadas se verificó el acto. Y el 16 de agosto amaneció el H. Pro hecho junior y en el Juniorado. En los archivos de la provincia se ha conservado la fórmula de sus votos, escrita con su letra elegante. Por ella se ve

que cada semestre, al tiempo de la renovación de los votos que usa la Compañía, iba escribiendo, con la fecha correspondiente, una breve frase, muy en boga entonces entre los HM estudiantes: "Placet quod promisi": me confirmo en lo que prometí. Permaneció el H. Pro en el Juniorado un año exacto, o sea hasta el 15 de agosto de 1914 en que fue necesario disolver la comunidad a causa de las incursiones de los revolucionarios carrancistas.

Desde el mes de mayo de 1912 el Juniorado había quedado dividido: una parte pasó a Tepotzotlán, otra se fue quedando en El Llano, en espera de que se terminara el edificio que se estaba construyendo junto a Pátzcuaro, a la orilla del lago. Pero éste ni siquiera llegó a abrirse. Mientras, la vida del Juniorado en aquella Hacienda fue normal y por lo mismo sin particular historia. Los sobresaltos comenzaron cuando se supo que la revolución carrancista había tomado el tinte antirreligioso. Las primeras noticias llegaron a El Llano por uno de los Padres de la Residencia de Durango. Esta ciudad cayó en manos de los revolucionarios en el mes de mayo de 1914. Inmediatamente se ordenó a los PP. Jesuitas salir del Estado en 24 horas. Uno de los desterrados fue el P. Benítez, que fue hasta El Llano. El P. Maestro concedió a los Juniores una charla con dicho Padre. La tuvieron junto a la acequia que cruzaba por mitad de la huerta y estaba bordeada de eucaliptos.

Al oír los desmanes de los carrancistas, dos afectos se despertaron en el corazón del H. Pro. Por una parte, su familia, radicada en Saltillo, estaba en las fauces de aquella vorágine anticatólica; por otra, ardía él en ansias de dar su vida por tantos miserables para llevarlos a Cristo. Los días siguientes fueron para él de mucho fervor y de dura incertidumbre. A fines de mayo cayó

también Saltillo en manos de los revolucionarios. Se apoderaron del Colegio de San Juan Nepomuceno. El espectáculo era horrendo. Por todas partes hombres sin honor ni humanidad asesinaban, robaban, hacían estallar la dinamita. Muchachos de 15 a 18 años se habían sumado a las chusmas y se batían con un heroísmo rayano en la inconsciencia, o mejor aún en la bestialidad. Tomados los edificios principales y deshechas las fuerzas de la federación, los carrancistas se derramaron por la ciudad en busca de los ricos y de los curas. Aprehendieron a los PP. jesuitas Kubicza, Macías, José Méndez y León. Se apeló, para forzarlos a completar la imposición de la suma exigida de dinero, a un simulacro de ejecución por la horca o el fusilamiento";[39] y finalmente, puestos en un furgón de carga para animales, los echaron fuera del país.

En cuanto a la familia Pro, nada había tenido que sufrir hasta entonces. Sus negocios continuaban bien y su posición social era desahogada y de buen nivel dentro de la clase media. En fecha que se ignora habían entronizado en el hogar al Sagrado Corazón con una bella imagen. Nunca tuvieron dificultad, sino mucho gusto en hospedar en su casa a los PP. jesuitas cuando iban de paso a Concepción del Oro a diversos ministerios y misiones; y en particular frecuentaban su hogar los PP. León y Corta.[40] En aquellos días el Sr. Pro andaba preparando como regalo para el colegio de la Compañía una colección mineralógica, valorada ya en 4,000 pesos porfirianos. Pero este hecho y el que ya hubiera

[39] Bravo Ugarte, Historia de México, pág. 482 del T. III vol. I.

[40] Porta, pág. 13. Afirma este autor que las visitas y conversación de los PP. Jesuitas, Corta y León, influyeron en la vocación del joven Miguel, juntamente con el ejemplo y sólida piedad de sus hermanas. No parece esto ser del todo exacto.

corrido por la ciudad la noticia del ingreso de Miguelito a la Compañía, además de tener el papá un puesto oficial en el gobierno y poseer una buena casa y algunos bienes, formaban un grave peligro en esos días. Y en efecto, los carrancistas buscaron al Sr. Pro para asesinarlo y robarlo y hubo éste de salir huyendo. Doña Josefa con sus niños hubo de refugiarse en Guadalajara, llevando consigo una sola prenda: la imagen del Sagrado Corazón. Durante muchos meses se ignoró el paradero de don Miguel.[41]

A pesar de todo, los jesuitas de El Llano seguían ocupados en sus estudios como si nada sucediera. No hay datos acerca de

---

[41] Corrió en aquellos días en el Juniorado de El Llano, una anécdota sobre el Sr. Pro, que no debe pasarse en silencio. Como los revolucionarios hubieran asaltado la población, D. Miguel, por su nobleza de corazón, y atendiendo al puesto que ocupaba, creyó conveniente acudir a la defensa, al lado del General que sostenía la plaza. Y cuando los enemigos lograron meter una cuña hasta enfrente de la casa donde el General despachaba y daba órdenes, D. Miguel de un salto se puso delante del General para defenderlo con su pecho. Pero cuando el dicho jefe impartía una orden por escrito, ésta se le cayó al suelo. D. Miguel se inclinó para recogerla, y en ese punto exacto cruzó por sobre él la bala que mató al General. El enemigo invadió la población y el Sr. Pro hubo de esconderse y huir. Se atribuía la salvación de su vida a un verdadero milagro del Sagrado Corazón entronizado en su hogar. Tal incidente pudo tener lugar en Concepción del Oro, población que estuvo amenazada por el cabecilla Eulalio Gutiérrez, carrancista, desde el 20 de diciembre de 1913; y aun se dijo que tenía ahí una "maquinaria para fabricar bombas de dinamita", pero que abandonó todo al acercarse el Coronel federal Tomás Velázquez (Taracena, 2a. etapa, pág. 129). Luego, como la guarnición federal tuviera, a 28 de enero de 1914, que incorporarse a una columna de operaciones, Eulalio aprovechó para apoderarse definitivamente, según parece, de dicha población. Pudo también producirse el incidente en Saltillo, cuando los rebeldes, al mando de Villa, tomaron la ciudad el 17 de mayo y Carranza nombró gobernador al Lic. Jesús Acuña.

cómo celebraron, el 11 de enero, la proclamación del reinado social de Cristo en la nación. Los exámenes de fin de curso se tuvieron, como todos los años, para terminar la antevíspera del 31 de julio, fiesta de San Ignacio. Enseguida se dedicaron a preparar los festejos para la celebración del aniversario secular de la restauración de la compañía por S.S. Pío VII, el 7 de agosto de 1814.[42] El H. Pro quedó como jefe de la comisión de adornos y trabajaba con un empeño y alegría que ponía entusiasmo en todos. No parecía que tuviera penas. Dibujos, inscripciones, leyendas salían de su carpeta de trabajo. Pues por estar ya en vacaciones, que se tenían ahí mismo en la casa, podían disponer de casi todo el día para eso. Personalmente inspeccionaba los trabajos que le tocaban, calculaba el efecto artístico que habían de causar los adornos en cada sitio, etc. Los preparativos comenzaron al día siguiente de los exámenes y la fiesta de San Ignacio.

El día cinco de agosto amanecieron los Hermanos con una seria novedad. La noche antes, gente armada había hecho una incursión nocturna en la hacienda de El Llano. Se presentaron a eso de la una de la mañana delante del portón que cerraba la Hacienda unos 22 carrancistas bien armados y montados. Dos obligaron al guarda a que les abriera, y luego todos al galope se precipitaron hacia la casa-hacienda, disparando sus armas. Destrozaron con hachas las puertas y penetraron al interior, a las habitaciones de los dueños. Rompieron muebles, quemaron los libros de cuentas, inutilizaron el teléfono y rompieron cuanto encontraron.

---

[42] Desde este punto, para los pormenores de cómo se disolvió la casa del Noviciado y las peripecias del destierro de los HH. escolares, es insustituible, y casi único documento, el Diario que fue llevado por uno de los compañeros del H. Pro, el H. José de Jesús Martínez Aguirre.

Los PP. Rector y Ministro y el H. Coadjutor Cesáreo Poza, se levantaron a los disparos y se colocaron en la puerta principal de la Iglesia, que daba precisamente hacia la casa de los dueños de la Hacienda, dispuestos a estorbar, aun con su sangre, cualquier profanación del lugar sagrado, e impedir el paso de los revolucionarios hacia el noviciado. Pero estos, una vez terminado el saqueo de la Hacienda, corrieron a otra llamada Miraflores. Cuando amaneció fue el H. Pro a la iglesia para ayudar la misa y encontró una bala que había atravesado la pared de la sacristía. Otra fue a caer en el aposento del P. Ministro, que era el P. Pietro Maina. Los preparativos para la celebración del primer centenario de la restauración de la Compañía siguieron como si nada hubiera pasado.

El día siete se tuvo la misa solemne en la iglesia de la Hacienda. La mañana se ocupó en variados entretenimientos. La tarde en una procesión por todos los corredores de la casa con la imagen del Sagrado Corazón que fue luego solemnemente entronizada en la Portería. Por la noche se tuvo una velada literario-musical. En ésta declamó el H. Pro una composición del P. Luis Martín, anterior General de la Compañía, que parecía hecha para aquellos momentos. Comenzaba con el verso: "Hija inmortal del inmortal Loyola". Y entre las varias composiciones poéticas que con esa ocasión se hicieron, se seleccionaron para la velada algunas de mucha actualidad, por ejemplo: *¡A Cristo Rey!* del P. Leturiondo; *El adiós del misionero al partir al destierro; María, Madre de los desterrados*. Finalmente por la noche hubo

iluminación a la veneciana. Y el H. Pro, con su habitual buen humor fue la alegría de todos.[43]

El día ocho se tuvieron informes exactos de la expulsión de todos los sacerdotes extranjeros de la ciudad de Guadalajara y de los decretos que empezaban a encadenar los derechos religiosos. La incomunicación epistolar, telefónica y telegráfica había aislado del P. Provincial la casa de El Llano; y el P. González hubo de hacer algunos viajes a Zamora (varios a pie) para conocer la realidad de la situación. El 12 de agosto se comenzó el trajín de levantar la casa y asegurar en lo posible, escondiéndolos, los

[43] Se encuentran en los biógrafos del P. Pro varias inexactitudes en los pormenores recogidos, que conviene eliminar. Así por ejemplo, Marmoiton afirma: "Il (D. Miguel) y resta huit jours (en el Llano), tout le temps de la retraite de probation de son fils" (en la pág, 41). Algunos autores afirman, al referirse a un incidente de un día de campo, que sucedió en *La Higuera*, y que era esta una población cercana; otros, que era una Villa o casa de campo del Noviciado. Se trata de un árbol así llamado. El noviciado nunca tuvo Casa de campo, El H. Pro fue distributario en el Noviciado dos veces. La primera cuando apenas contaba muy poco tiempo de novicio, y lo fue por una temporada muy corta. La segunda fue por el mes de junio de 1912, como consta por una carta del mismo H. Pro al H. Altamirano. residente ya en Tepotzotlán (Véase Vida Intima 3a. edición, pág. 36). El P. Portas refiere cómo fue retirado del cargo, probablemente en la primera. "Al mes, más o menos, para probarle, tomando ocasión de una ligera falta (un simple olvido), el P. Maestro le quitó el cargo y le reprendió fuertemente en su aposento, acabando por despedirlo de su presencia en términos duros. Yo le oí contar después al mismo Padre Maestro (y se le arrasaban los ojos en lágrimas), que a la media hora ya estaba ahí el H. Pro llamando a su cuarto, todo humilde y diciéndole que no podía dejar de ir a pedirle perdón si le había ofendido". ¡Con qué humildad recibió siempre las reprensiones! ¡Eso fue toda su vida! Solía repetir que ya había ofrecido su honra a Dios al entrar en la Compañía.

ornamentos y vasos sagrados y la biblioteca, que era bastante nutrida y selecta. Entre otros poseía 2,000 volúmenes, donación del Excmo. Sr. Orozco y Jiménez, a quien se le hizo una Academia de acción de gracias. Parece que más tarde un criado denunció todo y así se perdió. El 16 de julio anterior, ya en prevención del desastre, se había entregado a cada cual un traje de seglar; y un vigía apostado en la torrecilla de la Iglesia vigilaba constantemente. Finalmente, el viernes 14, el P. Rector reunió, al anochecer, a la Comunidad en la Capilla doméstica, les hizo una plática tomando como tema las palabras de San Pablo: *En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman* (Rom. 8,20). Dio algunos consejos prácticos para el tiempo de la dispersión y anunció para el día siguiente la disolución de la Comunidad. Ese mismo día se había descolgado solemnemente de la Sala de Pláticas el cuadro de la Virgen que, bajo el título *Regina et Mater Noviciorum Societatis Iesus* ahí presidía. Todavía el 15 hubo misa de comunidad en la capilla doméstica. Tal vez la ayudó el H. Pro, pues era aniversario de sus votos.

Hubo un momento en que al H. Pro se le saltaron las lágrimas, pero en absoluta reserva; pues para los demás, incluso en esos días, siguió siendo el hombre de las ocurrencias oportunas y el que para todos tenía una palabra de aliento.

Fue cuando la gente de la Hacienda notó que los Padrecitos comenzaban a dispersarse y se conmovió de tal manera que, sin poder impedirlo, irrumpió en los comedores del noviciado y los recorría de rodillas implorando a gritos la misericordia de Dios, y suplicando a los Padres que no los abandonaran. Personalmente el H. Pro se dedicó a consolar a los pobrecitos rancheros. Los Hermanos mutuamente se pedían oraciones en especial para

obtener la gracia de la perseverancia. Desde muy temprano comenzaron a salir en grupos de dos, tres y cuatro, con sus disfraces de seglares; y fueron a buscar refugio en las Haciendas vecinas, en donde esperarían órdenes de los Superiores.

El grupo del H. Pro, formado por los HH. Campos, Cavero y Ríos fue destinado a la cercana ciudad de Zamora, sitio lleno de peligros. Tras de una última visita a la capilla y al sagrario vacío, y el adiós a la Virgen de Guadalupe, salieron. La gente, al verlos pasar, se asomaba a las puertas de sus chozas y llorando los despedían. Caminaron muy largo trecho a pie y llegaron por fin a Zamora, y fueron a hospedarse con la familia del H. Ríos que ahí vivía. Con una última mirada a la casita limpia y a la huerta con sus eucaliptos y por fin al panorama de la Hacienda que se alejaba, se cerró ese primer episodio de la vida religiosa del futuro mártir de Cristo Rey. Uno de los compañeros del H. Pro contaba más adelante que dicho hermano con su disfraz parecía "ranchero en jueves santo".

Capítulo V

LA TORMENTA Y EL DESTIERRO 1914-1917

Catorce días permaneció el grupo en Zamora. Del 16 al 20 de agosto, estuvo con relativa tranquilidad. Para oír misa iban a la iglesia del Hospital de San Bernardo y ahí recibían la comunión. El resto del día llevaba una distribución parecida a la vida a la del Noviciado. El día 20, el General Joaquín Amaro, dueño de la plaza, ordenó el cierre de todas las iglesias y la captura de los sacerdotes con el fin de "sacarles dinero". Se siguieron escenas horribles. Los sacerdotes que pudieron huyeron a los montes y el grupo se quedó sin misa del 20 al 25. El H. Pro se mostraba naturalmente valeroso.[44] El 22 hubo una escena comprometedora. Al pasar frente

[44] El natural valor del P. Pro se demostró en innumerables ocasiones ya desde su vida en el siglo. Baste con recordar aquella tremenda escena que conservó el escritor de Alborada. Un día frío de febrero trabajaba el joven Miguel en la Oficina de su padre, cuando de pronto a través del cristal observó en la calle a una mujer que corría perseguida de un hombre, y que al llegar junto a la puerta cayó al suelo exhalando un gemido mortal. Miguel se lanzó a la calle y se encontró a la mujer con un puñal clavado en el corazón. Entró violentamente a la casa y gritó a madre y hermanas que atendieran a la víctima. Y él salió de nuevo, sacó el cuchillo del pecho de la mujer y corrió con él en la mano en persecución del asesino. Por fortuna, el criminal, arrepentido al punto de lo que había hecho, fue a entregarse él mismo a las autoridades. Ahí lo alcanzó el joven Miguel y le afeó su crimen. En cambio a éste el juez le hizo caer en la cuenta de la enorme imprudencia que había cometido corriendo por la calle con el puñal ensangrentado en la mano y

al *Hospital México*, los oficiales del General Amaro comenzaron a gritarles: "¡Miren esos curas!" Unas viejecitas notaron el peligro y a toda prisa proporcionaron a los Hermanos un escondite. Pero al salir de este, unos niños los conocieron y en voz alta comenzaron a gritad.: "¡Adiós, Padrecitos!" Comprendieron los Hermanos ser mejor no exhibirse. En eso, el 24 se ofreció un acto de caridad. Dos sacerdotes se habían ocultado en el cerro de la Beatilla; y el H. Pro y el H. Ríos fueron a llevarles alimentos. Al regreso vieron venir a unos 50 revolucionarios. Se tendieron entre los surcos de un maizal para no ser descubiertos, donde estuvieron hasta la tarde; y Dios movió el corazón de un indiecito que los llevó a su choza y les dio un poco de alimento. En la casa del H. Ríos permanecieron sólo hasta el 20, luego se refugiaron en otra parte. Y el 28 recibieron la orden de partir hacia Guadalajara. Dispusieron la marcha para esa misma noche. Todas las salidas de la ciudad estaban ocupadas por los revolucionarios. El H. Pro tomó la delantera, como vanguardia, para calcular la situación; y comiendo naranja y haciendo el ranchero, comunicó las posibilidades de salir a los otros. Siguió el H. Carrillo, luego otros dos. Había que salvar además al P. Castillo, español, cegatón y nervioso, profesor en El Llano y refugiado también en Zamora. Para completarle el disfraz hubo que pedir a un rancherito sus huaraches [alpargatas].[45] Cruzados los retenes, caminaron a pie y a oscuras hacia la Hacienda La Sauceda; y de

dejando a la víctima tendida en el suelo. Miguel no dio a eso importancia y contestó que su intención era llevar él personalmente y por fuerza al asesino a los tribunales El Sr. Miguel envió tras el joven a un criado para que lo volviera al hogar. El criado lo encontró ya ante los jueces y sirviendo de testigo. Era el año de 1911. Miguel acababa de cumplir 19 años.

[45] Recordaban después los Hermanos que el rancherito lo hizo con muy buena voluntad; y para animar al Padrecito le decía: "Póngaselos ¡si todavía están calientitos!"

ahí enviaron recado a la casa de El Llano. Acudió el P. Maina con una cesta de víveres. Con él hicieron su confesión semanal y se dirigieron hacia Ixtlán, para tomar el tren en la Estación de Negrete. Iban bajo una lluvia torrencial, y al llegar a la población oyeron rumores de que por las cercanías andaban partidas de bandidos que creyeron serían carrancistas; por lo que, al ver cierto grupo que avanzaba, se ocultaron en unas colinillas, en donde estuvieron hasta el día siguiente, 31.

Lograron atrapar una borriquita vieja, en la que fueron montando por turno. Al entrar en una de las poblaciones, los tomaron por carrancistas; y el pueblo, que estaba enfiestado, comenzó a huir gritando: "¡Ya se vinieron!" El H. Pro se moría de risa y alegraba a los demás. Iba con su sombrero de alta copa y anchas alas, al estilo ranchero; y en todo el viaje "hizo a las mil maravillas el papel de criado, cargando las maletas y enseres de sus catrincitos".[46] El día 2 de septiembre llegó el grupo a Guadalajara y fueron a desayunar a la casa de la señora Dolores Puga. La Sra. de Pro fue a buscar al H. Miguel y lo llevó a su casa. Vivía ella en un infeliz cuartucho de una incómoda casa de vecindad, en un arrabal, al extremo poniente de la calle Prisciliano Sánchez. Los muebles eran dos camas, unas pocas sillas y el hermoso cuadro del Sagrado Corazón. Lavaba ropa ajena para mantener a sus cuatro criaturas: tres varones y la pequeña Ana María.

---

[46] Diario citado. También Portas, pág. 29, en donde añade algún pormenor: "Durante todo el trayecto del ferrocarril, el H. Pro, con la sangre fría y naturalidad que le eran características, hizo magníficamente su papel de criado, cargando el equipaje de sus compañeros; aun a quienes lo conocían de antemano, les costaba trabajo reconocer, bajo aquel enorme sombrero, con aquel vestido de charro típico mexicano, al H. Pro".

La ciudad se encontraba en constante tumulto de revolucionarios que muy de ordinario, junto con las armas y abundantísimo parque, llevaban la botella de alcohol. El H. Pro por de pronto se consiguió una guitarra y se dedicó a espantar las tristezas de los suyos. Fue entonces cuando le comenzaron unos muy graves dolores de cabeza, de los que nadie se dio cuenta. El grupo de desterrados del Noviciado llegó a ser hasta de quince sujetos. Se impusieron una forma de distribución para conservar el espíritu, y el H. Pro la seguía fielmente. No pasó un solo día en que no se reunieran todos para algún acto espiritual, de ordinario en la casa del H. José Martínez Aguirre, cuyo papá hacía mientras la guardia en las afueras del domicilio. Luego se seguía una reunión familiar en la que el H. Pro llevaba la voz cantante con su guitarra o mandolina, improvisando chistes y escenas populares en las que hacia sucesivamente de padrecito, monja, ranchero, diputado, revolucionario con discursos incendiarios contra los curas, etc.[47]

---

[47] Es algo dudoso el número de los Hermanos refugiados en Guadalajara. Se dice que eran 13, que fueron 14, que además había dos Padres y un H. Coadjutor. Quizá algunos contaron entre los refugiados a los Padres y al H. García que residía en San Felipe. En cuanto a la Sra. de Pro todos los biógrafos están de acuerdo en admirar "la excelsa sublimidad de sus virtudes, venerable por sus canas, sus méritos y sus aflicciones... Jamás exhaló una queja ni dio señal alguna de la tristeza que sin duda le desgarraba el corazón. Era la que había sido siempre: la madre cariñosa y jovial, que sólo piensa en guardar la pureza de sus hijos, la mujer fuerte que tiene puesta todas su confianza en la Providencia amorosísima de Dios, y recibe los acontecimientos como muestras de su bondad; la matrona mexicana que aun en medio de las más grandes calamidades y desgracias, sabe conservar la paz de las heroínas de los primeros siglos". Para apreciar en su justo valor semejante panegírico y admirar a la vez la sólida virtud del H. Pro, conviene recordar algo en pormenor la situación de aquellos días así

Un día supo que en el arrabal se moría una viejecita abandonada en un cuchitril. Voló al punto a asistirla y pasó a su lado 24 horas. Durante la agonía le estuvo repitiendo actos de contrición y de confianza en la misericordia divina; y cuando iba a expirar le puso en sus manos el crucifijo de sus votos. A pesar de que los revolucionarios para celebrar el 16 de septiembre ordenaron el cierre de todos los templos y multa de 500 pesos a cualquier

---

en Zamora como en Guadalajara. Los datos son enteramente verídicos. Pueden verse en el Diario y en Portas, pág. 22-27. "En la región de Zamora merodeaban desde principios de 1914 diversas partidas de bandoleros que poco a poco se iban engrosando; ya en mayo habían paralizado la vida de las poblaciones circunvecinas, hasta el extremo de impedir la circulación de los trenes ordinarios en el ramal de Yurécuero a Los Reyes... A fines de julio, ocurrieron también grandes desórdenes en las calles de Zamora, el jefe de la guarnición federal, al verse aislado y en la imposibilidad de recibir refuerzos, quiso salvar la plaza saliendo con sus hombres y poniéndose de acuerdo con un cabecilla revolucionario. Entraron ambos a la ciudad, mas a los pocos días pretendió el carrancista imponer préstamos forzosos al clero y a los acaudalados; se opuso enérgicamente el antiguo jefe de armas, pero el cabecilla le disparó unos cuantos tiros y lo dejó muerto en el acto. Al saberlo los federales corrieron a las armas, y atacaron furiosamente los cuarteles revolucionarios, desalojaron a sus hombres, y después de sangriento tiroteo los hicieron huir rumbo a La Piedad. Ahí permaneció el cabecilla curándose una herida que recibió en la refriega, hasta que se incorporó a la gruesa columna destacada desde Morelia por Gertrudis Sánchez. Venía al frente de estas fuerzas el General Joaquín Amaro... Se siguieron en Zamora ataques continuos a la propiedad privada, cateos, tormentos, sacrilegios, profanaciones y fusilamientos como cosa ordinaria (en aquellos días en que los HH. Juniores dispersos están en Zamora). No se contentó el jefe revolucionario con enviar a todos los pueblos y Haciendas circunvecinas las hordas que sembraron luto y desolación; ahí mismo en la ciudad, él en persona, abofeteó delante de sus soldados a un anciano y pobrísimo sacerdote para demostrarle que "no se le secaba la mano" con la sangre de

asistente a la Santa Misa, fue a oírla a la iglesia de Santa Teresa en donde un valiente se arriesgó a celebrar. El 20 ayudó de sotana y roquete Otra misa. El 27 ayudó otra en la casa de una señora protestante, casa que fue asaltada por los revolucionarios; pero el pueblo se amotinó y los asaltantes hubieron de huir. Eran como las 10 de la mañana. Cuando se supo que estaba libre la vía para salir del país por Laredo, recibieron los Hermanos refugiados en

---

un cura. A los acaudalados los mandaba atormentar para que entregasen crecidas sumas de dinero, y entre los suplicios preferidos estaba el de colgar a las víctimas durante horas enteras de los pies, de tal manera que las manos quedasen a unos cuantos centímetros del suelo. La situación de Zamora no era ciertamente una excepción; toda la República presentaba el mismo espectáculo... El día 20 de agosto dio el jefe un decreto ordenando que todos los sacerdotes se presentaran en el obispado, donde él mismo había establecido su residencia, amenazando con un cateo general para castigar a los desobedientes. Como en la fraseología carrancista en la palabra *sacerdote* estaban comprendidos desde los prelados hasta el último sacristán y campanero, los jóvenes religiosos procuraron esconderse para evitar cualquier atropello. Los sacerdotes que no se presentaron, o fueron aprehendidos en sus casas o puestos en la cárcel. Al Sr. Cura del Sagrario le dieron un tremendo culatazo en la cabeza; y a unos 15 respetables eclesiásticos los traían por las calles de la ciudad haciendo la limpieza pública. El anciano y achacoso arzobispo de Durango, Ilmo. Sr. Mendoza, refugiado en la casa de un doctor japonés, no pudo eludir las pesquisas de los revolucionarios, y con gran aparato de fuerza fue aprehendido y remitido a la ciudad de Morelia. Otros muchos sacerdotes fueron encarcelados o algunos lograran ponerse a salvo internándose en las montañas vecinas...". La partida que encontraron los HH. Pro y Ríos cuando regresaban de llevar alimentos al sacerdote escondido en la montaña, iba destinada a la requisa de caballos en la Hacienda de Santiaguillo. Los Hermanos que se ocultaron en la Sauceda tuvieron también un percance. Un día al salir de la capilla, los sorprendió un piquete de caballería carrancista. Los jóvenes dijeron ser estudiantes en vacaciones; pero como estaba con ellos un Padre, a éste lo

Guadalajara la orden de buscarse algunas limosnas y ponerse en camino hacia los Estados Unidos. El día 30 hicieron una fiesta familiar de despedida; y el 2 de octubre, por ser primer viernes, tuvieron ahí en la casa del H. Martínez Aguirre, una misa solemne con acompañamiento de piano, que era el instrumento que a la mano tenían. Renovaron su consagración al Sagrado Corazón de Jesús y el 3 a las siete de la mañana emprendieron el viaje. Ante el

---

insultaron, lo ataron y lo amenazaron con sus rifles para obligarle a entregar armas y maíz. Sólo la intervención del Administrador de la Hacienda, quien acudió y prometió satisfacer todas las exigencias, pudo lograr de los forajidos la libertad del grupo (diario y Portas, pág. 28). Respecto de Guadalajara dice Portas (pág. 29-30): "El aspecto que presentaba la ciudad a la llegada del H. Pro, era verdaderamente tremendo. Tomada por las fuerzas carrancistas al mando de Obregón el 8 de julio, sin necesidad de disparar un solo tiro [entiéndase dentro de la ciudad, pues fueron las batallas de Orendain y El Castillo las que dieron a Obregón posesión de la ciudad], inmediatamente comenzaron los atropellos y excesos más inauditos. El General Mier, Gobernador militar, fue capturado a unos cuantos kilómetros, cuando con una reducida escolta huía hacia la Capital as República: fue fusilado, su cadáver ultrajado por la soldadesca. Las casas particulares, colegios, jardines, seminarios y conventos y varias iglesias, fueron invadidos por la desenfrenada turba revolucionaria. El General Obregón penetró en la Catedral montado a caballo y dio alojamiento a sus tropas en ella, después de profanar las tumbas de los prelados y establecerse él mismo en el Palacio Arzobispal. Las soldaderas cocinaban por todos los rincones del vasto templo metropolitano. Los caballos de los sacrílegos se veían por las calles enjaezados con los ornamentos más valiosos. Jefes y oficiales se apoderaban de los automóviles, muebles y alhajas que les gustaban, y las enviaban a sus familias, al norte de la República. Los sacerdotes que quedaron fueron puestos en la Penitenciaría, después de exigirles un préstamo forzoso de medio millón de pesos. Por las calles vagaban día y noche turbas de revolucionarios beodos escandalizando y atropellando a los transeúntes sólo con el fin de divertirse... Si a esto se añaden las continuas

espectáculo de la ciudad oprimida por revolucionarios, pensaba con dolor, como lo dijo años después, el H. Pro una sola cosa: "Aquello era un espectáculo muy triste y lo único que me dolía era no ser aún sacerdote para tirarme a ayudar a los demás y consolarlos a todos". La Sra. de Pro fue hasta la estación a despedirlo y le dijo: "Mira, hijo, aunque me veas pidiendo limosna tú sigue tu vocación. Tu padre no sabemos si vive o muere, pero nos queda nuestro Padre Dios".

El grupo del H. Pro fue el primero en partir. Propiamente iban a la ventura hasta lograr salir del país. A cada hora podía sucederles lo imprevisto. Por todas partes merodeaban bandas que con frecuencia no podían dominar ni aún sus jefes, sino revólver en mano. Y los desterrados veían a cada paso pueblecitos arruinados, capillas reducidas a cenizas o paredones ahumados. Haciendas arrasadas, campos yermos. A cada paso se temía la voladura del tren o el asalto de los forajidos o la vía hecha pedazos. Pasaron los

---

extorsiones, amenazas, fusilamientos y molestias de todo género de que eran víctimas a cada paso los tapatíos, sin más motivo que no alabar francamente los injustos excesos de los nuevos mandatarios, se tendrá una idea, aunque incompleta, del ambiente de angustia y zozobra que flotaba en toda la ciudad en los días en que llegó el H. Pro". Del mismo Diario: "El mismo día 20, el H. Juan Romero logró introducirse en la santa iglesia catedral, que estaba convertida en caballeriza y cuartel. Hubo de entrar con el cigarro en la boca y el sombrero calado, para distraer a los soldados que la custodiaban. Vio ahí el supremo desorden: altares profanados, ornamentos sagrados por el suelo, estatuas e imágenes de santos atropelladas y rotas. Las soldaderas arrancaban parte del entarimado para cocer los frijoles y hacían ropa blanca para su uso de las albas y manteles de los altares". Pueden consultarse sobre aquellos días y esa revolución muchos epistolarios privados. Un vivo resumen hay en el libro de Mons. Kelley, *Rojo y Amarillo*, editado en inglés y traducido al español.

del grupo la frontera sin especial dificultad, pues no se exigía entonces el papeleo que luego introdujeron las guerras. De Laredo siguieron a San Antonio, Texas, en donde los hospedaron con religiosa caridad los PP. Oblatos del Corazón de María. Prosiguieron a El Paso, en donde los recibieron los PP. Jesuitas de la provincia de Nueva Orleans; y finalmente fueron a parar al pintoresco pueblecito de Los Gatos, en la Alta California. Llegaron allá el 9 de octubre.

Era Rector de la casa el Piet, y con su caridad ayudaba para todo. Sin embargo, no había sitio para los que iban llegando. A los que ya eran juniores se les colocó en el edificio mismo del Colegio-noviciado; pero a los novicios que luego llegaron con el P. Miguel González hubo que alojarlos en unas casitas de madera, a unos pasos del Noviciado. La primera impresión de los desterrados fue magnífica. Frente al edificio estaba la estatua del Sagrado Corazón con los brazos abiertos para recibirlos. El edificio se levantaba en una explanada abierta a media colina, rodeado de jardines. El fondo del paisaje era un viñedo extenso en plena madurez, que cubría las laderas. Volviendo la vista sobre el camino por donde habían llegado, aparecía el inmenso valle de Santa Clara, lleno de pueblecillos, ciudades, huertas, villas, almendros, manzanos y ciruelos. Limitaba el horizonte la línea verde-oscura de lejanas montañas y la cañada abrupta del río de Los Gatos.

Al llegar el invierno, ya en noviembre, hubo que pasar a todos los desterrados al cuarto piso del edificio, a un salón que servía al mismo tiempo de dormitorio y de clases. Uno de los Hermanos desterrados procuraba en vano templar el frío del salón con un calentón de petróleo que producía "más humo que calor". Inmediatamente se dio comienzo a las clases bajo la dirección,

como profesor, del P. José Mier y Terán. Como superior seguía el P. Miguel González, lo que para el carácter del H. Pro significaba la continuación de una cruz no ligera. Las clases las recibían los Hermanos Juniores amontonados en torno del profesor, porque solamente tenían una gramática latina y un Quijote. Y de la Patria seguían llegando terribles noticias. Ahí supieron cómo a los PP. Maina, Leturiondo y Gerardo del Moral, que habían quedado en El Llano, los llevaron presos los carrancistas a Zamora. Al P. del Moral lo sacaron de la cama en donde yacía enfermo y así lo llevaron a la prisión. De Zamora los condujeron a Morelia, donde se les hizo un simulacro de fusilamiento, alegando que "habían predicado y hecho versos contra la revolución". Quizá se refirieron a unos versos satíricos que el H. Proza hizo a su propia barba después de que los carrancistas lo colgaron y al fin lo dejaron libre. Estos Padres, gracias a buenas influencias, fueron simplemente desterrados. El grupo que salió de Guadalajara después del en que iba el H. Pro, pudo verlos en Irapuato cuando los llevaban presos. Allá les llegó la foto de los Padres de Saltillo, al pie de la cual el H. Frías había puesto como leyenda: "Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna", estos son los que vinieron de la gran tribulación.

Con el invierno al H. Pro se le recrudecieron los dolores de estómago, pero no aflojó en sus penitencias ni en sus estudios ni en su caridad fraterna. Estuvo en peligro de perder un oído a causa de una paja que se le introdujo y le lastimó el tímpano. Con su inglés aprendido en la oficina de Concepción del Oro y en Saltillo, podía comunicarse mejor con los Hermanos de la comunidad yanqui y así ayudar a los mexicanos. Pero, conforme a su genio, no dejaba de hacer verdaderas ensaladas poliglotas para recrearlos. Dedicó una composición en hexámetros latinos a los HH. de la

Provincia de California, en la que, con fraseología virgiliana, les daba las gracias por su fina caridad para con los desterrados. Otra compuso para los Hermanos mexicanos, en la que revolviendo frases latinas y castellanas, castellanizando verbos latinos y al revés, hizo un verdadero muestrario de sus ocurrencias. Se ofreció como profesor de castellano a varios HH. estadounidenses. El profesor le encargó componer y declamar en el comedor, como era costumbre para ejercicio de elocuencia, el sermón de Ntra. Señora de Guadalupe. Lo predicó durante la segunda mesa; y algunos HH. americanos, discípulos suyos, pidieron permiso para asistir; y como después les preguntaran que les había parecido el predicador, dijeron: "El predicador accionaba mucho. Parecía querer ir del púlpito abajo". Finalmente se ha conservado una composición suya en versos alejandrinos en que lamenta las penas del destierro y se pone con sus compañeros bajo la protección de la Virgen.

La idea de los superiores al enviar a los HH. Juniores y novicios a Los Gatos, como la de retener en La Habana a los Filósofos de tercera al tiempo en que se deshizo la comunidad de Tepotzotlán y la provincia de Toledo abrió sus brazos para recibir a cuantos el P. Renaud quisiera enviarle, fue tenerlos cerca con la esperanza de un próximo arreglo del desbarajuste nacional. Cuando se vio que la revolución iba para largo, el P. Renaud tomó la determinación de trasladarlos a todos a España. Así de nuevo los Juniores de Los Gatos se despidieron del P. Miguel González y el día 21 de junio de 1915 partieron a su nuevo destino. La Provincia de Toledo hizo todos los gastos de traslado y nuevo ajuareamiento. Llevaban como jefe de la expedición al P. Castillo, aquel cegatón y nervioso. Los Padres de la Provincia de California los proveyeron de abundantes alimentos para el viaje, puestos en una maleta; pero uno de los Juniores, por no saber a quién

pertenecía, la entregó al jefe de estación al salir. El P. Castillo no llevaba dineros y hubieron de pasar hambre. En El Paso el P. Martín Habig los obsequió con una cesta de magníficas manzanas. Estuvieron un día en Nueva Orleans; y se embarcaron en Key-West e hicieron escala en La Habana, de donde en el barco Español *Montevideo* salieron para su destino. Hacía ya de jefe, el P. Enrique Bordigoni. Tocaron en Nueva York, y ahí los atendió finísimo el P. Gonzalo Carrasco, también desterrado por Cristo.[48] Llegaron a Nueva York el 4 de julio y en 10 días el pequeño barco español los puso en Cádiz. Pasaron a Málaga y por tren fueron a Granada.

Si los HH. andaluces recibieron con gusto a los que llegaron de Los Gatos, los otros mexicanos que el año anterior habían ido allá tuvieron con su llegada una fiesta fraterna. La Provincia de Toledo aprontó en seguida todo lo necesario, y apenas pasadas las vacaciones, se siguió la vida común. El Ilmo. Sr. Francisco Orozco y Jiménez hizo viaje especial desde Madrid para dar el abrazo de paz a los recién llegados. Con esta ocasión se tuvo una merienda-cena con Academia que gustó mucho al Ilmo. Señor. Más adelante llegaron los PP. y HH. maestros mexicanos que iban para ayudar en la Provincia de Toledo en los ministerios y colegios. Cuando se completó el número de los destinados a Granada, incluyendo a los

[48] Habitaba el P. Carrasco entonces en Fordhan y se ocupaba en hacer diversas pinturas para la Universidad. El P. Miguel González le escribió que, como los HH. juniores viajantes no habían hecho su Retiro de mes, le suplicaba se lo diera. El P. Carrasco, al revés, aprovechó el día que estuvieron en Nueva York para llevarlos a conocer algo de la ciudad y les compró varios objetos útiles, como libretas, plumas fuentes y otras cosillas, y únicamente les hizo la lectura espiritual en los propios apuntes de él. El P. Pro recordará para siempre con veneración al P. Gonzalo Carrasco.

Filósofos que iban a primero y segundo año, la comunidad dedicó un día especial a todos los desterrados de Cristo con vacación y academia. En ésta el H. Pro cantó una canción netamente ranchera mexicana, de lo que luego le entraron escrúpulos. Y como uno de sus compañeros le preguntara en privado qué objeto tenían semejantes salidas, le respondió: "Me gusta ponerme en toda clase de dificultades para ver cómo salgo de ellas. México necesita hombres que a todo le hallen salida". A comienzos de septiembre fueron los Ejercicios espirituales de año; y el H. Pro, según su costumbre, los ocho días apenas casi no perdió tiempo libre en que no estuviera delante del Sagrario, profundamente recogido. Era completamente otro. Daba devoción verlo. Solía llevar los brazos cruzados al pecho y los ojos bajos tanto durante las distribuciones espirituales como en los paseos en silencio por la huerta, cuando no ayudaba a arreglar los jardines.

Conforme al testimonio unánime de sus compañeros de Los Gatos, nunca se permitió ni la menor alusión en cuestiones internacionales entre México y Estados Unidos, que entonces tanto calentaban las cabezas. Fue siempre, y lo mismo siguió siendo en Granada, el primero en comentar favorablemente todo suceso que tendiera a levantar el ánimo de sus compañeros, cuando las frías brumas nórdicas los acongojaban. Fue americano con los americanos y español con los españoles. Continuaba con su pensamiento clavado en su ideal espiritual y en sus obreros. En realidad volver a España, le parecía volver a la casa de la abuela, para mejor conocer las historias de los antepasados. Sin embargo, desde esos primeros días comenzó para él una cruz que iba a durarle toda su vida: la incomprensión de parte de no pocos respecto de sus chistes y bromas. Para unos era el Hermano disipado, de poco espíritu, de ánimo ligero; otros le mostraron una

estima muy especial, sobre todo cuando comenzaron a traslucirse sus graves sufrimientos físicos y morales. Su rostro mismo comenzaba a presentar las huellas de las pruebas terribles. Cuando más apretado estaba por las pruebas, solía entretenerse divirtiendo a los mismos andaluces, contándoles exagerada y pintorescamente mil escenas del destierro. Pero cuando alguno se permitía alguna expresión de menos aprecio respecto de los americanos, solía con humildad y serio replicar: "Allá reina una caridad exquisita y hacen penitencias muy recias". Hubo entre los desterrados de Los Gatos un Hermano que luego abandonó su vocación. Este, según se decía, molestó no poco a los demás durante las peripecias del destierro por cierto espíritu de superioridad. Un día en que al H. Pro le preguntaron sobre eso, dijo secamente: "¡Sí, algo nos tocó que sufrir con él!", y cambió de conversación. También con frecuencia se adelantaba a pedir a los superiores lo que otros compañeros necesitaban y por mortificación o cortedad no se atrevían a pedir.

El clima de Granada era para los europeos benigno; mas para los nacidos en América Latina, la llena de sol, resultaba un poco áspero. La calefacción era escasa; había una sola estufa grande en el dormitorio, que era un salón corrido con unas sesenta camarillas. De manera que quienes estaban cerca, tenían excesivo calor, y quienes estaban lejos casi no lo sentían. Mes por mes era necesaria la limpieza general del dormitorio y camarillas a base de petróleo; pues por ser las camas de madera y los colchones con relleno de hojas de maíz, fácilmente se creaban las chinches. Las comidas guisadas con aceite y cargadas de grasa, no eran muy aptas para estómagos delicados. Los tocinos, garbanzos, gazpachos y otros alimentos fueron una continua penitencia para el H. Pro; pero no consta que se eximiera de ella. Otra penitencia la

constituían los baños. La ducha se ponía a veces tan helada que obligó a más de uno alguna vez a gritar; y el baño de agua tibia necesitaba especial permiso. En 1915-1916 la nieve cayó en Granada unas tres o cuatro veces. Pero los vientos helados que soplaban sobre la vega desde las nevosas cumbres del Mulhacén y el Veleta, donde se hallan los glaciares más australes de Europa, hacían encoger de frío a los mexicanos acostumbrados al limpio sol de los inviernos de su Patria. Las clases sobre todo en las tardes semiobscuras invernales, resultaban pesadas; y la tentación y aún la realidad del sueño en ellas era otra mortificación y humillación. Pero el H. Pro a todo le hizo el ánimo con el mismo gracejo y buen humor de siempre. Incluso sus compañeros conservaron la memoria de una serie de ocurrencias para divertir a todo el Juniorado en los días en que por las lluvias persistentes no se podía salir de paseo. Así terminó el Juniorado del H. Pro en Julio de 1917, pues a su grupo los superiores no le contaron el año de 1914-1915, hecho en Los Gatos en tan míseras condiciones.

* * *

¿Cuánto aprovechó el H. Pro en este género de estudios, o sea en Humanidades y Retórica? Aprovechó lo que le fue posible en las circunstancias en que Dios lo colocó. Se aplicó con todas sus energías al estudio, que era lo único que Dios le pedía. Obtuvo con esto una regular facilidad en el manejo del latín; ninguna, a lo menos no consta, en el griego, mucha y muy buena en el manejo del castellano. Pero nunca llegó a ser una notabilidad en letras. ¿Por qué? Ciertamente tenía gran facilidad para componer en prosa y verso y una verdadera vocación para el género humorístico. Pero desde sus Ejercicios de mes, tuvo los ojos clavados en otro ideal muy superior. Nunca sería él el hombre de la

ciencia, de las letras ni del arte. Sería padre de los pobres, de los obreros, de los desahuciados por la sociedad, de los huérfanos de Dios. Y esto a través de toda clase de humillaciones hasta morir en plena deshonra.

No quiere decir esto que el estudio no le costara a su edad y con su gran inclinación a asuntos más bien prácticos. Estudiaba en cumplimiento de su deber; pero no soñaba con los púlpitos, las revistas, las cátedras de Literatura. Alababa y admiraba a los demás en sus triunfos literarios con sinceridad, porque nunca fue envidioso, sino muy caritativo; mas para sí, había escogido sistemáticamente el otro camino: el de la humildad de hecho. Tampoco se ha de decir que sacrificó a Dios una gran inteligencia; como ya se dijo, no era una gran cabeza, sino un gran corazón. Y para ciertos géneros literarios y artísticos, vale con frecuencia más un gran corazón que una gran inteligencia. Fuera de sus obligaciones por razón de las clases y de las academias, nunca se entregó, tampoco en Granada, al trabajo de compositor por el deleite estético de componer.

Hechas estas indicaciones generales, es bueno fijarse ahora en algunas particularidades, según el material que de sus escritos ha quedado. Puede clasificarse en tres grupos. El humorístico, así en prosa como en verso; el serio, que anda principalmente en sus colaboraciones con algunas revistas; y el de su literatura de dirección espiritual. Salta a la vista, desde la primera lectura, que el rasgo humorístico se introduce por todas partes en sus escritos. Pero en el primer grupo forma casi la base del escrito; en el segundo, no abunda mucho; en el tercero casi desaparece por completo. Se trata de sus composiciones en castellano. Todavía de sus composiciones humorísticas en verso es necesario descartar

varias que sin razón se le han atribuido. Por ejemplo la que empieza: *"El blando susurrar del arroyuelo"*. Se pone en duda la que comienza: *"¿No ves las flores inclinar su tallo?"* Lo mismo se ha de descartar la que comienza: *"El sin par borracho Antón"*. De las composiciones en verso, en rio, hay que eliminar desde luego el nocturno *"A mis almas"*. El original francés es muy anterior y pertenece a la época en que el romanticismo dominaba. Tampoco es suya la composición a Jesús ausente de los sagrarios durante la persecución de Calles, que comienza: "Vuelve al sagrario, ¡ya no esté el tabernáculo vacío!"

Las composiciones humorísticas en prosa, pertenecen en absoluto al género epistolar y son modelos de charla íntima, con todo el sabor de un abandono confiado, y están llenas de penetrante sicología. Las composiciones serias en prosa son de dos clases. Unas del género también epistolar; y en éstas, como en parte alguna, se transparenta toda la nobleza delicada y la finura de sus sentimientos y su profunda comprensión de las almas. Llevan siempre el tinte espiritual que debe distinguir la correspondencia de un religioso. Esta clase de escritos del P. Pro, eleva a las almas a ambientes superiores, les infunde aliento, consuelos y valor. Es en ella el estilo claro y fácil, lleno de vida y de comprensión humana; pero, dentro de su exactitud de pensamiento, rebosa desaliño y descuido. Se advierte al punto que el autor está sumergido en la idea, y que la dicción en absoluto no lo preocupa. A pesar de todo, el castellano fluye sin especiales defectos, con la naturalidad con que lo han heredado las gentes mexicanas, según testimonio de compañeros de otras naciones.

En cuanto al género de las composiciones en serio, es el de las Revistas. Y sólo misten del P. Pro algunos artículos escritos

para el Mensajero de Nicaragua y el Andino Platense, y alguna carta escrita con miras a una publicación más o menos próxima. Tales escritos están más trabajados. Se nota que ha corregido el estilo y la dicción, y no baja al humorismo sino muy tenuemente. Los artículos están llenos de oportunidades y de una observación notable de las costumbres sociales. Y cuando el P. Pro se entregó de lleno a los estudios de sociología, sus cartas serias demuestran notable comprensión del obrero y del pobre y grande ansia de asimilación con los desheredados del mundo y los huérfanos de Dios.

Observando en globo la manera de componer que sigue el P. Pro, se puede afirmar que la lectura y estudio de los clásicos dejó en él un sedimento de recta interpretación humana de los sucesos de la vida, mediante el equilibrio sano y vigoroso de sus facultades así intelectuales como sensitivas. Al encerrar en marcos literarios, por ejemplo, los cuadros de costumbres, las descripciones, las observaciones sicológicas, se mantiene en un término medio lleno de suave *sofrosine*, sin declinar ni al llorique de los escritos imbuidos en el romanticismo, ni a las alharacas de los literatos revolucionarios, salvo en algún caso raro en que esto le viene bien para el elemento humorístico.

Y de los clásicos, y conociendo el temperamento y carácter del H. Pro, no puede llamar la atención, sino parecer lo más natural que sin duda sea Cervantes quien dejó la huella más profunda en el estilo y giro de exposición en las composiciones del P. Pro, en cuanto la exuberante personalidad de éste era capaz de adaptarse a modelos preconcebidos. Porque el P. Pro es el P. Pro en cada una de sus composiciones, y se le reconoce a las pocas líneas. Un estudio a fondo de esto nos llevaría muy lejos y no es el propósito

que se tuvo al redactar estas memorias biográficas. Sólo vayan algunos ejemplos. Desde luego, las situaciones de la vida con frecuencia le traen al espíritu el recuerdo de situaciones paralelas del Quijote, y las aprovecha muy discretamente con una simple alusión. En una carta en que habla de su visita al invernadero "Des Salettes", hay una doble reminiscencia; la de Virgilio cuando al compañero lo llama "mi fidus Achates"; y la de Cervantes, cuando se pone a hablar en italiano con la duquesa: "¡Ay, Miguelito, que desbarras...! ¡Tente, Sancho, que bamboleas...!" (*Vida Intima*, pág. 109). En otra ocasión, a propósito de un par "de tajaditas" de una tortilla de huevo, escribía: "Y... para no alargar el cuento: ni el Fierabrás de D. Quijote surtió el efecto que la tortilla de huevo" (*Vida Intima* pág. 132). A veces no es sino el hacinamiento de epítetos lo que recuerda a la legua el tecnicismo humorista de Cervantes. Así, cuando el H. Campos le ofrecía lo que él deseara y que se lo enviaría desde Sarriá Enghien, le escribe: "¡Campitos, el espléndido, el generoso, el liberal, el manirroto! ¿Que qué necesito…?" (*Vida Intima* pág. 106). Y al P. Negra: "La segunda cosa que debo decirle es más peliaguda, delicada, sutil y gitanesca..." Pueden compararse estos pasajes con muchos otros similares del Quijote, y se verá bien el aire de familia. Por ejemplo, en el capítulo LXVI de la primera parte, en donde el héroe dice mal-humorado a su escudero: "¡Oh, bellaco, villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, murmurador y maldiciente!.."

Reminiscencia cervantina es también, consciente o inconsciente, aquello del "garbo natural", del "chic", etc., como cuando D. Quijote pregunta a Sancho, en el capítulo X de la parte primera: "Pero, dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en

historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en perseverar, más destreza en el herir ni más maña en el derribar?" Lo mismo puede decirse de todas aquellas humorísticas alabanzas que el P. Pro se echa, v. gr. que las damas parisienses lo buscan, los duques se lo disputan, las viejas, las doncellas, los caballeros barrigones, las gatas y los borrachines lo rodean, etc. ((*Vida Intima* pág 131 y passim.)

A la técnica de Cervantes pertenece también la forma de empezar a tratar en serio un negocio o una descripción y acabarla en humorismo. Véase, por ejemplo, la siguiente. Escribe al P. Benjamín Campos y le cuenta su viaje a Charleroi, e interpone en esa carta, que es del 18 de abril de 1925, la narración de su visita a una fundición y fábrica metalúrgica: "Visitamos una gran fábrica, i.e, una metalurgia donde se construyen los trenes para Bélgica. Vimos desde la llegada del mineral hasta que sale convertido en máquina. ¡Diablos! ¡Qué cosa! Los altos hornos, la fundición, el aceramiento (no sé cuál es el término propio), los pequeños bloques de cien toneladas, incandescentes, llevados como de la mano a potentes maquinarias que los estiran para rieles, los cortan para ruedas, los ahuecan para calderas, los desmenuzan para ejes, los... arreglan pa'pitos de locomotoras que pitan como yo la estoy pitando en mi descripción" (*Vida Intima*, pág 76-77).

En este punto, lamentamos la pérdida de las composiciones del joven Miguel Agustín, cuando aún estaba en el siglo y componía su *Libro de las Injurias*, que pereció cuando en 1914 los villistas asaltaron Saltillo; porque Miguel lo había dejado en su casa, al entrar en la Compañía. Nos servirían de comparación para observar sus adelantos en letras en la Compañía. Otra compilación de sus composiciones para las Academias durante su estancia en

El Llano, la destruyó él mismo por temor de que cayera en manos de los carrancistas, al tiempo en que hubo de disolverse la Comunidad. De todos modos, por lo que podemos rastrear, no tenía allá en el siglo, ni aun siendo novicio, ese fácil castellano, lleno de colorido y que manejaba a su antojo, para meterle por los ojos al lector usos, costumbres, caracteres, trajes, andanzas y peripecias de todas clases. Ese tinte, lejano si se quiere, de la prosa, concepción y métodos cervantinos, bien cultivados, habrían podido hacer del P. Pro un no mediocre escritor.[49]

Por lo que mira al propio ornato retórico, muestra el P. Pro en sus escritos en serio muy poco de él: su pensamiento permanece elevado en hacer bien a las almas; su prosa se vuelve menos pintoresca; sus versos, aun llenos de un sentimiento suave y cariñoso, como los dedicados a su familia, que tituló: "Viendo el retrato de mis hermanos", no abundan en adornos literarios. En cambio, en los escritos de bromas, los adornos se agrupan, se entremezclan, mutuamente se apoyan y fortalecen en una construcción juguetona, que se diría ser la corriente de un joven río que baja saltando entre las sinuosidades de las lomas cubiertas de lozana vegetación. Desfilan ahí con naturalísima espontaneidad las antítesis, las prosopopeyas, a veces bulliciosas, a veces picantes, las interrogaciones, los dialogismos y mil elementos más que dan a sus páginas un colorido inconfundible, sostenido por el constante espíritu de observación.

De entre tales elementos, conviene fijar la atención en uno que es muy necesario tener en cuenta para no extremar los juicios acerca del modo real de ser del P. Pro; es la hipérbole. De modo maravilloso maneja este elemento a la vez tan cervantino y

[49] Este mismo juicio lo manifestaron varias veces sus compañeros.

popular.[50] Unos cuantos ejemplos bastarán para dar una idea de la flexibilidad que este ornato adquiere en las manos del P. Pro. Ni ha de olvidarse que, como ya se advirtió, generalmente, lo usa dejando entrever en su trama un fondo de sincera humildad.

Al H. Escalante, cierta vez en que allá en Granada de España, le preguntaba con un interés algo excesivo por su salud, le contestó: "¡Sí! ¡estoy malísimo! Me duele el estómago y además los riñones, el hígado y el corazón, y por añadidura el bazo, ya me anda de la cabeza, de los ojos, de la nariz y la garganta, del pecho, de los brazos, manos y pies y hasta de las mismísimas uñas". (*Vida Intima*, pág 47). Y añadía la mímica payasa que en tales ocasiones completaba el colorido. Del mismo género es la hipérbole que usa en la carta del 20 de abril de 1925, al contestar al P. Benjamín Campos, que le había preguntado si le hacía falta alguna cosa: "Volví mis ojos, dice, con toda modestia, a mi banderillada humanidad (recuérdese que en ese tiempo el P. Pro había sufrido ya tres operaciones), y hermanando la necesidad con la prudencia, me dije: ¡Tú necesitas, Miguelito hermoso, tres pares de huaraches, un sarape, dos chaparreras, cuatro balsonfarrias, un güichol, un morral, cinco cotenses, una faja, dos cuchillas de zapatero, una vihuela y tres *riales* y cuartilla para puro quiote y muéganos... Y conste que pido con moderación... que si me dejara llevar del gusto, no terminaría la lista, ya que también necesito una botella de aceite de oso, dos libras de queso de tuna... un molinillo, dos jeringas y un frasco de linimento... Ya te veo, Campitos, ensanchar las narices de puro enojado y decir en silogismo neto:

[50] Los ejemplos son innumerables. Le nacía sin buscarlo y fue una de las cosas que le ganaron desde un principio la simpatía de los andaluces, tan aficionados también a este ornato literario y sal de la conversación.

este Pro es un tarugo, Es así que así es. Luego, ya ves" (*Vida Intima*, pág. 106).

Muchas veces la hipérbole se encierra en una frase, que de vez en cuando no deja de contener su granito de sal picante; o bien es la forma de encubrir sus padecimientos o desviar el afecto de compasión que por ellos ha despertado. Así escribía, poco antes, al mismo H. Campos: "Hace un frío bárbaro. Estoy más helado no ya que el Himalaya, sino que el pico más eminente de la nariz del H. Quevedo". Más tarde, ya en su ministerio en México, estuvo enfermo, sin que por ello disminuyera sus trabajos. Lo compadecía la Sra. de Valezzí, que mucho le ayudaba con los pobres, y a la que él solía llamar "mi abuelita". Con esa ocasión le puso unas letras en que le decía: "¡Ahora sí fue un accidente, como dice mi abuelita! Un dolor de cabeza mal soportado tres días, me dio la centésima parte de medio grado de calentura" (*Vida Intima*, pág 160).

Con las mencionadas, se puede recoger otras muchas en sus escritos. Pero hay que insistir en que ha de tenerse muy en cuenta ese uso y aun abuso de la hipérbole del P. Pro para bien interpretar una serie de expresiones que tomadas al pie de la letra darían una imagen de su modo de ser que no correspondería a la realidad.

Capítulo VI

EN ANDALUCIA

1917-1920

No es necesario insistir en que, dadas las limitadas dotes intelectuales del H. Pro, hubo de sufrir, durante los tres años de filosofía, continuas humillaciones. No era tan corto que no se diera cuenta de su medianía. Pero ahora, como anteriormente, en nada modificó su programa de vida interior. Con frecuencia se le encontraba desempeñando los oficios más humildes, como preparar el refectorio, ayudar en la cocina, lavar y secar platos. Cargaba, no sin cierto garbo, las vaseras, ayudaba a los HH. coadjutores y se movía como un joven sano: nunca fue quejumbroso. Pronto fue en el filosofado el centro de los recreos, como lo había sido en el juniorado. Tomaba parte en las Academias de Misiones[51] y se prestaba a lo más costoso. A causa de sus achaques, en vez de salir de paseo, con frecuencia se

[51] En el Curso 1917-18 los Hermanos de Granada comenzaron una Academia de Misiones, cuya sesión inaugural se dedicó a China. El H. Pro inmediatamente dio su nombre y contribuyó desde luego de un modo original. Quería el Prefecto de la Academia que se cantara el himno chino nacional. El H. Miguel le dijo: "Encuéntrenle la música, que de la letra yo me encargo". La música se encontró en una Enciclopedia. La letra la fingió el H. Miguel hilvanando una serie de palabras chinas que sabía desde los tiempos aquellos del chino Lee y otras que inventó. Todos cayeron en la trampa. Pero tiempo después el P. Rector tuvo necesidad de alguien que le tradujera un texto en chino. El H. Pro declaró su estratagema; pero se ingenió para dar la traducción que se le pedía.

quedaba para ayudar en los trabajos de la huerta, como arreglar los jardines, las callecitas de los *parterres*, etc. Por algún tiempo anduvo ayudando al H. Benjamín Campos a levantar un plano de la extensa huerta de la casa. Salían ambos por las tardes en que había paseo con el teodolito que cargaba el H. Campos y otros accesorios que llevaba el H. Pro. Y los filósofos lo buscaban en donde anduviera, sólo por entretenerse con sus ocurrencias. Los sábados se esmeraba en éstas y solía decir, por broma, que era "para hacer materia para la confesión semanal".

Para las Navidades organizó una representación con sombras chinescas, a la que puso por título: "Métodos de curación antiguos y modernos". Querían con esto, él y sus colaboradores, dar un buen rato tanto a la Comunidad como al abnegado H. enfermero, de quien decían los bromistas que todo lo curaba con duchas y pildoritas. Las figuras estuvieron perfectamente caracterizadas en las sombras, detrás del telón. La cosa no tenía complicaciones. El H. Pro era el médico a cuya clínica iban llegando varios enfermos. El primero fue un jorobado. A éste lo curó de un soberbio garrotazo en la joroba. El hombre cayó desmayado, pero eso no importaba nada. Otro llegó con un dolor de muelas. A éste le clavó en la muela enferma un garfio de acero, y con una garrucha lo suspendió en el aire hasta que soltó la muela, y, haciendo contorsiones, se alejó de la clínica. Llegó otro con un fuerte dolor en la espalda. El Doctor Pro lo hizo tender en una mesa, lo palpó y examinó; y finalmente, con unas enormes tijeras le extrajo el esqueleto, le extirpó el mal, se lo acomodó de nuevo, lo cosió y lo mandó sano y sonriente a su casa. En cuanto a los métodos modernos, la exposición fue muy breve. A todo en enfermo que se presentaba, tras de examinarlo el Doctor Pro, que ahora en la sombra chinesca daba perfectamente el perfil del H. enfermero, le recetaba unas

pildoritas, le suministraba una ducha fingida con una lluvia de aserrín, y luego unas palma-ditas al hombro. Y los enfermos salían sanísimos mediante los métodos modernos.

Declamaba y representaba con su mímica y colorido típicos, o improvisaba papeles y personajes con suma facilidad. Sus entremeses de cine eran de lo más divertido; y en un momento dado permanecía inmóvil en las posturas más cómicas e inverosímiles, porque decía que en todas las fiestas cinematográficas que se dan en las comunidades religiosas es de rigor que la máquina proyectora se descomponga por lo menos una vez. Había un juego de frontón de tal manera construido que podía utilizarse por las dos caras. De un lado jugaban los filósofos y del otro los juniores. Un día los juniores lanzaron una pelota hasta el campo de los filósofos y no fue posible entonces encontrarla. Pocos días después fue hallada. Solían en esos casos devolverse las bolas por encima del paredón. El H. Pro alegaba que no era correcto semejante método de devolución. Dibujó una primorosa tarjetita en que aparecían dos hermanos, uno filósofo entregando la pelota y otro junior recibiéndola; al pie añadió un dístico latino lleno de finezas, que fue muy celebrado.

Un testigo dice: "Para algunos que no supieron conocerle era espíritu ligero y superficial. Un día le avisé que una de sus bromas parecía menos fina y podía hacer concebir una idea poco favorable del nivel cultural de su patria. Se corrigió, pero me rogó que advirtiera que este género no era característicamente mexicano, sino tipo Pro. Y como ésta, no faltaron otras advertencias, en que necesariamente incurre un temperamento como el suyo", dice otro testigo. Y añade: "pero me consta por una parte que sus Superiores lo estimaron y por otra que con las reprensiones llegó a

un desprecio de sí mismo que he visto en muy pocos".[52] Hay que advertir que semejante desprecio de sí mismo no nació de aquellas reprensiones, aunque sí se aumentó bastante. También debe tenerse en cuenta que, movido por el sincero cariño que concibió, ya desde los 13 años, por los obreros, por el ansia de asimilarse a ellos, le acontecía a veces bajarse a usar de su mismo lenguaje y expresiones.

"Pescaba al vuelo, dice otro testigo, las ocasiones de ejercitar la caridad y proyectaba sobre ellas su alegría y el optimismo de su ingenio siempre en ebullición". Y el mismo testigo anota: "A pesar de su jovialidad, fue siempre un excelente religioso, observante de las Reglas y prácticas piadosas acostumbradas." Otro añade: "¡Cuántas veces creíamos que sus chistes eran desahogo espontáneo de su carácter, y sólo una contracción nerviosa de la cara, que alguna vez lo traicionaba, descubría a los más observadores sus fuertes dolores de estómago!". En particular sobre su caridad fraterna, el H. Rafael Ríos dice: "Quería muy de corazón a sus Hermanos, no era de vanas fórmulas corteses, sino de caridad muy sincera y varonil, demostrada en gozar con el que goza y sufrir con el que sufre, en prestar sus servicios con gusto, ofreciéndose al trabajo y a la molestia". Y añade: "Estoy seguro de que si alguien conserva memoria de alguna broma algo pesada que se le haya podido escapar al P. Pro para con él, se acordará también no de una, sino de varias delicadezas de caridad, tal vez envueltas en nuevas bromas, pero al fin y al cabo delicadezas, con que trató de reparar su falta.

---

[52] Es muy grande la cantidad de testimonios sobre las virtudes religiosas del H. Pro, pues todos sus compañeros están de acuerdo. Puede verse una colección de esos testimonios en Portas, págs. 82-44; en Vida Intima, págs. 182-183; etc.

Un compañero suyo escribe: "De las cosas edificantes que más llamaron en él la atención de todos, fue una lo pronto que era para servir en cuanto se ofrecía. Ocurría, por ejemplo, que alguna vez faltaran sirvientes para la mesa, que no hubiera quien hiciera la lectura en voz alta en el comedor, etc., y ya estaba ahí el H. Pro para suplir la falta". "Era también, añade, notable el tino que tenía para darse cuenta en seguida de lo que faltaba a los demás en la mesa y para proveerlos de ello. En recreo era él el principal atractivo. Una vez oí decir al P. Valentín María Sánchez, que fue su Rector, que él solo valía por unas vacaciones... Cuando adivinaba que alguno de sus compañeros estaba demasiado triste, iba a su cuarto, le charlaba un rato, le decía unas cuantas bromas y se retiraba excusándose de haberlo molestado...".

"Eran conocidos de todos, afirma un compañero suyo, sus molestísimos achaques del estómago. Pero cuando quería compadecerme yo de su estado, desviaba la conversación. Una vez se puso a engullir (o fingirlo) bolas de papel, para demostrar, según dijo, que tenía un estómago de hierro". En realidad su "personilla", como solía llamarla, nunca le interesó. El dolor físico no significaba para él sino un regalo de Dios y no lo temía, como lo afirmará más adelante cuando tenga que ira la clínica de Saint-Remy, en Bélgica. Es típico el caso que le sucedió cierto día, cuando iba de paseo con dos compañeros. Les acometió un perro bravo. Uno de ellos a toda prisa se encaramó a un árbol. El otro logró colarse por una puerta que vio entre-cerrada y que él acabó de cerrar tras de sí en un abrir y cerrar de ojos. En cambio el H. Pro, sin inmutarse hizo frente al animal, dando oportunidad para que sus compañeros se pusieran a salvo. Se inclinó hasta tomar la figura de otro perro y comenzó a ladrar al que lo acometía con

tanta propiedad que éste primero se desorientó y se quedó viéndolo y luego temeroso se batió en retirada.

De su fina caridad dejó recuerdos en todas partes. Sus compañeros conservaron y muchos conservan aún como reliquias, billetitos de felicitación en sus onomásticos, fiestas especiales, primeras misas, etc. Con frecuencia tales billetitos llevaban dibujadas escenas originales, alusiones a la vida escolar o alguna peripecia del agraciado o algún sabroso epigrama. De ordinario no ponía su firma; pero la "marca de fábrica", como solían decir, era inequívoca: aquella letra elegante. Cuando cursaba el primero de filosofía, el profesor encomendó la primera disputa mensual al H. Benjamín Campos. Cuando terminó el acto, el H. Pro fue a felicitarlo y le dio como regalo una cajita de fósforos. El H. la abrió y encontró dentro un papelito muy bien enrollado. Lo desenrolló y encontró otro igual y luego un tercero. Y finalmente envuelto en todos ellos, un dibujito precioso de felicitación: era un charro mexicano, con espuelas y todo, en el acto de jinetear una tesis.

El año 1917-10, la gripe conocida con el nombre de "española", y que en España designaron con el de "dengue", llegó hasta la casa de estudios de Granada. Solía ser mortal, sobre todo para quienes tenían el organismo ya gastado o herido por alguna dolencia. Se juntó hasta una treintena de enfermos y fue necesario destinar parte del edificio, la Casa de Ejercicios, a enfermería. Hay testigos que aseguran que llegó a caer enfermo la mitad de la Comunidad, que constaba de unos 150 sujetos. El H. Pro no desaprovechó la ocasión. Tenía la salud quebrantada, pero el espíritu muy entero. Acudió al P. Rector y obtuvo la gracia de encerrarse con los enfermos en aquella enfermería improvisada para morir sirviéndolos. Les dedicó las más delicadas atenciones y

vivió entonces incomunicado del resto de la Comunidad, excepto por una ventana por donde se hacían pasar alimentos y medicinas a los atacados. Y por esta ventana, cuando veía pasar por fuera a los sanos, gesticulaba alegremente, les hacía señas invitándolos a ingresar y como si empuñara una magnífica guitarra, levantaba la cara al cielo pidiendo inspiración, con lo que significaba su profunda alegría.

Juntamente con la caridad, cultivaba reciamente la humildad. Cuando el P. Valentín María Sánchez le comunicó la nada agradable noticia de no haber superado la mediocridad en los exámenes de segundo curso, y que por lo mismo en tercero presentaría examen en curso menor, la reacción fue de irse más largos ratos a la capilla, de donde salía como desatado en sus bromas, haciendo reír a todos.[53] A veces las bromas que otros le daban tomaban un giro molesto para él, pero nunca protestaba. Una mañana de recreo largo, salió detrás de un grupito de Hermanos puesto su saco de trabajo. De pronto se lo echó a la cabeza, pero sin sacar los brazos de las mangas. Y luego caminando medio agazapado, abría desmesuradamente los ojos y la boca y daba la impresión de un animal raro. El grupo se echó a reír al ver su figura grotesca. Comenzó entonces a gesticular como si fuera una bestia feroz. Uno de los compañeros comentó: "¡Sin duda tiene ahora malas noticias de su familia o de México!" En cambio otro, un andalucillo de cascos no muy asentados, como pasaran frente a un montón de grava, se permitió completar la broma en una forma pesada. Comenzó a tirar piedrecillas contra la fiera y con una le acertó bien en la cabeza. Temieron los otros que la cosa acabara mal. Pero el H. Pro, aunque de pronto se puso

[53] Portas, 1, c.

pálido y se notó un poco la contracción propia de la ira en la cara, nada dijo. Se bajó el saco sonriendo y se puso a platicar con naturalidad de otra cosa cualquiera, Poco después el andalucillo abandonó la Compañía.

Otro día, en un recreo largo de la tarde, el H. Pro se había acomodado en un banco hecho de un grueso tronco al que se le habían ajustado toscamente unas patas de madera. Después de un rato de conversación acabó por montar en el tronco a la jineta y hacia como si manejara aquella su yegua de Concepción del Oro. Dos fornidos Hermanos andaluces que lo miraban, sin decir agua va, levantaron de pronto el tronco en el aire. El H. Pro les siguió el humor y con muy buena gracia apretó las piernas y los pies como si jineteara un torete. Pero los HH. llevaron la broma hasta el extremo, pues levantaron el tronco hasta un metro de alto o algo más, con lo que echaron por tierra al H. Miguel. Cayó éste de lado y se dio un fuerte golpe y se levantó muy adolorido. Alguien lo conoció en la dificultad para levantarse del suelo, en la contracción de los labios y en la mirada. Pero instantáneamente reprimió aquel movimiento y volvió a ser el Pro de siempre; a tal punto que los bromistas nada advirtieron.

Es muy de notar, que siendo el H. Pro de tan fácil palabra y pronto ingenio y de un temperamento que tanto tenía de sanguíneo, nadie de sus compañeros recuerda que alguna vez se haya permitido hablar de defectos ajenos o de murmurar de las disposiciones y cualidades de los superiores. Sin duda que en esto le ayudaba su nobleza de carácter; pero dadas las variadísimas circunstancias en que Dios lo fue colocando, el no murmurar jamás, supone una virtud muy sólida, y que quizá no han hecho resaltar debidamente sus biógrafos. Los profesores admiraban su

tenacidad en el estudio, su cuidado en consultarlos, sus esfuerzos por adentrarse en los intrincados razonamientos filosóficos. Su rector afirma: "No estaba dotado de especial talento para la especulación filosófica. No recuerdo con exactitud sus notas de exámenes, pero me imagino que fueron más bien medianas".[54] Con uno de los profesores hubo de sufrir humillaciones, severidad y graves reprensiones.[55] Y sin embargo, nunca se le oyó una palabra de inconformidad o murmuración, lo que habla muy alto en su favor.

Ha impuesto en todo tiempo la Compañía de Jesús a sus jóvenes como ejercicio de apostolado la enseñanza del catecismo a gente a gente ruda y a los niños, sin que dejen de ser, como decía San Ignacio, "muy de veras estudiantes". En semejante apostolado el H. Pro desplegó cualidades excepcionales. No era fácil la labor. Había en la Vega de Granada pueblecitos que iban por la pendiente del comunismo. Allá por 1917, en plena guerra mundial, Rusia daba un espectáculo extraño. La revolución que al principio pareció no tener mayores alcances y que luego se fijó como primer triunfo el destronamiento de los Zares, gracias a la tenacidad y genio de Lenin se adueñó al fin del poder. El frente ruso cayó delante de Alemania por una parlamentación y luego Trotski llevó triunfalmente los ejércitos revolucionarios por todo aquel desventurado país. Los ecos de la catástrofe, de la que surgiría la nueva Rusia, llegaban en la prensa día a día, y su influencia en el proletariado español aumentaba. Por otra parte, bajo la sombra funesta de los regímenes liberales, el error y la ignorancia religiosa se habían ido extendiendo en las capas

[54] Vida Intima, pág. 49.

[55] Se trataba de un Hermano maestro anormal que salió de la Compañía apenas ordenado sacerdote: el H. Antón.

obreras y campesinas, mediante una propaganda más o menos solapada. Y lo peor del caso en España, era que muchos de los dirigentes del catolicismo no se daban cuenta de la gravedad del problema y decían: "En España el comunismo no tiene lugar. Somos católicos rancios y de abolengo". Se habían encastillado en la idea de que España seguía siendo absolutamente católica a lo siglo XVI.

En cambio, los HH. Estudiantes, que recibían Revistas seleccionadas por los Superiores, y tenían los jueves todas las horas de la mañana libres para la lectura, pronto se dieron cuenta del abismo que se iba abriendo a los pies de los gobiernos liberales de Alfonso XIII y de los católicos adormecidos. Un día uno de los grandes misioneros andaluces en una "charla" a los filósofos les dijo: "El estado religioso es cosa que apena en estos pueblos. Nos hemos encontrado con mucha gente mayor que nada sabe de religión". Y contaba que en uno de los pueblos recibieron los hombres a los PP. Misioneros en la iglesia con el sombrero puesto y el diálogo a gritos; y necesitó el predicador de toda su sangre fría para sacarlos de la iglesia a dialogar afuera. En otros pueblos, en cuanto sabían que iban a llegar los PP. Misioneros, preparaban toda clase de artificios para estorbar la predicación, como, por ejemplo, cargar con jaulas de grillos para soltarlos entre los oyentes. Los hubo en que muchachos desvergonzados se dedicaban a poner tentaciones pecaminosas a los catequistas. En algunos pueblos incluso los apedrearon y sólo a fuerza de paciencia se logró algún fruto. En otro tenían al Párroco amenazado casi de muerte los principalillos, y el pobre a veces se desahogaba con los catequistas.

Basta con estos breves rasgos para que se comprenda en qué ambiente hubo de trabajar el H. Pro, y triunfó de tal manera que bastaría sólo esto para calificar de extraordinarias sus dotes de apóstol de los pobres. Los Centros que visitó y en que ejerció su celo fueron Fargue el Alto, barrio de los gitanos a la orilla de la ciudad, llamado de ordinario Catecismo de Lourdes, Huétor de Santillán, Albolote, Alfacár y Hospicio de los Reyes Católicos en la ciudad. También durante las vacaciones mayores ejercitó este ministerio en el pueblo de Lanjarón, al pie del Cerro Caballo, a donde solían ir los quince días de descanso total de los estudios y en donde a veces permanecían buena parte de las vacaciones menores. "Lo mismo era, cuenta un testigo, llegar el P. Pro (que así lo llamaban siempre las gentes), que salir de sus casas familias enteras. En Albolote acudían a escucharle centenares de niños. Manejaba a la gente como quería. Un día de la Ascensión, se celebraba la primera comunión de los niños. La misa iba a comenzar cuando advierte que los hombres ociosos se pasean por la plaza: "No vienen Uds. a misa", les pregunta. "¡No, jamás!" Pero el H. Pro no se desanima, se va resueltamente al grupo de hombres, y, soltando una baladronada, les insta a que le sigan. Estos se miran unos a otros desconcertados por semejante invitación y como niños dóciles entran en el templo".

Otro testigo dice: "Fui compañero suyo, desde 1915 a 1920. Intimé mucho con él y nos tratábamos con mucha confianza. Los Superiores nos pusieron casi siempre juntos en los grupos que enseñaban el catecismo en los pueblecillos de la hermosa Vega Granadina; y así fuimos a Fargue el Alto, al barrio de los gitanos o de Lourdes, y a Lanjarón los veranos de 1916 y 1917. Además vino conmigo varias veces al catecismo de Huétor de Santillán y al de Albolote. Recuerdo con mucho cariño estos primeros ensayos

apostólicos, en que el P. Miguel demostraba ya con claridad lo que habría de ser luego: un varón consagrado por entero al bien de las almas hasta sacrificarse todo por ellas y morir por esta santa causa. Pude observar en él, en estos catecismos a donde íbamos juntos, un celo incansable por el bien de las almas, una habilidad y variedad de recursos asombrosa para enseñar al pueblo los rudimentos de nuestra fe; y como a esto se añadía el buen humor y aquel gracejo que nunca le abandonaban, de ahí que donde quiera que iba se llevaba de calle a la gente. Grandes y chicos le rodeaban para oírle, y durante horas enteras lo escuchaban con atención. Se hizo popularísimo en todos los alrededores del Colegio de Granada; y en todos los pueblos a donde fue a enseñar el catecismo era muy querido y se le recuerda ahora con mucho cariño; y eso que hace ocho años que salió de Granada. En Lanjarón iba yo con él al barrio de Santa Ana; y lo mismo era llegar ahí el P. Pro (así le llamaban siempre), que salir de sus casas familias enteras..."

En Lanjarón se distinguió por su caridad en visitar a los enfermos y socorrerlos cuanto podía. Así lo hizo con uno que vivía en una casucha por el lado de la fuente de Gayumbal, "la que nunca sacia y siempre da hambre", según el decir de los vecinos. Solía llevarles huevos y frutas que pedía al H. despensero, después de obtener la licencia del Superior de la casa de vacaciones; y exhortaba al enfermo a la resignación y le decía palabras de consuelo y que recibiera los santos sacramentos y se pusiera en las manos de Dios". "He vuelto a Granada, continúa el mismo testigo, a estudiar teología, desde 1924 a 1928, y he podido observar que permanece muy vivo en el Colegio y en los pueblos vecinos el recuerdo del P. Pro. Me han dicho los HH. filósofos que fueron este año a la catequesis de Lourdes que cuando contaron

ahí a la gente el martirio del P. Pro, varias mujeres que lo habían conocido cuando iba allá en 1917, lloraban amargamente y se recordaban unas a otras muchas escenas del celo apostólico que ahí desplegó; y le llamaban el Santo Padre Miguel. "Este mismo fenómeno acaeció en Huétor de Santillán y lo presencié yo mismo. Una vez que me enteré de todos los pormenores del martirio del P. Pro, llevé conmigo la narración de él y varias hojas y estampas del P. Pro que pude adquirir. Era de ver cómo lloraban las mujeres a quienes leí el martirio… Todas comenzaron a contar episodios que recordaban, con exactitud, como si hiciera pocos días que hubiera ido ahí el P. Miguel. Una de las cosas que recordaban fue que en cierta ocasión, a la puerta de la iglesia, dijo a un grupo de mujeres que él de muchacho había sido muy malo y que luego se convirtió".[56] En uno de los Centros de catecismo, advirtió que los muchachos ya mayorcitos no querían entrar en la iglesia, sino que se ponían en una esquina de la plaza para burlarse de los catequistas y gritarles "¡crá, crá, crá!", como si fueran cuervos. Puso entonces muy buen rostro y sacó de su bolsa un paquetito de estampas; escogió una de modo que la vieran aquellos muchachos, y dijo al que más gritaba: "¡Ven!, ¿no quieres una estampa bonita?" El muchacho primero vaciló, pero sus compañeros lo increparon diciéndole, "¡Anda!, ¿o le tienes miedo al cura?" Entonces se acercó al Padre que había tomado la estampa con la mano izquierda, y con la derecha cogió rápidamente la oreja del muchacho y le dio tres tirones no muy duros, y a cada tirón le decía: "¡crá!". Los que habían quedado a la expectativa soltaron la carcajada y desde ese momento se le hicieron amigos al cura.

[56] Fue en esta ocasión cuando contó la impresión enorme que le hicieron en la Hacienda de San Isidro las preguntas ignacianas de los Ejercicios, que ya referimos.

Aparte de la explicación semanal catequística, de vez en cuando se organizaban en los Centros primeras comuniones, algún breve Retiro o bien misioncitas abreviadas con Plática a mañana y tarde, según daba el tiempo. Entonces el H. Pro echaba el resto, como suelen decir. Se movía con todas sus energías y recursos para hacer que la gente acudiera, v. gr., haciendo programas con dibujos que se fijaban en las puertas de la Iglesia con un mes de anticipación, recorriendo las casas del pueblo una por una, animando a los párrocos con su perpetuo optimismo, cuidando de que se prepararan adornos para el altar y organizando algún desfile de niños y niñas con sus mejores vestidos. Y como un día le preguntaran cómo hacía para atraer de tal modo a la gente y de dónde sacaba tantas ocurrencias, contestó: "¡Eso es cosa de mi Padre Dios!"[57]

Y sin embargo, no había persona más humilde, aun siendo él quien animaba todo. Era su humildad, según testimonio de uno de sus compañeros, ya citado, algo que "raras veces se ve en ese grado". Podrían contarse muchísimos ejemplos. Baste con uno. Cierto día se presentó en el aposento de uno de sus compañeros con la petición de que le compusiera unos versos para una fiestecita de primera comunión. Debía recitarlos una niña vestida de ángel. El compañero se resistía y le replicaba que mucho mejor podía hacerlos él. Pero le instó de varias maneras hasta que lo

[57] Los testimonios son del P. Marcelino Moreno. Para apreciar en todo su valor al acto apostólico de la fundación del catecismo en el barrio de los gitanos, conviene recordar que eran gente vagabunda que solían estacionarse debajo de los puentes o en las carreteras o en un sitio cualquiera en donde se dedicaban a mil trapisondas con la gente: arteros, mañosos y ladronzuelos, sin fondo de religión. En el barrio había los ya reducidos a vida sedentaria.

obligó. Cuando los hubo leído hizo demostraciones de estimarlos mucho. Más aún; algunos días después le pidió algunas reglas para bien versificar; porque decía que él no había hecho sus cursos de letras sino muy a medias. La misma petición hizo al H. Julio Vértiz, de unos versos para su catecismo, afirmando entre bromas y veras que personalmente no tenía arte ni maña para eso. El H. Vértiz no accedió y hubo de hacerlos el mismo peticionario. A pesar de todo, el H. Pro no dudó en colaborar con el H. Vértiz, por indicación de los Superiores, en una Academia literario-musical que se ofreció. Había ya renunciado a su facilidad para componer y prefería las composiciones de otro cualquiera.

* * *

Para completar el cuadro de la temporada de filosofía del H Pro es necesario fijarse también en otros aspectos. Había comenzado los cursos a la edad de 27 años y medio. Y por sus experiencias antiguas, su práctica de las virtudes religiosas, su notable sentido práctico, estaba bien preparado para captar el cambio de mentalidad que, a partir de 1914, la guerra europea, al trastornar los valores antiguos, fue creando, ciertamente antes en México que en España. Los ecos de la efervescencia de ideas en México llegaban a los mexicanos de Granada por diversos periódicos y revistas. Era desde luego impresionante el movimiento ascensional y heroico de la A.C.J.M., empeñada en la defensa de los derechos cívicos de los ciudadanos, en la atención a las organizaciones sociales y aun en escalar el Supremo Poder para dictar desde su cumbre una recta legislación. Con los candentes discursos de René Capistrán Garza, con los artículos preciosos de Vázquez Cisneros, etc., etc., les ardía el corazón por prepararse a intervenir en la batalla intelectual y en las organizaciones católicas

que comenzaban a dar señales de capacidad y pujanza. En 1918 los entusiasmó hasta lo sumo la relación de la batalla dada en Jalisco por la libertad religiosa, con el brillante triunfo de Anacleto González Flores.

Por otra parte, profesores como el P. Belinchón, hombre humildísimo, de mucha virtud y de suma sinceridad científica, iban poniendo delante de los ojos de sus alumnos el panorama mundial en las clases de Etica, desde las primeros movimientos de Carlos Marx y Engels, hasta las barbaridades postreras a que en aquellos días se iban lanzando las minorías revolucionarias, conocidas bajo el epígrafe de bolcheviques. Todos los jueves, como ya dijimos, se ponían a disposición de los filósofos en su biblioteca, las revistas de mayor circulación, especialmente de España, algunas de Bélgica o Francia y números interesantes de las de Austria y Alemania traducidos al español. Los mismos epistolarios familiares llegaban "oliendo a pólvora" como suelen decir. Se creía que después de la guerra y nacida de ésta, aparecería una nueva humanidad que iba a necesitar nuevas formas de apostolado; y que sería necesario romper los moldes antiguos y aun rebelarse contra todo lo tradicional.

¿Cuál fue la posición del H. Pro en aquellos días? Por testimonio de sus compañeros consta que nunca tuvo ninguna palabra que pudiera herir a unos o a otros. Multiplicó sus visitas a Jesús sacramentado y trazó sus planes. Pediría a sus Superiores permiso para sumirse en las minas y llevar a los obreros el mensaje de León XIII. Tal vez por este camino podría alcanzar el martirio, que fue desde su noviciado una de sus más profundas aspiraciones. Comenzaba entonces a hablarse en gran escala de sindicatos, mutualidades, bolsas de trabajo; y lentamente iban aflorando las

ideas del corporativismo. Y el H. Pro decía: "¡Los malos nos están ganando! ¡Será necesario que los buenos se organicen en extensión y en profundidad!". Y en otra ocasión: "Sin una legislación social, las obras católicas estarán siempre a merced de las acometidas de nuestros Gobiernos. Para una obra de sindicalización general de toda la República, como la planeaba el P. Alfredo Méndez Medina en la Dieta Social de Zamora, en 1913, es del todo indispensable promover una legislación social. Pero temo que serán los malos los que la impondrán, porque los católicos siempre llegamos tarde". Alguna vez fue más explícito. Soñaba con una falange de muchachos lanzados por Cristo no sólo a la renovación espiritual de México, sino a una organización de conjunto. Y decía que tales muchachos iban a necesitar guías apropiados, preparados, sin miedo. ¡Ante todo jefes y directores sin miedo! "El miedo, afirmaba, es la gran enfermedad del catolicismo mexicano; pero las generaciones jóvenes darán para todo". Él no se consideraba con capacidad para encauzar movimientos nacionales, pero ayudaría en la esfera en que los Superiores lo pusieran, con toda su alma; máxime si lo ponían entre su "gente de Pro", o sea obreros, barreteros, choferes, etc.

En 1918 llegó a Granada la primera Carta orientadora del trabajo de la Compañía de Jesús en el campo social, del P. General Wlodimiro Ledochowski. Fue una nueva luz para el H. Pro. Antes que nada esclarecer la mente y las ideas de patronos y obreros. Empujar a todos a las obras sociales, pero no tomar la dirección y responsabilidad económica, pues no llamó el Señor a los jesuitas a ese camino. ¿Soñó desde entonces el H. Pro con una futura visita de estudio a la *Action Populaire* de París? Documentalmente no consta, pero no parece inverosímil.

Al compás de las nuevas ideas, comenzó alguno que otro de los filósofos, aunque muy tímidamente y por lo bajo, a apuntar también la de ser necesario abandonar la filosofía aristotélica en diversos puntos. Comenzaba a disonar todo aquello de la materia y la forma y otras cosas semejantes. Acaeció por ese tiempo que, por primera vez en España, en los círculos científicos, sobre todo de Madrid, comenzara a extenderse la tendencia a explicar todo lo referente a la materia por la simple energía, derivando de ésta la constitución de todos los cuerpos. Juntamente llegaba una corriente de ascética, nacida en Alemania, que se basaba en sólo el sentimiento o mejor dicho sentimentalismo religioso; y otra que no quería admitir más objetividad ascética que la que naciera del amor, suprimiendo toda coerción debida a la penitencia, sobre todo corporal. No faltaron entonces algunos compañeros que apuntaran la posibilidad de una ascética sin reglamentaciones, pues comenzaban a sonarles a antiguallas los métodos tradicionalistas de formación espiritual. Querían mayor anchura de corazón, amplitud de espíritu, flexibilidad en la acción.

También entre este sordo barullo supo conservarse el H. Pro en completa independencia por su apego a las Reglas y a los consejos bebidos en la dirección espiritual de sus dos PP. Maestros. Le parecía una traición abandonarlos. También lo ayudó mucho la fidelidad a sus Superiores y la necesidad de una espiritualidad profunda para poder hacer bien a las almas. Su Rector, el P. Valentín María Sánchez, dijo de él: "El Señor tenía elegido al H. Pro para mártir de Cristo Rey, y lo llevó como de la mano por tantas enfermedades y tribulaciones y por la heroica labor de su breve apostolado... Creía yo, pobre de mí, que había entre sus compañeros, religiosos de más espíritu. No estaba dotado de talento especial para la especulación filosófica... En

cambio le había concedido el Señor gran talento para tratar con los prójimos... ¿Sus virtudes? Yo era su rector, y en su alma, que él me mostraba sin reservas, descubría su admirable paciencia en medio de las contrariedades".

En lo referente a partidarismos respecto de las naciones en guerra, fue notable su dominio perfecto. A través de la prensa, la radio-mensaje inalámbrica, las conversaciones, se podían advertir muy fácilmente las oleadas de propaganda. En las conversaciones se veía cómo la opinión más general en España se inclinaba en favor de los alemanes. Obedecía esto entre los filósofos a dos motivos. Uno, que a partir de la mitad del siglo XIX, la corriente de comprensión mutua entre España y Alemania se había ido intensificando, en especial porque la ciencia y la erudición alemanas tenían mucha cabida en España, y había habido en esos años mucho intercambio de estudiantes españoles, jesuitas desde luego, que iban a especializarse en Alemania y volvían admirados y encariñados con aquel país. Otra razón era, sin duda, los mutuos resquemores entre España y Francia, que suele brotar espontáneamente entre vecinos. Ponía también su peso en la balanza el hecho de la magnífica organización demostrada por Alemania y el que al principio obtuviera notables victorias.

Había en la comunidad algunos Hermanos italianos, otros educados en Bélgica o que por haber hecho sus estudios en universidades francesas, amaban a Francia. No era, pues, remoto el peligro de herir la caridad fraterna. El H. Pro mantuvo un término medio lleno de caridad para con unos y otros. Lamentaba los sufrimientos de todos y los encomendaba a Dios. Nunca se le oyó, según sus compañeros, ninguna exclamación o frase hiriente. Alguna vez que se le tocó directamente el tema de la guerra y la

pericia que mostraban los alemanes, respondió: "¡Pobres gentes! ¡cómo están sufriendo! Los alemanes han demostrado gran talento y disciplina, pero los soldados franceses son de un valor a toda prueba. Roguemos a Dios que ya termine este castigo de la guerra".

Para un alma naturalmente artista, como era la del H. Pro, la Vega de Granada era un campo excelente para subir por medio de la contemplación de las criaturas a Dios. La amplitud del paisaje sembrado de pueblos y cortijos y cercado de montes ya lejanos ya próximos, revestía, sobre todo en las tardes, una solemne majestad que parecía hacerlo tangible. De un lado recortaba el horizonte la no muy esbelta Sierra Elvira, montaña hecha de mármoles. De otro, se veían los montes más altos y boscosos de Biznar. Por otro, los elevados picos del Mulhacén y el Veleta que coronaban la Sierra Nevada. Por otro finalmente, las montes que ocultaban a lo lejos la vista del Mediterráneo. Y en el intermedio, cada casa andaluza coronada de macetas con flores y albahaca, cada sembrado, cada jardín plantado de árboles frutales y entreverado de mil clases de rostas, era una gracia de Dios. Los trigales esparcidos de amapolas (sangre y oro), las arboledas, los olivares, las plantaciones de higueras, las suaves corrientes del Darro y el Genil que iban juntos a besar los muros de la histórica Santa Fe, la de los Reyes Católicos, la del campamento antiguo en donde fue a terminarse la gigante empresa de la reconquista española, la de las grandes hazañas del insigne Fernán Pérez del Pulgar y Garcilaso de la Vega; en una palabra, todo levantaba ahí el alma al cariño y a la contemplación de las cosas del cielo.

Y todo lo veía y lo captaba y lo vivía y lo saboreaba, con su silencio acostumbrado para los fenómenos internos del espíritu,

aquel gran corazón de artista. Sólo alguna que otra vez se le escapaban frases como la clásica suya: "¡Qué cosas tan bellas ha hecho mi Padre Dios!" y alguna otra vez: "¡No cabe duda que estas tierras dichosas tienen la bendición de Dios y de la Virgen!" Y todavía: "¡Ha sido para nosotros una gracia venir a conocer las tierras de donde nos llegaron todas las cosas buenas que tenemos!" Con frecuencia, cuando iba de paseo y no bromeaba, parecía como abstraído. Pero su mirada no se recogía hacia el interior, sino que vagaba por los sitios cercanos o por los lejanos horizontes, como con una pregunta cuya respuesta esperaba. Y casi sin transición, al menos aparente, pasaba de pronto al trato llano, familiar, alegre y optimista.

Otra cosa que le encantaba era el carácter y trato con la gente andaluza. Le parecía encontrar mucho del carácter mejicano en aquella raza sencilla, bromista, exagerada en sus expresiones llenas de colorido. Cuando trataba con los andaluces en los catecismos, lo hacía con la misma confianza y dominio que cuando en Concepción del Oro bromeaba con la gente. Sin duda aquí estaba el secreto de la mutua inteligencia y del cariño con que los poblados de la Vega de Granada correspondieron a su Catequista: eran sicologías hermanas que corrían por los mismos cauces.

De modo particular se deleitaba escuchando los cantares acompañados de la guitarra o sin ella. Cada año, cuando llegaba el tiempo de la cosecha de la aceituna, acudían a la huerta del Colegio algunos andaluces para el trabajo. Y entre ellos los había que semejaban jilgueros; cantaban desde que llegaban hasta que se iban. Y eran de oír los gorjeos, las variaciones infinitas y delicadas en cada una de las canciones. Una noche de luna clara, al volver retardados de un paseo largo, bajaron por el barrio del

Albaicín; y en la plazoleta de la iglesia encontraron un grupo de niñas que cantaban y cantaban sin cansarse y sin cansar. De pronto formaron dos filas y comenzaron a cantar algo que al H. Pro le llegó al alma. Era la canción que los mexicanos conocían desde la infancia, cuyo estribillo era "matarile, matarile, matarile, rile rol". Y las dos filas iban y venían retirándose y encontrándose, lo mismísimo que en México.

Otras veces era la conversación animada debajo de los árboles de los jardines de la Alhambra y su bosque, o bien el charlar delicioso de los *ciceroni* que mostraban, explicaban e historiaban aquellas filigranas en mármol del arte árabe en el Patio de los Leones o en el Generalife, sitios de recuerdos *moriscos andaluzados*, si vale la expresión. Un día estando en Lanjarón, salieron de día de campo hacia Cerro Caballo. Dominaron los bellísimos castañares de la falda y fueron a correr bastante más arriba, al aire fresco de la altura, mientras abajo la tierra se quemaba con los calores de agosto. Al regresar por la tarde, tomaron por la cuenca del torrente que baja del glaciar. Cuando de nuevo se internaron en los castañares, sin abandonar la cuenca, descansaron un poco a la vera de aquella cinta de plata frigidísima que corría a sus pies, porque se habían sentado en una de las rocas orilleras. En eso, de la puerta de un cortijo salió un pequeño andaluz de unos siete años. Vestía marinerita azul con boina y una cinta flotante. Era agraciado. Trabaron conversación. "¿Cómo te llamas?" "Juan". "¿Hiciste ya tu primera comunión?" "¡Todavía no!" "¿Pero ya sabes rezar?" "Estoy aprendiendo". "¿Y las preguntas del catecismo?" "Esas ya me las sé". "¿De veras? ¡A ver! ¿dónde está Dios?" "En el cielo y en la tierra y en todo lugar". "¿Dices que en todo lugar?" "¡Sí!" "¿También en el bolsillo de tu marinera?" Y el niño sin titubear contestó: "¡Sí!" "Bueno, si es verdad que está ahí,

mete la mano y sácalo!" El andalucito metió la mano, y sin sacarla se quedó mirándolo. "¡Sácalo!", le instaba. Entonces con una sonrisa de angelito pillo, respondió: "¡Sí está pero no lo puedo agarrar!" Cuántos hombres que hasta se dicen sabios niegan la existencia de Dios sólo porque no lo pueden agarrar, como si la naturaleza de Dios fuera *agarrable* con manos humanas.

Al fin del tercer curso de filosofía, era costumbre que los "tercerines" visitaran lo más notable de la ciudad de Granada, antes de salir para su magisterio. El H. Pro hizo esa visita juntamente con su grupo y se llenó del ambienté de grandeza y santidad que por todas partes respiraba, como lo comentaban después sus compañeros. A la salida misma del Colegio visitó la antigua Cartuja, a la que había pertenecido todo el terreno del Colegio, tras de haber sido propiedad de un alto personaje morisco, cuyo recuerdo quedaba aún en un pequeño lago que había en la parte superior de la huerta, denominado en árabe "El Lago de las Lágrimas". Decía la tradición que ahí se retiraba el moro para sus largas meditaciones. Ahí admiró el H. Miguel preciosidades nunca vistas en su tierra patria. Ahí estaba en el altar la bellísima estatuita de San Bruno, tan perfecta que de ella decían los andaluces que sólo no hablaba porque la regla se lo prohibía. Ahí vio las cómodas de la Sacristía y la sillería del coro, fabricadas de ébano y adornadas con hilillos de plata que corrían en vistosas filigranas para engarzar hojitas de concha nácar y formar guirnaldas elegantes. Ahí, en el fondo del refectorio de los antiguos Padres Cartujos, vio la cruz pintada tan al natural que varias veces los pajarillos que se colaban por las ventanas, intentaron posarse en sus brazos y le dejaron los raspones de sus uñas. Ahí contempló el ostensorio o templete fabricado de una sola roca de mármol, llevada desde Sierra Elvira, cuya altura era de unos dos metros.

Ahí, en fin, examinó riquezas y preciosidades magníficas que la devoción de los abuelos supo acumular en ofrenda generosa al Dios de cielos y tierra. Muchas otras ya no estaban ahí, porque manos sacrílegas, que tomaron lo de Dios como bienes nacionales, las habían sustraído, destrozado, dilapidado, llevado hasta Francia.

Luego, en la ciudad contempló la tienda en donde San Juan de Dios había vendido libros, antes de su conversión; y; el hospital en que el santo anduvo durante media hora entre las llamas de un incendio, sacando a los enfermos en sus hombros. Y los sitios santificados por el apóstol de Andalucía, el Beato Avila, ahora ya Santo canonizado. La ciudad toda y sus alrededores respiraban santidad y heroísmo. Ahí se convirtió a Dios definitivamente y prometió "no servir en adelante a Señor que se le pudiera morir" aquel santo duque de Gandía, San Francisco de Borja, delante del cadáver de la emperatriz, desfigurado y putrefacto. Ahí estaba el sepulcro de aquel excelentísimo hombre a quien la historia ha honrado con el título de "El Gran Capitán", Gonzalo de Córdova, el que con sola su serenidad y presencia de ánimo sabía calmar las impaciencias y amenazas de sus soldados, quejosos de no recibir sus salarios.

¡Cómo gozaba y hacía gozar el H. Pro cuando en recreo se ponía a imitar a un Sr. Bonilla, quien un día, en el recinto del no acabado palacio de su Majestad don Carlos V, a donde habíamos acudido para una celebración del tercer centenario de la muerte del Eximio Doctor Francisco Suárez, nos espetó un discurso que ni los más cercanos pudieron oírle! Lo imitaba el H. Miguel con un tino tal que no solamente los ademanes resultaban caricaturescamente idénticos, sino hasta las arrugas que al Sr. Bonilla, mientras hablaba, se le formaban en la nuca. Cómo gozaba también con los

dislates, aseveraciones y exageraciones de los *ciceroni* que a todo visitante rodeaban, empeñados en explicarle cuanto había de famoso en los monumentos. Tenían ellos sus discursitos ya aprendidos; y valían mucho más, algunos de éstos, por lo pintoresco que por lo erudito. Por ejemplo, al visitar la tumba de los Reyes Católicos, el cicerone explicaba muy serio el porqué de las estatuas yacentes que estaban sobre un catafalco, hecho él y ellas todas en mármol blanco con mil filigranas y calados, la una, que era la del rey Fernando, reposaba sobre su almohadilla pétrea con toda naturalidad, en tanto que la otra, que era de la reina Isabel de Castilla, había hundido con su cabeza casi la mitad de la almohadilla. Decía muy serio el cicerone: "¿Ve usted, hombre? ¡Pues no se extrañe! ¡Es que la reina tenía mucho más caletre que don Fernando de Aragón!".

El día en que visitó las *Escuelas del Ave María*, llamadas así por el saludo que sus alumnos usaban —obra del Canónigo don Andrés Manjón, doblemente ilustre—, volvió entusiasmado. ¡Aquello sí era formar! Que no es llenar las cabecitas de los niños con un montón de asignaturas, incongruentes incluso para la edad en que se les obliga a aprenderlas, sino llenarles el alma y el corazón de los más sanos y grandes principios para el bien vivir. Y soñaba el H. Pro con la aplicación de aquellos métodos al obrerismo mexicano. En las pequeñas catacumbas del Sacro Monte, visitó los restos de aquellos héroes cuyas cenizas quedaban aún ahí, y nuevamente se inflamaba en ansias del martirio. Iba con un especial recogimiento, según contaron sus compañeros. Y luego aquel humilde río que recibió de los antiguos el nombre de el "divino Genil"; río por el ojo de cuyo puente había penetrado hasta el corazón de la morisma el inconmensurable Fernán Pérez del Pulgar con sólo su escudero, y había clavado en

las conchas de arambel de la dorada mezquita el letrero del Ave María y solamente no había incendiado el arsenal de los musulmanes porque el escudero se descuidó en llevarle la tea; y cuando Pulgar a gritos la requirió, se despertó la morisma y a uña de caballo salieron a salvo caballero y escudero por donde habían entrado. Hazaña que dio luego lugar al desafío del moro Tarfe a todo el campamento de Santa Fe; y al que, sin permiso de su rey, contestó gallardamente Garcilaso de la Vega. ¡Impresiones magníficas que a cada paso se le renovaban en aquellas tierras de historia y de leyenda! Cuando iba de vacaciones a Lanjarón, camino de El Puerto, pasaba, al ir y volver, por la última loma desde la qué se divisa la ciudad de Granada. Era el punto denominado "El Suspiro del Moro", en donde una reina, de ánimo mucho más varonil que Boabdil, su hijo, había lanzado al rostro de éste, como candente lava africana, la frase legendaria: "¡Llora como mujer el reino que no supiste defender como hombre!" Esta frase le parecía al H. Pro hecha para los tiempos actuales, y muy aplicable a una inmensa cantidad de católicos, sentados a llorar los males de la patria y de la religión, en lugar de salir reciamente a la defensa de sus más inalienables derechos.

Debajo del tupido manto de sus bromas, el alma del H. Pro pesaba y valoraba y saboreaba toda aquella grandeza y heroísmos; pero casi nunca dejaba entrever el fondo profundo de su pensamiento, salvo en algunos brevísimos relámpagos. Cierto día le dijo a uno de sus compañeros en confianza; "¡Caramba! ¡aquí todo es santo y grande! ¡En México no conocemos sino mezquitas y nopales y matazones de revolucionarios!" "Sí, le contestó el otro, pero en México y en toda la América Latina, a pesar de tantas barbaridades, se nota una marcha ascendente. Si no equivocan su camino llegarán a alturas que no desdecirán de la

Madre Patria; que al fin y al cabo, llevamos en las venas muchos de su misma sangre". El H. Miguel le contestó: "¿Pero, de veras no lo equivocarán? ¿No les impedirán su adelanto espiritual los Gobiernos impíos?... En fin: a los gobiernos y a los pueblos apóstatas con frecuencia Dios los castiga con misericordia". Y tras un momento de silencio, añadió: "Yo tengo plena confianza en nuestra Madrecita de Guadalupe, con tal de que nosotros trabajemos a lo hombre y seamos leales a nuestro Instituto". Y como notara que al compañero le interesaba la confidencia, volvió de pronto a ser el Pro bromista, se arremangó violentamente las mangas de la sotana hasta los codos y levantando las manos exclamó: "¡Vénganse los revolucionarios! ¡Yo así me imagino a San Juan Berchmans, con un crucifijo en una mano y un revólver en la otra!" Y se alejó riendo, e imitaba en la risa a un bobo.

La realidad era que las grandezas del suelo andaluz lo habían conmovido, pero nada dejaba entrever. Un caso concreto. Es increíble, dicen sus compañeros, la forma en que lo impresionaban las noches estrelladas, cuando en el azul hondísimo del cielo andaluz buscaba con el ecuatorial del observatorio del Colegio, los astros, los planetas, la luna. Sentía un verdadero estremecimiento, como al contacto de algo sobrenatural, como ante la presencia de Dios. Y sin embargo, cuando años después irá por vez primera a la cárcel, en diciembre de 1926, hará una alusión a aquellas preciosas noches granadinas, pasadas junto al ocular del ecuatorial, pero no dejará caer ni el menor comentario que haga ver lo que en su interior experimentaba: "Yo, dice, que en el observatorio de Granada me pasaba las horas muertas tomando la

altura de las estrellas, y rabiaba porque no caminaban más aprisa, tuve que rabiar esa noche porque iban demasiado despacio".[58]

Así terminó la estancia del H. Miguel en el Colegio de Granada de España, para ir a Magisterio a otra Granada, en la República de Nicaragua. Podía decirle su Padre Dios, por entonces, lo que cuentan dijo el Niño Jesús a San Juan de Dios: "¡Granada será tu cruz!" Últimos toques en Letras, Filosofía y Ciencias, según su capacidad: apostolado fervoroso y optimista en los catecismos; lecciones y ejemplos de heroísmo y santidad: tal era el acervo nuevo que en su formación llevaba al salir de aquel Colegio.

Y todo esto aprovechado entre graves tribulaciones: enfermedades corporales, penas interiores, dificultades en los estudios, caracteres a veces discordantes del suyo. Pero quizá la más grave cruz haya sido la que ya desde su Noviciado lo iba acompañando: la de los combates para defender su pureza. La llevó con una humildad y una decisión llenas de energía. El testimonio de su P. Rector en este punto es decisivo. Se publicó en la primera edición francesa de *Vida Intima*, escrita por el P. Dragón, S. J. Pero al traducirla al castellano, se omitió por prudencia. En la segunda edición castellana de la versión, apareció ya: "Tenía, dice su antiguo Rector, con frecuencia que sostener luchas contra el demonio para proteger la virtud de la pureza. Pero ponía en ellas una admirable fortaleza que triunfaba siempre".

Años después, en el aposento que había ocupado siendo filósofo se colocó una fotografía suya con una inscripción que lo recordaba. Estuvo ahí hasta que en 1931 los rojos saquearon el Colegio y la destrozaron y profanaron.

---

[58] Vida intima, págs. 207-208.

Capítulo VII

JUNTO AL LAGO DE GRANADA, NICARAGUA

1920-1922

Terminó su Filosofía el H. Miguel por el 21 de junio de 1920, cuando ya la Provincia de Toledo se había dividido en dos: la Toledana y la Bética. Era el momento de salir de las casas de formación para hacer la prueba del magisterio. Hasta entonces los Hermanos mexicanos que habían terminado su filosofía entre 1915 y 1918, salvo una excepción, se habían visto obligados por las circunstancias de la Provincia Mexicana a permanecer para su prueba en España. Estas ahora se habían modificado. De todas maneras normalmente, dentro de lo anormal, el H. Pro debía haber quedado en España. Pero había ya otros datos que tener en cuenta.

Al hacerse imposibles los ministerios espirituales, en la República Mexicana, a causa del desbordamiento antirreligioso carrancista, el Arzobispo de San Salvador, en la República de El Salvador, C. A., don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, por su mucha caridad y el cariño que había conservado a los Jesuitas desde su estancia en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, suplicó al P. Renaud que le enviara algunos padre, para ayudar en el trabajo apostólico de su Arquidiócesis. Como toda Centroamérica estaba señalada para campo de operaciones de la Provincia de Castilla, de España, pero ésta por el momento no podía enviar operarios, ocupada, como estaba, ampliamente en las misiones de China, convinieron los dos Provinciales en un arreglo provisional, para

mientras durara la persecución en México. La Provincia mexicana enviaría operarios a Centroamérica; pero al terminarse la revolución religiosa, si ya la Provincia de Castilla podía enviar los suyos, los mexicanos regresarían a su patria.

Tampoco en la República de El Salvador eran fáciles las circunstancias. El ambiente liberal se había ido acentuando cada vez más, desde el tiempo de la presidencia de los dos generales Barrios en Guatemala y El Salvador. Pero bajo el amparo del Ilmo. Sr. Arzobispo, pudieron ingresar al país los padres mexicanos, cuyo jefe fue el P. Manuel Díaz. Rayón. Con prudencia exquisita fue el Prelado poniendo toda su influencia, que era grande, ante los Supremos Poderes en favor de los Jesuitas. Comenzó por albergarlos en su propio Palacio Arzobispal; logró que se los tolerara; finalmente les entregó la dirección disciplinar, espiritual y literaria de su Seminario. Poco después incluso se pudo abrir una Residencia en Santa Tecla o Nuevo San Salvador, a unos doce kilómetros de la capital.

En ese intervalo llegaron a las playas salvadoreñas otros Jesuitas, pero no se les permitió desembarcar. Los primeros habían llegado por tierra, por el lado de Guatemala. Hubieron, pues, de continuar su viaje, hasta el puerto de Corinto, en la República de Nicaragua. Había en este otro país muchos antiguos alumnos del colegio jesuítico de Guatemala, que hubo de clausurarse cuando la persecución de Justo Refino Barrios en El Salvador. Conservaban muy gratos recuerdos de sus profesores, y recibieron amablemente a los jesuitas. Con esto se pudo abrir una residencia para ejercitar los ministerios espirituales en la ciudad de Managua. En 1915 visitó aquellas regiones el P. Camilo Crivelli, por mandato del P. Renaud,

con el objeto de examinar la situación y orientar el conjunto de trabajos.

Entre tanto, se había abierto otra Residencia en Granada, Nicaragua, a las orillas del lago del mismo nombre. El P. Camilo Crivelli fue luego nombrado Superior. Y como había siempre mirado los colegios como el medio mejor para formar familias que fueran excelentemente cristianas, abrió en seguida unas clases en la barriada de Jalteva. Toda la gente de la población, lo mismo que las autoridades, lo estimaban mucho. Comenzó así el Colegio que tuvo por título, a moción del Hermano jesuita Francisco Zambrano, "Colegio Centro América del Sagrado Corazón", en unos tejavanes, con infinitas molestias. Soñaba el P. Crivelli con un gran colegio en el que pudieran recibirse internos de todo Centroamérica y semi-internos y externos de la ciudad de Granada. Por esto no descansó hasta conseguir un buen terreno a la orilla del Lago de Granada, a cinco minutos de la ciudad si se iba en coche de caballos. La razón de que se fijara en la ciudad de Granada y no en Managua, capital de la República, para su gran colegio, fue que andaba entonces muy valida la idea de la construcción del Canal de Nicaragua que había de unir los dos mares, Atlántico y Pacífico. Ese canal, de cuya construcción incluso aseguraban las noticias estar ya muy próxima a comenzarse, aprovecharía el caudaloso río San Juan, que sale del lago y va hasta el Atlántico. Así los trabajos del canal quedarían reducidos a comunicar el lago de Granada con el mar Pacífico: distancia relativamente pequeña, como puede apreciarse en un mapa.

Se hablaba entonces de que la ciudad de Granada tomaría un auge enorme, y andando el tiempo podrían los Supremos Poderes de la nación trasladarse a ella desde Managua. Más tarde se supo

que todo aquello había sido un movimiento político de los Estados Unidos, que compraron al país el derecho de construcción del canal, temerosos de que alguna otra potencia les ganara el derecho y le hiciera competencia al de Panamá. Así se contaban las cosas. Los Estados Unidos al fin nada construyeron, pues no era esa su intención. Obtenido el terreno para el colegio vino la dificultad de construir. Como en toda América la zona del Pacífico ha sido siempre castigada con frecuencia por terremotos, el material de construcción hubo de ser de madera; porque el cemento y el hierro, dadas las circunstancias económicas de los Padres y de las personas que podían ayudar, era simplemente un sueño en aquellos años. Trazó el P. Crivelli planos grandiosos. Tanto que alguno de los políticos, amigo suyo, que visitó la incipiente construcción, le dijo: "Andando los años pasarán por aquí los turistas, y al ver la obra no terminada y en ruinas dirán: por aquí pasó un loco".

Mucho ayudaron para la construcción las familias de Granada y de Managua. Entre ellos el propio General don Emiliano Chamarro, quien personalmente visitaba cada día las obras. Sin embargo, a pesar de las enormes energías del P. Crivelli y sus colaboradores, la obra avanzaba lentamente. De manera que cuando llegó allá el H. Pro para su magisterio, se encontró con que faltaba toda clase de comodidades. No se había puesto aún el enladrillado, y las clases y oficinas tenían piso de tierra suelta. Las vigas y triángulos de madera y las trabazones de los techos estaban al descubierto. La maleza tropical llegaba hasta las paredes mismas, por fuera; de manera que por ellas subían gran cantidad de alimañas grandes y pequeñas. Algunas veces eran alacranes de tamaño aterrador, que incluso llegaban a caer sobre la mesa del profesor, mientras éste explicaba las lecciones. Otras

eran también víboras harto crecidas que se retorcían por entre las vigas y trabazones no cubiertas, en busca de ratas. Y así de otras bestezuelas. Por otra parte, en ciertas temporadas se precipitaban desde el lago sobre las riberas, empujadas por los vientos, nubes espesas de mosquitos diminutos, llamados *chayules*, que inundaban dormitorios, comedores, capilla y aposentos; hasta el punto de que al celebrar la Santa Misa, tenía el sacerdote que cubrir con la mano la boca del cáliz, cada vez que le quitaba la palia. De vez en cuando le apagaban las velas. Tenían fuerte olor a pescado, muy repugnante. El calor era intenso.

No enumeraremos las otras plagas y molestias. Por lo demás, el sitio escogido tenía bellísimos panoramas. El lago se tendía al oriente, y la vista se espaciaba sobre él, hasta donde el agua se confundía con la línea del horizonte. Los amaneceres eran algo soñado. Enfrente quedaba el volcán Ometepe, asentado en una isla de su mismo nombre. Había además otra cantidad de islas cubiertas de vegetación, mangales y caoba. Por el lado poniente, se extendía la selva tropical. A ese lado quedaban los patios de juegos. Al principio la primera distribución que tenían los alumnos era el baño en el lago. Luego se notó la existencia de lagartos enormes en éste y se construyó una barrera con empalizadas dentro del agua. Las tempestades y el oleaje acabaron por terminar con la empalizada, por lo que al fin se determinó, y de hecho se construyó una bonita piscina al lado poniente, junto a los campos de juego. Modernamente se ha ido sustituyendo todo el material de construcción con el sistema mixto, con muy grandes sacrificios[59].

[59] Esta reconstrucción a sistema mixto la emprendieron los Padres de la Provincia de Castilla, una vez que, en 1938, recibieron de nuevo, de manos de los Padres mexicanos, aquellas regiones. La Misión pasó a ser Viceprovincia y el primer Viceprovincial fue el P. Bernardo Ponsol.

Tal era el sitio que Dios señaló al H. Miguel, para su prueba del magisterio. Allí, según algunos de sus biógrafos, y según los datos que se han podido recoger, pasó los años más duros de su vida. Cuando alguna vez se le preguntaba sobre esa temporada, respondía: "Fueron años algo duros". No es necesario ponderar las impresiones del novel maestro una vez instalado en su aposento. Desde la Sultana morisca ensoñadora de las orillas del Mediterráneo, saliendo al Atlántico, por Cuba y Panamá, en poco menos de un mes había sido trasplantado a los bosques tropicales y al calor asfixiante de aquellas regiones. En especial le molestaba el calor que lo hacia sudar con su humedad día y noche.

Se le encomendaron las clases de los más pequeños, precisamente, y la vigilancia de los externos y semi-internos. Coches de caballos hacían el servicio de llevar dos y cuatro veces al día a los externos y semi-internos a la ciudad. Pero en la, horas que ellos pasaban en el colegio, la carga gravitaba sobre los hombros del pobre Maestro, que nunca había estado en colegios, más que unos meses en aquel famoso de San José, cuando tenía 10 años, y una pequeña temporadita en el colegio Acuña, cuando tenía 11. Delante de la fachada del nuevo colegio, se había erigido una estatua del Sagrado Corazón, Patrono del Establecimiento. Era este un consuelo para el H. Pro, cuya devoción al Corazón Divino fue una de las predilectas suyas. A él le consagró todos sus esfuerzos y todos sus sufrimientos.

A la una de la tarde en pleno sol, se le encontraba diariamente jugando y saltando con los niños para distraer sobre todo a los que

---

Posteriormente el Colegio se trasladó a Managua, Capital de la República. La mayor parte de los datos de este capítulo, están tomados de conversaciones con los compañeros de Magisterio del P. Pro: Adolfo Pulido, José de Jesús Martínez Aguirre, etc.

notaba tristes o que sufrían por la separación de la familia. Si veía que alguno de sus compañeros de magisterio andaba recargado de trabajo, aunque él mismo estuviera atareado, se ofrecía para ayudarle y aun remplazarlo. Y esto aun en medio de dolores de estómago que no lo dejaban un momento. Veces hubo y no raras, en que tuvo que irse por algunos minutos a su aposento a revolcarse en el lecho por la fuerza de esos dolores. Pero volvía en seguida, apenas un poco calmados, a su puesto, con la misma alegría, con la misma abundancia y frescura de ocurrencias. Parecía dotado de un instinto especial para darse cuenta de la situación sicológica de los demás, y de una fina delicadeza, cuando las cosas iban en serio, para ayudar sin herir. Sus compañeros de magisterio recordaron por mucho tiempo muchos rasgos conmovedores.

Hay que convenir, a pesar de todo, en que el H. Pro no era el hombre para los colegios. Su campo de apostolado era el de los obreros, campesinos, mineros, y gente huérfana de Dios. Siguiendo esa vocación irresistible, una vez terminadas las labores del día, se dedicaba durante una hora a dar clases a los criados. Y lo hizo con tan grande cariño y abnegación, dentro del ambiente de ellos, que aquellas almas nobles nunca lo olvidaron. Lo consideraban como su apóstol. Les enseñaba lectura, escritura y cuentas. Cuando los periódicos dieron la noticia de su martirio, lo mismo que en los catecismos de la vega Granadina, los pobres del Colegio de Nicaragua lo recordaron con cariño. Uno de los antiguos criados, que por entonces vivía en Costa Rica, se apresuró a enviar al P. Renaud, antiguo Provincial del H. Miguel, una carta en que le expresaba su pena por la muerte de su querido maestro, "porque no podía olvidar la mucha caridad del P. Pro hacia él y sus compañeros".

Esa misma vocación lo llevó a añadir a sus trabajos el de enseñar el catecismo en la iglesia del barrio de Jalteva. Allá se iba los Domingos, y aprovechaba la oportunidad de reunir a los niños y pobres y explicarles las verdades sencillas contenidas en el Ripalda. Procuraba hacerlos profundamente piadosos, y para animados a la asistencia echaba mano de mil industrias, aleccionado ya con los catecismos de Granada en Andalucía. Fue el mismo excelente catequista, aunque con mayores dificultades a causa del clima.

Su segundo año de magisterio fue más duro aún que el primero. Se le confió la vigilancia de los internos mayores. Esto, de paso, significaba la alta estima que de su virtud se había concebido: pero, en cambio, le doblaba el trabajo y los sufrimientos. Ahora no fue ya solamente de día cuando hubo que estar firme en el puesto, sino también durante la noche. Tenía que dormir en una camarilla formada dentro del mismo salón que ocupaban los muchachos. Muchas noches era preciso levantarse, ya para atender a algún enfermo, ya por el cuidado de que sus vigilados no hicieran juegos y payasadas que impidieran el sueño de los demás, ya por el deseo de consolar a los que durante el día había notado llorosos y tristes, tanto por la añoranza de la libertad cohibida a causa del internado, como por el peso de las necesarias sanciones del Colegio. Solamente quienes hayan tenido que trabajar en un internado y en tierras de calor, podrán comprender todo lo que significaba el trabajo del H. Pro.

Para colmo de dificultades, los pequeños internos no dispusieron por varios años de otro dormitorio que el de los mayores; lo que suponía al H. Pro una vigilancia continua y molestísima, pero que había que llevar al mismo tiempo con la mayor naturalidad y

sin dar a ninguno muestra de desconfianza. Por otra parte, cuando las tempestades de rayos, tan frecuentes y largas en aquellas zonas, metidas ya muy adentro del trópico, descargaban con su particular estruendo, los chiquitines corrían a defenderse del miedo a los rayos rodeando al Padre vigilante. Entonces el H. Miguel los atendía con todo cariño, a pesar de encontrarse rendido de fatiga y de sufrimientos físicos y morales. Y todavía le sobraba abnegación para entretenerlos con chistes y bromas, según la edad de ellos. Y no pocas veces tuvo que andar personalmente moviendo las camas sobre las que con demasiada frecuencia, caían goterones de agua en aquel edificio a medio acabar.

¿De dónde sacaba el H. Pro, tan destrozado en todos sentidos, aquel inmenso caudal de energías? Porque además, durante muchos meses se ofreció a madrugar y levantarse antes que la Comunidad para sustituir en su oficio al H. campanero despertador, que había caído enfermo. Y luego, durante el día, hasta en los menores ratos nada desperdiciaba de tiempo para ayudar a otros en su oficio, particularmente a los HH. Coadjutores. ¡Y lo hacía con tan buena gracia, que cualquiera pensara no haber mayor gozo para él! Más aún: por varios meses echó sobre sus hombros la empresa de colaborar con el ocupadísimo P. José O. Rossi, Director de *El Mensajero del Corazón de Jesús en Centro América*, con diversos artículos semi-humorísticos de apostolado, que gustaron mucho a sus lectores. Respetando lo que otros puedan pensar, nos persuadimos de que ya entonces, como se verá aún más manifiestamente durante su breve apostolado en México, lo sostenía una gracia extraordinaria de Dios que ayudaba a la naturaleza, quebrantada y deshecha, en trabajos y penalidades, que naturalmente no era posible soportar. Había ahí una acción

directa de sostén que suplía y corroboraba sobrenatural y extraordinariamente las fuerzas agotadas del hombre.

Los testimonios de sus compañeros de magisterio completan el cuadro de aquel voluntario martirio. El H. Adolfo Pulido certifica que el H. Pro, aparte de tan graves trabajos y padecimientos, hubo de cargar con "ingratitudes, falsas acusaciones, penas morales, contrariedades de todas clases; y sin embargo, en medio de los trabajos y padecimientos, conservó la misma alegría". Y añade: "En vacaciones, cuando nos veía agobiados por el trabajo y el calor, tomaba la guitarra y nos cantaba hermosas canciones populares mexicanas… Era, además, de conciencia muy delicada. Y, aunque esto parezca incompatible con su carácter, era a la vez decidido, cándido y dócil, como un niño. Sufría penas interiores y llevaba hasta el extremo la delicadeza de su caridad".

Otro testimonio lo dio su P. Espiritual, que era el P. Bernardo Portas. Fue este padre quien escribió la primera vida del P. Pro; y quien a su muerte, recogió gran cantidad de cartas suyas y lo biografió allá por el año 1931. Dice, pues, acerca del H. Migad: "El H. Pro tuvo que sufrir bastante, así por el carácter avieso de varios muchachos (los niños no estaban acostumbrados a la vida de disciplina y orden que exige un internado) como por otras razones; una de las cuales era que no todos entendían su modo de ser y llevaban a mal su constante alegría. Mas en él lo que parecía disipación me consta que no era sino esfuerzo por disimular sus penas, junto con un natural talento alentado y guasón de suyo". Como se ve, semejante testimonio coincide exactamente con el que dio su Rector del colegio de Granada de Andalucía: "Su jovialidad, decía aquel testimonio, no perjudicaba en nada a su

recogimiento interior".[60] Pero sin duda la prueba más dolorosa fue la calumnia que en materia delicada para un religioso se le levantó, a causa de sus mismos actos de caridad mal entendidos. Los Superiores, al tanto de todo, le aseguraron no haber fundamento para temor alguno, puesto que nada se había comprobado. Pero el ánimo del H. Pro no descansaba. Temía, según varias veces lo afirmó, que aun siendo falsa la acusación, impresionara a los superiores y que como último resultado se le negara el acceso a las Sagradas Ordenes. Consta todo esto por el testimonio del P. Bernardo Portas.

Fueron, por consiguiente, los años de su magisterio, los más difíciles y dolorosos de toda su carrera y quizá de toda su vida. A mitad del año 1922 recibió finalmente la orden de partir para el Colegio de Sarriá, junto a Barcelona, en España, para continuar su formación con los estudios de teología. Había de acompañarlo en el viaje el H. Rafael Ríos, aquel mismo en cuya casa estuvo escondido cuando la dispersión del Noviciado en 1914. Este vendría de la República de El Salvador y se le juntaría en el puerto de Corinto; y juntos recorrerían en un barco pequeño de la *Fruit Company* el litoral centroamericano del Pacífico hasta llegar a Balboa y Panamá. En Panamá esperarían un barco de la *Trasatlántica Española*, en donde podrían gozar de una notable rebaja en el precio del boleto de transporte. Y así lo hicieron y así terminó la vida de destierro del H. Miguel. Regresaba a Europa, mas ya no como desterrado de su patria, sino como muchos otros estudiantes que iban al viejo mundo para terminar sus estudios. En el pensamiento del P. Provincial iba a Europa el H, Miguel para una amplia preparación en el campo de la Sociología.

[60] Los testimonios que de esto daban sus compañeros de magisterio eran muchos y conmovedores.

Porque, en efecto, el P. Camilo Crivelli, Provincial de la provincia de México desde el año 1920, había apreciado perfectamente las magníficas cualidades del H. Pro para la obra social con los pobres. Y desde que lo conoció concibió el plan de dedicarlo a esa clase de estudios y obras. Pero, siguiendo una norma muy suya, nada le dijo. Solía dicho Padre repetir que a nuestros Hermanos estudiantes no les viene bien sacarlos de las casas de formación de su propia Provincia sino, una vez terminada a lo menos la filosofía, ya que antes se expone a un fracaso su espiritualidad y maduración religiosa. Siguió, en consecuencia, la táctica de no enviar para especializaciones a los jóvenes, sino ya terminado el estudio de la Moral, o sea después del segundo año de teología. Eran sus modos personales de ver.

Por lo que hace al plan del P. Crivelli, partía de las nuevas circunstancias políticas de México, las cuales tenían por fuerza que normar en adelante la forma de los trabajos apostólicos de la Provincia Mexicana. Lo que al principio fueron simples tanteos, más o menos acertados, del Presidente Madero, descartados luego por el dictador Huerta y empujados al fin, por pura política, por Carranza, finalmente habían tomado cuerpo en la nación: se asentaba ya el movimiento social de conjunto, con bases en la Constitución de 1917. Con esto, necesitaba la Provincia Mexicana preparar hombres capaces de contrarrestar el movimiento social comunista y enderezarlo a Jesucristo. Ya el P. Tomás Ipiña, Provincial de 1907 a 1913, con la amplia visión que lo caracterizaba, había comprendido esta necesidad; y a esto obedecieron las especialidades, v. gr. del P. Alfredo Méndez Medina y del P. Arnulfo Castro. Pero el P. Crivelli pensaba en un plan mucho más amplio, y se había fijado en el teologado de Enghien, en Bélgica, para realizarlo. Había que preparar todo un

bloque de hombres de ciencia social y experiencia, y fundar en México algo así como la *Action Populaire* de París, que orientara y dirigiera y empujara el movimiento social católico.

Nada de los planes del P. Crivelli sabía el H. Pro mientras cruzaba el Atlántico, profundamente impresionado por la calumniosa acusación y el temor de que se le negara el sacerdocio. Salió de Nicaragua el 28 de julio de 1922, como lo comunicaba a su hermano Humberto en una tarjeta que le escribió todavía en Granada, el 25 de ese mes. De Granada pasó al puerto de Corinto, en donde un gran amigo de los jesuitas, el Dr. Benjamín Castrillo, lo trató muy finamente. Ahí se reunió con el H. Ríos, y en el vaporcito *Perú* hicieron la travesía. El mar es tranquilo, excepto en el llamado Golfo de las Yeguas, porque las olas parece que andan respingando. Pero el H. Pro tenía una cabeza firme para el mareo y no sufrió sus consecuencias. En Panamá se hizo necesario esperar durante varios días el barco español. El calor era muy intenso, pero el H. Pro ni un instante perdió su carácter optimista y alegre. Se hospedaron en la residencia que tienen los Padres Jesuitas pegada a la Iglesia de San Francisco.

Al día siguiente, mientras platicaba con el H. Cocinero, que había echado por la ventana su anzuelo para pescar, pues la marea bate los muros mismos del edificio, se le ocurrió una idea. Puede ahorrarse tiempo y dinero en el viaje: reaparece en él el antiguo oficinista de Concepción del Oro. Sube a su aposento y lápiz en mano calcula pensiones, boletos de transporte, etc., y ¡eureka! Ha encontrado que pueden tomar un barco francés que los llevará al Havre y sale al día siguiente. Consulta a su compañero, y ambos convienen en el plan. Hay una dificultad. El P. Crivelli, como lo acostumbra, ha enviado al mismo tiempo que la

orden de traslado a España, el itinerario exacto y pormenorizado que deben seguir. Entonces el H. Pro, el futuro moralista práctico, resuelve el caso en sentido afirmativo; y, como no hay tiempo que perder, corre a las Oficinas de la Transatlántica Francesa y arregla todo. Pero, al salir para el puerto de Colón, en donde han de embarcarse, pone al P. Crivelli una rápida tarjetita, sin pormenores, de la determinación tomada.

El barco hizo escala en Curazao, posesión holandesa, en donde visitaron el convento de los PP. Dominicos. Estos, como suele decirse, se excedieron en atenciones, y regalaron a los dos viajantes una botella de legítimo curazao, cigarros y un frasco de medicina contra el mareo por lo que pudiera acontecer, pues había noticias de estar el mar muy movido. Desde ahí puso Miguel una tarjeta a su Hermano Humberto y continuó su viaje. Desembarcados en el Havre, siguieron luego hacia París, a donde llegaron el 7 de septiembre. Querían visitar siquiera algo de lo más notable de aquella ciudad, a la que el siglo XIX le acomodó el epíteto de "Ciudad Luz". Determinaron no permanecer ahí sino tres días; y naturalmente corrieron de un lado a otro. Se perdieron dos veces, de manera que apenas pudieron visitar la gran basílica de Monmartre, dedicada al Sagrado Corazón, el convento de las Auxiliadoras del Purgatorio, en la calle Antoinette, la torre Eiffel y alguna cosilla más. Una interesantísima se les escapó, la gran obra de irradiación social, la *Action Populaire*. Pero... ¡ya habría ocasión más adelante!

La noche antes de salir de París —ciudad que, de paso, no le pareció tal que correspondiera a las ponderaciones que había oído — escribió la tercera tarjeta a su hermano Humberto. Finalmente llegó a su destino, el teologado de Sarriá, el 12 de septiembre. Era

ahora necesario tomar de nuevo sobre sus hombros la cruz del clima. El estómago iba harto deshecho, y otra vez se le presentaban delante las comidas gruesas, guisadas con aceite; y otra vez los fríos del invierno, prácticamente sin calefacción. Pero estaba ya muy acostumbrado a los actos heroicos. En Sarriá le esperaba una carta del P. Crivelli con una seria advertencia por haber modificado sin permiso la ruta. El H. Pro no perdió la calma. Respondió en seguida con humildad, pero añadió a su carta un pequeño balance en que demostraba el ahorro hecho. A vuelta de correo el P. Crivelli! alabó su buen sentido práctico. Por lo cual el H. Pro, cuando luego contaba este incidente, solía añadir: "Ahora sí voy disparado para Ecónomo de la Provincia. ¿No ven cómo la salvé de una gravísima quiebra? Y además tuve la satisfacción de subir a la torre Eiffel y de escupir en París y en el Sena". Y se reía de sí mismo.

Tenía el teologado de Sarriá un apéndice o construcción adherida posteriormente al edificio, por el lado norte; y estaba expuesta al azote de los vientos invernales que llegaban de los Pirineos, por lo que era frigidísima y sin calefacción. Y era costumbre aposentar ahí a los teólogos que llegaban a primer año. Estos, conforme subían de curso, iban ocupando sitios mejores. Al Apéndice fue a dar el H. Miguel, pero nunca se quejó. A los pocos días, salió de paseo largo con uno de sus compañeros, teólogo de segundo año, y aprovechó un rato de intimidad para hacerle algunas consultas sobre cosas sucedidas durante el viaje de Nicaragua a España. Fue la primera sobre el espíritu de obediencia, a propósito del cambio de ruta en el itinerario. Aunque ya no le daba escrúpulo, pero quería ver con mayor claridad lo que hubiera sido más perfecto. La segunda se refería a la curación de un chino enfermo que viajaba en tercera categoría en el barco.

Fue el caso que a los pocos días de navegación se encontró con que un grupo de chinos viajaba para Francia. Recordó el H. Miguel sus relaciones con aquel famoso Lee de Saltillo y bajó a visitarlos. Les encantó que un *Padre blanco* se abajara hasta ellos. En esto enfermó uno de la colonia, y el grupo de chinos creyó lo más natural acudir al Padre blanco. El H. Miguel, dados los antecedentes de la enfermedad, supuso razonablemente que se trataba de una indigestión. Hizo que se le aplicaran algunas dosis de aceite de ricino y al poco quedó sano el enfermo. La colonia, con permiso del capitán del barco, subió a primera clase con el paciente ya restablecido a dar las gracias al sabio Doctor que lo había curado. Cuando el H. Pro los vio llegar por poco suelta la risa; pero tomando pose de sabio, los esperó con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas. Era un ejemplar de la *Summa Theologiae Moralis* del P. Antonio María Arregui, en donde andaba averiguando si no habría incurrido en alguna censura eclesiástica por haberse metido a curandero de chinos, pues le había asaltado ese escrúpulo.

El tercer caso fue más delicado. Contaba cómo por su habilidad en tocar la guitarra, su facilidad de palabra, su gusto y seguridad en el dibujo, su bella letra y afición a resolver problemas de Geometría y al juego de ajedrez, había trabado amistades con todo el pasaje, de manera que se pasaban buenas horas el salón de fumar, en donde procuraba en las charlas hacer el bien que podía. Iba entre el pasaje una señora viuda, joven y muy rica. Por consejo y —al parecer— casi apremio de ciertas religiosas, dos de las cuales la acompañaban, se dirigía a Francia con el objeto de colocar en un buen colegio a sus niñas. Y como era de buena conciencia, temía por su propia juventud y la malicia del mundo, y deseaba encontrar otro compañero de su vida. A ella le cayó en

gracia aquel simpático joven, que aunque iba carrera del sacerdocio, pero solamente era de órdenes menores y no tenía aún compromisos indisolubles con la santa Iglesia; porque de todo se informó. Entonces le propuso que abandonara su carrera y la salvara a ella y él viviera feliz.

El H. Miguel la dejó que hablara y se desahogara; y luego, con toda finura social y religiosa le manifestó que jamás abandonaría él su vocación. Siguió insistiendo la joven. El H. Pro sabia muy bien la extrema pobreza a que había quedado reducida su propia familia, las dificultades que iba encontrando en sus estudios, lo destrozado de su salud dentro de la Compañía, el temor de que se le negaran las Ordenes Sagradas; pero Dios "no permitió, decía, que yo dudara ni siquiera un momento en seguir mi camino". Sin embargo, al ver a la joven viuda abandonada en tierra extraña y sin saber a dónde dirigirse —pues las dos religiosas rápidamente desaparecieron del puerto—, procedió personalmente a investigar cuáles eran los mejores colegios, y en un abrir y cerrar de ojos procuró que la señora viuda colocara a sus hijas. Luego, a cargo de la viuda, pagó un detective de la Policía secreta, y en unas horas localizó a las religiosas, les hizo ver lo grave de su conducta, aunque irreflexiva, al abandonar así a aquella mujer, y con esto dio por terminada su intervención en el asunto. Y la consulta era sobre si en algo se había excedido.

Toda esta conversación fue mientras caminaban desde la *Creu del Ordre*, rodeando la montaña por el lado norte, para regresar a Sarria. Vuelto al teologado, se puso a escribir a otro maestrillo

del colegio de Granada, Nicaragua, contándole su viaje en una famosa carta en verso que, según parece, no se ha conservado[61].

[61] Una de las cosas que más llamaban la atención en el H. Pro era la resignación con que aceptaba las penalidades. No se explayaba en referirlas ni menos en comentarlas. Si se ofrecía hablar de ellas lo hacía con referencias simples y pocas palabras cuando hablaba en serio; y con exageradas hipérboles que las desfiguraban cuando hablaba en broma y así las desvirtuaba. Un ejemplo. Cuando el H. Zaragoza hizo sus últimos votos o Incorporación a la Compañía, el H. Pro le escribió desde Granada de Nicaragua: "¿Recuerda los trabajos y humillaciones que pasamos en Zamora, en Guadalajara, en Estados Unidos; en nuestros viajes que Ud. y yo hicimos entre carrancistas y bandidos, por lxtlán, cuando huimos con el Sr. Cura y nos escondimos en los maizales, en Saltillo, Texas, etc., etc...? Pero ya Ud. recibió el premio en esta vida. Dichoso Ud... a mí aún me falta mucho que andar; pero confío en Nuestra Madre que me ayudará a seguir mi camino y me alcanzará la dicha que Ud. tiene". Como se ve, hay una larga historia detrás de esas líneas, pero ningún comentario. Por cierto que el H. Miguel murió sin haber alcanzado, por falta del tiempo requerido en el Instituto, la dicha de la Incorporación. Por lo que hace a su delicadeza de conciencia, abundaron los testimonios de sus compañeros. Una hubo que ya mencionamos, y que a todos llamaba la atención de modo particular. El H. Miguel nunca supo murmurar. Es decir tenía en esto un dominio tan notable que no se ha podido recoger ni siquiera un solo testimonio en contrario, ni de Superiores, ni de Profesores, ni de compañeros, ni referente a defectos ajenos ni a disposiciones ordinarias, como cambios de distribución, etc.

Capítulo VIII

PREPARÁNDOSE AL GRAN DIA, 1922-1924

Se dedicó el H. Pro a los estudios teológicos con todo el empeño que ponía en las cosas de Dios; y muy pronto llegó a ser uno de los más consultados de entre sus condiscípulos en cuestiones prácticas de moral. Pero sus enfermedades se recrudecían a ojos vistas. Las continuas penas interiores, el diluvio de malas noticias de su patria, las cartas en que se le comunicaba la enfermedad de su madre, las penitencias en que no cejaba, iban minando aprisa su salud. Un día hizo a uno de sus compañeros una consulta: "Yo no puedo ayunar, le decía, porque mi gaita gallega —nombre que daba a su estómago—ya no lo aguanta. Pero me ha ocurrido aprovecharme de la permisión de los moralistas de invertir el ayuno y tomar por la noche la colación de la mañana y por la mañana la de la noche. Pero prefiero 'seguir el parecer de otro, aunque superior no sea' (palabras de la Carta de San Ignacio sobre la Obediencia). Dígame qué le parece más conveniente". El compañero le contestó que lo más conveniente, dada su salud, era acudir al Superior para que lo declarara dispensado. Sin embargo, él prefirió todavía invertir su ayuno a dejarlo.

Con frecuencia, sobre todo en el segundo año de teología, hubo de pasar días en el lecho. Entonces de ordinario se le encontraba con el rosario entre las manos. Y si el visitante se admiraba, con una salida cualquiera procuraba desorientarlo. Su caridad era tan notable que los Superiores, a pesar de sus

enfermedades, accedieron a su demanda y lo nombraron ayudante del H. Procurador, cuyo oficio era andar por las oficinas de la Casa, surtiendo a todos de los menesteres de ropa, calzado y útiles necesarios en la vida escolar. Eran por ese tiempo 92 teólogos reunidos de diez Provincias de la Compañía, desde Checoslovaquia y Hungría hasta Argentina. Con lo que dicho se está que el trabajo de la Procuraduría doméstica no era ligero. Tenía que ocupar en él casi todos los recreos. Y lo mismo hacía el H. Pro con un gusto y alegría que casi andaba uno buscando necesitar algo para encargárselo. En cierta ocasión le encontró uno de los Hermanos por un corredor, con una verdadera carga de zapatos usados para componer y remendar, e iba él medio renqueando. El Hermano le preguntó: "¿Qué anda Ud. haciendo? ¡Mejor váyase a la cama!" Y Miguel le respondió muerto de risa: "¡Ando de proxeneta, *effectu secuto*!", o sea: ando de intermediario entre contratantes, y con buen éxito. Festivamente mezcló dos expresiones muy frecuentes en algunos tratados de moral.

A propósito de la caridad del H. Pro, su conteólogo el H. Sempere, da un testimonio precioso: "La caridad —dice— fue la virtud dominante del P. Pro; caridad universal, constante, profundamente humana. Se manifestaba esa caridad en una multitud de pequeños pormenores que mostraban la bondad de su corazón. En cierta ocasión, cedió de muy buena voluntad a un compañero su aposento, y fue a instalarse en un cuartucho de paredes tan delgadas que se podía oír la respiración del vecino". (En *Vida Intima*, pág. 167). Nunca podríamos insistir suficientemente en su caridad inmensa. Siendo teólogo varias veces se quedó a comer en segunda mesa, aunque no le venía bien, para ayudar al H. Jesús Amozorrutia en sus trabajos de biología, haciendo cortes de tejidos de un perrito. Otras veces gastaba parte de la noche ayudándole

en el cultivo de unos gusanos de seda, a pesar de sentirse fatigado y con persistentes dolores de estómago. Un día en que cayó una fuerte nevada en Sarriá (cosa rara), varios teólogos mexicanos que habían estado de magisterio en Granada de Nicaragua tuvieron la idea de tomar una foto para enviarla a sus antiguos alumnos, porque en Nicaragua los niños del Colegio "sólo conocían la nieve en las sorbetes y helados que compraban". Ahí se ve al P. Pro encogido y se adivina que está sufriendo sus famosos dolores de estómago y cabeza. Fanchón Roger reprodujo esa foto en su Vida del P. Pro y le puso esta leyenda curiosa: "Padre Pro and Jesumit companions in the mountains of Nicaragua": "El P. Pro y compañeros jesuitas en las montañas de Nicaragua".

A propósito de la caridad también, un día a Sor María de la Concepción, su hermana, le dio una buena lección. El mismo la refirió a uno de sus compañeros. Su hermana le había escrito contándole algo de su vida interior. Y, entre los actos de virtud, le decía cómo hacía ya bastante tiempo que, por vencimiento, no escribía a sus papás. Inmediatamente le contestó Miguel diciéndole: "Recibí tu carta, y la leí solamente hasta donde va la línea roja y lo demás no. Ahí te la devuelvo dentro de la mía. Y, por favor, no me vuelvas a escribir si primero no has escrito a nuestros papás. ¡No se trata así, ni a título de vencimiento propio, a quienes nos dieron el ser y además hicieron el sacrificio de entregarnos a Dios!" La raya roja iba marcando el párrafo en que su hermana le contaba aquel vencimiento.

Sus penitencias eran algo que imponía. Puesto el cilicio, de tal modo procuraba disimularlo que cualquiera que no se fijara mucho diría que no lo usaba. En cambio, cuando se azotaba —que no podía disimularlo— causaba profunda impresión. Ni los insomnios,

ni la dificultad en la alimentación, ni las dolorosas enfermedades, le parecieron nunca excusa suficiente para dejar sus penitencias. Uno de los Hermanos le insinuó una vez que por su estado de salud bien podía pedir a su Padre Espiritual o al Superior el permiso para dejar las penitencias, pues lo que sufría era más que suficiente penitencia. El H. Pro le miró con un aire de extrañeza e indecisión, como quien no esperaba de un religioso semejante consejo. Y sin aludir al asunto cambió de conversación. Durante el invierno de 1923-1924 se puso muy malo, a tal grado que llegó un momento en que ni como oyente podía ya acudir a las clases. Entonces pidió permiso a los Superiores de ponerse a las órdenes del H. Despensero y ayudarle a ordenar la oficina que por diversas compras en cantidad y falta de personal estaba por arreglar. Los. Superiores no sólo se lo concedieron, sino que le indicaron que podía libremente, cuando quisiera y pudiera comer algo, tomarlo. Anduvo en esto como unas tres semanas, hasta que se repuso y volvió a las clases.

Aprovechaban los teólogos, de vez en cuando, sobre todo en la proximidad de los exámenes, la vacación de los días jueves para bajar a la ciudad de Barcelona. Tenían señalado como límite, del cual no convenía pasar, la llamada Diagonal o Gran Vía. Por tal motivo, sin cruzarla, seguían las calles que iban al oriente, con el objeto de visitar el devoto santuario de San José de la Montaña. Había a la entrada una capillita, en donde estaba la estatua del Santo Patriarca, que tenía ese título. La ermita tenía un altar con su comulgatorio, por lo que el espacio destinado a los fieles resultaba muy pequeño. Un poco más arriba de la ermita estaba la hermosa explanada que servía de atrio al gran Santuario, al que se hallaba adosado un asilo de ancianos. Lo cuidaban unas religiosas y había en el Santuario adoración perpetua del Santísimo expuesto. Los

teólogos hacían de ordinario primero la visita a la capilla y luego subían a saludar a Jesús sacramentado.

Ahí hacía, en esos jueves, el H. Pro su media hora de oración. Iba muerto de risa y haciendo reír a sus compañeros hasta la puerta misma que daba a la calle. Pero en cruzándola se transformaba totalmente. Serio, con los ojos bajos y los brazos cruzados al pecho, según su costumbre, se le veía como si constantemente llevara una vida de unión con Dios y no fuera el hombre de las risas. No había en la capilla bancos ni sillas; por lo que el H. Pro se arrodillaba sin apoyo y se mantenía en esa postura todo el tiempo que duraba la visita. Y en ese rato a nadie veía ni oía. Muchas veces sus compañeros hubieron de tocarle al hombro para que notara que ya era hora de regresar. Al mismo tiempo era humildísimo. Un día con sincera espontaneidad preguntó a otro compañero mexicano: "¿Le parece a Ud., hablando a fondo y fraternalmente, que podré yo servir para algo en la Compañía?" El compañero le respondió: "¡Pienso que para mucho! ¡no olvide nunca a sus obreros entre los cuales podrá hacer mucho bien!" El H. Miguel hablaba en esa ocasión en serio, y continuó: "¡Si yo pudiera amar a Dios como cualquiera de Uds.! ¡pero no soy sino un pobre barreteto! ¡un *pepenacuetes!"* Y con suma sencillez terminó: "Encomiéndeme a Dios" y se retiró. Otro día, con el rostro encendido, dijo a un compañero: "Cuando veo a nuestros Padres y Hermanos, ¡lo que yo quisiera hacer por esta santa sotana! ¡aun el supremo de los sacrificios!"

De vez en cuando Dios le enviaba algunas humillaciones especiales, que él recibía "haciéndoles mucho rostro", como decían los antiguos ascetas. Tuvo una vez que hacer una repetición en la clase de Moral. Acudían a ella juntos, los teólogos de segundo y

primer año. La lección y repetición era sobre el sexto mandamiento. El H. Miguel, al repetir un pasaje, usó de una expresión que al profesor le pareció demasiado cruda. Por lo que, sin más, se volvió a toda la clase y dijo con severidad: "Es muy necesario que ya desde ahora se acostumbren, aun en las clases y repeticiones, a tratar de eso con la dignidad que pide el estado sacerdotal y religioso. No porque estudiemos Moral podemos tomarnos cualesquiera libertades". El H. Pro no había dicho sino expresiones que estaban en el texto, que era el P. Ferreres. Sin duda el profesor se había distraído un tanto, y a esto se debió la reprensión que, por las circunstancias del auditorio y de la materia, resultó muy dolorosa. Por lo demás el profesor era muy sereno al explicar, no tenía escrúpulos y con los discípulos era muy comedido. Era originario de las Baleares. El H. Miguel ni se excusó ni se defendió. Inclinó humildemente la cabeza, como si de verdad fuera culpable. Se le notó el rostro rojo de vergüenza o de cólera — ¿quién puede saberlo?—, pero inmediatamente continuó su repetición con la misma sencillez religiosa. En el transcurso de la repetición el color de su rostro cambió en ligeramente pálido.

Lo mismo que en la virtud, tampoco aflojaba en el estudio. Se aplicaba encarnizadamente —si así puede decirse— a profundizar en las materias, en especial en la Moral y Derecho Canónico. Discutía con sus compañeros los casos y soluciones y se inclinaba siempre a las más humanas. Hay un cuadernito de forma apaisada, que tiene escritos de su puño hasta 94 casos de Moral, con sus respuestas breves y atinadas.[62] Pero aun en esto era necesario que pusiera su sello genial. Son originales suyos los casos, y abundan en rasgos pintorescos y de chispa. Al principio el cuadernito tiene

[62] En 1958 este cuadernillo estaba en poder de uno de los íntimos compañeros del P. Pro, el P. Benjamín Campos.

algunas hojas arrancadas, que se ve contenían anotaciones de otras materias. Los casos, traduciéndolos al castellano, pues están en un latín deliberadamente lleno de barbarismos, etc., dicen así en su comienzo: "Jhs.-Libro áureo. Modo de preparar el examen mediante la solución de casos, compuesto por el metafísico H. Campos y el *Licenciado* en Filosofía H. Pro". Es decir dado de baja, de curso menor.

Tras de este solemne comienzo, se van enhilando los casos variadísimos. Como muestra vaya uno, el número 16. Dice así: "Tiburcio, después de la primera consagración, ve que los *Die-guistas* penetran en la Iglesia y con escopetas y pistolas destrozan a los fieles y siembran la muerte por todas partes, ¿Qué hace él? Rápidamente consume la hostia. Luego toma el Sangüis. Pero cuando aún lo tiene en la boca, se acuerda de que todavía no está consagrado. Por esto, antes de pasarlo, dice: Este es el cáliz de mi sangre, etc. Hecho esto, huye. Se pregunta qué se ha de responder al caso". Sigue luego una nota cuya letra no parece del H. Pro; y es sin duda del compañero que está resolviendo el caso y dice: "¡Oiga! ¿cómo pudo el sacerdote hablar con el vino en la boca?"[63]

Y otra vez, como antaño entre novicios, juniores y filósofos, surgió la diferencia de apreciaciones. Para unos era un religioso

[63] Este caso de conciencia contiene una alusión a los métodos persecutorios emprendidos contra el Clero en Jalisco, en 1918, por el Gobernador, General Diéguez. Por la forma se advierte el cuidado que tenía el H. Pro de no meterse en nada que pudiera parecer política. No hay en el caso ni una exclamación, ni un epíteto denigrante para aquellos hombres a quienes los historiadores sinceros llaman *bandoleros*, y a los que debía el H. Miguel el desastre de su familia. Nunca se desahogó contra los carrancistas, los miraba con compasión.

divertido, ligero, sin profunda vida espiritual. Para otros, que lo conocían mejor, resultaba "un héroe disimulado", "un santo hipócrita". El, por su parte, sin importarle lo que de él se decía, siguió su camino entre heroísmos y risas. Aludiendo a su curso breve que iba llevando en Teología, como su profesor había sido el P. Quera, solía decir que tenía el doctorado "porquera". Usando de un retruécano solía también decir que no es lo mismo comprometerse que meterse con Pro. Y jugando con el texto de una Regla, que ordena no entrar en el aposento de otro sin haber previamente llamado a la puerta, decía: "No es lo mismo habiendo tocado oír que le dicen que entre, que habiendo entrado oír que le dicen que toque". Y así, por el estilo, usaba de muchas bromas y veras. En cambio, se conservaron testimonios de muchos Hermanos que lo apreciaban en gran manera. Uno decía: "¡Cuánto vale este H. Pro! ¡Lástima que muchos no lo aprecian a causa de sus salidas!" Otro afirmaba: "¡Esta calamidad de H. Pro es un santo y tendrá que acabar como santo; pero algunos no le tendrán devoción, porque no lo entienden y no lo juzgan bien!" Otro: "La Provincia Mexicana tiene aquí muchos Hermanos que valen; pero en el H. Pro tiene un tesoro". Todavía otro: "¡Qué humilde es el H. Pro, pero qué bien lo disimula!" Baste con estas citas.[64]

Cuando ayudaba la santa misa, inspiraba devoción. Nunca se permitió nada que moviera a risa delante del Sagrario. Sus visitas a Jesús eran tan largas cuanto lo permitían la distribución del tiempo de estudios y los oficios que la obediencia le encomendaba. Desde el coro de la capilla se le podía observar frecuentemente cómo permanecía de rodillas allá abajo, delante del sagrario, al lado

[64] Los testimonios son de los HH. Tío, Negra, Gil, etc. Los demás que no llevan cita son recuerdos conservados por el autor y oídos de sus compañeros.

izquierdo del altar, pero fuera del comulgatorio. Su postura era exactamente la que se ve ahora en la fotografía de cuando se hincó para orar un momento antes de su martirio. Esa forma de llevar los brazos cruzados delante del pecho o bien con las manos entrelazadas delante, fue costumbre perpetua del H. Pro en la capilla. Comprendía muy bien la sentencia de un gran asceta que dijo: "En la vida espiritual el no ir adelante es volver atrás". "Cumplía, dice un testigo ocular, con el sabido consejo de no hablar demasiado de sí y de los suyos. Yo le oí, sin embargo, hablar en la intimidad de su santa madre y descubrir su corazón tierno y sufrido, pero fuerte. Pasaba de la broma a los pensamientos más sublimes, y de nuevo volvía a las bromas para sobreponerse a sus penas y para no entristecer a sus amigos. De sus padecimientos físicos continuos y con frecuencia violentos, prefería no hablar. Cuando se le preguntaba corno estaba, siempre respondía que se encontraba bien.[65] Otro testigo dice: "Cuando por sorpresa se le llevaba a hablar de cosas serias y espirituales, se mostraba tal cual era. Pero al notar que la confidencia cedía en su honra, terminaba la frase, en el mismo tono y sin transición, pero mezclando una broma o entonando una canción burlesca. Desconcertaba a los que se detenían en la corteza de su alma. A los que le conocían a fondo causaba la impresión de un religioso muy fervoroso que sabía juntar admirablemente el gracejo con la más sólida virtud".[66]

El segundo año de teología fue para el H. Miguel de importancia decisiva. Por lo demás, el ambiente mismo estaba pidiendo de todos algo de preparación en materias de sociología. Todos los jueves la prensa nacional española y la extranjera, llevaba noticias sumamente significativas. En la sala de los teólogos y en su

[65] Testimonio del P. Cavestany. Puede verse en *Vida Intima*, pág. 61.

[66] Testimonio del P. Negra. Puede verse ibid. pág. 61.

biblioteca, estaban a disposición diversas publicaciones; y en todas ellas se sentía el palpitar de un nuevo mundo surgido tras de la guerra mundial de 1914. El cambio trascendental y a fondo de un liberalismo anticuado a un socialismo extremo, que incluso cada vez tendía más hacia el comunismo, hacía de algún modo adivinar los sistemas hitleriano y estalinista que iban a chocar con el conservatismo pacifista inglés y con el opulento capitalismo de los Estados Unidos. ¿Qué camino seguirá la joven América Latina? De diez diferentes Provincias jesuitas llegaban las diversas voces ya de alarma ya de apaciguamiento; y el H. Pro, sin dárselas de sociólogo, no perdía nada de vista.

Cuando el hambre se tendió sobre las heladas estepas rusas y hasta las cuencas fertilísimas del Volga-Madre, los jesuitas del teologado de Sarriá suprimieron diariamente algunos platillos en la comida, para enviar a Rusia, por medio de la Santa Sede, un óbolo de auxilio. Pero Stalin soñaba con un panrusismo previo a la revolución mundial del proletariado; y los prosélitos de la doctrina trabajaban con un misticismo idealista, como ahora se dice, digno de mejores causas. Al H. Miguel le ardía la sangre al contemplar la inacción de los católicos ante la avalancha. En la misma España, tan tradicionalista, la monarquía comenzaba a bambolearse, a pesar de los puntales, incluso militaristas, que Alfonso XIII le ponía. El pueblo bajo husmeaba ya el botín de una revolución que le proponía nada menos que el reparto universal de todos los bienes; y para semejante ideario lo habían ido preparando líderes ilusos o maleantes desde los comienzos del siglo.

Al lado mismo del H. Pro, ahí en Barcelona, el movimiento sindical adquiría proporciones gigantescas; y hubo momentos en que se temió un estallido como el de la antigua "Semana Trágica",

allá cuando el caso de Ferrer. Se había formado el *Sindicato* único que englobaba todas las fuerzas de abajo, manejadas por el puño del *Noi del Sucre*, llamado así porque cuando pequeño andaba por las tiendas pidiendo de caridad un poco de azúcar. Intervino al fin la Guardia Civil en los momentos más angustiosos, y tuvo que custodiar los carritos en que se subían las vituallas desde la ciudad al teologado, para poder evitar que los obreros famélicos las asaltaran en el camino. Salían los obreros con frecuencia a las carreteras a suplicar a los teólogos un pedazo de pan para sus hijos, porque el Sindicato Unico los mantenía a millares (se dijo que llegaban a 100,000) en huelga forzada. El mundo, tras de la guerra, había adquirido una nueva conciencia de la convivencia humana y de la fuerza del proletariado unido, pero los comunistas trataban de capitalizar en su favor, aquella fuerza. Los católicos iban despertando; pero muchos ¡aún dormían!

Sin embargo, no todos dormían. De México llegaban noticias de que los católicos, después de la catastrófica tragedia del carrancismo, que fue una orgía de sangre y robo, y que culminó con la Constitución de 1917, comenzaban a rehacerse y a formar diversos frentes que más tarde la ira de Calles obligaría a unirse en un haz más compacto. Se hablaba de la fundación y organización de las Damas Católicas, de la A.C.J.M., de la Confederación Católica del Trabajo, de la firme obra de los Operarios Guadalupanos, de los ensayos de los partidos políticos de derechas, de las Vanguardias. Parecidas noticias llegaban de Montevideo, Buenos Aires, etc. Por algunos momentos parecía que se soñaba en una Confederación Interamericana de Fuerzas Sociales Católicas, aunque luego prosaicas realidades hacían abandonar los ensueños. Por ejemplo, se recibía la impresión de que los Estados Unidos procuraban ayudar todo lo que debilitara al

catolicismo de la América, política seguida en línea recta desde 1800 en adelante.

En el teologado se recibían en particular dos importantes Revistas sociales mexicanas. Una era *Paz Social*, dirigida por el P. Alfredo Méndez Medina —tan conocido y amigo del H. Pro— desde la capital de la República; otra, el *Archivo Social*, dirigido en Guadalajara por el P. Arnulfo Castro. Se leían además las obras de Toniolo, del Conde Alberto de Mun, etc. y: se tenían visitas de conferenciantes como el P. Sesinio Nevares, notable sociólogo español. Llegó un momento en que los teólogos pensaron en suplicar a los Superiores les dieran permiso para fundar en el teologado un Círculo de Estudios Sociales. Por desgracia, pena da el recordarlo, la mayor parte de aquellos hombres —Profesores y Padres espirituales— que los enseñaban y dirigían, no parecía captar el nuevo ambiente mundial, temerosos siempre de que las "novedades" hicieran bajar el nivel de los estudios escolásticos. Sin embargo, el Rector P. Crexans, concedió el permiso y se comenzó el estudio de las Encíclicas sociales de León XIII, al mismo tiempo que se consultaban las obras de Ketteler, etc. y algunos teólogos se ponían en contacto con la *Action Populaire* de París. Se contaba para ello con los jueves y además dos horas semanales en que se tenían las sesiones.

El P. Pro fue uno de los primeros en dar su nombre al Círculo de Estudios Sociales. Cuando se repartieron los temas de trabajo, el H. Miguel no quiso tomar ninguno, alegando que "no se sentía con tamaños para eso y que su papel se reduciría a ir para aprender". Hubo poco después un incidente que dio a conocer al que intervino en él que el H. Pro, a pesar de sus grandes esfuerzos por dominar su carácter bilioso-sanguíneo, tenía aún que andar

bastante camino. Cierta ocasión en que por varios motivos unas tres veces seguidas no fue posible citarlo para la sesión, pues se había hecho un cambio de horario, el H. Pro lo sintió vivamente. Guardó silencio, pero acabó por persuadirse de que se le tenía por inepto y que por tal motivo se le iba excluyendo del Círculo. Cuando al fin se le fue a invitar otro día, el Secretario lo encontró medio abatido, cosa muy rara en él y con señales de fuerte contrariedad. No se negó a asistir, pero se le escapó un doloroso desahogo: "¡Yo sé, le dijo, que se me tiene par tonto y lo soy! Pero me basta con que sepa amar a Dios y a mis obreros". Pero al punto se dominó y asistió a la sesión con el mismo rostro alegre de siempre.

Poco tiempo duró aquel Círculo de Estudios Sociales, porque los Profesores pensaron que era perder el tiempo que debía ocuparse en los estudios teológicos. Los Superiores tuvieron a bien atender aquellos clamores; y pensaron más bien en intensificar al ejercicio de improvisación y declamación en los varios ramos útiles para el púlpito. El Prefecto de Estudios, P. José María Bover, organizó el trabajo por secciones. Una de éstas fue la de catecismo. El H. Pro se anotó en seguida para ella, porque dijo: "Yo no soy para grandes púlpitos". Y en efecto en esa sección trabajó admirablemente. Porque en Sarriá los extranjeros no tenían catecismos a causa de la dificultad del habla catalana. Cada sección preparaba un trabajo para un día determinado, y en éste acudían al salón todos los teólogos. Cuando tocó su vez a la sección de catecismos, fue señalado el H. Pro para presentar el trabajo en forma de improvisación. Fingió un auditorio de niños y niñas y se propuso demostrarles la existencia de Dios con razones a su alcance. Procedía con mucha claridad y fervor. De pronto tuvo una salida de las suyas. Quiso sondear a su fingido auditorio

infantil y ver si lo habían comprendido. Se volvió hacia los teólogos que tenía a su izquierda y les preguntó muy serio: "¡A ver, niños! ¿Quién de Uds. es ahora capaz de demostrarme la existencia de Dios?" Esperó un momento, como era lo indicado. Y como aquellos teólogos permanecieron en silencio, con mucha viveza se volvió hacia los de la derecha y con el mismo brío y aplomo, les dijo: "¡Los niños no han sabido responder! ¡A ver si vosotras las niñas podéis!" Lo hizo con tanta gracia y con una risilla tan picaresca que todo el teologado soltó la carcajada.

Platicando con los teólogos mexicanos, decía: "En México las leyes nos imposibilitan los ministerios. No habrá otro remedio que dejarnos de leyes y buscar el bien de las almas". Otro día dijo, en relación a las mismas leyes: "¿Para qué vamos a predicar contra lo que no tiene remedio? Dejemos eso a los seglares a ver si le encuentran compostura. Creo que es con mucho preferible dedicarse a hacer el bien a los pobres; y si por esto nos amuelan, que sea por puro hacer el bien. Por mi parte, pienso dedicarme a predicar los principios contenidos en el Evangelio y en una sociología sana y popular. Lo demás, aparte de ser peligroso para el ejercicio de nuestros ministerios, es por ahora inútil. Los malos ya no se devuelven del camino". Con muchísima frecuencia los actos de virtud del H. Pro, aun practicados entre el grupo de Hermanos, pasaban inadvertidos. Recordamos uno que tuvo lugar por esos días, El 11 de enero de 1923 Mons. Filippi, delegado Apostólico en México, asistió a la colocación de la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, en Guanajuato. Con esa ocasión se celebró ahí un acto solemnísimo. La prensa mexicana dio ampliamente cuenta de él. Los teólogos mexicanos de Sarriñá, con el deseo de hacer conocer el fervor de sus compatriotas, procuraron hacer un resumen de las noticias que

llegaban para que se leyera en el Comedor. Hecho el resumen, buscaron entre ellos mismos un mecanógrafo para ponerlo en limpio. El H. Pro aceptó hacer el trabajo; y como suele suceder en familia, varios Hermanos lo rodearon y le daban consejos para mejor escribir a la máquina. Él lo hacía con mucha calma y no hizo ningún comentario. Se contentó con pedir un mondadientes, pues, por un esnobismo, solía tenerlo en la boca cuando había que hacer un trabajo serio de mecanografía. Ignoraban sus compañeros que él había llevado el segundo premio en un concurso en esa asignatura cuando en Concepción del Oro ayudaba a su padre en la Oficina, ellos que nunca la habían cursado.

Un día se esparció por el teologado la noticia de que pronto reunirían Congregación General en Roma, para acoplar con el Derecho Común Eclesiástico el Derecho de la Compañía en todo lo que fuera necesario. Poco después se anunció el paso del Provincial de México, P. Crivelli, por Sarriá, lo que fue para los HH. Mexicanos fue un notición. Desde 1914, en que el P. Renaud había visitado la colonia, no había vuelto a haber visita del Superior Mayor de México a los de España. Fue éste uno de los graves sacrificios que el destierro impuso: estaban sin orientaciones, sin planes para el futuro, desconectados del suelo en donde tenían que ir a trabajar. En general vivían al día. El H. Pro había ido madurando sus planes con la tenacidad que le caracterizaba y con el silencio que su humildad le pedía; y ansiaba la visita del P. Provincial como algo definitivo. Y habló largo con él.

A un compañero le contó después: "¡Estoy feliz! El P. Provincial me platicó que en Orizaba los comunistas van llegando al colmo. Los obreros están soliviantados por los líderes y su sindicato; de modo que amenazan con la muerte al Cura que ose

presentarse. Tienen sus contraseñas de cohetes para convocarse cada vez que hay alguna señal de que vaya a ejercer el culto algún sacerdote, con el objeto de matar al que atrapen. El P. Provincial está determinado a no cerrar esa residencia, pero me dijo que para esto necesitaba un sacerdote joven decidido al martirio. Yo le contesté sin vacilar: ¡Padre, aquí estoy yo! Me midió con la mirada de arriba abajo y concluyó: ¡Veremos si da la medida! Pero por el tono y todo el conjunto, me parece que ha pensado en mí. ¡Voy a prepararme! Al fin de la entrevista le pedí que me permitiera ir por una temporada a vivir en el fondo de las minas la propia vida de los mineros; y me dijo que una vez que me ordene se verá eso, porque no depende de él sino del P. General. ¡Encomiéndeme, por favor, al Sagrado Corazón!". Con tales alientos terminó el curso 1923-1924, y comenzó el 1924-1925.

Bajo la certeza moral de que los Superiores le enviarían a Francia o Bélgica para su preparación inmediata para el campo obrero, concibió el plan de ir a hacer sus Ejercicios de año en la Santa Cueva de Manresa. Lo trató con los Superiores de la Provincia de Aragón, a la que pertenecía la casa del teologado, y el permiso le fue concedido. A un compañero le comunicó gozoso la noticia y le preguntó si sería bueno recordar al P. Crivelli la conversación de 1923. Opinó éste que sí. Así lo hizo algún tiempo antes de partir para Manresa, que fue en la Semana Santa. Fue con dos compañeros no mexicanos que habían obtenido igual permiso. A su regreso no podía hablar sino de Manresa y se conmovía. Decía: "¡Aquello es el cielo!" o bien: "¡Nunca agradeceré bastante a mis Superiores el haberme dado este permiso!" Uno de sus compañeros de Manresa dejó en dos líneas un testimonio valioso: "No olvidaré jamás, dice, esos días. Nuestros aposentos, el

del H. Pro y el mío, eran contiguos. Y cada noche le oía yo disciplinarse con rigor extraordinario."[67]

De esos días es una breve postal escrita desde la Santa Cueva a su "querida mamacita". Pero, aun para su mamá guarda la obstinada reserva que su humildad le imponía, de manera que apenas si encontramos una frase muy general: "Es un sitio muy devoto, le dice. Inspira recogimiento y oración". E, indudable que se refiere a sus propios sentimientos espirituales. En una carta, fechada dos meses después y dirigida a su hermana Ana María, cuenta las grandes festividades con que España se consagró al Divino Corazón; y con un dejo de apostólica tristeza le dice: "¿Cuándo veremos en México cosa igual?" Ignoraba entonces que también España, como México, tras de su consagración tenía que subir la cuesta del Calvario entre torrentes de sangre. Es decir: en aquellos días nadie imaginaba aún ninguna de las dos sangrientas ascensiones.

A su regreso de la Santa Cueva encontró el H. Miguel la contestación del P. Crivelli. Corrió a ver al compañero a quien había consultado sobre si escribir al P. Provincial o no y le dijo: "¡No más vengo para que sepa que ya está aquí la respuesta! Pero cartas como ésta tienen que abrirse al pie del sagrario. Voy a tomar un baño para regocijar a mi humanidad beluina y quitarle la tierra del viaje. ¡Encomiende mucho el negocio a Dios!" Regresó hacia el anochecer con el rostro radiante de alegría. Y dijo al compañero: "¡Estoy aceptado para el martirio! ¡Ruegue al Señor por este *pepenacuetes!* ¡yo me tiro a fondo!" Pronto comunicó a sus más íntimos su futuro destino y que el P. Provincial le decía que al

[67] Puede verse en Vida Intima, pág. 61. Marmoiton, en la pág. 73, dice que el H. Pro en Manresa "se libra aux plus rudes macerations".

terminar su segundo año de teología, es decir, al fin del curso, debía partir a Bélgica, al teologado de Enghien, para irse entrenando en su futuro apostolado.

Y luego, unas payasadas se seguían a otras: "Ahora, decía uno de sus compañeros, el H. Pro o tiene la más terrible de las noticias de su familia o la más alegre; porque anda desatado". Y era la verdad. Parecía a veces loco por Cristo. Un día pensando en sus obreros encarcelados y rapados por católicos, se hizo cortar el pelo al rape. Y luego anduvo luciendo su cabeza pelona y su mirada de pillo por varios aposentos. Pero solamente tocaba a la puerta, asomaba la cabeza y sin decir nada se iba mientras el visitado soltaba la carcajada. Recordaba la locura de amor que atacó a San Francisco de Asís cuando salió corriendo y gritando: "¡El Amor no es amado! ¡el Amor no es amado!" Y como se le apareciera Jesús y le dijera cariñoso: "¡Francisco! ¿te has vuelto loco?, el santo le respondió: "¡Ay Señor! ¡Tú me diste el ejemplo!" La locura santa tiene en cada alma sus típicas manifestaciones.

Se acercaban los exámenes. Era el mes de junio de 1924. El calor apretaba en firme. Los Superiores concedieron que quienes habían de presentar el examen para oír confesiones pudieran salir al bosque, fuera de la propiedad, las dos últimas horas del día cuando el sol había ya caído suficientemente y las dos primeras horas de la mañana, después del desayuno. Salían pues los examinandos; y repartidos en ternas o cuaternas, bajo la sombra de los árboles del bosque vecino, con los libros necesarios a la mano, se dedicaban a resolver casos y dudas de Moral. En una de esas tardes, el H. Pro formaba parte de una cuaterna. Esta, fatigada, suspiraba por el descanso de un día de campo. El H.

Miguel al punto se comprometió a obtener el permiso del P. Crexans, cosa nada fácil. Les rogó que guardaran reserva.

Un día antes del que la cuaterna había escogido para su campo, el H. Pro fue al aposento del P. Rector, quien, por cierto, lo estimaba mucho. Y sin más le dijo: "¡Padre! ¡venimos a invitarlo a un día de campo! Somos los HH. fulano, sutano, mengano y yo —le dio los nombres—. Estamos muy fatigados del estudio de la Moral y mañana nos vamos de campo. ¿Quiere V. R. venir con nosotros?" El P. Crexans le respondió, no sin cierta severidad: "¿Con qué permiso se van de campo?" Y el H. Pro, imperturbable, le dijo: "Por esto venimos a invitarlo; porque viniendo V.R. con nosotros no necesitamos permiso". El P. Crexans se echó a reír y el Hermano notó que estaba ganada la partida. Sin embargo, el Padre contestó: "¡Muy agradecido! Pero estoy *sumamente ocupado* (y recalcó la frase con suave ironía); de modo que no puedo ir de campo". El H. Pro con la misma estudiada candidez que rebosaba intención, le replicó: "¡Ay, Padre! ¡cuánto lo sentimos! Nos veremos en la penosa necesidad de no llevarlo con nosotros por tratarse de un impedimento dirimente. Pero, como "por ficción de derecho" vamos con V.R., no necesitamos más permisos". La salida tan a tono con el tiempo de exámenes de Moral le cayó en gracia al P. Rector, y le dijo: "¡Bueno! ¡váyanse! Pero que se entienda que no daré en adelante semejantes permisos". El H. Pro le dio las gracias y continuó: "Pero como V.R. *'per fictionem iuris'* va con nosotros, será necesario que llevemos las mejores provisiones. Porque ¿cómo vamos a desatender al P. Rector en un día de campo?" El P. Crexans estaba completamente vencido. Se río y dio manos libres

para la despensa. Por la noche del día de campo corrió por todo el teologado la hazaña del H. Miguel.[68]

Pasados los exámenes, se dio a la preparación del francés. Y montado a horcajadas en el pasamanos de una escalera, le espetaba a todo transeúnte las frases y palabras que iba aprendiendo. Echaba disparates a sabiendas y a no sabiendas, porque decía: "Si uno le tiene miedo a decir disparates en un idioma, nunca lo aprende". Y pedía encargos y hacía encargos los más disparatados y hacía morir de risa. Sin embargo, cuando a solas alguna vez un poco se desahogaba con algún compañero, se mostraba preocupado. Un día le dijo a uno: "¿Daré yo la medida? ¿No será mejor representar al P. Provincial mi falta de talento, para que la Provincia no haga este gasto de balde?" El compañero le respondió: "¡No! Porque por una parte los Superiores lo conocen bien; y por otra usted ya le prometió a Dios tirarse a fondo. Déjelos

---

[68] Es curiosa la serie de variantes que a esta escena han dado los autores. Portas, con un notable anacronismo, la coloca en el tiempo del filosofado en Granada de España (pág. 51). Marmoiton la pone en el de la teología, en Sarriá, pero le asigna como causa la tristeza que experimentó la Colonia Mexicana al contrastar las festividades de la Consagración de España al Sagrado Corazón, hecha por el rey Alfonso XIII en el cerro de los Angeles, cerca de Madrid, con la situación de México, en donde el culto público estaba incluso sujeto a penas legales. Afirma además que el H. Pro consiguió el día de campo para toda la Colonia, a fin de que descansara de la dicha tristeza (págs. 72-73). Vida Intima solamente asegura que el campo fue para todos los mexicanos (págs. 58-59). Fanchón sigue a Marmoiton, pero sin el aditamento de que el campo fuera para calmar la tristeza aludida de los mexicanos, sino solamente de algunos: "One day when he judged that the downeast spirits of some of his friends from Mexico might be lifted by a *día de campo* (a picnic in the country), he made all the preparations for such..." (pág. 137). La realidad fue como queda referida.

que lo manejen como quieran". Y el H. Miguel respondió con mucha humildad: "¡Así es!" El rasgo demuestra que aun los hombres más decididos, están sujetos de vez en cuando a la humillación de la naturaleza que se echa encima de la gracia, hasta que la libre voluntad toma el volante.[69]

Nunca fue un secreto la grave cruz que significaba para los queridos PP. y HH. Catalanes, la verdadera persecución entablada por el régimen de Alfonso XIII en sus últimos años contra el uso del idioma catalán, por parecerle signo de separatismo. Los Superiores, por prudencia, fueron en esta parte sumamente cautos. La situación, respecto de los jesuitas, llegó a ser tan tirante, que cuando en 1924 el P. General Wlodimiro Ledochowski, visitó España, a título de tomar algún descanso, fue este problema uno de los que hubo de atender, por quejas infundadas del rey. En aquella situación, el H. Pro procedió siempre con caridad, finura y tacto religioso. Nunca se supo que hubiera herido a unos o a otros. El justo medio que supo guardar en Granada, de Andalucía, respecto de los partidos cuando la guerra europea, o mundial I, lo guardó también en Sarriá. Sus bromas nunca tocaron, ni para divertir, punto tan delicado. Se enteraba gustoso de las noticias

[69] A propósito, un chofer en la Capital de México, en 1952, refirió al autor lo siguiente: Solía él llevar con frecuencia en un carro que era un 'libre" al P. Pro para los ministerios. Cuando supo el prendimiento del Padrecito, procuró estar en la Inspección de Policía lo más cerca posible. Y cuando el Padre puso los brazos en cruz para recibir la descarga, le notó en ellos un temblorcito apenas perceptible. Y por las fotografías, se ve que, aunque no quiso el Padre que le vendaran los ojos, sí los cerró antes de la descarga. ¡Humano consuelo para las almas débiles, ya que aun las más grandes así sintieron el peso de la vestidura de barro que a todos envuelve!

edificantes de todas las provincias y naciones, y mostraba mucho interés de manera que todos quedaban contentos.

De modo especial se esmeraba en mostrarse fino y caritativo con los que se acercaban al sacerdocio. En cuanto sabía que se les habían concedido las Órdenes iba a los aposentos a felicitarlos muy sinceramente y a pedirles oraciones para que a él no se las fueran a negar. Por un compañero suyo se sabe que uno de los motivos por que pedía tan encarecidamente tales oraciones era el temor de que los Superiores, a causa de los sucesos de su magisterio, lo fueran a tener por indigno. Muchas confianzas habían depositado en él los Superiores; pero las cruces del alma son así: solamente puede quitarlas Él que las ha permitido. Pasará todavía un año antes de que al fin respire el H. Pro libre de tan profunda angustia.[70]

Unos días antes de su salida para Bélgica, tuvo una confidencia verdaderamente íntima con uno de sus compañeros, cosa en él rarísima. Hablaba de la lluvia de rosas que, en esos años sobre todo, estaba derramando por todas partes Santa Teresita del Niño Jesús, en forma sorprendente. De pronto el H. Miguel se recogió un poco y dijo: "¡Esa santa de veras las puede en el cielo! ¡No sé lo que otros pensarán de ella! Por lo que a mí toca, he padecido molestias muy difíciles y frecuentes en la pureza. ¡Pero me encomendé a ella y van ya más de tres meses que vivo en una paz como no la había tenido!"[71] Más tarde, ya en sus ministerios en México, dirá confiadamente a otra alma: "Las tentaciones contra la

[70] Por lo visto esta pesadísima cruz duró al H. Migad desde 1922 hasta cerca de la mitad de 1925, a pesar de que varios autores, como Vida Intima en la pág. 72, Portas en la 59, etc., dicen o dejan entrever que le sobrevino en el invierno de 1924-1925; o sea al aproximarse la fecha en que las Ordenes se le habían de conceder.

pureza son a las que menos tengo miedo". Quizá muchas almas religiosas no han llegado a comprender que semejante cruz, llevada como se debe, es uno de los más seguros medios con que el Señor mantiene en humildad a quienes quiere elevar a gran santidad. Para el H. Pro —por lo que se desprende de varios testimonios— le fue mucho más pesada que las enfermedades, los dolores corporales, las penas de familia y las humillaciones exteriores.

La noche antes de su partida, un compañero fue a visitarlo y despedirlo en su aposento. Él le preguntó en qué podría servirle en las otras tierras. Ese compañero, cuando funcionaba el Círculo de Estudios Sociales en el teologado, había depositado en la Procura de los PP. Jesuitas de París algún dinero para compra de libros; y de todo le habían quedado 20 francos, que ya había despreciado. El H. Pro, con seriedad y cierto desenfado, le dijo: "El dinero nuestro es de Dios y no se puede abandonar así no más, mucho o poco que sea. Recójalo o disponga de él para algunos libros útiles, conforme a la voluntad de los Superiores, pero no lo deje abandonado. Yo mismo, a mi paso por París, cobraré ese dinero y usted me escribirá a Enghien en qué desea que se ocupe". Y así lo

[71] Quizá la brillante victoria alcanzada durante su vida religiosa por el P. Pro en las luchas para conservar limpia la santa virtud de la pureza, han hecho de él un abogado especial para los aspirantes al sacerdocio y a la vida en religión en esa materia. Se refieren gracias muy especiales alcanzadas en esto por su intercesión.

hizo.[72] Ya se había despedido del P. Rector, de los Profesores y del P. Espiritual; y en particular de los HH. a quienes debía favores.

Partió a Bélgica en los primeros días de septiembre de 1924. Iba con el H. José Amozurrutia. Un buen sector de teólogos —de los mexicanos ni qué decir— sintieron como si algo muy propio se les hubiera ido; y así lo comentaban al día siguiente en los recreos. Había sido para muchos el H. Miguel un excelente consolador y muy religiosamente amigo. Un santo se había marchado del colegio y parecía hacer falta aquella sobrenatural alegría y optimismo a no pocos. ¡Si se hubiera sospechado que además se iba un mártir de Cristo Rey!..

[72] No se ha hecho resaltar debidamente en las biografías del P. Pro el cariño que siempre tuvo a la pobreza evangélica y lo mucho que la ejercitó voluntariamente. Abundan los testimonios de la austeridad con que se trataba en este punto, así en su aposento como en los paseos, vacaciones y viajes. Fue siempre notable su desprendimiento de las cosas exteriores y de los afectos del corazón.

Capítulo IX

SACERDOTE PARA SIEMPRE

1924-1925

Duro en demasía fue para el H. Pro su traslado a Bélgica. No lo han valorado suficientemente los que de su vida han escrito. Enfermo hasta el punto de que con frecuencia tenía que pasarse los días sin comer, cambiaba ahora de casa, de región, de lengua, de clima y de costumbres. Sobre todo el clima y la alimentación iban a serle de muy graves consecuencias. No salió de Sarriá acongojado ni cabizbajo, sino con el optimismo en los labios y el corazón. En una carta que dejó en Sarriá para el H. Guillermo Terrazas, que estaba por llegar desde Nicaragua para sus estudios de teología, hay una frase significativa: "El gustazo que me prometía oyéndole contar mil cosas de allá, de los Padres, de los niños, colegio, etc., se me ha ido al pozo; pero lo ofrezco gustoso a N. Señor, por ser El quien me manda a otras tierras". Iba a Bélgica no con gusto natural, sino porque Dios se lo pedía.

Marmoiton describe así la villa de Enghien: "La pequeña villa flamenca... fuera del campanario rosa y del reloj con juego de campanas, no tiene cosa que atraiga de modo especial. Un mundo de comerciantes en pequeño, de empleados, de jardineros, se entrega ahí a sus negocios, yendo y viniendo sobre calles húmedas, con adoquines resonantes y resbalosos. La campiña es de lo más monótono: amplitud de tierras cultivadas, entrecortadas por melancólicos cortinajes de árboles, sobre los que reposa pesadamente en el invierno una bruma helada y penetrante, y en

estío una densa calina opaca que apenas perfora los rayos de un sol pálido." [73] Encontró en Enghien el H. Pro, una comunidad de 130 jesuitas "provenientes de Francia y de quince rincones del mundo"; y la lengua latina era el único modo común de comunicarse, y aun ésta cada cual la pronunciaba a su manera. Por eso dice un biógrafo que "al principio el H. Pro se encuentra un poco destanteado". A pesar de todo, desde el primer recreo comienza a ser el que ha sido siempre. Dos Hermanos discuten acaloradamente sobre una tesis de Teología. Interviene de pronto el H. Pro y dice, jugando con su propio apellido: "Tu es contra?... Ego sum Pro". Así muy pronto también los jesuitas de Enghien conocen el buen humor de aquel mexicano.

El curso comenzó el día 1º de octubre y siguió con su monótona sucesión de estudios, clases, recreos, etc. El tiempo en que el H. Pro llegó a Enghien ya era frío. Pero faltaba lo peor. El invierno. ¡Qué días aquellos de niebla perpetua, brumas densas, lloviznas sin fin que duran día y noche y aguas-nieves insoportables para un mexicano hecho a la luz y al calor tropicales! El H. Pro tirita, se encoge, sufre y se aguanta. Pero aquello no era aguantarse, sino

---

[73] Marmoiton, pág. 76.— Su breve descripción confirma el modo de ver del H. Pro en la composición que comienza:

Porque ¿quién hay —santos cielos
que afirme que aquí en Enghien
se para la vida bien
sepultado entre los hielos?
Las nubes, cual densos velos,
cubren la población;
y entre tanto callejón
ni a dos pasos se divisa
al paseante que te pisa
o que te da un empellón...

tomar la delantera al sacrificio. Conforme a una regla de la Compañía, los HH. estudiantes han de escribir sus cartas en latín, si van dirigidas a sus HH. en Religión. Y en latín escribe su primera carta el H. Pro, a los de Sarriá. Les cuenta la peregrinación a Nuestra Señora de Hall con la comunidad: van a encomendarle el buen éxito de los estudios del Curso. Los acompaña el P. Provincial, que celebra la misa a las 6 de la mañana; porque los peregrinos han partido de Enghien a las 4.30 am. A las 8 am., el P. Rector canta la misa solemne; sigue el desayuno y luego el regreso a pie. La distancia es de 15 kilómetros. Termina la carta con el buen humor de siempre, sin que falte su rasguito pintoresco: "¡Arroz tan fresco y gordo! Por este año me ha tocado el oficio de revisar los misales. Vale (i.e, pásalo bien). Ruega por mí", fecha a 15 de octubre.

Bajo la corteza de las bromas dedicadas al H. Benjamín Campos, en carta del 9 de octubre, se observa que progresa en los estudios. Su latín es bueno; su formación previa en teología no es mediana. Los días de vacaciones ocupa algunos ratos en discutir —en castellano sin duda— algunos casos de Moral con otros Padres de la Asistencia de España. La recreación es siempre en francés. Pero sale de paseo con el H. Amozurrutia cuando hay día de campo y vacación completa. Llevan un rollo de periódicos de México y las cartas que de por allá han podido atrapar. Se encaminan al campo por entre callejones, oscuros de pura niebla. Al paso se encuentran monjas que van serias en sus bicicletas, con su gran *cornette* en la cabeza, que les dejan la impresión de "aeroplanos que vuelan casi al ras del suelo". Llegan por fin al sitio escogido. Es árido, llano, muy húmedo, aparte de una lluvia menuda, que no cesa. Para poder leer los periódicos, necesitan abrir un paraguas; y para evitar la humedad del suelo se suben a la

horqueta de un arbolito. Ahí pasan los grandes ratos comentando y haciendo planes a mayor gloria de Dios. En la carta ya citada del 19 de octubre, hay algo que da una idea de los grandes sufrimientos que el H. Pro iba arrostrando: "Hace un frío bárbaro, dice al H. Benjamín Campos. Estoy más helado, no ya que el Himalaya, sino que el pico más eminente de la nariz del H. Quevedo".

Cuando apretó el invierno, los padecimientos físicos fueron extremos. Comenzó a pasar las noches de claro en claro: noches de insomnio total. ¿Qué hacía en ellas? Vivir una vida de íntima unión con Dios. Uno de sus compañeros de Teología en cierta ocasión se puso a compadecerlo, no sólo por los sufrimientos, sino sobre todo por el abandono absoluto de todas las criaturas en aquellas noches eternas. "¡No, le dijo el H. Miguel, yo nunca estoy solo!" Y en medio de sus angustias y dolores, parecía no sufrir. Dice uno de sus biógrafos: "Al ver al H. Pro tan alegre, tan pronto a prestar un servicio, no era fácil adivinar sus sacrificios". Y añade: "Frecuentemente se le ve de rodillas en la capilla, su mirada está fija en el Tabernáculo" [74] Es la misma costumbre de sus días de Sarriá, sólo que ahora mantiene su mirada fija en el Sagrario, mientras que allá la tenía de ordinario baja o cerrada. Y así iba pasando un día y otro día, siempre bajo la pena terrible de la duda sobre si le concederían las Sagradas Ordenes. En su humildad ignoraba la alta estima que de él tenían los superiores. Un Hermano de Sarriá en quien todos reconocían excelentes

[74] Portas, pág. 59, dice: Estando gravemente enfermo, pasaba de rodillas largos ratos, muy cerca del altar, con el rosario en la mano, el cuerpo derecho y sin apoyo, los ojos fijos en el sagrario, sin moverse, en un profundo recogimiento.

cualidades de gobierno y que se especializaba para colegios, le pidió algunos datos sobre el de Saint Michel, de Bruselas. El H. Pro no sólo no se excusa, porque para servir a sus Hermanos nunca está enfermo; sino que un jueves por la mañana toma el tren a Bruselas. A las 8 a.m., está ya en el colegio a donde ha anunciado previamente su visita; y luego escribe y remite a Sarriá, al Hermano interesado, una larga información de trece páginas a máquina con tres dibujos a mano; y le dice: "hoy le adjunto una reseña muy mal pergeñada. No se extrañe, pues salió de mis manos". En cambio un P. muy conocedor del dicho colegio, escribe "esta reseña que el Hermano presenta con tan grande modestia, es un interesante estudio de la labor de los Padres Belgas en el gran externado de Bruselas".

En Enghien, el H. Pro se dedica a hacerle más llevadera la vida de estudios a otro mexicano, el H. José Amozurrutia. En pura broma inventa un programa para las fiestas guadalupanas el doce de diciembre. Por supuesto, también las festividades son ficticias. Ese programa famoso llegó hasta Sarriá e hizo destornillarse de risa a muchos, especialmente a los mexicanos, porque éstos calaban a fondo todo el ambiente popular ahí encerrado. Otro Hermano de Sarriá le escribió suplicándole su parecer acerca del género de ministerio en que podía dar más gloria a Dios. El Hermano Pro no se hizo del rogar. Con sencillez y claridad admirable le hizo un certero análisis de su psicología, en una página escrita a máquina. La experiencia posterior comprobó que el H. Miguel no se había equivocado. Pero al fin, para deshacer la impresión favorable que su estudio tan serio podría producir en aquel Hermano, terminaba así su carta: "¿Le he dado alguna luz con mi vela de sebo? ¡a mi abuela! Creo que le he matado aun la

poquísima que usted tenía (usted perdone la modestia). Pero ya sabe que en lo que pueda servirle, a sus órdenes".

De vez en cuando se entretenía en escribir a sus muy íntimos. En tales cartas "De carácter privadísimo", como solía advertir, arremetía con el vocabulario ranchero mexicano, como si fuera uno de tantos peladitos; pero siempre recomendaba que semejantes cartas no se hicieran correr, porque no serian entendidas y podían desedificar a quien no lo conociera. Fue muy corto el número de estas cartas y las más (no todas) han desaparecido, conforme a su recomendación. A un connovicio le regaló allá en teología un ejemplar usado de las poesías de Juan de Dios Peza, tituladas "Cantos del hogar". Y en la primera hoja le puso esta dedicatoria: "¡Querido Ponchío! recibe este librejo que con todo el cariño de las entretelas de su corazón te regala *permodum donecilli* tu connovicio, conjunior, conteólogo y conbreve. Doy fe el barretero (f)".

"Al fin del invierno —dice uno de sus biógrafos—, el H. Pro pasa por terribles pruebas interiores. Largas semanas transcurren de desaliento, tristeza y temor. En estos días de desolación espiritual se pregunta si los Superiores lo juzgarán digno de ser promovido al sacerdocio. Repasa uno por uno los años de su vida religiosa, sobre todo los pasados en Nicaragua, y acaba por persuadirse de que verosímilmente su ordenación será diferida. Exteriormente está alegre como siempre, pero interiormente la angustia lo consume".[75] Esa especie de obsesión dolorosa, que acompañó al H. Pro durante sus tres años de teología, como ya se dijo, pudo tener su raíz natural en el agotamiento físico, que llegó a ser casi total, y en el esfuerzo constante por vencerse. "No

[75] Como ya se dijo, esta cruz la traía desde 1922.

pudiendo más, dice el mismo biógrafo, escribe a su antiguo P. Espiritual de Nicaragua. Con palabras llenas de pena y saturadas de filial ternura, le pinta el estado de su alma y le cuenta la duda que le atormentaba. A él que lo ha conocido íntimamente; que, como padre, lo sostuvo en los momentos pesarosos de la vida de Inspector, le pide una opinión imparcial" [76] Es cosa que enternece ver a una alma tan varonil y de un carácter que nunca tuvo miedo al sufrimiento ni a la muerte, así atormentada y consumida de tristeza y duda. Es la noche de la agonía.

La carta a su P. Espiritual de Nicaragua llevaba fecha de marzo de 1924, a fines. Eran precisamente los momentos en, que el P. Crivelli escribía al H. Pro comunicándole la noticia de la concesión de las Sagradas Ordenes. Tuvo aquello para el corazón de artista del H. Miguel toda la fuerza de los contrastes sublimes. Acababa de enviar su carta al P. Portas cuando le entregaron la del P. Crivelli. Se le saltaron las lágrimas y corrió al Sagrario. Larguísimo fue el rato de conversación con el Sacerdote Eterno ahí presente. Luego siguióse el comunicar su alegría a quienes más interesara. Y fue el primero el mismo P. Portas, a quien debieron llegar casi juntas las cartas: "Me han concedido la misa —le escribe —, el 3l de Agosto diré la primera". Añade una serie de bromas a su estilo, como quien exulta de un gozo inesperado y termina en serio diciéndole: "Alégrese conmigo y ayúdeme con sus Santos Sacrificios y oraciones a dar gracias a Dios por este nuevo favor, y alcanzar de El que me prepare mejor para recibir tan gran Sacramento." [77]

---

[76] Carta al P. Portas.

[77] Vida Intima, pág. 73.

Tras de escribir a sus padres a México, la del 5 de abril fue para su inolvidable P. Maestro que residía en Guadalajara, Jalisco: "Lo que siento, lo que pienso, lo que pasa por mí, le dice, V. R. lo comprenderá mejor que yo con palabras lo pueda decir. Desde que V. R. me dio esta bendita sotana hasta hoy, no se han interrumpido los especiales favores y gracias de Dios para conmigo. El amor verdaderamente de predilección que en toda mi vida religiosa me ha mostrado, no se puede explicar sino con aquello de Jeremías: *In caritate perpetua dilexi te, ideo atraxi te miserans*": Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti (Jerem. 31-3). Con la concesión de las Ordenes toda su vida se transforma. Su Ascensión al Calvario seguirá siendo una realidad, pero iluminada ahora con rasgos de Tabor. Sufrirá, pero ¡en qué posición tan distinta!

Con nuevos alientos, ya para la mitad de abril de 1925, apenas salido el invierno, obtuvo de los Superiores el permiso de ir a Charleroi y ver con sus ojos la miseria de los obreros y darse cuenta de sus necesidades. ¡Charleroi! como quien dice la capital del socialismo belga. Va con ansias de aprender. Lo acompaña el H. José Amozurrutia; y se detiene un poco en Florennes, donde está haciendo su Tercera Probación un Padre mexicano, antiguo connovicio suyo, Enrique María del Valle. Acaba éste de regresar, muy fatigado, de sus ministerios cuaresmales entre los obreros españoles de Toulouse. El H. Pro, en carta al H. Benjamín Campos, residente en Sarriá, deja caer una frase significativa, en referencia a lo del P. Valle: "El fruto, como es natural, no correspondió al trabajo, pues es la primera vez que se hace. Esto es más bien abrir camino, para que Amoz y yo vayamos después de Tercera Probación". Como se ve, el H. Miguel, al oír las graves dificultades que presentaba el apostolado con los obreros

españoles de Toulouse, concibió inmediatamente el plan de lanzarse a empresa tan dificultosa, y que aún distaba, para él dos años, siguiendo el curso ordinario de su formación.

El viaje a Charleroi se le hizo sumamente corto: "Optamos, escribe al P. Benjamín Campos, por salir a las cinco de la mañana del viernes, pasar el día en Florennes, y llegar a Charleroi el mismo día por la tarde; pasar aquí el sábado, ir el domingo a Bruselas al congreso católico obrero y entrar en casa por la noche. Así lo hicimos, i. e. lo estarnos haciendo... Charleroi es una Babilonia industrial... cientos de fábricas la rodean con miles de obreros de todas nacionalidades. El movimiento de trenes es inconcebible; *unde* (por lo cual) la vida aquí es un vaivén; y como es la capital socialista, la moralidad está por los suelos". Visitó, juntamente con su compañero, una de las metalurgias, cuya descripción serio-cómica insertamos en otro lugar, cuando tratamos de su aprovechamiento en letras en el Juniorado. Y comentaba luego en la misma carta: "¿Obreros? ¡No! ¡Aquello no es un pueblo! ¡son dos o tres! Eso sí: todos socialistas, que no saludan o se ríen de las sotanas". De Charleroi, según su programa, siguieron hacia Bruselas. El H. Pro había bajado con los obreros a las galerías y al subir rehusó la ducha que se le ofrecía y necesitaba, para poder viajar juntamente con sus obreros que tienen urgencia de tomar el tren. En Bélgica les obreros viajan en departamentos especiales destinados a sólo ellos. Muchos, sobre todo en la región de Charleroi, son socialistas. Sin vacilaciones el H. Pro sube a uno de esos departamentos. La acogida que se le dispensa no es muy benévola. Los mineros, sorprendidos por la audacia del intruso, se miraron en silencio. Uno de ellos interrumpe la comida; y, para intimidar al joven cura, le apostrofa sin preámbulos: «¡Señor cura! ¿sabe Ud. a dónde ha venido a caer?" "¡No! pues ¿en dónde?"

"Nosotros somos socialistas". "¡Ah! entonces he caído bien, pues yo también soy socialista", respondió el H. Pro. Y el obrero, con una exclamación popularísima, dice: "Tiens Monsieur l'Abé socialiste?" "¡Sí!" le responde Miguel.

Entran en conversación de esta manera singular; y el H. Pro se declara además comunista. Y para demostrarlo, dice al obrero: "¡Todos los bienes son comunes! Y yo no he comido hoy. ¡De modo que vengan esos alimentos que lleváis!" Se ríen los obreros. Se le hacen amigos. Le preguntan si no tiene miedo a los socialistas. Les dice que no, porque él siempre va armado. Ellos se admiran, pero él les enseña el crucifijo, diciendo ser esa su arma. Alguno de los obreros incluso se descubre con respeto. En la próxima estación, uno de los obreros baja del tren y compra unos chocolates para "Monsieur l'Abé comunista". El H. Pro los agradece y al fin se despide de ellos que son "sus amigos y que todos le estrechan la mano". Y termina la narración con un sincero entusiasmo: "¡Bien haya por mis comunistas que no me mataron y me dieron chocolates!"

Escribía todo esto desde Charleroi a 18 de abril; pero hubo de terminar su carta el día 20, para contar en forma de postcriptum, al mismo H. Benjamín Campos, su asistencia a la clausura del Congreso Obrero Católico de Bruselas, en donde se le tomó como representante especial de las obras sociales de México, de lo que él se reía cómicamente. La misma noche asistió con su compañero al Círculo social *Saint François* de los PP. jesuitas belgas, que era el círculo de los elegantes y estaba abierto no solamente a los socios, sino a cualquier familia honesta "sive (ya) socialista, sive (ya) liberales". Y termina la carta sobre esta primera excursión sociológica, diciendo: "Volvimos a casa por la noche, a segunda

mesa porque no había tercera. Hoy... comenzamos otra vez con los libros, aunque un poco cansados pero contentos". En la carta aludida anunciaba otra para un P. joven de Sarriá, compañero suyo mexicano, en que le daría pormenores del Congreso. Cumplió su promesa en seguida y ahí le refirió lo del encuentro en el tren con sus *amigos* los socialistas.[78] A este padre le pareció interesante la carta y procuró que se leyera en el refectorio de la comunidad. Después escribió al H. Pro lo que había hecho. No lo tuvo por acertado el H. Miguel, y así le escribió de nuevo y le decía: "Si usted quería una carta como para leerse en el comedor, me lo hubiera indicado para mejor documentarme... Pero ahora ya está hecho". La realidad fue que la carta del H. Pro causó magnifica impresión a todos sus antiguos compañeros.

Muy pronto, a 11 de mayo, se puso de nuevo en comunicación con el Secretario General de la JOC (juventud obrera católica). Entre todas sus experiencias sociológicas, le parece la más importante el contacto que logró con los dirigentes de la JOC. Escribe, pues, al Secretario General para completar sus conocimientos: "Pude apreciar, le dice, la grande importancia de vuestro movimiento obrero y su elevación moral. Desearía dar a conocer la JOC en México y en España. Estoy en relación con algunos directores, y las reseñas que he podido enviarles de vuestro movimiento, les han interesado mucho. Para completarlas me piden con instancias pormenores precisos y circunstanciados, que difícilmente puedo darles; pues, como usted comprenderá muy bien, con el solo hecho de asistir a una sesión de clausura, no me he relacionado bien sobre la cuestión. Por esto me tomo la libertad de dirigirme directamente a usted. Mis ocupaciones personales me

[78] Recuerdos personales del autor y *Vida Intima*, págs. 76-78.

impiden ir estos días a visitarle; pero, como dentro de algunos meses, estaré más libre, quisiera saber desde ahora, si me podría Ud. recibir para documentarme más a fondo. Entre tanto, le agradecería mucho, me respondiera en la forma que le fuera posible, las siguientes preguntas: ¿Cuál es el objeto de vuestro movimiento? ¿Cuáles son vuestras relaciones con la A.C.J.B. (Asociación Católica de la Juventud Belga)? ¿Cuales son los programas y estatutos aprobados por el Congreso? El Reglamento propuesto por el Boletín de dirigentes (n. 7) ¿fue íntegramente aprobado? ¿Lo fueron las iniciativas consignadas en el mismo Boletín...? □ El Secretario de la JOC contestó en seguida, y el H. Pro tuvo con él un interesante intercambio epistolar en el que finalmente le dice: "No conozco nada hasta ahora que sea más cabal y fecundo en promesas que vuestro movimiento". Por esos días estaba escribiendo un artículo para una revista, artículo que, según parece, no llegó a publicarse. Probablemente quedó en borrador debido a la proximidad de las ordenaciones; pero sobre todo, por la enfermedad que se le agravó mucho, poco después. Juntamente en una serie de cartas, ya en serio, ya en broma, según los destinatarios, iba prosiguiendo sus encuestas sobre cosas relacionadas con su trabajo de preparación social, a los Padres y Hermanos que pensaba podrían ayudarle, orientarlo, comunicarle algo de luz. Rebosaban dichas cartas humildad y ocurrencias, en medio de los serios negocios de que trataban. A unos los informa sobre sus observaciones personales acerca del movimiento obrero belga; a otros les comunica reseñas adquiridas en sus lecturas de revistas sociales; a otros les cuenta diversas conversaciones habidas con los Padres y Directores más notables, con quienes ha podido charlar algún rato y de pasada. Entre tanto, respecto de su vida interior, dice el Padre Portas: "El empeño en

tomar parte en los pequeños trabajos de la Comunidad, la exuberancia con que alegra a toda la casa habrían podido hacer suponer que su sencilla caridad carecía de mérito. Sus compañeros no supieron durante mucho tiempo, los esfuerzos violentos que debía imponerse el H. Pro para conservar siempre su buen humor. Las violentas crisis de estómago que padecía desde tantos años antes, lo torturaban; muchas veces tenía que abstenerse de todo alimento; y sin embargo, jugaba a la pelota con los Padres americanos de la casa. "Era, decía el H. Pro riendo, la lucha de Calles contra Coolidge". [79]

Mientras tanto, el Padre Crivelli no perdía de vista, desde México, al H. Pro. A 23 de julio de ese año, 1925, escribe al P. General una importantísima carta, en la que pinta muy al vivo el retrato sicológico y moral del Hermano: "La enseñanza de la Religión, le dice, se hace cada día más dificultosa. El Gobierno hace de modo que sea imposible a las clases obreras asistir durante la semana a las clases de catecismo, y prácticamente los obliga a dar su nombre a un sindicato que no respeta ley ninguna, ni se detiene ante ningún crimen... La ciudad de Orizaba es uno de los principales centros del comunismo militante. Aquí es a donde enviaré al H. Pro cuando llegue la ocasión. En esta ciudad el gobierno se incauta con toda tranquilidad de la propiedad particular, y exige aún las contribuciones, ¡desgraciado el que se niegue a pagarlas! La vida de los católicos se ha hecho intolerable: es de todo punto imposible reunir a los obreros y aún a sus hijos para enseñarles el catecismo. ¿Se trata de abrir la puerta de una Iglesia? los obreros comunistas tiran en seguida unos cuantos cohetes, pues esta es la contraseña convenida entre ellos para

[79] Portas, pág. 58

juntarse todos en reunión, y cualquiera que falte a tal reunión, tiene que pagar una multa elevada. Los Agentes del sindicato obrero, además, recorren la ciudad, vigilando si enseñamos el catecismo; pues los obreros que habitan las casas construidas por el sindicato, se arriesgan a ser linchados por ellos si permiten que sus hijos o hijas asistan al catecismo. La pérdida de la habitación, implica también la de empleo.

"Yo no encuentro fácil remedio. Pero permítame que haga una proposición a V. Paternidad. Está estudiando ahora Teología en Enghien, Bélgica, el H. Pro, pues lo envié allá para que en las vacaciones pueda dedicarse un poco al estudio de las cuestiones sociales. En realidad de verdad, no es el H. Pro un hombre dotado de extraordinario talento; pero ciertamente entre los que envío allá, es el de más sentido práctico... Es un buen religioso, y como nacido, por decirlo así, para dedicarse a los obreros. Largo sería decir las causas que me mueven a decir esto... Me ha pedido permiso para vivir y trabajar durante las vacaciones con los obreros. Claro está que dejo la decisión en manos de los superiores del Colegio de Enghien. ¡Ojalá se pudiera acceder a su petición! Los Padres jóvenes de nuestra Provincia que se están formando en cuestiones sociales, constituirán como un grupo de directores que podrán formar después otros. Pero este proyecto estupendo no puede llevarse a cabo en seguida, y por otra parte las necesidades actuales urgen. "Es, pues, necesario de todo punto aquí, ahora, un hombre popular entre los obreros, que tenga trato familiar con ellos, que sepa adaptarse a sus costumbres, que no sólo en sus sermones, sino hasta en su manera de hablar y conversaciones los atraiga; un hombre que sepa infiltrarles y conservarles el buen humor; que los entienda y a quien ellos puedan acudir gustosos y sin embarazo. Aquí él trabajará muy

bien, pues, aunque los obreros mexicanos, en su mayor parte, están inficionados de malas doctrinas, sin embargo, el amor a su religión y la piedad están profundamente arraigados en sus corazones". Hasta aquí el P. Crivelli. No se conoce lo que el P. General respondió. Muy probablemente aprobó el plan. De todos modos lo que interesa de la carta del P. Crivelli es el retrato que hace del H. Pro.

Las fechas para las ordenaciones quedaron fijadas; y el 19 de julio de 1925 Mons. Rasneur confirió en Enghien el subdiaconado; el 25 del mismo mes, Mons. Gibelet el diaconado; y finalmente, el 30 de agosto de 1925, Mons. Lecomte el Presbiterado. Y el mes largo que hubo entre el Diaconado y el Presbiterado, lo aprovecharon los Superiores para las vacaciones anuales de los Teólogos. Fueron éstas en Warelles, con bastante pobreza porque la casa de campo no era a la moderna. Pero el H. Pro aprovechó admirablemente esos días. Un lago diminuto le trae a la memoria el gran lago de Nicaragua. Pero ahora todo es alegría y acciones de gracias. Recorre también los bosques, verdaderos jardines en comparación de las montañas de Concepción del Oro. "Pero sobre todo, anota uno de sus biógrafos, permanece largas horas en la capilla de la casa". Y añade que en Warelles el H. Pro, a punto de ordenarse sacerdote, con frecuencia se ejercitaba en la liturgia de la celebración de la santa Misa. Y por lo que hace a su vida interior, Marmoiton escribe, "Sus males de estómago lo atenaceaban y le hacían penosas y difíciles las clases, y las noches mismas que muchas veces pasaba sin dormir... Con frecuencia se le encontraba de rodillas en la capilla, con la mirada clavada en el tabernáculo. Pero aun en las clases, en el recreo mismo, el Amigo Divino no se apartaba jamás de él. Era el Huésped habitual de su alma. El H. Pro había gustado profundamente las conferencias que

en enero de 1925 dio sobre esta materia, que tanto amaba, el P. Raúl Plus, S. J.: la inhabitación de Dios en nosotros. Por su cuenta emprendió la lectura en francés del librito "Dios en nosotros", como una introducción a las clases sobre la Santísima Trinidad. Entonces y también después en adelante, hará el P. Pro de este dogma consolador el alimento de su vida espiritual." [Marmoiton]

Aun en esos días de descanso, su inagotable caridad encuentra el modo de ejercitarse. Se constituye en correo de sus conteólogos, a fin de que ellos puedan mejor descansar sin semejante cuidado. Va diariamente a Enghien: "Yo", escribe a uno de los jesuitas de Sarriá recién ordenado también, que andaba por Comillas, España, "voy y vengo todos los días a Enghien, llevando a los *messieurs* teólogos la correspondencia. Esto da ocasión a que por el camino me moje el agua que no cesa... y llegar hecho una sopa a esta deliciosísima casa de campo". Unas líneas del P. Marmoiton hacen ver cuál era el género de vida que llevaba el H. Pro en la casa de campo. "El primero de agosto, dice, los escolares parten para sus vacaciones a la casa de campo de Warelles, situada a cuatro kilómetros de Enghien. Como de costumbre derrama en torno alegría, toma parte en las excursiones, se entretiene en remar sobre un diminuto lago humorísticamente denominado *La Sapería* y se multiplica en servicio de todos. Habiendo tomado sobre sí el cargo de Jefe de Correos, cada día va y viene entre el Escolasticado de Enghien y Warelles, lo que le da ocasión de mojarse con aquella lluvia que no cesa en ese 'país de todos los diablos"; y de regresar calado hasta los huesos. Como va con frecuencia a Bruselas, se le hace multitud de encargos que

despacha concienzudamente, excepto cuando le pasa por la cabeza la idea de alguna pillería." [80]

Terminadas las vacaciones en Warelles, regresaron los teólogos a Enghien y comenzaron los Ejercicios preparatorios para el Presbiterado. No ha quedado ni siquiera una línea del trabajo de Dios en el alma del H. Pro durante esos días. Pero lo pinta al vivo lo que dice de él el P. Portas. "Estando gravemente enfermo, pasaba de rodillas largos ratos, muy cerca del altar, con el rosario en la mano, el cuerpo derecho y sin apoyo, los ojos fijos en el sagrario, sin moverse, en profundo recogimiento". Nada escribió, o, si algo escribió, sin duda lo destruyó cuando hubo de regresar a su patria, ya en plena persecución religiosa. Anhelaba ciertamente ser tenido por uno de tantos y aun menos, porque él así lo pensaba y estaba de ello persuadido. [81]

La ordenación sacerdotal es la primera ocasión en que nos encontramos de nuevo al valiente H. Pro envuelto en lágrimas,

---

[80] Marmoiton, págs. 89-90.— Recuerda ahí este Padre una de las salidas del H. Pro, en que, como ya lo hemos dicho, a veces se extralimitaba llevado de su temperamento. "Cierta vez, dice Marmoiton, uno de los Hermanos le dúo: "Me trae el Eco". Se sobrentendía el de París. Lo pidió en efecto en Bruselas el H. Pro. Pero la despachante, sin fijarse en que se trataba del gran diario de París, le entregó el "Eco de la Bolsa". El H. Pro se dio cuenta del equivoco; pero, sin embargo, tomó la hoja atiborrada de cifras; y por la tarde, con unas sonrisa pícara, entregó el periódico al que se lo había encargado; e inmediatamente escapó frotándose las manos".

[81] Semejante persuasión fue constante en el P. Pro.— Así, cuando ya estaba en sus ministerios en México “supo un día, dice Vida Intima en la pág. 183, que una lengua maldiciente le había acusado injustamente con su Superior; y en vez de contristarse, se puso a saltar de alegría como un niño a quien dan un regalo largo tiempo deseado: ¡ahora, exclamó, por fin me voy a parecer un poco a Jesucristo! Y no quiso disculparse".

desde la despedida de su madre en Saltillo, y las de sus hermanas religiosas en Aguascalientes y de su padre en El Llano. Las impresiones para su corazón sensible son excesivamente profundas y grandes: "Contra todas mis propósitos, escribe al P. Alfonso Almaguer, contra lo que yo esperaba de mi naturaleza fría y dura, no pude impedir que el día de la ordenación y al momento de decir con el obispo las palabras de la Consagración, las lágrimas salieran hilo a hilo y que mi corazón dejara de golpearme el pecho con saltos inauditos". [*Vida Intima*] La fina sensibilidad del H. Pro, misterio escondido para muchos que no lo conocieron íntimamente, se desquita, por así decirlo, en esos días, echándose sobre la firmeza de su carácter y manejándola a su antojo: "¡Oh vanos y mezquinos pensamientos humanos!" continúa. "¡Cómo no valen nada cuando Dios obra en nuestras almas! No voy a decirles lo que pasó en mi interior. Después de la primera imposición de las manos del obispo, nos arrodillamos y todos lo sacerdotes pasaron imponiéndonos las manos, ceremonia diferente de Sarriá. El listón con que nos ataron las manos no es, como allá, regalo de la propia familia, sino un pedazo de lino igual para todos. Y estas son las únicas diferencias que me contaron después en recreo. La ceremonia duró tres horas. Ud. me dice que esas cosas se sienten y no se dicen, porque no hay palabras para manifestarlas; y es verdad, y más verdad después que las he experimentado. ¿Cómo va a decir el pensamiento la suave unción del Espíritu Santo que siento, palpo, toco casi con mis manos, inundando a mi pobre infeliz alma de barretero, de dulzuras de cielo y alegrías de ángeles? ¡Bendito mil veces el que tales consuelos nos da y el que nos ha elegido y llevado, a pesar de nuestra resistencia, a la más alta sublime dignidad que hay en la tierra!

"Yo sé decirles (se refiere al adorno del altar) que sólo vi al Obispo que me ordenaba y que no me di cuenta de nada que no fueran la ceremonias... Me fui a mi cuarto, prosigue, coloqué sobre mi mesa los retratos de mi familia y la bendije con toda mi alma; después bendije a mis otros hermanos en Religión, que ese día estaban unidos conmigo en espíritu, de quienes he recibido tantos bienes; y finalmente, mi tercera bendición fue para las almas que Dios me tiene señaladas que le salve y entre quienes debo trabajar. Después de un ligero desayuno (eran las once y quince minutos), fuimos a la huerta para bendecir a la Comunidad, recibir el besa-manos y el abrazo. Yo comencé muy valiente, pero al tercero volví a sentir que el nudo en la garganta me apretaba demasiado y... vuelta a jirimiquear cuando el que estaba en cuarto lugar me preguntó si había venido mi madre. ¡Dios se lo perdone!".

Acerca de la primera misa dice: "El resto del día (de la ordenación de presbítero) lo pasé... yo no sé cómo. No tenía cabeza para nada y me fui a una capillita a hablar con Nuestra Señor, pues sentía necesidad de desahogarme. Creo que pasé toda la tarde. Pongan Uds. cuatro horas o cuatro minutos, que yo no tenía noción del tiempo... Amaneció el dichoso día 31... A las siete comencé la misa en la capilla de San José... Al principio un poco cohibido, pero después de la consagración con paz y alegría de cielo". "Duré 32 minutos y a juicio de los asistentes la dije como un Padre antiguo (para algo la había ensayado tanto)." Se la ayudó un Hermano húngaro y tuvo media docena de asistentes. Por la noche —sigue contando él mismo— soñó que se encontraba en la capilla de la Cartuja (en Granada de España), y que daba la comunión a sus padres y a los teólogos de Sarriá. Compañeros de ordenación fueron 21 diáconos, entre los que había 17 franceses, muchos de los cuales se estaban preparando para ir a Madagascar o a China,

un holandés y tres americanos, uno de los cuales era de los Estados Unidos, otro del Brasil y el H. Pro, mexicano. Como en esos días estuviera hospitalizado su compañero, el otro mexicano José Amozurrutia, y no hubiera podido ordenarse, el día siguiente de su primera misa el P. Pro. fue expresamente a darle su bendición de neo-sacerdote y a celebrar para él la misa a Bruselas. Refiriéndose a esto, escribía: "Para mí fue un contratiempo que no se ordenara el H. Amoz, pues me encontré solo y aislado en esos grandes e inolvidables días, en que el Señor quiso manifestar tan admirablemente su infinito amor y misericordia que encierra en su Corazón divino."

Una vez ordenado sacerdote, se siente otro totalmente, sobre todo en la parte espiritual. Pero su vista continúa clavada en su formación social. Ha comprendido que las cuestiones sociales requieren un estudio profundo y abarcan muchas materias; y por lo mismo determina entrarse por ese bosque en donde los más grandes hombres de Europa andan aún haciendo exploraciones y tanteos. Nada tan a propósito para esto como una temporada de trabajo en la *Action Populaire*. Traza sus líneas; y al tiempo que atiende intensamente a su preparación para el sacerdocio y a la caridad debida a su compañero, el H. José Amozurrutia, cuya salud va desmejorando, se da maña para arreglar unos días de estancia en dicha institución. Con su acostumbrada humildad escribe luego desde París, a donde por fin ha logrado ir, el 4 de septiembre, al H. Coadjutor José Frías, de la Provincia de México, quien lo felicitaba por su ordenación sacerdotal y primera misa: "He venido ocho días a París, a la *Action Populaire*, a orientarme un poco y llevar caudal de trabajo para el año. Estoy aquí abrumado de trabajo y no he tenido tiempo de pasearme por estos grandes boulevares, ni siquiera de ir a la Exposición de Artes Decorativas. Con todo, me he

dado una escapadita para ir a decir misa a la Capilla donde nuestro santo Padre hizo sus primeros votos. Apliqué la misa por nuestra Provincia..." Ahí se ve en el libro de Misas, la elegante firma suya.

La distribución de tiempo que se impuso, nos la describe uno de sus biógrafos el P. Dragón así: "El horario de estas jornadas de estudio era muy sencillo. Por la mañana celebra la misa en los santuarios más célebres de la ciudad. Lo restante del tiempo lo empleaba en trabajar en la biblioteca o en consultar a los Padres sobre asuntos interesantes. En una libreta transcribía de su mano la bibliografía de autores escogidos sobre cuestiones sociales. La lista está ordenada alfabéticamente. En la lista se encuentran todas las obras de Lenin. Toma lista de unas 15 revistas comunistas, publicadas en Francia. Resume por escrito las ideas recogidas en sus conversaciones con los Padres de la *Action Populaire*". (*Vida Intima*)

Es muy de notar la amplitud de miras con que va ensanchando sus horizontes. "Debemos persuadirnos con humildad, escribe en sus apuntes, de que somos jefes en nombre de la Iglesia, no sólo en materias religiosas, sino también en cuestiones sociales. Debemos formar la opinión, ensanchar los horizontes, mirar por el futuro, trabajando siempre a honra de la Iglesia. No nos limitemos a un ministerio estrecho. El sacerdote que se contenta con unas cuantas almas, puede ser bien intencionado, pero tiene espíritu de sacristán. Imitemos a nuestro santo Padre Ignacio que fue verdadero revolucionario, un innovador en el buen sentido de estas expresiones. Muchas cárceles padeció con ocasión de sus sermones y doctrinas que fueron tildadas de novedades. Necesitamos hombres de la talla de los Gibbons y Manning, de ideas netamente católicas, a la vez que hombres de ideas políticas

amplias... Debemos hacer política, sin ser políticos..." (cita de Dragón).

El hombre apolítico, nacido de padres sistemáticamente apolíticos y perennemente apartados de la política de su país, abre los ojos: hay dos clases de políticos, una que se revuelve en el bajo fango de las pasiones y otra que se cierne en las alturas de los principios. Esta segunda sí toca a la Iglesia y al sacerdote. Y por no ejercitarla yacen muchos pueblos a veces en la abyección. El P. Pro continúa: "En México el nivel intelectual es bastante bajo; es necesario levantarlo. Para esto hay que formar al clero, a los católicos, a los obreros; preparar núcleos selectos, estudiar, orar..." Francamente nunca en los años anteriores habíamos oído al P. Pro expresarse en formas tan universales y elevadas. Indudablemente se iba compenetrando cada vez más de las inmensas responsabilidades del sacerdote moderno respecto al obrero.

"Los socialistas", continúa en sus apuntes, "se interesan más que nosotros en la suerte de los obreros. Las masas populares lo saben y lo ven… y de ahí las consecuencias. Debemos hablar, gritar contra la injusticia, pero tener confianza, no miedo. Proclamemos muy alto los principios de la Iglesia, el reinado de la caridad, sin olvidar, como algunas veces sucede, el de la justicia..." Sigue luego un paralelo magnífico entre el comunismo y el socialismo: ambos van al mismo fin, se diferencian en los métodos. Pero el socialismo lógicamente prepara el camino al comunismo. Termina el paralelo con una visión penetrante de la realidad: "El comunista tiene una sinceridad brutal, está movido por un odio salvaje, y está dispuesto a derramar su sangre en aras del triunfo. El socialista busca las formas, se da cuenta de que es necesaria una transición". Es manifiesto que el P. Pro se ha levantado a

niveles muy superiores. Era un alma grande que por fin emprendía el vuelo. Ponía esfuerzos de héroe. Y cuando tiene que visitar los Centros e Instituciones, nada le distrae su atención ni le quita su tiempo: para él no hay paseos, diversiones, curiosidades; y puede decir con toda verdad lo que Pablo, cuando cruzaba con plena indiferencia delante de las opulencias de Roma y de las artes de Atenas y las delicias del Asia Menor: *Caritas Christi urget nos* (la caridad de Cristo nos empuja).

Apenas vuelto de la *Action Populaire*, obtiene un nuevo permiso. Esta vez se trata de una Semana Social de la JOC. Se celebra en Faytlez-Manage, Bélgica. Acudió allá, y durante los días 23 y 24 de septiembre asistió o cuatro conferencias dadas por el P. Rutten, O.P.; y el 25 y 26 tomó parte en el Congreso o Semana Social de los jocistas. Volvió encantado y con mayores bríos, si fuera posible. Escribe sus impresiones: "me hice amigo íntimo del dominico P. Rutteo, en quien no sé qué admirar más, si su saber o su virtud. El me citó para Bruselas, cuando yo pueda disponer de tiempo, para mostrarme toda la inmensa obra de sindicatos y patronatos, cuyo Secretariado Nacional se encuentra en Bruselas. Hablé con muchos prohombres de la cuestión social obrera; curas, canónigos y jesuitas por un lado y seglares por otro. Me hice amigo de los obreros..."

Volvió el P. Miguel al teologado rebosante de entusiasmo. Pero... eran otros los planes de Dios. De nada le iban a servir sus apuntes, viajes y proyectos. Debía quedar reducido a la nada, como el grano de trigo del Evangelio; y su patria iba a entrar en una de las más sombrías épocas de su historia.

Capítulo X

REDUCIDO A LA NADA (1925-1926)

Hay en el Evangelio una frase de un sentido apostólico profundísimo: *Si el grano de trigo, caído en tierra, no muere, permanece solo; pero si muere produce abundante fruto* (Jn XII, 24). Debía el P. Pro quedar reducido a la nada humanamente para que sobre tal fundamento edificara la gracia. Comenzó, tras de sus excursiones sociológicas, el cuarto Curso de teología el primero de octubre de 1923. Pero, al apretar el invierno, aquella salud de tantos modos quebrantada por el alma indomable, cedió por fin del todo. En ese mismo mes se vieron los Superiores obligados a enviarlo a la Clínica de Saint-Remy, con el objeto de obtener una serie de análisis y radiografías. El permanece tranquilo: no tiene miedo "de nada, ni de los bisturís". Sin embargo, por razón de sus ideales, se decide a hacer una novena a su Santa protectora, Teresita de Lissieux. Ella en esta vez no accede.

El ideal ha cobrado fuerzas admirables en el alma del P. Miguel. Todavía a fines de octubre, suplica al P. Subtil decirle cuál será el mejor campo para unos ministerios breves con ocasión de la festividad de Todos los Santos: si Reims o Donai o Valenciennes. "Bien sé, le dice, que los obreros de esas ciudades son difíciles, y que hay entre ellos más anarquistas que buenos cristianos. Pero esto no me detiene, ya que en México tendré el mismo auditorio; y es menester desde ahora empezar a tratar a estas simpáticas personas". ¡Ilusiones! El 3 de noviembre el doctor

Hage Mayer diagnostica una úlcera en el estómago con estrechamiento del píloro. Es necesario internarse en la Clínica.

La Superiora de la Clínica, por sólo el aspecto del P. Pro, ya se lo había pronosticado. Pero el P. Miguel apostó una misa a que no era necesario internarse. Perdió la apuesta y así lo comunica a la Superiora: "Y puesto que Ud. con tanta caridad se esforzará en devolverme la salud, pida también al Buen Dios que la emplee toda entera en su servicio, pero trabajando por el mundo obrero y proletario". ¡Antes que nada su ideal! Sin embargo, la profunda vida interior que lleva le hace fácil incluso renunciar a sus ideales que tantos sacrificios le han costado ya, si tal es la voluntad de Dios. Al Padre Bouvy, Director espiritual de Enghien, le dijo: "No tengo miedo a los padecimientos físicos". Y a un grupo de amigos: "¡Estoy dispuesto a morir en seguida!". Se armó con un Tratado de teología dogmática, con otro sobre El Sacerdote en el altar y con un Epítome del Instituto de la Compañía de Jesús, además de un buen diccionario de la lengua francesa; y así salió para la Clínica de Saint-Remy, puesto en las manos de Dios y sin otra preocupación que la de continuar su santificación personal.

Y desde que entró por aquellas puertas, el buen humor entró con él. Las Religiosas no acababan de admirarse. Para el P. Miguel no existían ni penas ni dolores: era, como dirán después otras Religiosas, "el niño mimado de Padre Dios". De él testificaba el P. Couvreur: "Oraba casi todo el día y parte de la noche... y cuando había orado se sentía como nuevo".[82] La mínima operación tuvo lugar el 17 de noviembre. El P. Miguel escribía después: "Todo el estómago era una gran úlcera con sangre..."

[82] Vida Intima, pág. 94. — Portas advierte: La fuente de donde sacaba la fortaleza y energía necesarias para sufrir, para obedecer, para sacrificarse alegremente par los demás era la oración (pág. 77).

"De perillas para ofrecer algo a Dios. Contentísimo *in otroque homine* (i.e corporal y espiritualmente). ¡Gracias a Dios!". Pero la enfermedad se fue alargando mucho. El 5 de enero fue necesaria otra operación. El 21 del mes escribía el P. Miguel al P. Cavero: "La herida no se cierra, la sangre sale en abundancia, la convalecencia se prolonga, mi año de teología corre peligro de perderse... ¡Bendito sea Dios por todo! Él sabe el porqué de estos trastornos y yo me resigno y beso la mano que así me hace sufrir... *In manibus tuis sortes meae*" (en tus manos está mi futuro).

Dura fue la prueba. Pero le estaba reservada otra mayor. Había ido teniendo al tanto de su enfermedad a su familia; y su santa madre hizo de nuevo el ofrecimiento de su vida para que se salvara la de aquel apóstol. Afirma uno de sus biógrafos: "Diciendo la señora de Pro que su misión sobre la tierra era ya acabada, a la hora de la consagración de la misa se ofreció solemnemente por el P. Miguel que empezaba entonces su ministerio sacerdotal; y muy consolada aseguró que nuestro Señor la había escuchado, Al saberlo el P. Pro escribió muy adolorido, asegurando que a su madre la oía Dios, y temiendo, por lo mismo, un fatal desenlace. Efectivamente, pocos meses después, la piadosa y heroica madre pasó a mejor vida, sintiendo solamente no haber recibido los Sacramentos de manos de su hijo. Pero, reaccionando ella contra este natural sentimiento como una falta de generosidad con Dios, dijo: "El Señor quiere conservar la vida de mi hijo para que le salve muchas almas;" y con la sonrisa en los labios entregó la suya al Creador el día 8 de febrero de 1926. "El P. Miguel, que amaba indeciblemente a su madre, la lloró tiernamente y nunca dejó de invocar su protección cerca de Dios, diciendo que la sentía palpablemente". (*Alborada*, pág. 8)

Al P. Cavero le escribió: "El día 10 recibí el cable que me anunciaba que el 8 había muerto mi madre. Una carta, recibida providencialmente dos días antes, me había preparado, pues en ella se me decía que un cáncer en el estómago con ramificaciones por el hígado y el corazón, había quitado toda esperanza a los médicos. Esa carta era del 16 de enero. El golpe era muy duro: mi única ilusión de volver pronto a México y dar la comunión a mi madrecita, se desvanecía. Por la noche, teniendo el crucifijo como único consuelo, lloré mucho... Pero., en medio de mi pena sentía un gozo inmenso, una consolación interior muy grande y una convicción profunda de que madre ya no necesitaba de mis oraciones, que gozaba ya de Dios, que ya era dichosa por toda la eternidad. Y en esa hora sentí como si mi madre estuviera a mi lado, como si me abrazara y me bendijera. Sentí que me consolaba, haciéndome levantar mis ojos y mi corazón al cielo, en donde Dios dispone todas las cosas, todas por nuestro bien... ¡Dichosa mamacita mía! cuántas gracias va a conseguirme de Dios para mi santificación, para mis ministerios, para mis estudios...". (*Vida Intima*) Y estos sentimientos le acompañaron hasta el día de su martirio, como puede verse por sus cartas.[83]

La operación del 5 de enero fue muy dolorosa, con "muy grandes dolores que aún no terminan", escribía el 21 de febrero. El 8 de febrero, nueva operación. Permanece aún en Saint-Remy hasta el 6 de marzo en que al fin logra ponerse en pie y es enviado a Hyéres. De esa temporada, 17 de noviembre de 1925 al 6 de marzo de 1926, hay una cantidad de cartas, todas festivas, todas llenas de un sano humorismo cristiano y de mil ocurrencias.

[83] Su mamá le escribía poco antes de morir: "¡Yo cada día estoy más vieja! Temo que no me encontrarás ya en este suelo cuando regreses a México... Yo creo que Dios me pide el sacrificio de no verte jamás en el altar".

Solamente aquellas en que comunica la noticia de la muerte de su santa madre o da gracias por las oraciones que por ella se han hecho, están escritas en serio: ahí es en donde está el verdadero P. Pro, sin el follaje estudiado y artificial que lo encubre en las otras. Decimos encubre, pero no es la palabra propia, porque apenas lo vela un poco para quien sepa leer entre líneas: sus sentimientos delicados, su piedad, su celo, su humildad sobre todo, despiden perfumes entre esa hojarasca: mucho puede leerse entre líneas, excepto los íntimos y secretos tratos con su Dios. Este santuario permanece inviolablemente cerrado a los ojos profanos.

No está de más hacer notar con esta ocasión, que, en cuanto se pueden encuadrar las manifestaciones del humorismo del P. Pro, parece que son principalmente tres que constantemente se repiten: la primera es una forma de auto-bombo, ponderando hiperbólicamente sus cualidades, su persona, su presentación y echándose piropos a sí mismo. La otra es el saber reírse precisamente de aquellos a quienes mucho estima, cargándolos de epítetos burlescos, v.g. "monjas endiabladas" o "brujas de profesión", etc. Pueden verse juntas ambas manifestaciones en la carta al P. Quintero, de fines de mamo de 1926. "Y de Herodes vine a Pilatos, es decir de monjas de clínica, con velos negros y tocas blancas, vine a monjas de clausura de tocas rojas y hábitos blancos. Y el sujeto del verbo venir soy yo: ¡soy yo el amigo de anarquistas, el admirador de los borrachos, el patrón de las verduleras, el ídolo de las criadas greñudas y mitoteras...!" La tercera manifestación es la que más ha desconcertado a no pocos. En el correr de la pluma, el H. Pro y el P. Pro usan a veces expresiones excesivamente populares y aun bajas, sin llegar nunca a cosa de pecado. Provino esto, sin poder dudarlo, de su ansia de adaptación al medio en que anhelaba desarrollar sus ministerios.

Semejante manifestación, dado el carácter del P. Miguel, incluso caía bien a los de su apostolado, aunque en diversas ocasiones le mereció advertencias de los Superiores y aun de algunos de los compañeros.

Un dato interesante y revelador a este propósito es el que más arriba queda consignado. El Provincial, Camilo Crivelli, no sólo no se escandalizaba de las famosas salidas de carácter, de la exuberancia temperamental y de los modos de hablar del H. Pro, sino que vio en todo esto las señales de una vocación providencial que trató de aprovechar para las difíciles circunstancias del trabajo entre los obreros de Orizaba. Para conservar la residencia jesuítica de esa ciudad era necesario encontrar un hombre decidido al martirio y al mismo tiempo apto para la empresa; y el P. Crivelli, precisamente por esas manifestaciones temperamentales, juzgó que el hombre a propósito era el P. Pro. Dicho de otro modo, lo que para algunos era piedra de escándalo, para el P. Provincial era precisamente la preciosa cualidad necesaria para la más arriesgada de las empresas jesuíticas en México en aquellos días. Por lo demás, es necesario respetar semejante mezcla de obrerismo de barrio con los notables dones de piedad y fervor que el P. Pro poseía, aunque no sea para otros recomendable.

Salió, pues, de Saint-Remy hacia la Costa Azul, el 6 de marzo, a una casa de convalecencia en Hyéres. En Saint-Remy lo habían atendido las religiosas josefinas "Hermanas de San José", cuya Casa-madre estaba en Saint-Jean-de-Maurienne. Lo había examinado y atendido el Doctor Hage Mayer, que fue quien diagnosticó la úlcera estomacal con estrechamiento en el píloro. Lo examinó en Bruselas. Los recuerdos que el P. Pro dejó en la mencionada clínica fueron dobles, como era doble su personalidad.

De broma eterna y de perpetuo buen humor por una parte, y por otra de fina espiritualidad. Nueve años después escribía la Hermana enfermera que lo había asistido: "La piedad del Padre nos maravillaba extraordinariamente. En el altar parecía no estar sobre la tierra. Lo consideramos como uno de nuestros mejores protectores. A él encomendamos nuestros queridos enfermos". (*Vida Intima*)

Tampoco el P. Pro se olvidará de aquellas excelentes Religiosas. Desde Lourdes, ya de salida para México, escribió a la Superiora y le aseguraba haberla encomendado juntamente con toda su comunidad, a nuestra Señora. Y a la Madre General de las mismas Religiosas, escribió despidiéndose: "Que el Espíritu Santo se digne colmarla de sus gracias para el desempeño del difícil cargo que le ha sido confiado. Estos son mis deseos, antes de salir; y esto es lo que pediré a Dios cada día en la santa Misa. Me permito incluir varias cartas junto con ésta. Le ruego con instancia que las lea y no las dé a sus destinatarios sino en caso de juzgarlo prudente. Usted comprende por qué circunstancias he tenido que ocuparme de tales negocios. Pobre sacerdote sin experiencia, he procurado hacer el bien en la medida de mis pequeñas posibilidades; pero ¡ay! no puedo hacerlo sino en una lengua que conozco muy mal. Me encomiendo a sus santas oraciones y le agradecería que pida a su fervorosa comunidad una Ave María por mi viaje y futuro ministerio." (*Vida Intima*)

La Villa de Costa Azul donde fue a convalecer el P. Pro se llama "Sainte-Marie-des-Anges". Atendían la casa de convalecencia Religiosas Franciscanas, casa situada en Hyéres. El P. Pro se dirigió allá acompañado del P. Lenguen, compañero de estudios y también enfermo. Era propiamente una pensión familiar.

Apenas llegado a ésta, pidió permiso para celebrar la misa que se decía más temprano, con el objeto de que los otros sacerdotes pudieran descansar más. En seguida ayudaba las misas de los otros. Decía: "¡Oh! ¡yo quisiera ayudar todas las miras que se celebran!" Muy pronto se entrega a pequeños ministerios, en los que siente el auxilio de su madre: "Desde el cielo", decía, "ella trabaja conmigo para salvar almas".

Durante su estancia en Hyéres, algunos de sus compañeros de Sarriá Padres y Hermanos, se empeñaron en arreglarle que fuera a convalecer a tierras españolas, de clima más suave. El P. Pro, entre bromas y veras, se negó en absoluto, por no hacer ese gasto, pues era pobre y "no estaba obligado a tomar medios extraordinarios". Por otra parte, lleva sus padecimientos con suma alegría: "Le bon Dieu, como llamarnos nosotros los franceses a nuestro Padre Dios —escribe a un compañero de Sarriá—, se complace en hacerme olvidar los achaques corpóreos, dándome ocasión de divertirme en grande". Así escribía a 24 de abril desde Hyéres a los "Carísimos in Xto. HH. Martínez, Valdés, Campos, Escalante Pulidoque" (y Pulido), precisamente a las dos de la mañana, en un insomnio tenaz; y desde su alcoba de enfermo los invita a dar un paseo con la condesa de Leauteaud. Sigue la narración pintoresca, llena de sal y buen humor, de esa entrevista.

Mención especial merece el acto de religiosa pobreza que queda indicado. El H. Benjamín Campos, uno de sus más íntimos compañeros, cuando supo que el P. Pro iba a Hyéres de convaleciente y para ver si acaso allá lograba reponerse de salud, tuvo la caritativa idea de proponer al P. Provincial, Juan Guim, y al P. Rector, Crexans, de la Provincia de Aragón, que el P. Miguel fuera a Sarriá, a un mejor clima. Ninguno de los dos Padres tuvo en

esto dificultad. Únicamente el P. Rector insinuó que si el P. Pro necesitaba de alguna asistencia especial de un H. Coadjutor, que no podía comprometerse, pues no había coadjutores disponibles. Con esto, el H. Campos le escribió a Hyéres rogándole instantemente que le dijera con toda claridad el estado de su salud y lo que le hiciera falta, con el deseo de ayudarle en cuanto le fuera posible. A 20 de abril le contesta con una larga carta que vale la pena copiar casi íntegra, porque a través de sus líneas se retrata el P. Pro mejor que lo podría hacer cualquier descripción.

"¡Me valga San Cuilmas el petatero! ¡Pos mira tú dónde me salió la fortuna! O mejor dicho: pos ora sí que sacaste la tripa de mal año. ¡Campitos, el espléndido, el generoso, el liberal, el mani-roto, el *expléndido!* ¿Que qué necesito? ¿Que a vuelta de correo se lo diga? Volví mis ojos con toda modestia a mi banderillada humanidad; y hermanando la necesidad con la prudencia, me dije: Tú necesitas, Miguelito hermoso, tres pares de guaraches, un sarape, dos chaparreras, cuatro balsonfarrias, un güicho!, un morral, cinco cotenses, una faja, dos cuchillas zapateras, una vigüela y tres riales y cuartilla pa' puro quiote y muéganos. Me froté las manos, eché un respingo, escupí por el colmillo y miré de reojo. ¡La jisiste, vale! Y ¿a qué chivo le da tos? Y conste que pido con moderación... que si me dejara llevar del gusto, no terminaría la lista; ya que también necesito una botella de aceite de oso, dos libras de queso de tuna para calillas, un molinillo, dos jeringas y un frasco de linimento... ¡Ya te veo, Campitos, ensanchar las narices de puro enojado y decir en silogismo neto: Ese Pro es un tarugo. Atqui, ita est. Ergo, iam vides! Pero no te enojes, hijo mío; que si lo hasta aquí dicho es guasa, allá te va lo serio, y no te vayas de espaldas. —Ud. dice ¡necesito saber con toda precisión cómo se

encuentra y qué necesita! Me encuentro sentado... ¡Ya desbarré de nuevo...! ¡Perdón Dn. Benjamín! Ahora sí va de veras.

"Que ¿cómo me encuentro? *Spiritualiter* muy bien, pues he puesto toda mi confianza, mi anhelo, mi amor, mis deseos, mis penas y alegrías en Aquel que nos ha elegido. *Materialiter*, hay sus más y sus menos. Las dos últimas operaciones de Bruselas estuvieron mal hechas... ¡La jerraron los veterinarios y yo pagué el pato (algún día tenía que pagar). —El médico de aquí ve la necesidad de hacer la operación de hemorroides; pero, siendo más médico que cirujano, pretende atacar y vencer el mal con drogas, polvos, píldoras, cápsulas, inyecciones, cataplasmas y ungüentos, en vez de recurrir al bisturí. Si después de 10 días —me dijo—, hay mejoría, la operación no se hará. Si no hay mejoría... apechugue, hijo, con la cuarta operación.

En el primer caso, deberá Ud. seguir un tratamiento durante un año, pero en cualquier parte. En el segundo caso, irá Ud. a Toulón (villa distante de aquí dos horas), a una clínica. Han pasado los 10 días. ¿Qué resultado he obtenido? a).—Que no arrojo ya sangre —lo que me debilitaba en extremo— b).—-que comienzo a tener apetito, y c).—que duermo un poco más, es decir 5 o 6 horas cuando más, casi casi mi sueño normal. Sin embargo, los dolores no cesan, aunque no son muy fuertes; que disminuyo de peso cada semana de 200 a 400 gramos; y que a fuerza de embaular porquerías de botica tengo descarriado el estómago.

Que ¿qué necesito? 1).—Paciencia, porque de tanto gastarla ya se me está acabando. 2).—Trabajo, porque la vida de holgazanería no pega con mi carácter y temperamento nervioso. 3).—Una burra panda, para largarme de todas las boticas, hospitales, clínicas, sanatorios, médicos, monjas y enfermeras. 4).—Espíritu

de fe (si no hay burra panda), para embutir todos los menjurjes de farmacia, pues yo no creo en nada si no es en el aceite de ricino. Ud. dirá que bromeo, pero no es así. ¿Cómo diablos voy a decirle de pe a pa todo el tratamiento que sigo, si yo mismo, después de 10 días, no he acabado de conocerlo? ¡Mire Ud! Antes del desayuno 15 gotas de una cochinada amarga (N.B. hablo en serio). Al comenzar el desayuno una cápsula de belladona, valeriana y bromuro. Media hora después, 3 píldoras de taxol. A las 10, valentiniana, i.e. jugo de carne de buey comprimida. Un cuarto de hora antes de la comida, media taza de gastrocoal. Antes de la sopa, 20 gotas de indual con otra cápsula de belladona. A la sopa, hemoglobina. A la carne, magnesia y bismuto en polvo. Antes de terminar, 6 píldoras de no sé qué. Repito que no es broma. Por la tarde, más o menos la misma música. Además, supositorios de anusol 3 veces al día; fricciones o masajes, mañana, tarde y noche; inyecciones de morethyl en la mañana, de arenal (o algo así) por la tarde; hasta ventosas y cataplasmas. ¿Es esto vida? ¿Soy acaso una dama para emplear todo el día en esas jerigonzas? ¿Soy un millonario para darme esos lujos?

"¡Mire, Campitos, que le hablo con toda confianza, ya que tanto se interesa por mí: ¡pero esto es para Ud. y Martínez! Sé muy bien que la caridad de la Compañía es muy grande; sé muy bien lo que dice el calvo de Arandas (H. José de Jesús Martínez Aguirre), que Dios que da la enfermedad, da los medios para sanarla; sé muy bien lo que Ud. me dice: que somos pobres pero no arrancados. Pero... también sé que 1).—no estoy obligado a usar medios extraordinarios (más abajo se lo probaré) ; 2.—que igual gloria daré a Dios con la enfermedad que con la salud (alusión a una de las Reglas de la Compañía) ; 3).—que, sin humildad alguna, la cosa o el sujeto no merece tanto; 4).—que total, la enfermedad

no es grave, sino molesta y que si Dios la da, también dará cuajo para soportarla; 5).—que dado caso que mi burro vaya de mal en peor, yo no tengo afición desordenada a llegar a viejo.

"Ahora le probaré lo de los 'medios extraordinarios'. Ni la Moral ni la Compañía me pueden obligar a eso. Con todo, el P. Rector me dijo: lo más perfecto para Ud. es dejarse en manos de los Superiores. Una lucha terrible se libró en mi alma ante ese "más perfecto". La gracia de Dios me ayudó y... di mi brazo a torcer, i.e. sufrí con gran paz interior las tres operaciones. Ahora bien: Ud. sabe que "neque qui plantat, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus". (Ni el que planta ni el que riega sino Dios es quien hace crecer. I Cor. III-7). Es decir, que Dios no quiso que las dos últimas operaciones dieran chispa (salieran bien). Tenté el medio extraordinario y no cuajó. Ergo... dejemos a Dios que disponga todo como Él quiera, que a priori digo y lo siento ser mejor y lo mas perfecto. Aunque es secundaria la cuestión de los gastos, no por eso se ha de olvidar. Démosle el segundo lugar, pero démoselo. Y... sabe Ud. bien cuánto he gastado y cuánto gasto aquí con medicinas que cuestan mucho, con la pensión diaria, con viajes y consultas de médicos. Aunque al Hermano Martínez le dije que si esa persona generosa que pagaba mi viaje frustrado, quería enviarme unas pesetas para ir a Paray-le-Monial, en realidad no era para ir a Paray, sino para volver a Enghien. Estando el franco tan bajo, cualquier cosa que de allá venga, aquí es un capital.

"Contodo, la prudencia no lo aconsejó y yo lo ofrecí a Dios. ¿Está su mercé contento? ¡Ya verá Ud. si sirvo para periodista! Con dos ideas llené una resma de papel. En resumidas cuentas, concluyo: si Dios, a quien pido me ilumine, no me da a entender otra cosa, saldré de aquí por el 26 o 27 de éste, para Enghien.

¿Hago con esto una barbaridad? Pida a Dios que no sea así y que dirija todas mis intenciones, acciones y operaciones a su mayor gloria y a la salvación de las almas."

El Hermano Campos y el Hermano Martínez no se dieron por vencidos. Y el Hermano Campos insistió, procurando combatir las razones que el P. Pro le exponía. El P. Miguel no se dejó conmover. Le contestó nuevamente: "A todas sus divisiones y subdivisiones, razones, argumentos, pruebas, y majaderías escolásticas, puedo yo oponer puntos, comas, notas, variantes, adiciones y más grandes majaderías; ya que mi clara inteligencia me da balsonfarrias para eso y mucho más. Pero, en lo que sí me veo tamañito y desarmado es (digámoslo claro), en la caridad que Ud. derrocha en toda su carta del 22. A eso, yo no tengo sino una palabra: ¡Dios se lo pague!, pero que me sale del fondo del alma y que se repite cada día en la misa que tengo la dicha de celebrar.

"Para contestar a su pregunta: ¿Dónde le irá mejor, en Enghien o en Sarriá?, le digo que si no me va bien en Enghien, no me irá mejor en Sarriá. A España yo no puedo volver. Tengo prohibición absoluta de probar el aceite y Ud. sabe que toda la comida en España se hace con aceite. No se preocupe. Por eso juzgo que por aquí estaré mejor. El R. P. Vega (nuevo Provincial de la Provincia Mexicana desde el 12 de diciembre de 1925), me dice que pidió sitio en Florennes (Tercera Probación), para el P. Camacho. No estaré, pues, solo, dado caso que no pierda el año. Pedí dispensa del último examen. El R. P. Vega lo deja todo en manos de los Superiores de aquí. ¡Veremos! Urge que me diga cuándo se embarcan el P. Soto y el Hermano Vargas. Con ellos debe ir cl P. Amoz. Así lo escribe el P. Vega. ¡Adiós, Hermano Campos! De nuevo: ¡Dios se lo pague! Pida a Dios por mí, para

que yo no la friegue de a tiro, y para que no haga lo que Ud. me dice: no se salga con la suya *directe ni indirecte*, sino con la de Dios. Yo así lo deseo, así lo procuro y así se lo pido a El mismo. Todo lo demás es tocar el violón y ya es tiempo de que yo no lo toque."[84]

Sin embargo, la fecha de su regreso a Enghien se retrasó hasta el 16 de mayo. Mientras, se dedicó suavemente a diversos ministerios, en cuanto pudo. Ya a raíz de su ordenación sacerdotal había pedido ahincadamente al Padre encargado de señalar a los que debían decir misa fuera de casa, que lo nombrara pronto y muchas veces, sea para la parroquia, sea para el convento de las Hermanas de la Caridad, porque en esas misas se distribuiría la comunión a gran número de fieles y "eso me consuela", decía él, "de no poder ejercer los ministerios en Enghien, como los estudiantes franceses". Por el mismo celo de las almas, pidió permiso de visitar las minas de Charleroi. Hizo estas visitas, dice uno de sus biógrafos, con la seriedad de una peregrinación, oyendo las quejas, penetrando el sentido de las palabras con que expresaban los jóvenes obreros sus miserias y sus cansancios. En cuanto a los ministerios del P. Pro en Hyéres, puede verse un resumen de ellos en *Vida Intima*, págs. 78-80. Fueron en especial a pobres y enfermos. Varios constan por cartas suyas salpicadas de ocurrencias y observaciones chistosas.

Finalmente, el doctor que lo atendía en Hyéres confidencialmente comunicó al compañero del P. Pro, el P. Leguen, la gravedad del caso: "Es caso desesperado. Ponga Ud. al tanto a sus Superiores". Al paciente en cambio nada se le dijo. Pero éste, al ver que su estancia en la Costa Azul se iba prolongando y se

[84] Epistolario privado, en posesión del autor en copias.

daban largas a su regreso al teologado, bajo el temor de perder el año escolar, tuvo momentos de desfallecimiento, aunque reaccionaba en seguida. El P. Pro tuvo momentáneamente la impresión de que sus Superiores lo consideraban como hombre al agua "¿Por qué no se me habla claramente? ¡Yo ofrecería desde ahora y con buena voluntad el sacrificio de mi vida! Para derramar sus gracias sobre México, la divina Bondad no me necesita". El 16 de mayo tomó el tren Toulon-París, acompañado, como a la venida, del P. Leguen. La impresión que dejaba en Hyéres fue de santidad no vulgar. "Su dicha, refiere la superiora, era volar en pos de las almas para hacerlas conocer la verdad. La enfermedad que lo atormentaba, casi no le preocupaba. Y yo estaba cierta de que se medicinaba sólo por obediencia. "Es necesario, decía él, que me alivie para volver a México. Ahí moriré mártir. ¡Yo quiero almas!" Leía en los corazones como en un libro abierto... El padecimiento había llegado a ser dulce para él. "Es una dicha, decía, padecer por Dios y que sólo El conozca nuestros padecimientos". ¡Qué piedad la suya durante la celebración de la misa! Durante su oración me causaba la impresión de que ya no estaba en este mundo. Me decía yo misma muchas veces: este Padre es un santo. No he conocido jamás otro como él".

Ni siquiera durante el regreso al teologado, a pesar de que vuelve totalmente deshecho, cesa de hacer el bien. Lo cuenta él mismo diciendo: "La Rda. Madre Superiora (de Hyéres) tenía razón ¡ese Padre Pro es un niño mimado de nuestro Padre Dios! ¡El P. Pro tenía un antojo! ¡el llevarse consigo de Hyéres una muceta roja! Mas ¡ay! no tiene el valor de pedir una. ¡Gracioso estaría un jesuita con muceta roja! Pero el buen Dios se va a encargar de darle su muceta. El tren de Toulon a París se detiene en Lyon a la una de la madrugada. El niño mimado en lugar de dormir en su

compartimiento, se pasea en el andén. ¡Ah! ¡si la Reverenda Madre hubiera estado ahí! El viajero se pasea con el cuerpo en Lyon, pero su alma está en Hyéres, en la Villa de los Angeles y orando delante del Santísimo. De pronto escucha gritos, sollozos, imprecaciones en uno de los carros del tren: ¡Un doctor! ¡aprisa! ¡un doctor...! ¡La pobre se muere...! ¡Aprisa, aprisa!

"¡Dios mío de las Américas, pensé! Si tuviera una campana, haría el oficio de la Madre Rogaciana en la clínica; y tin, tin, llamaría a la Madre enfermera... "¡Aprisa! ¡un médico! ¡se muere...! ¡Un doctor, aprisa!" El niño mimado se precipita, entra, se mezcla con la multitud. Héle ahí delante de una señorita de 25 años que arroja sangre en cantidad. Todo el mundo mira, grita... Pero nadie piensa en atenderla. Yo pregunto: ¿Dónde están sus padres? "Viaja sola" ¿No tiene amigas? "¡Sí! somos tres internas de Niza que vamos a París". ¿Puedo ocuparme de ella? Nadie responde. Alguien murmura: ¡Un Cura! ¡siempre esos malditos Curas!.. Me aproximo, le tomo el pulso; 115 pulsaciones. El vómito continúa. Parece que está arrojando el pulmón a pedazos. Tres veces arrojé por la ventana una taza llena de sangre. ¿Y el pulso? ¡Cuarenta... treinta pulsaciones! El tren en marcha a toda velocidad. Lamentaciones, críticas a los Curas. ¡Que se callen! ordeno a todo el mundo con voz fuerte (la voz sale del abismo, que aprendí del capellán de Hyéres). ¡Silencio! continué. ¡Tráiganme un limón y llamen al conductor!

"Dos señoras se quedan conmigo. ¡Pronto, dense prisa! La pobre joven se va. La nariz se afila. Se pone más y más pálida. Ha perdido mucha sangre… ¡Señorita! ¿es Ud. cristiana? "¡Sí.... no... soy israelita! - ¿No está bautizada, pues?... ¡No! pero creo... en el Mesías..." ¡Sí!.. Quizá Él no quiere que Ud. llegue a París, sino a la

eternidad..." - ¡Yo... no quiero morir!.. ¡Ni yo tampoco, sobre todo de muerte eterna! ¿Quiere ser bautizada? "¡No sé...!" Llega el limón. Lo corto y vierto todo el jugo en su boca... ¡Dios de la Francia... marítima! ¡Que nunca la Madre enfermera ni doctor alguno sepa lo que hice! ¡Momento solemne! - El conductor abre la puerta. La gente nos mira, en tanto que yo con mi limón estoy casi cometiendo un homicidio. ¿Habré matado a esa criatura?... Ya no se mueve... ¡No! Ya vuelve a respirar y ya no arroja sangre... Me mira con los ojos bien abiertos. El conductor me pregunta: ¿Qué hay que hacer, señor Cura? ¡Que nadie entre! Y que se callen esas locas. Sígame porque tengo que decirle algo. Media hora más tarde vuelvo a mi compartimiento. Estaba cubierto de sangre... ¡Mi Padre Dios me ha mimado otra vez: me ha dado mi muceta roja!

"La auténtica muceta roja, la que yo hubiera querido para mí, la que he visto en Hyéres, es la esclavina de la caridad que llevan todas Uds., y que tanto bien hace a los pensionados. Pues bien, esa ya la tengo, la conservaré siempre y no dejaré que se borre de mi alma; porque el recuerdo de la Villa de los Angeles no perecerá, sino el día ¡ay! demasiado lejano, en que comenzaré a vivir allá arriba la verdadera vida en el Corazón de Aquel que pagará por mí vuestra amable, santa y delicada caridad". Así escribía el P. Pro a la Superiora de la casa de convalecencia, una vez vuelto a Enghien. Y en ese relámpago, lleno de fulgor, dejaba ver por un momento el íntimo y verdadero espíritu suyo. En la narración no alude que fue él mismo quien personalmente agenció con el conductor del tren, según lo cuenta el compañero suyo, P. Leguen, que en la Estación siguiente bajaran a la enferma y la entregaran a la Cruz Roja. Por lo demás con igual agradecimiento había escrito desde Hyéres a la Madre enfermera de Saint-Remy. Y lo mismo hizo desde Enghien con el Sr. Capellán de la pensión familiar de la

Costa Azul; y con un seminarista a quien ayudó en su vocación. Por todas partes fue derramando palabras de consuelo, de agradecimiento y de piedad profunda, envueltas siempre en un algo de su inseparable humorismo.

En Enghien hubo el P. Pro de apurar lo último, el fondo más amargo del cáliz del dolor material y moral. Tiene ya adquiridos el don de la presencia continua de Dios, el del placer en la humillación que es uno de los más preciosos en la vida espiritual, el de la oración perpetua en medio de toda clase de ocupaciones, el de un celo ardiente por el bien de las almas, el de la piedad profunda y el de estar loco por servir a los pobres y a los más humildes; se ha puesto totalmente en manos de la disposición amorosa de Dios para que lo mueva y maneje como fiel instrumento y además se ha preparado, según sus fuerzas, para el apostolado con los obreros, mediante una serie de estudios y viajes sociológicos. Pero su salud ha llegado al extremo. Escribe a un compañero de Sarriá: "El 16 de mayo volví a Enghien en donde pasé y paso los días más penosos de toda la lista (o sea desde noviembre de 1925). No duermo casi nada: tres o cuatro horas diarias. No tengo apetito. No puedo trabajar. Y hasta los exámenes (de conciencia), la lectura espiritual y la oración, a lo menos tomada en sentido estricto, los he dejado. Mi rosario, mi misa, alguno que otro día parte del breviario y... ¡santas pascuas! ¿Mis estudios? Ya comprenderá que si lo esencial cae, lo otro ¿cómo andará?"

Por lo demás, en medio de sus penas, rebosa consolación interior al sentirse sacerdote: "Yo estoy lleno, abrumado de favores que el Señor me ha hecho desde el día feliz de mi Ordenación, y no puedo decir otra cosa que no sea agradecerle tan inmerecido

amor de predilección...", escribe a un amigo. Sin embargo, esa consolación interior no mengua el peso de la cruz: es el *"reboso de alegría en todas mis tribulaciones"* de san Pablo. Ojalá que los lectores de estas líneas meditando sientan a fondo lo que era para aquella alma ardiente el sacrificio pleno de sus mejores ideales al sentirse totalmente reducido a la nada. El P. Picard, nuevo Rector del teologado de Enghien, ha pensado mucho sobre la situación del P. Pro; y finalmente, con una caridad exquisita, toma la resolución. Los medios humanos para salvar la salud del P. Pro están agotados. Será un consuelo para éste el ir a morir a su patria y despedirse de los suyos hasta la eternidad. Escribe al Provincial de México y conviene en este plan. Y el P. Picard lo comunica al P. Pro, sin ocultarle el motivo del traslado: "Regresa Ud. para morir en su patria". Le dio la noticia el 5 de junio, y el día 8 ya tenía el P. Pro todo arreglado para partir. Se conforma con la voluntad de Dios y escribe al P. Subtil, Provincial ahora, y se despide de él con la fineza religiosa que acostumbra.

Pero en esta carta se advierte algo muy extraño. El P. Picard le acaba de decir que conforme al dictamen de los médicos, su caso ya no tiene remedio. Y a pesar de esto, el P. Pro habla con una seguridad absoluta de que se recuperará y trabajará en México: "Le suplico, dice al P. Subtil, ore por mi patria, tan probada, a la cual voy a entrar, a fin de que sea yo el *bonus miles Christi*" (el buen soldado de Cristo). Es que el P. Pro tiene un plan. Irá a Lourdes. La Virgen le dará un fácil regreso y salud para trabajar con sus obreros. Lo coronará con el martirio. El plan es antiguo. Pero ha llegado el momento de realizarlo. El mismo día 8 ha tomado su boleto en el vapor *Cuba*, que zarpará de Saint Nazaire el 20 de junio. Le quedan por consiguiente 14 días. Se mueve para conseguir una limosna, para lo cual escribe una simpática carta al

Hermano Negra, su intimo de Sarriá. Estas dos almas grandes se han entendido a las mil maravillas. En lo más pesado del invierno el P. Pro le había ya escrito suplicándole el favor de una bufanda para defender la garganta del frío. El P. Negra, como sabe que el P. Pro tiene de su Provincial el permiso de fumar, le envía la bufanda y envueltos en ella unos magníficos puros habanos. El P. Pro le contestaba muy agradecido y muy admirado de que "la bufanda le haya llegado convertida además en fumarada". El Hermano Negra se puso a sus órdenes para todo aquello en que le pudiera ayudar; y ahora es el momento: el P. Pro le suplica 15 pesetas y todo queda arreglado.

El 12 de junio sale, por fin, de su querido Enghien. Al despedirlo el P. Picard le repite: "Id a morir a vuestra patria". El P. Pro sonríe suavemente. Sí va a su patria pero para morir mártir. El 12 mismo está en París. Arregla sus pasaportes en Bruselas y pregunta si podrá así entrar en México, pues se los han expedido como sacerdote. En el Consulado le aseguran que no hay obstáculo ni persecución en México. El P. Pro comienza a moverse como un sano, sin estarlo. Atiende a sus antiguos amigos de París y el 16 por la noche sale hacia Lourdes. Pero antes, una carta de agradecimiento al Hermano Negra por haber hecho "muy *perra* la suerte de los infelices extranjeros". Juega así con el nombre que en España dan a las monedas de 10 céntimos, o sea *perras gordas* y a las de 5, el de *perras chicas*. Hace el viaje de noche, "estando retequemalísimo". El mismo escribe después: "¿Que hice una barrabasada estando como estoy, endeble y bueno para nada? ¡No lo niego! ¿Que fue una imprudencia pasar dos noches en el tren sin dormir y sin cenar? ¡Tampoco lo niego! ¡Pero lo que jamás de los jamases negaré tampoco, es que ayer fue uno de los días más felices de mi vida!". Llegó a Lourdes a las 8.45 de la mañana. A las

9, estaba celebrando en la santa Gruta y ahí permaneció prácticamente hasta las 4.50 p.m. en que partió el tren de regreso. Por unas palabras suyas, parece que sí fue a las piscinas, o indudablemente, como muchos otros, entró en aquellas aguas doblemente saludables. Sin duda que de ahí sacó las fuerzas con que desde ese día se le ve que procede. En adelante, sin atenciones especiales médicas, va y viene, trabaja, ora, se desvela, asiste a los pobres, confiesa horas enteras, y todo a veces sin tomar alimentos en todo el día. La fuerza extraordinaria que la Virgen de la Gruta le ha comunicado lo sostendrá hasta el momento mismo del martirio en una actividad prodigiosa.

¡Cosas de la Santísima Virgen! Este P. Pro que en seguida nos muestra tan alentado y optimista y sano, apenas hace unos días que estaba a las puertas de la muerte. Y el P. Picard Su Rector, estaba tan persuadido de ello, conforme a la opinión de los médicos, que apresuró cuanto pudo el regreso del P. Pro a México, por el temor de que fuera a morir ahí mismo en Enghien de un día para otro. Fue tanta la prisa, que el enfermo llegó a notarla, y constituyó uno de sus sufrimientos morales muy graves de aquellos días. Se sabe este pormenor por un pequeño desahogo que tuvo por octubre de 1926, cuando al escribir a uno de sus más íntimos amigos, el P. José de Jesús Martínez Aguirre, le decía: "Corrido de Bélgica... (esta es la verdad, pues tal fue la prisa que se dieron en echarme fuera para que no dejara por allá mis huesos), pasé los mares en una compañía deliciosa de puros mexicanos, siendo el único Cura a bordo".

Pero lo que pasó en su visita a Lourdes, nadie mejor que el mismo P. Pro podrá decirlo. Al P. Negra, que le había proporcionado los medios pecuniarios para la visita, escribe: "Lo que

aquí se siente no es para escribir. Ha sido uno de los días más felices y que debo a Ud. A las 9 dije la misa... pasé una hora en la gruta... lloré como un chiquillo. Por demás esta decir lo que sintió mi pobre alma. Dije misa; hice una hora de meditación delante de mi Madrecita; recé el rosario. Ahora voy a regresar con el alma llena de consuelo". Un día después escribe: "De la iglesia fui a la Gruta... ¡La Gruta! Un pedacito de cielo donde vi a una Virgen que inundó mi alma de una dicha inmensa, de una consolación íntima, de un bienestar divino que se siente, ¡sí! se siente, pero que no hay palabras para explicar. El infeliz y pobre Pro, ni vio, ni oyó, ni se dio cuenta de nada de lo que hacían los miles de peregrinos que ahí estaban... Digo mal, una vez, al levantar los ojos para ver a su Madrecita, vio a una enferma metida en su carrito a los pies de la Virgen, que rezaba el rosario con los brazos en cruz... ¡y esto le acabó de perder! Pues la fe y la confianza de la enferma avivaron la suya y comenzó una conversación íntima con esa Santísima Madre, en la que Ella hacía y deshacía en mi alma como jamás lo había sentido..."

"No me pregunte qué hice o qué dije: yo no sé nada, yo no fui ayer el miserable de siempre... Sólo sé que estaba a los pies de mi Madre y que yo sentía muy dentro de mí su presencia bendita y su acción... A las 3 un cura se me acerca y me dice: Si sigue Ud. así sea a poner enfermo. Yo le aconsejaría que fuese a las piscinas. Ahí hay sombra. ¿Por qué me lo dijo? o ¿qué cara o postura tenía yo? Es otra de las cosas que ignoro. Y… ¿estuve en Lourdes? Pues ¿cómo no fui al Calvario? ¿cómo no vi el río? ¿cómo no sé cuál es la forma de la Basílica, qué cosas hay o no hay? Y sin embargo, allí estuve. Porque para mí ir a Lourdes era encontrar a mi Madre del cielo, hablarle, pedirle; y yo la encontré, y le hablé y le pedí... Mi viaje por mar ya no será tan duro como pensaba, pues la

Virgen me lo ha dicho". Nunca explicó en qué forma se lo dijo la Virgen.

Salió finalmente de Saint-Nazaire el 20 de junio; el 21 hizo escala en Santander y el 23 en la Coruña. Y luego, hacia alta-mar, rumbo a sus obreros de México. Si no llevaba consigo una gran preparación sociológica, llevaba ciertamente lo que es más importante: un fervor apostólico y una gran determinación de morir por sus peladitos. Pero entre los varios dones y gracias espirituales, no debe olvidarse una que todos sus biógrafos han anotado. La de la *sensación orgánica permanente* de su consagración sacerdotal. Consta además por algunos testimonios del mismo P. Pro, Baste con citar uno. Escribe al P. Benjamín Campos, residente en Sarriá y que estaba a punto de recibir las sagradas Ordenes, en junio 1.º de 1926: "Yo llevo casi un año de tener esa dicha, y puedo decirle con toda sinceridad que lo que ahí se siente no es nada de este bajo y rastrero mundo, sino algo superior, espiritual, divino... Despídase para siempre de su antiguo "Benjamín", pues aunque Ud. no quiera, va a sufrir una transformación radical. El Espíritu Santo, que va a dársele de una manera especial el día de su ordenación, va a destruir todo lo que de humano le quedaba en ese pobre corazón de tierra. Ud. mismo se admirará de ver cambiada *in melius* esa mísera naturaleza que tan malas partidas nos juega. Y no sólo en las grandes líneas de su vida nueva, sino aun en los pequeños detalles de cada día... ¿Es esa la misma voluntad que yo tenía antes? ¿Es esa la misma manera de pensar, de juzgar, de decidir? La concepción que yo tenía de la vida, ¿es la misma? Y aun los ideales de santidad que yo había acariciado durante largos años de la vida religiosa ¿son esos mismos? Ese algo que yo encuentro en mí, que nunca había sentido, que me hace concebir las cosas de otro modo, no es fruto

ni de los estudios ni de nuestra santidad, más o menos sólida, ni de nada que tenga el sello personal, y por lo mismo humano. Es la marca divina que el Espíritu Santo ha impreso en nuestra alma..."

La lista de los pasajeros lo anotó como Padre Miguel A. Pro. Iban en el barco 450 mexicanos, todos católicos. El P. Pro escribe: "Dios, como siempre, es mi Padre que me mima. Soy el único sacerdote a bordo y he sido recibido por mis compatriotas de la manera más franca y amable. Todas las dificultades para la celebración de la Santa Misa se allanaron como por ensalmo. La comunión del primer viernes emocionó a todos los presentes: señoras, señores, niños y jóvenes en gran número se acercaron a la mesa eucarística. Tres de estos últimos van cada día a comulgar y se disputan el honor de ayudar la santa misa. Con esto estoy ocupado todo el día. Las consultas, confesiones, las conversaciones particulares y algunas partidas de ajedrez, han hecho muy agradable mi viaje... Aquél que me llama a México me ha dado todas las facilidades y aun consideraciones con que un sacerdote pudiera soñar. ¡Ayúdeme Ud. a darle gracias! ¿Mi salud?... sino me acuerdo de que he estado enfermo. Como de todo y sobre todo, duermo..." El milagro de la Virgen de Lourdes era patente.

Uno de sus compañeros de estudios en Enghien, ha hecho del P. Pro cl retrato en los días de su estancia en Bélgica, como sigue: "Los que han conocido al P. Pro, poco antes de su muerte, han conservado un recuerdo muy exacto de su fisonomía. Sotana corta que deja ver el largo pantalón propio de los clérigos. Sombrero de alas cortas y planas. Color semimoreno, que no permite nunca confundirlo con un sacerdote de nuestras regiones. También la expresión del rostro era muy característica. Una frente

desmesuradamente larga que cae a plomo sobre dos grandes ojos muy negros. Tenía algo de extraordinario en su mirada: profunda e impenetrable mientras en la conversación intentaba tantear a su interlocutor; firme y tranquila en las horas dolorosas, cuando se posaba sobre el Crucificado; escrutadora y paciente cuando se clavaba en alguno de los cánones del Derecho que él, como estudiante, examinaba con avidez; benévola y tranquilizadora delante de las almas que encontraba en su camino. Las miserias del mundo obrero y las angustias de los seres incomprendidos, no se le pasaban por alto. ¡Con cuánta oportunidad y naturalidad sabía trabar conversación con las personas desconocidas! ¡Tomar en su presencia una posición hostil, era provocar su audacia! De nada se espantaba. Y, siendo así que apenas comenzaba a hablar el francés con seguridad, formulaba las preguntas con agudeza y desconcertaba a sus interlocutores por su seguridad, su finura, su optimismo". (Marmoiton, pág. 123)

Parte Segunda

HISTORIA TRÁGICA

Capítulo XI

REVOLUCION DEMOCRATICA CONVERTIDA EN PERSECUTORIA

El México que en Julio de 1926 encontrara el P. Pro fue esencialmente distinto del porfiriano en que anteriormente había vivido. Por esto, para apreciar debidamente el heroísmo de su apostolado, y darse cuenta del porqué de la actuación de los Generales Obregón y Calles al hacer objeto de la atención mundial el caso de nuestro mártir, se hace necesario tomar el negocio de mucho más atrás, sobre todo por la tergiversación maliciosa con que se han ido presentando los sucesos de aquella época. Pero debemos subrayar muy claramente que sólo investigamos el aspecto de la persecución religiosa y sus orígenes, desde el porfirismo en adelante: pus es el único en que actuó el P. Miguel. Los otros aspectos, económico, etc., no entran en nuestro plan. Como insinuábamos en la advertencia preliminar de esta obra, parece, *dada la documentación actual*, que se pude llegar con *cierta seguridad moral* a la conclusión de que el Móvil inconfesable pero verdadero de haber rodeado el martirio del P. Pro de un brillo como no lo tuvo ninguno de los mártires de aquella persecución, fue, aparte del general odio contra todo lo católico, y en especial contra el clero mexicano, el furor que acometió a los victimarios ante la firme posición de S. Santidad Pío XI, al no aceptar los arreglos que dolosamente le proponían, con el anhelo de acabar con ese golpe decisivo la resistencia católica en los campos de batalla. Para

ponerlo en claro, *en cuanto puede por ahora hacerse luz en este asunto*, tenemos que tratar con suficiente extensión dos series de hechos: la marcha que siguieron los perseguidores hasta obligar definitivamente al pueblo mexicano a levantarse en armas y defender sus derechos conculcados contra los agresores injustos; y la que siguieron los católicos paralelamente a la persecución.

Comenzando por la primera serie, no es necesario insistir en que el conflicto religioso en México tiene "hondísimas raíces" y en que sus orígenes hay que buscarlos "remontándonos a la época misma de la guerra de Independencia". Pruebas irrefutables pueden verse en la obra titulada *El conflicto religioso de 1926. Sus orígenes, su desarrollo, su solución*.[85] Tomaremos pues el hilo a partir de los últimos días del período porfiriano. Parecería, a primera vista, ser el porfirismo un como paréntesis en la línea persecutoria activa contra la Iglesia mexicana. Sin embargo, la influencia descatolizadora de ese período fue muy grande: y tuvo, entre otros, el resultado funesto de preparar, como ya lo indicamos en la introducción preliminar, los elementos que la subsiguiente revolución aprovecharía. Dio un auge inmenso al Partido Liberal; multiplicó las escuelas laicas de donde salieron miles de irresponsables; abandonó al proletariado a su suerte de manera que ni resolvió el problema social ni permitió que la Iglesia lo resolviera.[86]

Por su parte, los liberales jacobinos mexicanos nunca se conformaron con la tolerancia más o menos aparente del gobierno porfiriano respecto de la Iglesia. Querían proseguir la obra de sus

[85] Obras compuesta por los PP. Rafael Martínez del Campo y Eduardo Iglesias en colaboración. Citamos la 2a. ed. hecha por la Editorial Jus, S. A. en México, 1960.

[86] Banegas, *El porqué del Partido Católico Nacional*.

antecesores, los jacobinos de 1857. El Ing. Camilo Arriaga, "joven rico, lector de Marx, Kropotkin, Dagan y Grave",[87] sobrino-nieto de Ponciano Arriaga, constituyente de 1856, fue uno de los que se determinaron a continuar las antiguas líneas de la política de su tío-abuelo. Formó para ello un grupo revolucionario en San Luis Potosí; grupo que puso en marcha el llamado "Club Ponciano Arriaga", con la finalidad de reorganizar el Partido Liberal antiguo; es decir, no al estilo porfiriano, sino en una forma que se llamó democrática. Pretendían sus miembros una democracia efectiva, la no reelección, el sufragio libre, el abatimiento del clero. Querían, según se expresaban en sus proclamas y paródicos, la efectividad de las Leyes de Reforma, conculcadas por D. Porfirio. Y exigían, además, la libertad de imprenta, del sufragio, de los jefes políticos, organización de las libertades municipales, y los medios políticos y legales para mejorar las condiciones de los trabajadores del campo y resolver el problema agrario, del agio; y la solidaridad y defensa de los clubs liberales.

Hizo su aparición el Partido Liberal Mexicano, fundado por el mismo Ing. Camilo Arriaga, el día 5 de febrero de 1901, con su primer Congreso, reunido en San Luis Potosí. Acudieron al Congreso además del fundador, Librado Rivera, Ricardo Flores, Antonio Díaz Soto y Gama (por aquel entonces rabioso anticlerical), Juan Sarabia, Salomé Botello, Diódoro Batalla, Lázaro Villarreal, Francisco Naranjo, Trinidad Pérez, Agustín Navarro, el Teniente Amado Cristo y otros. En la convocatoria para el Congreso se decía que la reunión era (entre otros fines) para "discutir y resolver los medios de llevar a la práctica la unificación del Partido y condenar los avances del clericalismo.[88] El laicismo

[87] Bravo Ugarte, *Historia de México*, t III, vol. I, pág. 406.

[88] Taracena, *La verdadera revolución mexicana*, vol. 1, pág. 19.

positivista había preparado el suelo para la simiente y ésta comenzó a proliferar en grande. Se fundaron los clubes *Ponciano Arriaga* en San Luis Potosí; *Melchor Ocampo*, en Tabasco; *Redención*, en la capital; *Humanidad*, en Cananea de Sonora; *Benito Juárez*, en Chihuahua, etc.

Los ataques al porfirismo en los periódicos del Partido, como *Renovación, El Ahuizote, México Nuevo*, etc., hicieron que el 24 de enero de 1902 fuera disuelto por la violencia el club fundador de San Luis Potosí; y de sus miembros fueron 25 aprendidos.[89] Otros sufrieron persecución. Finalmente fundadores y dirigentes del Partido fueron a radicarse, con otros muchos, en los Estados Unidos, huyendo del porfirismo. Allá, en 1904, trató de atraérselos el joven Francisco Inocencio Madero; y aun, según se dijo, pagó el viaje de San Antonio a San Luis Missouri a Flores Magón y a Sarabia. Pero los Liberales no se le adhirieron porque no tenía un programa persecutorio del clero ni ideales antirreligiosos; sino que lanzaron su propio *Plan del Partido Liberal* a 1º de junio de 1907.[90] En efecto, una de las ideas predominantes en el Partido era la lucha contra el clero y la religión; y en sus periódicos, ya desde los comienzos, había desatado una furiosa propaganda en ese sentido. Odiaba de manera especial a los jesuitas por considerarlos corno uno de los principales sostenes del clericalismo y la Iglesia.

Madero no era anticatólico ni perseguidor. En sus mocedades fue piadoso y congregante mariano en el colegio de los jesuitas de Saltillo. Incluso hubo una temporada en que deseó pertenecer a la Compañía de Jesús.[91] Espíritu iluso y bondadoso, cayó en las redes del espiritismo y aún soñó con extenderlo por todo el país,

[89] Ibid., pág. 29.

[90] Bravo Ugarte, o. c., pág. 406.

[91] Vasconcelos, *Don Evaristo Madero*, pág. 986.

aunque nada hizo en serio en semejante sentido. Para ello se puso en comunicación con el jefe, M. León Denis, residente en Francia. En los Estados Unidos se afilió a la masonería, quizá como a un elemento político. Cuando en 1911 se fundó el Partido Católico Nacional, el 13 de mayo, Madero lo consideró "como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado".[92] En el programa de libertades propugnado por Madero, la minoría que formaba el Partido Liberal no podía prosperar. Por lo que "casi todos los que se afiliaron a ese Partido' trataron de aprovechar en favor de sus idearios la revolución maderista y se infiltraron en ella y se "señalaron después en la revolución, aunque diversificados en sus tendencias, ya que unos eran liberales de izquierda, otros marxistas, anarco-sindicalistas o simplemente agraristas. Los principales fueron Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Librado Rivera, Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio I. Villarreal, Manuel Diéguez, Praxedes Guerrero".[93] Ni Huerta, ni Zapata, ni Pascual Orozco ni el mismo Villa fueron sinceramente anticatólicos, aunque a veces las conveniencias los hicieron parecerlo.

Por desgracia fue el mismo Madero quien rompió su programa de libertades, al desbaratar autocríticamente el Partido antireeleccionista, al que debía su triunfo. Lo sustituyó por otro, al que denominó *Partido Constitucional Progresista*, para poder imponer como Vicepresidente de la República a Pino Suárez, que ya tenía fama de adverso a los católicos. En la lucha electoral que se siguió a la caída de D. Porfirio, todos los contendientes postulaban como Presidente a Madero; lo que se explica no porque lo tuvieran como apto, sino por el brillo de su victoria sobre el porfirismo. Los del partido Católico Nacional pensaban que bien

[92] Banegas, o. c, págs. 24 y 25 y nota de la pág. 50.

[93] Bravo Ugarte, *l. c*., pág. 414.

aconsejado podía ir adelante; los liberales pensaban que era un instrumento excelente en sus manos. Estos querían como Vice a Iglesias Calderón. Y para entonces representaban ellos "al jacobinismo irreligioso".[94] En su lucha contra el abrumador avance del Partido Católico Nacional, se sumaron los de la famosa "Asociación de Demagogos" dirigida por Gustavo Madero, Sánchez Azcona, Jesús Urueta, G. de León, Mariano Duque, y muchos otros.

Cuando Huerta, mediante un cuartelazo se apoderó de Madero y Pino Suárez, el 18 de febrero de 1913, los Liberales rabiosos hubieron de tener otro compás de espera, porque Huerta no era perseguidor, sino ambicioso de formas brutales. Su gobierno, "que debía haber sido un breve interinato que restableciese la paz mediante la restauración del régimen electivo y los arreglos que negociase con los revolucionarios, fue sólo una larga dictadura militar de torpe política, que abusó de la fuerza y estorbó la lucha democrática y exacerbó la belicosidad de los revolucionarios".[95] Huerta mató al Partido Católico Nacional, aunque no por odio al catolicismo, sino por sus ambiciones personales; puesto que en el campo católico incluso permitió el plebiscito nacional en que México, el primero de los pueblos de la tierra, proclamó el reinado cívico-social de Jesucristo. Finalmente, al triunfo definitivo de Carranza (1916), quedó la puerta del todo abierta al Partido Liberal, ya muy santificado, para lanzarse a la plena ejecución de su programa, íntimamente aliado con el protestantismo de Norte América y con las fuerzas secretas internacionales.

---

[94] Ibid., pág. 427.

[95] Ibid., pág. 447.

Carranza no reparó en medios, con tal de llegar a la presidencia de la República. "Ya desde 1909 mostró ambiciones políticas que quería realizar por medio de la guerra civil".[96] Primeramente intentó que el General Reyes se alzara contra D. Porfirio, pero Reyes se negó. Luego se afilió a Madero, y así obtuvo la gubernatura de Coahuila. Siempre con el ansia de la Presidencia, intentó revelarse contra Madero, pero se le adelantó el General Huerta. Finalmente se levantó contra Huerta con su *Plan de Guadalupe* y se rodeó del elemento que en Coahuila le era adicto: empleados civiles, subalternos militares, varios cuerpos de tropas federales formados por él a título de defender la frontera y pagados por el erario nacional, algunos maderistas y elementos jóvenes "que encontraban en la revolución campo fértil para satisfacer sus ambiciones nobles e innobles".[97] Genaro María González dice: "Los carrancistas eran una porción mínima de las clases proletarias de todos los órdenes sociales, con una que otra excepción. Figuraban entre sus filas intelectuales y profesionistas fracasados y despechados, profesores de instrucción primaria, estudiantes truncados y reporteros de periódicos; los jefes y oficiales de la casta neo-militar habían sido reclutados entre capataces de trabajadores, gendarmes, mancebos de botica, arrieros, ganapanes, jornaleros, lecheros y peones".

¿Por qué Carranza formó con tales elementos su ejército, si es que él lo formó? ¿Por qué motivo semejante ejército se convirtió desde luego en elemento perseguidor del catolicismo? Parece que la explicación ha de buscarse en el giro que el levantamiento de Carranza hubo de seguir. Mientras él fue Gobernador de Coahuila,

---

[96] Schlarman, *México tierra de volcanes*, págs. 400 y sgts.

[97] Calero, Manuel, *Un decenio de política mexicana*, pág. 172. Hay que advertir que este autor a veces exagera en algunos de sus juicios.

se mostraba amigo de los jesuitas y gustaba de acudir a las fiestas escolares que se le dedicaban.[98] Pero cuando advirtió que su plan de Guadalupe a nadie entusiasmaba, por de pronto huyó a Sonora. Allá lo rodearon los elementos del Partido Liberal rabioso que inmediatamente pensaron en aprovecharse de su movimiento para sus fines. Intervino además el oro del protestantismo yanqui, a condición de que el movimiento tuviera el cariz anticatólico, para protestantizar el país, conforme a planes antiguos. Combinados así liberales jacobinos y protestantes, sobre todo metodistas, comenzó la era sangrienta del carrancismo. La documentación mezcla también, y en modo sobresaliente, a las masonerías mundiales. Citemos solamente un documento que es del Gral. Juan Barragán, Jefe del Estado Mayor de Carranza. Lo pone en cita al calce de las páginas 140 y 141, en su obra *La verdadera Juana Gallo*, don Ignacio Flores Muro (Editorial Porrúa, México 1969) donde dice: "Era sabido que muchos de los Estados Mayores de los Jefes Revolucionarios eran protestantes y tenían interés en perseguir a la Iglesia. Sobre este punto nos dice el Jefe del Estado Mayor de Carranza, Gral. Juan Barragán: 'No era Don Venustiano quien ordenaba perseguir a la Iglesia, pues él personalmente era católico, aunque no practicante. Los que atizaban esa persecución eran los que rodeaban al Sr. Carranza, como: Francisco Mejía (el más jacobino), Heriberto Jara, Luis G. Monzón, José Alvarez, Esteban Baca Calderón, Alvaro Obregón y su grupo; dentro de éste principalmente Benjamín Hill. Además, los protestantes Aarón Sáenz, jefe del Estado Mayor de Obregón; el Gral. José Cavazos, el Gral. Gregorio Osuna y su hermano el Prof. Andrés y muchos otros más".

[98] Gómez Robledo, *Gonzalo Carrasco, el pintor apóstol*, pág. 117.

En ese tiempo la masonería mexicana se había dado gran prisa en hacer adeptos por todo el país. Se leían en la prensa de aquellos días noticias como ésta: "Ha entrado la locura de la escuadra y el mandil. Hasta jovencitos imberbes y simples fifís andan luciendo las insignias" (Periódicos de aquel tiempo). Por su parte, las logias internacionales habían concebido el proyecto de arrancar de cuajo la Iglesia y el catolicismo de la América Latina. Coma paso previo les pareció necesaria la descatolización de México y formularon los proyectos correspondientes en el Congreso Masónico de la América Latina, celebrado en Buenos Aires el año de 1906. Sus conclusiones las publicó el *Diario Masónico* de Caracas en su número 10. Más tarde, en 1924, el Consejo Supremo de la Masonería, en sesión celebrada en Ginebra confirmó el plan de "desromanización de la América Latina, comenzando por México". Luego, a 26 de mayo de 1926, tras del cierre de cientos de colegios católicos y acometidos contra los Prelados y los fieles, la Masonería condecoró a Calles en el salón verde del Palacio Nacional con la "medalla al mérito" por sus actos de perseguidor. Y para que no quedara duda del plan internacional, en noviembre de ese año, ya en plena persecución sangrienta de la iglesia mexicana, el Diario Masónico *La Tribuna*, editado en Roma, aseguró que "la masonería internacional (iluminada) acepta la responsabilidad de todo lo que pasa en México, y se dispone a movilizar todas sus fuerzas para la ejecución completa, total, del programa que se ha fijado para ese país".[99]

Por lo que respecta al Sr. Carranza, antes que exponerse a perder la futura Presidencia de la República, optó por echarse en

[99] Citas de Joaquín Cardoso, S. J., en los Mártires Mexicanos, Introduc., págs. XII-XIII.

brazos de semejantes elementos; protestantes, masones y jacobinos. A comienzos de octubre de 1913, presidió una sesión solemne del Cabildo del Ayuntamiento de Hermosillo, en donde se hacía moción para honrarle con el título de "ciudadano de Sonora". Al dar las gracias, habló de la revolución que encabezaba y dijo que "no era sólo política, sino social, con otros sistemas, para destruir radicalmente todo lo putrefacto, los privilegios feudales, el militarismo pretoriano y al Clero corrompido".[100] Compárense sus palabras con los planes que ya en 1835 habían formulado para Gómez Farías las logias anfictiónicas protestantes de Nueva Orleans, continuados luego, con más o menos rigor y empeño, por los varios perseguidores durante el resto del siglo XIX. Es bueno recordarlos ligeramente. Al fin del número 7 del Plan, se ponen los anhelos de los masones protestantes de la Junta Anfictiónica. El Plan fue acordado el 4 de septiembre de 1835, para desmembrar Texas y hacer de México una República federal-liberal-irreligiosa. Los anhelos van en forma de peticiones que Mejía hará al Congreso que él mismo instale en México "protestando la más sumisa obediencia y sin amenaza alguna, pero sí ofreciendo que no dejará las armas de la mano hasta que tengan efecto las determinaciones que recaigan.

"Segunda petición. Que salgan inmediatamente de la República todos los Obispos y personas así eclesiásticas como seculares, de quienes se sospeche fundadamente que han de contrariar las reformas. Tercera petición. Que cesen todos los cabildos eclesiásticos, dejando nombrado un Gobernador de la Mitra, y entregando al gobierno toda la plata y alhajas preciosas. Cuarta: Que se secularicen y supriman todos los Conventos de frailes y

[100] Taracena, o. c., vol. 11, pág. 103.

monjas, y sus bienes raíces y muebles, plata y alhajas queden a disposición del gobierno, a excepción de ornamentos y Vasos Sagrados, que se repartirán entre las Iglesias pobres; los edificios e iglesias de los conventos servirán para hospicios, casas de beneficencia, hospitales, talleres, o se venderán algunas para sinagogas o templos de otros cultos. Quinta: Que se declare que todos los mexicanos son libres para adorar a Dios como quieran; que se corte toda comunicación del Gobierno con Roma, aunque podrá permitirse a los particulares que quieran, seguir el catolicismo, con tal que no perturben el orden público, ni hagan prosélitos. Sexta: Que se repartan con igualdad todas las tierras y fincas rústicas y urbanas, sea cualquiera el título con que se posean; y con tal que a los propietarios les quede cuando menos una tercera parte; y todo el resto se dará a los habitantes pobres, prefiriéndose al Ejército, a cuyos individuos se destinará una porción suficiente de tierra y casas, en premio de sus servicios. Junta Anfictiónica de Nueva Orleans. Septiembre 6 de 1835. V.G. Farías. J. A. Mejía. Siguen 37 firmas (Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, vol. V, págs. 216 a 218). Y todo esto una vez "desarmado y disperso el que se llama ejército permanente" (Ibid.).

Como se ve, quizá pudiera existir un parentesco, si no algo más, entre ese Plan de 1835 tenazmente perseguido a través del siglo XIX por los vecinos del norte, con las intenciones y proyectos del Sr. Carranza, a partir, al menos, desde su estancia en Sonora. Quizá con la revolución creyeran las sectas protestantes y las logias del Norte, en especial la secta metodista, que había llegado el momento de lograr lo que por tanto tiempo habían anhelado. Lo cierto es que el astuto Carranza echó a andar semejante maquinaria con el pensamiento, como se vio después por los hechos, de que, una vez asentadas las cosas, podría manejarlas a

su gusto e implantar las necesarias reformas a la Constitución, aunque por de pronto se infiltraran en ella las ideas y decretos perseguidores del catolicismo.

Las personas conscientes y conocedoras de la historia de México, advirtieron en seguida cómo se formaba la tormenta. Wilson, el presidente de los EE. UU., se puso al lado de la revolución y dio dos golpes mortales al régimen de Huerta. Con fecha 3 de febrero de 1914, o sea cuatro meses después de las declaraciones de Carranza en Sonora, levantó el embargo de armas en favor de los revolucionarios, al mismo tiempo que se apoderaba de un envío de éstas para Huerta, procedente de Alemania. Pudo entonces armarse abundantísimamente el ejército de Carranza, constituido por grandes chusmas, como ya en parte dijimos. Influía mucho en el ánimo de Wilson su enviado especial en México, Mr. Lind, quien en enero de ese año 1914, había tenido una larga entrevista con él en Pass Christian, Mississippi, "a bordo del *Chesterton*, y en ella volcó sus sentimientos anticatólicos, antilatinos y antimexicanos en los acogedores oídos de Wilson". La esposa del embajador norteamericano, escribió en su diario, a fines de marzo de 1914: "Una generación de pobres y ricos, por igual, quedará a merced de las hordas que ahora tendrán medios y poder para pelear, comer y saquear, violar y abrirse paso a través del país". Y a dos de abril añadía: "Lind sale esta noche para Washington... sobre sí lleva la sangre de los que mueran por haber sido levantado el embargo de armas".[101]

Por lo demás, tampoco las armas fueron un regalo gratuito de Wilson, sino el producto de entregas de intereses mexicanos y del robo descarado por toda la nación de objetos de todas clases que

[101] Schlarman, *o. c.*, págs. 525 y 528.

tuvieran algún valor, así de las casas ricas, como de los templos. Los objetos se remataban en los EE. UU., a precios irrisorios, como ya indicamos en el cap. V de esta obra, en la nota 4. Pormenores espantosos pueden verse en el libro de Francis Kelley, *The Book of Red and Yellow*, Chicago, 1915. Su autor recorrió personalmente el país, para darse cuenta de lo que narra. Faltaban, cuando él viajó, los negros años de 1916 y 1917. Otros datos pueden verse en Schlarman, y en general en la prensa de aquellos días. Schlarman resume así lo principal de la persecución carrancista: ... "expulsión o encarcelamiento de todos los obispos, menos el de Cuernavaca, que estaba en terreno zapatista. La mayoría de los sacerdotes del clero diocesano y regular estuvieron encarcelados, sobre todo para exigir rescate por ellos, y acabaron por ser expulsados del país o verse obligados a refugiarse en las montañas. Casi todas las religiosas fueron arrojadas de sus conventos y sujetas a inicuos tratamientos; muchas iglesias fueron confiscadas y profanadas y los objetos del culto robados. En San Luis Potosí se prohibió celebrar la santa misa entre semana, y el oír confesiones excepto las de los moribundos, y éstas deberían ser en presencia de un oficial del gobierno, que había de escuchar lo que se decía. En Guanajuato e Irapuato había pena de muerte por confesarse; en Toluca llegaron a prohibir los actos de mortificación y el ayuno, etc. Casi todas las escuelas en México fueron clausuradas a la fuerza... Carranza era demasiado honorable para aprobar semejante desenfreno, pero lo toleraba, con tal de lograr su objeto, que era la presidencia..." [102]

Acerca de los sucesos en Durango, refieren Taracena y Schlarman "...la mujer del encargado de negocios Mr. O'Shaughnessy,

[102] Ibid., pág. 554.

escribe hoy que fugitivos de Durango hablan de atrocidades cometidas por las tropas villistas de Tomás Urbina en esa plaza, sobre todo en las iglesias que fueron saqueadas, inclusive la catedral, donde abrieron con bayonetas las tumbas de los obispos, en busca de joyas valiosas, y pillaron la sacristía. La mujer de un cabecilla lucía inapreciable vestimenta y un manto de terciopelo del que habían despojado a la Virgen del Carmen en la catedral. Por supuesto que los sacerdotes han dejado de oficiar. En el Palacio de Gobierno de Durango se suceden las orgías con mujeres que se adornan con las joyas de las señoras de la sociedad. Los hermosos muebles, pianos y pinturas de las casas de los acomodados son conducidos a bodegas fuera de la ciudad, para llevarlos después a vender a Texas a precios absurdos... Los revolucionarios entraron en la iglesia de los jesuitas; las carmelitas fueron insultadas; los restos de los obispos que estaban depositados en la catedral, fueron arrojados con sus insignias. En el Palacio Arzobispal injuriaron al Arzobispo, exigiéndole la multa de 500,000 pesos; y como no la entregó fue conducido a la cárcel, a pesar de estar moribundo. Se le depositó en el suelo de la celda, a falta de lecho o silla".[103]

Por su parte las logias, vieron en seguida el partido que podían sacar de aquellas turbas descatolizadas y a 22 de octubre de 1914 lanzaron un documento significativo. Renegaban en él de los tiempos porfirianos en que la masonería había quedado reducida a "una institución carcomida, débil e inútil para la sociedad", al revés de lo que había sido en los tiempos "de los grandes maestros Marat, Robespierre, Danton, Mazzini, Hidalgo, Morelos, Ramírez, Altamirano, Juárez" en los que era "todo un poder político". Y añadían que en adelante "dedicaría toda su

[103] Ibid., pág. 518 y Taracena, págs. 160 y 231.

energía la masonería al estudio de los problemas sociales que será lo que sobrenade por encima de todas las pasiones".[104] Una nota típica fue el antijesuitismo desplegado por los jefes dirigentes de la revolución anticatólica. Adviértase bien para cuando llegue el momento del martirio del P. Pro. Urbina persiguió a los jesuitas en Durango y los expulsó del Estado. Coss los obligó a entregarle las limosnas del templo en Parras. Diéguez los encarceló primero y luego los desterró de Guadalajara. Los colegios de Guadalajara y Saltillo fueron confiscados; Villa en Saltillo hizo un simulacro de fusilamiento a seis jesuitas acusándolos falsamente de hipócritas y soberbios.[105] Mucho más claramente se expresó ante el P. Gonzalo Carrasco, S. J., hecho prisionero en Tepotzotlán, el General Coss. El mismo P. Carrasco conservó el diálogo: "Éramos enemigos y yo le he vencido a usted, dijo Coss. Por lo tanto puedo hacer con usted la que quiero". "No es verdad, dijo el Padre. No éramos enemigos, ni me ha vencido usted, ni puede hacer conmigo sino lo que sea justo. ¿Cuándo fuimos enemigos? Si jamás nos habíamos visto". "Es verdad, rectificó Coss, enemigos personales no hemos sido jamás; pero usted pertenece a la Compañía de Jesús que

---

[104] El documento anduvo policopiado en muchas manos. El autor posee una copia en su archivo particular. Está dado en el Oriente Valle de México.

[105] Gómez Robledo, *o. c*., pág. 178. Es típica la forma de expresarse que usa Villa: "Estos jesuitas himpriócritas, soberbios, que no hacen más que chupar en sus colegios el dinero de los ricos, no los quero. Que se quede en México uno que otro curita humilde, basta; nuestro pueblo no necesita más. ¿Para qué sirven los colegios? Yo no he estado en ninguno y valgo más que todos ustedes. Y no me hablen más porque por una asinadita de éstas los ahorco" (Palabras de Villa a los seis jesuitas cuya semi-ejecución de horca y simulacro de fusilamiento llevó a cabo en Saltillo, recogida por uno de los semi-ejecutados).

nosotros odiamos y perseguimos".[106] Mucho más la odiaron en adelante Obregón y Calles, cuando se dieron cuenta de que eran los jóvenes formados por los jesuitas, en especial, por el P. Bergoend, unos de los más sobresalientes miembros de la defensa católica, incluso por las armas. Muy pronto la revolución siguió su camino prescindiendo de Carranza. El mismo Carranza no se sentía en su lugar entre los revolucionarios. Era hombre de regular cultura y presentación aristocrática, que hubo de disimular con un traje de ranchero en armas, pues caía mal a los suyos con su presentación de capitalista.[107] Como Wilson, desde la Casa Blanca ordenara "con un aviso oficial, la rendición incondicional a Carranza",[108] Obregón pudo entrar en la capital sin capitulaciones ni compromisos de amnistías el 15 de julio de 1914. Tras él llegó Carranza, que siempre se mantuvo lejos de las balas. Al agriarse las relaciones entre Villa y Carranza, delegados de Villa y de Pablo González se reunieron en Torreón para algún arreglo. Los delegados sugirieron a Carranza que convocara una reunión encargada de fijar las fechas para las elecciones presidenciales y el programa de gobierno a que debía sujetarse el nuevo Presidente. Además hicieron una promesa que decía: "Siendo la actual contienda una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos, y comprendiendo que las causas de las desgracias que afligen al país emanan del *pretorianismo*, de la *plutocracia* y de la *clerecía* (subrayamos nosotros), las Divisiones del Norte y del Noroeste se comprometen a combatir... y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades a los miembros del clero romano que material e intelectualmente hayan ayudado al

[106] *Ibid.,* pág. 192.

[107] Calero, *o. c*., pág. 171.

[108] Schlarman, *o. c*., pág. 573.

usurpador Victoriana Huerta".[109] Llama la atención la coincidencia con el programa de 1835.

La Convención se reunió a 1.º de octubre, pero fue únicamente de militares, a razón de uno por cada mil. Zapatistas y villistas se negaron a concurrir alegando que la Convención reunida en México, estaba bajo la influencia de Carranza. Este ordenó entonces que la Convención se trasladara a Aguascalientes. Una vez trasladada allá, La Convención se declaró libre y soberana: pueblo y ejército repudiaban a Carranza. Pero la Convención estaba desarmada, por lo que decidió apoyarse en Villa, quien avanzó hasta la capital. Carranza huyó a Veracruz en busca del apoyo de Wilson; y para tapar la boca a quienes murmuraban de que en su programa nada había sobre la cuestión social, comenzó a dictar diversos acuerdos en ese sentido. Wilson tardó aún casi un año en darle su reconocimiento oficial. Lo hizo en octubre de 1915, y con su apoyo y armas pudo Obregón recuperar la capital, dominar la situación y destruir a Villa.

Finalmente se reunieron los constituyentes en Querétaro a fines de 1916, pero cuidadosamente seleccionados. "La asamblea se integró con militares y civiles, liberales y masones unos, otros socialistas moderados, otros jacobinos, como Enrique Recio, etc."[110] Estaban ahí Luis Manuel Rojas, Presidente de la asamblea, connotado masón; el general Múgica, exseminarista; Palavicini, inspirador de la ley del divorcio cerca de Carranza, etc. En medio de ellos y agitando los odios anticatólicos andaba un hombre astuto y cruel, buen militar, brazo derecho del carrancismo y que pensaba ya en la Presidencia para sí: el general Obregón. Este exclamaba

[109] Taracena, *o. c.*, pág. 218.

[110] *Ibid*., pág. 559.

en plena Asamblea Constituyente: "La división que con orgullo comando, ha cruzado la República de un extremo a otro extremo, entre maldiciones de los frailes y anatemas de los burgueses. ¡Qué mayor gloria para mí! ¡La maldición de los frailes entraña una glorificación!" [111] Aquello fue, en frase de Emiliano Zapata, "una epilepsia anticlerical". Redactada la Constitución entre blasfemias, bebidas y tiros, fue al fin publicada el 5 de febrero de 1917, aniversario del primer Congreso del Partido Liberal en 1901, en San Luis Potosí, quizá no por mera coincidencia. La de 1857, se expidió también el 5 de febrero. Llovieron protestas de muchos prelados del orbe, además de las del Episcopado mexicano.

Carranza, una vez logrado su objetivo de llegar a la Presidencia, comenzó a arrepentirse de los resultados de su revolución. Hizo al Congreso proposiciones para la reforma de los artículos persecutorios, 3 y 130, en noviembre y diciembre de 1918. Palpó ahora que había sido simple instrumento en manos de quienes, desde Sonora, lo empujaron por el lado persecutorio, y que la revolución estaba divorciada de él. El Congreso no aceptó sus propuestas. Para colmo de su desgracia, su protector decidido, Wilson, había caído enfermo, de manía cercana a la locura, y se encontraba inepto para gobernar. Todavía en tales circunstancias, Carranza quiso imponer para el siguiente período presidencial a un civil, el señor Bonilla. Obregón se creía con pleno derecho a la Presidencia. Estalló la revuelta de nuevo desde Sonora mediante el Plan llamado de Agua Prieta. Obregón asesinó a Carranza que trataba de huir hacia Veracruz y luego hacia el Norte; y puso como Presidente interino a De la Huerta. Y cuando llegó el tiempo de las elecciones, finalmente subió a la Presidencia.

---

[111] Valace, *El Conflicto Religioso en México*, págs. 52-53.

Subía con él al poder lo peor de los instintos revolucionarios. Sin embargo "era un hombre práctico y comprendía que no le convenía desempeñar en la tragedia mexicana el papel de perseguidor".[112] Por otra parte, para desarrollar el programa integral de las logias internacionales se dio a preparar el camino. Planeó para esto dos pasos: uno fue fortalecer en todos los Estados el poderío de las organizaciones obreras y agrarias que en sus manos significaría un gran poder político y juntamente una fuerza grande en la futura persecución anticatólica. Otro fue seguir una política tortuosa, con el objeto de conocer a fondo la verdadera fuerza de los católicos y su alcance. Bajo su amparo, pudieron Calles y Morones dar a los organismos un auge enorme; al mismo tiempo que el sistema llamado "de los buscapiés" iba tanteando las fuerzas católicas. Los buscapiés se fueron escalonando. El 6 de febrero de 1921 estalló una bomba en la puerta del palacio Arzobispal de México, luego otra en las del de Guadalajara. Obregón las atribuyó a intemperancias de los católicos. El 11 de mayo del mismo año, los comunistas izaron la bandera rojinegra en las torres de la catedral de Morelia, irrumpieron en el edificio y apuñalaron una imagen de la Virgen de Guadalupe, y finalmente acometieron a tiros a la manifestación pacífica organizada en desagravio. Hubo muertos y heridos. Obregón echó la culpa a las víctimas. El 14 de noviembre estalló una bomba a los pies de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en su propia Basílica. Pudo comprobarse la criminal connivencia de las autoridades políticas que por lo menos dieron su consentimiento y luego nada hicieron para castigar el atentado. El primero de mayo de 1922, una turba de socialistas asaltó la casa de la A.C.J.M. en la capital y cometió cantidad de tropelías. Otra vez Obregón culpó de todo a

[112] Aquiles P. Moctezuma, *o. c*., págs. 307-308.

los católicos. El 13 de enero de 1923, con ocasión de haberse colocado y bendecido la primera piedra del Monumento Nacional a Cristo Rey en el Cerro de El Cubilete, Obregón dictó la orden de expulsión del Delegado Apostólico, Mons. Filippi, a petición de la "Liga Anticlerical Mexicana" jefaturada por una agitadora española de nombre Belén de Zárraga. Y Obregón razonó que todo se debía a imprudencias y rebeldías de los católicos. El 23 de mayo de ese año, los comunistas se atrevieron a enarbolar la bandera roji-negra en las torres de la catedral de México, y las protestas de los católicos se perdieron en el vacío. El 12 de septiembre, el líder Morones hizo celebrar el primer matrimonio socialista en la capital. El enlace fue presenciado y sancionado por el Comité Central de la CROM; se le dio bombo y los obreros asistieron con banderas roji-negras. Y esto nadie lo castigó. Todavía, poco antes de dejar el poder, en octubre de 1924, tuvo Obregón la audacia de descargar un golpe sobre toda la nación. Se celebraba, a lo menos con su tácita anuencia, el gran Primer Congreso Eucarístico Nacional. Al terminarse, Obregón ordenó consignar al Procurador General de Justicia de la República, Eduardo Delhumeau, el Congreso íntegro: es decir, a Prelados y asistentes, y ordenó además la destitución de todos los empleados públicos que hubieran tomado parte en el Congreso. Las festividades habían sido solemnísimas. En la capital misma el 75% de los hogares ostentaba adornos. Sin embargo, de parte de los católicos sólo hubo las ya repetidísimas manifestaciones de protesta pacífica y en orden. Quedaba pues comprobado que podían los revolucionarios golpear impunemente al catolicismo mexicano, pues las protestas pacíficas para nada les interesaban.

Bajo esta persuasión se llevaron a cabo las elecciones presidenciales de 1924. Los tres hombres de Sonora, De la Huerta,

Obregón y Calles, habían hecho sus arreglos para turnarse la presidencia. Por haber el primero estado ya en la presidencia interna, Calles creyó llegado su turno. Pero De la Huerta no había renunciado a sus aspiraciones, por lo que aparecieron desde luego dos candidatos: él y Calles. Obregón quiere guardar las formas, y dice que hay libertad para las elecciones, por lo cual aceptan lanzar su propia candidatura otros varios que tras de diversas andanzas y arreglos acaban también por reducirse a dos: Raúl Madero y Angel Flores. Madero, cuando vio del lado de Calles todo el poder de Obregón y de Morones, renunció a su candidatura. Flores murió envenenado, según se dijo. De la Huerta, inconforme con los arreglos de Bucareli, hechos por Obregón y su propio sustituto o sucesor en el ministerio de Hacienda, Alberto Pani, aceptó su candidatura; pero procedió con una indecisión tan grande que mató a su propio partido y a él lo obligó a expatriarse. Quedó así como único candidato Plutarco Elías Calles, decidido, según se decía, a realizar los programas internacionales acerca de la abolición de la Iglesia católica en el país. Y para poder engañar, echó mano de la ilógica distinción entre clero y religión.

Ya el 11 de mayo de 1924, en su gira de propaganda, en el teatro Ocampo, de Morelia, declaraba abiertamente: "Dicen mis enemigos que soy enemigo de las religiones y de los cultos y que no respeto las creencias religiosas. Yo soy un liberal de espíritu tan amplio, que dentro de mi cerebro me explico todas las creencias y las justifico, porque las considero buenas por el programa moral que encierran. Yo soy enemigo de la casta sacerdotal que ve en su posición un privilegio y no una misión apostólica. Soy enemigo del cura político, del cura intrigante, del cura explotador, del cura que pretende tener sumiso a nuestro pueblo en la ignorancia, del cura industrial, para explotar al trabajador. Yo declaro que respeto todas

las religiones y todas las creencias, mientras los ministros del culto no se mezclen en nuestras contiendas políticas con desprecio de nuestras leyes, ni sirvan de instrumento a los poderosos para explotar a los desvalidos".[113] Aquí comenta el señor Taracena: "Si algo ha traído la CROM es la tiranía más despiadada entre los asalariados, que ya experimentaban hasta dolor". Y sin embargo, Calles está en perfecto acuerdo con la CROM.

Quiso Calles afirmarse bien, antes de empezar la destrucción de la Iglesia Católica en México. Hizo, pues, una gira por Europa, antes de asumir la Presidencia, para recibir, según se rumoreaba, las últimas instrucciones y atar los últimos compromisos. A su regreso cerró con Morones, el gran líder de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), un acuerdo cuyos puntos principales, fueron obligarse Calles entre otras cosas, "a respetar todos los movimientos que emprenda dicha CROM con tal que se lleven a cabo con la debida autorización; a dar todas las facilidades y suministrar los fondos necesarios para el gasto de organización y sostenimiento de la CROM; disolver gradualmente el ejército nacional dentro de un año después de haber tomado posesión de la Presidencia de la República, y reponer dicho ejército por medio de batallones de sindicatos obreros pertenecientes a la CROM; a designar como Ministro de Industria, Comercio y Trabajo al camarada Luis N. Morones, para que pueda organizar a todos los obreros conforme al programa de la precitada CROM". Por su parte la CROM se comprometía a organizar militarmente a los sindicatos para que llegado el momento oportuno ocupen el lugar del llamado ejército nacional; a apoyar, mediante movimientos obreros, todos los acuerdos y disposiciones y decretos que emanen del gobierno".

[113] Taracena, *o. c.*, en la 11ª etapa, pág. 117.

[114] Fechado el 29 de noviembre de 1924, dos días antes de que Calles tomara posesión de la Presidencia.

Gastó el nuevo Presidente los primeros días en reorganizar la administración y colocar en los debidos puestos a los instrumentos aptos para el gran plan de destrucción, así en lo civil como en lo político y en lo militar. Muy pronto comenzó su obra. El Estado escogido fue Jalisco, al que Obregón y Calles llamaban "el gallinero de la República", pues decían ser el que más alborotaba, pero nada hacía. El golpe fue contra los seminaristas con dos expulsiones de sus edificios. La primera en diciembre de 1924, y la segunda el 15 de enero de 1925. Llovieron protestas y nada más. A fines de ese mes, Tabasco reglamentó el culto y el número de sacerdotes que, tras de registrarse ante el gobierno, podrían oficiar, los cuales incluso debían ser casados. El 21 se intentó formar una iglesia separada de Roma con un tal Patriarca Pérez al frente, hombre de malos antecedentes. Los cismáticos se apoderaron de la iglesia de la Soledad, en la capital, y comenzaron bajo la tutela de Calles, a enviar emisarios a los distintos Estados para hacer prosélitos e irse apoderando en la misma forma de los templos católicos. A 25 de junio, nueva expulsión de los seminaristas de Guadalajara, de sus dos edificios. Luego la dimisión del Ministro de Gobernación, Gilberto Valenzuela, por no mostrarse suficientemente clerófobo. Fue nombrado en su lugar el Coronel Adalberto Tejeda, el 26 de agosto. Finalmente se desató por los Estados una competencia de anticlericalismo, seguido en todas partes de inútiles protestas, respetuosas y pacíficas.

Galles para destruir radicalmente la Iglesia, a 7 de enero de 1926 pidió facultades extraordinarias al Congreso, a fin de proceder

---

[114] Aquiles P. Moctezuma, *o. c.*, págs. 307-308.

a la reglamentación del Código Penal en el Distrito Federal y Territorios, y hacer imposible a la Iglesia y a sus sacerdotes el ministerio, a no ser como simples empleados gubernamentales. El 27 *El Universal* publicó, como noticia sensacional, que muy pronto los católicos emprenderían una campaña contra las leyes. El 4 de febrero, un reportero de *El Universal* pidió una entrevista al Ilmo. Señor Arzobispo de México Mora y del Río, quien hizo una declaración en el sentido de que cuanto había que decir, estaba ya dicho en la Pastoral colectiva que en 1917 habían lanzado los Prelados, condenando las leyes persecutorias. El gobierno, fingiendo alarma, inmediatamente consignó a los tribunales al señor Arzobispo; pero éstos lo absolvieron. El dos de febrero se publicó la Encíclica de Pío XI *Paterna sane*, dirigida a los obispos acerca de la persecución religiosa en México. La respuesta de Calles fue lanzar a los cuatro vientos la queja hipócrita de que la Iglesia atacaba al Estado y promovía la revolución y lo retaba. Al mismo tiempo se giró orden a todos los consulados mexicanos de negar en todos los tonos que en México hubiera persecución religiosa. Quería el gobierno aparecer ante el extranjero como víctima siendo el asaltante.

Siguióse el cierre por la violencia de los colegios católicos e instituciones confesionales, aun cuando fuesen de simple caridad y se promovió una mascarada blasfema y pública durante el carnaval, con escenas burlescas contra el clero y las religiosas. Puesto ya en marcha, Calles arremetió contra los sacerdotes extranjeros, de manera que en abril iban más de 200 arrojados del país, a veces sin darles siquiera tiempo de ir a sus hogares para proveerse de ropa. La rabia de Calles y su anhelo ferviente de acabar con la iglesia mexicana se echaba bien de ver incluso en la indelicadeza de sus arengas. Así en la quinta Jornada de la VII

Convención de la CROM, el 5 de marzo dijo: "No son las muecas de los sacristanes, ni los pujidos de las beatas la opinión pública; si creen que con todas esas presiones que han querido hacer en la prensa, a que me he referido (hablaba de los periódicos un tanto independientes, pues toda la prensa estaba amordazada y la conspiración del silencio era un hecho), y con manifestaciones ridículas, van a doblegar las energías de mi gobierno se equivocan rotundamente, y hago esta aclaración ante la Convención: mientras yo sea Presidente de la República, la Constitución del 17 se cumplirá".[115]

Para no ser menos, el Secretario de Educación, Puig Casauranc, a 22 de febrero, se había dado a reglamentar los colegios hasta matar a los que no fueran totalmente laicos. Calles no había podido acabar con el ejército y sustituirlo con las milicias obreras de la CROM, porque los ingleses le decomisaron las armas que al efecto había comprado de contrabando en Alemania, misión llevada a cabo por el entonces amigo íntimo de Obregón y Calles, el General Serrano.[116] A pesar de todo, la CROM le prestó su apoyo total, hasta el de la acción directa o sea el asesinato descarado contra los católicos. La santa Sede para obviar inconvenientes, nombró delegado Apostólico a Mons. Caruana, ciudadano de los Estados Unidos. Pero Calles estaba en tal forma apoyado por aquel gobierno, que el 12 de mayo expulsó del país a dicho Delegado, alegando que se inmiscuía en política y que había entrado al país haciendo declaraciones falsas acerca de su profesión: cosas ambas inexactas. A 18 de mayo protestaron el clero todo y los católicos, pero en vano.[117]

---

[115] Taracena, *l. c*., pág. 85.

[116] Aquiles P. Moctezuma, pág. 308, *o. c*.

[117] *Ibid*., pág. 345.

A causa de la legislación antirreligiosa en los Estados, el Prelado de Colima hubo de suspender el culto público en su Diócesis, a 8 de abril. El día 17 del mismo mes, lo suspendió para Michoacán, el de Morelia, aunque luego decretó que se reanudara, el 16 de mayo, tratando de entender la imposición del registro de los sacerdotes, ya implantado por el Gobernador del Estado, como una simple medida administrativa, cosa que admiró y que muchos desaprobaron. Para el 11 de junio eran ya 18 los Prelados que opinaban ser necesario en conciencia suspender el culto público, a causa de la incompatibilidad con la legislación.[118] A 21 de abril había protestado enérgicamente el obispo de Huejutla en su VI Carta Pastoral, con tanto brío que en Europa se le parangonó con San Gregorio VII, el defensor de los derechos de la Santa Sede contra las ambiciones de los emperadores de Alemania. También protestó el de Tacámbaro a 26 del mismo mes. Ambos fueron aprehendidos. A 21 de ese mes, el Episcopado lanzó su Carta Pastoral Colectiva, precisando la situación legal en que se colocaba a la Iglesia; pero dejando a los seglares exclusivamente el ejercicio de la acción política y exhortando a los católicos a trabajar en todos los terrenos legales para la reforma de la Constitución. La Carta fue consignada como sediciosa el día 29. Así fue cerrando el gobierno todos los caminos para un entendimiento pacífico.

Finalmente Calles, el 14 de junio, expidió la ley reglamentada del Código Penal para el Distrito Federal y Territorios Federales, sobre delitos del fuero común; y para toda la República sobre delitos contra la Federación. Reunió ahí todos los medios que le parecieron más eficaces para someter la Iglesia al Poder Civil y

[118] *Ibid.*, pág. 346.

hacer de sus ministros simples empleados gubernamentales; además prohibió, bajo severas penas, todo culto y administración de Sacramentos sino por sacerdotes previamente registrados y autorizados por el gobierno y bajo las condiciones impuestas por él mismo. La ley entró en vigor el 31 de julio. Quizá no deba pasarse por alto la coincidencia de que Calles, aun teniendo facultades omnímodas del Congreso ya desde el mes de febrero, esperara aún cinco meses y escogiera para ponerla en vigor precisamente el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola. ¿Pensó, al hacerlo, en una velada alusión a los jesuitas, considerados por la revolución como los abanderados de vanguardia en la defensa de la Iglesia? ¿Dio a su ley precisamente 33 artículos como un número simbólico de la masonería? No se han de extremar las coincidencias, pero tampoco es conveniente del todo menospreciarlas.

¿Qué habían hecho entre tanto los católicos? Lo veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo XII

LA ACTUACIÓN DE LOS CATÓLICOS

Difícil era el panorama que presentaba el campo católico hacia filiales del porfirismo. No llegaremos al exceso de algún autor, católico y prelado, de aquellos días, que afirmaba haber apenas un 5% de verdaderos católicos. Pensamos que en realidad la inmensa mayoría del pueblo era y sigue siendo católica. Pero los campos político y social, en que la revolución iba a dar batalla, se encontraba muy marginada la Iglesia. "El pueblo de México", dice un observador contemporáneo, "es fundamentalmente católico; pero el catolicismo apenas puede decirse que sea un factor nacional en el México de hoy. Por desgracia para todos, el catolicismo mexicano ha ido poniéndose al margen de la vida nacional, desentendiéndose completamente de la participación en la actuación cívica y en los problemas del día; y como la vida hay que vivirla al día y los problemas exigen una solución pronta, la vida en México se ha desarrollado sin los católicos y contra los católicos... El catolicismo, vencido desde 1867 [entiéndase en los campos de batalla], lejos de esforzarse por recobrar su libertad, procuró plegarse dócilmente a las condiciones de vida que le impusieron sus enemigos; ya que no se le permitía vivir la vida de libertad a que tiene derecho, procuró vegetar al amparo y descuido y bajo el desprecio de sus mismos enemigos... Si el catolicismo de un pueblo debe medirse por la asistencia a los templos, la brillantez de sus funciones religiosas, el derroche de dinero en objetos y para

los ministros del culto, por el número de Asociaciones piadosas y de comuniones, y en conjunto, por lo que llamamos vida de Iglesia y ejercicios piadosos, el extranjero que llega a México y comienza a participar en la vida corriente, siente con vehemencia la tentación de declarar a aquel pueblo el más católico del universo.[119] Es verdad que en medio de aquella masa amorfa, vegetaba una gran cantidad de Asociaciones piadosas que, por sus mismos programas y fines nada tenían que ver con el catolicismo combatiente, salvo el ayudar con la oración y el buen ejemplo privado. Parroquia había en donde llegaban casi a cuarenta las Asociaciones piadosas. Pero cuando en 1910 se desató el vendaval, y llegó el momento de marcar los rumbos a la nave del Estado, ellas permanecieron pasivas y procuraron simplemente seguir viviendo al día y como les era posible, siempre esperando que la tempestad por sí sola se calmara... la inmensa mayoría de los católicos no sentía el temple de espíritu necesario para los grandes sacrificios." [120]

En cuanto a la parte social, un historiador tan ilustre como Mons. Banegas escribe: "Temerosas (las clases directoras) de sufrir quebranto en sus intereses, estorbo en sus empresas, disminución en su clientela o cualquiera otra iniquidad de parte de los del gobierno (con quienes tenían que estar en frecuente contacto), si aparecían leal y francamente católicos, se apartaron de la Iglesia... ¿Cuántos de esas clases concurrieron a los Congresos Católicos, cuántos cooperaron para llevar a cabo las iniciativas ahí presentadas? Diez o doce hombres maduros, de espíritu recto y corazón generoso, y un grupo heroico de jóvenes, fueron las

[119] Valace, *o. c.*, párrafo VIII de su Introd. y también pág. 24.

[120] *Ibid.*

milicias auxiliares con que contó el Episcopado y el sacerdocio para la magna obra social".[121]

Otra circunstancia vino a sumarse: la clase alta y media de la sociedad dieron un vuelco excesivamente rápido para ser tan radical en los veinte años de la revolución jacobina: "En aquellos días", dice un autor, "México pasó de las faldas largas a las faldas cortas, del *vals* al *fox* y de la dictadura porfiriana al maximato callista. Las mujeres de México salieron del siglo XIX y se transformaron asombrosamente… Durante los veinte años, los mexicanos leyeron en la prensa las noticias más inverosímiles: levantamientos y crímenes sin cuento, una guerra mundial. Vieron nacer la aviación militar y oyeron los primeros bombardeos desde el aire; oyeron las peleas de box de Jack Dempsey y de Gene Tunney por radio, y compraron discos de Caruso para oír ópera en su casa. Junto a la guerra intestina y guerra mundial, vino la última intervención armada en nuestro país. Y ya para terminar el período, México estremeció al mundo con la resistencia popular contra la tiranía persecutoria de Calles." [122]

Pueden añadirse otras muchas pinceladas al cuadro. Las familias, replegadas antes en sí mismas durante el porfirismo, se echaron a la calle y poco a poco se fueron haciendo cosmopolitas. Las costumbres, más o menos patriarcales, vinieron a ser en muchos casos particulares, sobre todo en la falta de pudor y en el divorcio, demostraciones de los peores instintos. Añadióse el prurito del exhibicionismo excitado sin medida, gracias a los nuevos métodos y medios de comunicación. Hasta el peón sentía en sí el cosquilleo de hacer algo, moverse, llamar la atención en la prensa

---

[121] Banegas, *El Por qué del Partido Católico Nacional*, pág. 35.

[122] Mario Mena, *o. c.,* pág. 6.

de la provincia, del país, del universo. La ignorancia religiosa se encontraba muy extendida y la enseñanza positivista había hecho grande mal entre las juventudes. "La paz del porfirismo no fue orgánica, pues no era el resultado del funcionamiento normal de las instituciones" afirma Bravo Ugarte… "No había partidos políticos, sino un solo Partido... monopolio de una sola persona... Así perdió el pueblo su fe política y cayó en la mayor indiferencia y apatía respecto de todos los problemas electorales..." (*México Independiente*, Edit. Salvat, 1959, pág. 263). El mismo afamado historiador dedica en esa obra el capítulo IX íntegro al estudio de la marcha de la Iglesia en México de 1867 a 1910, en donde pueden verse los adelantos que ella hizo. Pero en el campo social él mismo llama "modestos" los adelantos católicos.

Es empero de justicia hacer notar que no todo era encorvamiento e inercia. Había desde luego un grupo numeroso de *mochos*, es decir, católicos decididos que formaban lo que los muchachos de entonces solían llamar *la vieja guardia*. Especialmente la juventud formada en los abundantes colegios católicos tenía ansias de una renovación. Las energías católicas en mil modos reprimidas por el liberalismo yacían latentes en espera de mejores momentos. Sin este substrato sería imposible comprender la vitalidad con que luego surgió en obras excelentes de trabajo y de defensa católicos. Para dar a comprender lo que al fin vino a culminar en la gran resistencia a la persecución de Calles, necesitamos internamos en diversos pormenores, por ser un campo apenas o muy mal conocido actualmente, sobre todo de los jóvenes. Tendremos, pues, que extendernos algo más de lo que quisiéramos, aun habiendo de luchar con mucha falta de documentación de esos períodos. Nos guía el deseo de que el lector comprenda a fondo a qué altura habían llegado las olas de la

tempestad al tiempo en que Dios nuestro Señor arrojó al P. Pro en mitad del océano.

Hubo una figura que de justicia debe llamarse gigantesca y a la que hasta ahora apenas se le ha concedido algún relieve. Era el P. Bernardo Bergoend, S. J. Nacido en Annecy de la Alta Saboya en Francia, el año 1871, de "una vieja familia nórdica", había entrado en la Compañía de Jesús a los 18 años de edad, con la idea de venir a trabajar en México: país que en aquellos entonces formaba la ilusión y desideratum de muchos jóvenes jesuitas europeos, como tierra de misiones. Sabían que aún poblaban su territorio razas aborígenes y bárbaras que ignoraban el castellano y no conocían a Dios. Sabían las historias de centenares de héroes que en semejante labor los habían precedido: historias ignoradas a sabiendas por el liberalismo de los mundos oficiales.

Cuando el joven Bergoend llegó a México, los Superiores pensaron en aprovechar sus notables cualidades en los colegios y en otros ministerios, con centro en la ciudad de Guadalajara. Bergoend era un joven de claro talento, penetración profunda y voluntad vigorosa, y muy pronto se dio cuenta de los graves problemas que el catolicismo tenía que afrontar en la que él llamaba "su nueva patria". Sintetizándolos, los redujo a dos: el político, inminente ya por la vejez del dictador, y el social que se agitaba en los países europeos y comenzaba a llegar en oleadas a las playas mexicanas. Era por el año 1907. Bergoend era además un hombre de acción. Quiso hacer algo para salvar el catolicismo de su *segunda patria* en el cataclismo que se avecinaba. Se puso en contacto con dos personas de mucho valer: Don Luis B. de la Mora y don Miguel Palomar y Vizcarra, ambos pertenecieron a los grupos de *Operarios Guadalupanos*.

Hubo un intercambio magnífico de ideas. Sin esfuerzo estuvieron de acuerdo en sus charlas íntimas, en que los dos problemas advertidos por el P. Bergoend estaban íntimamente conectados. Seria imposible llevar adelante una sabia legislación social cristiana sin el apoyo de un Gobierno católico y para llegar a tener un Gobierno católico era indispensable un fuerte Partido Católico Nacional. Decididos a la empresa los dos colaboradores del P. Bergoend le suplicaron que les proporcionara los lineamientos de la obra futura, según él los concebía. Bergoend pidió a Francia los documentos necesarios, al partido denominado *Acción Liberal Popular*, católico en el fondo, y a la *Asociación Católica de la Juventud Francesa*, o A.C.J.F.: obras dirigidas por los eminentes sociólogos Jacques Piou y el Conde Alberto de Mun respectivamente. Con estos datos, los colaboradores del P. Bergoend planearon un organismo doble que formaría en conjunto la *Unión político-social de los Católicos Mexicanos*.

En el pensamiento del P. Bergoend, el elemento específicamente político que constituiría el Partido, debía ser independiente de la Jerarquía eclesiástica en su dirección y actividades; mientras que el otro, específicamente de acción social católica, dependería directamente de la Jerarquía. En estudiar los proyectos y madurarlos transcurrieron los años 1907 a 1911. Ya en 1905 algunos ciudadanos habían intentado formar un Partido Católico. Se acercaron al Presidente Díaz y le consultaron; pero éste no juzgó prudente el paso; y así desistieron. Para 1911, en cambio, los acontecimientos se habían precipitado y el mismo anciano dictador quiso proceder a la organización de un Partido oficial que ostentara el nombre de católico, pero que de hecho sirviera para sostenerlo en su trono. ¡Tarde se daba cuenta del firmísimo apoyo que el catolicismo podía significar en México para cualquier gobernante

recto y sincero! El Ilmo. Sr. Arzobispo de México don José Mora y del Río, con la clarividencia y valor cristiano que siempre lo caracterizaron, viendo que la maniobra del dictador era taimada, no sólo se opuso al burdo juego, sino que sugirió a don Gabriel Fernández Somellera la formación de un verdadero *Partido Católico Nacional*. Se fijó en este hombre honorable, porque ya a 18 de agosto de 1909 Somellera había fundado un *Círculo Católico Nacional*, cuyo objeto era despertar la conciencia de los católicos y de sus responsabilidades en la lucha electoral.

Somellera aceptó la idea y el encargo y convocó a una reunión general, que se verificó el 3 de mayo de 1911. Concurrieron a dicha Asamblea representantes de los *Operarios Guadalupanos* de Guadalajara, que hicieron llegar a la Asamblea las ideas ya maduradas por Bergoend y sus colaboradores De la Mora y Palomar y Vizcarra. Tales ideas fueron aceptadas, por lo que los colaboradores aludidos al punto se sumaron al nuevo *Partido Católico* que nacía.[123] Pareció por de pronto que la fundación del *Partido Católico Nacional* resolvía de golpe los dos grandes aspectos del problema mexicano, pues englobaba en su programa todas las justas reivindicaciones del país; por lo que numerosos católicos corrieron a inscribirse en sus filas. "Treinta y cinco relevantes católicos de la capital y de los Estados fundaron el 3 de mayo el *Partido Católico Nacional*, cuyo núcleo primitivo fue el *Circulo Católico Nacional*... Llegó a tener 783 centros y 485,856 socios en toda la República" (Bravo Ugarte, *México Independiente*, págs. 289 y 291). Madero mismo consideró la formación del dicho Partido como fruto de su movimiento libertario. Llegadas las elec-

[123] Datos tomados de Barquín y Ruiz en su ohm inédita *Bernardo Bergoend* y de varias conversaciones personales con el Secretario Gral. de la A.C.J.M. y otros dirigentes de esa Asociación.

ciones, en donde el Partido triunfó comenzó a lanzar una legislación social apta.

Pero sucedió lo que ya muchos temían. Madero traicionó su propio programa y en vez del sufragio libre destruyó el Partido que le había dado el triunfo y formó otro con la idea de imponer como Vicepresidente de la Nación a Pino Suárez, hombre no acepto a muchos por sus ideas. Los chanchullos y violencias de los jacobinos por un lado y muchas cobardías y flojedades porfirianas de no pocos católicos, juntamente con las brutalidades del General Huerta, que llegó a descabezar el Partido persiguiendo a Somellera, segaron en flor tan bellos comienzos de legislación social cristiana. El Partido vivió algo más de tiempo, pero ya sin fuerza; y finalmente acabó asfixiado por la revolución carrancista. Hubo algunos ensayos de nuevos Partidos que no pudieron prosperar. Sin embargo, la idea de Bergoend siguió viviendo en la mente de sus colaboradores; reapareció en 1917-1918 con el matiz de una reagrupación de fuerzas católicas ante la legislación perseguidora y finalmente tomó cuerpo, según testimonio del Lic. Miguel Palomar y Vizcarra, en 1925, en la *Liga de defensa de la libertad religiosa*.

Por el lado de la juventud, existía, desde antes de la renuncia de Don Porfirio a la Presidencia, en la capital de la República, una agrupación de jóvenes llamada *Sociedad Filosófica Católica de Estudiantes*, cuyo capellán era el P. Vicente María Zaragoza. Apenas formado el Partido Católico Nacional, dos miembros de la dicha Asociación, Luis Beltrán y Jorge Prieto Laurens quisieron organizar, a la sombra del Partido, "una Asociación que difundiera los principios católicos y ayudara a los católicos, ya organizados en Partido, a su tarea política". El Partido aprobó la idea, y tras de una

intensa propaganda, finalmente se fundó a 11 de junio de 1911, la *Liga Nacional de Estudiantes Católicos* que se extendió rápidamente. Como era obvio, la desmembración del Partido llevó consigo la ruina de aquella Liga juvenil. Los miembros supervivientes optaron por llamar en su auxilio al P. Carlos Ma. Heredia, S. J., quien aceptó la invitación. Y como dicho Padre andaba en esos días empeñado en la fundación de las *Damas Católicas Mexicanas* por iniciativa del Ilmo. Sr. Mora y del Río, puso a los jóvenes en conexión con esa nueva institución.

Pero el P. Heredia no siguió el ideario de Bergoend, sino que exigió a los jóvenes prescindir enteramente de la política Y dedicarse a su propia formación social y religiosa; y desde este punto de vista formuló las bases para el establecimiento de un *Centro Estudiantil* que hiciera buenos ciudadanos mediante el desarrollo físico, intelectual, religioso, social y moral de los socios. Su título completo sería *Centro de Estudiantes Católicos Mexicanos*. Este Centro se inauguró solemnemente el 2 de febrero de 1913. Apuntaba ya, como se advierte, el germen de una división que sería funestísima en el campo católico. El 9 de marzo hubo el P. Heredia de abandonar el país por mandato de sus superiores. Entonces los miembros del incipiente Centro, a moción de Manuel de la Peza y Lazo de la Vega, determinaron buscar la dirección del P. Bergoend para su obra. Una comisión de ellos fue a entrevistar al Prelado Mora y del Río, quien los envió al P. Tomás Ipiña, Provincial de los jesuitas. Admitió el P. Provincial la dirección que se le pedía y así se encontró el P. Bergoend constituido Asistente Eclesiástico del Centro, cosa que los jóvenes celebraron grandemente.

Bergoend no había cesado de acariciar el pensamiento de forjar una *Juventud Católica Mexicana* que luchara en el campo social y civil, con miras a un futuro político, por los derechos de los católicos; y providencialmente los jóvenes que llegaban pidiendo dirección andaban en esos días discutiendo sus propios Estatutos. Aprovechó Bergoend la oportunidad para exponerles sus ideas, que fueron aceptadas. Siguióse un intenso estudio en el que eficazmente cooperó el P. Alfredo Méndez Medina, autor del proyecto de sindicalización nacional cristiana de todo el proletariado de la República, presentado en la Dieta Social de Zamora de ese año. Así las cosas, durante los días 10 y 12 de agosto se celebró en la capital, con ocasión de la segunda peregrinación nacional de las Congregaciones Marianas a la Basílica de Guadalupe, un Primer Congreso Nacional de las mismas. Fueron invitados los jóvenes del Centro Estudiantil; y en la segunda sesión, la del día 12, el joven Luis B, Beltrán Mendoza leyó un precioso trabajo elaborado por él, pero minuciosamente revisado por el P. Bergoend. Daba ahí a conocer el plan integral de la *Juventud Católica Mexicana* e invitaba a los Congregantes a unirse a la nueva Asociación. Era necesario, decía, unirse en un solo bloque, pues la historia demuestra que siempre ha sido fatal la falta de cohesión de los católicos. Hacían falta miras, no provincialistas, sino nacionales e internacionales.

Con amplitud de espíritu aceptó la unión el P. Vicente Vargas Director del Consejo Central de las Congregaciones Marianas; y así comenzó un trabajo de mutua comprensión. El P. Bergoend definía la A.C.J.M. como una Federación de Asociaciones de las juventudes católicas, en la que cada Asociación debía conservar sus propios estatutos y objetivos, su propia fisonomía y naturaleza, pero cooperaría con las demás a los objetivos comunes dentro del

programa que para todas se definiera. Como lema se escogió: *Por Dios y por la Patria*. La vitalidad de los grupos, acrecentada por el influjo del formador, Bergoend, no cupo en las sacristías ni en los salones de las asociaciones piadosas; y sintió la necesidad de lanzarse a la calle y proclamar a voz en cuello, como una reacción varonil contra los antiguos miedos porfirianos, sus bellos ideales. Jamás se avergonzarían sus socios de proclamarse católicos. Eran los revolucionarios de una idea santa que "preferían el guantelete de hierro de la Revolución al guante de seda de don Porfirio". Así pues la A.C.J.M. nacía para la lucha y prácticamente era un reto constante a los liberales jacobinos y revolucionarios. Pero era imposible que éstos no tomaran aquello como un reto jesuítico, como era obvio.

Comenzó la era de la expansión de la A.C.J.M. y la de sus persecuciones. La fundación de cada Centro se marcaba casi en todas partes con la valentía de los muchachos y las crueldades e ignominias de políticos que andaban haciendo méritos. Unas tras otras varias capitales de provincia y pueblos de importancia fueron dando su contingente. El Presidente provisional, René Capistrán Garza, se mostraba muy activo y lleno de firmeza; y a su ejemplo muchos colaboradores seguían la obra con un empeño tal que a veces el mismo P. Bergoend tenía que llamarles la atención. Y fue lo más notable que aquellos muchachos, inflamados en la mística de Cristo, pegaban fuego a otras agrupaciones con quienes se ponían en contacto. Parecía como si un nuevo catolicismo, empujado por el Espíritu de Dios, brotara de debajo de la losa de plomo porfiriana que había matado en gran parte la actividad del anterior. Mostraron los jóvenes, conforme a su programa, desde un principio, interés preponderante por las cuestiones de sociología; y fue uno de los motivos que indudablemente obligó a la masonería a

lanzar el documento de octubre de 1914, de que ya se hizo mención.

La Jerarquía Eclesiástica, hablando en general, abrió sus brazos al nuevo refuerzo. Pero es una ley en la historia de la Iglesia que toda buena obra sufra persecución, como la sufrió el divino Fundador. Y la A.C.J.M., destinada por Dios a salvaguardar el catolicismo mexicano en aquellos tiempos de lucha y de luto, hubo de pasar por semejante ley. La primera y más grave dificultad surgió dentro de la misma A.C.J.M. Porque no pocos de los jóvenes que se le incorporaron ansiaban lanzarse de inmediato a la política, antes de tener la debida formación religiosa y de haber madurado en su espíritu. La mano segura y firme del P. Bergoend fue sorteando el escollo, aunque perdiendo sujetos de mucho valor. Fue principio invariable del Padre que primero debían los jóvenes formarse y después entrar en acción. "Piedad, Estudio y Acción, y en ese orden, era el programa de la A.C.J.M," Pero las acometidas de los revolucionarios obligaron con frecuencia a entrar en acción antes de la madura preparación. Y esto no sólo en la A.C.J.M., sino en las demás agrupaciones que luego hicieron frente a la persecución: estaban en pleno período de formación y comienzos.

La segunda dificultad sobrevino cuando, ilusionados algunos por el brillo que iba desplegando la A.C.J.M., se dedicaron a echar redadas hacia dentro, englobando en ella a jóvenes aun de dudosa catolicidad y de muy deficiente instrucción religiosa. Por lo cual se hizo necesario rehacer de vez en cuando los cuadros y eliminar a quienes prematuramente habían sido recibidos. Mucho se hubo de cuidar también de que no se infiltraran células de izquierda, pues se preveía todo el mal que podrían hacer y traiciones que podrían planear en los momentos más decisivos del trabajo católico. La

tercera dificultad y muy grande apareció ya casi desde el nacimiento de la A.C.J.M. por el lado de los directores y diversos miembros de las Congregaciones Marianas, que no querían renunciar a una plena autonomía e independencia *sui generis* que significaba una supervivencia del espíritu individualista del siglo XIX, precisamente cuando todo llamaba a una intercooperación, aunque no fuera sino por el ejemplo de los adversarios no católicos. Tales sujetos se dedicaron a desacreditar la Asociación; e incluso hubo Mesas Diocesanas que prohibieron a sus grupos la comunicación con el Comité Directivo Nacional. Sin embargo, la A.C.J.M. se abrió paso gallardamente, muy en especial por su propio valor al confesar a Cristo en la calle, en las cárceles y ante los más crueles perseguidores.

Mediante la A.C.J.M., las *Damas Católicas Mexicanas*, la *Confederación Católica del Trabajo*, etc. el catolicismo militante iba tomando un auge serio que mucho prometía. Pero aquí se puso de manifiesto el peligro supremo que luego iba a tener proyecciones incalculables: la división de criterios respecto del modo mismo de actuar ante los adversarios, división que acabó por alcanzar aun las cumbres de la Jerarquía eclesiástica. Desde la caída del gran dictador, se fueron marcando en el trabajo católico dos direcciones opuestas: la antigua liberal-cristiana y la nueva revolucionaria de derechas. Según unos, como los PP. Heredia, Pascual Díaz y Barrero, Jacobo Ramírez, etc., los muchachos de la A.C.J.M. no hacían sino alborotar, estorbar, exasperar al gobierno y sus colaboradores y echárselos encima a los católicos. Esta opinión acerca del modo de combatir la compartan incluso algunos prelados. Decían que el error capital de la A.C.J.M. consistía en que preparaba a los jóvenes para la acción política. "La norma única, decían, en México, ha sido siempre la de acomodarse a las

exigencias de los gobiernos y vivir en paz con ellos. Lo demás es crear dificultades a la Santa Madre Iglesia, sin resultados positivos". Aparte de que les parecía cosa inaudita que una Asociación que se decía católica fuera simplemente cívica. Debía ser religiosa y estar bajo la disposición de los sacerdotes para actividades piadosas y dejarse de civismos y politiquerías que en México resultaban al fin y al cabo nocivas.

En cambio, el P. Bergoend desde luego, y además los PP. Méndez Medina, Gonzalo Carrasco, Juan Ocampo, e inmensa cantidad de sacerdotes y muchos Prelados, aplaudían la Institución y alegaban que precisamente el error fundamental del catolicismo mexicano había sido el abandono del campo cívico y político en manos de los enemigos de la Iglesia, que así fácilmente iba quedando reducida al hogar y a las sacristías. El abstencionismo había sido el gran pecado que ahora la A.C.J.M. se esforzaba por reparar.[124] Y desde entonces comenzó a esgrimirse el argumento de que luchar contra el gobierno era una falta a la caridad; acusación que, parece, brotó del campo protestante. El P. Bergoend prefirió dejar que los hechos hablaran y prosiguió tenazmente su trabajo. De modo que al estallar la persecución de Calles, la A.C.J.M. pudo presentar un frente de unos 4,000 jóvenes entrenados en su mayor parte para el heroísmo, y que iban a constituir una de las infranqueables barreras para los perseguidores.

Aparte de la heroica A.C.J.M. presentaron frente a Calles las *Damas Católicas Mexicanas*, que se dedicaron a sostener el catolicismo "con la enseñanza y fomento de las prácticas religiosas relacionadas con el hogar. Indirectamente procuraban también

[124] Ibid.

sanear el ambiente público en donde se envenenan los espíritus y se marchitan las virtudes adquiridas en el hogar y en el templo". Esta Asociación se extendió mucho, sobre todo en los Estados bien cultivados religiosamente y fueron muy notables sus actividades. De modo particular sostuvo a los Acejotaemeros en su ardua labor, empujando sus valentías y consolando sus derrotas ante el gobierno. Sabía organizar veladas de honor para agasajar a los jóvenes que sufrían la cárcel por Cristo. Paralelamente se había ido extendiendo una brillante Asociación de origen nórdico, designada con el título de *Caballeros de Colón*. "Su finalidad práctica es ante todo la acción religiosa en el campo social, sin excluir ninguno de los modos en que esa acción pueda realizarse. Lleva como base de toda la obra el catolicismo práctico de todos los miembros y la sumisión a las Autoridades eclesiásticas. La política no se considera extraña a los fines". Reclutaba sus socios entre las clases de buena posición económica; fundó multitud de Consejos; y constituyó un organismo que hubiera podido ser formidable si le hubiera asistido un espíritu más combativo, como las circunstancias lo iban a requerir.

En el occidente del país, con centro en la ciudad de Guadalajara, fue formándose una organización magnífica bajo el sistema de Alemania, llamado Volksverein. Englobaba, para una defensa pacífica de los derechos católicos, familia por familia, manzana por manzana, cuartel por cuartel y ciudad por ciudad; y se extendió por todo el Estado de Jalisco y parte de los Estados limítrofes. Se llamaba la *Unión Popular*. Su iniciador y jefe genial fue el Lic. Anacleto González Flores. Caminaba la organización con muy buen pie; pero, lo mismo que las otras, no tuvo tiempo de madurar y perfeccionarse para cuando estalló la persecución sangrienta. Más adelante se supo de cierta organización secreta

que abreviando su título, se denominó de la "U", o sea *Unión de Mexicanos Católicos*, de la que no ha sido posible averiguar ni el origen ni los reglamentos, pero que demostró en la persecución un espíritu de sacrificio muy elevado y una cohesión a toda prueba; aunque luego, por su misma constitución, resultó no pequeño obstáculo para la defensa católica en algunos Estados. Sus miembros se juramentaban para luchar por la Iglesia en los campos en que fuera necesario; y en muchos casos fue el punto de apoyo de los que se lanzaron a las armas. Ya en pleno combate, se formó una Asociación de jóvenes voluntarias que se dedicaron a proveer de parque, medicinas, etc., a los combatientes. Se llamó *Las Brigadas de Santa Juana de Arco*, y llegó a contar con unas 10,000 afiliadas. Estas derrocharon admirables heroísmos que sólo Dios conoce, aunque también tuvieron graves roces con el núcleo dirigente que fue la L.N.D.R.

El trabajo de levantar semejantes instituciones en medio de las barbaries carrancistas y de los atropellos obregonistas, fue inmenso. No eran muy grandes las cifras, pero sí representaban un bello comienzo y una muy firme esperanza para el futuro católico. Y sin duda fue esto lo que hizo a los perseguidores apresurar el golpe definitivo, pues a la larga veían que el triunfo se les escaparía de las manos. Ni las logias internacionales, ni los jefes de los Estados Unidos perdían de vista este florecimiento de la Iglesia en México. Y, visto en conjunto el panorama, era obvio para cualquier observador que el choque de ideales llevaría consigo el de las fuerzas antagónicas, ya que la de los malos estaba decidida a destruir en absoluto a su contraria. Pero es necesario insistir enérgicamente en que los católicos nunca pensaron que se llegaría hasta las armas: creyeron siempre que los gobernantes tendrían un mínimum de cordura y patriotismo. De manera que cuando se hizo

indispensable la defensa contra el agresor injusto, se encontraron completamente no preparados en ese campo, al revés de los perseguidores.

Así pasaron los años 1913 a 1924. El P. Bergoend seguía insistiendo en la necesidad de agrupar todas las fuerzas católicas en un solo frente, en vista del choque que se aproximaba y que él claramente preveía. Uno de sus más leales colaboradores, el Lic. Miguel Palomar y Vizcarra, en 1917, siguiendo las ideas del P. Bergoend, invitó al Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal a una junta en que se iba a tratar de la formación de una *Liga Cívica* "tan necesaria en México para educar al pueblo en sus derechos y deberes cívicos, imbuirlo en el amor a las libertades esenciales y prepararlo a defenderlas". Al lado de esa Liga se formaría un Partido político que se colocaría en la hipótesis y no en la tesis católica, con el fin de batir al enemigo dentro de sus propias trincheras.[125] "La Liga estaría fuera de todo Partido, pero daría su apoyo moral y su voto a los candidatos que pudieran garantizar plena y eficazmente las libertades esenciales y el derecho común para la Iglesia".[126]

El programa se fue estudiando durante los años 1917 y 1918. La ocasión de pensar en semejante Liga fue la situación en que la Constitución promulgada el 5 de febrero puso a los católicos y a la Iglesia.[127] Ya no se trataba de una persecución pasajera, sino convertida en Ley. El Ilmo. Sr. Mora y del Río dio su aprobación, lo mismo que varios otros prelados. Sin embargo, el Ilmo. Sr. Francisco Orozco y Jiménez, de Guadalajara, puso sus reparos

[125] Historia de la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa, por el Lic. don Rafael Ceniceros Villarreal, agosto de 1932. Inédita e incompleta, cap. I.

[126] *Ibid*., hacia el fin del cap. III.

[127] Acta de la Junta extraordinaria de la Liga el 27 de mayo de 1932.

debido, según parece, a influencias de don Juan Villela, abogado, que entonces influía grandemente sobre algunos Príncipes de la Iglesia. En una reunión de Prelados verificada en Guadalajara, el señor Orozco y Jiménez expuso sus reparos y así no se pudo por entonces llevar a efecto la formación de la Liga proyectada.[128] Pero la idea quedó en pie.

Cuando en 1925, a 21 de febrero, se puso en planta el intento de construir una Iglesia Mexicana, independiente de Roma, y se siguió el asalto de los cismáticos al templo de la Soledad en México, los del grupo inicial de la Liga de 1917, pensaron que era definitivamente necesario echar a andar la Liga, que abarcaría todas las organizaciones católicas en plan de defensa: y esto "sin consultar el parecer del V. Episcopado, pero sí procurando que no fuera desautorizada la Institución".[129] Reuniéronse pues el 9 de marzo en el local de los Caballeros de Colón, Ocampo No. 3, en la ciudad de México, los señores Doctor don Manuel G. del Valle y Lic. José Esquivel Alfaro, representando a la Congregación Mariana de Jóvenes, sección de señoritas; don Juan Lainé y don Mariano G. Laris, representando a la Federación Arquidiocesana (Arquidiócesis de México) del Trabajo; don José G. Silva, Coronel don José Rebollo y Reynaldo Manero, representando a la Adoración Nocturna Mexicana; el Lic. don Rafael Ceniceros y Villarreal e Ing. Edelmiro Traslosheros, representando a la Unión de Damas Católicas Mexicanas; el Ing. Carlos Landero, Fernando Silva y Luis G. Bustos, representando a la Orden de los Caballeros de Colón; el Lic. don Miguel Palomar y Vizcarra, representando a la Confederación Nacional Católica del Trabajo; René Capistrán

[128] Exposición hecha por el Lic. don Miguel Palomar y Vizcarra.

[129] *Ibid.*

Garza, Luis G. Ruiz y Rueda y Ramón Ruiz Rueda, representando a la Asociación Católica de la Juventud Mexicana.

La sesión comenzó a las 6.35 p.m., y la presidió el Lic. Miguel Palomar y Vizcarra. Todos los reunidos eran "miembros representativos", pero no representantes oficiales de las Asociaciones dichas. Asistieron además los señores Enrique Torroella (j), Francisco Palencia LIerena y Lic. Rafael Capetillo, representando a la Congregación Mariana de Jóvenes, sección de varones. Siguiéronse varias sesiones durante los meses de marzo, abril, mayo, junio y julio. En la sesión del 27 de abril se determinó nombrar sustitutos "para el caso de que por fuerza mayor, esta Convención General esté imposibilitada de seguir funcionando", ya previendo que el gobierno de Calles apelaría a sus medios usuales de encarcelamientos, etc.

La finalidad de la Liga se declaró en un programa y se mantuvo hasta el fin. Decía: "Es preciso que nos unamos concertando todas nuestras fuerzas para que a su tiempo y a una hagamos un esfuerzo enérgico, tenaz, supremo e incontenible, que de una vez arranque para siempre de raíz de la Constitución todas las injusticias, sean las que fueren y vengan de donde vinieren. Esta es la única manera de que tengamos y se nos haga justicia.; y para esto precisamente se funda la *Liga Nacional de Defensa Religiosa*". [130] Se enumeran luego las libertades por que se va a combatir: de enseñanza, de prensa, de culto, de asociación. Y se advierte cómo el gobierno, mediante la ley, ha constituido a su vez un frente único de persecución, de manera que es un agresor injusto, que se ha adelantado a sus víctimas.

[130] *Ibid*. Sesión primera.

Explican los fundadores que dicha Liga es una Asociación legal con base en el art. 9 de la Constitución; que el asunto religioso en México ha venido a ser político "desde el momento en que las poderes públicos se han arrogado el derecho de legislar sobre religión".[131] Pero la Liga es de carácter cívico, o sea de ciudadanos que quieren ejercer sus derechos. Y así nada tiene que ver la Jerarquía Eclesiástica con ella ni con su organización, ni con su gobierno, ni con su actuación. Pero aceptará "el consejo y alta dirección de la Autoridad eclesiástica".[132] Y para lograr sus fines, adoptará "los medios adecuados que las circunstancias irán imponiendo".[133] O de otro modo: "Los medios legales y los exigidos por el bien común, naturalmente dentro de la moral". Quedaba pues abierta una salida incluso para emprender una acción de defensa armada, en el caso de no bastar los medios legales. A una pregunta de Ramón Ruiz y Rueda sobre el alcance de la frase copiada, se repitió que los medios serían los legales "y los exigidos por el bien común", aclaración que se hizo en la sesión del 9 de marzo, al leerse el programa.

Como era de esperarse, la Liga fue el objetivo destacado para la persecución. Y como el Ministro de Gobernación, Gilberto Valenzuela, no se mostraba excesivamente anticatólico, pudo la Liga ir llevando adelante su trabajo de organización, aunque lentamente y tropezando con mil dificultades a causa de la abulia de muchos católicos y de la división de pareceres de que ya se hizo mención. Se necesitó que Calles lanzara su ley y su acometida brutal para que por fin se abrieran los ojos y se apresuraran las víctimas a enlistarse en las filas de la Liga. El

---

131 *Ibid*.

132 *Ibid.* Se cita la Encíclica de Pío X "Il fermo proposito".

133 *Ibid.*

número creció rapidísimamente, de modo que en la capital, en esos días, la Liga vino a contar con unos 500,000 afiliados entre hombres, mujeres y niños. Fácilmente se comprende que fue aquello un movimiento de emergencia sin suficiente preparación. A pesar de todo, las multitudes se presentaron en general ordenadas y disciplinadas. Para la organización se tuvo delante el modelo de la *Unión Popular* de Jalisco, obra de Anacleto González Flores. Tomó la Liga como lema *Dios y mi derecho*. Pero a 3 de mayo de 1926 hubo de cambiar un poco su título, pues el señor Delegado Apostólico, Mons. Caruana, opinaba que el primero no caía bien en los Estados Unidos, de donde esperaban los dirigentes obtener, mediante la Jerarquía eclesiástica de aquel país, buenos socorros y apoyo.[134]

Con semejantes antecedentes, parecía que los planes de destrucción de la Iglesia Católica en México iban a encontrar una inquebrantable y muy general resistencia. Por desgracia no era así. La división de criterios, planteada desde la caída misma de don Porfirio Díaz, se exacerbó ahora, al tener que entrar por el campo del sacrificio. Por de pronto, hubo quienes intentaron fundar una especie de contra-liga que trabajara única y exclusivamente en lo cívico, suprimiendo en absoluto lo político y la defensa armada. Trabajó en esto el Lic. Pallares con otros que sostenían ser suficiente con la acción católica para derrotar a los perseguidores. Cosa a la verdad inexplicable si se tiene en cuenta la poderosa preparación del gobierno y la decidida voluntad de Calles de acabar con el catolicismo en México. Es cierto que aun el mismo genial González Flores, jefe cumbre del movimiento católico en el Estado de Jalisco, opinaba que sería suficiente con una resistencia

[134] Acta de la Liga del 27 de mayo de 1932.

pasiva; pero una vez lanzada la ley Calles y pasado el boicot también comprendió la necesidad de la lucha armada, y se afilió a la Liga con toda la Unión Popular.

No sucedió lo mismo con muchos seglares y con los Prelados. Estos formaron como cuatro grupos. Unos que simplemente querían abstenerse de todo en todo de luchar contra el gobierno y proceder como si ignoraran el problema religioso; otros optaban por la simple sujeción a las leyes vejatorias, tratando de persuadirse de que la inscripción de sacerdotes en los registros del Estado podía entenderse como cuestión de censo y legalidades; otros querían una resistencia meramente pasiva, sin entrarse en discusiones sobre lo malo de las leyes, hasta agotar al gobierno soportando toda clase de vejaciones, pero sin dejar el trabajo apostólico; otros finalmente opinaban ser indispensable oponer al gobierno la resistencia activa y llegar, si era necesario, hasta la defensa armada, pues los malos estaban totalmente decididos a ir hasta el fin. Se había constituido un Comité Episcopal permanente para atender a los asuntos de urgencia, y tenía facultades para usar la firma de todos los Prelados en los casos en que no hubiera lugar a esperar reuniones generales. El Presidente fue el Ilmo. Sr. Mora y del Río y el Secretario el Ilmo. Sr. Pascual Díaz y Barreto, obispo de Tabasco. Estaban pues, de hecho, representadas en el Comité las dos tendencias principales en que al fin de cuentas se resumían las posiciones de los católicos y la Jerarquía: o defensa activa hasta llegar a las armas o entendimiento pacífico con los adversarios de la Iglesia, cediendo hasta lo más posible respecto de la ley y su interpretación.

Cuando Calles, el 14 de junio de 1926, lanzó su inicua reforma o reglamentación del Código Penal, llegó el momento de definirse.

Los obispos contestaron no poder obedecer por tres razones: la intromisión ilegítima de la autoridad civil en el campo propio de la Jerarquía de la Iglesia; la ilicitud intrínseca de la ley en cuestión; y el bien espiritual del pueblo mexicano.[135] Oportunamente la Santa Sede iba siendo informada de todo. Ante la gravísima situación el Comité Episcopal meditó en la cesación del culto público, imposibilitado por la ley. También sobre esto hubo graves disensiones. Se consultó a la Santa Sede sobre el punto, mediante el Sr. Caruana, residente en La Habana y aún Delegado Apostólico para México. El Papa, por su Secretario de Estado, contestó, a 22 de julio: "Santa Sede condena ley, a la vez que todo acto que pueda significar o ser interpretado por el pueblo fiel como aceptación o reconocimiento de la misma ley". Estaban en Roma muy al tanto de la profunda división de criterios en México, por lo que la Santa Sede añadió: "A esta norma debe acomodarse el Episcopado de México en su modo de obrar, de suerte que tenga la mayoría y a ser posible la uniformidad y dar ejemplo de concordia."[136]

El documento pontificio y la mucha autoridad de que gozaba el Sr. Mora y del Río no lograron la unificación en la acción, ni menos en los criterios. Por esto de ambos lados se siguió trabajando. Prelado hubo que muy luego prescindió de la cesación de cultos públicos en su diócesis, alegando ser muy grande el mal que espiritualmente se seguía a sus ovejas. No faltó Prelado que incluso se dedicó en su visita pastoral a predicar contra la defensa armada. Algunos alegaron que no habían dado su firma al Comité para tan graves pasos. Todo esto causaba entre los fieles una desorientación muy penosa y de duras consecuencias. La lucha

[135] Aquiles P. Moctezuma, pág. 346.

[136] Aquiles P. Moctezuma, pág. 350.

duró hasta que en junio de 1929 la misma Santa Sede aprobó el *modus vivendi* que puso fin a la defensa armada, pero no a la persecución.[137] La Liga, caminando a la par con el Episcopado, probó todavía otros medios de defensa, antes que las armas, como fueron el boicot y el *referendum* nacional. Monseñor Mora y del Río aprobó plenamente el boicot económico, que dio principio el día mismo en que Calles comenzó la aplicación de su Ley. Era el boicot un arma de doble filo, y los católicos no estaban preparados para llevarla adelante, pues suponía un universal espíritu de abnegación. La Liga, al decretarlo, copiaba los métodos de Anacleto González Flores, quien en Guadalajara por ese camino había logrado una bella victoria sobre el perseguidor Diéguez, en 1918; pero Jalisco tenía otra preparación. Por otra parte, contaba la Liga con que al fin de cuentas, el gobierno no llegaría al extremo de echar a rodar todo el país por sólo un capricho perseguidor.

La CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), ya desde la cesación de cultos y comienzo del boicot, organizó una serie de discusiones públicas en el Teatro Iris de la capital, queriendo defender la política de Calles, pero en vano. Luego intervinieron las Cámaras de Comercio, haciendo ver el desastre económico en que el país se iba sumergiendo, pero fue inútil. Mediante ciertas influencias, Calles aceptó recibir en Chapultepec a dos de los Prelados, Mons. Ruiz y Flores y Mons. Díaz y Barreto,

---

[137] Para los pormenores acerca del desenlace final y "arreglos" es indispensable consultar la tesis de Sister Elinbeth Ann Rice, *The Diplomatic Relations Between the United States and Mexico, as afected by the Struggle for religious liberty in Mexico*. Pondremos al fin en un Apéndice un resumen de la parte principal de dicha tesis en lo tocante a la marcha de los arreglos. Se verá por ella claramente que el Papa Pío XI no estaba engañado al dar tan importante paso.

que eran los principales representantes de un arreglo pacífico de la cuestión religiosa, cosa que alarmó a la Santa Sede y así lo advirtió al Comité Episcopal y le pidió explicaciones. ¡Ilusiones extrañas! Calles despidió a los dos Prelados advirtiéndoles que no quedaban a los católicos más que dos caminos: el Congreso o las armas y que para ambos estaba *preparado*.[138] Los dos Prelados hicieron declaraciones al público, subrayando la buena voluntad que había mostrado el presidente (!). Comentando tales declaraciones Valace afirma que jamás debieron hacerse, por honor del mismo Episcopado. Se acudió a las Cámaras. Dominadas éstas por Calles, no hicieron el menor aprecio de los Memoriales que les dirigieron tanto los Prelados como el pueblo, con dos millones de firmas que se arrojaron a la basura. Extraña que los dos Prelados pacifistas encontraran buena voluntad en el Presidente. Una vez agotados los medios pacíficos, se vio que el gobierno tenazmente se rehusaba a un entendimiento y sólo anhelaba la destrucción de la Iglesia. La disyuntiva se presentó entonces durísima: o la defensa armada o dejar perecer a la Iglesia en manos de Calles y su camarilla. Aparte de que ya muchos particulares, no pudiendo soportar las atrocidades gubernamentales, iniciaban levantamientos armados por Michoacán, Zacatecas, Jalisco, Guanajuato, etc.; sobre todo a partir del cierre de las iglesias.

---

[138] Taracena en su historia de *La Verdadera Revolución Mexicana* ha querido negar la autenticidad del reto de Callos. Pero en primer lugar fue público en aquellos días. Además consta en autores muy bien informados. Véase, por ejemplo, Aquiles P. Moctezuma, pág. 40, *o. c*. También en *Vida Intima del P. Pro*, pág. 296 de la 3a. ed., 1961, se hace referencia al testimonio escrito de Mons. Ruiz y Flores que fue uno de los Prelados que recibió Calles en su audiencia y a quienes lanzo el reto.

Entonces se le presentaron a la Liga tres graves problemas: cómo unificar los criterios, cosa esencial para el triunfo; saber con claridad si la defensa armada era lícita moralmente; lograr controlar y poner orden en los varios grupos que espontáneamente iban tomando las armas, para evitar males mayores. El primer problema sólo podrían resolverlo los Prelados, comenzando por unificarse entre sí ellos mismos, cosa que no se logró y fue una no pequeña causa que estorbó el desarrollo de la defensa armada. En efecto: los pasos que los Prelados pacifistas iban dando, tanto ante la Santa Sede como en los Estados Unidos ante la jerarquía eclesiástica del Norte, no dejaban de traslucirse en la prensa; y cada clamor de estar ya inminente un entendimiento con el gobierno producía mermas y desalientos en los llamados Cristeros. Para el segundo problema, la Liga acudió directamente al Comité Episcopal y a muchos estudios privados. El Comité Episcopal declaró que no se opondría a la defensa armada, sino que la apoyaría moralmente, no condenándola; pero no quiso comprometerse en promoverla ni en procurar que los ricos cooperaran a ella, pues no quería aparecer en forma alguna como responsable. Tampoco quiso nombrar Capellanes militares, alegando ser asunto de la Santa Sede, a la cual, por otra parte, nunca se acudió para esto. El nombramiento de capellanes castrenses habría sido una fuente de moralidad en las filas certeras y una seguridad de conciencia para cuantos quisieran ayudar al movimiento de defensa armada. Para colmo, no faltaron obstrucciones muy dolorosas, sobre todo de quienes alegaban que en su Estado no había persecución y que ellos se entendían muy bien con el gobierno.[139]

[139] Pueden verse pormenores muy desagradables en Valace, *o. c*.

En cuanto al tercer problema, la Liga lo acometió cuidando de tener un Consejero militar al lado del Comité Directivo, y enviando delegados suyos a los varios Estados en donde ya había gente levantada en armas. Buscó al mismo tiempo manera de procurarse fondos. René Capistrán Garza, enviado a los Estados Unidos, fracasó ante la Jerarquía de aquel país, a la que en su mentalidad le resultaba absurda una guerra religiosa; y que por otra parte temía que si ayudaba, se le crearían dificultades, pues la Casa Blanca estaba decidida a sostener a los perseguidores. Quedó así la Liga a merced de los pequeños donativos de los católicos mexicanos. Pequeños porque en general los ricos, con honrosas pero muy escasas excepciones, no respondieron con sus dineros. Más tarde la Liga procuró extender en esta línea su radio de acción a Europa y Sudamérica, sin resultados tangibles. Y éstos eran precisamente los argumentos que esgrimían los amantes de un arreglo pacífico, a como se pudiera: no hay dinero, no hay armas, los Estados Unidas no nos favorecen. Se va por lo tanto a un fracaso que costará muchísima sangre y será simplemente inútil. Las determinaciones del gobierno de los Estados Unidos eran manifiestas; decretó el embargo de armas, si no eran para el gobierno mexicano, en cuanto advirtió la posibilidad de un movimiento armado, o sea desde noviembre de 1926; y no lo levantó hasta que desaparecieron los Cristeros, o sea en julio de 1929.

Resumiendo, se ve clara la situación espantosa en que el P. Miguel encontró a su patria al llegar de Bélgica para su ministerio sacerdotal. De un lado Calles con la masonería nacional e internacional a su favor; con el apoyo moral y material de los Estados Unidos; con el ejército nacional bien seleccionado por él mismo y sujeto a sus caprichos o por convicción o por terror; con

los sindicatos oficiales de obreros y campesinos bajo el control de la CROM; con los agraristas, a quienes se repartieron con abundancia fusiles y parque, bajo la amenaza de quitarles sus parcelas de terreno si no apoyaban al gobierno; con la prensa nacional fieramente amordazada; con la conspiración del silencio prácticamente en todo el mundo; con la barbarie y ferocidad de sus esbirros mezclados en las filas del ejército unos, ocultos otros entre la policía y los secretas o técnicos; con el erario nacional a su disposición. Se comprende que Calles pudiera a su gusto burlarse sarcásticamente de sus víctimas inermes. Porque del lado católico todo estaba prácticamente por hacer, aparte de la profunda división de criterios, cuando lo más urgente era formar el frente único. La Liga midió bien la situación; y a pesar de todo, tomó la determinación heroica, si se quiere quijotesca; "Salvar el honor del laicado católico mexicano y morir en defensa de Dios y de la patria, antes que aparecer como cobardes y traidores a su fe", según se expresaban el Vicepresidente de ella Palomar y Vizcarra, lo mismo que el Presidente Lic. Rafael Ceniceros Villarreal.

Vistas así las reales circunstancias en que vino a encontrarse el P. Pro, nos restan tres preguntas a que debemos contactar: ¿Cuál fue la posición que tomó en sus trabajos apostólicos el P. Miguel en medio de aquella vorágine? ¿Por qué se rodeó su muerte de tan excesiva publicidad mundial y solemnidad no usada con ningún otro de los mártires de aquella persecución, en la que murieron tantos sacerdotes y tantos miles de seglares? ¿Qué fue lo que motivó su aprehensión, encarcelamiento y muerte? Responderemos en los capítulos siguientes: pero advirtiendo desde luego que la documentación de aquellos días es aún muy discutida y en buena parte no se ha puesto todavía disposición de los historiadores. Aportaremos lo que podamos con plena sinceridad,

siempre en espera de que nuevas piezas documentales arrojen más luz sobre los sucesos. Nos fijaremos única y exclusivamente en el aspecto de la lucha religiosa, prescindiendo de otros aspectos que pueden estudiarse en historias más o menos documentadas. Así, por ejemplo, del perseguidor Calles, dice Bravo Ugarte que fue "el hombre fuerte del ejército, junto con Obregón... Débil y condescendiente con los Estados Unidos. Inicia los grandes programas administrativos, asesorado por hábiles técnicos. Da gran estabilidad al gobierno".[140] Es de lamentar que hombres, por otra parte tan bien dotados y capaces se hayan enzarzado en aquella lucha "estéril (dice el mismo Bravo Ugarte), aplastando toda oposición nacional".

[140] *México Independiente*, pág. 392.

Capítulo XIII

EN PLENO TORBELLINO

1926-1927

Desembarcó en Veracruz el P. Pro a 7 de julio de 1926, y tuvo todas las facilidades para el ingreso en el país. Ni la aduana le abrió las valijas, ni el revisor de pasaportes pareció fijarse en que el P. Pro aparecía como sacerdote, ni la Salubridad tuvo nada que objetar.[141] Apenas desembarcado en Veracruz, tomó el tren nocturno hacia la capital, en donde amaneció el 8; y a las 10 a.m. se presentó el P. Provincial, Luis Vega, en la calle de Lerdo, en donde se hallaba la Curia provincialicia. Una hora después se encontraba para comenzar sus ministerios en la Residencia de Enrico Martínez.[142] El P. Vega había modificado los planes del P. Crivelli. El P. Pro no iría a Orizaba, sino que ayudaría por algún tiempo en la residencia mencionada y luego pasaría al Colegio de Chihuahua. Pero la violencia de la persecución religiosa deshizo la segunda parte del plan del P. Vega; y el P. Miguel quedó definitivamente en la capital.

Por precaución, su familia no había ido a la estación del tren a recibirlo. El, en la tarde misma del día 8, se presentó en la calle de Orizaba en donde aquélla residía.[143] Imposible describir las impresiones de la visita. Don Miguel presentaba ya las señales de

---

[141] Carta del P. Pro al P. José de Jesús Martínez Aguirre, 12 de octubre de 1926.

[142] *Ibid.*

[143] Vida Intima, pág. 130.

la vejez, pero conservaba su aspecto solemne y venerable; Ana María era toda una señorita, modesta y activa a la vez, y hacía en la casa los oficios que antes la desempeñaba la señora doña Josefa de Pro, fallecida en el mes de febrero anterior. Los dos hermanos Humberto de 24 años y Roberto de 19, se habían afiliado a la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa, y se hallaban entregados al trabajo por la Iglesia.[144] Sobre todo Humberto era muy apreciado por sus cualidades. Ambos pertenecían al Centro Local de la A.C.J.M. *Daniel O'Connell;* y había a su lado jóvenes cuyos nombres serán inmortales en los fastos de la historia eclesiástica mexicana, como Bonilla, Segura Vilchis, José de León Toral, compañero de Humberto en la Liga de Futbol del mismo Centro.

Cuando el P. Miguel se presentó a visitar a su familia, Humberto se hallaba encarcelado a causa del exceso en su trabajo apostólico. El P. Pro al punto se dirigió a saludarlo, animarlo, divertirlo y envidiarlo.[145] Terminados los deberes de piedad filial y fraternal, se dedicó totalmente a sus ministerios, como si la persecución no existiera. Los Padres de la residencia se felicitan de haber adquirido un operario joven y tan celoso. Los fieles tienen harta curiosidad por conocer al nuevo Padrecito y esperan mucho de él, sobre todo por la circunstancia de ser desconocido —así lo suponen y creen— para la policía.[146] ¿Será de los dispuestos a la conquista de las libertades a cualquier costa o de los prudentes

---

[144] Rivero del Val, *Entre lar patas de los caballos*, pág. 124; también Ríus Facius, *México Cristero*, pág. 320; etc. Consta que el P. Bergoend apreciaba sobre manera al joven Humberto. Este, al comienzo de la lucha quiso unirse a los Cristeros, pero el estado económico de la familia no se lo permitió.

[145] *Vida Intima*, pág. 130.

[146] Carta citada al P. José de Jesús Martínez Aguirre.

que prefieren agazaparse y esperar a que el nublado se disipe solo?

Al aparecer por primera vez ante ellos, lo examinan de pies a cabeza y la impresión que les queda es la de un Padrecito enfermo. Pero apenas se ponen en contacto con él quedan maravillados; es un apóstol, un santo. La distribución del tiempo en la residencia resulta muy pesada. De las 5 a las 11 a.m. y de las 3 a las 8 p.m. no hay sino asistencia al confesonario.[147], y la monótona faena se prolonga del 8 al 31 de julio. Entre tanto, el 17 de ese mes Humberto ha ido de nuevo a la cárcel por repartir propaganda de la Liga; el 22 se ha procedido a aprehensión de los Jefes directores de la Liga. Mas, como automáticamente aparecen nuevas directivas, al fin el gobierno las deja en paz. Por buenas influencias Humberto sale de la cárcel el día 23.[148] El 25 hace Calles unas declaraciones menospreciando el boicot que la Liga ha decretado como medio de detener al gobierno en su camino persecutorio. El 28 la CROM lanza un manifiesto apoyando la política de Calles. El 30 es aprehendido por tercera vez el prominente líder católico René Capistrán Garza; y Calles decreta que los templos que los sacerdotes abandonen al suspenderse el culto público, serán dedicados a usos profanos.

Para el día señalado por Calles para comenzar la aplicación de la reforma a la ley, el P. Pro se había comprometido a predicar en la residencia el sermón de San Ignacio de Loyola. Un olvido de su dieta lo echa en cama y tiene que predicar en su lugar el P. Miguel González, que por una temporada había sido su Maestro de novicios. El mismo P. Pro cuenta graciosamente lo del olvido; se

---

147 *Ibid.*

148 Taracena 1., *o. c*., págs. 128-129 (julio 17 y 22 de 1926).

tomó dos tajaditas de una tortilla de huevo "que era una de las 1287 cosas que los médicos le habían prohibido".[149] Olvido providencial sin duda, pues, dadas las circunstancias, cualquier palabra menos ponderada hubiera podido causar trastornos, ya que el P. Pro no estaba profundizado en las corrientes políticas, de las que nunca había querido ocuparse.

El día primero de agosto amaneció la República en la más completa orfandad. En los templos no se oficiaba. Los sagrarios aparecían vacíos y con las puertecillas abiertas. Las velas tenían moños de luto. Seglares valerosos recitaban las oraciones de la misa y rezaban el rosario y suplían en lo posible al sacerdote, dentro de las leyes de la Iglesia. Un ambiente de sepulcro lo entristecía todo. A dar la impresión general de angustia y soledad contribuyó en los primeros días el boicot que fue a los principios muy riguroso; aunque su firmeza apenas duró unos tres meses, pues la testarudez de Calles hizo que se le hubiera de sustituir por la defensa armada contra aquel agresor injusto, que atacaba con premeditación, alevosía y ventaja. Por su parte Calles decretó (o procedió como si lo hubiera decretado) que las personas que vistieran de luto por la situación religiosa, las que promovieran el boicot, las que oyeran misa en domicilios privados, los sacerdotes que sin registrarse ante el gobierno la celebraran en domicilios particulares y cuantos no aplaudieran su política antirreligiosa, serían considerados como rebeldes; es decir, unos 15.000,000 de mexicanos.

Puesto en mitad de aquel torbellino ¿qué pensaba y qué hacía el P. Pro? Para darnos cabal cuenta tenemos que retroceder un poco. Apolítico por familia y por convicciones, había comprendido,

[149] Carta citada al P. Martínez Aguirre.

sin embargo, sobre todo en los estudios sociológicos hechos en la *Action Populaire*, que ni la iglesia ni los seglares católicos pueden desentenderse de la alta política, de la política de principios, so pena de renegar de su catolicismo debidamente entendido. Por otra parte, lo aguijaba el celo por las almas a meditar sin descanso en los medios mejores para ayudarlas. Tal fue el motivo de que tenazmente ya desde que estaba en Sarriá, procurara sin ruido enterarse de la prensa y noticias que llegaban a los mexicanos. Comenzó así a darse cuenta de la altura excepcional y providencialidad del gran hombre a quien muchos, incluso jesuitas mexicanos, no habían comprendido: el P. Bernardo Bergoend: Estudió en lo que pudo sus empresas y direcciones y quedó encantado del espíritu y bríos de los muchachos acejomeros.

Captó ya desde entonces la división entre los católicos acerca de la marcha que debía seguirse en la defensa de la iglesia y se dolía de ella. Le parecía lo más lógico y urgente el frente único delante del enemigo. Entre sus mismos compañeros de estudios había variedad de opiniones. Comentaban cierto día la situación religiosa mexicana que les recordaba el dicho ingenioso de un extranjero: que en donde hay dos mexicanos hay tres opiniones. Y recordaban la conocida caricatura popular de un inglés, un francés y un español que trataban de subir al palo ensebado. Ante el inglés sus compatriotas, con los brazos a la espalda, hacían apuestas a si sube o no sube. Ante el francés, los suyos lo animaban al grito de "La patrie, la patrie". Ante el español, sus compañeros se desataban en denuestos y lo calificaban de loco y le gritaban que iba al fracaso y aun le tiraban del saco y de los zapatos para bajarlo, hasta que acabaron peleando entre sí.

El H. Pro se contentó con decir: "¡Así somos! Pero si los mismos mexicanos combaten a la A.C.J.M. y a los organismos de lucha ¿cómo es posible triunfar?" Alguien comentó: "Y lo peor es que, tras de haberlos acogotado luego se disculparán cargándolos de defectos y alegando que no eran sino enredones e ilusos y buenos para nada". El H. Pro terminó anotando: "Lo cierto es que el gobierno está cada vez mejor sostenido. Ahora las componendas podrían equivaler a un suicidio". Ni él ni sus compañeros conocían entonces todo el mar de fondo que había en las baladronadas gubernamentales.

Poco después, cuando ya el H. Pro había partido para Bélgica, el P. General, Wlodimiro Ledochowski, visitó el Estudiantado de Sarriá. El día 10 de octubre (en 1924), o sea a dos meses escasos antes de que Calles subiera al poder, reunió en su aposento a los estudiantes mexicanos para felicitarlos por ser la fiesta de San Francisco de Borja, fundador de las dos Provincias jesuitas, mexicana y polaca. En la conversación les preguntó acerca de la situación religiosa en México. Le contestaron de acuerdo con los informes y noticias que ellos tenían, asegurando que el hombre que iba a subir al poder se decía ser buen economista y amante del orden y del país. El P. General corrigió aquellas apreciaciones por lo tocante a la cuestión religiosa y les dijo: "La Iglesia en México sólo podrá salvarse mediante un milagro. Las fuerzas secretas internacionales han decretado su destrucción y no hay poder humano que sea capaz de contrarrestarlas. ¡Oremos mucho por México!".

Muy pronto la embestida de Calles contra la Iglesia y todo lo católico vino a confirmar las apreciaciones de aquel gran hombre. Y más claramente (si es posible) las gritó a todo el mundo el Papa

Pío XI al decretar, para el 1º de agosto de 1925, un día de oración de la Iglesia universal por México. Escogió el día primero de agosto por ser la festividad de la liberación de San Pedro de la cárcel en Jerusalén; y dijo que así como para la liberación de Pedro había sido necesario un milagro, así se necesitaba también un milagro para que la Iglesia mexicana se salvara. Supimos después que el H. Pro había comentado en Bélgica con sencillez: "No creo que en los tiempos modernos pueda una nación superar a su gobierno si éste decide arrojarla al abismo, y menos si cuenta con todos los agarres internacionales. Pero la oración todo lo puede".

Semejante respuesta nos da luz sobre algo que no han valorado los biógrafos del P. Pro. Se ve por ella que ya desde su estancia en Enghien comenzó a darse cuenta de la inutilidad de sus estudios sociológicos y de la imposibilidad de los ministerios planeados con tanto cariño para sus obreros. No cejó, sin embargo, como ya se ha visto, en su intensa preparación para formar un día sindicatos, cooperativas, etc., en su patria. Lo sostenía la idea sobrenatural de que todo era servicio de Dios. A pesar de todo, su talento práctico hizo que desde entonces cultivara mucho más intensamente un pensamiento que no era nuevo para él, pero que tal vez había perdido algo de relieve en su ánimo entregado a los estudios de sociología: el del martirio. Puesto que las circunstanciales iban tornando un cariz de persecución él ayudaría a sus queridos obreros derramando su sangre. Esto ya no era un sueño piadoso, como en el noviciado, juniorado y filosofado. Era algo que, según él creía, se iba acercando y podía estar muy a la mano.

¿Cuál fue el momento preciso en que se obró en su espíritu esta transformación o ampliación de sus ideales? No se sabe a

punto fijo. Pero debió ser en los últimos meses del año 1925, cuando se encontraba en la clínica de Saint-Remy. Las noticias de la actuación de Calles dejaban ver que la era de los mártires podía estar más cerca de lo que mucho sospechaban. Probablemente la idea maduró mucho en su pensamiento con la muerte de su santa madre. Ciertamente data de ese tiempo la idea de ir a Lourdes. La Virgen le concedería la salud y no moriría en Europa. Tenía de esto una seguridad tan grande que se expresaba sin sombra de duda.

A la superiora de la casa de Hyéres le repetía: "Es necesario que me alivie para volver a México. ¡Ahí moriré mártir!" Por lo que escribía el H. Magín Negra después de su visita a Lourdes, se puede pensar que consiguió la gracia del martirio a los pies de nuestra Señora, en aquella maravillosa gruta. "Yo, decía, la encontré y le hablé y le pedí... Mi viaje no será tan duro como pensaba, pues la Virgen me lo ha dicho". Ya desde entonces comenzó a ofrecer su vida por la conversión o a lo menos salvación del Presidente perseguidor. Una vez en México, se convirtió en el mensajero de la bondad paternal de Dios entre todas las clases sociales pero con algo así como una santa obsesión por el martirio. No hubo alma que se le acercara que no se sintiera llena de confianza y alentada por la virtud.

Por lo que hace al confesonario, él mismo dejó testimonio en su carta del 12 de octubre de 1926: "Dos veces, dice, me sacaron desmayado del confesonario, pues mi beluina naturaleza, que acababa de dejar los almohadones blandos de la clínica, no estaba avezada a la tarima dura del confesonario".[150] Dos veces, afirma él, pero fueron bastantes más. Y cuando cesaron los cultos públicos, continúa, se siguió "un trajín espantoso... Lo que antes se hacía en

[150] *Ibid*.

una hora en la iglesia, apenas si en todo el día se podía llevar a cabo fuera de ella". Este trajín fue tal que el P. Pro dejó de escribir a sus amigos y ni aun a cartas que parecían exigirlo daba contestación.[151]

Desde el día primero de agosto comenzó a asistir espiritualmente a las Religiosas de El Buen Pastor, lo mismo que a las jóvenes ahí recogidas. Por otra parte, como él era menos conocido en la capital que los otros Padres jesuitas, como recién llegado al país, los Superiores retiraron de la Sagrada. Familia al P. Fernando O. Ambía y encargaron al P. Pro dicha residencia. Este lo comentaba, como de ordinario, con una frase humorística: "como quien dice", escribe, "no puedes torear un borrego, pues ahí te va ese miura".[152] Pero aún le esperaban otros trabajos muy pesados. Ayudaba cuanto podía, como muchos otros, en el campo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, que lo nombró Jefe de Conferencistas, es decir, le suplicó aceptar este cargo. Lo que esto significaba se deduce de una carta escrita por uno de los conferencistas: "La propaganda escrita no bastaba. Había que acercarse al público por medio de la palabra, y para esto se pensó en seleccionar un buen grupo de conferencistas en las filas de la A.C.J.M. Se reunieron en número de 145, más otros cinco que no eran de la Asociación: en total 150. Se nombró un Comité Directivo a cuyo cargo quedó el abastecer de conferencistas a toda la ciudad de México... Diferentes personas se encargaban de buscar local, público, día, etc. y de pedir al Comité un conferencista. Se les proporcionaba según había y convenía; y por la noche los miembros de la Directiva tenían que ir de casa en casa, en donde había habido conferencia, para saber los resultados y si había

[151] *Ibid*. y *Vida Intima*, pág. 130.

[152] *Ibid.*

habido contratiempos. Día hubo en que cada uno tuvimos tres o cuatro conferencias. Se compró una estación difusora de radio y por ella se dieron multitud de conferencias sin que fuera localizada hasta pasado largo tiempo. A cargo del P. Miguel Agustín Pro, S. J., estaba el exponer en las reuniones de los conferencistas la parte doctrinal en los respectivos temas... El Presidente del Comité Directivo era el P. Pro, y su hermano Humberto era uno de los principales miembros."[153]

Para comprender la dificultad e importancia de semejante cargo, y la estima tan alta que supone de la virtud, valor y celo del P. Pro, copiaremos un juicio formulado sobre la A.C.J.M. por un observador extranjero, el año 1928.

"¿Y qué decir de la *Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos?* Estos jóvenes sobre quienes ha caído implacable la mano perseguidora de Calles, son acreedores a la simpatía de cuantos sienten el atractivo de los gestos heroicos y de los sacrificios generosos.

"Ignoro quién haya sido el fundador de esta benemérita Asociación; y lo siento, porque su nombre debe figurar entre los más meritorios del catolicismo mexicano. Sólo sé que la Institución se propagó (aunque no todo lo que debiera), por las distintos Estados de la República: que en cada lugar ha logrado reunir un grupo de jóvenes orgullosos de llamarse católicos y portarse como tales; que esos jóvenes eran la mejor garantía de un próximo porvenir brillante para el catolicismo mexicano.

"La persecución sorprendió a la A.C.J.M. en pleno desarrollo y no bien terminada su organización. Con todo, esos jóvenes desempeñaron en ella (y siguen desempeñando), el papel más

[153] *Ibid.*

brillante en la lucha desigual sostenida por los católicos contra las arremetidas furiosas del gobierno. Algunos han dado a la historia de su patria páginas de gloria, afrontando serenamente la muerte en defensa de su Religión perseguida; otros fueron encarcelados y vejados por los agentes del gobierno: todos han sido tenazmente perseguidos, al grado de no tener hora tranquila durante largas temporadas, por sus propagandas de oposición y resistencia a las medidas persecutorias.

"Si los límites que me he propuesto lo permitieran, con gusto trataría de dar aquí una idea del espíritu de esos jóvenes, tal como he podido conocerlos a través de sus conversaciones y su conducta. Baste citar la impresión recibida con motivo de la muerte de las primeras víctimas pertenecientes a la Institución de que venimos hablando, la de Manuel Melgarejo y Joaquín Silva. En un pequeño círculo de jóvenes, compañeros y amigos de los sacrificados, se comentaban todos los detalles de la ejecución. Desde luego pude observar que sus rostros y el tono de sus palabras no acusaban la menor tristeza ni abatimiento. Hablaban del acontecimiento como de la cosa más natural. Más bien parecían orgullosos de la muerte de sus amigos. El suceso parecía levantar más los espíritus y robustecer su energía y afianzar sus propósitos. Uno terminaba así un período de la conversación: 'Ellos se han portado como buenos; ahora nos toca a nosotros'. Y en su semblante, en sus miradas y en la serenidad de sus gestos, campeaba la serenidad resuelta y enérgica de quien se dispone a cumplir un deber inaplazable. Con jóvenes así la causa de los católicos mexicanos será ganada infaliblemente." [154]

[154] Valace, *o, c*., págs. 12-24.

Era, pues, necea escribía el mismo P. Pro, entrenar a los jóvenes en sociología, apologética, catecismo, moral, derechos de los ciudadanos, lecciones evangélicas, etc. Esto sobre el trabajo de la residencia de la Sagrada Familia, la capellanía y dirección espiritual del Buen Pastor, confesonario y asistenta de enfermos. Pero además, estableció lo que llamaba *Estaciones Eucarísticas*. Consistían en ir a determinadas casas, convenidas de antemano, a llevar la Sagrada Comunión a las personas que la deseaban y eran muchísimas. Particularmente los Primeros Viernes tenía que multiplicarse. Y el número de comuniones subía y subía; el promedio del primer mes fueron 300; el del segundo, 800; el del tercero, 950. En noviembre llegó hasta 1,300. Y todo entre carreras, escondidas, contraseñas, peligros de cárcel y de muerte. Unas veces en coche, otras en la bicicleta de Humberto y otras a pie.

Si se reflexiona en que todo ese trabajo lo iba llevando un hombre que acababa de sufrir tres operaciones y regresaba a su patria "sólo para morir en ella", teniendo aún que guardar una dieta severa, no parecerá aventurado asegurar que había ahí una intervención sobrenatural extraordinaria que lo sostenía: era el milagro de la Virgen Santísima de Lourdes. El P. Pro lo reconocía: "¿Cómo resistí? ¿cómo resisto? ¿Yo, el débil, yo el delicado, yo el interesante huésped de dos clínicas europeas?". Así exclamaba admirado. Y añadía: "todo lo cual prueba que si no entrara el elemento divino que sólo usa de mí como instrumento, ya yo hubiera dado al traste con todo. Y ni siquiera puede mi vanidad halagarse en algo, aunque sea en lo más mínimo, pues toco, palpo lo bueno para nada de mi persona y el fruto que hago". A 20 de octubre escribía al P. Provincial: "Por aquí el trabajo es continuo y rudo. Estoy admirado de lo que el Jefe mayor (léase Jesucristo),

hace por mi medio: ¿Enfermedad?... ¿achaques?... ¿cuidados? Pero si no hay tiempo ni de pensar en ello. Y sin embargo, estoy tan completo y fuerte... que aguantaría hasta el fin del mundo...".

El 12 de ese mes se había retirado a descansar un poco, pero aprovechando el descanso para hacer sus Ejercicios espirituales de año y darlos, al mismo tiempo, a un H. Coadjutor, en una Hacienda cercana a la capital. Debió ser un descanso *sui generis*, pues ya se sabe lo que para el P. Pro significaban los días de Ejercicios: absoluto recogimiento, elevación de espíritu, vida de Sagrario. Apenas los termina, y el 20 se pone en comunicación con el P. Provincial, pues es necesario terminar los estudios de teología, cuyo cuarto curso se había deshecho a causa de la enfermedad en Enghien. Sin abandonar los ministerios, comienza a buscar los libros necesarios; y dedica al estudio los ratos libres y aun el tiempo que gasta en ir en los camiones; y repasa sus tesis, que, en expresión del P. Méndez Medina, tenía ya "muy sobadas". Y "lo hacía con un empeño, dicen los testigos, así como si estuviera en la tranquilidad de una casa de formación".

Su hermano Roberto testificaba haberlo visto "con frecuencia estudiar muchas horas al día". El P. Méndez Medina afirma que para ello quitaba al descanso las horas necesarias y muchas veces iba, en ayunas aún, a recibir sus lecciones; y nunca se alteraba por las correcciones que se le hacían en las tesis, pues acostumbraba llevarlas por escrito. El P. Julio Vértiz añade que varias veces lo vio "escribir hasta tres veces la explicación de teología que le daba el P. Méndez Medina". Y esto lo hacía, advierte el P. Méndez Medina, "estando abrumado de trabajos y no sintiendo gusto en los estudios abstractos". Durante ocho meses consecutivos, no cedió el P. Pro en esa tarea, hasta que presentó sus exámenes el 25 de julio del

año siguiente, 1929. "En el examen", dice uno de sus biógrafos, "los tres jueces dieron la nota *Attigit mediocritatem"*, que en la nomenclatura de notas significa: alcanzó el termino medio entre lo mediano y lo excelente. Es decir, que fue un resultado harto satisfactorio para aquellas circunstancias.

A fines de octubre el Papa Pío XI instituyó la fiesta litúrgica de la Realeza de Jesucristo y la extendió a todo el universo; la fiesta iniciada por el pueblo mexicano. El punto de cita para toda la ciudad de México fue el Tepeyac. El destile en peregrinación comenzó a eso de las cuatro de la mañana y no cesó hasta bien adelantada la noche. Los jóvenes acejotaemeros fueron los encargados de velar el orden y el orden fue perfecto: ni la policía ni la Cruz Roja tuvieron nada que hacer. La municipalidad de la Villa felicitó al señor Mora y del Río, Arzobispo de México, por la bella organización y la tranquilidad.

El P. Pro no podía faltar ahí: permaneció junto a la Basílica desde las 9 hasta las 11 a.m.; y luego desde las 3 hasta las 6 p.m., mirando, admirando, cantando y aclamando a su Rey. Escribía después: "Se tuvo aquí la manifestación más grande, más sublime, más divina. Centenares de miles de peregrinos, unos descalzos, otros de rodillas, todos rezando, recorriendo la calzada de Peralvillo; ricos y pobres, patrones y obreros". A eso de las 5 p.m., advirtió el P. Miguel que un grupo de criadas cantaba a media voz. Eran como unas 100. No le pareció bien y se abrió paso hacia ellas, se juntó con el P. Méndez Medina y comenzó a cantar a voz en cuello el "Tú reinarás". Pronto los corearon todos los miles de peregrinos que rodeaban la Basílica.

Un poco más adelante sufre una fuerte gripe, pero ésta no altera el ritmo creciente de sus ministerios. Comienza a dar los

primeros pasos en una obra excelente: la de ayudar a las familias que la revolución persecutoria va dejando en la calle. Más adelante diremos algo de esta obra heroica de caridad. Por de pronto hubo un incidente que pudo llevarlo al destierro o al martirio, pero que acabó en nada. El día 4 de diciembre la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa quiso dar una muestra de su vitalidad. Planeó en consecuencia un gran espectáculo. Con una organización admirable y un secreto modelo, hizo fabricar y lanzar al aire varios cientos de globos (alrededor de 500) con propaganda. Trabajaron en esto varios miles de personas. Algo sospechaba la policía, pero no pudo dar con los promotores y ejecutores del bellísimo espectáculo en que miles de millares de hojas de propaganda en los tres colores nacionales, al quemarse el hilito de que iban suspendidas en cada globo, inundaban el espacio.

Con semejante ocasión se recrudecieron los cateos de domicilios. Y como Humberto era uno de los miembros fervorosos de la Liga, la policía sospechó que había sido uno de los organizadores del famoso espectáculo. Los secretas, o como entonces se los designaba, los técnicos, se dieron a buscarlo. El P. Pro cuenta graciosamente el incidente. Bandala, uno de los jefes de la secreta, el mismo día 4 de diciembre ordenó que fuera cateada la casa de los Pro. Estos se habían puesto en cobro. Bandala nada encontró: pero dejó orden de que todo varón que llegara a la casa entre 12 y una de la tarde, fuera conducido la cárcel. "Yo fui", narra el P. Pro, "el único que llegó y... único de casa que fue a visitar el elegante palacio de Tlaltelolco".

Entre dos hileras de soldados fueron él y otros llevados a la cárcel. Pero cuando iba él en el coche se acordó de que llevaba en los bolsillos mucha propaganda católica que podía comprometerlo.

Se dedicó en consecuencia a bromear con el policía que lo llevaba, y mientras fue repartiéndola por las calles, sin que su aprehensor cayera en la cuenta. Una vez en la cárcel, cuando leyeron su nombre lo tomaron por Presbítero. El aclaró que no era Pbro, sino Pro. Pasó una noche al sereno y al frío; al día siguiente desayunó un té de hojas de naranjo sin azúcar; bromeó cuando le tomaron declaraciones y finalmente salió libre. Pero la policía ya no le perdía de vista. Se dictó contra él orden formal de prisión, según parece el mismo día de Cristo Rey, porque el 13 de noviembre escribía: "Hace ya unos 20 días que se ha dado orden de prisión contra mí, pero la tal orden no se cumple. Y eso que yo no me oculto y hago lo que tengo que hacer a la luz del día y a la luz eléctrica... pum no ajusta la del sol".

Cuando el 4 de diciembre fue aprehendido, la policía no lo identificó con el cura contra el que se había dado orden de prisión. El P. Pro decía: "mi aspecto de estudiante tronado aleja todas las sospechas de mi profesión. Con el bastón en la mano unas veces, otras seguido de un hermoso perro policía [regalo, aunque el Padre no lo dice, de una señora a la que había salvado de la desesperación], que me regalaron y algunas montado en una bicicleta de mi hermano (que por cierto ya me debe un raspón en el brazo izquierdo y un chichón en la frente), voy de día y de noche por todas partes haciendo el bien".

Y continúa: "He confesado en las mismas cárceles, pues como los presos por la cuestión religiosa son numerosos y los infelices carecen de muchas cosas, yo les llevo comida, almohadas, o sarapes, o dinero, o cigarros, o todo junto". Variadísimos eran los disfraces y tretas que usaba para meterse por todas partes: y luego las narraba con aquel gracejo suyo que hacía

tender de risa. Quien desee conocer pormenores puede verlos en la *Vida Intima*, escrita por el P. Antonio Dragón y traducida al español por el P. Rafael Martínez del Campo, obra a que con mucha frecuencia nos hemos referido y seguiremos refiriéndonos.

Poco después escribe: "Se ha librado tercera o cuarta orden de prisión contra mí y aun se ha ofrecido dinero a quien me descubra. ¡Lástima de dinero tan mal gastado! como si mi cabeza valiera más de tres centavos!" Después del incidente del 4 de diciembre por algunos días pudo aún continuar sus ministerios. Pero, como las aprehensiones se multiplicaran, hubo de suspenderse lo de las conferencias por las barriadas para no exponer al peligro a los jóvenes de la A.C.J.M. Y aun en las otras ocupaciones hubo el P. Pro de recortar su celo por orden de sus Superiores. "Con todo, escribe, pude preparar las fiestas de Navidad en unos seis asilos y en el Buen Pastor, con pláticas, bendiciones y comuniones generales el 25, y con meriendas, piñatas y juguetes". Pero añade con toda naturalidad: "Esa fue mi última hazaña pública, pues el 29 de diciembre llegaron los de la reservada a mi casa con orden de aprehensión para toda mi apreciable *prole*. En vano me puse muy hombrecito con ellos; en vano les supliqué con frases tiernas; en vano invoqué influencias y recomendaciones. Su duro corazón sólo se ablandó con 50 pesos que les di". La ocasión de este incidente la proporcionaron unas hojas impresas en que se incitaba al ejército a no sostener, por su propio honor, a los perseguidores que iban contra el pueblo: hojas que la Liga no aprobó, por parecerle inoportunas e imprudentes. Pero tanto que participara en esta publicación como en los famosos globos del 4 de diciembre, asegura seriamente el P. Pro que fue "falso en ambas partes". Es decir, que en absoluto él nada tuvo que ver.

Así llegó el año 1927, año de gracia para él, aunque no lo sabía. Sus ministerios no son ya tan en público como antes, pues corre gravísimo peligro. El en sus cartas se ríe de eso "aunque mi suegra", dice en una de ellas, "la señora CROM, diga y afirme que me llevará a los sótanos (prisión) o a las islas Marías; y aunque jure y perjure que castigará con mano de hierro los delitos nefastos, como los que vamos a perpetrar mañana, yo no temo sus amenazas, ni temeré sus balas. Pueden ustedes invitar a la misa a las personas que quieran. Hagan y deshagan con entera libertad".

En otra carta, a propósito de una alarma, escribe: "El asunto de ayer tarde no tiene importancia... Se trata solamente de una denuncia que va a hacer una persona de la colonia Roma, que tiene un hijo preso y que conoce a los Jícamas (nombre que daba a sus hermanos Humberto y Roberto) y sabe en dónde confieso yo... ¡Para semejante pamplina armar tanto lío!" Y en otra: "¿Será la última comunión que les dé? ¡Quién sabe! Es demasiada gracia para un tipo como yo, el merecer honra tan grande como el ser asesinado por Cristo. Aunque fuera de los del montón y de chiripazo... ya me contentaría. Pero no se hizo la miel para la boca de Miguel".

Y aun cuando parezca un contrasentido, dados sus ministerios, el P. Pro no ha olvidado la sentencia de San Agustín: *Serva ordinem et ordo servabit te*. Guarda el orden y el orden te guardará a ti. Tiene, en efecto, una distribución de tiempo. Un horario fijo que cumple con cuidado. El mismo lo describe en una carta. De las 5 a las 9 de la mañana, después de la oración, el cuidado de las almas entre carreras y peligros de atropellos, pues "aquí los choferes son excesivamente atrevidos". Luego dedica la mañana al cuidado de los pobres para los cuales recoge limosnas,

víveres y medicinas "pidiendo a los que quieren dar y a los que no quieren". La tarde la dedica conferencias, dirección espiritual, confesonario y a su capellanía de El Buen Pastor. Para las almas necesitadas no tiene horario; todas las horas del día y de la noche son buenas.

Las recogidas en El Buen Pastor siempre le inspiran una compasión sin límites. Va a darles pláticas, explicaciones doctrinales, confesarlas y consolarlas. Las más hermosas cartas de dirección espiritual y de consuelo están dirigidas a alguna de las recogidas. Con todo el mundo, pero sobre todo con ellas, fue siempre un gran consolador. "Era, dice un testigo que lo conoció bien, la imagen de la bondad de Dios". Por cartas particulares consta que su celo por la salvación de los niños era muy grande: "Debo añadir", dice una carta, "que el P. Pro, que perteneció y murió en la Compañía de Jesús, era un sacerdote de una caridad inagotable, de un corazón de niño, capaz de todos los sacrificios y que no anhelaba otra cosa que el martirio". Y otra: "llegaba con los bolsillos repletos de dulces y regalos para los catecismos y su caridad con los niños era infatigable".

Por lo que mira a los pobres, se necesitaría un libro entero para contar todos los sacrificios que por ellos se impuso y los beneficios que les hizo. Fue una de sus más queridas obras la de auxiliarlos. La llamó *Comisiones de Auxilios*. Esta institución ha perseverado con el título de *Centro de Caridad P. Pro* y funciona todavía. El origen fue sencillo. Desde que llegó a México el P. Miguel se dio cuenta de la gran cantidad de familias que iba quedando en la miseria a causa de la persecución y por no renegar de su catolicismo. Añadió por esto a sus ministerios el de socorrerlas según sus fuerzas. Las visitaba, se enteraba de sus

necesidades, las consolaba, recorría las tiendas y fábricas recogiendo lo que le daban: frijol, maíz, azúcar, huevos, medicinas. El personalmente lo cargaba todo en sus espaldas, a veces entre befas y risas del populacho.

Cierto día un chofer se negaba a recibirlo en el camión, pues lo veía cargado, entre otros abastecimientos, de un guajolote. El P. Pro no entendía de dificultades. Muy serio le dijo al chofer: "¡Vaya! ¡tú mismo me vas a ayudar a subir!" Y sin más le echó a las manos el guajolote. El animal comenzó a saltar por entre el pasaje. Y el P. Pro, juntamente con el pasaje, todos muertos de risa, se dedicaron a dar caza al animal. A una señora le propuso que le vendiera el reloj de pared que tenía en su recibidor. Alegaba la señora ser el reloj regalo de bodas que le había hecho su marido. El P. Pro, que necesitaba 50 pesos para sus pobres, le resuelve el caso al punto diciéndole: "Es muy sencillo. Usted me lo vende en 20 pesos e inmediatamente yo se lo revendo en 70". La señora comprendió que el padre necesitaba los 50 pesos para sus limosnas, y al punto se los dio, muy regocijada. La Institución comenzó a tomar vuelo. Pronto se formaron varios Centros y las familias que atendía el Padre subieron a un centenar. Y cuenta con gracia el trabajo que le dan, diciendo que "tienen la mala costumbre de comer tres veces al día".

Tan bella institución para fines del año comenzaba a trascender fuera de la capital. Dice el Lic. Jorge Núñez en su testimonio sobre el P. Pro: "Yo lo encontré frecuentemente en la calle llevando a cuestas víveres para sus pobres. El día de la fiesta de Cristo Rey de 1927 cuidaba yo el orden en las filas de peregrinos que acudían a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Como a las 4 de la tarde vi al P. Pro con unos costales

de yute vacíos. El vino a sentarse en el banco que yo ocupaba cerca de la sacristía. ¿Qué significan esos costales? le pregunté. 'Vengo de Pachuca, me contestó, a donde fui a llevar semillas a mis pobres'. Pero si ya están vacíos ¿por qué no los deja? Si los agentes del gobierno revisan el coche, pueden sospechar que regresa usted de llevar parque a los Cristeros. 'Comprometedores o no', me dijo, 'yo los necesito, y perderlos sería en detrimento de los pobres'. Y se marchó llevando su carga". Tras de narrar este episodio, el P. Dragón termina diciendo: "Dios sabe hasta dónde la caridad hubiera arrastrado al P. Pro, si la persecución no lo hubiera detenido" (*Vida Intima*, págs. 161 y sgts.).

Otro testigo escribe: "Se dedicaba a ejercer su ministerio y a socorrer a los pobres con los auxilios espirituales y materiales. Con frecuencia se le veía recorrer los barrios bajos en bicicleta, vestido de obrero, llevando por los lados colgadas grandes bolsas con semillas, pan, galletas, y hasta dulces que repartía entre las familias pobres y vergonzantes. Los chiquillos ya sabían que siempre les llevaba dulces; y cuando lo veían, daban gritos de alegría. Todos lo querían como a su providencial benefactor.□[155] Muchos eran los días en que corriendo para ayudar a sus pobres, llegaba a la noche sin haber probado alimento y habiendo apenas chupado alguna pastilla de menta. Hacia el fin de su apostolado redujo su descanso a dos horas, y esto con pena pues las otras 22 no le ajustaban para su trabajo. Varias veces llegó a las 24 horas sin probar alimento.

Y a pesar de tan increíble actividad y de sus enfermedades, no sólo cumplía empeñosamente sus deberes de sacerdote y

---

[155] *Apuntes históricos de María Toral de León*, pág. 9. (Los editó la Editorial Tradición en 1973).

rezaba su Breviario en ratos libres y con frecuencia por la noche, sino que añadía penitencias extraordinarias para bien de sus penitentes. Nunca aceptaba regalos sino para sus pobres. Pretextaba sus males de estómago para despistar. Usaba el cilicio y añadía horas extra y mortificaciones especiales cuando alguna alma necesitaba de auxilios espirituales. Y esta fue la razón profunda de que Dios mostrara con él una providencia muy especial, dado el número de agentes del gobierno que por doquier pululaban en aquellos entonces. Vivía en unión continua con Dios y tenía prácticamente el don de lágrimas, como algunas veces lo deja entrever. Por ejemplo: una noche se le presentó un gigantón prieto y armado hasta los dientes, que con voz áspera le preguntó si tenía miedo. Era un hombre vestido de revolucionario. Acabó por confesarse. "Y se confesó, escribía el P. Miguel, con tanto dolor y tal contrición que las lágrimas rodaban de sus ojos del tamaño de un ahuacate. Y yo, que no puedo ver llorar sin enternecerme, dejaba caer unas lágrimas como *tejocotes* que caían al suelo y volvían a retachar en el techo".[156]

En tan grave peligro llegó a ponerse que los Superiores por dos veces hubieron de ordenarle no sólo prudencia, sino una

[156] *Vida Intima*, pág. 216. Y en carca al P. Socio, a 21 de abril, dice: "Por aquí, en medio del remolino, admiro la ayuda especialmente de Dios, las gracias especialísimas que en tantos peligros nos da, la presencia suya más íntimamente sentida, cuando el desaliento viene a. empequeñecer nuestras almas. Aquel grito de San Pablo en que pedía a Dios que los sacara del mundo, y eso por tres veces, lo comprendo muy bien; pero al mismo tiempo siento la verdad de aquella divina respuesta: *sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur.*

En vez de *nam* la vulgata pone *quia* (2 Cor. 12, 9) pero ambas partículas son causales. Quiere decir: Te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza.

verdadera reclusión. Una fue durante los meses de febrero y marzo de 1927: "Yo limitaba sus actividades", testifica el P. Carlos Mayer, que hacía las veces de Provincial, "a causa del peligro que le amenazaba. Los agentes de policía lo buscaban con frecuencia para prenderlo en los escondites en donde decía misa o daba la comunión".[157] Entonces era cuando su obediencia se ponía a prueba, pues lo excitaban a la actividad su celo apostólico y su mismo carácter, además de las ansias de conseguir el martirio: "¡Cuán difícil es", decía a veces, “esta virtud de la obediencia!" Los meses de febrero y marzo fueron vencimientos heroicos. "Recluido en un cuarto estrecho", escribe, "sin más horizontes que un corral vecino y con prohibición de exhibirme mucho, paso los días revolviendo mis libros y papeles y preparando mi examen a medias. Creo que la obediencia es mejor que los sacrificios y por eso no me he movido de donde estoy... Mi encierro es de ya casi dos meses...".[158] Conforme a la recomendación de los Superiores, comenzó a usar de mayores cautelas cuando ya se le dejó libertad de trabajo: cambiaba de direcciones, de trajes, de escondites. El 21 de abril escribía: "Nadie sabe en dónde vivo. En cuatro sitios diferentes recibo cartas, recados y donativos de semillas para las familias pobres"[159]. A 25 de mayo escribía al P. Socio del Provincial: "¡Tan palpable veo la ayuda de Dios, que casi casi, temo que no me maten en estas andanzas, lo cual sería un fracaso para mí que tanto suspiro por ir al cielo a echar unos arpegios con guitarra con el ángel de mi guarda!"[160] Después del encierro forzado, el P. Pro se multiplica con una ingeniosidad admirable. Los ministerios se

[157] *Ibid*., pág. 142.

[158] *Ibid*., pág. 144.

[159] *Ibid.*, pág. 204.

[160] *Ibid*., pág. 204.

suceden sin interrupción día y noche: tandas de Ejercicios, a veces delante mismo de los edificios ministeriales del gobierno, a veces en corralones destartalados; y luego retiros, conferencias, pláticas, viáticos, extremaunciones y conversiones de pecadores empedernidos y de personas de diversos credos religiosos. Corren así los meses de mayo, junio, julio y agosto durante los cuales hubo de vez en cuando una relativa calma en la persecución, calma a la que más tarde habremos de referirnos.

Capítulo XIV

TODOS VOSOTROS SOIS HERMANOS

Este dogma se deriva directamente del de la paternidad divina (Mat. 23, 8). El P. Pro no lo consideró como una simple verdad teológica, sino como algo que debe vivirse, y lo vivió con toda intensidad. En la práctica con frecuencia resulta altamente heroico a causa de la gran variedad de temperamentos, caracteres, ideas e intereses. Y en los tiempos que iba viviendo el P. Miguel requirió muchas veces un heroísmo especial. Sentirse hermano de Calles, de sus esbirros, de sus colaboradores nacionales e internacionales y de quienes ante el desastre religioso se cruzaban de brazos e inclusive estorbaban a los que andaban trabajando en bien de la Iglesia, era propio de los que habían entrado en la quinta esencia del cristianismo. El P. Pro practicaba la santa fraternidad con una alegría contagiosa.

Comenzando por lo que se refiere a Calles, los epistolarios de aquellos días están repletos de pintorescas expresiones rebosantes de ira, cólera, casi desesperación. En la correspondencia del P. Pro, cuando habla en serio, sólo encontramos que pide oraciones por esa pobrecita alma; y cuando lo hace en broma, apenas si se encubre su caridad profunda bajo el velo del humorismo. Ya desde Enghien la exclamación única es aquel desahogo que escribió al P. Magín Negra, a propósito de su visita a Lourdes: "Era muy penoso para mi miserable naturaleza volver a México sin salud, sin acabar mis estudios; encontrar a mi pobre

patria deshecha por sus gobernantes". Ni una consideración contra éstos.

En su carta del 12 de octubre al P. Martínez Aguirre le dice: "Siendo el gobierno el que es y echando curas y frailes de su territorio, no sé cómo quiso que yo entrara en él". Y no se explaya en ningún comentario. En pleno entusiasmo de la fiesta de Cristo Rey, en octubre de 1926, llega a exclamar: ☐El grandioso poder de nuestros enemigos que cuentan con dinero, armas y mentiras, va muy pronto a caer como la estatua que vio Daniel derrumbarse con la piedrecita que cayó del dejo. ¡El Goliat mexicano perderá muy pronto la cabeza con el cayado que mueve el inerme pueblo mexicano!" A veces el comentario se reduce a una expresión humorística. Por ejemplo: "el ilustre Calles de los Plutarcos"; o bien "los ilustrísimos tipos del gobierno"; o también "si los esbirros de don Plutarco el de los callejones leen esta carta, podrán descubrir que soy sacerdote". Y en la misma carta, aludiendo a los bonos que expidió la Liga para colectar fondos, por el mes de abril de 1927, dice que tales bonos están dando un resultado halagüeño y que los esbirros "se dan a todos los diablos, sus compañeros". Y para que se vea que habla en broma añade una reflexión: ☐De esta hecha me cuelgan si esta inocente carta va a parar sus manos.☐[161]

A una alma a quien felicita por el año nuevo le dice: "Desde el seguro asilo que los satélites de Calles me han procurado para poner a prueba mi paciencia, no dudo en escribir a usted estas líneas..."[162] Un día redactó una Consagración al Sagrado Corazón para una familia, y no hay en ella una sola palabra acerca de la

[161] Carta del 25 de mayo, 1927 al P. Vallé, Socio del P. Provincial.

[162] Carta del 31 de diciembre a una hija de confesión.

persecución ni del gobierno.[163] Al P. Provincial escribe: "Yo uso las cautelas que usted me indica y nada me ha pasado: sustos más o menos, que no pasan de sustos y que sirven espiritual y materialmente para confiar más en la amorosa providencia de nuestro Padre Dios y para reírme después de pasado el percance, por lo cómico que resulta de esta situación tan fingida que llevamos".[164]

Calles fue uno de los personajes que en esos días tuvieren más oraciones por su conversión y salvación. Pero en el P. Miguel llegó esto a ser algo así como una santa obsesión. Le interesaban las almas de Calles, y de los perseguidores en general, como si fueran sus propios hermanos carnales. Pedía oraciones por ellos en las casas religiosas y a las personas que con él se dirigían espiritualmente; y con mucha frecuencia ofrecía los trabajos de su apostolado, que eran muy graves, por tales almas, a las que consideraba en extremo peligro espiritual. Entre bromas decía en cierta ocasión: "Lo ordinario es que mi bolsa esté tan enjuta como la parte espiritual del alma de Calles".[165]

Uno de sus biógrafos asienta: "Es conocida la exactitud y fervor con que el P. Pro obedecía a sus Superiores. Pues bien, el 8 de julio de 1927 el P. Provincial de México hizo llegar a todos sus súbditos religiosos instrucciones bien claras acerca de la no participación en el asunto de los Cristeros.[166] El P. Pro, conocedor

---

[163] La consagración se efectuó el 8 de noviembre de 1926. En *Vida Intima* puede verse la fórmula integra, fervorosa y devota, págs. 200-201.

[164] Carta del 15 de mayo al P. Provincial.

[165] Carta del mes de mayo al P. Socio.

[166] La orden partió propiamente del P. General Wlodimiro Ledochowski en vista de la división de criterios ya indicada en capítulos anteriores y de la que volveremos a ocuparnos más extensamente, acerca de la resistencia o no

de semejantes disposiciones, tuvo con frecuencia que moderar el ardor de sus jóvenes católicos. Y cuando el P. Vertiz, comisionado por el P. Provincial para observar cómo cumplían los PP. las órdenes que había dado de no mezclarse, ni directa ni indirectamente, al movimiento político y militar, visitó México, el P. Pro le suplicó que le ayudara con su autoridad a convencer a los jóvenes de que no atentaran contra la vida de los gobernantes... No toleraba que desearan la muerte de los tiranos: son, les decía, instrumentos de Dios para castigar nuestros pecados. Un día cierta Sor Dolores[167] le dijo: '¿Cuándo, por fin, el diablo nos librará de este Calles?' El, de ordinario tan alegre puso un rostro serio y le contestó: ¡No, Lola! (?) ¡no diga eso! Usted va a rezar cada día un Padre Nuestro por Calles. Cuanto a mí, yo reservo de vez en cuando la intención de una misa y la aplico por Calles, del mismo modo que lo hago hace tiempo por mi madre".[168] Igual celo fraternal mostraba para con las almas que se ponían en contacto con él. Para poder lograr que reaccionen hacia el valor y la santa alegría,

---

resistencia o qué forma de resistencia, en particular la armada, debía emplearse con el gobierno. Corría grave peligro la caridad dentro de las filas católicas y aun entre personas religiosas. Por otra parte, fueron los primeros meses de 1927 de mucho movimiento, sobre todo en el sur de los Estados Unidos. La gran cantidad de refugiados que huían de la persecución concebían la idea de resolver el conflicto religioso, pero cada cual proponía sus propios medios y puntos de vista y no había sujeción a nadie, no había jefes. Además, dentro del país brotaba irrefrenable la idea de la licitud de acabar con los tiranos a como hubiera lugar: era la desesperación del pueblo. El P. General dio entonces las instrucciones correspondientes, que trasmitió como suyas el P. Provincial Luis Vega, cuya Curia residía en San Elizario, Texas.

[167] No se ha podido identificar quién era esta persona Lola o Dolores.

[168] Marmoiton, *o. c*., pág. 192.

comienza por ponerse al nivel de ellas, comprenderlas, darles la razón en lo humano, para luego lanzarlas a los planes sobrenaturales.

A un joven seglar de los más empeñados en la actividad en favor de la Iglesia, le acontece tener que suspender todo. Naturalmente se desespera, quisiera quebrantar la cárcel que le obliga a la inacción. El P. Miguel le envía las siguientes líneas: "¿Por qué no se puede hacer lo que ardientemente se desea? Un cuarto reducido en que, contra toda la voluntad, se han sepultado las energías, fue testigo de las eternas horas de espera. Dependiendo de actividades ajenas y esperando la cooperación de los extraños, el tiempo pasa mudo y lánguido, como esas nubes grises de invierno en las últimas horas de la tarde. Los autos pasan rápidamente a toda velocidad... las golondrinas cruzan con vuelo rápido el firmamento... ¿y yo? ¡Yo, con los brazos cruzados, con la mirada perdida en la vaguedad del espacio, inerte, inmóvil, como peñón incrustado en la montaña!... ¡Ah, yo comprendo por qué el jaguar se tira furioso contra las rejas de su jaula!.. ¡yo sé por qué la hiena muerde los hierros de su prisión! ¡yo me explico la desesperación de la boa que ha caído en el lazo y que prefiere la muerte a la impotencia!... Si la fuerza terrible de unos nervios mal controlados, tuviera un momento de libres expansiones, el rostro no aparecería con esas rayas sin vida... los ojos no conservarían ni un segundo esa mirada muerta... los dedos crispados y convulsos no acertarían a volver las hojas de un libro... ¡Y es preciso esperar!.. Es necesario depender de otros que no conciben el fuego que encierra nuestro pecho... Es menester que la lentitud de acción venga a poner a prueba las energías del alma".

En estas líneas te habrá notado el arte magistral con que el P. Pro, en un billetito que no tiene paralelo entre los que de él conservamos, deja entender cómo comprende muy bien las ansias de aquella alma, aprisionada, como él (pues lo escribió poco después de haber estado recluido por sus Superiores, tras del segundo cateo de su casa, que era ya desde septiembre, en la calle de Pánuco, número 5), para luego suavemente insinuarle la necesidad de aceptar la voluntad superior, de resignarse, de mostrar virtud en aquel trance. Y todo ello en ese estilo romántico, sin duda oportuno para el destinatario, pero que no es el del P. Pro.

Otras veces es un alma entregada a la desesperación, a la cual no solamente gana, sino que la hace feliz; y en recuerdo de tan bella hazaña espiritual, recibe de ella como regalo un hermoso perro policía que en adelante lo acompañará en sus ministerios. Más allá es una protestante que acaba por convertirse y hace públicamente, a la hora de la comunión, la abjuración de sus errores y sale felicísima de la capilla, por entre más de 200 personas. Después es un genízaro armado hasta los dientes, etc. Escribe el P. Miguel al P. Provincial: "De otros ministerios ya casi perdí la cuenta, pues mis enfermos eran mi ocupación predilecta, los viáticos y las extremaunciones. Bautizos y matrimonios *a porrillo* especialmente entre gente obrera. Como más notables fueron: el bautizo de dos pequeñitas de 25 a 28 años que ya habían hecho el disparate de comulgar varias veces antes de ser bautizadas; el matrimonio de una pareja que ya tenía 25 años de vivir mal; la conversión de varios socialistas y de un hereje, y muchas, muchísimas primeras comuniones".[169]

[169] Carta de febrero 19 al P. Provincial.

De vez en cuando Dios le reserva el consuelo de acercarle almas especialmente huérfanas. "A una teósofa", escribe el P. Miguel, al P. Provincial, "tuve que aguantarle durante una hora las barbaridades más bárbaras que boca humana pueda decir, y eso a pesar de que mi vocabulario minero ya se despertó. Era una enferma de gravedad que a borbotones soltaba blasfemias y maldiciones contra lo más santo y más sagrado que tenernos: los santos, los Sacramentos y aun contra la misma santísima Virgen... Boca verdaderamente infernal, que ha cambiado tanto en seis días que ahora sólo sabe decir Avemarías y Credos".[170]

Con especial empeño y tacto se dedica a consolar y llevar al Padre que está en los cielos a sus hermanos los pobres, los obreros, los choferes. Todos éstos llegan a cobrarle un inmenso cariño, como años después podía constatarse aún en la ciudad de México. Diversas veces al tomar un taxi, y comenzar a platicar del mártir Agustín Pro, se advertía el amor con que hablaban, aun choferes a quienes apenas si les había tocado llevarlo de paso a sus ministerios. El mismo se expresa de ellos con sumo cariño y se complace en recordarlos. En cierta ocasión dio Ejercicios "a unos 50 rechonchos choferes de esos de sombrero tejano, de mechón colgando y que escupen por el colmillo, *gente de pro*, aunque su exterior sea rudo y asqueroso", dice en una de sus cartas». Fue esto en un corralón destartalado, vestido el P. Pro de mecánico "con una cachucha hasta las cejas y dando empellones a mi simpático auditorio. ¡Bien *haigan* los choferes da todo el mundo!"[171]

Con la misma sinceridad dice en otra carta: "En la alta sociedad, en la mediana o en la ínfima mangoneo a mis anchas,

---

[170] *Ibid.*

[171] *Ibid.*

lamentando no tener todo el tiempo que quisiera. Una lucida corte de choferes forma mi corona de gloria. ¡Qué bien se está entre esa gente que habla fuerte y no se para en barras, pero que es muy dócil cuando se persuade que se la atiende y se le tienen consideraciones!" Y también: "Vine (a Toluca) a proponer mis ventas de medias por cupones, y por hacerlo más a la moderna doy conferencias haciendo ver la utilidad. Todo el día hablo: a las 5.30 a las criadas; a las 8 a niños; a las 10 a señoritas; a las 3 a criadas; a las 5 a señoras; a las 6 a comerciantes compañeros míos [léase sacerdotes] y a las 8 a hombres"[172]

Esta fraternidad espiritual y este comunicar aliento y valor y alegría, lo ejercitó de modo muy particular con las religiosas y recogidas de El Buen Pastor; "El P. Pro", se dice en *Vida intima*, "infunde aliento a todo el que se le acerca. Como si no tuviera que hacer, lleva algunas veces al Buen Pastor personalmente un aparato de cine para entretener a sus hijas, durante un par de horas". "Para las almas que sufren o se encuentran cansadas de luchar, su caridad no tiene límites. Una hermana Magdalena pasaba un día crisis morales que acababan con ella. El P. Pro la escuchó, le dio algunos consejos y con una palabra que brotó de su corazón de santo, le devolvió el valor a la pobrecita: a usted lo que le pasa es que tiene una cruz muy pesada; yo le ofrezco que seré su Cireneo y le ayudaré a llevarla". (*Vida Intima*)

"Los días de fiesta proporcionaba alguna diversión a las chicas. Enviaba refrescos, dulces, tortas compuestas, preparadas a veces entre él y su señor padre... Cuando no había podido conseguir alguna película de cine, se encargaba él mismo de divertir a todo el mundo" (*Vida Intima*) Pero su corazón se

[172] Carta del 27 de octubre de 1927 al P. Socio.

desbordaba precisamente con más suavidad que nunca cuando se trataba de almas que habían caído en pecado: □¡Animo y confianza! escribe a una de ellas. No permita que el desaliento la venga a turbar. ¡Animo, mucho ánimo! Todo se arreglará encomendando el asunto a la Santísima Virgen. Yo lo hago así todos los días. Esa misma Virgencita del Tepeyac que dio fuerzas a usted para dar los primeros pasos, no la abandonará jamás. ¡La oración confiada lo alcanza todo! ¡Nosotros, créame, alcanzamos lo que pedimos! Adiós. ¡Animo y confianza!" (*Vida Intima*)

A otra le escribe: "El demonio no te dejará en estos últimos momentos y procurará abatirte y desesperarte. Quiero prevenirte y fortificarte. Todo un pasado, por muy negro y escabroso que haya sido, no te dé turbación alguna, porque todo está perdonado con la absolución de tus pecados y purificado por el sufrimiento. Cuando tu imaginación te lo ponga delante para infundir miedo a su alma, recuerda que el perdón de Jesús es absoluto, y que así como perdonó a Thais, a Saulo, a Pedro, a Agustín, a la otra Magdalena y a innumerables pecadores, así también perdonó a mi pequeña Magdalena." (Epistolario del P. Pro)

* * *

Otro capítulo hay en esta materia, que no podemos pasar en silencio. El aliento que sabe comunicar el P. Pro a las almas que andan queriendo subir en la perfección. Copiaremos solamente una tarjetita y una carta. "¡Animo, hija mía! ¡Mientras más amor resignado encuentre Dios en nuestras almas al castigarnos como Padre que nos quiere tiernamente, más próximo estará el arreglo de todo! Ate con el inquebrantable y fortísimo lazo de una voluntad enérgica su pobrecita imaginación y no la deje vagar buscando razones por las que Dios quiso que los negocios se solucionaran

así. ¡Qué sabemos nosotros de los secretos juicios de Él! Usted sabe muy bien que Él escribe derecho con renglones torcidos; y lo que nosotros juzgamos sin solución posible, es sencillísimo para Dios, si Él así lo quiere. Y ¿lo querrá? eso... de usted depende. Dé usted otra vez el paso decisivo y rompa usted con todo. ¡Animo, mucho ánimo! Acuérdese que no está usted sola, pues *Dios nunca deja o los que acuden a Él*. Tan pronto como pueda iré a verla. Que el Señor la bendiga, como yo de todo corazón lo hago." (Epistolario del P. Pro)

La carta dice así: "No pude disponer de más tiempo el domingo por la noche, a pesar de que mis ardientes deseos hubiera sido de hablar con usted siquiera una media hora. Las últimas palabras que entonces le dije, son las que ahora voy a repetirle, y que usted habrá meditado a solas, cuando la conciencia pone delante, sin ficción ni engaño, toda la terrible realidad que nos humilla. Creo que usted se mostraba pesimista y temerosa, desconfiada y acongojada, porque vio que al primer encuentro que tuvo con el enemigo que creía usted bastante debilitado, lo halló entero y amenazador. Inútil —pensará usted— es tratar de desarraigar lo que por años enteros vivió como dueño absoluto en el corazón. Inútil proseguir una lucha que quizá es fingida o basada sobre fundamento de sensiblería inconsciente. Inútil proseguir, sabiendo que el enemigo es más fuerte que yo y que me domina y seduce... ¡Pobre corazón humano! ¡Y cómo aumenta y agiganta los obstáculos, cuando ve que es forzoso arrancar sus más caros sentimientos! ¡cuánto le cuesta seguir los dictámenes de la razón si van en contra de sus ensueños dulces y largo tiempo acariciados! ¡pobre corazón!

"Nunca o muy raras veces se logra derrocar de tal manera al enemigo, que al primer encuentro lo deje fuera de combate. Casi es imposible a nuestras fuerzas, a pesar de las resoluciones más firmes, el seguir sin desviarse la regla de conducta que nos hemos trazado. Caer y levantar, esa es nuestra vida. Caer y levantar, ese es el ejemplo de Cristo al subir al Gólgota, llevando la pesada cruz de nuestros pecados. Y el caer no quiere decir que todo está perdido, si conservamos aún un débil, muy débil, rayo de esperanza, que nos haga ver la paz, la tranquilidad, la calma, el reposo que anhelamos.

"Usted conoce mi método. Jamás darse por vencido a pesar de todos los pesares. Jamás desilusionarse a pesar de los fracasos. Jamás perder ánimo aunque la triste experiencia nos muestre la aparente inutilidad de nuestros esfuerzos. ¡ANIMO, VALOR, ENERGÍA, CONSTANCIA! he ahí la norma que hemos de seguir. El éxito es seguro. Lea el Evangelio y encontrará ejemplos continuos de lo que puede la constancia confiada, la energía inquebrantable, el valor sin desalientos, el ánimo con esperanza…

"¡Y Ud. Vencerá! ¡Ud. llegará a la meta apetecida! ¡Ud. logrará la calma y la tranquilidad! Para ello tengo muchas razones, entre las cuales descuellan: la gracia de Dios que nunca abandona al que le busca, el temperamento de Ud. que conozco bastante, su voluntad firme, aunque combatida por los halagos de la sensibilidad, y... ¿lo diré?... la promesa que Ud. ha hecho y por la que ha luchado Ud. hasta el presente desde que Dios me dio el placer gratísimo de conocerla y tratarla.

"Por tanto, termino aquí repitiendo lo de siempre... ¡ánimo y bríO! ¡luche Ud. sin desalientos: Las caídas sólo prueban dos cosas: la debilidad nuestra y la absoluta necesidad que tenemos de

acercarnos a la fuente de toda fortaleza, Cristo-Jesús! Él la bendiga. Él la esfuerce, Él la haga ver que, a imitación de los santos y de Él mismo, el caer no debe sino animarnos a comenzar con nuevas energías la obra magnífica que por Él emprendemos y que por Él llevaremos a cabo, puesto que sus divinas palabras son infalibles: ¡Venid a mí los que padecéis y tenéis trabajos que yo os alentaré! — En mis oraciones pediré con más fervor por Ud. — Afmo. en Cristo Miguel Agustín (Rúbrica)" (Epistolario del P. Pro)

Abre también los infinitos raudales de cariño del Padre que está en el cielo a las almas que, o tratan de entregarse a Dios, o, ya entregadas, sufren todas las secretas cruces que lleva consigo la vida en religión. Largo sería entrarse por la correspondencia del P. Pro, especialmente la de dirección espiritual. Transcribiremos tan sólo una carta suya que ha llamado la atención a todos los directores espirituales por su delicadeza psicológica. El P. Víctor Marmoiton, S. J., hace notar que el Padre Pro "forjado en los Ejercicios y en la estrategia de San Ignacio, sabe aprovechar, cuando y como es necesario, su ciencia, su experiencia y la gracia de estado que nunca le falta". La carta dice así, rezumando ciencia y experiencia espirituales, luz y gracia de Dios:

"No sabes qué es lo que pasa después de tu decisión, y me preguntas si estás loca. Voy a contestarte: Mientras los elementos que van a formar un compuesto químico se están combinando, no cesan de agitarse. Algo parecido pasa en el espíritu cuando se cambia el derrotero de la vida. Y esto es más evidente cuando el estado de vida que se pretende es más espiritual y por lo tanto más contrario a las inclinaciones naturales de nuestro ser.

"¿Estás desorientada? ¿cambias continuamente de modo de pensar? ¿lo que ayer te parecía cierto hoy se te figura una qui-

mera? ¡Calma, paciencia! Los elementos están en efervescencia, el nuevo compuesto no está aún terminado. Muy pronto vendrá la paz a tu alma, la alegría a tu corazón, la tranquilidad a tu espíritu.

"Pero me parece injusto dejar a mi madre que tanto necesita de mí". — ¡No, hija mía! Dios te ha elegido, Dios te llama, Tú has oído su voz, tú sabes que Él te quiere para sí. Luego, puesto que Él es el dueño absoluto y universal, no cometes ninguna injusticia con tu madre. ¿Acaso fue injusticia lo del Niño Jesús a los 12 años al dejar a su Madre Santísima? Y Él, el único consuelo y regocijo de su madrecita, le respondió: ¿Acaso no debo ocuparme de las cosas de mi Padre? Humanamente no eres injusta, pues los padres educan a sus hijos no para ellos mismos, sino para que cada hijo siga el camino que Dios le ha marcado.

"Ayer", dices, "estaba segura de Dios, pero no de mi voluntad: ahora estoy resuelta a seguir la voz de Dios, pero dudo de que me llame". — Es muy ordinario en el demonio usar esta clase de artificios que, sin atacar directamente el fin propuesto, embrollan, perturban, acongojan y nieblan la mente para que en el uso de los medios conducentes al fin, no acierte a juzgar con rectitud. Hay un consejo muy sabio de San Ignacio: en tiempo de agitación del alma no hacer mudanza en los propósitos concebidos: de otro modo te expones a caer en los lazos del demonio. Si acaso nos hemos equivocado, Dios Nuestro Señor no nos negará sus luces al tiempo oportuno.

“—Entonces, vale más acabar cuanto antes y partir inmediatamente". — ¡Temes que cada día que pase te quitará valor! No: la precipitación expone a las catástrofes. El fervor sensible es pasajero, se va con la misma facilidad que viene; y se encuentra el alma en presencia de un deber que no halaga a los sentidos.

"Pero ¿tendré valor más tarde?" ¡Sí! una vez que venga la paz a tu espíritu y veas con meridiana claridad el camino que Dios te traza.

“—Pero cada día que pasa aumenta la pena de mi madre". — Poco a poco se persuadirá de que Dios te llama y de que sólo en la vida religiosa serás feliz. Además, las lágrimas no se oponen a la perfecta resignación a los amorosos designios de Dios.

“—Pero yo tengo la tentación de creer que es Dios mismo quien turba mi espíritu". — ¡Vence esa tentación como otra cualquiera! Toma tu crucifijo y bésalo diciendo: Mi Dios ¡creo! Desprecia ese ataque al diablo, que, en esta ocasión, ni siquiera se puso la mascara.

“—A veces me viene el deseo de que una enfermedad grave me sobrevenga y acabe con todo". — ¡El tipo perfecto de la desolación espiritual, mejor caracterizada! La depresión sigue naturalmente a la crisis violenta en una enfermedad. Tú te entregaste a Dios, rompiste los ensueños más acariciados de tu corazón. Nada tiene de extraño que, aunque en la parte más espiritual de tu alma estés contenta, la parte sensible de tu corazón sienta los estragos que hizo tu generosidad y llore al ver hechos pedazos sus más caros ídolos.

“— ¿Te sientes sola y abandonada? — ¡No hija mía! ¡no estás sola! Dios está más estrechamente unido a ti que antes, aunque ahora no lo sientas. San Agustín tiene una frase muy hermosa, como de él: Dios nos oye cuando nada nos responde, está con nosotros cuando nos creemos solos, nos ama cuando todo nos abandona".

A pesar de todas estas instrucciones espirituales, todavía doce días antes de la muerte del P. Pro, la batalla de aquella alma

continuaba. El P. Miguel de nuevo la ayuda. — "¿Estás segura de que Dios te llama a la vida religiosa; pero ciertos pormenores, ciertos obstáculos que tú tomas como expresión de la voluntad de Dios, te hacen vacilar aún? — ¡Táctica es esta muy vieja del demonio! No: tu vocación es clara y de ella no tengo la menor duda. Confía en la persuasión de un miserable pecador que te conoce y estima; consérvala para que te reanime en los momentos en que, alejada de todos los que te queremos, te sientas triste y sola.

"— ¿Que la vida del claustro te parece tranquila y sosegada y tú amas el peligro y te enardece lo difícil? —Está tranquila en este respecto. Pasados los primeros días de la vida religiosa, yo te aseguro que la dificultad aguijoneará tu espíritu valiente. Te hablo por experiencia. ¡Dios sea bendito mil veces! Pero sábete que a medida que se avanza en la vida religiosa la cruz es más dura, la dificultad es mayor, los sacrificios más constantes; pero también que es más grande el amor, el amor fundado en el dolor, único que puede sobrellevar esa hermosa cruz que llevó en sus brazos a mi Señor Jesucristo".

"—Pero me parece que no es mujer sino la que ha sido madre". — ¡Fantasías de tu imaginación exaltada! No sólo el corazón de la madre está hecho para amar y sufrir. El autor de todos los corazones supo poner en toda mujer tesoros inapreciables de ternura, de sentimiento, de heroísmo, de generosidad que sólo se manifiestan en el corazón maternal. No está lejano el día en que confieses que te habías equivocado, que el corazón no sabe de egoísmos, de intereses personales, sino se abre a horizontes más vastos. Y cuando el amor divino lo llena, este corazón no sabe de egoísmos, de intereses personales, sino

se abrasa en una sed ardiente de amar y sufrir por todos los que la rodean, de una sed devoradora que ennoblece las almas con ese amor puro que eleva, sed maternal de ternura muy delicada que fortifica a otras almas. ¡No llames niña inútil al corazón de una virgen! ¡no! ¡no sabes lo que dices! Espera un poco, y cuando veas delante de ti un mundo inmenso que no sabe amar ni sufrir, y cuando tú comiences esa obra divina que Dios te confiará, tú amarás las almas con amor de madre. ¡Yo te lo juro por la memoria de mi madre que está en el cielo! ¡Ten paciencia! No está lejano el día, y ese día no tendrá ocaso. Cuando el alma de una virgen está llena del amor a Dios, vive en perenne medio día.

"No te preocupen las ideas que tienes del cielo. ¡Qué sabemos nosotros lo que será aquello! Ni el ojo vio, dice San Pablo; ni el oído oyó, ni cabe en inteligencia humana lo que Dios tiene reservado para los que lo aman. Atente a la definición del Catecismo: el conjunto de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno. Es inútil buscar más". (*Vida Intima*)

Antes que esta alma entrara en la vida religiosa, el P. Pro sufrió el martirio. Debió ser para ella la mejor confirmación de los consejos que de él había recibido. Y sin duda el santo mártir, hermano de las almas atormentadas, le alcanzó inmediatamente gracia abundante para desatarse del mundo. — "Nadie se acercaba a él, dice un testigo, sin sentirse subyugado por su bondad". (Portas) Para él no había distinciones: todos merecían toda clase de sacrificios: "Endiablado trabajo el del confesionario, escribía en cierta ocasión, con beatas remilgadas, con hombres escrupulosos (que es lo peor), con juventud mundana y sirvientas necias y mozos testarudos y niños molones; pero todos, todos dignos, no digo del trabajo de un *pepenacuetes* como yo, sino del

apostólico y caritativo celo de mil y mil misioneros, ya que el fin que mueve a nuestros desgraciados paisanos es reparar las ofensas que al deífico Corazón de Cristo hace nuestro infame Gobierno y malvados gobernantes".[173] Nótese que es la única vez en que usa frases tan fuertes tratándose de los perseguidores.

* * *

Él, por su parte, vive la vida como el más alegre de los hijos de Dios en la casa de su Padre celestial. Ríen y se divierten en familia los hermanos Pro; ríe y se divierte con sus percances policíacos el P. Pro; escribe a sus amigos siempre desbordando optimismo y buen humor aún en asuntos y cosas que a otros los habrían convertido en pesimistas, amargados, desesperados. Tiene bien aprendido el consejo de San Pablo; "¡Gozaos constantemente en el Señor! os lo repito ¡gozaos!: Refiramos algunos ejemplos.

Es típico el caso de su primera aprehensión contada por él mismo a la que ya hicimos referencia: "El 4 de diciembre día en que se echaron los globos, fue Bandala a catear la casa. ¡Qué recuerdos! A las siete de la noche nos llevaron a la prisión entre dos hileras de soldados a siete tipos aprehendidos por causa de los globos. El teniente que nos recibió en Santiago (Tlaltelolco), al leer el oficio de Gobernación en que nos declaraban presos, nos dice riendo: 'Mañana vamos a tener misa'. Malo, me dije, ya me la olieron: — ¿Misa? preguntamos todos espantados. — 'Sí, nos responde, porque entre vosotros viene un presbítero'. Malo, muy malo, seguí diciendo para mi capote. Todos nos vimos de pies a cabeza para ver quién era el desventurado presbítero que nos acompañaba.

[173] Carta del 12 de octubre de 1926 al P. Martínez Aguirre.

"'Es Miguel Agustín', dice el Teniente. — '¡Alto ahí!, dije en voz alta. Ese Miguel Agustín soy yo, pero así diré misa mañana como colchón voy a tener esta noche'.[174] — '¿Y ese presbítero que se pone después de su nombre?'.—'Es solamente mi apellido Pro y no Pbro. que es la abreviación de presbítero...' La noche... ¡huy! La noche la pasamos en el patio, al cielo raso, pues en la orden de prisión venía el inciso: procúrese fastidiar a los apresados. ¡Y vaya si lo cumplieron! Una extensa cama de cemento, es decir todo el patio, se puso a nuestra disposición, con unas almohadas enormes y muy altas que servían de pared y sin más sábanas que las que el fresquete de la noche pudiera darnos.

"Los siete presos nos pegamos unos a los otros, pues el frío era más que regular; comenzamos a rezar el rosario, a cantar a media voz todo lo cantable religioso y profano y a cabecear sin respeto alguno a los centinelas que nos custodiaban... A la mañana siguiente nos iban a despertar a cubetazos de agua, pero como no dormimos, no hay para qué decir que al primer chorro de agua ya estábamos corriendo por aquel patio entre las risas y chiflidos de los soldados y presos.

"Nuestra bolsa tenía la módica suma de tres pesos diez centavos, caudal suficiente para pagar una olla entera de hojas de naranjo hirviente y sin azúcar que nos supo a manjar del cielo, pues la escarcha nos había dejado tiesos como témpanos. A las doce de ese día salí yo de la cárcel: mis compañeros fueron más privilegiados que yo y salieron al día siguiente. Tuve que presentarme dos veces más a Gobernación para declarar. ¿Declarar qué cosa? Yo no lo sabía y ni lo supe. Aquello fue una farsa en que a ciencia y conciencia les tomé el pelo a nuestros

[174] Nótese de paso el giro netamente cervantino de toda la narración.

dignos gobernantes, usando el tono guasón en que se dicen las verdades y no se compromete nada.

"Sin embargo, ahora que reflexiono, me maravillo de que no me hayan fusilado por una frase muy fuerte que dije. Al preguntarme Bandala si estaba dispuesto a pagar como multa una buena suma de dinero, pues Calles estaba disgustadísimo por lo de los globos, yo le respondí: ¡No señor! por dos razones: primera porque no tengo ni un centavo; y segunda, porque aunque lo tuviera no quisiera tener durante mi vida el remordimiento de haber sostenido al Gobierno actual con medio centavo de mi bolsa, siquiera fuera la diezmillonésima parte de un segundo".

Una vez escribió, comunicando sus noticias: "Por aquí las cosas marchan viento en popa, pues se envían cristianos al cielo por un quítame allá esas pajas. El agraciado que cae en los sótanos ya puede estar seguro de no volver a comer pan, a manteles... Y esta persuasión es en mi casa tan verdadera que toda mi tierna prole, al salir a la calle, en vez de despedirse reza el acto de contrición. Ya lo sabemos: fulano que no vuelve a las once de la noche, es otro blanco más de las balas traidoras de nuestros dignatarios.

"Hicimos ya una reunión de familia, nos despedimos hasta el Valle de Josafat; no hicimos testamento porque los dos petates y un comal que teníamos nos los han quitado; pero en vez de lágrimas han brotado a torrentes las carcajadas, pues es una ganga ir a la corte celestial por causa tan noble. ¡Cuánto diera porque su merced pasara un día con nosotros! En una casa de tres al cuarto vivimos refundidos, [sin] recibir visitas. No hay sino lo esencialmente esencial para vivir. Somos siete y hay cinco sillas, cuatro platos, cuatro cuchillos, ocho camas, tres colchones y una

escoba... todo prestado; es decir regalado, porque es casi seguro que ni nosotros ni nuestros herederos devolverán nada. En los tres cateos que hemos sufrido no nos han dejado ni una escupidera. Pero como nada de eso es necesario para ir al cielo, lo damos todo de barato..." [175]

Con igual sonrisa en los labios y humorismo en la pluma, narra a sus amigos las variadas peripecias de su apostolado, lleno de heroísmos. Una vez salido del encierro ordenado por la obediencia, se desquitó aumentando a lo sumo sus correrías apostólicas. Una de las primeras fueron unos Ejercicios a un grupo de profesoras y empleadas del gobierno, de las que dice el P. Miguel: "Eran cerca de 80 y de esas desenvueltas y decidoras que no le tienen miedo ni al lucero del alba".[176] Al final comulgaron todas. Pero la primera noche de esos Ejercicios, escribe, el P. Miguel, "salgo yo a las nueve y media de la noche, como un jitomate de puro acalorado que estaba por los gritos y berridos que pegué. Dos tipos atraviesan la calle y me esperan en la esquina. ¡Hijo mío! ¡despídete de tu pelleja! Y fundado en la máxima de que el que da primero da dos veces, me dirijo hacia ellos y les pido un cerillo para encender mi pitillo. 'En la tienda puede usted conseguirlos', me responden.

"Más orondo que Amós el grande me voy, pero ellos me siguen, ¿será casualidad? Tuerzo por aquí, tuerzo por allá y ellos hacen lo mismo. ¡Mi abuela en bicicleta... me digo! ¡Esta va de veras! Tomo un coche y... ellos hacen lo mismo. Por fortuna el chofer era católico y al verme en tal aprieto se puso a mis órdenes.

[175] Carta del 29 de mayo de 1927 al P. Socio. Recuérdese la inclinación del P. Pro humorista a usar de la hipérbole, para reducir a su justo medio lo que escribe.

[176] Carta del 21 de abril de 1927 al P. Socio.

—Pues mira, hijo: en la esquina que yo te diga, disminuyes la velocidad, salto yo y tú sigues de frente. Me echo la cachucha a la bolsa, me desabotono el chaleco para lucir la blancura de mi camisa... y salto. Inmediatamente me puse de pie y me recargué en un árbol, pero haciendo de modo que se me viera. Los tipos pasaron un segundo después, casi rozándome con las salpicaderas del auto; me vieron pero ni por asomo se les ocurrió que fuera yo. Di media vuelta, pero no tan giro como hubiera deseado, porque el porrazo que me di ya lo empezaba a sentir. ¡Listo, hijo mío, ya estamos dispuestos para otra! Esta fue la jaculatoria final al emprender renqueando el camino para mi casa."[177]

Podría escribirse todo un libro divertidísimo con las mil ocurrencias y relatos llenos de sabrosa sal y una forma de expresión que recuerda la cervantina, pero con lo referido es suficiente para dar una idea de cómo el P. Miguel vivía feliz en este mundo como en la gran casa de su Padre Dios, rodeado de sus queridísimos hermanos. Y procedía así dándose cuenta de contrastes dolorosos. Un día escribe: "La situación es muy delicada aquí; hay peligro para todo... Sin embargo, la gente está muy necesitada de auxilios espirituales... no hay sacerdotes que afronten la situación, pues por obediencia o por miedo están recluidos".[178] "La falta de sacerdotes es extrema; la gente muere sin los sacramentos y los pocos que quedamos no nos damos abasto. ¿Los pocos que quedamos? Ojalá todos trabajaran un poquito, que así las cosas no andarían tan mal: pero cada uno es dueño de su miedo..."[179] Por un tiempo los superiores pensaron en alejar al P.

[177] Carta del 19 de febrero de 1927 al P. Provincial.

[178] Carta del 15 de mayo al P. Provincial.

[179] Carta del 25 de julio, 1927, al P. Fernando O. Ambía.

Pro del peligro y sacarlo de México. El escribía entonces al P. Fernando O. Ambía a 25 de julio: "Al ver lo poco que hacen muchos compañeros míos y la falta que hay entre la gente de estos sostenes, créame que me avergüenzo de pensar en mi salida..."[180]

Como se ve, brillaban en el P. Pro todas las virtudes: celo, abnegación, obediencia, caridad y humildad sobre todo. Y Dios nuestro Señor le había puesto en sus manos el más excelente modo de repartir las gracias y consuelos paternales de lo alto consagrándolo sacerdote, cosa que el P. Pro reconocía y agradecía sin cesar. El sacerdocio fue para él la fuente de todo y de modo particular de aquel celo por sus hermanos y de aquella inexhausta alegría filial de hijo de Dios.

[180] Se refiere a los planes que tuvo el P. Provincial de sacarlo de México. Pero el P. Pro afirmaba: "El miedo no es mi defecto dominante y ese es el que impide que se haga por aquí algo en favor de esta grey abandonada" (*ibid*.).

Capítulo XV

EL TRÍPTICO SUBLIME EN ACCIÓN

¿Qué había en el P. Pro que de tal manera le conquistaba las almas? No parece que haya explicación adecuada, aun teniendo en cuenta su temperamento, sino es la del Evangelio: *quia virtus de illo exibat et sanabat omnes* (Lc 6, 19); porque salía de él una fuerza que sanaba a todos. El testimonio de los que lo trataron es unánime: salía de él algo así como un efluvio divino con que curaba todas las enfermedades espirituales. No habían pasado tres meses del comienzo de sus trabajos apostólicos en la residencia de Enrico Martínez y en la Sagrada Familia, cuando ya era conocido por todas partes y buscado. Con su gracejo ordinario y sus formas hiperbólicas lo cuenta él mismo: "Ud. dispense si me alabo, pero no soy tan bobo que hable mal de mí. Mi confesonario fue un jubileo. Mis atinados consejos atraían a las viejas platudas, a doncellas pintadas y a caballeros barrigones, a jóvenes presumidos, a gatas apestosas y a borrachines más apestosos aún... Empezaron al mismo tiempo los fervorines, los espiches y... ¡horror me da pensarlo! el sermón de campanillas de N. S. Padre, que se anunció con letras más grandes que su calva... Las viejas se relamían esperando la pieza oratoria; los jóvenes se aglomeraban, ocupando hasta el coro; las niñas casaderas se pellizcaban por defender su asiento; los viejos tosían un poco impacientes... Pero a las 6.30

p.m., el muy Reverendo Miguel Agustín Pro... yacía en su cama..."[181]

Es la carta del 12 de octubre de 1926 al P. Martínez Aguirre, en que le cuenta cómo, por un descuido en la dieta, no pudo predicar el sermón de San Ignacio. Luego continúa: "Al cerrarse los templos, pensé tirarme a la bartola para descansar da trajín de los últimos días, en que todo el mundo quería confesarse. Trajín verdaderamente espantoso, que nos trajo en jaque desde la mañana muy temprano hasta las 11 y 12 de la noche. Pero ¡quién te manda ser tan popular! Se atropellaba la gente en mi casa, para beber de mis labios el consuelo, el aliento, los ánimos..., en lucha contra el demonio, el mundo y la carne. Los autos hacían hilera para llevar mi personita a bautizar a un escuincle, confesar a un moribundo, casar a unos valientes que se atrevían a ponerse la coyunda indisoluble del matrimonio..."[182]

Toda esa corriente de gracia, es decir de filiación divina, que iba de él a las almas, nacía en él y se desarrollaba partiendo del sacerdocio y tendía hacia el martirio. El P. Pro ama y vive su sacerdocio porque le parece la más cabal participación divina, proveniente del Padre Celestial, puesto que el sacerdocio lo hace con la mayor perfección hermano de Jesucristo, *alter Christus*, que es el hijo Unigénito del Padre. Pero precisamente por tal motivo ama y busca el martirio. El Hijo de Dios Unigénito, en quien la filiación divina es del todo natural, para comunicarla, en lo posible, a los pobrecitos huérfanos del Padre Celestial, soñó con el martirio desde el primer instante de su vida terrena. Y por esto en el pensamiento del P. Pro el martirio le es tan esencial en sus ideales

[181] Carta al P. Martínez Aguirre del 12 de octubre, 1926.

[182] *Ibid.*

como el sacerdocio, para llevar a completo término la comunicación de la gracia a las almas. Hemos visto en qué formas se esforzaba por llevar la vida divina a sus penitentes. Bueno es considerar ahora en qué manera vivió y amó su sacerdocio y cuáles fueron sus ansias del martirio.

* * *

Desde su misma ordenación sacerdotal, el sagrado carácter y la santa misa forman sus delicias y son el gran acicate de fervor, "Hablo por experiencia —escribía a un compañero—, y ya Ud. me conoce. Yo no he hallado en toda mi vida religiosa, un medio más rápido y eficaz para vivir muy estrechamente unido a Jesús, que la santa misa. Todo cambia de aspecto, todo se mira desde otro punto de vista, todo se amolda a horizontes más amplios, más generosos, más espirituales. No será. Ud. el Juan Antonio de antes: algo más divino va a inundar su alma y a trocarla por completo, y ese algo, que es el carácter que se le va a dar, y que no es otra cosa que la plenitud del Espíritu Santo, va a consumir todo lo humano que le quedaba, para avivar su vida divina, su participación más estrecha y real al *consortes divinae naturae*.... Yo, Padre mío, hermano muy querido en el corazón de Jesús, le felicito con toda mi alma. Yo he sentido y siento aún, en medio de mis tibiezas, una fuerza superior que me hace ir a adelante, y que muy pronto va a recibir Ud..." (*Vida Intima*)

A otro compañero próximo a las sagradas Ordenes, le escribe: "Despídase para siempre de su antiguo *Benjamín*, pues, aunque Ud. no lo quiera, va a sufrir una metamorfosis radical. El Espíritu Santo, que va a dársele de una manera especial el día de su ordenación, va a destruir todo lo que de humano le quedaba en ese pobre corazón de tierra. Ud. mismo se admirará después de ver

cambiada —*in melius*— esa mísera natura que tan malas partidas nos juega. Y no sólo en las grandes líneas de su nueva vida, sino aun en los pequeños detalles de cada día... ¿Es esa la misma voluntad que yo tenía antes? ¿Es la misma manera de pensar, de juzgar, de decidir? ¿La concepción que yo tenía de la vida es la misma? Y aun los ideales de santidad que yo había acariciado durante largos años de vida religiosa ¿son los mismos?... Padrecito Benjamín: si Ud. cree a la pobre experiencia de un infeliz *barretero*, esté seguro que el Campos de hoy no será de ninguna manera el Campos de mañana.

"Ese algo que yo encuentro en mí, que nunca lo había sentido, que me hace concebir las cosas de otro modo, no es fruto de los estudios ni de nuestra santidad, más o menos sólida, ni de nada que tenga el sello personal y por lo mismo humano. Es la marca divina que el Espíritu Santo va a imprimir en nuestra alma al darnos el carácter sacerdotal, Es una participación más estrecha de la vida divina que nos eleva y deifica. Es una fuerza superior que nos hace fáciles y asequibles los deseos y aspiraciones que hasta ahora tal vez no habíamos realizado..."[183]

Pero esta especial y sagrada comunicación de la Paternidad divina en un grado excelente por medio del sacerdocio, para el P. Pro tiene como objeto precisamente hacerlo más apto para comunicar a su vez a las almas huérfanas de Dios el dulcísimo mensaje de esa paternidad. Por tal motivo, continúa en la carta citada: "Y este cambio yo no lo había sentido, sino hasta haberme visto en contacto con las almas... Dios nuestro Señor se dignó tomarme como instrumento para hacer el bien. ¡Cuántas almas dejé consoladas, cuántas penas destruidas, cuánto ánimo infundí

[183] Carta del 27 de mayo de 1926 al P. Benjamín Campos.

para seguir el camino difícil de la vida! Dos vocaciones casi perdidas (se refiere a sus ministerios en Hyéres) volvieron a Dios; un seminarista decidido a dejar la sotana, sigue con nuevos bríos los designios de la Providencia... Y ¿no es palpable que si hice el bien se debe a la gracia del sacerdocio, al Espíritu Santo que me regía y gobernaba, a ese algo que nada tiene de humano y que yo no había sentido antes hasta el día en que fui ordenado?"

La expresa finalidad de la comunicación de la gracia sacerdotal a él con el objeto de comunicar a los hombres la paternidad celestial, el P. Pro la experimentó y comprendió desde el día mismo de su ordenación. Por eso en ese día su petición fue "salvar almas"; es decir comunicar la filiación divina, única que merece la gloria. Por eso, una vez puesto a los ministerios, se entregó ansiosamente y con todas sus fuerzas, a hacer fructificar esa gracia sacramental recibida en la ordenación. Escribe a un alma: "¿Qué es lo que al subir al altar esta mañana llevaría yo, sino mi pobre corazón sacerdotal que te ama como a hermano? ¿Qué bendiciones y gracias pediría al Dios de la bondad que hice bajar a mis manos pecadoras, para tenerle en ellas como en un trono? ¡Qué diría yo por ti el día de hoy, en que se abren de par en par las puertas del Corazón de Jesucristo para derramar los dones celestiales sobre un alma que lleva el sello de la amorosa predestinación a un estado de perfección sublime y angélica?" (*Vida Intima*)

Debe advertirse atentamente que el secreto en el P. Pro, como en todo sacerdote, para santificarse y santificar a los demás, o sea para hacerse instrumento apto en las obras del Padre celestial, de crear en este mundo hijos llenos de vida sobrenatural y repartir el consuelo interior, el aliento en la virtud, el esfuerzo

necesario en los momentos de heroísmo cristiano, no era simplemente el poseer el sacerdocio, sino el vivir con fervor el sacerdocio. Lo que el Papa Pío XI llamó "la herejía de la acción", es en todos los tiempos la tentación más grave para el apóstol. Darse sin reserva a las almas, darles su tiempo completo, sus fuerzas, su atención, sin reservar nada para sí, es algo que atrae a la naturaleza humana, es el gusto humano del apostolado, pero no es la finalidad única que el Padre del cielo se proponía al conceder al hombre la gracia del sacerdocio.

El sacerdote es antes que nada apóstol, o sea enviado de Dios; y como tal, ha de ser un hombre divino que trae un mensaje divino para divinizar a los demás. Por tanto, en rigurosa lógica, debe comenzar y continuar por toda su vida por la propia divinización. Porque si la sal que conserva de la corrupción, se echa a perder, ¿cómo podrá hacer su oficio? no sirve ya sino para que se arroje a los pies de todos y sea conculcada. Así hablaba el Hermano mayor del sacerdote: Jesucristo. Ahora bien: el P. Pro era un hombre, como ya dijimos, que trabajaba con frecuencia hasta 22 horas al día, y muchas veces sin probar alimentos. Su movimiento era continuo e infatigable; su actividad, desbordante; sus ministerios, variadísimos y con toda clase de personas y con una adaptación extraordinaria. ¿Por qué, entonces, podía no sólo cultivar sus virtudes sacerdotales, sino ir creciendo en ellas rápidamente?

* * *

Es que sabía vivir intensamente su sacerdocio en las mismas ocupaciones que traía entre manos. Todo lo relacionado con su sacerdocio era para él algo sagrado. Tenía un pequeño misal latino del que se sirvió durante sus ministerios. El misalito está

perfectamente conservado, a pesar de los mil trajines por donde anduvo. Lo trataba como cosa sagrada. Por los datos que se conservan, y lo que han contado del P. Pro los testigos que lo vieron, consta que el Señor le había concedido aquella gracia tan ignaciana de tratar con suma reverencia los ornamentos, misal y demás objetos que sirven para el ministerio de la santa misa. Nunca se permitió sobre tales cosas broma ninguna, ni aun ligera. Se esmeraba en ser profundamente devoto y piadoso. Viviendo tan intensa vida interior de piedad y comunicación con Dios, ya no extrañará que pudiera, aun estando tal vez momentos antes bromeando con los presentes, cambiar completamente y transformarse, hasta llamar fuertemente la atención de los fieles, al subir al altar. Poseía, según expresiones del mismo P. Pro, la gracia de una como sensación orgánica de su sacerdocio; y éste le hacía vivir día y noche, sin poder él mismo evitarlo, como debe vivir un sacerdote: su modestia, sus movimientos, su mirada, su postura, todo revelaba al sacerdote, pero sobre todo el fervor de sus consejos y la luz con que penetraba las conciencias: "Leía en los corazones como en un libro abierto, dice un testigo. Penetraba en lo más íntimo del alma, aun sin conocer a la persona con quien trataba en ese momento. No se equivocaba." (*Vida Intima*)

Su petición constante al Sagrado Corazón y la que rogaba a sus compañeros hicieran por él, era: "Ayúdeme a darle gracias por tantos favores recibidos y pídale que sea un sacerdote santo, sin poner obstáculos en los planes que tiene de mí", Y añadía: "Con El no temo y caminaré seguro a donde la santa obediencia me envie". — Otras veces, después de la santa Misa exclamaba: "¡Fue un rato de gloria para mí!" Ya en la clínica de Saint-Remy, las religiosas que lo observaban mientras celebraba, decían: "En el altar no parecía estar sobre la tierra". Tenía tan gran devoción al santo

sacrificio que a veces exclamaba como lo hizo en Hyéres y ya lo anotarnos: "¡Yo quisiera ayudar todas las misas que se celebran!" Muy conocido es el testimonio de la Superiora del sanatorio mencionado: "¡Qué piedad la suya durante la celebración de la misa! ¡Durante su oración me causaba suma impresión! Me decía yo misma muchas veces: este Padre es un santo. No he conocido otro como él". (*Vida Intima*)

Los que con él vivían o alguna vez lo veían, certifican igualmente que aun al exterior se le transparentaba aquella vida divina, fruto de su actuación constante en la altísima dignidad sacerdotal de que se hallaba revestido: "No sé leer, dice un alma, ni he oído leer su vida. Pero lo conocí personalmente y le guardo mucho afecto, porque durante los días que vivió con nosotros, se mostró en sus palabras y en sus obras, un santo sacerdote". (*Vida Intima*) Otro testigo afirma: "El P. Pro me pareció extremadamente virtuoso, un santo que hace amable la virtud". El que así testifica fue compañero de prisión del P. Pro en los días inmediatos a su martirio. La señora en cuya casa se refugió un poco antes de ser aprehendido, dice: "Celebró la misa cada mañana los tres días que estuvo en mi casa. Su fervor extraordinario me llamó la atención, y en esos momentos parecía abstraído de todas las cosas terrestres." (*Vida Intima*)

La Superiora del Buen Pastor afirma: "Fue por primera vez al Buen Pastor el día primero de agosto, al día siguiente de la clausura de los templos. Lo que más le atraía era el Santísimo sacramento, que durante la persecución tuvimos en una capilla ignorada de las personas de fuera y menos expuesta a las investigaciones de la policía... Lo que más me llamó la atención, inmediatamente de su llegada, fue su gran recogimiento. Caminaba

por el corredor que conducía a la capilla siempre con la vista baja. Nos daba primero la comunión; y después, con el relicario lleno de hostias, partía a diversas partes de la ciudad. Algunas veces decía la misa en el convento." (*Vida Intima*)

Oía las confesiones de sus penitentes con una paciencia y caridad que ganaba los corazones. Le acontecía llegar a confesar a las dos de la mañana, después de una jornada llena de correrías apostólicas. Las penitentes, naturalmente poco inclinadas al sacrificio, se levantaban no obstante con mucho gusto a las horas más intempestivas, con tal de confesarse con el P. Pro… Permanecía largas horas en el confesonario; y aunque estuviera enfermo, no quería interrumpir." (*Vida Intima*) Otro testigo añade: "Cuando se le veía celebrar la misa, quedaba uno prendado de él para siempre". Y otro: "Su transformación era entonces más radical: olvidaba su temperamento jovial. No se veía en él sino al representante de Jesucristo, a Jesucristo mismo. Con frecuencia me decía a mí misma: así oran seguramente los santos". Otra todavía, hablando de cómo confesaba, pues lo vio cuando iba a otro asunto, afirma: "Yo lo vi con las manos juntas, con los ojos bajos y revelando en toda su actitud un gran recogimiento religioso. Impresionada por ello, olvidé el asunto, me hinqué y me confesé con él". (*Vida Intima*)

La tarde del jueves Santo escribía a una persona que oraba por él: "Gracias por el memento especial que hizo Ud. por mí esta mañana. ¡La fiesta de los sacerdotes! ¡Qué hermoso día! Nosotros repetimos el augusto acto que Jesucristo hizo por ver primera en la víspera de su Pasión, muriendo de amor por nosotros, dejándonos herederos de su Santísimo Cuerpo, alimento de nuestros pobres corazones. ¡Bendito mil veces por estas finezas de amor! ¡Bendito

mil veces por haberme hecho su representante y su continuador aquí en la tierra!" (*Vida Intima*) Y a todo esto ¿qué pensaba de sí mismo? "Soy, decía, instrumento de Dios y cuando Él ya no lo utiliza es porque tiene otro o Él mismo obra en las almas." En otra ocasión exclamó: "Que me desprecien, que digan de mí lo que quieran como Miguel Pro ¡nunca será lo suficiente! Pero mi honor sacerdotal no deben tocarlo, no debo permitirlo." (*Vida Intima*)

Uno de sus biógrafos, muy al tanto de todo, asienta: "Era sumamente observador y con ojo certero sorprendía rápidamente el lado cómico o ridículo de cosas y personas. Pero cuando estaba en el ejercicio de su ministerio, no veía sino las almas. En esas ocasiones, no podía dar cuenta de la disposición de las casas que visitaba, ni de la indumentaria de las personas con quienes hablaba, así como en Lourdes no había visto más que la gruta de la Virgen. “(*Vida Intima*)

* * *

Omitimos otra cantidad de testimonios, pues basta con lo dicho. Sin embargo, dadas las circunstancias, el P. Pro ardientemente deseaba el coronamiento de su gracia sacerdotal, es decir el martirio, como Cristo había coronado su sacerdocio con la muerte en el calvario. El anhelo de morir por Cristo y por las almas y de morir como el mismo Cristo, deshonrado y como criminal, concebido hacía 16 años en sus Ejercicios de mes, se avivaba ardientemente; tanto más cuanto que los sucesos de la persecución daban muy buen pie para pensar no sólo en la posibilidad, sino en la probabilidad de lograr ese coronamiento.[184] Sentía, a pesar de todos sus fervores, la flaqueza de la naturaleza humana. Pero a ese empequeñecerse el alma, oponía cons-

[184] Carta del 21 de abril al P. Socio.

tantemente la renovación espiritual y las ansias sobrenaturales de la gran corona: ¡esto era lo que daba a los demás la sensación de ser el P. Pro un hombre que vivía por encima de las debilidades humanas! Las almas de los santos, dice un autor, se asemejan a las montañas más altas, en las que, mientras en las regiones inferiores rugen las tempestades, en las superiores el sol se refleja impoluto en los espejos de las nieves purísimas.

Día y noche sentía el P. Pro en su interior aquella voz poderosa que le decía como en otro tiempo a San Pedro: *Duc in altum.* ¡Guía hacia alta mar! ¡Hacia las alturas y profundidades del martirio en el apostolado! ¡Para esto fuiste ordenado sacerdote! Y fueron tan constantes, firmes y decididas esas ansias del martirio que algunos de sus biógrafos han llegado a considerarlas excesivas y ya casi efecto de una obsesión psicológica, casi una anormalidad. Nosotros pensamos que toda obsesión divina, vista desde el lado puramente humano, tiene algo de anormal. Esta es una de las razones de que el pecador y el impío no lleguen a comprender el verdadero valor de los santos.

Largo sería ir siguiendo el proceso de semejante obsesión.— Pero no estará de más reunir algunos testimonios del ardor de esta alma por conseguir el martirio. En la primera carta que escribió tras de haberse metido en los ministerios, y que ya citamos, luego de su llegada a México, dice: "La revolución (se refiere al levantamiento de los cristeros en defensa de su fe), es un hecho. Las represalias, sobre todo en México (i. e. en la capital), serán terribles: Los primeros serán los que han metido las manos en la cuestión religiosa. Y yo... he metido hasta el codo. ¡Ojalá me tocara la suerte

de ser de los primeros, o... de los últimos, pero ser del número! ¡Pero no se hizo la miel...!" [185]

Más adelante escribía al P. Provincial: "Ud. me indicó que yo saldría de estas tierras por junio o julio. D. Carlos [186] nada me ha indicado en este respecto. ¿Sería demasiada curiosidad el preguntarlo? Ud. bien sabe que yo no me inclino a nada particular; y que, aunque para mí sería un pesar el perder aquí la oportunidad de ir al cielo a dar mi examen de *universa*[187] o de no adquirir la capellanía perpetua de las Islas Marías, sin embargo prefiero más obedecer, porque así haré más por los mismos por quienes quiero trabajar. Ahora bien, sin que esto incline a nada el parecer de Ud., y siempre bajo la dirección de la obediencia, yo diré lo que dije al Sr. Crivelli: Permitidme quedar en mi puesto hasta que pase esta persecución. El miedo no es mi defecto dominante... ¿Que tal vez sea mi ruina, que harán, que desharán de mi persona?... ¡Eso sólo corresponde a Dios! ¡Ojalá fuera digno de padecer persecución por el nombre de Jesús, mucho más yo que soy de aquellos que merecieron el glorioso dictado de caballería ligera! Pero, como en el Padre nuestro: ¡que no se haga mi voluntad!" [188]

Tratando de sus estudios que no había terminado aún, escribía al P. Provincial: "Estoy dispuesto a todo, pero si no hay inconveniente mayor, yo pediría pasar este tiempo que se avecina

---

[185] Carta del 12 de octubre, varias veces citada.

[186] Se refiere al P. Carlos Mayer que había quedado como Superior de los jesuitas residentes en México.

[187] Alusión al examen final que dan los HH. estudiantes de la Compañía al finalizar sus estudios de filosofía y luego de teología. Se llama *de universa* porque abarca la materia de varios cursos. El P. Pro lo estaba preparando en esos días.

[188] Carta del 11 de junio de 1927.

aquí mismo. ¡Qué dicha si me tocara ser de los que van a colgar en los Pegasos del Zócalo![189] Entonces sí daría el examen final."[190] A principios de noviembre de 1926, en carta a un amigo, deja caer esta reflexión: "De todos lados se reciben noticias de atropellos y represalias. Las víctimas son muchas, los mártires aumentan cada día... ¡Oh, si me tocara la lotería!"

A propósito de la "orden de encierro", como él la llama, que le había dado el P. Mayer, dice al P. Provincial, con una frase que recuerda a Cervantes: "Yo creo que entre la temeridad y el miedo, hay un medio; y que entre la extrema prudencia y el arrojo también lo hay. Ya he indicado esto a D. Carlos (Mayer), pero él teme por mi vida. ¿Mi vida? Pero ¿qué es ella? ¿No sería ganarla, si la diera por mis hermanos? ¡Cierto que no hay que darla tontamente! Pero ¿para cuándo son los hijos de Loyola, si al primer fogonazo vuelven grupas? Y esto no lo digo en general, pues hay sujetos que servirán mucho el día de mañana y conviene que se conserven y cuiden, pero... ¿tipos como yo?... Lo más que pueden hacer es matarme. Pero eso no será sino el día y la hora que Dios tiene reservada." [191]

Hacia fines de mayo de 1927, escribió al P. Socio una carta que ya citamos, contándole de su obra en favor de las familias de los perseguidos, y expresándole sus ansias del martirio. Refiriéndose al famoso "encierro" ya le había escrito: "¡Y yo enjaulado y sin poder estudiar siquiera!, porque no tenía libros y ardiendo en ansias de lanzarme a la palestra y animar a tantos campeones de nuestra fe, a ver si de casualidad, me tocaba la suerte de ellos. Pero no se hizo la miel para la boca del que escribe; y tuve que

[189] Son unos caballos alados que adornaban la plaza llamada *zócalo*.

[190] Carta del 20 de octubre de 1926 al P. Provincial.

[191] Carta del 19 de febrero de 1927.

resignarme, ofreciendo a Dios los deseos en aras de la obediencia."[192]

A 6 de diciembre de 1926, testifica Guadalupe García, le mandé una medalla religiosa. Este día había sido preso por primera vez. El Padre conservó esta medalla. Pero el 16 de noviembre de 1927 (día en que hubo de esconderse en casa de la Sra. Valdés, de donde saldrá para el martirio), se presentó en mi casa; y sin decirme nada, me devolvió la medalla. Yo no quería recibirla; pero él me dijo textualmente estas palabras: "¡Guárdala! ¿para qué quieres que quede sobre un cuerpo destrozado?" Esto parece un indicio significativo de que el P. Pro conocía por luz sobrenatural que moriría mártir, puesto que precisamente en esos días se le había dado orden de salir del país. La fecha estaba fijada para el día 19, el siguiente a cuando fue aprehendido. (*Vida Intima*)

Al P. Julio Vértiz, cuando estuvo en la capital, allá por el mes de agosto, con la comisión del P. Provincial que ya hemos apuntado, el P. Pro lo acompañó a la estación del tren el día tres; y al despedirlo le dijo: "¡Pida Ud. para mí la gracia del martirio!" El P. Alfredo Méndez Medina, que era su confesor y director espiritual desde que el P. Pro regresó de Bélgica, cuenta que dicho Padre le decía ansiar el martirio físico y moral. Y como el Padre Méndez Medina le preguntara: "¿Qué entiende Ud. por martirio físico y moral?", el P. Pro le contestó: "¡Morir deshonrado como Cristo!" Recordarán los lectores que era éste su anhelo supremo desde el mes de Ejercicios de su noviciado. (*Vida Intima*). Casi en vísperas del martirio, le preguntaba Jorge Núñez: "¿Qué haría Ud. si el Gobierno lo apresara para matarlo?" Y el P. Pro le contestó con sencillez y como quien de muy antes lo tiene pensado: "Pediría

[192] Carta del 21 de abril al P. Socio.

permiso para arrodillarme, tiempo para hacer un acto de contrición, y morir con los brazos en cruz gritando: ¡Viva Cristo Rey!"[193] Las ansias del martirio formaban en él un ambiente espiritual interior perfecto. A las religiosas siempre pedía que le alcanzaran esa gracia. Refiere una de sus penitentes: "Un día que nos contaba cómo se había escapado de la policía, mi hermana le dijo: '¡Padre, esto acabará en el martirio!' — '¡Hum! respondió él. No se ha hecho la miel para la boca de Miguel'. Después, tomando un tono serio: ¡Plegue al cielo que yo sea mártir! ¡Pidan mucho a Dios por mí!" Otro testigo dice: "Desear el martirio era en él como una obsesión. Con frecuencia le oí pedir oraciones para obtener de Dios esa gracia. "Pedid a Dios que me fusilen, decía en su humildad: porque solamente así podré ir al cielo. Pedid a Dios que me envíen a Chihuahua, donde la persecución es más violenta". Yo le respondí que no pedía a Dios tonterías. Si Dios lo quería mártir, bien podía hacerlo morir entre nosotros." (*Vida Intima*)

Consta por el testimonio de sus más íntimos amigos que "siempre estaba dispuesto a toda clase de sacrificios, hasta el heroísmo. Con frecuencia expresaba sus deseos del martirio. Se consideraba indigno de tal gracia, y nos suplicaba que se la alcanzáramos de Dios. Cuando se trataba de salvar a un alma, no se detenía ante ningún peligro. Iba muchas veces a visitar a los presos en lo más rudo de la persecución. Al partir para alguna aventura peligrosa decía: "¡A ver si por fin alguna vez se me concede la gracia del martirio!" "Su gracia", como llamaba, era toda su preocupación. (*Vida Intima*)

Escribe a algunos de sus compañeros de Bélgica y les cuenta los soliloquios que tiene consigo mismo al entrar en las prisiones:

[193] Fue el día 11 de noviembre de 1927. Véase *Vida Intima*.

"Si los carceleros supieran qué clase de pájaro soy yo, hace ya tres meses que estuviera desecándome en la sombra. Y qué ganas son las que se me pegan de gritar: ¡Oiga Ud. Don Alcaide, yo mesmo soy el promotor de esas conferencias religiosas; yo soy el que he *emperiquetado* a esos muchachos para que hablaran; yo soy el que los confieso en sus mismas narices! [194] ¿Será Ud. tan pazguato que no me eche el guante siquiera por unos quince días? Pero no se hizo la miel para la boca del asno, y sólo Dios sabe la honra que sería para mí ir a pasar los días y las noches en un cuarto obscuro y pequeño, donde hay ochenta personas que no se pueden ni mover ni sentar, mientras se ahogan por el fétido ambiente que se respira en esos antros. Uds. compañeritos míos, pidan a Dios porque se realicen mis sueños dorados. ¡Un jarabe tapatío prometo al santo más mustio, si logro que se lleve a efecto la orden de prisión que se ha dictado contra mí!□ (*Vida Intima*)

En una palabra, todos los que conocían la manera en que hacía vivir su sacerdocio entre las almas, tenían el presentimiento de que tarde o temprano el martirio sería el coronamiento de su vida sacerdotal. Durante el mes de junio de 1927, el Sr. Dn. Pascual Díaz y Barreto, obispo expulsado de la diócesis de Tabasco, andaba por Europa. Aprovechó la ocasión paro visitar el teologado de Enghien, en donde también él había estado terminando sus estudios eclesiásticos. Los HH. estudiantes le suplicaron les contase algo de la persecución religiosa en México. Estaba presente el P. C. Picard, quien refirió luego que el Sr. Díaz

[194] Recuérdese que el P. Pro confesaba en donde primero había oportunidad y menos podía sospecharlo la policía. Así, por ejemplo, muchas veces se puso a confesar sentado en una de las bancas del Paseo de la Reforma, cerca del redondel del *Angelito* o estatua de la Independencia, sitio de los más céntricos de la ciudad y frente a frente de los policías.

les había dicho: "El P. Pro es una de las víctimas destinadas al martirio a cansa de su dedicación a las almas. □[195]

A 25 de octubre de 1927, platicaban unos minutos el Párroco de Toluca, D. Germán Miranda, y el P. Pro que había ido a dar allá una misión. Y cuenta el Sr. Párroco lo siguiente: "En una conversación que tuvimos, y por cierto que mutuamente simpatizamos, hablando de la persecución de esos días, el P. Pro me dijo: 'Sé que es Ud. un buen soldado de Cristo, lleno de valor'. A lo que le contesté: ¡y dispuesto a morir por la salvación de las almas! Entonces el P. Pro, en forma sencilla, natural y sin afectación, levantó los ojos al cielo y dijo: '¡Qué gloria sería para nuestro Padre Dios derramar nuestra sangre, y qué dicha para nosotros!'" (*Vida Intima*) La gente de Toluca, cuando supo la muerte del P. Pro, decía al Sr. Cura: "Este Padrecito se ha salido con la suya, ¡nos hizo tanta presión para que pidiéramos a Dios que le concediera la gracia del martirio!" (*Vida Intima*) Y en otra ocasión exclamaba el mismo P. Pro: "Estoy pronto a dar mi vida por las almas, pero no quiero nada para Mí. Lo que únicamente ansío es llevarlas a Dios. Si retuviera alguna cosa para mí, sería un vil ladrón, un infame ¡no ser sacerdote!" (*Vida Intima*)

* * *

Como se ve por sus cartas y por otros testimonios, la vida apostólica del P. Pro fue transcurriendo monótona dentro de las variadísimas peripecias durante los meses de abril, mayo, junio, julio, agosto y septiembre de 1927. Hubo una repentina calma notable de la persecución en los meses de julio y septiembre, calma de que luego habremos de ocuparnos muy especialmente por su significado político. Pocos autores, en cuanto sabemos, la

[195] *L'Illustration*, 8 de abril de 1928. Citada por Marmoiton.

han valorado. El P. Pro la hace notar en carta del 25 de julio al P. Fernando O. Ambía: "En esta relativa paz que tenemos, hacemos nuestro agosto en lo que se refiere a ministerios. Pero… la misma dificultad: ¡que el día no tiene sino 24 horas! Los ministerios son los más variados y hermosos: casamientos de luteranos y herejes, moribundos de todas las edades y religiones, consultas a lo Nicodemo con gente armada a la puerta para cuidar a los que vienen, primeras comuniones que enternecen, misas a lo *catacumbas* en que el celebrante se queda chiquito al ver la fe del auditorio, confesiones de día y de noche que agotan al hombre viejo y lo hacen detestar el pecado, por lo que a él le cuesta." (*Vida Intima*)

Bien estará notar de paso las naturales repugnancias que aun las almas del temple del P. Pro tenían que vencer en aquellas circunstancias. Así dice en la misma carta: "El 25 daré mi examen y después me dijo mi papá [el P. Provincial] que ya vería lo que hace de mí. Ganas de irme sí las tengo humanamente hablando: esto no es vida". Y pocos días después, al mismo P. le escribía: "Si tuviera vida de comunidad, el peso disminuiría en un noventa por ciento. Pero corriendo de ceca en meca, sudando y trajinando en camiones sin muelles, espiando disimuladamente a los que nos espían y con la espada de Damocles que nos amenaza en cada esquina con la Inspección y los sótanos… Vamos que casi preferiría estar ya en la cárcel para descansar un poco... Me rajo, me rete rajo de esa barbaridad: pobre gente, pobrecita. ¡Posponer el bien de las almas por una comodidad del cuerpo! ¡Al pie del cañón hasta que el Captan y jefe ordene otra cosa!: porque no por mis fuerzas, sino *gratia Dei mecum* (con la gracia de Dios) perseveraré hasta el fin".

Hacia el 21 ó 23 de septiembre el fervor del P. Pro se desborda en un acto de sublime ofrecimiento de su vida por la salvación eterna de Calles el perseguidor y por los sacerdotes. Reconstruyamos la escena mediante los datos que se nos han conservado. La oblación tuvo lugar en la casa de las Religiosas Capuchinas según lo que parece más probable. Eran estas Religiosas fundación del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Mons. Mora y del Río, quien en 1923 autorizó a la Madre Abadesa, Sor María Concepción Acevedo y de La Llata, originaria de Querétaro, para la fundación de la comunidad del vecino aledaño de la capital, TIalpan. La Madre Conchita, como cariñosamente le llamaban, a pesar de la persecución no varió ni los hábitos ni la distribución del tiempo en su convento; y lo hizo por expresa indicación del valeroso Prelado. Una delación ocasionó el asalto de la policía a la dicha casa el 3 de enero de 1927. Fue Bandala quien la llevó a cabo. Pero el día 5 ya estaban las religiosas instaladas en su nuevo domicilio en la capital. Hubieron todavía de cambiarlo por dos veces. De manera que cuando el P. Pro las visitó en la fecha indicada, vivían en la calle Zaragoza, número 68.[196]

Ya un año antes, o sea a los comienzos de la embestida definitiva de Calles, Mons. Ruiz y Flores había suplicado a la Madre Abadesa que se ofreciera como víctima propiciatoria por el Sr. Calles, a fin de que Dios nuestro Señor cambiara los sentimientos de su corazón y diera libertad a la Iglesia. La Madre Conchita, teniendo en cuenta la grave responsabilidad que aquello implicaba, se resistió en un principio. Pero la idea se clavó en su pensamiento desde entonces. Finalmente en la fecha indicada, de acuerdo con el P. Pro que iba a celebrar la santa misa, hicieron ambos el

[196] Véase Ríus Facius, *o. c*., pág. 366.

ofrecimiento de sus vidas por la salvación eterna de Calles y por su conversión. (Portas)

Quienes no sepan ni alcancen a comprender las íntimas espirituales alegrías de los ocultos sacrificios y oblaciones hechos a Dios nuestro Señor, no comprenderán tampoco los pormenores con que celebraron aquella festividad espiritual. La Madre Abadesa, perfectamente consciente del alcance de su sacrificio, hizo adornar con flores la capilla y quiso que durante la misa hubiera cantos sagrados, como en las grandes festividades. El P. Pro, por su parte, "suplicó a toda la comunidad que le ofrecieran a él como víctima por Calles, por la causa católica y por los sacerdotes; y les dijo que él celebraría el santo sacrificio por la misma intención" (*Vida Intima* y Rius). Una religiosa escribió tiempo después: "En toda la misa el P. Pro estuvo muy emocionado, se dilató mucho y estuvo llorando durante todo el tiempo, mientras las religiosas estaban cantando. Al terminar la misa, dijo a una de las monjas que vive y puede testificar la verdad: No sé si sería pura imaginación o si realmente ha pasado, pero siento claro que Nuestro Señor aceptó de plano el ofrecimiento..." (Portas)

Los casos de la Madre Conchita y del P. Pro no fueron excepcionales ni únicos. Familias enteras y muchos cristeros ofrecían en aquellos días sus sufrimientos y sus vidas por la conversión y salvación eterna de los perseguidores; y fue tal la cantidad de oraciones, sacrificios y penitencias que entonces se elevó al cielo por ellos, que llegó a haber una persuasión muy generalizada de que tanto Obregón como Calles irían al cielo a cantar eternamente las maravillosas misericordias de Dios, que mide las cosas desde ángulos de vista muy diversos de los humanos. En cuanto al P. Pro, una vez hecho el heroico

ofrecimiento, continuó con la paz y alegría de siempre sus ministerios.

A 7 de octubre escribía: "La nota culminante de esta semana, y eso en mi vida privada fue el regalo de un niño de seis meses que sus infames padres abandonaron. No hubo lugar en ninguna casa-cuna, y no hubo tampoco más remedio, sino llegar a mi casa con semejante alhaja... Con éste van seis que me regalan, pero los otros los he colocado fácilmente." [197] Comenzó además otra obra que ya no pudo llevar adelante por haber sido aprehendido. En una tarjetita suya encontramos esta sencilla indicación: "Mi *Academia Vocationum*, con el Sr. Ing. Vera al frente, cuenta ya con 10 socios: es mi Escuela Apostólica" (Vida Intima). Se trataba de niños "nacidos durante los primeros años de la revolución y criados en esa atmósfera de batalla□[198] con los cuales formó un pequeño grupo de apóstoles que dirigía él personalmente hacia el sacerdocio. Y como si fueran pocas sus ocupaciones, prosigue con gracia: "por añadidura me encargo de la Vanguardia (de la A.C.J.M.) cuarenta diablos que gritan y rompen" (*Vida Intima*). Se siguió el triduo misional que dio en Toluca del 25 al 27 de octubre, que puede verse humorísticamente descrito en carta del 27 mismo al P. Socio, copiada en *Vida Intima*.

De vez en cuando su salud desmejora notablemente, pero él no se cuida. A veces es "una indecente gripa (que) vino a refundirme en casa. Mi cabeza da vueltas como molinillo y mi sustancia gris arde como gordita de manteca en la sartén". Esta fue

---

[197] A ese niño le puso por nombre José, probablemente por ser el niño de Guadalajara, lo que asoció en la mente del P. Pro el nombre del P. José de Jesús Martínez Aguirre.

[198] No consta si se trataba de simples vocaciones sacerdotales o para la Compañía. *Vida Intima*.

a principios de noviembre de 1926. A 19 de febrero de 1927 escribe al P. Provincial en una postdata: "Mi salud es de bronce. Ni un solo día he estado en cama. Mi estómago se acuerda muy raras veces de que está operado. Son a mi modo de ver, las últimas aleteadas que da, después de casi ocho años de dolores cotidianos" (*Vida Intima*). A 25 de mayo siguiente escribe al P. Socio: "Propiamente debería estar dando sepultura eclesiástica a un par de tacos de aguacate y media docena de sopes de frijoles, pues son las dos de la tarde. Pero... el cansancio de una señora mañana de confesiones me quitó el apetito y preferí escribir ésta, como intermedio a la tanda de confesiones de hoy en la tarde que terminará a las 10 u 11 de la noche. (¡Aiga Dios... si los esbirros de D. Plutarco el de los callejones leen esta carta, podrán descubrir que soy sacerdote!)... y aquí corto l'hebra. Son las tres y ya debería estar confesando. Y estos días cómo me ha costado este acto: mi Padre Dios me ha mandado un cilicio en los dientes y muelas y a veces son los dolores tan fuertes que quisiera tomar el biombo-confesonario y tirárselo por la cabeza a la infeliz penitente... Si los que censuran las cartas no dejan pasar ésta, a lo menos sepan que yo les deseo una parálisis con sarna para que no se metan en donde no los llaman".

Desde Toluca, la noche del 25 al 26 de octubre de 1927, escribía "al Sr. Gregorio Vallezi y señora: mis queridos abuelitos. La polvorosa ciudad de la mantequilla y los chorizos dicen que es muy simpática; a mí no me parece tanto: quizá cuando vea el Nevado pensaré de otro modo. Lo que sí sé decir es que el pulque de por aquí vale un Perú, y que el vaso y medio que me eché al coleto formó un reguilete en mi cerebro que aún a estas horas no acaba de calmarse". Añade que "el frío es muy intenso". Y al P. Socio escribe el 27: "Por demás está decirle que, olvidando las

prescripciones médicas que como anatemas pesan sobre mi humanidad durante los tres años que deben seguir a mis operaciones, en que todo alimento graso es pecado mortal, yo como aquí los famosos chorizos y pambazos que hasta ahora no han protestado en mi estómago. Lo cual prueba que estoy hecho a prueba de bombas..."

En otra ocasión había escrito a la Sra. Vallezi, a la que cariñosamente llamaba abuelita: "Estoy materialmente recargado de trabajo. No podré a pesar de mi buena voluntad, ver a esas cuatro personas de que Ud. me habla. Con todo... ahora sí fue accidente, como dice mi abuelito. Un buen dolor de cabeza, mal soportado tres días, me dio la centésima parte de medio grado de calentura. He estado en cama todo el santo día (un primer viernes de mes), rabiando de mi pobre humanidad que no quiere resistir... Miguel". En otra carta habla de una fuerte recaída y vuelta a las dietas. En una palabra, que nunca estuvo propiamente bien de salud, sino que la energía indomable y la acción de la gracia suplían lo que de salud le faltaba.

Regresó de Toluca el 11 de noviembre, o sea a 17 días de su aprehensión. El mismo no sospechaba que tan cercana estuviera su inmolación, aceptada por Dios en septiembre, según a él le había parecido. "La vida que lleva es difícil y agitada; el ministerio lo ejercita con gran sigilo, espiado por centenares de agentes. — Las visitas a domicilio deben ser anunciadas de antemano, y de mano en mano se trasmiten las convocatorias para las reuniones. Se han encontrado centenares de estos billetitos, escritos a mano por el P. Pro y de agradecimiento, de invitación, de felicitación. Admira cómo encuentra tiempo para atender a tantas cosas a la vez" (*Vida Intima*)

Va a llegar el momento de la inmolación que para el P. pro significa la cumbre del sacrificio, juntamente con la cumbre del apostolado. El P. Félix Rougier, cuyo proceso de beatificación está iniciado, confesor de la Madre Conchita, le hace ver a ésta lo heroico del ofrecimiento, pero al fin le da permiso y su bendición. Como dijimos, en la misa celebrada por el P. Pro en la calle de Zaragoza, hacen él y la Madre su oblación. El Padre consagró una forma pequeña para la Madre y se mostró muy conmovido, hasta las lágrimas. Al terminar la misa dijo a la Madre: Después de la comunión "oí claramente como si alguien me hubiera dicho al oído: está aceptado el sacrificio". El ofrecimiento no había hecho otra cosa en su alma sino avivar más, si era posible, las ansias del martirio.

Por esto, el día 13 de noviembre, fecha del asalto frustrado al Gral. Obregón que daría ocasión para el prendimiento del P. Miguel, en una plegaria que alcanza las alturas del gran enamorado de la Cruz, Ignacio de Loyola, desahoga sus anhelos de sufrir. Dice así: "¡Déjame pasar la vida a tu lado, Madre mía, acompañado de tu soledad amarga y tu dolor profundo! ¡Déjame sentir en mi alma el triste llanto de tus ojos y el desamparo de tu corazón! — ¡No quiero en el camino de mi vida saborear las alegrías de Belén, adorando entre tus brazos virginales al Niño Dios! No quiero gozar en la casita humilde de Nazaret de la amable presencia de Jesucristo. ¡No quiero acompañarte en tu Asunción gloriosa entre los coros de los ángeles! Quiero en mi vida las burlas y mofas del Calvario; quiero estar a tu lado, Virgen Dolorosísima, de pie, fortaleciendo mi espíritu con tus lágrimas, consumando mi sacrificio con tu martirio, sosteniendo mi corazón con tu soledad, amando a mi Dios y a tu Dios con la inmolación de mi ser". (*Vida Intima*)

Ha cumplido cl P. Pro su misión sacerdotal entre mil peligros y con una abnegación sin límites, hasta llegar a ser en él, dice un testigo ocular, "cosa vulgar el heroísmo y ordinaria".[199] Ahora va a tomarlo el Sumo Sacerdote para presentarlo nimbado de gloria, a todas las naciones, desde el centro mismo de la capital de la República, con una solemnidad no usada con ningún otro mártir de esa persecución. Cómo preparó Dios esa brillante solemnidad que tan repentinamente envolvió la muerte del P. Miguel, es cosa que necesita de largas explicaciones, que vamos a emprender, en particular, porque sobre los sucesos de aquellos días se ha arrojado de propósito el más denso manto del olvido y a la vez una increíble tergiversación de los hechos: hasta el punto de que las generaciones actuales no han llegado casi ni a saber que hubo una defensa católica y qué héroes la llevaron a cabo.[200]

---

[199] De mucho valor histórico es el testimonio del P. Alfredo Méndez Medina, que fue no sólo contemporáneo de los sucesos, sino testigo ocular y confidente íntimo del P. Pro, no únicamente por la dirección espiritual que le impartía, sino además por los lazos de antigua amistad de ambas familias ya desde Guadalupe, Zacatecas. Recordemos que tuvo en sus brazos al recién nacido Miguel Agustín.

[200] Motivó semejante silencio, inexplicable en otras circunstancias, la situación en que quedó la Iglesia mexicana después de los llamados arreglos de 1929.

Capítulo XVI

LAS DIFICULTADES DEL GOBIERNO

Hemos contestado a la primera de las tres preguntas que nos formulábamos al terminar el capítulo XII, es a saber: ¿Cuál fue la posición que tomó en sus trabajos apostólicos el P. Miguel, en medio de la vorágine persecutoria? Los capítulos XIII, XIV y XV nos lo muestran absorto totalmente en el apostolado y sin la menor injerencia en asuntos políticos. Es un celoso apóstol sistemáticamente apolítico. Se hace ahora necesario responder a las otras dos preguntas. ¿Qué fue, pues, lo que dio motivo a su encarcelamiento y muerte? ¿Por qué se rodeó su muerte de tan excesiva solemnidad y publicidad mundial, no usada con ningún otro de los mártires de aquella época? Respondemos a lo primero que fue simplemente uno de tantos actos persecutorios en odio a la Iglesia, al clero y al catolicismo; y a lo segundo, que, según los indicios que hemos podido recoger —el lector les dará el valor que le parezca— se diría tal vez moralmente cierto, que fue el deseo de venganza de Obregón y Calles contra el Papa Pío XI, irritados sumamente por el repetido "No podemos" dado a sus pretensiones dolosas de zanjar el problema religioso, dejando en pie las leyes persecutorias. Trataremos de ambos puntos a la vez y en conjunto, para no oscurecer con divisiones y subdivisiones el hilo cronológico de los sucesos.

El General Obregón, una vez depositado el mando en manos de Calles, el 1º de diciembre de 1924, permaneció todavía un poco

de tiempo en la capital, para alejarse luego a Sonora, dando a entender que abandonaba la política para entregarse, a la manera de Cincinato, a los trabajos agrícolas en Cajeme, su tierra. Tendría esto la ventaja de dejar en absoluta libertad al nuevo Presidente. Pero Obregón fue siempre un hombre muy astuto, al mismo tiempo que buen militar y gobernante sin escrúpulos. Desde Cajeme continuó vigilando la política. Eliminado de ésta el irresoluto De la Huerta, las dos grandes figuras de la revolución eran sin disputa Obregón y Calles, ambos unidos en el odio a la Iglesia católica, ambos de notables cualidades naturales, ambos decididos a mantenerse en el poder, comprando a cualquier precio el reconocimiento de los Estados Unidos; y aun dispuestos a un acercamiento a los países comunistas, para contrapesar, en un momento dado, la política del *buen vecino* al modo como Carranza lo había intentado, durante la primera guerra mundial, con Alemania y con los países de América Latina. Simples juegos de política.

Había sin embargo en el fondo, un punto de discordia. Calles quería jugar a comunista quizá con la secreta idea de independizarse algún día de los Estados Unidos. Punto central en su plan lo formaba, según parece, el sustituir el ejército federal por un ejército rojo obrero, que estuviera en sus manos. Obregón, en cambio, no era tan radical en esto. Tanto menos cuanto que precisamente el ejército era su gran apoyo y en donde se sentía en plena posesión de sus facultades. Quizá también veía peligrar sus latifundios sonorenses y su capital en un movimiento socialista de tipo soviético llevado al extremo. Sospechaba además que se le escaparía la futura Presidencia de la República, que anhelaba, en el caso de que Morones llegara a tener en sus manos el porvenir de la nación mediante sus batallones de obreros. Veía, en

consecuencia, la necesidad de obligar a Calles a dos cosas: a renunciar a la formación de los batallones rojos y a derogar o reformar los artículos 82 y 83 de la Constitución del 17, que prohíben la relección.

Los reporteros, que suelen ser sumamente linces para husmear todas las cosas, advirtieron, apenas separado Obregón del mando, alguna señal de división entre los dos grandes representantes de la revolución mexicana. Obregón se apresuró, el 2 de diciembre de 1924, o sea el día siguiente de haber dejado el Poder, a declarar en el banquete ofrecido por la CROM a los delegados obreros de los Estad. Unidos, América del Sur y del Caribe, que "todos formamos una familia sola, y que la misma cruz servirá para señalar el sepulcro de los que tengan que caer□.[201] Y el día 9 salió para Sonora. Unos meses después, que después, el 13 de marzo de 1925, Calles tiene que salir a declarar por escrito que "los enemigos intransigentes de la causa popular han recurrido a la táctica hipócrita de dividir por los medios que les son característicos, adulación, intriga, murmuraciones y calumnias, a los hombres de la revolución. Pero, añade, "es del dominio público que el actual encargado del Poder Ejecutivo ha estado siempre solidarizado con el expresidente Obregón en toda su gestión□.[202] Calles, siguiendo su camino, estableció en mayo relaciones diplomáticas con el gobierno ruso, quien envió luego como representante a la camarada Alejandra Kollontay. Obregón a su vez intenta paliar las desavenencias y aprovecha la oportunidad de unas declaraciones del Secretario de Estado de los Estados Unidos Mr. Kellog, para felicitar a Calles por su digna respuesta, y de paso

[201] Taracena, *o. c.*, al 2 de diciembre de 1924.

[202] Taracena, al 13 de marzo de 1925. La mayor parte de los datos que siguen los tomamos de él.

dar un puntillazo a la reacción. (Taracena) Pero Calles, mientras trabaja en la fundación del Banco Unico, como uno de los medios de sanear la economía nacional y procura deshacerse del fardo pesadísimo que le dejara Obregón con los Tratados de Bucareli, en lo referente al petróleo, comienza a hundirse en el tremendo problema de la persecución religiosa.

Esto y lo del petróleo pueden dar a Obregón una buena oportunidad de presentarse ante los católicos como un árbitro de paz —aunque doblado— y ante los Estados Unidos como un mantenedor honrado de acuerdos ya firmados anteriormente. Muy pronto el asunto de la sucesión presidencial le daría ocasión de deslindar los campos. Previsor y astuto como era, no quiso esperar mucho tiempo. El día 29 de septiembre de 1925 se armó un "revuelo en el Senado, porque se ha sabido lo que se procuraba tener en secreto: que se está discutiendo en sesiones de Bloque un dictamen sobre una iniciativa presentada desde el año pasado por el senador jalisciense Francisco Labastida Izquierdo para que sea reformado el artículo 83 de Constitución y se permita la relección del Presidente de la República. Ha sido tal el escándalo, que hoy informa el senador Higinio Alvarez que se ha resuelto no seguir tratando en el seno del Bloque lo que con esa reforma se relaciona". (Taracena)

A pesar de todo, la cuestión de la relección siguió sobre el tapete. Y fue Tomás Garrido Canabal, gobernador de Tabasco, quien comenzó la acometida. A 5 de noviembre declaró públicamente que "el General Obregón en el próximo período, garantizará la efectividad del bienestar del proletariado nacional". (Taracena) Con esto comenzó abiertamente la lucha. El campo se dividió en releccionistas y antirreleccionistas. A pesar de la presión

que se le hacía, el Senado, a 10 de diciembre, por 36 votos contra 9, desechó el proyecto de reforma. Entonces, el 20, el Partido Social Tabasqueño se declaró por la vuelta de Obregón al poder y lo postuló para Presidente. Así comenzó el año 1926. Todo el mundo veía venir una avalancha de asesinatos. Taracena anota en el día 20 de enero: "Está resultando el callismo un eficaz consumador de hecatombes. Con razón le llueven problemas" (Taracena)

El 31 de marzo Obregón se presentó espectacularmente en la capital. Dijo que llegaba únicamente para negocios particulares, pero tuvo una larga entrevista con Calles. El público, en voz baja, comentó que aun había habido bofetadas de por medio. Luego declaró enfáticamente que en el campo de la Constitución "no existe ningún escollo para que yo vuelva a figurar como candidato a la presidencia de la República".[203] El 2 de abril Tomás Garrido Canabal renunció a su cargo para entregarse a trabajar por la candidatura de Obregón y lanzar el guante a la reacción. (Taracena) Finalmente, a 10 del mismo mes, Obregón, bajo su firma, propuso la reforma del artículo 82 y del 83. Su intención quedaba de manifiesto, pero él quiso seguir guardando las formas oficiales. En cambio, en privado, anota Taracena, dijo "que se ha multiplicado el número de los que dicen ser sus parientes y le piden

[203] Taracena, al 31 de marzo de 1926. Añade ahí haber afirmado Obregón en esa ocasión que regresaría a la política si se presentaba alguna "crisis política o amada" o si se veía obligado a ejercitar el derecho de defensa si el Partido Conservador (que hacía muchos años ya no existía, por lo que más bien parece una alusión a los cristeros), sigue "considerándolo por conducto de sus políticos asalariados como principal objetivo de su ataque". Recuérdese que Obregón fue siempre admirado por su increíble desplante.

ayuda, que no puede darles a no ser que ocupe de nuevo la Presidencia de la República.☐

Despertadas las ambiciones, aparecieron otros dos candidatos: El General Francisco R. Serrano, de bastante talento; y el General Arnulfo R. Gómez, bastante inútil.[204] A mediados de junio, Serrano fue a Sonora para sondear a su íntimo amigo, el General Obregón, quien lo recibió fríamente. Pero ni Serrano ni Gómez desistieron, porque Calles les dejaba entender que tendrían su apoyo. Más aún: a Serrano lo nombró Gobernador del Distrito Federal. Por su parte, también Garrido Canabal emprendió el viaje a Sonora "para ver los cultivos de Obregón y aprovecharlos", es decir, para ponerse a sus órdenes: fue a mitad de julio. Trabajando para sí, Obregón aprovechó el cese de los cultos públicos, y lanzó desde Nogales, el día 2 de agosto, unas declaraciones alegando haber sido los altos dignatarios de la Iglesia Católica quienes

---

[204] La idea que se tenía en los círculos sociales acerca de ambos candidatos no era muy favorable. Sin embargo, Serrano demostraba bastante talento; de Gómez en cambio se hacia chacota. Taracena, al día 13 de noviembre de 1926, pone una anécdota que pinta a este General. Copiamos: "En Roma se encontró con Vasconcelos qué acababa de llegar, deslumbrado todavía, de Florencia. También el Gral. Gómez tenía un día o dos de estar en Roma y ya se iba porque va había visto todo lo que había que ver. A Vasconcelos le produjo tristeza el espectáculo 'de aquel bárbaro soltado a gastar dineros del Tesoro Público' y que 'a precio de sangre había comprado el viaje; sangre ajena, se entiende; sangre de víctimas". Trataba a Vasconcelos con deferencia porque ya iba a necesitar de Licenciados que le echaran discursos en su campaña presidencial. Rafael Nieto, Ministro de México en Italia, al hablar con Vasconcelos del Gral. Arnulfo, exclamó: '¡Que vaya al diablo ese salvaje! Por ahí anda haciendo escándalo en los cabarets, él y su gente. Y lo peor es que se exhibe como General mexicano. ☐

provocaron el conflicto religioso; y que se habían aprovechado de las dificultades internacionales (cuestión petrolera), para crear obstáculos al gobierno; y que el conflicto cesará cuando el clero esté dispuesto a obedecer a la ley.

Como se advierte, Obregón iba jugando su doble carta: el petróleo ante los Estados Unidos y el odio clerical ante sus correligionarios de dentro del país. Pronto jugará la tercera sobre la redención de las clases obreras y agricultoras, precisamente él, gran terrateniente y gran capitalista. El trabajo los reeleccionistas siguió adelante, y el 14 de octubre hubo una junta secreta de la mayoría de la "Alianza de Partidos Socialistas de la República Mexicana" en la Cámara de diputados, salón de sesiones. Ahí se volvió a la carga sobre la reforma de los artículos 82 y 83 constitucionales. Para entonces los campos se iban ya definiendo con mucha claridad. Los antirreeleccionistas se agruparon en torno del General Francisco Serrano; los reeleccionistas, en torno del diputado Gonzalo N. Santos, a quien Obregón, en una visita que este diputado le hizo en Sonora, comisionó para que promoviera la reforma de los artículos ya mencionados.

Saltó entonces a la arena el General Arnulfo R. Gómez, publicando sus méritos para ocupar la presidencia. Pero la Cámara de diputados, por manejos que aún no se deslindan históricamente, estaba ya influenciada en sentido favorable a Obregón. A ella se le presentó la iniciativa de reforma, después de haberla aprobado el Bloque en una sesión por 142 votos contra una minoría. Y se propuso además que el período presidencial fuera de seis años: Obregón no se contentaba con cuatro.[205] Al día siguiente a toda prisa la Cántara de Diputados y el Bloque principal

[205] Taracena, *o. c.* al 19 de octubre de 1926.

del Senado, aprobaron lo de la reforma. Obregón quería "libertar al país de sus libertadores", o sea de los revolucionarios antirreeleccionistas.[206] Todavía el 22 de octubre, Obregón declaraba ser aún inoportuno hacer declaraciones; al mismo tiempo que consultaba a varios abogados sobre si podría reelegirse, consulta de la que salió la reforma de los famosos artículos. Extraoficialmente se conocían los pasos que Obregón iba dando; por lo que se desató por todo el país, como si hubiera una consigna, "la fiebre reeleccionista".[207] En semejante movimiento se aliaron Garrido y Portes Gil.

Obregón creyó prudente presentarse en la capital para coordinar. Lo curioso era que tanto él como Gómez y Serrano continuaban haciéndose los desentendidos. Las impresiones populares eran de lo más pintoresco. A Obregón se le odiaba por sus antecedentes en lo religioso. Su reelección aparecía como una continuación inevitable e indefinida de los desmanes de Calles. Los millones de católicos se preguntaban por qué con tan gran facilidad se habían reformado los artículos 82 y 83, de la Constitución; y en cambio el 3 y el 130, que iban sumergiendo al país en el abismo, no había manera de que se reformaran. Obregón y Calles se apoyaban en los Estados Unidos y en las logias internacionales, y éstas no les permitían reformar tales artículos.

Todavía a los comienzos de octubre, se creía que los obregonistas irían al fracaso: tan enorme despropósito parecía lo de la reelección, cuando por la no reelección se había derramado tanta sangre y se había peleado por años. Dice una carta particular: "Don Alvaro ha venido aquí a la capital, después de que sin pizca de

---

[206] Taracena, *o. c.* al 21 de octubre de 1926.

[207] Taracena, *o. c.* al día 23 de octubre de 1926.

vergüenza la Cámara aprobó la reforma estableciendo la reelección... Se dice que el compadre Calles pedirá una licencia, porque la carreta gubernamental se le ha atascado tanto que corre riesgo de hundirse... Habrá entrado para entonces en la Secretaria de Gobernación don Alvaro y con ese carácter pasará a ser Presidente interino, al concederse Licencia al actual hombre de Estado..." [208] Quedaba, pues, desde esos días Obregón colocado en el primer plano. Las figuras, muy inferiores, de Serrano y Gómez le tenían sin cuidado. Bien estará recordar en este punto que uno de los fervorosos obregonistas fue por entonces don Eduardo Mestre Ghigliazza quien muy luego tendrá cierto papel político entre bastidores en la comedia que va a desarrollarse y que culminará con el aparatoso martirio del P. Pro.[209]

Obregón, astuto y de gran talento natural, no se dormía: agitaba por todo el país sus elementos y sus idas a la capital le servían para estudiar el fondo de la verdadera situación. Y con aquella "mirada de águila" que le ponderaban sus adictos, muy pronto se dio cuenta de que el problema de la persecución religiosa, del que oficialmente se decía en todas las declaraciones gubernamentales que era pura inflazón debida a propaganda de los

---

[208] Carta del Vicepresidente de la Liga al Excmo. Sr. González y Valencia, residente en Roma, del 31 de octubre de 1926. Conviene recordar que a raíz de la cesación del culto, partió para Roma una Comisión Episcopal, con el objeto de tener constantemente al tanto a la Santa Sede de los asuntos eclesiásticos de México. El Presidente era el Excmo. Sr. González y Valencia Arzobispo de Durango, originario de Cotija, Mich.

[209] Taracena, *l. c.,* al día 16 de noviembre de 1926. Habla de don Manuel Mestre Glilgliazza. En una carta telegrama del Cónsul General de México en los Estados Unidos, Arturo Elías Calles, al Secretario de Relaciones, encontraremos *Eduardo Mestre*.

Prelados rebeldes a la ley y del mal clero que se metía en política; y que lo del boicot era una cosa ridícula y sin importancia; y que los levantamientos en la defensa armada de los católicos eran cosa de reírse, al fin y al cabo era el verdadero problema de México. Con la genial astucia que nadie puede negarle, tomó informes sinceros pero secretos, y llegó a una conclusión: que si el movimiento cristero seguía creciendo vendría a ser el mayor obstáculo para su reelección, ante el cual lo de Serrano y Gómez era lo verdaderamente insignificante.

Calculó que sus adversarios políticos quizá echaran mano del movimiento cristero para utilizarlo en favor propio. Por otra parte, le era indispensable mantenerse en buenas relaciones con Calles, los Estados Unidos y las logias internacionales y por lo mismo llevar adelante sus programas persecutorios. Ideó entonces un plan maligno. Personas que estuvieran bien con él y al mismo tiempo con los Prelados, podrían serle de gran utilidad, por ejemplo el señor Ghigliazza. Tanteando el terreno con su conocido sistema de los "buscapiés", se decidió a lanzar uno. Y el 16 de noviembre hizo unas declaraciones a los diarios de la capital, en las que aseguraba que podía bien el clero vivir en paz con tal que no desarrollara sus actividades en el terreno en que tocaba actuar a la administración pública; y que él quería hacer los programas de gobierno emanados de la revolución, "esencialmente cristianos".[210] No dijo católicos. Lo de cristianos halagaba a los protestantes de los Estados Unidos. El buscapié no dio resultado, porque los católicos no se fiaban del hombre que más había influido en los Constituyentes de 917 para erigir en ley la persecución religiosa. Obregón quedó a la mira, pues aún no lanzaba su candidatura

[210] Taracena, *l.c.*, al día 6 de noviembre de 1926.

oficialmente. Mucho más le preocupó la cuestión de los cristeros, cuando a partir del 3 al 11 de enero, supo que la Liga tomaba sobre tus hombros la coordinación del movimiento de defensa armada; que lo dirigirían hombres de talento y de profundas convicciones y que se pasaba la consigna para hacer de todo el país "un avispero contra el gobierno", en expresión del Vicepresidente de la Liga, el Lic. Miguel Palomar y Vizcarra. Estaba persuadido de que ante un pueblo que en masa y por convicción se enfrenta a sus tiranos, a la larga nada vale ni el apoyo extranjero ni las fuerzas secretas internacionales. El ideal hace almas irreductibles. Delante de aquel panorama vio con claridad que el único flanco por donde podría llegar a someter a los católicos en armas, era intervenir con los Prelados para que levantaran la cesación del culto público; porque de este modo se quitaría a los cristeros el más grande punto de apoyo para su protesta armada. Y para fortuna suya, los Prelados estaban hondamente divididos.

Surge aquí una dificultad que es necesario aclarar. ¿Tenían en realidad tanta fuerza los cristeros como para llevar a los hombres del gobierno a recurrir para suprimirlos a dolo semejante? La documentación, en su estado actual, prueba con claridad que si al principio no fue tanta como para preocupar a los gobernantes, el auge continuo (véase Bravo Ugarte, *o. c.*, págs. 421) sí hacía prever para el futuro una seria dificultad. Quizá el día de mañana nuevos documentos confirmarán o destruirán semejante aseveración. Por ahora, no parece que en esto pueda haber duda. Es necesario subrayar cuidadosamente que al tratar este aspecto de la lucha religiosa, de ningún modo intentamos resolver el intrincado problema de quiénes tenían razón, si los que se inclinaban a un arreglo pacífico y a ceder en lo posible, o los que intentaron llegar por las armas a una solución del conflicto. Esto

requeriría largas disquisiciones, más abundante bibliografía y conocimiento de mucha documentación que aún no ha visto la luz pública. Los que se lanzaron a la defensa amada alegaban no quedar ya otro medio, sino echar mano de las armas o dejar perecer el catolicismo en una lucha a muerte emprendida por el gobierno. Añadían que así lo pedía el honor del laicado mexicano. Fiaban después de Dios en las virtudes del pueblo. Habían estudiado las bases teológicas del levantamiento para asegurar sus conciencias. Los opositores argumentaban que era una locura lanzarse a la lucha armada sin contar con armas ni parque; sin tener fondos para financiar el movimiento; teniendo en contra el enorme poderío del gobierno; contando con que aun en el caso de una victoria los Estados Unidos la anularían, por ser contra su política secular que un gobierno católico rigiera al país. Esto aparte de los graves males internos que trae siempre consigo una guerra intestina y más si es religiosa. Los Prelados que disentían alegaban el mucho peso del abandono en que quedarían las almas, pues la persecución se encaminaría antes que nada contra los sacerdotes; y aun la moral de estos mismos sufriría quebranto, por tener que andar ellos escondidos, sujetos a actos heroicos y expuestos a mil peligros. Razones todas muy graves. De hecho, en mayo de 1928, confiesa el P. Wilfrido Parson (*Mexican Martyrdom*, pág. 25, Nueva York, 1936): "Dwight Morrow himself told me later, in May 1928, at his penthouse at Fifth Avenue and Sixty-sixth Street in New York, that the American Government would not consider any solution of the religious question in Mexico that involved a change of regimen there". Teniendo en cuenta esto, Bravo Ugarte (*l. c*.) juzgó la guerra cristera diciendo que "el carácter general de la guerra Cristera —en los militares, colaboradores y directores— fue el de una epopeya de quijotes con mucho idealismo, nobleza y abnegación".

Viniendo a nuestro propósito, decimos que fue un hecho que desde los comienzos de la campaña, hubo una lucha constante en contra, de parte de los opositares. Se aseguraba que las cifras que se daban de los levantados en armas eran fantásticas e ideales para inflar realidades; y no faltaron quienes se dedicaran, como decían, a "desinflar los números". Hubo algunos que ante el autor de estas líneas, aseguraran en aquellos tiempos, haber recorrido personalmente los campos cristeros y no haber encontrado más de unos 600 hombres famélicos e inermes, y que una lucha así era propia de locos y visionarios. Fueron días de remolinos de noticias, hasta llegar con frecuencia a no saberse a quiénes dar crédito. Pero Obregón y Calles estaban mucho más al tanto de la verdad en esto y temían ciertamente.

En carta del 25 de enero de 1927, apenas a un mes escaso de lanzada la consigna para los levantamientos, comunicaba confidencialmente el Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González. y Valencia, residente en Roma, lo siguiente: "Imposible que pueda enumerar todos los movimientos grandes y chicos, medianos e insignificantes que han estallado en la República, de hace cerca de un mes a esta fecha: Durango, Chihuahua, Zacatecas, Coahuila, Jalisco, Guanajuato, Puebla, Guerrero, Veracruz, Distrito Federal... han sido teatro de levantamientos y combates algunos de no poca importancia". Un golpe duro recibió el movimiento armado con la aprehensión y asesinato del gran líder y organizador de occidente el Lic. Anacleto González Flores, en Guadalajara pero muy pronto se rehízo. De manera que el mismo Vicepresidente, comunicaba confidencialmente al Sr. González y Valencia, a fines de julio de 1927: "Aunque se guarda silencio

absoluto en la prensa, puede asegurarse que la lucha armada es más vigorosa ahora que hace dos o tres meses.□[211]

Poco a poco el poder material y moral de los cristeros fue creciendo a base de heroísmos, que un día la Historia Patria tendrá que recoger en sus páginas, si es sincera. Baste con copiar aquí, de uno de los Boletines de Guerra de la Liga, un trozo tomado al azar. Es de marzo de 1928 y dice así: "El número de los insurgentes LIBERTADORES se acerca a 50,000, que no pueden combatir a un tiempo por falta de las necesarias armas y parque. Si las tuvieran, ya habrían desaparecido los tiranos. En Jalisco, honra y prez de la nación, hay 15,000 libertadores; en Michoacán, 12,000; en Colima, 4000; en Nayarit 3,000; en Zacatecas, 4,000; en Aguascalientes, 2,000; en Guanajuato, 3,000; en San Luis Potosí, 1,500; en Oaxaca, 900; en Veracruz, 600; en el Estado de México, 900; en Morelos, 1,000; en Guerrero, 1,500; en el Distrito Federal, 600". Las cifras anotadas en los Boletines de Guerra, proceden de los informes aportados a la Liga por sus propios agentes en los campos de batalla, por sus agentes "de inteligencia secreta" que los lograban de los partes remitidos al gobierno por los militares a su servicio, etc.; y están controlados por personas serias y verídicas. De manera que históricamente no parece que deban rechazarse.

Claro es que de esas cifras hay que descontar en cuanto a la efectividad de la organización militar cristera, muchos miles que aún formaban partidas sueltas apenas si controladas o del todo incontroladas por la Liga. En este sentido, las cifras que por ese mismo tiempo daba el General en Jefe de la Guardia Nacional Cristera, Enrique Gorostieta, son más conservativas, como suele

[211] Carta del 31 de julio de 1927.

decirse: "Tengo ya, escribe a un amigo residente en los Estados Unidos en carta particular, 20,000 hombres armados (casi todas las armas quitadas al enemigo), y pésimamente municionados, lo que obliga a la acción de guerrillas". Quiere decir que los soldados cristeros ya entrenados, equipados y preparados, pues a esto dedicó especialmente sus notables cualidades de jefe, sumaban ese respetable número. La escasez de parque se debía, al embargo decretado por los Estados Unidos desde noviembre de 1926 y mantenido hasta julio de 1929, una vez disuelta la Guardia Nacional cristera. Cada cartucho había que arrebatarlo al enemigo o adquirirlo en mercado negro a razón de 15 a 25 centavos y aún más.

Tales cifras coinciden con las que encontramos en otros documentos. Así, por ejemplo, leemos en la tesis de Sister Elizabeth Ann Rice, publicada en 1959, Fordham, acerca de las relaciones extradiplomáticas de Mr. Morrow, en el asunto de la lucha religiosa "Por entonces (a comienzos de 1929) Jones, Agente del Departamento de Justicia en San Antonio, declaraba que las fuerzas católicas en Jalisco, Colima, Michoacán y Guanajuato (nótese bien que las calculaba únicamente para cuatro Estados), eran cerca de 50,000 hombres" (véase nuestro apéndice II). Lo mismo se ve por otros documentos.

En cuanto a la calidad de las tropas cristeras, mejor informado estaba, por cierto, Obregón que muchos católicos de entonces. Esto se dejó ver gracias precisamente a los métodos do guerra empleados por los callistas. Pensaron ahogar en sangre el movimiento y no lo lograron. Pensaron en asolar y asolaron grandes regiones mediante las reconcentraciones espantosas y no

sofocaron el movimiento.[212] Ensayaron el método de las ofertas pecuniarias y aun ascensos en el ejército federal a quienes desertaran y no los hubo. De manera que Calles y Obregón hubieron de darse cuenta de que aquel ejército de hambrientos y desarrapados y faltos de parque eran invencibles y se iban convirtiendo en una seria dificultad para el gobierno perseguidor.

Para febrero de 1929 el diputado Lauro G. Caloca decía en el Congreso (el día 13) "Caso curioso. Hay siete o más Jefaturas de Operaciones que se dice están dedicadas a terminar con los rebeldes (cristeros). No sé si esos rebeldes son 30,000 ó 40,000; pero, una de dos, o nuestros soldados no sirven para batir a los rebeldes o no se quiere que la rebelión termine. Al señor Presidente hay que hablarle con franqueza en vez de venir a echar más leña al fuego, pues con otros tres Estados que se declaren en

[212] Las reconcentraciones fueron algo excesivamente criminal. Copiaremos de una carta particular contemporánea: "¿Sabes lo que es una reconcentración? Consiste en llegar una tropa de soldados a un pueblo o dos o tres, según sea la orden del gobierno. Saquean el pueblo, queman las casas, y si hacen la más pequeña resistencia, aunque sea de palabra empiezan a balazos; fusilan hombres, mujeres y niños y cuantos encuentran. Esos miles de pobres indefensos que así sacan de los pueblos, tienen que salir en dirección de la población que les señala el que manda la tropa. Te figuras lo que es ver llegar a esas infelices gentes a pie en su mayoría, sin qué vestir ni qué comer, sin techo, sin conocer a nadie, con el espanto horrible de pedir por miedo de que por sólo eso los fusilen o los meten a la cárcel!". ¡Han muerto tantos (niños muchos) de hambre! ¡y mueren de frío y de fatiga!... Esas gentes de Los Altos son héroes en masa. Yo considero un honor, un privilegio socorrerlos". Solamente en la región de Los Altos de Jalisco se calcularon las víctimas de las reconcentraciones en unas 18,000: y hubo reconcentraciones en muchas partes. Y todo cuando sólo se pedía libertad de culto y de conciencia.

rebelión puede peligrar el Poder Público". (Archivo particular del autor). No es necesario multiplicar las citas. Sólo añadiremos, por la gran autoridad que tiene, la del Embajador Mr. Morrow, quien en diciembre de 1927, o sea a raíz de la muerte del P. Pro, hablaba ya de la necesidad de un pronto arreglo de la cuestión religiosa "no sólo como parte de la política oficial americana, sino porque mientras México no hiciera algún arreglo o *modus vivendi* del problema religioso, había poca esperanza de llegar a soluciones permanentes en cualquier otro asunto, ya fuera doméstico a extranjero" (Tesis citada). Parece insinuar que los EE. UU. se verán obligadas a entrar en arreglos con los cristeros. Y a 30 de noviembre del mismo año, había escrito el mismo Morrow a Olds, Subsecretario de Relaciones de los Estados Unidos, indicándole: "en México existe un estado de guerra en algunas regiones; y que el Departamento de Estado puede quedar sometido a graves aprietos dentro de pocas semanas a causa del levantamiento religioso. Una considerable parte del pueblo competente de México", continúa, "está en batalla contra el gobierno. Este pueblo sostiene que se cree sujeto a un tratamiento injusto e intolerable en lo religioso... El Estado de Jalisco se considera ser el Estado en donde el desafecto contra el gobierno mexicano, en lo concerniente a la cuestión religiosa, es más agudo" (Tesis citada).

Más aún. A 12 de abril de 1929, escribía Jones: "Según información confidencial y digna de confianza, se conoce que, mientras esto se escribe, el gobierno de México está mucho más intranquilo y comprometido por las actuales actividades de los cristeros, nombre dado a los fanáticos religiosos, quienes están combatiendo al gobierno; y por todos los informes hay graves razones para estar inquieto" (Tesis citada). Por otra parte, entre el 3 de mamo y el 23 de mayo de 1929, dice la misma Tesis, "los

cónsules americanos informaron que los miembros de la Liga Católica y los cristeros, eran la más grande amenaza al gobierno existente..." Los mismos gobiernos no dejaban de verlo. Así cuando el General Galindo fue hecho prisionero en la Hacienda de El Valle, en donde murió Gorostieta, y cayeron en manos de los federales los archivos que el General en Jefe llevaba consigo, Galindo escuchó de labios del General que revolvía esos archivos este testimonio: "¡Qué organización! ¡Si esto llega a seguir adelante el gobierno se encontraría en grave aprieto!" (en sus recuerdos publicados en la revista *David*). Más modesto esto sus apreciaciones el General don Jesús Guízar Degollado, quien afirma en sus Memorias haber dicho al General Gorostieta, que le preguntaba su opinión sobre el éxito de la campaña cristera; "Tengo la seguridad de que obligaremos al gobierno a darnos beligerancia y a concedernos algunas de las libertades esenciales... Y creo esto será el principio de nuestra liberación" (*Memorias*, pág. 213).

Creemos, delante de tantos testimonios y tan sinceros, que se hace necesario aseverar históricamente que en realidad los mismos católicos mexicanos opuestos al movimiento armado no llegaron a comprender todo lo que éste pesaba sobre la política mexicana y aun sobre la de los Estados Unidos; unos porque, estando en medio del remolino, no abarcaban los conjuntos; y otros, porque estando fuera del país, no recibían las suficientes noticias. Por lo demás, al decir que el Ejército cristero o Guardia Nacional cristera era de calidad excelente no quieren significar los que lo testifican que todo él fuera de santos. Había, como en todo ejército, graves deficiencias; pero los jefes por una parte y por otra los escasísimos Capellanes que espontáneamente acompañaban a los combatientes, se empeñaron en subsanar las fallas y en la

generalidad de los casos lo consiguieron. Pueden verse ejemplos en las *Memorias* del General Degollado Guízar, de las celebraciones de los primeros Viernes de mes, de las fiestas de Cristo Rey, de las misas de campaña, de las consagraciones al Sagrado Corazón, de las serias ordenanzas para moralizar los grupos de alzados, etc. Un paso decisivo, y que puso en alerta a los dos jefes perseguidores, Obregón y Calles, se dio con la organización de las fuerzas cristeras, cuando por julio de 1927, fue a sumarse a ellas el General Enrique Gorostieta y Velarde, militar capaz, generoso y que no estaba en servicio activo con los federales, y pudo con entera rectitud tomar la nueva bandera. Al principio no embonaba del todo su mentalidad liberal con la de los soldados católicos. Pero pronto se convenció de la lealtad de aquella gente y fue modificando su modo de pensar hasta identificarse con el movimiento cristero. Se presentó en las filas de éste poco más o menos al mismo tiempo que Serrano, Gómez y Obregón aceptaban su candidatura. Porque Serrano la aceptó el 21 de junio, Gómez el 23 y Obregón el 25 del mismo mes.

Gorostieta era un militar exigente y serio. Su testimonio acerca de la calidad de sus soldados tiene gran autoridad. En una de sus cartas afirma: "En todas partes he sido recibido en tal forma que aseguro a usted sin metáforas, escribe a un amigo particular, que en algunas he llegado al triunfo, a la ovación, y, por ejemplo, en Jalostotitlán (Jalisco), a la apoteosis. He salido de ahí, los ojos húmedos de emoción, el corazón confortado por el premio al esfuerzo y la voluntad decidida a seguir luchando si es preciso toda la vida, hasta conseguir la verdadera libertad para estos corazones grandes y puros, que se me entregaban besándome las manos, sólo porque he sido justo y humano con ellos; sólo porque, por vez primera, se han encontrado con un soldadote que no los abusa ni

los ultraja. ¡Estoy conmovido! Si usted además reflexiona sobre mi dureza al hacer que toda esta gente cumpla con el deber me dará la razón en conmoverme".[213]

En otra carta asegura: "Mucho le agradezco se acuerde de mí (escribe a un amigo residente en los Estados Unidos), pues vivo hace tiempo, en un mundo aparte, en un magnífico mundo que con muchos esfuerzos y sacrificios nos hemos podido crear... Ayudado de Dios y aprovechando el esfuerzo viril de esta masa de hombres de buena voluntad, que se han decidido a salvar a su patria, y para hacerlo han hecho despliegue de las más excelsas virtudes militares que yo mismo me encuentro sorprendido, he logrado crear, o más bien dar forma a una fuerza incontrastable que pone en aprietos al tirano... Esta fuerza es real, palpable, macroscópica. No es algo que puede ser, es algo que es... Mis contingentes son hombres de orden, de una moralidad como no ha habido ni habrá tropas en México y dudo mucho puedan ser mejoradas en otro país. Por eso el fracaso del gobierno, a pesar del apoyo extranjero, por eso, ni con oro ni con crímenes ha podido dominarnos… Mi autoridad es un hecho real y no sólo real, sino que está cimentada en el cariño y no en el terror: sólo te digo que para obtener ésta, no he tenido que fusilar a un solo individuo. Nuestro movimiento está respaldado por todo el pueblo y son vanos los esfuerzos del tirano para evitar su crecimiento".

Para el tiempo en que Obregón, Serrano y Gómez andaban trabajando su candidatura, era ya media República la que contaba con partidas de cristeros (Ugarte, *o. c*., pág. 422). Además, Calles y Obregón sabían, por una serie de datos que había muchos miles

[213] Copias de ésta y de la que luego se cita, en nuestro archivo particular. Son del año 1928, pero de todos modos dan una idea de lo que era la falange cristera y de su crecimiento.

de gente disponible, que sólo esperaban tener armas y parque para lanzarse a la campaña. Y a pesar del amordazamiento de la prensa, la Liga iba logrando llevar la voz de alarma a Europa y América del Sur; y podía suceder que los Estados Unidos tuvieran en cuenta ese clamor de los pueblos que comenzaba a levantarse, gracias a centenares de conferencias y propaganda.[214] Parece, pues, históricamente cierto que el movimiento cristero pesaba seriamente sobre los políticos así mexicanos como de los Estados Unidos, que era lo que pretendíamos aclarar. De ningún modo tratamos de conectar esto con la oportunidad o inoportunidad de los arreglos de 1929. Eso es otra cuestión que aquí no tratamos, muy complicada y que necesita aún de mucha documentación. Algo sí tocaremos en el Apéndice II, al tratar de la familia Pro como cristera. Meditando Obregón sobre situación tan seria, advirtió la necesidad de dar tres pasos: asegurarse el respaldo de los Estados Unidos; aniquilar a sus adversarios Serrano y Gómez y nulificar a los cristeros. Y procedió en seguida. Como vamos a ver, fácil le fue lograr lo primero a base de concesiones; lo segundo a torrentes de sangre; en lo tercero fracasó en absoluto. Y esto nos dará la situación real que determinó la publicidad mundial de que se rodeó la muerte del P. Pro. En los dos primeros puntos procederemos con suma brevedad. En el tercero tendremos que extendernos bastante más.

---

[214] Creemos que no se ha dado suficiente importancia al ambiente que la Liga fue formando en otros países, y que, comenzaba ya a pesar sobre las consideraciones de los dos grandes hombres de la revolución, Obregón y Calles. Quien desee conocer estos informes, puede consultar el libro *Las naciones extranjeras y la persecución religiosa*, del Dr. J. Antonio López Ortega, México, 1944.

Es un hecho comprobado, escribía a la Liga el Sr. Lic. Luis G. Bustos, Delegado de ella en los Estados Unidos, que una vez que Obregón logró el apoyo de los banqueros del Oeste, se dirigió a los del Este, es decir, a los de Nueva York, sin los cuales su situación no hubiera podido allanarse. El interventor que él escogió para llegar a estos arreglos fue Pani, en París, De una serie de conferencias habidas y a las cuales concurrieron Pani, un representante de los banqueros del Oeste, representando a los de Nueva York, y Legorreta, y después que Obregón pasó por cuanto ellos quisieron, obtuvo el apoyo del grupo de banqueros. Está ahora buscando el apoyo de los petroleros. Siéndole éstos hostiles, ha buscado hábilmente a un banquero que sea petrolero y al mismo tiempo una gran figura política. Lo ha encontrado: este personaje es Mallon, Secretario del Tesoro y uno de los probables candidatos a la presidencia por parte del Partido Republicano. Si llega a conseguir esto, irremisiblemente Obregón subirá a la presidencia".[215] Y lo consiguió.

Una vez asegurado el General Obregón del apoyo total de los banqueros y petroleros de los Estados Unidos, y con toda la maquinaria oficial puesta a su disposición, aunque a regañadientes —según se decía— por el Presidente Calles, además de las fuentes del erario nacional, no tuvo ya sino dar rienda suelta a sus instintos de venganza. Calles, por su parte, aprovechó también las circunstancias para vengarse y deshacer a sus enemigos políticos.

En su proclama o manifiesto al lanzar su candidatura a la presidencia decía Obregón: "En materia de cultos, libertad completa para todos, sin admitir influencias sectarias y exigiéndoles siempre a sus ministros el absoluto respeto a la Reglamentación

[215] Memorándum del Sr. don Luis G. Bustos, del 12 de agosto de 1927.

que nuestras propias leyes establecen".[216] Quería, pues, acabar de una vez con los fanáticos católicos y con sus adversarios políticos, como se vio en seguida.

Serrano y Gómez, a pesar de sus deficiencias, iban ganando terreno. El 21 de septiembre de 1927, un grupo de diputados desconoció la reforma de los artículos 82 y 83 de la Constitución que habían hecho las Cámaras. A principios de octubre fueron todos desaforados. Los días 24 y 26 del mismo mes de septiembre, los antirreeleccionistas tuvieron varias juntas para ultimar un golpe de Estado, pues no les quedaba otra salida ante Obregón. Pero Obregón y Calles se les adelantaron; y el día 3 de octubre fueron aprehendidos, en Cuernavaca, Serrano y doce acompañantes, traicionados por el Gobernador del Estado. Atados con alambres y a bordo de unos automóviles se les condujo camino de México; pero al llegar a Huitzilac fueron todos asesinados. Luego, el día 4, fueron aprehendidos Gómez y algunos compañeros y se les pasó por las armas en Teocelo. Las ejecuciones se siguieron por todo el país a sangre fría. El embajador de los Estados Unidos, James R. Sheffield, se había mostrado compasivo con los católicos, sin serlo él, sino por ver cómo se les torturaba. Calles y Obregón instaron su retiro y los Estados Unidos apoyaron en todo. Fue removido y el 29 de octubre presentó sus credenciales Mr. Dwight Morrow, petrolero y agente de la Casa Bancaria Morgan.

Fueron días de horror en los campos de la política, y, como veremos, también en los de la persecución religiosa. Obregón y Calles se desahogaron sin el menor miramiento. Fanchón Roger, que estudió muy particularmente ese tiempo, para escribir una biografía del P. Pro, dejó escrito que la primera semana de octubre

[216] Cita de Ríus Facius, *México Cristero*, pág. 307.

costó la vida de "three hundred citizens", de 300 ciudadanos.[217] No había ya fuerza humana capaz de detener a los dos cabecillas, Obregón y Calles, en la carrera de los asesinatos. En medio de tan horrenda hecatombe, políticos y militares, antirreeleccionistas y cuantos en algo tenían sus vidas se dieron prisa a pasarse a las filas obregonistas, pues no quedaba ningún contrapeso. Y a Obregón, tras de su trágica muerte, la revolución le dedicó un monumento. ¿Por qué?...

Mucho más larga y tortuosa fue la maniobra en contra de los cristeros, con el fin de nulificarlos. Sigámosla paso a paso: su término y colofón como tenemos dicho será la muerte del P. Pro con muy estudiada publicidad mundial. Por de pronto bien está notar que también los serranistas, dándose cuenta cabal de la fuerza de los cristeros, procuraron que se les unieran. "Por vía de información", escribe el Vicepresidente de la Liga al Excmo. Sr. González y Valencia, a Roma, "debo decir a S. I. que algunos serranistas lograron dar conmigo y tuve con la debida venia de la Liga, una entrevista con su candidato. Le informé a éste en términos claros: I. – Que los católicos no queríamos ni pedíamos privilegios, sino sólo el derecho común, la libertad religiosa, de asociación y de enseñanza, a la americana. II. – Que queríamos ser nuestras propias garantías, es decir, que abominábamos de un régimen en que nuestras libertades estuviesen a merced y beneplácito del Presidente o de una nueva doña Carmen Romero Rubio. III. – Que si no lográbamos esto, podía seguir la fiesta. IV. – Que no nos habríamos de constituir (se entiende en caso de unirse con los serranistas), en guardianes de ricos egoístas. Yo terminé declarándole que para mí no pedía otra cosa que libertad, sin

[217] Fanchón Roger, *Father Pro Modern Apostle and Martyr*. Nueva York, 1945.

negocios pingües ni empleos. – Después él solicitó ya en concreto nuestra cooperación y le planteamos el trato en esta forma: AL CONTADO (i.e. sin meras promesas). GOBIERNO DE COALICIÓN en que estén representadas todas las fuerzas vivas y legítimas de la Nación... hasta los ricos egoístas. – Se le hizo muy pesado y ahí hemos quedado." [218]

El astuto Obregón echó por el otro camino que mucho había meditado: valerse de la Jerarquía misma para anular a los cristeros. Como ya dijimos, Obregón, a fines de febrero de 1926 había establecido su cuartel general, para preparar la campaña política, en la capital. Siguióse una serie de banquetes, agasajos y peroraciones. Pero muy en secreto Obregón tentó nuevos buscapiés y la comedia hubo de desarrollarse en tres episodios: uno en la capital de la República; otro en San Antonio, Texas; el tercero y final en la ciudad de Roma. Llevó en éstos el papel principal Obregón.

Por de pronto, para prevenir y amedrentar a sus enemigos políticos y militares, puso en Sonora, en pie de guerra a 15,000 hombres. Luego procedió a neutralizar en Chihuahua, al General Caraveo, amigo íntimo de Arnulfo Gómez, mediante un donativo en dinero. "Obregón midió el poder de sus enemigos políticos y se sintió capaz de vencerlos; y, sin hacer públicas sus intenciones, comenzó a mover influencias o intrigas para atraerse a cuantos Generales con mando o sin él, podían perjudicarle... Aun así, muchos de sus antiguos compañeros, al sentirse defraudados con su perfidia, se dieron a conspirar contra su evidente reelección"[219] El Vicepresidente la Liga, en cuanto se tuvo conocimiento, en

[218] Carta al Excmo. Sr. Valencia y González, Roma.

[219] Ríus Facius, *México Cristero*, pág. 307.

octubre de 1926, de que las Cámaras habían reformado los artículos 82 y 83 de la Constitución en favor de Obregón, escribió al Excmo. Sr. González y Valencia a Roma: "Obregón es un payaso trágico, cuya característica es engañar y mentir como cualquier individuo que no tenga vergüenza. Don Plutarco tiene la bella cualidad de tirar de frente, y de que su odio es de tal naturaleza, tan intensamente diabólico, que no da lugar a engaños. No así Obregón... Y, duro es de decirse, tememos que engañe a los señores Obispos, haciéndoles promesas que no ha de cumplir... y nos atrevemos a temer que pretenda engañar a la Santa Sede, como engañó a Mons. Filippi. Bien sabemos que el hombre se ha atrevido en cierta ocasión a escribir a Su Santidad llamándose su hijo... Pues bien: con todo el fervor de que somos capaces, con toda el alma pedimos que no se le dé crédito; y que si se llegase a pactar con él, sea a base de una operación al contado; es decir que no se le venda nada al crédito, nada, absolutamente nada. Si se quiere que termine la resistencia, si se quiere que reine la paz religiosa, que se deroguen sobre la marcha los artículos constitucionales sectarios, y que se den a la Iglesia todas las garantías de libertad que tiene derecho a exigir. Han roto con la fórmula de la no *reelección* (lo que a los católicos nos tiene sin cuidado); que deroguen del mismo modo, a todo escape, los articulas sectarios."[220]

La Liga tenía bastante bien organizado su contraespionaje que le era muy fiel; y pudo ir siguiendo paso a paso la comedia. Copiaremos el documento que nos refiere cómo se desarrolló el primer acto en la ciudad de México. "El 15 de marzo (1927), entre las 10 y las 11 de la mañana, los señores Arzobispo de Morelia y

[220] Carta del Vicepresidente de la Liga al Excmo. Sr. González Valencia, Roma. Copia en nuestro archivo particular.

Obispo de Aguascalientes Mons. Ruiz y Flores y Valdespino y Díaz espontáneamente y con el fin de mantener la benéfica acción del Comité Episcopal, una vez que Mons. De la Mora (Prosecretario del mismo, sucesor inmediato de Mons. Díaz, fue perseguido personalmente, viéndose obligado a esconderse, como él mismo lo dejará consignado en estas páginas, los señores Ruiz y Valdespino se presentaron en el palacio arzobispal a informar de lo ocurrido, al Sr. Arzobispo de México, y a cambiar impresiones con él.

"Pocos minutos después de haber sido anunciados los señores mencionados, se presentaron Mons. Mora y del Río, seguido de los señores Simón Ortega y el Ing. Olvera, a quienes el Sr. Arzobispo de México presentó a sus hermanos, como enviados del Sr. General Obregón, expresidente de la república, quien, al decir de los señores Ortega y Olvera, por medio del Lic. N. Mestre, pedía e insinuaba se arreglara una entrevista entre él y alguna representación del Episcopado, para tratar el candente asunto de la cuestión religiosa en México, ofreciendo su influencia el expresidente para conseguir un honroso avenimiento entre ambas partes. Ahí mismo se dijo que el General vería bien que fuera nombrado para el caso Mons. Ruiz, Arzobispo de Morelia, quien aceptó desde luego, pidiendo que le acompañara Mons. Valdespino, lo que fue concedido inmediatamente. Los señores Romero y Olvera re despidieron, después de mostrar su cristiano regocijo, por lo que calificaban de excelente oportunidad para llegar a un favorable arreglo y fueron a pedir la hora al Lic. Mestre, quien en audiencia previa debía recibir a los Monseñores Ruiz y Valdespino.

"No se hizo esperar mucho el anuncio de la hora, pues no habían transcurrido treinta minutos, cuando el Sr. Olvera se

presentó de nuevo, anunciando que a las cuatro de la tarde, en la casa del Lic. Romero, Av. Puebla, se verificaría la entrevista previa, solicitada mediante el Lic. Mestre, según lo afirmado por los señores Romero y Olvera, por el General Obregón. Los señores Ruiz y Valdespino estuvieron con exactitud inglesa a la hora indicada, siendo recibidos por los señores Romero y Olvera. Diez minutos después se presentó el Lic. Mestre. Este señor comenzó haciendo reminiscencias de la conferencia que él mismo solicitó, por insinuación del Sr. Calles, Presidente de la República, a raíz de la suspensión del culto público; entrevista bien conocida del mundo entero, y tratada en detalle en este libro,[221] por quien ha podido hacerlo con la más estricta veracidad. Mucho habló el Sr. Mestre culpando al reportero de *El Universal* por haber publicado lo que no debía, lo que, según el Lic. Mestre, dio al traste con el arreglo habido entre los señores Mitrados y el General Calles; arreglo que sólo ha existido en la imaginación de ciertos políticos, que como sistemáticos (sic) poco les da hacer de lo blanco negro. Basta y sobra para convencerse de lo que dio fin a la entrevista Ruiz-Díaz-Calles, subrayar, como subrayó el mismo Presidente, sus últimas palabras, que son estas textualmente grabadas aquí: "No queda otro recurso: o ustedes se sujetan a las leyes tal como están, o se defienden con las armas mediante una revolución". Estas palabras, como dijimos antes, son la prueba concluyente de que no hubo arreglo alguno. Por demás está decir que los Prelados, sin aceptar la revolución como rebelión, bien hicieron ver al Sr. Calles, cómo los católicos han estado en su perfecto derecho de defenderse.

"Abrimos y cerramos este paréntesis con el único fin de hacer saber a nuestros lectores el exordio de la entrevista, que, al entrar

[221] No hemos podido averiguar de qué libro se trata.

de lleno en ella nos dejó estupefactos a los circunstantes porque el Sr. Mestre, al escuchar de labios del Sr. Ruiz que los dos Prelados iban ahí a responder a la invitación que él —Mestre— les había hecho en nombre del General Obregón por mediación de los señores Romero y Oyera, negó rotundamente que el General Obregón le hubiese enviado, asegurando que él *motu propio*, aprovechando su acercamiento y amistad íntima con el General Obregón, y palpando los innumerables males y trastornos que venía acarreando cl estado de tirantez entre *ambos poderes* (palabras textuales),creía llegado el momento de obtener un arreglo, mediante la poderosa influencia del General Obregón con el presidente Calles, salvando el decoro de uno y otro de los poderes.

"Aunque el Lic. Mestre hizo supremos esfuerzos para desligar al General Obregón de aquella entrevista, no lo pudo conseguir; porque no una sino muchas veces hizo referencia a que habían hablado el día anterior el General Obregón y él de la cuestión religiosa, llegando el Sr. Lic. a asegurar bajo su palabra de honor y de la manera más firme que, si el Episcopado reanudaba los cultos inmediatamente, no habría ningún reclamo ni aplicación de alguna de las leyes que constituyen la persecución. Esta afirmación nadie podía atreverse a hacerla sin tener seguridad de promesa hecha por quien únicamente podía estorbar la aplicación de las llamadas leyes odiosas. La réplica de los señores Obispos fue breve y siempre concisa; reclamando estos tres puntos: a) nada podemos sin la anuencia clara y precisa de la Santa Sede; 6) no nos fijamos en persona alguna que nos dé libertades y nos haga justicia, sino en el derecho ineludible que tenemos a ambas cosas, por lo que deben ser eliminadas las leyes de opresión y de excepción contra la Iglesia; y c) no levantamos ni fomentamos rebelión alguna, pero

jamás nos opondremos al derecho de defensa que tienen los católicos, para repeler con la fuerza la fuerza que los oprime.

"El Lic. Mestre, soñando quizá que el Sr. Díaz desterrado actualmente, puede dar respuestas diferentes de las nuestras, o conseguir de la Santa Sede lo que el Comité desde aquí no puede conseguir, pidió la dirección de Mons. Díaz para hablar con él en la próxima semana, ya que él, el Lic. Mestre, va con negocios a los Estados Unidos. El Sr. Ruiz no tuvo inconveniente en dar la dirección que se le pedía; y ambos Prelados se abstuvieron de presentar las bases de un arreglo que llevaban escritas, bien pensadas y aprobadas por cinco de los Obispos residentes en México, una vez que comprendieron que allí se trataba sólo de tomar el pulso y tantear el terreno, por ver si el Episcopado se doblaba ante promesas basadas en palabras, tan fáciles en ser borradas en un instante dado, por vientos más o menos fuertes. Hora y tres cuartos duró la entrevista. Por lo que se verá después, constituye una fase del *bamboleo*, como el público comienza a calificar a las vacilaciones callistas. Los señores Ruiz Valdespino al día siguiente daban cuenta a Mons. De la Mora y del Río (sic) de lo acontecido en la famosa entrevista, no sin esperar una nueva experimentación de parte de los magnates del poder, bien minado ya por el gigantesco poder de los norteamericanos.

"Efectivamente, la realización del pronóstico de los señores Mitrados no se hizo esperar mucho, pues en la tarde de este mismo día recibieron Mons. Ruiz y Mons. Fulcheri, aunque a distinta hora y en sus respectivas residencias, la visita del sacerdote Macario Román, que asegura gozar de particular estimación del General Obregón por haberle hecho servicios cuando era tenazmente perseguido por sus enemigos, entre los mismos

revolucionarios. Cuenta este eclesiástico episodios que no eso del caso referir, puesto que no hacemos historia sino de lo que incumbe a nuestro propósito. Como quiera que sea, el referido sacerdote, por la analogía muy clara de sus pretensiones con las del Lic. Mestre, hubo de ser tomado en cuenta por los señores Arzobispos y Obispos, reunidos el 18 en el palacio arzobispal, en donde los Ilmos. Sres. Ruiz y Fulecheri contaron que el P. Macario Ramón había escuchado de labios de Obregón el deseo de ser intermediario para lograr un arreglo entre el Episcopado y el gobierno, con el fin de poner un *hasta aquí* al conflicto religioso, ya confesado a más no poder por los enemigos de la Iglesia. Para lo cual el mismo General Obregón proponía se le enviasen por escrito las concesiones que podría hacer la Santa Sede, para el arreglo indicado.

"Se consultó largo la opinión de los Prelados ahí presentes; y, aunque no faltó quien indicara lo imprudente y arriesgado que era tratar un asunto tan delicado por medio de un simple sacerdote, de antecedentes no muy propios para merecer la confianza, como se trataba de manifestar una vez más lo que el público bien conoce, supuesto que el Episcopado, al dirigirse a las Cámaras, hizo público lo que pide, no sin estar seguro de la aprobación de la Santa Sede, el Comité no hizo más que sintetizar las mismas peticiones, exponiendo con claridad lo que podría conceder la Santa Sede, sin darles carácter oficial a tales declaraciones, que llevó el referido sacerdote al General Obregón, como una simple narración del sentir del Comité. Los preliminares de arreglos y entrevistas, solicitados e insinuados por los magnates del poder civil, se han venido sucediendo durante dos semanas, pues hay que saber que un sacerdote N. Juárez, acompañado de un joven López, su discípulo, empleado éste de categoría en la CROM,

pretendió llevar a un arreglo al Episcopado con el gobierno, hablando con Mons. De la Mora, Obispo de San Luis Potosí y Secretario del Comité (pues el Sr. Díaz y Barreto había sido expulsado del país desde los comienzos de enero), quien desengañó al solicitante diciéndole que no se llegaría a arreglo alguno mientras estuvieran vigentes las leyes contrarias a la libertad de la Iglesia, tal como se tiene pedido por el Episcopado y el pueblo católico a las Cámaras. Esta intentona de arreglo no mereció alguna formalidad. También Mons. Echeverría, Obispo de Saltillo, hablando con el Coronel Delgado, Jefe de la Policía secreta de Gobernación, recibió de éste la indicación de buscar, por medio de personas influyentes, la intervención del General Obregón para el arreglo del conflicto religioso, asegurando que dicho General, mediante su influencia con el Presidente Calles podría arreglarle todo fácilmente. Como es fácil ver por estos antecedentes, claro está que por parte de los enemigos de la Iglesia, hay algo que los violenta a pretender un arreglo o cierta transacción que abra un paréntesis al estado de violencia en que se encuentran los dos poderes, siendo el de la Iglesia el mismo que fue ante Juliano el Apóstata y ante todos los poderes de la tierra que han pretendido en vano aniquilarla.

"Siguiendo nuestra narración, decimos que durante tres días el Comité no supo más que rumores propalados por el sacerdote intermediario; el que, ufano por el papel que le ha tocado desempeñar hizo saber lo que pasaba, siendo ya para el lunes 21 casi público lo que Obregón pretendía, y lo que el Episcopado, por urbanidad y decencia, había accedido a responder. El día 22, entre 11 y 12 del día, el sacerdote emisario del General Obregón se presentó en el Palacio Arzobispal, en donde se reunieron dos Arzobispos y tres Obispos para dictar acuerdos disciplinares a sus

diócesis, pretendiendo hablar de nuevo con Mons. Ruiz, Arzobispo de Morelia, a lo que accedió el Prelado, volviendo quince minutos después a dar cuenta a sus hermanos de la misión que llevaba allí al P. Macario Román. Este se presentó en nombre de Obregón a decir al Episcopado, que si se dirigía en ese mismo momento, mediante una comunicación a la Secretaría de Gobernación, avisando que se abrían los cultos, no habría oposición alguna y que todos los sacerdotes seguirían administrando, o que se presentara uno de los Obispos, que no fuera de los que habían hablado con Mestre, por ser éstos muy conocidos, para entrar en explicaciones, pretendiendo el decantado arreglo basado en promesas. El P. Román designó al Sr. Fulcheri para que lo acompañara, asegurando que sería bien recibido por el General Obregón; y el Comité respondió que, yendo el Sr. Fulcheri como visita particular, podía manifestar al General Obregón que el Episcopado nada podía sin la anuencia de la Santa Sede, y que pedía lo que había pedido con toda claridad y justicia, en su ocurso dirigido al Poder Legislativo, ocurso muy bien conocido por el mundo entero, puesto que el caso de México se había hecho mundial y todo el mundo estaba pendiente de su desenlace.

"Mns. Fulcheri accedió a presentarse del modo dicho ante el General Obregón, quien designó las siete y media de la mañana del día 23, para recibir al Prelado zamorense. Este estuvo exacto a la hora indicada y el General pronto a recibirlo, señalando un lugar de la terraza de Chapultepec para hablar con el Prelado, quien dice que el expresidente estuvo moderado y atento en su conversación, que versó sobre el tema ya conocido, insistiendo el General en que el Episcopado cediera en reanudar los cultos, porque, a su modo de ver, las leyes que lo impiden no están aprobadas por las Cámaras; lo que negó el Sr. Fulcheri, demostrando al General lo

contrario, citando las fechas de la aprobación de tales leyes. Como sobre el particular nada pudo ya el expresidente objetar, inventó convencer al Sr. Obispo de la necesidad en que estaba la Iglesia de ceder, puesto que con la suspensión de cultos, la Iglesia iba perdiendo su dominio sobre el pueblo, alarmado en los primeros días y hasta amenazador por la carencia de actos religiosos pero poco tiempo después ya bien acostumbrado a carecer de ellos. El General hizo hincapié en la pérdida que sufría la Iglesia, asegurando que ya no cuenta con el pueblo, y por tal motivo no puede hacer frente a un gobierno fuerte que sabe ser pródigo con el pueblo, porque tiene medios y recursos suficientes para serlo, mientras la Iglesia no cuenta con *dádivas que quebrantan perlas*. En estas últimas palabras puede compendiarse lo que bien puede traducirse en una diplomática amenaza contra la Iglesia. Como el General Obregón expresara que no había presentado al Presidente Calles las declaraciones sin firma del Episcopado, por parecerle inadmisibles, terminó diciendo que el amor propio del gobierno estaba herido, y que no podía ceder sin desprestigio; y conforme con los falsos antecedentes que ya conoce el público, recriminó al Sr. Arzobispo de México, diciendo que este señor había provocado el conflicto. — La visita del Sr. Fulcheri, solicitada por el Gral. Obregón, quedó reducida a la tercera exploración que el gobierno hace, encubierta en tenues velos, que muy bien dejan transparentar que hay moros en la costa. No es difícil que se tome el camino que indicó *Excélsior* en uno de estos días: buscar personas de cierta representación política y en el comercio, para pedir al Episcopado que ceda en las insinuaciones del gobierno y reanude el culto. Veremos y diremos." [222]

[222] El documento evidentemente es de un testigo presencial y muy bien informado. Parece que escribía largamente acerca de la cuestión religiosa.

En nuestro archivo particular no poseemos sino la parte transcrita en copia. Jean Mever, *La Cristiada*. vol. 2, págs. 304 y sgts., cita también este documento: y en su nota No. 3 dice que se trata de un manuscrito de nueve hojas, refrendado por el R. P. Pío Ramírez, O, P., sacado del Archivo Vita-México, cuyo titulo es: *Algo muy importante que debe saberse*.

Capítulo XVII

LA NEGATIVA DEL VATICANO

Los intentos de arreglo que iba siguiendo Obregón se vieron entorpecidos por tres sucesos significativos. El primero fue la captura y asesinato del gran jefe de occidente el Lic. Anacleto González Flores, conocido generalmente con el simple nombre de *El Maestro*. El suceso produjo por una parte una momentánea desorientación en las filas cristeras, que Obregón pudo interpretar como una final debilitación del movimiento armado, Pero muy pronto los ánimos se duplicaron entre los defensores de la libertad. Otro suceso fue el asalto al tren de Guadalajara a México, llevado a cabo por los cristeros para apoderarse de pertrechos militares y de 70,000 pesos que remitía la sucursal del Banco de México o Banco Unico, a su central. El gobierno revistió de los más negros colores al caso y le dio una publicidad excesiva y acusó a todo el Episcopado en masa como responsable. Bajo semejante pretexto expulsó del país a seis prelados que pudo haber a las manos; entre éstos a Mons. Mora y del Río, a Mons. Ruiz y Flores y a Mons. Gerardo Anaya. Finalmente el gobierno, tomando como pretexto que repartían propaganda sediciosa, es decir religiosa, envió a la penal de las Islas Marías a sufrir horribles trabajos y malos tratos a un grupo selecto de católicos. El asesinato de González Flores se llevó a cabo el 1 de abril; el asalto al tren, el 19 del mismo mes; y el deportamiento de los católicos a las Islas Marías, el 25 de mayo, al

tiempo en que comenzaban a circular los famosos bonos de la Liga para colectar fondos.

El Excmo. Sr. Díaz y Barreto, como ya hicimos notar, había sido expulsado en enero. Con esto, el Comité Episcopal fue a radicarse en San Antonio, Texas. Quedó en la capital un Sub-comité, cuyo presidente era el Excmo. Sr. Miguel M. de la Mora. Durante los meses de marzo, abril y mayo, según parece la táctica de Calles fue la de apretar lo más posible en la persecución, como un medio de amedrentar al Episcopado y lograr más fácilmente que cediera en las pretensiones de Obregón. Una vez declarado oficialmente candidato Obregón; y fracasados los primeros experimentos y tanteos de arreglo con los Obispos en el país; estimó Obregón ser necesario echar por otro camino y no apretar en la persecución, pues esto aguijaba más a los católicos a la resistencia. Hubo por esto un período de cierta lasitud en la persecución. En la recrudescencia anterior habían aparecido de nuevo las órdenes de aprehensión contra el P. Pro, hasta llegar a ponerse a precio su cabeza.[223] Varias veces catearon la casa de los Pro. El Vicepresidente de la Liga, con fecha 28 de marzo escribía al Excmo. Sr. González Valencia, a Roma: "Por lo que se refiere al payaso trágico Obregón, resultó lo que tenía que resultar: una coz bien dada... Está corriendo sangre a torrentes generosa, y los que la derraman no pueden ser considerados como carne de cañón, y el intermediario elegido, un excomulgado, P. Macario Román, de malos antecedentes, no podía prestar ningunas garantías."[224]

Más aún. Las tentativas de Obregón para los arreglos, se traslucieron y éste se apresuró, a 25 del mes de marzo, a negar

[223] *Vida Intima*, págs. 278-279 y carta al P. Socio a 25 de mayo de 1927.

[224] Carta del Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia, 27 de marzo, 1927.

todo. Corrieron noticias de que el Excmo. Sr. Delegado Apostólico en Washington, Mons. Pietro Fumasoni Biondi, actuaba como intermediario entre el Emmo. Cardenal Gasparri. Secretario de Estado de la Santa Sede, y el Sr. Arzobispo de México, Mora y del Río; mientras que el General Calles había delegado a Obregón para que lo representara ante las autoridades eclesiásticas dichas. Obregón contestó a tales rumores: "Ignoro la fuente de donde haya partido esa noticia que carece de fundamento..." ¡Cosas de la política! Poco después lo negaba también la Secretaría de Gobernación.[225] Lo que no podía negar ni Obregón ni Calles era el continuo fortalecimiento de los escuadrones de cristeros.

Como Obregón anhelara continuar el forcejeo para lograr que los Obispos regresaran al país y se reanudaran los cultos sin tocar la legislación, hubo una pausa o mejor un tanteo de aflojar en la persecución, como decíamos. Esa mediana calma la notaron bien los católicos; el P. Pro escribía a 15 de mayo: "Por aquí la cosa va muy mal. No se ve que el horizonte se despeje y de no ser una intervención directa de Dios nuestro Señor, los medios humanos no remediarán la situación."[226] En cambio él mismo escribía a 25 de julio: "En esta relativa paz que tenemos, hacemos nuestro agosto en lo que se refiere a ministerios."[227] El Vicepresidente de la Liga escribía: "Los ligueros que se encontraban detenidos sufriendo desde hacía un mes pruebas muy duras en las prisiones dependientes de la Inspección de Policía" fueron puestos en libertad. Repentinamente se supo que los jóvenes católicos deportados a las Islas Marías regresaban al país por orden gubernamental. "Ha cesado por algunos días la inquietud que

[225] Taracena, al día 25 de marzo de 1927.

[226] Carta al P. Provincial.

[227] Carta al P. Fernando O. Ambía.

ocasionaban los continuos careos y brutales detenciones, que eran casi siempre seguidas de tormentos a que se sujetaban los que caían en garras de los sicarios".[228] Añade: "A la necesidad de impedir que la cuestión religiosa se complique con la cuestión electoral presidencial deben atribuirse (además), las gestiones oficiosas y oficiales que cierto tipo, que dragonea de católico y anda a caza de una Secretaría obregonista, ha estado haciendo con sumo empeño".

Volvió, pues, sus ojos Obregón hacia San Antonio Texas, en donde se habían refugiado los Prelados en destierro, excepto el Excmo. Sr. Díaz y Barreto que andaba por Washington. Del Sub-comité residente en la capital nada podía esperar, pues el integérrimo Sr. De la Mora sostenía el punto de vista de que no se cediera sin la revocación de las leyes. Por otra parte, Obregón prefería ir a la cabeza y mediante el Comité dar el golpe a los demás Obispos. Se informó de la situación de los Obispos residentes en los Estados Unidos, y puso los ojos en los Prelados Ruiz y Flores y Pascual Díaz y Barreto, que ya se distinguían por sus ideas pacifistas. Mons. Díaz al salir desterrado por el lado de Guatemala había hecho, a 1 de enero de 1927, unas declaraciones que parecían condenar el movimiento cristero. Repitió lo mismo una vez que llegó a Estados Unidos, tanto que Mons. González y Valencia hubo de escribirle desde Roma amistosamente extrañado, pues tales declaraciones eran del todo opuestas a la determinación tomada en el Comité General Episcopal cuando la Liga lo consultó y pidió su apoyo, por octubre de 1926.

[228] Carta del Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia, 31 de julio, 1927.

En los Estados Unidos se había refugiado gran cantidad de mexicanos en peligro, y se había producido una verdadera anarquía, porque quería cada cual resolver el problema mexicano a su modo y según sus personales apreciaciones. El Sr. Díaz se puso inmediatamente en actividad y se comunicó con el Ilmo. Sr. Fumasoni Biondi, nombrado Delegado Apostólico para México. Luego se puso también en contacto con la National Catholic Welfare Conference, y con los PP. Directores de la prestigiada Revista *America*, y finalmente con varios personajes que de alguna manera andaban mezclados en el asunte do la pacificación de México. De esta manera, cuando en julio de 1927, Obregón decidió reanudar su política de avenimientos, fue al Excmo. Sr. Díaz y Barreta a quien envió sus delegados; y lo mismo hicieron Serrano y Gómez. Obregón estaba al tanto de que no sólo los Mons. Ruiz y Flores y Díaz Barreto, sino también el Delegado Fumasoni y Biondi optaban por arreglos pacíficos influenciados por el P. Burke y el P. Parsons de la N.C.W.C. y por una transacción que prescindiera del espinoso asunto de reformar la legislación, cosa que, decía, podría luego irse logrando poco a poco. Desconocían lo que era el Gobierno mexicano.

Bajo tales auspicios se presentaron en San Antonio, Texas, el Lic. don Eduardo Mestre, como representante de Calles, y don Antonio Beroni, Gran Caballero de Colón, que representaba al Lic. Aarón Sáenz, Ministro de Relaciones de Calles. ☐Nos presentaron, dice un documento, al Ilmo. Sr. Díaz, al Ilmo. Sr. Valdespino y a mí (firma el Excmo. Sr. Jenaro Méndel Río), un memorándum encaminado a resolver la cuestión religiosa. Este lo corregimos y quedó en los siguientes términos, para presentarlo a la Santa Sede, pues habíamos dicho que la reanudación del culto

público dependía del Sumo Pontífice que había aprobado y ordenado la suspensión. Es como sigue:

—Los miembros del Episcopado podrán volver a México si los cultos se reanudan en los templos en un plazo no mayor de quince días contados desde su llegada a la capital.

II.—Para la reanudación, los miembros del Clero harán ante la autoridad respectiva el registro de ley. Tal registro tiene por único fin la estadística del país, pero no significa sujeción de la Iglesia al Poder civil; así lo ha declarado en términos expresos el Presidente de la República. III—El Episcopado podrá libremente hacer los cambios de los sacerdotes de un templo a otro dando el aviso de ley. IV.—El Episcopado por la prensa declarará que: como algunos periódicos y personas, tomando su nombre, lo han mezclado en la campaña política, manifiesta que de acuerdo con su misión permanece por completo alejado de toda cuestión en dicha campaña, de acuerdo con sus ideas. V.—El Gobierno con motivo del regreso de los Prelados, sin dar mucha importancia al asunto, declarará únicamente: Convencido el Gobierno de lo respetuoso que es el Episcopado para las autoridades legítimamente constituidas, les da todas las facilidades y garantías para dedicarse a su misión. VI.—Los miembros del Episcopado tendrán facultades para cruzar la frontera y todas las garantías legales."[229]

La prensa se apresuró a dar publicidad, asegurando una y otra vez que de un momento a otro los Prelados regresarían y se abriría el culto. Así por ejemplo *Excélsior* a 7 de agosto. Tales noticias siempre causaban gran sobresalto en las filas cristeras, pues se temía mucho que los Obispos pacifistas aceptaran sujetarse a las leyes. La noticia de que el General Gorostieta

[229] Documento ya citado. Copia en nuestro archivo particular.

entraba en las filas cristeras obligó a Obregón, que lo conocía bien, a insistir fuertemente en anular a los cristeros mediante el arreglo que desde los principios había ideado, o sea a base de la vuelta de los Prelados y apertura del culto, sin modificar las leyes; lo cual era un lazo malévolo para luego usar de la ley como le pareciera, una vez libre de los cristeros. El machote que Mestre y Beroni presentaron a 1.º de agosto a los Prelados dichos y que los Prelados corrigieron, lo deja ver con bastante claridad. En cuanto tuvo conocimiento de él el Excmo. Sr. Miguel de la Mora, presidente del Sub-comité Episcopal oculto en México, escribió al Sr. Díaz que en absoluto se guardaran de la añagaza del astuto Obregón, alegando que en realidad ante las tropelías del Gobierno los católicos no tenían ya más defensa que la fuerza del Ejército Cristero: (Copia de su carta en nuestro archivo particular). También tuvo conocimiento, con el mismo resultado, la Comisión informadora de Roma. A ésta escribía a 3 de septiembre el Excmo. Sr. Mora y del Río desde San Antonio, Texas. Porque los Sres. Mestre y Beroni se presentaron a él primero separados y luego juntos requiriendo el arreglo. Este les pidió algunas bases. Le fueron presentadas las mismas que al Sr. Díaz y al Sr. Valdespino, obispo de Aguascalientes. Tras de la revisión y corrección hecha por los Prelados, quisieron éstos que Mestre las firmara; pero Mestre se negó. Parece que tenía instrucciones de no estampar su firma, dice el Excmo. Sr. Mora y del Río. Mestre tuvo luego una entrevista con Obregón en Matamoros (México); y enseguida fue llamado a Washington por el Ilmo. Sr. Díaz .[230]

Había, pues, terminado el segundo acto de la comedia que iba representando Obregón, en San Antonio, Texas, gracias a la

[230] Informe del Ilmo. Sr. Mora y del Río a la Comisión de Obispos residentes en Roma, a 3 de septiembre de 1927.

firmeza del Presidente del Comité Episcopal, el Ilmo. Sr. Mora y del Río. No pudo Obregón engañar al enérgico anciano. Por de pronto el golpe se había evitado. Pero Obregón, apretado por las circunstancias va a intentar el tercer acto. — Lástima que con la documentación que poseemos no podemos reconstruirlo en pormenor, cosa que nos interesaría sumamente. Del aprieto en que se hallaba el Gobierno pueden dar una idea entre otros documentos aparte de los que ya citamos el que ponemos enseguida.

Hacia mediados de septiembre se tuvo una junta secreta de los de la CROM y los Laboristas en Chapultepec a la que asistió Obregón. Ahí "Calles le dijo que el Gobierno estaba en dificilísima situación por la cuestión electoral presidencial y por la fuerza que tienen los católicos, que la tienen más grande de lo que se pudiera suponer; que era indispensable que los Laboristas y la CROM se unieran decididamente al Gobierno, porque si éste caía, caerían ellos". "Es de advertir, continúa el documento, que entre los Laboristas ha habido tendencias antireeleccionistas muy marcadas. Los citados por Calles declaráronse unidos al Gobierno hasta la muerte; pero hubo dos de ellos que advirtieron que el Laborismo y la CROM están debilitados, porque se han pasado muchos al antirreeleccionismo, y otros sienten simpatías por los católicos. Plutarco propuso armar a la CROM y a los Laboristas para hacer una San Bartolomé con los fanáticos."[231]

Puede suponerse el ansia con que Obregón intentó un acercamiento directo a la Santa Sede, en Roma. Atentamente seguía los sucesos el Cónsul general de México en los Estados Unidos,

[231] Memorandum del Vicepresidente de la Liga al Lic. Luis G. Bustos, 17 de septiembre, 1927.

Arturo Elías Calles; y alarmado por las visitas de los Sres. Mestre y Beroni a los Prelados de San Antonio, Texas, y sin saber a punto fijo cómo iban las negociaciones, informó al Secretario de Relaciones Exteriores de México, mediante un telegrama urgente del 23 de agosto. Le decía que tales señores eran enviados del General Obregón a conferenciar con los Obispos, pero él temía que detrás hubiera algo más. "Parece, le dice, que se pretende que el Partido Clerical preste su apoyo al propio General Obregón, a cambio de estas seguridades". Es decir que el Cónsul General temía una doblez de Obregón y que éste, a cambio del apoyo de los católicos, fuera a traicionar a la revolución persecutoria. Abarcando en conjunto los urgentes manejos de Obregón, la conclusión final es que la victoria moral, en el fondo, era de los cristeros. Así lo escribió el Lic. Mariano Ramírez a 25 de agosto: "La causa católica, en mi concepto y en el de algunas personas de firme y sano criterio, está ganada moralmente. Así lo revela el afán de Calles intentando por mediación de Mestre... arreglos para que cese la situación actual; así se desprende de las negociaciones que intentó Obregón con los señores Obispos mexicanos en los Estados Unidos por conducto de Sáenz: y así lo demuestran Serrano y Gómez, pretendiendo arreglos no sólo con los señores obispos, sino también con la Liga. El arreglo del problema religioso preocupa a los candidatos a la presidencia, tanto o más que el problema electoral; porque éste es una farsa y aquél algo muy real".[232]

Para comunicarse con el Papa, Obregón se valió del senador Ortega y de otro cuyo nombre no hemos podido averiguar. Estos pidieron auxilio a Pani, residente en París. Pani aceptó. Se

[232] Carta del Lic. Mariano Ramírez del 25 de agosto, 1927 al Ilmo. Sr. González y Valencia.

presentaron con carácter no oficial sino oficioso. El Papa Pío XI se negó a recibirlos con semejante carácter. Aparte de que conocía muy bien los dolos de Obregón que ya anteriormente, v.gr. en el caso del Delegado Mons. Filippi, tenía experimentados. Brevísimo fue pues el acto tercero de la comedia. Obregón vio que sus intenciones aviesas no engañaban al Vaticano y desistió finalmente de sus enjuagues. Y con la franqueza brutal que lo caracterizaba, escribió a uno de sus partidarios, desde Uruapan, en donde andaba en gira de propaganda, diciéndole que ese asunto de los arreglos era únicamente "para mejor fregar" a los reaccionarios.[233] Llegó así el mes de octubre de 1927. Quedaban Obregón y su compañero de astucias Calles, derrotados por Roma, aunque Obregón aún esperaba que los manejos de Mestre y las actividades ante la Santa Sede del Ilmo. Sr. Díaz y Barreto dieran algún resultado. Creemos pues que queda demostrado que los cristeros sí pusieron en grave aprieto al Gobierno.

Ni Calles ni Obregón sabían perdonar. Tenían que vengarse y la venganza debía herir precisamente al Romano Pontífice, pues era la causa de todos sus fracasos. Los Prelados una y otra vez les habían repetido que nada podían hacer sin la anuencia de la Santa Sede. Pero ¿cómo poder vengarse del Papa? Una venganza directa sobre su persona, como más tarde la pidieron los obregonistas cuando la muerte de Obregón, no era factible. Descargar el golpe a lo menos contra los Prelados no se podía, porque no estaban a la mano. Unos vivían en el exilio. Otros se hallaban bien ocultos en la República. Algunos se habían incluso mostrado favorables a acceder a los deseos de Calles y Obregón. Los jefes de la Liga eran a su vez invulnerables, porque sus

[233] Cita de Taracena, *o. c*.

directores vivían ocultos y no se les podía localizar, pues contaban, como ya lo hemos insinuado, con una bastante bien organizada policía de seguridad o "servicio de inteligencia" que les era fidelísimo, ya que no ejercían su oficio por dinero, sino a conciencia. Menos aún podían Calles y Obregón descargar su cólera sobre los cristeros armados. El Boletín de Guerra correspondiente a la situación de agosto de 1927 registra 79 combates; el de octubre, correspondiente al mes de septiembre, 92; el de noviembre, correspondiente a octubre, más de 100. Los triunfos de los federales, debidos casi siempre a la falta de parque en las filas de los cristeros, no sólo no satisfacían las ansias de venganza de los dos grandes jefes, sino que demostraban que las que comenzaron como pobres guerrillas eran ya grupos temibles.

Quedaba, por de pronto, un amplio campo de venganza que era la gente pacífica y los proveedores de los dineros en las ciudades y aldeas. Por tal motivo, la relativa paz y calma de los meses de julio, agosto y parte de septiembre se terminó; y recomenzaron los atracos, los robos, las aprehensiones, los encarcelamientos, las multas, los asesinatos. Fue tan cruel el procedimiento que ya nadie llevaba cuenta de tales cosas, como lo decía el P. Pro en una carta. Las familias se habían acostumbrado a hacer el acto de contrición al salir a la calle, pues nadie tenía segura la vida ni sabía si podría regresar a su hogar. En semejante orgía, era cosa de ver el fervor de las varias clases sociales, excepto, como ya dijimos, la capitalista (aunque con honrosas excepciones), tanto en la oración como en los sacrificios. "El pueblo católico, dice Bravo Ugarte, resiste a la persecución con todos los medios legítimos a su alcance" (*o. c.*, pág. 413). "Entre los seglares —hombres y mujeres—, todas las clases sociales se emularon en sufrir persecución de la policía al culto privado, yendo a las

cárceles o a la colonia penal de las Islas Marías. En la capital eran tristemente celebres los sótanos de la Inspección de Policía, sometidos a Roberto Cruz y Jesús Palomera López". Y añade: "...la guerra cristera, sacudió la apatía de los católicos mexicanos, fue para ellos una provechosa experiencia y tuvo un modesto fruto inmediato: el *modus vivendi*".

Ciertamente al Gobierno no le interesaban sino los cristeros que eran los que le creaban un serio problema. Por esto, los más expuestos a las iras gubernamentales fueron los muchachos de la A.C.J.M. y las Brigadas de Santa Juana de Arco, proveedoras de parque y diversos elementos para la Guardia Nacional. Pero todos afrontaban la muerte como si estuvieran jugando. Dice un testigo de vista: "La policía llevaba a la Jefatura grandes remesas de jóvenes sorprendidas en campaña. Ellas, arrebatadas de fervor religioso, rezaban y cantaban ante las autoridades, en medio de sus guardianes, en los sótanos de la Comandancia de Policía y hasta en las cárceles públicas. No acertaba uno a saber si aquellas muchachas jugaban y se burlaban de sus perseguidores, o estaban exaltadas por una ráfaga sobrenatural que las sacaba de los términos de la prudencia humana y las movía en un ambiente más elevado. El hecho es que sus perseguidores se encontraban desarmados y confusos ante aquellas jóvenes para quienes todo parecía cosa de juego" (Valace, *o. c*. pág 203)

Los jóvenes no se quedaban a la zaga. Los grupos de la A.C.J.M. estaban en primera fila en el sacrificio y por lo mismo estaban más expuestos a las iras gubernamentales. La persecución misma los había adiestrado en la lucha; y poco a poco el General Gorostieta los iba formando para llegar a ser un magnífico ejército patrio: "Acabamos de recibir noticias de Jalisco",

escribía el Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia. "Está aquello admirablemente organizado. Se hacen esfuerzos heroicos para proporcionar parque a los defensores; y se está logrando, aunque en medio de grandes peligros y sacrificios. Hay zonas enormes del territorio del Estado que están en poder de los defensores y ahí se están adiestrando en toda forma para formar verdaderos soldados."[234]

Ya indicamos en el capítulo XIII la estima en que se tenía a la A.C.J.M., en un juicio dado acerca de ella por un extranjero que ni siquiera sabía quién la había fundado. Pensaba ese autor en 1928 que "con semejantes jóvenes el porvenir de México católico estaba asegurado" y los llamaba: "La mejor garantía de un próximo porvenir brillante para el catolicismo mexicano" y añadía: "desempeñan el papel más brillante en la lucha desigual sostenida por los católicos." [235] Todo esto lo sabían perfectamente Obregón y Calles; y sabían que el fundador era el jesuita Bernardo Bergoend; y que una legión de jesuitas los iban llevando adelante alentándolos y sosteniéndolos en el combate por Cristo. Y sabían muy bien que ese espíritu jesuita, ese *jesuitismo*, había invadido a la mayor parte de las agrupaciones que formaban la Liga asesorada por otros dos jesuitas, el P. Méndez Medina y el P. Martínez del Campo. Tenían, por lo tanto, que sentir especial inquina contra ese jesuitismo y sus promotores.

Para darse mejor cuenta aún de lo que representaba en la lucha de defensa la A.C.J.M. hay que ver el juicio que de ella se había formado el General en Jefe de la Guardia Nacional, Gorostieta. En octubre de 1927, precisamente cuando Calles y

---

[234] Carta del Vicepresidente de la Liga al Sr. González y Valencia.

[235] Valace, *o. c*., págs. 12 a la 24.

Obregón sentían el fracaso de su dolosa intentona de arreglos, escribía aquel hombre superior, a la Liga: "Los jóvenes de la A.C.J.M. son un elemento superior para formar oficiales"; y luego añadía que no quería "contar para formar su oficialidad más que con jóvenes pertenecientes a esa Asociación". Y daba la razón: "porque ellos saben combatir y saben morir de tal manera que se pueden poner como ejemplo a los militares más completos. Teniendo en cuenta la preparación que se tiene en la A.C.J.M. será posible constituir un nuevo ejército nutrido de nobles ideales, y por tanto un ejército nacional que sepa lo que es honor". En vista de tales declaraciones de Gorostieta, de parte de la Liga se escribió al Ilmo. Sr. González y Valencia, a Roma, que "sería convenientísimo que se obtuviese de Su Santidad la recomendación de que el P. General de la Compañía de Jesús considerase a la A.C.J.M. como su obra en México, de tal manera que consagrase los mejores elementos con que cuenta a formar y consolidar el Centro de la Asociación en todo el país."[236] Por su parte, Frank León Gelskey y Beier, en su tesis sobre los cristeros, afirma: "Una de las agrupaciones que más defendió sus ideales fue la Asociación Católica de la Juventud Mexicana. La A.C.J.M. envió a centenares de jóvenes a la batalla, primero pacífica, después sangrienta."[237]

Con tales antecedentes, repetimos, es indudable que uno de los mayores anhelos de los grandes jefes de la persecución religiosa, esa descargar su venganza sobre esos elementos de jesuitismo, como la cosa que más habría de doler al Papa. Ellos, los revolucionarios, como ya lo advertimos, desde 1914 habían declarado su odio antijesuítico; y uno de ellos, el General Coss había dicho al P. Gonzalo Carrasco, S. J. en Tepotzotlán: "Ud.

[236] Carta del Vicepresidente de la Liga, 28 de octubre de 1927.

[237] Tesis para el grado de Maestro, México, D. F., 1957.

pertenece a la Compañía de Jesús que nosotros odiamos y perseguimos."[238]

Dos cosas se sumaron a las iras de Calles y Obregón. A principios de octubre de 1927, precisamente cuando Obregón se manejaba en Roma a través de Ortega y Pani, y como una especie de respuesta del Vaticano a sus dolosas proposiciones, el Emmo. Cardenal Secretario de Estado, Gasparri, "a nombre de Su Santidad invitó de modo especial a la prensa norteamericana a dar a conocer la situación mexicana y el furor de la persecución", con el objeto de romper la conjuración del silencio impuesta internacionalmente por las fuerzas secretas. Y por su parte, el día 7 del mismo mes, el Ilmo. Sr. González y Valencia, tras de múltiples entradas en el Vaticano, lanzó desde Roma su segunda Carta Pastoral, avisando a los fieles que de ninguna manera se habían aceptado las farsas de arreglos, y que estuvieran sin cuidado en ese respecto.[239]

Así burlados y puestos de manifiesto los dos grandes jefes de la revolución persecutoria, Calles esperaba ansioso la oportunidad de dar el golpe y vengarse. Pero Obregón confiaba aún en que los pasos que iba dando el Ilmo. Sr. Díaz y Barreto tuvieran en Roma un resultado feliz para sus planes. Se añadió que a raíz de las horrorosas hecatombes por él ejecutadas en Huitzilac, Teocelo y otras partes, en ese mes de octubre, el Ilmo. Sr. Ruiz y Flores hizo en los Estados Unidos unas declaraciones que llamaron la atención. Las publicó la prensa de Nueva York. En ellas asentaba en forma un tanto velada que Obregón había justamente castigado a Serrano, aunque se dolía de la forma en que lo había hecho; y

[238] Xavier Gómez Robledo, *Gonzalo Carrasco, el Pintor apóstol*, pág. 192.

[239] Esta carta se dio a conocer ampliamente en la prensa. Copia en el archivo del Autor.

añadía otras cosas que podían satisfacer a los dos jefes de la revolución y preparar sus ánimos a la benevolencia en el asunto religioso.[240] En cuanto al Sr. Díaz, era ya manifiesto por la prensa que estaba de acuerdo con las líneas de los PP. Wilfrido Parsons, director de la Revista *America*; John J. Burke, Secretario General de la N.C.W.C., el Ilmo. Sr. Pietro Fumasoni Biondi, Delegado Apostólico para México; y que trabajaba en lograr una solución tal como la deseaban los jefes revolucionarios, o sea apertura de culto sin derogación de las leyes. Incluso hacia fines de octubre, tomó el barco y fue a Roma a urgir el mismo plan, de acuerdo, sin duda, con el Ilmo. Sr. Ruiz y Flores. No llevaba comisión especial del Comité Episcopal, sino que según parece, iba obrando independientemente de éste; al grado de que Mons. Mora y del Río hubo de quejarse de semejantes procederes.[241] Esto hizo que los planes de venganza se pospusieran hasta ver los resultados.

En semejante situación, fue haciéndose cada vez más pública la determinación de Calles de tomar venganza del Papa. Ya a 17 de septiembre la Liga había captado los rumores de esa determinación y los comunicaba al Sr. D. Luis G. Bustos, a los Estados Unid., y le decía: "Nos llegan noticias de que dos senadores callistas-obregonistas, se presentaron en Roma; que mandaron pedir el auxilio de Pani; que éste estuvo con ellos; y que el Gobierno se vengará del Papa en México. ¡Sea por Dios!"[242] La misma idea se repite en carta del Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia, del 22 de septiembre bajo el significativo

---

[240] Carta del Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia, 28 de octubre de 1927. Copia del trozo en referencia de la Prensa en nuestro archivo privado.

[241] Memorándum de la Liga al Sr. Luis G. Bustos, a 12 de agosto de 1927.

[242] Memorándum de la misma al mismo, a 8 de octubre de 1927.

epígrafe de LO QUE SABEMOS así con mayúsculas: "Que se presentaron en Roma Pani y el Senador Ortega a pretender negociar; y que se les cerraron las puertas, porque no se presentaron con carácter oficial, sino oficioso. Que don Plutarco ha declarado que se vengará en México por este desaire". Al conocer semejante determinación, para implorar el auxilio divino en la tempestad que amenazaba arreciar más aún, el Ilmo. Sr. don Miguel M. de la Mora, Presidente del Sub-comité Episcopal, residente en México, ordenó a todos los fieles que la preparación para la fiesta de Cristo Rey, el próximo día 28 de octubre, fuera una cruzada de penitencia para obtener del Señor el remedio de tantos males y el perdón de los pecados.

Precisamente para esos días se esperaban los resultados de las gestiones de Mons. Díaz y Barreto en Roma; y bien pudieron todos leer entre líneas, dada la firmeza del Sr. De la Mora en lo tocante a la defensa, que uno de los males que se temían era que se llevasen a cabo los arreglos proyectados por Obregón y Calles. Muchas personas hicieron en esos días "duras penitencias".[243] El 28 precisamente publicaba la prensa el repetido *no podemos* de Pío XI. Entre tanto, continuaron los rumores de que los jefes de la revolución preparaban su venganza. A 7 de noviembre, o sea 10 días antes de la aprehensión del P. Pro nuevamente los captaba la Liga mediante su *servicio de inteligencia*; y además andaban en boca de todos. Así lo dejará ver el P. Méndez Medina en el breve informe del martirio del P. Pro que en las Noticias de la Provincia enviara a los Padres y Hermanos deseosos de conocer la verdad de los hechos, a raíz del martirio.

---

[243] Carta del Vicepresidente de la Liga al Ilmo. Sr. González y Valencia, 28 de octubre, de 1927.

Capítulo XVIII

¿UN MÁRTIR MÁS DEL ODIO A LA SANTA SEDE?

Nos hemos alargado en las consideraciones históricas que preceden porque nos parecieron necesarias, no precisamente para demostrar el martirio del P. Pro, cosa ya hecha por el Vice-postulador de la causa, R. P. Rafael Martínez del Campo, S. J., en el Apéndice a la *Vida Intima*, del P. Dragón; sino para esclarecer el modo como fue martirizado y el porqué de la inusitada solemnidad y mundial publicidad. Continuamos ahora con la sencilla narración de lo referente a su persona en los breves días que le quedaban de vida. Y forma una notable coincidencia, que precisamente en los días en que Calles tomaba la terrible determinación de vengarse del Papa en México, el P. Miguel hacía su oblación en la misa celebrada, como ya referimos, en la calle de Zaragoza, juntamente con la Madre Concepción Acevedo y de la Llata. Pasaron los días, pasó el mes de octubre y llegó el de noviembre. Ahora la providencia misma de Padre Dios va a poner a su "niño mimado" en manos de los perseguidores, que encontrarán en él la víctima que anhelan y en las circunstancias más propicias para dar el golpe que más pueda doler al Romano Pontífice: el intento frustrado de acabar con Obregón, llevado a cabo por el Ing. Luis Segura Vilchis. Los hechos son muy conocidos por la prensa de entonces, lo mismo que la inocencia del P. Pro en semejante acontecimiento. Y para no estorbar la narración del martirio, dejaremos para un

Apéndice el resumen de la actuación de Segura Vilchis y sus acompañantes.

Mientras duró la relativa paz y calma de julio-agosto y parte de septiembre, se entregó el P. Miguel tan absolutamente a sus ministerios que ni siquiera se daba lugar para escribir a sus amigos, fuera de alguna breve tarjetita. Fue entonces cuando escribió: "Si el día tuviera 48 horas aún me faltada tiempo"[244] Pero aunque engolfado en sus ministerios, no perdía de vista la actividad do los católicos en la defensa de sus derechos. Nunca dudó del derecho que les asistía para acudir incluso a las armas contra el injusto agresor. Ya en octubre de 1926 escribía: "La revolución es un hecho (i.e. la defensa armada). Las represalias van a ser terribles, sobre todo en México (i.e. en la capital). Los primeros serán los que han metido las manos en la cuestión religiosa, y yo... he metido hasta el codo."[245] En noviembre se le encuentra lleno de entusiasmo: "¡Y el triunfo no tardará! ¡El grandioso poder de nuestros enemigos que cuentan con dinero, armas y mentiras, va muy pronto a caer como la estatua que vio Daniel derrumbarse con la piedrecita que cayó del cielo!" (*Vida Intima*)

Semejante entusiasmo lo transmitía a cuantos con él hablaban de la defensa de la Religión, de manera que salían resueltos a continuar la empresa hasta el fin. Así alentados solían decir: "Hemos tomado la empresa muy sin prisas. Estamos persuadidos de que vamos poniendo las primeras líneas para una futura patria que viva sus libertades."[246] Por otra parte, ayudaba, consolaba y sostenía económicamente, mediante limosnas que activamente buscaba, a las familias que iban quedando abandonadas ya porque

[244] Tarjeta del 5 de septiembre de 1927.

[245] Carta al P. J. de J. Martínez Aguirre, del 12 de octubre de 1926.

[246] Conversaciones particulares del autor.

sus varones se iban a la montaña a pelear, ya porque eran asesinados por los esbirros. Pasaban ya de 100 las familias que él ayudaba para los comienzos de noviembre de 1927. Sus hermanos Humberto y Roberto estaban metidos en todo lo de la Liga; y ayudaban cuanto podían incluso en el tráfico "con parque y armas a los rebeldes".[247] Humberto al principio estuvo a punto de irse a la montaña; pero se lo impidió la falta de recursos para dejar

[247] Prueba del aserto y a la vez ejemplo de cómo el P. Pro entusiasmaba a los defensores de la libertad religiosa es el siguiente Párrafo que tomamos del P. Heriberto Navarrete, en su libro titulado: "Por Dios y por la Patria", 2a. ed. Edit. Jus, S.A., 1964: "Entre las muchas personas que conocí en la capital fue una el R. P. Miguel Agustín Pro, S.J. Invitado a platicar un poco acerca de nuestra vida en el destierro de las Islas Marías, un domingo, en el domicilio social de las Vanguardias, en las calles de Durango, llegué un poco antes de la cita, con el fin de asegurar la puntualidad, y no encontré, en la casa más que a un sacerdote jesuita. Tengo dos hermanos a quienes Ud. quizá conozca: Humberto y Roberto. — ¡Ah! ¿Es Ud. el P. Pro? A sus órdenes. — Le escuché anoche en su charla para el grupo de la A.C.J.M. Tengo mucho gusto en conocerlo. — El gusto y honra es para mí. — ¡Qué bien se están portando, muchachos! Francamente le diré que no esperé nunca del México que yo dejé cuando salí del país esa actitud decidida. ¿Qué más? Yo conocía a mis hermanos y ahora los desconozco. ¡Qué hombres! ¿Imaginarme yo en Europa que Humberto anduviera por las calles de la capital traficando con parque y armas para los rebeldes? ¡Nunca! Las primeras noticias que me llegaron no acababa de creerlas. Pero lo he visto. Mis hermanos (Ud. los conoce), trabajan por la causa de la libertad con un heroísmo alegre, saturado de juventud, pero con una abnegación que avergüenza. Y sé muy bien que hay legiones de jóvenes como ellos. Que los hay aquí en la capital y que los hay en Jalisco, bendita tierra que está dando su lección a México y al mundo. ¡Bien, muy bien, muchachos! ¡Así se llevan con garbo las banderas de las grandes causas! — Aquel Padre de aspecto humilde se enardecía con un entusiasmo que rebosaba energía y virilidad. Me habló de sus esperanzas, del resurgimiento espiritual provocado en

acomodada a la familia. Más adelante, en los días en que fue aprehendido, planeaba definitivamente poner en plan su proyecto, pero la captura se lo impidió. De manera que la familia Pro era toda ella cristera; y no es crimen ninguno que ayudaran a los cristeros. Tampoco fue cosa mayor lo que en esta línea pudieron hacer. Tanto que en las investigaciones de la policía, una vez aprehendidos, este capítulo ni siquiera fue insinuado.[248] Por lo que hace al P. Pro consta que, aun siendo así cristera toda su familia, él nunca se ocupó en el tráfico de armas y parque, sino única y exclusivamente en el apostolado y en las almas. Consta esto con absoluta certeza; y algo de esto trataremos en el Apéndice II. Por lo demás, las actividades de la defensa armada fueron aprobadas tácitamente y de varios modos, aunque nunca por escrito y oficialmente, por Su Santidad el Papa Pío XI; y la Santa Sede perseveró en esa posición hasta más o menos los comienzos de mayo de 1929.[249] Estaban los católicos tan persuadidos de semejante licitud, que aun corrió la voz de que en 1926, al ir a comenzar la lucha, Origel se presentó al Ilmo. Sr. Díaz para que le bendijera su espada, y que Mons. no tuvo en ello dificultad.

Por lo que mira a la otra división, de carácter estrictamente político, entre obregonistas y serranistas, no existe dato alguno que

---

México por la persecución, de la fe que debíamos tener en la protección decidida de la Virgen de Guadalupe, etc. etc. Después tuve la oportunidad de ayudarle la misa un domingo en la casa de la señora Lascurain, y al hacer la explicación del sagrado Evangelio, supe comprender algo del recio espíritu de aquel jesuita en quien se juntaban hermosamente la voluntad enérgica con el tierno sentimiento de amor y devoción al Corazón de Cristo. Vislumbraba yo lo que era un jesuita".

[248] Puede verse en el Acta de policía.

[249] Véase el Apéndice II de esta obra.

demuestre haberse el P. Pro inclinado a una parte o a otra. Quizá se atuvo al dicho mexicano de que "tan malo el pinto como el colorado". Lo cierto es que, como lo hemos dicho varias veces, era apolítico por familia y por convicción de su profesión sacerdotal. Lo único que le interesaba era el bien de las almas. En cambio, siguiendo la fuerte inclinación de su humorismo optimista, aprovechaba las situaciones prácticas para observar el lado ridículo y reír de personas y cosas, cuando no había de por medio daño espiritual. Se gozaba, por ejemplo, en comentar los chistes populares que en abundancia corrían acerca de los candidatos Obregón y Serrano. Así, en una tarjetita del 25 de septiembre de 1927, decía: "Para desaburrirme contaré la historia de la Fuente de las Ranas de Chapultepec. Es de una actualidad suma. Una rana pidió a su mamá que quería serrano. La madre le contestó: Es mejor que calles. Después de tres horas de confesionario escribí ésta.—Adieu". También rió mucho con una anécdota que le contaron del Ilmo. Sr. de la Mora, quien en una junta de Acción católica exhortaba a los oyentes a que trabajaran en favor de la Iglesia y les decía: "Ya es hora de no parecerse a los choferes". Los oyentes se miraron dando a entender que no entendían. Y el Sr. de la Mora aclaró: "Es que a los choferes todo el día se les va en exclamar: ¡ah, qué calles! ¡ah, qué calles!" Y en las reuniones íntimas de la familia, divertía a los otros con un humor envidiable. Ahí se convertía en torero, peladito, diputado, candidato presidencial, etc. (*Vida Intima*)

En cuanto regresó de Toluca, el día 1.º de noviembre, continuó al punto su ingente labor apostólica, sin preocuparse de ninguna clase de rumores. Pasaba haciendo el bien por todas partes. Mientras así se empeñaba en sus trabajos, sucedió que el día 13 de ese mes, el Ing. Luis Segura Vilchis y otros compañeros

intentaron acabar con el Gral. Obregón, persuadidos de que la libertad de la Iglesia y de la sociedad exigía tan sangriento remedio. Usaron para el caso de un coche Essex viejo, que había utilizado hasta poco antes Humberto para sus asuntos de propaganda y Comisiones de Auxilio, y que acababa de pasar al Ing. Segura Vilchis mediante un intermediario que le era desconocido, José González, cristero, también decidido a dar muerte al Gral. Obregón; y que con ese objeto había llegado desde las montañas de Jalisco. Si Humberto hubiera sospechado siquiera el fin para que destinaban el Essex el Ing. Segura y sus conjurados, por prudencia elemental habría al menos recogido la licencia, expedida bajo nombre supuesto a favor de Roberto, pero con el retrato de éste, y habría apresurado el registro oficial del cambio de poseedor. No tuvo prisas porque en absoluto ignoraba la conjura y los propósitos con que se le pedía el coche. Por otra parte, era cerca del fin del año y no quería hacer un doble registro. El mismo se quejó a la Liga, el día 14, de que nada se le hubiera dicho. Pero aquí precisamente quedó el cabito suelto que podían aprovechar los perseguidores para tratar de arrojar culpabilidades sobre los Pro.

Por una especial providencia de Dios, se nos han conservado los pormenores de todo cuanto hizo el P. Pro en esos días 13 al 17, en que fue aprehendido. Seguiremos la narración sin entrar en las pruebas jurídicas del martirio, pues, como ya dijimos, están tratadas por el Vicepostulador de la causa en el Apéndice a la Vida Intima. Y por el lado de Segura y sus compañeros, lo dejaremos, según le hemos insinuado antes, para un Apéndice, a fin de no interrumpir el hilo de los sucesos. El 13 fue domingo, El P. Miguel, según su costumbre, fue a celebrar la misa en la casa de la Sra. Guadalupe Belaunzarán de García. A las 10, a.m., se entregó a oír

confesiones en la casa de la Sra. Montes de Oca. Como a la una de la tarde regresó a su domicilio en la calle de Pánuco, en donde vivía D. Miguel con sus cuatro hijos: El P. Pro, Humberto, Roberto y Ana María. Humberto y Roberto habían ido a Azcapotzalco para una conferencia sobre asuntos religiosos. A fin de dar tiempo a que regresaran y comer juntos, el P. Miguel rogó a su hermana que le preparara el baño. Volvieron los hermanos con unas flores rojas que habían cortado en el camino; y contaron que se habían tardado a causa de la gran afluencia de curiosos que tenían invadida la Estación de Colonia y calles adyacentes, porque en el tren llegaba Obregón a la capital, cosa que a ellos no les interesaba. (*Vida Intima*)

Terminó Miguel su baño; pero Ana María lo entretuvo un poco mientras concluía de preparar la comida. Entre tanto se pusieron a jugar a la pelota los tres. Comieron en familia y jugaron otro poco. Luego Humberto y Roberto, a eso de las tres de la tarde, salieron a comprar unas paletas heladas y volvieron comiéndolas. El P. Pro estaba de magnífico humor. Se había acomodado una bata roja de su hermana y bromeaba y contaba cuentos. Como a las 4 de la tarde una llamada telefónica recuerda al P. Pro que tiene el compromiso de ir a bendecir la casa de la familia García, por lo que parte en seguida. Humberto y Roberto se quedan mientras jugando al *ha-hong* con su hermana. Hacia las 5, la Srta. María B. va a la casa de los Pro y avisa a Humberto que se le espera con urgencia en la calle de Marsella para su trabajo ordinario de propagandista. Ahí se entera éste de que ha habido un atentado contra el General Obregón, noticia a la que no da mayor importancia. (*Vida Intima*)

Entre tanto, Roberto ha ido a juntarse con Miguel, y desde la casa de la familia García van a la de la Sra. Montes de Oca,

acompañados de un señor Pacheco. Conversan largamente en dicha casa y van luego a la de la familia Valezzi. Ahí saben del intento frustrado de matar a Obregón. Al P. Pro le da un vuelco el corazón de apóstol y pregunta si el General está herido. Quiere correr a llevarle los auxilios espirituales. Se le dice que, según el periódico, no hay nada de gravedad, y que incluso el General se ha marchado a ver la corrida de toros. Continúan platicando sin dar más importancia a la cosa. Sin embargo, el P. Pro, con su notable sentido práctico, exclama: "¡Quién sabe cuántas personas van a ser complicadas en este asunto!"[250]

Por su parte, Ana María, a eso de las 6 de la tarde, envía a una sirvienta a comprar un poco de combustible para la cocina. La sirvienta, al regreso, cuenta que en la carbonería estaban hablando del atentado cometido contra el General Obregón. De esta manera, hacia las 7 de la noche toda la familia Pro sabe ya lo acontecido, pero ninguno de sus miembros le ha dado importancia. Fue Humberto el primero en sospechar la gravedad que aquello tiene en relación con la familia. Porque al regreso de su trabajo en la calle de Marsella, por curiosidad compró el periódico *Universal Gráfico;* y al leerlo le dio un salto el corazón. Los conjurados ocupaban el coche Essex n.10101, o sea el coche que él mismo había entregado el día 8 anterior, por medio de un amigo del Ing. Segura Vilchis, sin sospechar siquiera el uso que querían hacer de aquel viejo coche.

El P. Pro en la casa de la familia Valezzi se entretiene en hacer saltar su perro. Sale para su casa de la calle Pánuco. Apenas salido, se presenta la policía en el domicilio de la familia Valezzi en busca de cierto señor a quien andaba localizando.

[250] La mayor parte de los datos que siguen están tomados de *Vida Intima*.

Como no lo encontrara, se lleva a la Inspección a la señora. Miguel llega a su casa a eso de las 9 p.m.; pero sale de nuevo con sus hermanos a la calle para oír comentarios. Nada nuevo saben. El día 4 por la mañana, el P. Pro dice misa en la casa de la Srta. Esperanza Montaño. Después del desayuno, los tres hermanos van a la casa de la familia Valezzi y encuentran al señor muy afligido, pues ningún recurso ha servido para obtener la libertad de su esposa. El P. Pro quería presentarse en la Inspección con el fin de librar a la señora, dando explicaciones. Con dificultad se logró disuadirlo. Estando ahí los Pro, llega la Policía en busca de un tal Daniel García, a cuyo nombre estaba registrado el Essex; y era, como dijimos, el seudónimo de Roberto. Pero la policía, aun teniendo a la vista en la licencia el retrato de Roberto y a éste delante, no lo identificó. Los Pro salieron de la casa sin que la policía los molestara. Al fin ese mismo día la señora Valezzi salió libre mediante la multa de 3,500 pesos.

Entonces la familia Pro abandonó, por precaución, la casa de la calle de Pánuco esa misma mañana y se dispersó entre sus amistades. Los tres hermanos se retiraron a la casa de la familia B.; pero el P. Pro, que había organizado una Hora Santa en su propia casa, hubo de avisar a los invitados que se abstuvieran de acudir. Lo hizo mediante tarjetitas en que decía simplemente: "No vaya a Pánuco, Miguel". A algunas personas hubo de avisarles yendo en coche. Por la tarde se confesó con su director espiritual, el P. Alfredo Méndez Medina, oculto en la casa de la señora Urquiaga. Por la noche visitó a la familia García y se mostró inquieto por la suerte de sus hermanos, porque se enteró de un recado que le enviaba la Sra. Sra. Montes de Oca, por medio de una persona amiga, en que se le decía: "La policía busca a Roberto". La policía andaba ya rondando en torno a la casa de la

familia B.; y sólo por una providencia de Dios no cayó el P. Pro en sus manos. Propiamente la policía buscaba a un señor Palafox, a quien iba siguiendo los pasos ya de antes. Lo aprehendió en el momento en que salía de la dicha casa. Vio entrar en ella al P. Pro, pero ni lo molestó ni penetró al interior en donde también Roberto se hallaba oculto.

Entre tanto, la mujer de Nahúm Lamberto Ruiz, herido por la policía en la persecución del coche Essex, tras del asalto a Obregón, con el deseo de salvar a su esposo en el caso de que no muriera, hizo muy graves declaraciones, que dieron a la pista del Ing. Segura Vilchis. Y como en sus declaraciones nombrara a los Pro, a quienes ya anteriormente los tenía fichados la policía, ésta se dio a buscarlos y concibió la maléfica idea de conexionarlos con el asunto de los conjurados. Ruiz estaba en el hospital Juárez, en donde aunque con muy grave peligro, logró auxiliarlo espiritualmente el jesuita P. Rafael Sota Muñoz, compañero de heroísmos del P. Miguel. Basáil y Quintana se dedicaron a localizar a los Pro. Pasaron el día 15 en investigaciones inútiles. Los Pro comprendieron el grave peligro, por lo que Humberto y Roberto buscaron también a sus confesores, como era costumbre de los jóvenes católicos, en esa época, siempre que los amenazaba algún grave peligro o emprendían alguna empresa arriesgada. Varios sacerdotes se distinguieron entonces como consoladores de tales almas. Uno de los más buscados fue el P. Gonzalo Carrasco, S. J., de cuyo confesionario, contaba uno de los líderes, "salíamos siempre con ansias de martirio: era un gran santo".

Ese mismo día 15 lo dedicó el P. Miguel a buscar un asilo seguro para sí y para sus hermanos. No sabemos quién fue el intermediario, pero al fin se arregló en una casa muy disimulada en

la calle de Londres, número 22. Ahí la Sra. María Valdés de González alquilaba cuartos para huéspedes. Se le habló y consintió en alojar a los Pro por unos días. Se partió una hoja del Apostolado de la Oración en dos, y la señora Valdés se quedó con la mitad. La otra debía entregarla como contraseña el sacerdote para identificarse. El mismo día Humberto ha tomado su determinación. Se presenta a los directores de la Liga, ocultos en la casa del Lic. Roberto Núñez, y se declara dispuesto a irse a la montaña con los cristeros. El P. Pro también debía salir de la capital el próximo 19.[251]

Arreglado el escondite, el P. Pro continúa sus ministerios de confesiones en la casa, según parece, de la familia B. Oye muchas confesiones y se le ve enteramente tranquilo. No habla sino de cosas espirituales con las personas que vienen a consultarlo. Ana María García lo ve por última ver. Al despedirse de ella el P. Pro le dice: "Cuando esté yo a punto de partir, te avisaré por teléfono". Ese mismo día 15, por la tarde, se trasladaron los hermanos Pro a la casa de la Sra. Valdés, a eso e las 7 pm. La casa de la familia B ya no parecía segura. Al presentarse el P. Pro ante la señora Valdés, tuvo él un rasgo delicado. Le preguntó con sencillez: "¿No teme Ud. comprometerse recibiendo en su casa a un sacerdote perseguido por la policía?" Ella, que ya sabía ser sacerdote aquel a quien iba a hospedar, le contestó que no. Ella se dio cuenta

---

[251] Carta del Vicepresidente de la Liga al autor. En es. entrevista fue cuando Humberto se quejó caballerosamente de que la Liga hubiera dispuesto que el Essex se entregara al Ing. Segura Vilchis, que formaba parte de la Comisión de Guerra, sin dársele a él noticia. Humberto vendió el Essex a José González, que fue el chofer de Segura el día del atentado. Se le designa generalmente como "el prófugo", porque logró escapar de la policía cuando ésta aprehendió a Tirado y a Nahúm Ruiz.

inmediatamente de que el sacerdote se llamaba Miguel y sus acompañantes Humberto y Roberto; y pensó, al ver la deferencia con que lo trataban, que serían hermanos suyos en Religión. Hasta poco después supo que eran hermanos carnales. Quiso instalar al Padre en una cámara aparte, pero éste le dijo: "¡No! Mis hermanos se acomodarán bien en esta cama; y yo, encantado en el diván". Había llevado consigo sus ornamentos sacerdotales; y una cómoda, colocada en un corredor, le sirvió de altar en esos días.

El miércoles 16 transcurrió en calma. Los amigos del P. Pro le buscaban un refugio más seguro, pero no se pudo encontrar. En vista de esto, se comenzó a tratar de la salida del Padre fuera de la capital y posiblemente del país. El, por su parte, distribuía el tiempo en la oración y en distraerse con sus hermanos. Siguió ahí recibiendo a sus penitentes "lo cual", dice la señora Valdés, "no me agradaba, porque me parecía un peligro muy grande para un sacerdote perseguido por la policía". Se lo advirtió al Padre, quien le contestó que respecto de sus visitantes tomaba todas las precauciones necesarias; pero en cuanto a sí mismo "nada temía". Más aún: se atrevió a dar una vuelta por la casa de la familia García; y por la noche del día 16 recibió a unos jóvenes que iban a desposarse y les bendijo su matrimonio. Cuando hubo salido la pareja, dijo el Padre a la señora Valdés: mañana mis hermanos salen para los Estados Unidos; y yo me iré el 19 "a reanudar mi comercio de almas". Bien está recordar que por algunos epistolarios sabemos que lo de "irse a los Estados Unidos" era frase hecha para significar remontarse a la montaña con los cristeros. Pero Dios había dispuesto las cosas de otra manera. La señora Valdés desde un principio se dio cuenta de que hospedaba a un santo. "Su fervor extraordinario", cuenta ella, "me llamó la atención". Celebró la santa Misa los tres días que estuvo en es

casa; pero el último día hubo algo muy notable: a la hora de la elevación el Padre se transformó totalmente delante de los circunstantes. Fue esto el jueves 17.

Mientras, la policía, siguiendo las indicaciones de la señora de Nahúm Ruiz, había ido a la casa de las señoritas Hernández, rentada por tres meses por Segura Vilchis para hacerla depósito de armas; renta que pagó por adelantado la señora Montes de Oca. Las señoritas Hernández eran pobres y la señora Montes de Oca las invitó, a las dos, a establecer en dicha casa una hospedería. Humberto, suponiendo que se trataba simplemente de un depósito de armas, había intervenido con la señora Montes de Oca para que ésta adelantara los tres meses de renta. Conducidas las señoritas Hernández a la Inspección, confesaron que la señora Montes de Oca, domiciliada en la calle de Cozumel, 87, departamento 7, les había confiado la guarda de la casa en la calle de Alzate. Cuando la policía llegó a catear la casa de la señora Montes de Oca, estaba ella preparándose para salir, tras de haber confiado su joven hijo, de unos 15 años de edad, a los padres de ella que vivían en la casa número 80 de la calle de Chiapas. La llevaron a la Inspección.

Pero mientras estaba la policía en su casa, se le ocurrió al jovencito telefonear a su mamá para decirle que la estaba esperando. El joven, de nombre José, no se daba cuenta de que en el domicilio de su madre era Basáil, un renegado al servicio de la policía, quien estaba apoderado del teléfono. José sabía el escondite del P. Pro, porque su madre el día antes por la tarde lo había llevado a confesarse con él. La policía siguió la pista del jovencito y dio con él. Le pegaron fuerte para que declarara en dónde se escondía el P. Pro. Se decía que lo habían abofeteado, pero no lo atormentaron, como también se dijo. Aterrorizado, pues

lo amenazaban con que matarían a su madre si no declaraba, reveló la dirección de la señora Valdés.[252]

No se sabe por qué motivo, Humberto y Roberto hubieron de posponer un poco su salida de la capital y esto fue lo que los perdió. La policía, durante la tarde del día 17, se dedicó a observar y estudiar la situación de la casa de la señora Valdés y el modo de cortar cualquier escapatoria posible. Cerca de la una de la mañana del día 18 de noviembre, refiere la señora Valdés, "nos recogimos todos para dormir. Hacia las tres de la madrugada, a mis criadas y a mí nos despertaron unos ruidos sospechosos en la azotea y los ladridos de un perro. Después oímos un llamado discreto a la puerta de un apartamento interior, por lo que me asomé a una ventana, suponiendo que era algún visitante nocturno del P. Pro. Pero vi con alarma que estaban en el patio unos veinte soldados armados. Mi primer pensamiento fue buscar una escapatoria para el Padre, pues sabía que la policía en esa época perseguía a los sacerdotes que celebraban misas en las casas particulares. Subo, pues, y toco a la puerta del Padre, pero nadie me oye. Corro a la azotea y me encuentro de manos a boca con cuatro soldados que me apuntan con sus rifles. Por todos lados había soldados, por lo que comprendí que se trataba de un asalto bien preparado. Tengo por un milagro el que no me hubiesen matado, pues los soldados me dijeron después que tenían orden de disparar contra cualquiera que se presentara en la azotea; y que no lo hicieron conmigo, porque me habían reconocido como la persona a quien vigilaban la tarde anterior. Cuando bajé de la azotea ya estaban los soldados derribando a culatazos una de las puertas. Fui a vestirme y entre

[252] Corrió la voz de que habían atormentado al jovencito para arrancarle la declaración. Actualmente está en claro que no lo sujetaron a tormento, aunque si lo maltrataron.

tanto se introdujeron como diez o doce soldados, revólver en mano, a la cámara donde dormían el Padre y sus hermanos".

Los Pro se despertaron al oír la voz de mando que decía: "¡Nadie se mueva!" Entonces el P. Miguel dijo a sus hermanos: "Arrepiéntanse de sus pecados, como si estuvieran en la presencia de Dios". Y con voz entera pronunció la absolución sacramental. Después les dijo en voz baja: "Desde ahora vamos ofreciendo nuestras vidas por la religión en México y hagámoslo los tres juntos para que Dios acepte nuestro sacrificio."[253] La señora Valdés regresó en los momentos en que los hermanos Pro, escoltados por los soldados, se disponían a partir. Entonces Basáil le dijo: "¿Sabía Ud. que escondía en su casa a los dinamiteros?" "Lo que yo sé", le respondió la señora, "es que yo ocultaba a un santo". El Padre intervino: "Esta señora es inocente. Déjela Ud. tranquila y haga de nosotros lo que quiera". Luego se dirigió a la señora misma y le dijo: "¡Me van a matar! Le regalo a Ud. mis ornamentos sacerdotales".—Pero Basáil le dijo: "¡Nada de eso! No tienen Uds. nada que temer en la Inspección". El Padre se acercó a un armario y tomó de él un crucifijo pequeño, lo besó y lo metió en la bolsa de su saco. Todavía al salir, Basáil le advirtió ser conveniente que llevara su abrigo, porque hacía frío. El Padre le contestó con sencillez: "Lo regalé a un pobre". La señora Valdés, al oírlo, fue y le regaló un sarape. Este duró poco tiempo en poder del Padre porque se lo dio en la Inspección al obrero Tirado, horriblemente

[253] Según otro testigo, lo que dijo a sus hermanos fue esto: "Ya ha llegado el momento del suplicio. Antes de irnos de aquí los quiero confesar. No me digan sus pecados porque ya los sé. (Broma muy a tono con el carácter del P. Pro, que significaba: en estas circunstancias no necesitan decirme sus pecados, pues basta con que se arrepientan para poder absolverlos). Y luego pronunció la fórmula de la absolución en voz alta".

atormentado por los sicarios, que temblaba de frío. Tirado lo llevó hasta el paredón donde fue ejecutado.

Al salir el P. Pro, dio la bendición que le pedían a la señora Valdés y a sus criadas; y en alta voz exclamó luego: "¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!" Sobre el diván en que dormía el Padre, encontró la señora Valdés un cilicio, del que dio la mitad a las religiosas de El Buen Pastor, y la otra la fraccionó para reliquias. La escena había durado casi una hora. De ahí fue conducido el Padre a la casa de la señora Montas de Oca en donde se encontraba Ana María, su hermana, con el pequeño *chilpayate*, aquel niño recogido por Miguel en su casa. Lo abrazó por última vez. La policía se dedicó a registrar la casa con la esperanza de encontrar algunos datos. El Padre mientras telefoneó a la casa de la familia Belaunrarán. De allá respondió Ana María, su fiel colaboradora e hija en Jesucristo. El Padre le dijo: "Hágame el favor de venir a la casa de la señora Montes de Oca a ver a mi hermana. Mis hermanos y yo vamos a salir". Ana María le replica: "¡Espérense un poquito, en seguida iré a verles!" Pero el Padre le respondió: "¡No, hija! ¡hasta el cielo!" Y colgó el audífono.

En un auto bien custodiado fueron conducidos los Pro a la Inspección General de Policía. Eran aproximadamente las cinco de la mañana. Ahí Basáil les mostró el viejo Essex y les dijo: "¡Miren el resultado de su obra!" Humberto le respondió: "Nosotros nada tenemos que ver en ese asunto". Se advierte cómo ya los perseguidores andan con la malévola idea de conexionar a los Pro con el asunto de Segura Vilchis. Por su parte, el P. Pro ha recobrado su buen humor e incluso se permite tutear a sus aprehensores. En los sótanos encerraron a Miguel con Roberto y a Humberto con la señora Montes de Oca. El sótano del P. Pro era

como de metro y medio de ancho por tres de largo, muy húmedo y muy frío y oscuro. Nunca penetraba el sol. Se respiraba un ambiente fétido por la vecindad de los lugares inmundos y la falta de ventilación. Ahí los trataron con relativa deferencia; pero se cortaba el pan que se les enviaba y se trasvasaban los líquidos, a fin de que no les llegara algún recado del exterior. La Sra. García preparaba los alimentos para los Pro y Ana María los llevaba, pero sin lograr ver a sus hermanos. A pesar de todo, el P. Pro consiguió algunas veces escribir algo en el papel de envoltura.

Empleaba en los sótanos el día en orar, cantar y rezar el rosario con Roberto primero, y luego después con los demás presos que se les unían en el rezo. Hacía diversos ejercicios gimnásticos para ahuyentar el frío y repartía de sus alimentos con los prisioneros que no tenían. Durante los cuatro días de su cautiverio no perdió la confianza en Dios y alentaba a tenerla a su hermano Roberto. Por las paredes escribía a veces leyendas como ésta: "¡Viva Cristo Rey!" o "¡Viva la Virgen de Guadalupe!" En el interrogatorio que se le hizo negó siempre que hubiera participado en el intento de rematar a Obregón. "Nos exhortaba frecuentemente a mí y a mi hermano", dice Antonio Mutiuzábal, compañero de sótano del P. Pro, "a que fuéramos caritativos y a que cuando saliéramos de la prisión, nos dedicáramos con gran empello a trabajar por la causa católica. También nos inculcaba que practicáramos las virtudes con gusto y alegría... Decía que debíamos sentirnos felices por estar sufriendo algo por Jesucristo... Tengo la seguridad de haberle oído expresarnos sus deseos de morir por Cristo. El Padre me pareció un sacerdote extremadamente virtuoso, un santo que hace amable la virtud. Parecía un niño por su sencillez, pues hasta se ponía a jugar con nosotros, como si fuera un compañero de colegio. La última noche

durmió el Padre sobre el desnudo suelo, pues me prestó su colchoneta".

Dicho esto acerca de los días de su prisión, volvamos a tomar el hilo cronológico de los sucesos. Apenas tuvieron Obregón y Calles noticias de la aprehensión de los Pro, determinaron que los cuatro (incluyendo a Segura), fueren pasados por las armas, el día siguiente, 19 del mes, a las seis de la mañana. Así lo dijo el Mayor Torres, el 18 por la noche, delante del P. Jesús Olivares, preso también en la Inspección por propagar la devoción a la medalla milagrosa. "Mañana", dijo el Mayor, "tendremos carnitas". (*Vida Intima*, Apéndice, págs. 277-278). Así pues, no se ha pensado en dar al fusilamiento ninguna solemnidad especial. No se ha pensado en que la ejecución del Padre Miel Agustín Pro pueda constituir una venganza sonada contra el Papa. Es muy probable que aún influyera en los dos jefes de la revolución la esperanza de que las gestiones del Ilmo. Sr. Díaz y Barreta, que aún permanecía en Roma, tuvieran un éxito feliz. Los jefes sólo piensan en herir el sentimiento católico; y optan finalmente por que se levante una Acta policiaca de información, como base para una acción criminal ante los tribunales.

El trabajo de esa Acta se comenzó a las 10 a.m. Pasaron por los interrogatorios, como declarantes, y firmaron sus declaraciones Obregón, Juan Jaime, Orcí, Bay, Otero, Tirado, Segura, Humberto Pro, el Padre Miguel, la señora Montes de Oca, Murillo, Olivera, Silva, Azcué, Quintana, Basáil, Imelda Hernández y Mazcorro; y calzaron el Acta tal como aparece, Roberto Cruz y Guerra Leal. Pero sin duda que no debió firmarse ese día, pues el 22 seguían las investigaciones. Por otra parte, entre las declaraciones del P. Pro y la señora Montes de Oca, se nota en el original un cambio de

cinta de máquina, de azul a negro. No aparecen las declaraciones de Roberto. Ni Obregón ni nadie hacen alusión alguna a culpabilidad de los Pro en el asunto del asalto a Obregón (*Vida Intima*). Segura Vilchis declara expresamente que "fuera de las personas que tomaron parte en el atentado (personas que ya anteriormente había designado como cooperadores suyos) ninguna otra supo del asunto hasta que los hechos fueron del dominio público". Tiempo después, personas interesadas en conocer la verdad, mediante la suma de 5,000 pesos lograron fotocopiar los interrogatorios policiacos; y para nada aparecen en ellos involucrados los hermanos Pro: los tres son inocentes.

En preparación para el proceso legal ante los tribunales se siguen buscando pruebas que al fin no se descubren por ningún lado. Basáil piensa que en la calle de Pánuco, residencia de la familia Pro, podrá encontrarse algún dato: por ejemplo, las huellas del rodado del coche Essex. Para investigarlo hace saber, el día 20, a la señorita María Pro que sus hermanos desean verla, lo mismo que a D. Miguel, su papá; y que él está dispuesto a llevarlos a la calle de Pánuco, esa misma tarde. La señorita razonablemente desconfía de Basáil y consulta con el P. Toribio Bracho, S. J. quien a su vez opina ser peligrosa semejante entrevista. Turnan el asunto al Lic. Rubio, quien piensa del mismo modo. Entonces Ana María se resuelve a acudir sola a la cita. A las tres de la madrugada del 21 se presentan Basáil y Quintana y llevan consigo a los tres hermanos Pro. La entrevista dura como hora y media; y durante ésta los detectives se dieron cuenta de que no había rodadas sino del Studebaker y no del Essex. El P. Pro estuvo de un humor envidiable, bromeando con los agentes policiacos. Ana María hasta llegó a preguntarles cuál sería el precio de la libertad de sus hermanos. Ellos calcularon 4,000 pesos por el Padre; 2,000 por

Humberto; 1,000 por Roberto y prometieron agenciar el asunto de la libertad de los Pro personalmente. La inocencia de éstos era manifiesta, por lo que el P. Miguel hasta el mismo día 22 estuvo más bien optimista en cuanto al desenlace final.

Pero he aquí, que de pronto el día 21, las cosas cambian *total y repentinamente*. Cruz recibe de Calles y Obregón la orden de fusilar a los cuatro detenidos como si todos fueran cómplices y conjurados en el atentado contra Obregón. Cruz objeta inquiriendo qué forma se le puede dar a la ejecución, pues no está terminada el Acta policiaca. Calles le replica que no quiere formas, sino hechos. Obregón por su parte exclama: ☐¡Qué acta, ni qué...!" (suelta una expresión vulgar). Cruz advierte que ambos están sumamente irritados. Ahora bien, nosotros nos preguntamos: ¿Qué fue lo que intervino para un cambio tan brusco y cólera tan extemporánea, cuando todo iba demostrando dos cosas: que la inocencia de los Pro era clara y que, como consecuencia, Obregón y Calles perdían interés por el asunto? Ni siquiera admitió Calles que el fusilamiento se verificara entregando los reos a la Comandancia Militar. Tenían que ser fusilados en la Inspección misma, o sea en lo más céntrico de la ciudad: y además con un aparato imponente de publicidad citadina y mundial.

¿Qué fue pues lo que tan repentinamente los enfureció? Si se hubieran movido únicamente por el odio a la Iglesia y a los curas, podían haberlo satisfecho ya de antemano en el P. Olivares que estaba también prisionero. O a lo menos podían haber mandado ejecutar al P. Pro en la forma cruel pero ya rutinaria en que habían sacrificado a muchos sacerdotes era el país. Aparte de que, según todas las apariencias, había una consigna secreta para que en la capital no fuera ejecutado, y menos con excesiva publicidad,

ningún sacerdote. Incluso podían haber remitido al P. Miguel a algún punto cualquiera fuera de la capital en donde se le sacrificara. Pero sucede todo lo contrario y se planean escenas aparatosas, como luego veremos. Los que han escrito acerca del martirio del P. Pro, aunque se han fijado en ese cambio *repentino y total* de los perseguidores, no han dado explicación satisfactoria de él. Vamos, pues, a proponer la única explicación que queda y que nos parece razonable. Adviértase desde luego que la investigación no podemos hacerla sino a base de indicios más o menos probatorios, ya que los perseguidores no suelen confesar paladinamente lo que en realidad piensan y qué motivos íntimos los mueven. La documentación, en su estado actual tampoco da más luz de la que proponemos. Examinemos algunos indicios. El lector les dará el valor que le parezca justo.

Primer indicio. — Lo tomamos de la correspondencia del Vicepresidente de la Liga, Lic. D. Miguel Palomar y Vizcarra quien, el 26 de noviembre, o sea a los tres días del asesinato del P. Pro, escribía al Ilmo. Sr. González y Valencia, a Roma: "Nos comunica el P. David G. Ramírez, (futuro Canónigo de la Arquidiócesis de Durango, que fungía entonces como Secretario del Sr. González y Valencia) que el Sr. Pascual Díaz y Barreta está por allá en Roma... Nos hemos consolado considerando lo que añade: Sin embargo, Pepito (el Ilmo. Sr. González y Valencia) y yo estarnos macizos' es decir que siguen sosteniendo ante la Santa Sede la imposibilidad de fiarse de los arreglos propuestos por Obregón y Calles. En relación con eso, nos llegan noticias que aún no están plenamente confirmadas, pero que estimamos muy verosímiles, de que el Sr. Díaz puso un cable a Mestre diciéndole que Su Santidad rechazaba las proposiciones, y no quería que se le volviese a

hablar de ellas. ¡Bendito sea Dios!"[254] Ahora bien, haciendo un cálculo sencillo sobre las fechas, vemos que la Liga comunicaba lo del cable al Ilmo. Sr. González y Valencia el 26 de noviembre. Debió, pues, captarlo el 20 o el 21 pues dadas las dificultades con que la Liga tropezaba en sus movimientos, a causa del espionaje gubernamental, tardaría en captarlo, podemos suponer razonablemente, unos cuatro o cinco días, incluyendo el retraso en escribir del Vicepresidente de la Liga. Esto nos llevaría al 20 o 21 de noviembre, como fecha de la recepción del cable de Mons. Díaz, cable que muy probablemente fue dirigido a Nueva York y de allá retransmitido a México a los interesados.

Conviene advertir que ciertamente consta que el Ilmo. Sr. Díaz y Barreto, estaba entonces en Roma; que ciertamente andaba procurando que la Santa Sede aprobara el plan de arreglos que proponían Obregón y Calles; que de Mestre era, desde los meses de marzo y abril de 1927, uno de los más interesados intermediarios de Obregón ante los Prelados mexicanos en los Estados Unidos; que ya la Santa Sede a fines de octubre había dado su negativa a dichos planes; que en efecto, no se le volvió a tratar el negocio de los arreglos hasta por marzo o abril de 1928, cuando intervino el P. Burke, a solicitud del Embajador de los Estados Unidos, Mr. Morrow. Por otra parte, la negativa nueva del Papa llegaba ahora con la impresionante apostilla de que no quería que se le volviera a tratar de semejante asunto; lo cual era una forma de advertir a los dos perseguidores empeñados en lograrlo, que en Roma se había captado perfectamente el dolo que tras de

[254] Mucho se habló entonces y tiempo después acerca de los motivos que tuvieron los Ilmos. Srs. Ruiz y Díaz para seguir la línea de conducta que adoptaron. Alguna luz arrojará, según creemos, lo que se tratará en el Apéndice II de esta obra.

los arreglos se ocultaba. Psicológicamente se comprende que Obregón y Calles estallaran en cólera y forjaran a toda prisa el plan de venganza, pues tenían a mano precisamente a un miembro de la Compañía de Jesús, Orden tan apreciada por Pío XI, y las circunstancias del atentado contra Obregón daban pie para involucrarlo en el más llamativo de los sucesos de aquellos días. Inmediatamente se dio orden de fusilamiento, sin tomar más tiempo del necesario estrictamente para organizar la maquinaria oficial de seguridad ante el pueblo y de publicidad ante el universo, a fin de que la venganza resultara sonadísima.

Segundo indicio. — La anterior deducción se confirma por el sentir general del pueblo mexicano. Desde septiembre, como ya lo anotamos, era voz común que Obregón y Calles meditaban desquitarse de la negativa del Papa, vengándose de él en México. Este sentir, captado al punto por la Liga, y comunicado al Sr. Luis G. Bustos con fecha de 8 de octubre y reiterado a 7 de noviembre, lo afirmó también el P. Alfredo Méndez Medina, director espiritual del P. Pro hasta sus últimos días, al escribir para sus compañeros jesuitas que deseaban informes sobre la muerte del P. Miguel, a raíz del martirio: "No hace falta mucho discurrir para dar con el motivo de esos intermitentes recrudecimientos de furor anticatólico de Calles. Casi siempre responden a algún nuevo despecho por haberle fallado alguno de sus caprichos neronianos. Esta vez hubo uno que valía por cien. Fresca estaba aún en su rencorosa memoria la negativa que recibieron en Roma las mentirosas propuestas de un arreglo vergonzante de la cuestión religiosa, presentadas arteramente por un oficioso servidor de los prohombres de la revolución. Circunstancia es esta que añade una

aureola especial a la gloria del jesuita mártir del callismo".[255] Esto se escribía a los pocos días del martirio. Y lo mismo pensaba el pueblo como puede verse en diversos epistolarios.

Tercer indicio. — A la misma conclusión se llega considerando las palabras del General Obregón, pronunciadas el día mismo del asesinato del P. Pro, tres horas después del fusilamiento. Respondiendo Obregón al senador Prieto en el restaurante Renacimiento, dijo refiriéndose a Segura Vilchis, que éste le había declarado "que no tenía contra mí ningún motivo de agravio personal, y que su conducta había sido inspirada solamente por la creencia de que yo siguiera, al llegar al poder, la política del señor General Calles. Y, si ese es mi delito, acepto toda la responsabilidad de él y bendigo la hora en que me enseñaron a rendir culto a la verdad, y por eso mis labios no han podido modular una sola frase que pudiera halagar a los enemigos de la revolución; porque para ello habría tenido que quebrantar mi conciencia y haber mentido, ofreciéndoles que, al llegar al poder, quebrantaría nuestra legislación y ayudarlos a controlar la conciencia nacional para poner a nuestro pueblo al servicio de los grandes intereses de Roma".[256] Obregón parece respirar por la herida que le habría infligido el cable desde Roma a Mestre. Porque precisamente esto era lo que él había pretendido mediante las proposiciones hechas a través del mencionado personaje: mentir ofreciendo que al llegar al poder se desentendería de la legislación y que ésta podría irse

---

[255] Suplemento al n. 36 de las Noticias de la Providencia de México de 1927. Corno se ve el P. Méndez Medina recoge sin la menor dubitación el rumor popular basado con moral certeza en palabras del mismo Calles. El pueblo comprendió que el caso del P. Miguel era la realización de la venganza anunciada por el perseguidor ante la negativa del Papa.

[256] Citas tomadas de Rivero del Val, *Entre las patas ole los caballos*, pág. 177.

modificando en bien de los católicos, y así engañar al Papa. Intenta, por lo visto, con la muerte del P. Pro, rehabilitarse ante los revolucionarios, y al mismo tiempo dar una coz al Soberano Pontífice por su negativa absoluta.

Cuarto indicio. — A los cuatro días del martirio del P. Miguel, el Partido Socialista del Trabajo en México organizó en honor de Obregón una manifestación en la ciudad de Toluca. Allí habló este General y dijo: "Es necesario que la reacción sepa que, no pudiendo combatir a las cabezas visibles, a las cabezas dirigentes de sus maniobras, porque ya emigraron de nuestro territorio, iremos contra el organismo, iremos contra cada uno de sus miembros, y con esa noble finalidad se ha organizado la Liga de Defensa Revolucionaria... Ya se ha visto cómo se procede cuando nos pica una hormiga: no buscamos a la hormiga que nos pica para matarla, sino que cogemos un balde de agua caliente y lo arrojamos sobre el hormiguero".[257] Las alusiones parecen manifiestas, si un poco se piensa. Podría creerse que Obregón, al hablar de la hormiga que le había picado, se refería a Segura Vilchis. Pero nos parece que quizá no es ese el sentido obvio. Pues por una parte, le constaba a Obregón que Segura Vilchis no tenía motivo de agravio personal, ni refiere a éste lo de la venganza imposible, sino a las cabezas o sea a los obispos. Por otra parte, a Segura sí lo había inmolado y no puede decir de él que se busca a la hormiga que le ha picado y que por no encontrarla se revuelve contra todo el hormiguero. Entonces el sentido superficial de las palabras de Obregón se dirige contra los Prelados, como si éstos hubieran promovido el atentado, cosa que a él le constaba ser simple calumnia. Él sabe que los obispos no sólo no son culpables,

[257] Ibid.

sino que incluso algunos han trabajado en favor de sus planes. Así pues, nos preguntamos: ¿por qué referirse a ellos? Y si quería referirse a ellos ¿por qué usó del singular (una hormiga) y no del plural? En cambio, el piquete y herida que le causó la última negativa cerrada del Papa, esa sí fue de una persona particular, ya que los Prelados una y varias veces le advirtieron que no dependía de ellos aceptar o no las propuestas y que todo dependía del Papa. De manera que en ese desahogo de Obregón parece advertirse que el asesinato del P. Pro de hacía cuatro días, había tenido como objeto íntimo, secreto, verdadero pero inconfesable, el vengarse del Papa hiriéndolo en lo que más podía dolerle.

Quinto indicio. — Lo da el odio especial contra el Papa, que ya desde los comienzos caracterizó a los revolucionarios, y de modo muy particular a los obregonistas, derivado sin duda del que Obregón le profesaba. Este odio se hizo tradicional y de familia en el Partido obregonista; y llegó hasta las ansias de dar muerte al Romano Pontífice en persona. Una muestra la dieron cuando Toral victimó al General Obregón. En aquellos momentos, uno de los obregonistas, como expresando implícitamente el sentir de los demás, exclamó: "¡Esto es el colmo, es el acabóse de la iniquidad clerical! Y entre tanto nosotros aquí, nosotros no hacemos nada en contra de los reaccionarios clericales que dan asco y que hacen que nuestra alma se contriste, porque no hacemos nada para vengar al General Obregón. ¡Si hay Torales fanáticos de la Religión y el clericalismo, también hay fanáticos del obregonismo, y uno de ellos soy yo! Desde luego solicito que se tomen medidas radicales que hagan escándalo, que hagan ruido. Si es necesario, ir hasta Roma a asesinar el Papa.☐[258] Sabida es la manía de Obregón de

[258] Mena.– Alvaro Obregón, págs. 125-128.

lanzar chistes crueles. De manera que razonablemente se viene al ánimo por lo menos la sospecha de que semejante amenaza, incluso de ir a Roma a asesinar al Papa, traía su origen de alguna de esas bromas sangrientas, broma que dejaría entrever la disposición de ánimo de su autor respecto del Papa. ¿La pronunciaría Obregón incluso con ocasión de la negativa a sus arreglos, tantas veces aludida? No es imposible y no deja de tener alguna probabilidad.

Sexto indicio. — En 1936 se llevó a cabo una encuesta seria entre personas calificadas y a propósito y conocedoras de los sucesos. En ella, como nota general, aparece que la muerte del P. Pro se debió a "un conjunto de circunstancias favorables a los designios de Calles". (*Vida Intima*, 3ª ed. pág. 263-264) Nos preguntamos ¿cuáles eran esos designios de Calles, que se dan por sabidos? Los podemos rastrear por lo que el pueblo pensaba al tiempo de los sucesos, o sea que andaba en el ambiente la idea de que Calles pensaba en vengarse del Papa. Además, podemos entreverlos por una anécdota que nos conservó Vasconcelos, en su obra *Flama*, en las págs. 465 y sgts. Dice que fue a buscar a Calles que vivía en el destierro, en un rancho cercano a Los Angeles, California, en donde concertó la entrevista. El rancho era pertenencia del General José María Tapia. Vasconcelos deseaba que Calles lo apoyara en su política. Pero Calles se contentó con decirle dos veces algo que pinta al vivo su carácter: "Veo que el país va a la ruina con esa gente del General Cárdenas, pero no quiero intervenir. ¡Sólo busco mi venganza...! En fin, Licenciado ¡lo único que quiero es mi venganza!" Ahora bien, consta que en el caso del P. Pro su cólera, como la de Obregón, le hizo determinar de repente la muerte rápida y solemnísima y con publicidad mundial de la víctima. Consta por la voz pública que aquello fue un acto de venganza. Pero nada tenía que vengar en el P. Pro, pues

ya había reconocido la inocencia del Padre. Entonces los designios de que se habla en la encuesta 1936, no parece que puedan referirse a otra persona que al Papa, de quien había recibido ya desde septiembre y octubre negativas a los arreglos propuestos; y dos días antes del asesinato la terrible cláusula de que no se volviera a hablar de tales arreglos a la Santa Sede. Pudiera tal vez alegarse ¿cómo entonces explicar que a partir de 1927 hasta 1936 y más adelante no haya testimonios explícitos acerca de ese íntimo motivo del asesinato del P. Pro? Creemos que la explicación no es difícil. Estaba de por medio la actuación del Ilmo. Sr. Díaz que tanto relieve tuvo en seguida; y a quien tocó incoar el proceso diocesano para la beatificación del mártir, en 1934.

Resumiendo el conjunto de indicios, serenamente ponderados, quizá pueda llegar a formar una prueba moral de que el verdadero motivo último que produjo el total y repentino cambio en el ánimo de Obregón y Calles para ordenar tan apresurada y solemnemente la ejecución del P. Miguel Agustín Pro y con tan desmesurada publicidad mundial, a renglón seguido de haber dispuesto que se llevaran a cabo los informes policíacos como previo requisito para introducir la causa en los tribunales correspondientes, y pasando por encima de todas las consideraciones jurídicas y sociales, fue un arranque de furor y el deseo, ya hecho público, de tomar del Romano Pontífice una sonada venganza. Si no fue este el motivo, el cambio total y repentino en el ánimo de los perseguidores (lo repetimos), queda sin explicación satisfactoria; ya que ni Calles ni Obregón eran hombres que procedieran, como Pancho Villa, por explosiones emotivas no calculadas.

Volvamos de nuevo los ojos a la víctima.

Capítulo XIX

TODO ESTÁ CONSUMADO

Amaneció el día 22 de noviembre. El Gral. Cruz, previniéndose para acatar las órdenes superiores y satisfacer al mismo tiempo de algún modo a la opinión pública, convocó a los reporteros de varios periódicos, e hizo desfilar ante ellos a los detenidos, menos a Roberto. Estuvieron presentes el Comandante Masuki, Leopoldo M. Toquero, Carlos C. Villenave, José Pérez Moreno y otros. Las primeras palabras del P. Pro fueron: "Señores: juro ante Dios que soy inocente de lo que me acusan. No he tomado ninguna participación y estaba..." Cruz le interrumpió bruscamente: "¡Basta ya! ¡retírese inmediatamente!" (*Vida Intima*) Y cuentan que luego, volviéndose terrible a los reporteros, les dijo: "¡Ya habéis oído! ¡El mismo confiesa su culpa!" Ese mismo día 22, Calles confirmaba la orden de fusilamiento y dice que ha de ser en la Inspección de Policía, a las 10.30 de la mañana del día siguiente. Todavía Guerra Leal el día 22 dio a los periódicos la noticia de que los detenidos serían consignados a los jueces para que se les "juzgue según sus responsabilidades". Por lo demás, el Gral. Cruz mintió ante los reporteros señalando a Humberto como chofer del Essex en el acto del atentado, etc.

Ana María interpuso las influencias que pudo, pero todo fue en vano. La agitación en los círculos políticos, a donde iba llegando la noticia de la determinación de Calles y Obregón era enorme. Varios diputados obregonistas se tomaron el lujo de invitar por su cuenta a

sus amigos. "Los preparativos ordenados por Calles comenzaron a ser ejecutados sin dilación desde las primeras horas de la noche", y "se reparten invitaciones entre los *enemigos de Roma*", por teatros y cafés. Mientras, a las víctimas se les habla aún de tribunales y de justicia. A las 7.30 de la noche todavía se tomaron declaraciones verbales a los detenidos con la esperanza de encontrar algún punto de donde asirse para cohonestar el asesinato. El P. Miguel, al regreso de estas declaraciones, se mostró optimista y creyó que se turnaría su caso a los tribunales y se vería su inocencia.

Involuntariamente se vienen a la memoria las maniobras del Sanhedrín cuando el prendimiento y condenación de Jesús. Y para completar la semejanza, hacia la media noche "bajaron a los sótanos los Generales Roberto Cruz y Palomera López, hombre este último de pésima reputación moral y sanguinario, llamado comúnmente "el asesino de los católicos". Los acompañaban otros militares y algunos fotógrafos. "Cruz le iba señalando a los reos, y Palomera, sin decir palabra, hacía una revisión ocular de pies a cabeza. Se toma la fotografía de cada uno y Cruz ordena que no se les permita hablar absolutamente con nadie. Al volver al sótano, el P. Pro no puede disimular la mala impresión que le causara la visita de Palomera López: por lo que dijo a Roberto: "Ahora sí la cosa se pone difícil. Quién sabe lo que quieran hacer estos señores, pero nada bueno ha de ser. Pidámosle a Dios resignación y fuerza para lo que sea y resignémonos a lo que venga" (*Vida Intima*, pág. 248).

Toda la tarde había sido de funestos auspicios, pero el optimismo del P. Pro duró hasta la escena de la media noche. Calles y Obregón habían hablado de nuevo entre sí. Confirmaban ser necesario dar una lección a esa "gentuza"; expresión conservada por el General Cruz. Por su parte, el P. Pro había notado bien que

hacia las últimas horas se había redoblado la guardia y había continuos ires y venires de militares. A pesar de todo, tras de la revisión de Palomera, rezó con su hermano el rosario, quizá el último que en este mundo rezara, y luego se tendió en el desnudo suelo; porque la colchoneta que le habían proporcionado sus devotos, la acababa de regalar al otro prisionero, Antonio Mutiuzábal. Estaba además sin resguardo contra el frío, pues el sarape que le regalara la Sra. Valdés lo había dado al enfermito Tirado.

Tantas incomodidades hicieron que el P. Miguel despertara el 23 por la mañana con un fuerte dolor de cabeza, por lo que se tomó una aspirina y dijo a Roberto: "No sé por qué presiento que algo nos va a suceder hoy. Pero no te apures. Pidamos Dios su gracia y Él nos la dará". A las 10 a.m. (y no a las 10.30, como se había convenido), se presentó en el sótano Mazcorro, jefe de las Comisiones de seguridad, y dijo en voz alta: "¡Miguel Agustín Pro!" El Padre estaba sin saco y por orden de Mazcorro se lo puso. Después, sin decir nada, apretó la mano a Roberto y partió. Salió de los sótanos con las manos entrelazadas por delante y miró tranquilamente a los espectadores: así aparece en la fotografía. Porque Dios nuestro Señor, valiéndose de la malicia humana, hizo que quedara un documental del martirio como no se había tenido hasta entonces de ningún otro mártir. "Durante el asesinato", dice Ezequiel Roca en el prólogo de su folleto sobre el P. Pro, "funcionaban continuamente por lo menos tres máquinas fotográficas. Tal número de clichés se impresionaron durante este horrible crimen, que con ellos se ha podido formar casi una película".

En cuarto se esparció por la ciudad la noticia de que P. Pro iba a ser fusilado, en un acto de nobleza el Lic. Luis Mac-Gregor, tras de obtener del intrépido funcionario Julio López Masse, Juez del Juzgado Supernumerario Primero del Distrito Federal, una demanda de amparo, se presentó con el Actuario don Fausto Pérez Nieto a las puertas de la Inspección. Pero, según la prensa, llegó tarde. Según otros, como por ejemplo el Lic. Gonzalo Chapela, se le entretuvo "lo suficiente para que la suspensión del fusilamiento no pudiera ser notificada a tiempo oficialmente". Parece que esta fue la razón de adelantar la hora a las 10 a.m. Por lo que hace al P. Miguel, no se puede menos de repetir lo que el P. Rafael Martínez del Campo, en el apéndice a la *Vida Intima*, dejó escritor "La gigantesca figura moral del P. Pro, émula de los héroes, llega al cenit en estos diez días de su prisión. No está ansioso por sí, pues es inocente y desde hace mucho anhela el martirio. Pero está solícito por los demás: por la Sra. González, por sus devotos, por Anita Pro y sus hermanos. Y en momentos tan graves no pierde el gracejo con que roba los corazones". Todo esto es verdad en esos días; pero lo es sobre todo en los últimos momentos de su existencia. Nunca pensó en amparos ni en defensas, pues desde su noviciado había ofrendado su vida a Cristo Jesús.[259] Por un refinamiento de

[259] *Vida Intima*, pág. 276. Hasta el última billetito, escrito por el mártir el 19, o sea al día siguiente de su aprehensión, rebosaba de caridad. Cierta persona que debía ausentarse de la capital le manifestó sus temores de que podría hacerte falta a ella la dirección del P. Miguel. Él pudo contestarle: "Probablemente no te veré antes de que te vayas (al convento). Dios así lo dispone y yo acepto sus designios y se los ofrezco. Nunca Dios me creí necesario para nada: soy instrumento de Dios y cuando Él ya no lo utiliza es porque tiene otro, o Él mismo obra en las almas. Digo esto por lo que quería decirte y escribirte como norma para el porvenir. Tienes, hija mía, dadas por Dios hermosas cualidades de inteligencia y de corazón. Ponlas todas y con

crueldad, según parece, o por miedo al pueblo nada se había comunicado previamente a las víctimas acerca de su destino final, de modo que fue para el P. Pro una sorpresa encontrarse, al salir del sótano, con todo el aparato para su ejecución.

Algunos dicen que mientras iba caminando al paredón, se le acercó el agente Quintana, uno de sus aprehensores, y le pidió perdón; y que el Padre le contestó: "¡No sólo le perdono, sino que le doy las gracias!" Otros niegan este pormenor. Pero en la *Vida Intima*, en el Apéndice se da como muy verosímil y aun cierto. El Mayor Manuel V. Torres condujo al Padre, tras de llamarlo, a su vez, por su nombre, al sitio de la ejecución. *El Universal* del 24 de noviembre, decía: "El jardín de la Inspección de Policía estaba materialmente ocupado por tropas. La Gendarmería Montada formaba cuadro, ocupando los sitios disponibles y dejando en el centro un espacio libre, donde se alineaban, en posición de "lugar de descanso", los cuatro pelotones encargados de los fusilamientos. Al fondo del jardín, a lo largo del muro, hay un espacio abierto, amplio, ancho y libre de todo obstáculo: es el *stand* de tiro. Y en el muro frontero, siluetas humanas de tamaño natural, adosadas al muro simétricamente alineadas, hacen de *blancos* para los que se entrenan en el deporte. Ahí era el sitio designado para las ejecuciones".

Continúa *El Universal*: "Fue el sacerdote el primero que salió de los sótanos para ser fusilado. Caminó serenamente en medio de sus custodios hasta quedar de pie, a espaldas de la escolta. El Mayor de la Gendarmería Montada, Manuel V. Torres, le llamó por

---

toda intensidad al servicio de Dios. Procura como tu principal fin en todo, tu santificación y llegarás a santa. Que Dios te bendiga como yo su indigno ministro, lo hago, en el nombre santísimo de Jesús. Desde mis sótanos. Sábado 19 de nov. 1927□. (*Vida Intima*, pág. 181).

su nombre; y a la respuesta afirmativa, lo acompañó hasta colocarlo entre dos siluetas de las de hierro, que sirven para el tiro al blanco. Le preguntó si quería pedir algo y el sacerdote respondió serenamente: "Que me permitan rezar". El Comandante de la ejecución lo dejó solo, retirándose algunos pasos; y entonces el sacerdote se arrodilló y tomando entre sus manos un escapulario [adviértase que no era escapulario, sino el pequeño crucifijo que había tomado del armario en la casa de la señora Valdés, al ser aprehendido], que sacó del pecho [adviértase que no lo sacó del pecho, sino del bolsillo del saco], movió los labios, seguramente pronunciando una oración, y así permaneció unos segundos. Se levantó y colocándose nuevamente en el sitio que le habían señalado, esperó órdenes.

El P. Pro al salir del sótano nº 1 de la Inspección de Policía para ser llevado al paredón.

Cuando el comandante de la Policía ordenó a la Policía Montada: "¡Posición de tiradores!", el sacerdote abrió los brazos en cruz, cerró los ojos, permaneciendo así hasta el momento en que cayó al suelo moribundo. Oyó las demás órdenes previas a la de

"¡fuego!" sin cambiar de postura, sin que su rostro reflejara la menor emoción; y solamente pudimos observar el incesante movimiento de los labios, musitando su plegaria. Eran las 10.30 de la mañana. Cayó el P. Pro suavemente sobre el lado derecho. El Doctor Horacio Cazale, del Servicio Médico de la Policía, se acercó a dar fe de su muerte; pero indicó que aún vivía. El Sargento de la escolta le dio el tiro de gracia con la carabina".

Según testigos de reos días, v.gr., el P. Méndez Medina, el P. Pro había rehusado que se le vendara y había pronunciado suavemente, "como cuando el sacerdote consagra", la consigna santa de aquellos días: "¡Viva Cristo Rey!"; y había hecho él mismo, con una pequeña inclinación de cabeza, señal a los ejecutores de estar dispuesto. Sonaron las descargas y el *niño mimado* del Padre Dios alcanzó su deseo supremo el mismo que había alimentado desde su noviciado y sus Ejercicios de mes. Todo estaba consumado. Y mientras los perseguidores, ante su cuerpo destrozado por las balas, no sabían qué más hacer, su alma subía al cielo para ayudar desde allá al mundo huérfano de Dios. La foto tomada del mártir sobre la plancha y mesa del hospital, a donde fue llevado para la autopsia, demuestra en su rostro la calma de lo eterno.

El diario *Excélsior* prosigue la escena, con la misma fecha, 24 de noviembre. Según él Luis Segura Vilchis llegó al jardín y vio aquel espectáculo. "Sintió la misma impresión que el sacerdote Pro Juárez, al ver la fuerza que formaba el cuadro; pero instantáneamente se repuso y siguió caminando con la misma entereza y serenidad". Segura Vilchis se encontró con el cadáver del P. Pro; y la cámara, dice *Excélsior*, captó esa mirada que fue dirigida al cadáver del P. Pro, y luego se elevó para no volver a descender más". Un escritor añade: "Al llegar ante el cadáver del P. Pro, Luis se detuvo un momento y se inclinó, tributando así al sacerdote mártir, el primero y más grande de cuantos homenajes ha recibido. Dio unos cuantos pasos y llegó al paredón". Otro asegura que al pasar junto al General Cruz, le recordó la palabra que le había dado el General de dejar libres a los inocentes. Segura Vilchis murió con la más absoluta tranquilidad de conciencia. Su acción puede juzgarse como se quiera. En un

apéndice nos ocuparemos de ella. Había estudiado a fondo el pensamiento católico y le pareció sinceramente que obraba no solamente bien, sino con mérito ante Dios y ante la patria. Su firmeza de carácter llamó continuamente la atención. Siguióse la ejecución de Humberto, de quien dice el P. Rafael Martínez del Campo en nota a la pág. 263 de *Vida Intima*: "Podría igualmente instruirse un proceso canónico para demostrar su martirio". El último fue el obrerito Tirado. Temblaba por la fiebre a causa de los tormentos que se le habían infligido en la Inspección. Iba envuelto en el sarape que el P. Pro le había obsequiado. Caminaba con dificultad, de manera que algunos interpretaron esto como un recurso para prolongar un poco más la vida, pero no era así. Pidió como última voluntad ver a su madre, pero le fue negado. Al terminarse las ejecuciones, todos estaban emocionados. Cruz simulaba sangre fría, pero estaba pálido, los músculos del rostro le temblaban, y sostenía con dificultad un puro entre los dedos. Obregón y Calles habían logrado su objeto: vengarse del Papa en el jesuita Miguel Agustín Pro.

Roberto no fue sacrificado. ¿Por qué? No se han aclarado los motivos. La explicación que se ha dado es como sigue: El Sr. Emilio Labougle, Ministro entonces de Argentina en México, ferviente católico, pero bien quisto a Calles y Obregón, había conocido al P. Pro en la casa del Lic. Roberto Núñez, en donde el Padre celebraba con frecuencia la misa, y había cobrado cariño a este joven sacerdote, tan celoso y simpático. Cuando el P. Pro fue hecho prisionero, Núñez rogó instantemente al Sr. Labougle que interviniera con Calles para salvar a los Pro. Al parecer el 21 las gestiones habían dado resultado, pues Calles dio a Labougle su palabra de honor de que los Pro saldrían desterrados. Todo el día 22 circuló el mismo rumor en la Inspección. Tuvo luego lugar el fusilamiento del P. Pro el 23, a las 10.30 de la mañana. Cinco minutos más tarde, Segura caía muerto por las balas. Llegó su vez a Humberto y a Tirado. Todo dura aproximadamente una hora. Inmediatamente después de la muerte del P. Pro, la noticia se esparce por la ciudad como un relámpago y llega a Roberto Núñez.

Este telefonea al Sr. Labougle, quien salta a su auto y se presenta a Calles reclamándole la falta de cumplimiento de la palabra dada. Calles alega conveniencias políticas. No podía romper con Obregón, futuro Presidente, y éste le ha exigido el fusilamiento de los prisioneros. "Pero, agrega, veamos si queda alguno con vida". Telefonea a la Inspección y Cruz le responde que en ese momento se va a fusilar a Roberto. Calles ordena no hacerlo, sino mandarlo al destierro. De hecho después de un mes de detención Roberto parte para los Estados Unidos con orden de no poner jamás los pies en México. (*Vida Intima*)

Entre tanto, Ana María nos cuenta que ese día 23 "no había podido llevar el desayuno personalmente a sus hermanos. Como a las 8.30 las dos sirvientas con quienes lo había enviado, volvieron a casa y me dijeron que había un movimiento extraordinario de soldados en la Inspección. Me fui inmediatamente allá, alarmada por la noticia, pero ya no pude entrar por la multitud de gente aglomerada, y por las tropas que guardaban la puerta. Vi en llegar a varios militares con uniforme de gala, empleados del gobierno, periodistas y fotógrafos. Vi llegar también a los agentes Basáil y Quintana, y les pregunté qué ocurría y me dijeron que nada sabían. "¡Yo quiero ver a mis hermanos!" les dije. Ellos me aseguraron que me obtendrían el permiso, pero no volvieron. Procuré entonces acercarme a la reja, pero me lo impidieron. Aplicando las orejas a una ventana de los sótanos, oí que hablaban de mis hermanos llamándolos dinamiteros; iban a ser conducidos, según unos, a las Islas Marías; según otros a la Escuela de tiro. ¿Y para qué esto último?, pregunté. Y alguien me dijo: Para fusilarlos.

"Vi luego llegar cuatro ambulancias de la Cruz Verde, destinadas a conducir cadáveres, y ya no dudé de que mis hermanos

iban a ser muertos". Por estas últimas frases parece que Ana María vio llegar las cuatro ambulancias antes de los fusilamientos, lo que indicaría que desde el comienzo de la carnicería no se pensaba en fusilar a Roberto; pero muy bien pudo ser que Ana. María, a causa de las impresiones, no cayera en la cuenta de los disparos, o que en sus recuerdos las ideas quedaron algo confusas. Parece cierto que, aunque no pudo ver personalmente el fusilamiento, no pudo dejar de escuchar las descargas. Poco después logró por fin acercarse a la reja entre un mar de pueblo que se iba arremolinando. "Un diputado", sigue ella, "viéndome perdida entre tanta gente, me invitó a subir a su automóvil y me llevó en seguimiento de las ambulancias hasta el Hospital Juárez. Con dificultad conseguí entrar; y vi sobre las planchas a mis hermanos Miguel y Humberto, cuyos cadáveres estaban todavía calientes, y supe que iban a hacerles la autopsia. Regresé a la Inspección, en donde reinaba gran desconcierto. Resueltamente me acerqué al Lic. Guerra Leal, quien me dio por escrito la orden para poder llevar los cadáveres a mi casa, y luego volví al hospital". (*Vida Intima*)

Don Miguel supo la noticia del asesinato de sus hijos por un *Extra* de la prensa. Sigue él narrando: "Inmediatamente me dirigí a la Inspección en donde me confirmaron la noticia; y todo el mundo, aun los empleados del gobierno, me demostraron suma simpatía. Fui luego al Hospital Militar y subí a la sala en donde reposaban los cuerpos de mis hijos. Ya estaban ahí mis otros dos hijos, Ana María y Edmundo". Al entrar en el Hospital se encontró Don Miguel con Ana María que lloraba, y le dijo: "¿Dónde están mis hijos? ¡Yo quiero verlos!" Y el venerable anciano, sin proferir una palabra, se acercó y besó en la frente al P. Pro y a Humberto. Como aún corría sangre por la frente del Padre, sacó su pañuelo y la enjugó y se guardó el pañuelo. Ana María se lanzó entonces a sus brazos

sollozando. Pero Don Miguel la separó suavemente y le dijo: "¡Hija mía! ¡no hay motivo para llorar!"

A eso de las tres de la tarde lograron conducir ambos los dos cadáveres a la casa de la calle de Pánuco, en donde ya los esperaban muchos amigos y devotos del Padre. Inmediatamente comenzaron a afluir las visitas, entre las que se encontraban algunos miembros del Cuerpo Diplomático. Comenzaron también a llegar ofrendas florales. Los visitantes estuvieron desfilando durante toda la tarde por delante de los cadáveres, hasta las 10 de la noche. (*Vida Intima*) "Cuando ya iba a cerrar la puerta de mi casa", refirió después D. Miguel, "llegaron cinco o seis policías del Gobierno. Al verlos me sorprendí, temiendo llevaran alguna orden molesta de parte de sus jefes. Pero, lejos de eso, humildemente me suplicaron les permitiera acercarse a los cadáveres, a lo que accedí. Y ellos se arrodillaron y oraron respetuosamente. Al levantarse, uno de ellos me dijo: 'Si algo se les ofrece a Uds. cuenten con nosotros'." (*Vida Intima*) Nos recuerdan estos hombres a Nicodemo y a José de Arimatea, o al Centurión que bajaba del Calvario golpeándose el pecho y diciendo "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!"

Se siguió la velación de los cadáveres ahí mismo. Una foto muestra al Sr. Pro entre ambos féretros, con gran piedad y devoción. Dios le concedió incluso la dicha de saber más tarde que ya se procedía a los trámites canónicos para la beatificación de su hijo Miguel. Murió el Sr. Pro a la edad de 80 años, en 1939, el día dedicado a la Santísima Trinidad, en la Capital de la República. Entre tanto, había corrido la voz de que el superviviente, Roberto Pro, acudiría a visitar los cadáveres de sus hermanos durante la noche. Por tal motivo, dos sacerdotes jesuitas, el P. Alfredo

Méndez Medina y el P. Rafael Soto Muñoz, acudieron y llevaron una hostia consagrada para poder dar la comunión a Roberto. Mas parece que no se permitió a éste salir de la Inspección.[260]

Entonces los Padres organizaron una Hora Santa con Adoración Nocturna. Durante la Hora Santa, que fue de 11 a 12 de la noche, predicó el P. Rafael Soto Muñoz mientras el otro Padre confesaba a las personas que se habían quedado acompañando a la familia en su duelo, que eran unas 50. Luego se estuvo rezando el rosario sin interrupción hasta las cuatro de la mañana, hora en que celebró el santo sacrificio el P. Méndez Medina y a continuación lo hico el P. Soto. El relicario con la hostia destinada a Roberto, descansó, esa noche de catacumbas, a ratos sobre uno de los féretros y a ratos sobre el otro.[261] El P. Soto lloraba de devoción al recordar que con frecuencia le decía el P. Pro: "¡Convénzase! ¡si no nos arrastran boca abajo en humillación por las calles, no hacemos fruto en las almas!"

"Como todas deseaban ver los cadáveres", dice un testigo de vista, 'fue necesario organizar una circulación continua de los visitantes, quienes desfilaban frente a las cajas y con gran devoción tocaban a ellas rosarios, medallas, crucifijos y flores.[262] Todos se santiguaban al pasar frente a los mártires y la mayor parte hincaban una rodilla en el suelo en señal de profunda veneración. Los ventanillos de los ataúdes estaban abiertos y a través de sus cristales podían verse los rostros". "Una pobre anciana" cuenta otro biógrafo, "que llevaba en los brazos un niño pequeño, tomó una rosa blanca de las que depositaban los

[260] *Vida Intima*, y Noticias de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, n. 36.

[261] Portas, pág. 151. Y noticias de la Provincia de México, n. 36.

[262] Rivero de Val, pág. 169.

peregrinos sobre la caja del P. Pro, y frotando con ella el cristal que cubría el rostro, persignó con la misma al niño, y lo acercó luego para que besara, como una reliquia, aquellos santos despojos. Otra señora de nuestra buena sociedad, llevaba de la mano a su hijito de diez años y le decía con toda la vehemencia de su alma: '¡Hijito! ¡fíjate en estos mártires! Por eso te he traído, para que se te grabe bien en la mente lo que estás viendo, para que cuando tú seas grande sepas dar tu vida por defender la fe de Cristo, y morir como ellos, inocentes y con gran valor"[263]

A las seis de la mañana, cuando hubo que abrir las puertas de la casa por la aglomeración de la gente, "los visitantes en su mayor parte eran obreros y sirvientas. La multitud aumentó en forma no imaginada a medida que avanzaba la mañana; y a las tres de la tarde, hora fijada para el sepelio, el gentío había bloqueado la casa y calles vecinas, siendo tal la aglomeración de automóviles que el tránsito se suspendió en una vasta zona".[264] Hubo de salir al balcón el P. Méndez Medina y ordenar desde ahí: "¡Paso a los mártires de Cristo Rey!" Y la multitud, como movida por algo sobrenatural, abrió en seguida la calle para el paso a los cadáveres."[265] Al anuncio de que iba a salir el féretro del Padre, "un repentino silencio y quietud sucedió a la confusión que todo lo invadía. Pero cuando apareció en el umbral de la puerta, un grito atronador y unánime salió de millares de pechos: *¡Viva Cristo Rey!*, resonando a la vez los más inesperados aplausos, al mismo tiempo que caían por doquiera lluvias de flores copiosísimas... Con muchísimo trabajo, por el ímpetu de la multitud que se lanzaba en verdaderas oleadas

[263] Suplemento a las Noticias de la Provincia de México, n. 36.

[264] Portas, pág. 153.

[265] Rivero del Val, pág. 170.

humanas a tocar el féretro, se pudo al fin organizar la pompa fúnebre o marcha triunfal hacia la colina de Dolores."[266]

"Al iniciarse el cortejo, seis sacerdotes llevaron en hombros al Padre. A mí me cupo —habla otro testigo— la suerte de cargar entre los primeros el ataúd de Humberto; y una vez más volví a hacerlo durante el trayecto hacia el panteón. Al salir los féretros a la calle, la multitud se hincó, guardando solemne silencio que fue roto por un grito: '¡Viva Cristo Rey!' y estalló un inesperado aplauso."[267] "Fue necesario que un grupo numeroso de acejotaemeros nos impusiéramos para organizar el cortejo... Desde luego decidimos no utilizar las carrozas fúnebres. Tomándonos para llevarlos en hombros hasta el Panteón de Dolores, siendo muchísimos los que a cada turno suplicaban se les permitiera cargarlos. Al llegar al Paseo de la Reforma, ya el cortejo tenía forma definida. Lo encabezaba una columna como de 300 automóviles, los cuales presentaban un frente cerrado a cualquier intento que pudieran hacer los callistas para disolvernos. En seguida, los cuerpos; y tras ellos la multitud que se extendía por varias calles. Detrás otra formación interminable de carruajes. En las aceras y ventanas la gente se agolpaba, arrodillándose al paso de los mártires. De las casas y de los vehículos públicos salían a nuestro paso más personas que se sumaban a la columna. Al llegar la cabeza a la parte alta de la calzada que conduce al Panteón de Dolores, pudimos ver que el cortejo se prolongaba hasta perderse de vista; y en el cementerio estaba ya reunida otra multitud, tal vez mayor que la que a pie y rezando había acompañado a los Pro. Al reunirse las dos multitudes, el acto perdió su carácter de duelo y adquirió los aspectos de una

[266] Rivero del Val, pág. 170-171.

[267] Suplemento a las Noticias de la Provincia de México, n. 36.

apoteosis. El pueblo entonaba el Himno Nacional, lanzaba vivas a Cristo Rey, a los mártires, a la Virgen de Guadalupe. Aplaudían y lloraban; otros reían y gritaban. El cortejo se dirigió a la cripta que la Compañía de Jesús tiene en Dolores y se inició el acto del entierro del P. Pro. Volvió a reinar un silencio imponente que sobrecogió a la multitud toda."

"La multitud que esperaba en el Panteón —dice el P. Méndez Medina— era como de unas 20,000 personas. La tarde era espléndida. La procesión causaba la impresión de una marcha triunfal. Ciertos estábamos de que entre los concurrentes había muchos espías del Gobierno, lo cual no nos cohibía". Se tomaron muchas fotografías, pero la Policía recogió cuantos clichés pudo: entre otros recogió los que *El Universal* iba a publicar. "Terminado el entierro del Padre, volvieron a oírse los gritos y vivas mientras nosotros nos dirigíamos —sigue el P. Méndez Medina— a la fosa preparada para Humberto. Y ahí también se hizo silencio mientras se bendecía el sepulcro y bajaba el cadáver. En seguida D. Miguel, padre de las víctimas, tomó una pala y arrojó la primera tierra que había de cubrirlo, exclamando luego: "¡Hemos terminado! ¡Te Deum laudamos!" Y los sacerdotes presentes siguieron en voz natural ese himno de acción de gracias que usa la Iglesia en las grandes solemnidades. Ahí estaba presente y anhelando a su vez el martirio el intrépido P. Rafael Soto Muñoz.

En la conciencia de todos estaba la inocencia desde luego del P. Pro. Esta inocencia la encontramos confirmada en cartas de aquellos días, dignas de toda fe. "La certidumbre de la inocencia del Sr. Enghien (llama así al P. Pro por su estancia en Enghien de Bélgica), escribía el P. Mayer, se extiende cada día y puede decirse que está hoy en la conciencia pública, confesada aun por

sus mismos enemigos..."[268] El Superior inmediato del P. Pro, el P. Toribio Bracho, escribía: "Es para mí un deber de justicia elevar hasta Uds. mi testimonio explícito y ciertísimo de la inocencia del P. Miguel Agustín Pro... Por mi parte, lo conocí hace doce años en los Estados Unidos y lo he tratado íntimamente sobre todo en los últimos meses, y puedo asegurar, y *aseguro bajo juramento que es absolutamente falso* que el P. Pro haya asistido a junta alguna en que se fraguara el atentado o haya tomado parte en él, y muchísimo menos que él haya sido el autor intelectual..."[269] Citemos sólo un testimonio más, que es en absoluto decisivo. El Vicepresidente de la Liga, quien mejor que nadie estaba al tanto de todos los pormenores del suceso, escribía a 26 de noviembre, o sea tres días después: "Naturalmente se han hecho investigaciones por nuestra parte, y desde luego podemos afirmar y afirmamos bajo juramento, que el P. Pro y su hermano Humberto no tuvieron ninguna injerencia en el ataque a Obregón en Chapultepec, el domingo 13... Debo añadir que el P. Pro que perteneció y murió en la Compañía de Jesús, era un sacerdote de una caridad inagotable, de un corazón de niño, capaz de todos los sacrificios, y que no anhelaba otra cosa que el martirio..."[270]

Los mismos enemigos hubieron de confesar la inocencia del P. Pro. Hasta tal punto oprimía a los verdugos la realidad de la inocencia del Padre Pro, que "los amigos de Obregón se esfuerzan en culpar exclusivamente a Calles, quien fusilaría al P. Pro con el intento de hacer odioso a Obregón; y los amigos de Calles dicen lo contrario.☐ (*Vida Intima*) "Orcí reclama a Cruz de parte de

[268] Carta del 12 de diciembre de 1927.

[269] Carta al Comité Episcopal residente en San Antonio, Texas.

[270] Carta del Vicepresidente de la Liga al Exmo. Sr. González y Valencia, 26 de Nov. 1927.

Obregón por el fusilamiento hecho contra su voluntad [recuérdese que esto es enteramente falso], y contra sus órdenes y Cruz responde que Obregón sí, él no, hubieran podido evitarlo". (*Vida Intima*) Por una serie de testimonios consta que la opinión general fue haber sido fusilado el P. Pro, lo mismo que Humberto, simplemente en odio a la Iglesia y, según creemos, como una venganza contra el Papa de modo particular. Entre el pueblo, la gente se disputaba el honor de tener alguna reliquia: carta, billetito, trocito de tela de sus vestidos, gota de su sangre. Tales reliquias van hasta los campamentos cristeros y se conservan cuidadosamente como objetos piadosos. Para satisfacer la devoción de los pueblos pronto fue necesario deshebrar las telas de los vestidos y sotana del P. Pro y hacer con pequeñísimos trozos reliquias que adheridas a estampas del mismo Padre se repartieron por millones, desde Canadá a la Argentina y por Europa y Asia, al mismo tiempo que se recibían noticias de infinitos favores concedidos por su intercesión a sus devotos. En Canadá, más de 6.000,000 y ninguna ofrecida, todas pedidas. Mucho contribuyó a extender su devoción el que en los varios colegios en donde había estado el Padre hubiera jóvenes religiosos de las más variadas partes del mundo: Argentina, Perú, Bolivia, Chile, Ecuador, Brasil, Colombia, Centro América, Francia, Bélgica, Checoslovaquia, Hungría, etc. Una Revista del Brasil afirmaba haberse registrado más de 3,500 favores concedidos por la intercesión del P. Pro a sus devotos.

Como dato significativo es bueno recoger la veneración que desde un principio rodeó el sepulcro del P. Pro. Ya su primer biógrafo mexicano, el P. Bernardo Porras, S. J., había escrito en 1931: "El sepulcro del P. Pro, cubierto desde un principio de flores, se ha conservado así. Lámparas votivas cuyo aceite usan los enfermos para curarse, candelas de cera cuyos cabos recoge

también la gente como reliquia, arden continuamente en su sepultura... Todos los días, sin excepción, multitud de personas de todas las edades y condiciones sociales van a buscar en él el remedio a sus enfermedades, consuelo en sus penas, sostén en sus luchas; otros a darle gracias por los favores recibidos; y hay quienes recorren de rodillas el largo camino que hay desde la puerta del cementerio de Dolores a la sepultura del Padre Pro" (Portas) Sobre el muro bajo que rodea la cripta se había colocado una verja de hierro y toda estaba cuajada de flores y exvotos. Con frecuencia los Superiores de la Compañía ordenaron despejar el sitio de aquellas muestras externas de devoción, a fin de que no hubiera señal alguna de culto tributado, antes de que la Iglesia dé su veredicto; pero pronto el muro se cubría de nuevo.[271]

---

[271] Testigo el autor. – Como una muestra del fervor con que en todas partes se aclamaba al P. Pro como mártir y se ansiaban noticias sobre su muerte, copiaremos un trozo de la carta del 9 de abril de 1928 del P. José de Jesús Martínez Aguirre, S. J. al P. Adolfo Pulido, residente en Sarriá, Barcelona. Le escribe desde los Estados Unidos y le dice: ☐Su muy grata que acabo de recibir, me proporciona la ansiada oportunidad de dirigirle unas cuantas líneas. Llegaron a mis manos las copias de las cartas del P. Pro al P. Negra, pero el artículo de los obreros belgas se perdió seguramente; lo siento mucho y me llama la atención, porque poquísimas son las cosas que suelen perderse. Vea V. R. cómo podré conseguir alguna copia de dicho artículo. Los datos que me adjunta, sacados de sus recuerdos serán aprovechados y desde luego le agradezco mucho su diligencia; vea ahora si encuentra quién nos pueda hacer una descripcioncilla de la gripe aquella de 1917, en Granada, cuando fue el P. Pro enfermero en la Casa de Ejercicios en una ala del edificio del Colegio, destinado ordinariamente a ejercitantes. V. R. que debe saber en dónde se encuentran los que entonces estaban recluidos en la famosa casa podrá pedirles ese favor. Me parece cosa de Dios lo mucho que en todas partes ha conmovido el glorioso fin de nuestro Miguelucho: en Boston todos me pedían reliquias, estampas, narraciones, etc. El R. P.

Oportuno parece decir una palabra del final destino de los dos principales actores en la persecución de la Iglesia mexicana; Calles y Obregón. D. Fernando Medina Ruiz, en su folleto □Calles□, pone como subtítulo: "Un destino melancólico" y, tras un breve paralelo tomado de Menéndez Pelayo, como punto de referencia, dice del mismo Calles: "Melancólico debe haberse sentido, a pesar de todo, a la hora en que las sombras del véspero se insinuaban

---

Provincial de New England nos urge muchísimo para que le consigamos una reliquia, pero ahora es imposible; yo soy de os afortunados, pues tengo sangre de su corazón; y el Ilm. Sr. Díaz tiene en un relicario de oro una partecita del mismo corazón. El mismo rector del Teologado de Weston nos decía que cuando se leyó la narración del martirio (Woodstock Letter), tuvo que dar Deo gratias [es decir, facultad de platicar durante la comida de la comunidad], por lo conmovidos que todos estaban… (Me acompaña un joven). Este joven [no pone el nombre], es profesor en una High School, dirigida por monjas, y le pedí me llevara a ver toda la marcha y organización del Establecimiento. [El Padre se estaba especializando para Colegios]... Llegarnos al salón de las mayores, muchachas de 14 a 16 años, que se gradúan en Comercio, después de un rato, veo entrar chorreras y chorreras de muchachas. Cuando ya no cabían más, pregunté de qué se trataba. ¡Que les hable del P. Pro! – Imposible. Llevo año y medio en este país y a todo me he decidido, menos a hablar inglés... No tenga cuidado. Le entendemos perfectamente. – Mejor que hable este joven, compañero a quien he narrado varias veces toda la historia. – ¡No! ¡que tiene que ser usted! – Apechugué con el trago. Y hablando, hablando saqué mi molleja [reloj], y vi que había pasado media hora. Cuando noté que ya muchas estaban llorando, les conté algo de lo que por la causa de Cristo hacen en México muchas de su edad, pedí oraciones por nuestra Patria, por mis padres, y porque me tocara la suerte de mi compañero el P. Pro... La misma escena se repitió en el departamento de los muchachos y en otro anexo de muchachas... En este mismo momento recibo de Weston una carta de un filósofo que está reuniendo datos para escribir un opúsculo sobre el P. Pro, pidiendo algunos informes. Procuraremos aprovechar el entusiasmo..." El Ilmo. Sr. Díaz fue

como presagio de la inminente noche sobre su vida poniente..." ¡Melancolía, sí! Porque remordimientos, por desgracia parece que aquella alma ya no estaba en disposición de sentirlos. Tras de su gobierno, siguió mandando como "Jefe Máximo de la Revolución" y "cosechando plenamente las tormentas que fueron lo que germinó en su siembra", hubo de salir del país en abril de 1936. Alguien en el aeródromo le preguntó con una frase muy mexicana: "Con que ¿se va, mi General?" y él contestó con otra igualmente mexicana: "¡No me voy! ¡me van!"[272] Durante el régimen del General Avila Camacho pudo regresar Calles a México, pero ya sin poder ni representación ninguna. Dice de él Vasconcelos; "Al exterior causó regocijo que el General Calles, el terror de los mexicanos, el verdugo de tantos disidentes, el que mantenía en el exilio a tantos millares de compatriotas, se encontrara en San Diego, California, igual que uno de tantos refugiados que él había obligado a cruzar la frontera..."[273]

Regresó después a México. Un testigo ocular contaba cómo a veces encontraba al infeliz paseando, como quien toma el sol, por el borde de la banqueta de frente a su casa: ¡solo! ¡enteramente solo! Y el 19 de octubre, tras de la celebración nacional, pletórica de entusiasmo y devoción religiosa, de los 50 años de la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, el hombre que había amenazado acabar con la Iglesia en México, en un año, y había declarado que no lo detendría ni siquiera el elemento sobrenatural, murió, viejo, y agotado, a la edad de 70 años. — "Una intensa

---

precisamente quien, ya Arzobispo de México, inició en 1934 y llevó a término el proceso diocesano para la beatificación del P. Pro.

[272] Fernando Ruiz Medina en el folleto *Calles*.

[273] Vasconcelos, *Flama*, pág. 465 y sgts.

palidez, los pómulos salientes y las mejillas hundidas, el pelo casi blanco, surcada de arrugas la cara y grandes ojeras"… presentaba el que un día fue llamado, no sabemos por qué fuerzas subterráneas del orbe, el Hombre Fuerte de México. Añádase ahí un dato melancólico y penoso: "En las paredes blancas del cuarto 32 no se descubría un solo cuadro o imagen. El General Calles no fue visitado por sacerdote alguno". Es cierto que por esos días anduvo el P. Carlos M. Heredia, S.J., procurando acercársele, hablarle y moverlo a dolor de sus faltas; pero no parece que lograra nada positivo. Cuando Calles expiraba dicho Padre no estaba presente, y negó que lo hubiese confesado. Sin embargo, la misericordia de Dios es infinita y se había rogado mucho por él y muchas vidas se habían ofrecido por su conversión. Quizá Dios finalmente se haya compadecido. Una de sus nueras le puso un crucifijo sobre las manos yertas. Fue sepultado en el mismo Cementerio de Dolores, en donde reposaba el P. Pro. Su tumba quedó a la entrada, sin una cruz, sin una insignia religiosa. Siguiendo a la derecha, como a unos 100 metros quedaba el sepulcro del apóstol de los pobres, el P. Pro, cubierto de flores y acciones de gracias y continuamente visitado.

El fin del General Obregón es muy conocido. Parece el de una tragedia de Shakespeare. Lleno de vida, llegaba por fin al colmo de sus ambiciones, dejando tras de sí torrentes de sangre.[274] Mario Mena, en su folleto *Alvaro Obregón*, dice: "La orquesta típica de Esparza Oteo tocaba *El limoncito*. Obregón, triunfador, fuerte, árbitro de los destinos políticas de México, estaba rodeado de sus partidarios. El banquete era un reconocimiento de los políticos de la indiscutible victoria del caudillo sonorense. Un hombre delgado,

[274] Mario Mena, *Alvaro Obregón*, 1960.

pálido, se acercó a la mesa del General Obregón. Llevaba en las manos unos dibujos. Quiso mostrárselos y don Alvaro, que estaba feliz, rodeado de los suyos, volteó la cabeza para ver. Toral, el dibujante, esperaba ese momento, Sacó la pistola que traía debajo de los dibujos y a boca de jarro la descargó sobre el Presidente electo. Obregón se desplomó herido de muerte. Sus partidarios, sus amigos, que lo rodeaban, se levantaron tumultuosamente, consternados. Empezaron a golpear a Toral. Alguno, en medio de la batahola, gritó que no lo mataran; que lo dejaran vivo para que hablara.

Los diputados clamaron exaltados en contra de Toral y de la "reacción" como ya lo anotamos. Pero el caso era que Toral no había consultado con nadie para proceder. Él, por sí y ante sí, se formó su conciencia y creyó necesario cumplir con un deber... ¡La mano de Dios se valía de su mano para dar una nueva lección a los perseguidores de la Iglesia! Tuvo el consuelo de recibir antes de su muerte los santos sacramentos. El P. Rafael Soto Muñoz, S. J., infatigable operario y continuo compañero del P. Pro en los ministerios, pudo, gracias al valor y presencia de ánimo, visitar a Toral en la cárcel la víspera de la ejecución, confesarlo, darle la comunión y prometerle que al día siguiente estaría a punto para ponerle los santos Oleos. Así lo hizo cruzando para esto por entre las filas de soldados y aprovechando los momentos entre las descargas y el tiro de gracia para ungirlo en la frente. Ahí mismo fue aprehendido, pero se salvó de milagro; de manera que pudo ir luego a la capilla ardiente a rezarle y a acompañarlo en el sepelio.

Continúa el señor Mena: "Aquel muchacho (Toral), tímido hasta la cortedad, que apenas hilvanaba las frases necesarias para explicar los motivos y la razón de sus actos, caminó firme y

tranquilo hasta el patio en que lo fusilaron. Un grito brotó entonces, vibrante, recto, como si quisiera opacar con él todas las frases suaves que había pronunciado durante el juicio: *¡Viva Cristo Rey!*; y las balas le cortaron la voz y la vida. La multitud salió a la calle para seguir el cortejo. Miles de capitalinos querían ir con el ataúd que llevaba los restos de Toral. Y cantaban los hombres y lloraban las mujeres; y, de pronto; en medio de la muchedumbre, un grito violento retaba: "¡Viva Toral!" El cadáver del General Obregón había sido llevado a Sonora para sepultarlo, en tanto que su figura pasaba a segundo término y se opacaba ante la presencia apasionante del victimario, que llenaba con su nombre los labios, con su figura los ojos y con su tragedia los corazones de las multitudes"[275] El Ilmo. Sr. Miguel M. de la Mora, Presidente del Subcomité Episcopal de México, lanzó, a raíz de la muerte de Obregón unas declaraciones en que públicamente reprobaba la conducta de Toral en el caso.

[275] A propósito de los perseguidores, el *Diario* de El Paso publicó en cierta ocasión una figurilla o "cartón" en que se representaba a Calles como un charro mexicano que había lazado con su reata la torre de una iglesia estilo misión y trataba de derribarla. Al lado, un diablito en jarras se reía de él. La leyenda al pie decía: "¡Con que no he podido yo en dos mil años!"

Apéndices

Apéndice I

EL CASO DEL ING. LUIS SEGURA VILCHIS

En los días en que se verificó la prisión y martirio del P. Pro, la prensa, los políticos y sobre todo la Policía esgrimieron, para demostrar la culpabilidad del P. Miguel en el intento de asesinar al General Obregón, el hecho de que los dinamiteros usaran en el asalto el coche Essex, que muchas veces Humberto había usado para sus actividades en la Liga y algunas, muy pocas, el P. Pro para sus ministerios, cuando se presentaba la oportunidad de que Humberto llevara la misma dirección que iba a seguir el Padre. Conviene, pues, esclarecer el asunto y poner en claro que todo el plan del Ing. Segura Vilchis, lo mismo que su ejecución fueron desconocidos de los hermanos Pro, hasta la tarde misma del 13 de noviembre de 1927. Para ello bastará con ir siguiendo, según la documentación actual, el desarrollo de los sucesos. Como esto parece un complemento necesario a la historia del martirio del P. Miguel, le dedicaremos este Apéndice.

La opinión pública exigía que se hiciera justicia contra los dos jefes máximos de la revolución que habían ensangrentado el país inicuamente, no sólo con muchas víctimas en el campo religioso, sino también en el político. Muy en particular los católicos interesados en la defensa activa de las libertades, desde que se perfiló con certeza la relección del General Obregón, se dedicaron al estudio de las tesis teológicas relativas a los tiranos. La idea de acabar con ellos andaba en el ambiente y era necesario prevenirse

para un evento cualquiera. Se hicieron varios estudios a fondo en los autores clásicos en la materia y finalmente la persuasión de hallarse México en el caso en que es lícito el tiranicidio llegó a ser tan popular así entre los levantados en armas para defenderse, como entre los civiles de mil maneras vejados en su fe, que el caso llegó a tenerse entre ellos como uno de tantos en una guerra defensiva.

Respecto de Obregón, hubo la misma división de pareceres entre los católicos que de tiempo antes venía imposibilitando notablemente el frente único. Para unos Obregón, al llegar a la Presidencia acabaría con el problema religioso; para otros, al revés, su relección suponía una continuación indefinida de la persecución y aun con mayor talento que Calles. Entre estos últimos se trató seriamente de llevar a la práctica la teoría. Faltaba una antena receptora del sentir común, que diera cuerpo a la idea y se ofreciera por todos, pues la muerte era segura. Esa alma fue el Ing. Luis Segura Vilchis. Su historia aparece sin mancha. Nacido en Piedras Negras, Coahuila, comenzó sus estudios en el Colegio Francés de la Perpetua, dirigido por Hermanos maristas, allá por el año de 1916. Llevó todos los años, en la mayor parte de las asignaturas, el primer premio; y en 1919 obtuvo además el *Premio de Excelencia.*[276] El Lic. Miguel Palomar y Vizcarra fundó en ese Colegio un Círculo de Estudios Sociales que se llamó Centro Unión, porque su finalidad íntima era unir alumnos y ex-alumnos. Muy pronto el Centro Unión se adhirió a la A.C.J.M. De esta manera el joven Luis que había dado su nombre al dicho Centro, se encontró automáticamente inscrito en la A.C.J.M. y vino a

[276] Pueden verse los datos biográficos en Barquín y Ruiz, *Los mártires de Cristo Rey*, págs. 267-269. Y más brevemente en Ríus Facius, *México Cristero*, pág. 214.

pertenecer al *Grupo Jaime Balines*. Desplegó ahí magníficas energías y cualidades naturales y sobrenaturales, como las había desplegado ya en el cumplimiento de todos sus deberes escolares.[277]

Cuando en 1925 la Liga solicitó adhesiones, la A.C.J.M. se le adhirió al punto, y con ella el Centro Unión, y con éste el joven Luis. En el trabajo que le encomendó la Liga, demostró cualidades notabilísimas de jefe. Por esto, cuando en 1926, una vez fracasadas las gestiones para un arreglo pacífico de la cuestión religiosa, la Liga creyó deber suyo, por cristianismo y por honor, apoyar y encauzar los movimientos de defensa armada y René Capistrán Garza hubo de salir del país en busca de recursos bélicos y del apoyo de los católicos de los Estados Unidos, la Liga confirmó la designación hecha por el mismo René de Luis Segura Vilchis, para sucederle en el cargo de la Jefatura del aprovisionamiento militar.[278]

Tenía para entonces Luis un buen puesto en la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, S. A., en la capital de la República. Pero, sin desatender sus ocupaciones de Ingeniero, se dedicó tenaz y hábilmente a su otro oficio de proveer de parque a los cristeros. Así se encontró constituido en *Jefe del Control Militar y de Aprovisionamientos*; y se puso en contacto con muy valiosos elementos de la juventud, como, por ejemplo, los hermanos Humberto y Roberto Pro. También se hubo de poner en contacto con muchos cristeros llenos de audacia y valor; y así captó perfectamente la idea que andaba ya en el ambiente, de la necesidad de acabar con los jefes de la persecución, para evitar

[277] Barquín y Ruiz, *o. c.*, págs. 273-274.

[278] Barquín y Ruiz, *o. c.*, págs. 282-283.

males supremos que no tenían, a su juicio, otro remedio. No se sabe cuándo o en qué día se afirmó en él esta idea.

Luis tenía un talento claro y una enorme decisión de voluntad para lo que una vez proyectaba. Estudió a fondo el caso, se convenció de la licitud moral y procedió, aunque con toda la peligrosa inexperiencia de cuantos se improvisaron militares en aquella época gloriosa de luchas por la fe. Determinado ya y formada su conciencia, hizo su primer intento en febrero de 1927. Como subordinado de la Liga, comunicó con la Directiva su proyecto. Esto se puso a discusión. El Vicepresidente votó *negative* y también la mayoría, con la esperanza de que los Estados Unidos ayudarían al catolicismo mexicano, y temeroso de que el plan de Segura fuera un impedimento para ello. Pero Luis, por su cuenta y en uso de sus facultades ordinarias, como jefe del aprovisionamiento militar y asumiendo en sí la representación de toda la sociedad impunemente vejada, labró unas bombas con las que pensó volar el tren en que viajaba Obregón. Iba con él un compañero que en el camino e le puso nervioso. Al fin nada llevó a efecto porque tuvo noticia de que Obregón no viajaba en tren especial, sino en un carro añadido a un tren de pasajeros; y Luis no quiso dañar al pasaje, que era inocente.

Desde entonces la Liga se planteó formalmente la cuestión acerca de la licitud de semejante género de procedimientos. Graves personas estudiaron los autores de Teología y Moral católica. Se publicaron algunos estudios; se hicieron diversas consultas; y finalmente la Liga se formó a su vez la conciencia de que sí era licito y aun meritorio ese medio de eliminar a un tirano, cuando se cumplían las condiciones que ponen los autores. Y opinaron que tales condiciones, en el caso presente se cumplían

bien. Más aún: el sentido común popular, que se daba cuenta de que la persecución en último término venía de dos o tres cabezas, apoyadas por las fuerzas secretas contra el parecer de toda la nación, daba por hecho ser lícito eliminar a los pocos tiranos que destrozaban el país. En los epistolarios de aquel tiempo se palpa dicha persuasión. Por eso la Liga, una vez destrozado por Obregón y Calles el Partido Antirreeleccorista y abierto el paso a la Presidencia para Obregón entre torrentes de sangre, tomó la determinación y llamó al joven Luis y le preguntó por medio de su Vicepresidente si estaba dispuesto a dar el paso. La consigna llevaba consigo no un peligro de muerte, sino una muerte segura para el ejecutor. Pero Luis no vaciló.[279]

Como Jefe del Control Militar, sabe Luis que hay en el campo cristero otro joven decidido a eliminar a Obregón. Es José González. Formula entonces su plan "de acuerdo con su lugar-teniente, Manuel Velázquez Morales, miembro del Comité General de la A.C.J.M. y Jefe de Propaganda en la Delegación Regional de la Liga; plan en el que le debían ayudar otros dos acejotaemeros: Nahúm Lamberlo Ruiz y Juan Antonio Tirado Arias." Luego salió Luis para Guadalajara rápidamente, el día primero de noviembre, para entrevistarse con José González, acabar de coordinar el plan y tomar los últimos acuerdos. Estando allá se enteró de que Obregón debía regresar de una de sus giras políticas a la capital el día 13 de ese mes, por lo que se apresuró a volver acompañado de González.

Tenían entonces los de la A.C.J.M. una casa alquilada en la vecina población de Azcapotgalco, a la que llamaron la Casa de la Troya, sin duda en alusión al título de una famosa novela. Luis

[279] Esos Facius, o. c., págs. 311-312 y 315.

regresó a la capital el día 7 y buscó otra casa que le sirviera de depósito de los elementos necesarios para la fabricación de las bombas y de armas, pues la Casa de la Troya no la empleaban para eso. La encontró en la calle de Alzate, número 44. Se necesitaba rentarla y él no tenía fondos, pues de sobra es sabido que todo el inmenso trabajo de la defensa católica se hacía a base de donativos a veces heroicos. Le ocurre entonces acudir a otro joven muy activo y prudente: Humberto Pro, Delegado Regional de la Liga. Sin descubrirle sus planes, le suplica conseguirle fondos para dicho alquiler. Humberto no tuvo dificultad, pues supuso que Luis quería la casa para el servicio que prestaba la de Azcapotzalco.[280]

Tampoco Humberto tenía fondos, pero recurrió a la generosidad de una señora de muy práctico catolicismo: la Sra. Montes de Oca, quien adelantó 250 pesos para pago de la renta de tres meses. Pero esta señora sospechando el fin para que se destinaba la casa y temiendo el peligro de parte de la policía, invitó a dos señoritas pobres, de apellido Hernández, para que establecieran ahí una "Casa de Huéspedes". Luis, una vez asegurado este paso, se dedica a perfeccionar las bombas que han de servir para sus planes. Pero los oculta aun a los más íntimos amigos; trabaja solo y organiza los últimos pormenores. Es el hombre del perfecto mutismo. A sus más allegados colaboradores les dice que "se trata simplemente de auxiliar a los cristeros".

Así quedó puesto el primer punto de contacto con los Pro en conexión con el intento de matar a Obregón, aunque ellos ignoraban por completo lo que se iba tramando. El segundo punto

---

[280] Para varias rectificaciones en los pormenores de estos sucesos, véase el Apéndices a la *Vida Intima*, 3a. ed.

se siguió y fue más comprometedor. Segura Vilchis no tiene coche y necesita uno viejo y ya de poco servicio, que usa Humberto Pro para su propaganda religiosa. Humberto, aún ignorante de todo, lo cede a Segura Vilchis. La Liga le promete a Humberto un Studebeker.[281] Mas, como Luis se encuentra sumamente ocupado en lo de la fabricación de las bombas, comisiona al cristero José González para que gestione el cambio de coche. Roberto Pro, ignorante absoluto del plan que se va siguiendo, no tiene prisa en hacer el cambio de licencias. Aparte de que, después del intento de acabar con Obregón, la licencia estuvo en poder de Mazcorro; y éste, aun teniéndola delante con el retrato de Roberto no identificó a éste al verlo, pues por una precaución, muy prudente en aquellos días, Roberto había dado un nombre fingido y figuraba como Daniel García.[282]

---

[281] Se dice en el Apéndice de la *Vida Intima*, pág. 272, que "desde hacía meses Humberto había recibido el Essex, cuya licencia, con el retrato de Roberto, estaba a nombre de Daniel García. Segura empero había obtenido permiso para usar incidentalmente el Essex, con la condición de poner chofer distinto, y así se hizo algunas veces. Hacía unos dos meses que Humberto había recibido el Studebeker, cuya licencia, con el retrato de Humberto, llevaba el nombre de Manuel López. Empezaban a tramitarse los documentos para hacer pasar a Segura el Essex. Sin avisar a nadie, Segura pidió a Humberto el Essex, sin revelarle sus propósitos, y Humberto creyó que le urgía el traslado ya convenido, y por eso entregó el coche en una entrevista relámpago al prófugo a quien no conocía ni volvió a ver. A buen seguro que si hubiera conocido el intento, al menos hubiera retirado la licencia. Y por esta razón el 14 se quejó caballerosamente con sus jefes de que le hubieran comprometido, sin saber él nada del asunto; y dichos jefes le dieron la razón... Segura trabajaba en la sección militar, Humberto en la cívico-social. Hay ahí otros pormenores interesantes.

[282] Véase el Apéndice citado de *Vida Intima*.

La entrega del coche se hizo el día 8. El 9 Segura ultimó todos los pormenores. El 10 invitó a Nahúm Lamberto Rus y por indicación suya, éste invitó a Tirado el 12. Conocen pues el plan Segura, Velázquez Morales, González, Nahúm y Tirado y los jefes de la Liga. Fuera de éstos nadie más. Entra en el plan que lo ejecute Velázquez Morales y no Luis, porque en el caso de faltar éste, el Control Militar y de Aprovisionamiento quedaría acéfalo. González irá al volante del Essex. Nahúm y Tirado llevarán otras bombas y armas para el caso de defensa personal. El día 13, señalado por Segura para la ejecución del plan, Luis citó a Velázquez para las ocho de la mañana en la Casa de la Troya, y le dijo que ahí lo esperara hasta las ocho y media de la mañana; y que si para entonces no se presentaba sería señal de un cambio de fecha para la ejecución del plan. Por su parte Nahúm citó a Tirado para las once de la mañana en la esquina de Capuchinas e Isabel la Católica. Velázquez Morales esperó puntual a Segura; pero como éste, por urgencias imprevistas, no llegara a la hora convenida, pensó que el plan se había diferido y se marchó a la Basílica. Más tarde, a las once, finalmente se presentó Segura en el Essex en la esquina de Capuchinas e Isabel la Católica. Iban con él González, al volante, y también Nahúm. Recogieron a Tirado y siguieron hacia la Casa de la Troya. A pesar de la ausencia de Velázquez Morales, Luis no quiso desaprovechar la oportunidad de la llegada de Obregón; contra lo planeado, decidió tomar personalmente la ejecución del tirano. Por tal motivo, ordenó a González enderezar el rumbo hacia la Estación de Colonia.[283]

Iban en el asiento delantero Segura y el chofer González; en el de atrás, Nahúm y Tirado. Obregón bajó del tren a la una de la

[283] Barquín y Ruiz, o.c., págs. 303-304.

tarde, pero los asaltantes no pudieron acercársele por el aglomeramiento de curiosos y partidarios. Lo fueron siguiendo hasta su domicilio en la calle de Jalisco número 196, que después recibió el nombre de Avenida Alvaro Obregón. Este hizo una pequeña parada en el Hotel Francés para recibir las felicitaciones de sus amigos, sin sospechar nada. Entró en su casa. Comió tranquilamente. González, cansado de tan larga espera —pues no han podido acercarse al auto del General— propone acabarlo a puñaladas en la puerta misma de su casa, pero Segura prefiere seguir las líneas del plan trazado. A las dos de la tarde, Obregón, acompañado de Tomás P. Bay y del Lic. Orcí, sale en su poderoso Cadillac. Al volante va Catarino Villalpando. Se dirigen al bosque de Chapultepec con el objeto de pasear un poco mientras llega la hora de la corrida de toros a la que Obregón desea asistir. Los sigue un segundo auto con algunos amigos del caudillo: Juan H. Jaime, Ignacio Otero y Tamiro Ramírez. Segura desde el Essex vigila los movimientos y ordena a su chofer, González, seguir el coche de Obregón, que enfila por la Fuente de las Ranas y tuerce a la izquierda y toma la avenida principal del bosque.

En el momento de llegar a la Calzada de los Filósofos, cerca del puente que hay sobre el lago, el Essex acelera su marcha y se adelanta un poco al auto de Obregón. Luego, una vez calculada la posición del caudillo en el Cadillac, disminuye la velocidad. Todos se preparan, y en el momento en que se parean con el Cadillac disminuyen la velocidad. Segura echó pie a tierra con la bomba en la mano y la arroja al interior del Cadillac que marcha a velocidad de paseo. Nahúm arroja a su vez la suya y vacía su revólver a bulto sobre el Cadillac. Tirado no arrojó la suya "que luego fue encontrada por la policía". El humo había cubierto los autos. Obregón estaba sumamente pálido y en vano buscaba el revólver

que siempre solía llevar consigo. De una carta particular copiamos: "El domingo 13 sufrió Obregón un atentado... no sufrió más que un rozón en la mejilla, y las malas lenguas dicen que se desmayó... El candidato se presentó al comenzar la corrida de toros, cuando la plaza estaba repleta de gente... y no se le hizo la más insignificante demostración de simpatía ni se oyó el más leve aplauso". La fecha de la carta es del 19 de ese mes. Tal vez exagera, pero indica la tensión popular ante la persecución religiosa y la reelección.

Los acompañantes de Obregón bajaron del coche y encontraron al General ileso, aunque con leves rasguños en la cara y en una mano, producidos por las astillas del cristal, y ligeras quemaduras de la pólvora. El coche sí sufrió graves desperfectos. Lo arrastraron hasta la Calzada de los Leones en donde un amigo hace subir al futuro Presidente al suyo y lo lleva a su casa, en la calle de Jalisco. El Dr. Alejandro Sánchez le cura los raspones. En eso están cuando se presenta Otero y les anuncia que uno de los asaltantes ha sido detenido. Porque Jaime y los del segundo coche inmediatamente se dieron a perseguir al Essex.

En efecto: Segura, creyendo haber acertado el golpe, ordena a González la huida a todo escape. Pero el Essex avanza poco. Ha salido del paseo de Chapultepec y ha tomado por la calzada de la Reforma. Los que lo persiguen van disparando sobre él, y una bala logra abrir un agujero en el tanque de la gasolina. Segura se da cuenta de que están perdidos y al llegar a la glorieta llamada de El Angel, ordena a González torcer la derecha; y por Florencia y Liverpool logran alcanzar la Avenida de Insurgentes. Nahúm, desoyendo una orden terminante de Segura, comienza a disparar sobre los perseguidores; según otros, no desobedece, pero, por curiosidad de ver si los vea alcanzando, asoma la cabeza. En ese

momento recibe un balazo que le atraviesa la sien y la bala le sale por el ojo derecho.

Segura observa que un coche se aproxima por enfrente, y ordena a González provocar un choque, en la esquina de Liverpool con Insurgentes. Se produce una confusión por el arremolinamiento de curiosos, Segura lo aprovecha y, con su serenidad de siempre, salta del Essex y se escabulle por entre la gente. Lo mismo hace González. Salen también del coche Nahúm y Tirado; pero Nahúm tan gravemente herido que apenas puede caminar, par lo que es al punto aprehendido. Como éste, al ser herido, se había recargado en su compañero, lo manchó de sangre. Por las manchas lo identifican y lo aprehenden también. Aprehenden además a un tercer individuo que nada tenía que ver en el asunto.

Por testimonio de Palomar y Vizcarra sabemos que Segura fue desde luego a presentarse al Vicepresidente de la Liga, que se encontraba escondido con otros dos compañeros en la casa del Lic. Roberto Núñez. Allá llegó, apuesto, blanco, de pelo castaño y rebelde, mirada franca e inteligente, pulcramente vestido, con una sonrisa agradable, casi infantil. El parte que rindió fue sencillo; las órdenes estaban cumplidas, pero el desajuste de los niples había hecho que fallaran las bombas. Al huir, Nahúm Lamberto Ruiz había sido herido. El Vicepresidente le ofreció una copa de tequila. Segura la rehusó y se contentó con declarar que seguiría trabajando, como antes, en la Compañía de Lux y Fuerza. Y, preparando la coartada para el caso de que lo aprehendieran, tomó el tranvía de Tacubuya para asistir a la corrida de toros. Ahí hizo de modo que el General Obregón lo viera y se fijara en él.

El chofer González estuvo oculto por algún tiempo, según parece, en la capital y luego desapareció. Quizá regresó a los

campamentos cristeros, porque también él era todo un carácter. Segura ordenó a Velázquez Morales que inmediatamente disolviera la Casa de la Troya. De modo que cuando la policía se presentó allá no encontró nada. Morales, por su parte, se dice que salió luego de la capital rumbo a los Estados Unidos. Y más tarde aseguró bajo juramento la inocencia absoluta del P. Pro y sus hermanas en todo aquel negocio. Segura tomó tranquilamente a sus ocupaciones en la Compañía de Luz y Fuerza Motriz. Juan Antonio Tirado y el curioso aprehendido juntamente con él, cuando llegaba a la esquina de la Avenida Chapultepec, fueron conducidos a los sótanos de la Inspección de Policía. El herido, Nahúm, fue llevado primeramente a la presencia de Obregón, a quien, según parece, lo presentaron sus amigos para congraciarse con él. Iba el General a salir en esos momentos, tras de las curaciones que le habían hecho, hacia la plaza de toros. Nahúm le dijo: "¡Mi General! ¡yo no he tirado!" Obregón se contentó con ordenar que lo llevaran a la Inspección de Policía: mas, por su gravedad, hubo que conducirlo en seguida al Hospital Juárez.

Quedaron así en manos de la Policía tres individuos a quienes se procedió inmediatamente a tomar declaraciones. El curioso nada tuvo que declarar, pues ni había intervenido, ni sabía siquiera que hubiera habido el atentado. En cuanto al obrerito Tirado, no solamente se le tomaron declaraciones, sino que se le sujetó a tormentos crueles. Pero su mutismo fue absoluto. Dijo que las manchas de sangre se debían a un sencillo acto de caridad con que quiso ayudar al herido, del cual nada más sabía. Y con ese mutismo llegó hasta la tumba. De manera que como clave del asunto quedaba únicamente el herido Nahúm. También podría utilizarse el registro del Essex, aunque éste se hallaba, como ya se dijo, a nombre de un tal Daniel García.

Toda la tarde del día 13 de noviembre anduvo la policía desorientada. Al día siguiente, Mazcorro, Jefe de las Comisiones de Seguridad, designó a Valente Quintana para proceder al esclarecimiento del crimen. Y por la tarde le dio como compañero a un hombre de muy mala fama contra los católicos, Alvaro Basáil. Al mismo tiempo se ordenó el cateo de varios domicilios. Un asiduo compañero del P. Pro, el P. Rafael Soto Muñoz, solía atender a los enfermos del Hospital Juárez, a donde fue llevado Nahúm Ruiz. El día 13 de noviembre, ya noche salió del Hospital Juárez, en donde disfrazado desempeñaba como podía sus ministerios sacerdotales. Cuenta él que iba quejándose con San Estanislao de Kostka de que en ese su día no le había tocado sufrir por Cristo nada, mientras otros si habían tenido algo que ofrecer. Mas apenas entró en el Hospital Juárez, le indicaron personas que ya él tenía de antemano convenidas para avisarle de los enfermos, que acababan de llevar a uno; pero que tenía un gendarme y un policía secreta con órdenes terminantes de que nadie se acercase. "Como el enfermo estaba grave, cuenta el misma P. Soto, decidí jugar el todo por el todo. Aproveché la ocasión de que el gendarme tuvo que salir, y me acerqué al enfermo. El secreta estiró tamañas orejas para ver qué pescaba. — "¿Te quieres confesar? —le dije al enfermo. Soy sacerdote católico."— El enfermo, comprendiendo tal vez mi peligro y esperando mejor ocasión, me dijo que otro día, porque entonces no se sentía capaz. El secreta no dijo esta boca es mía. Pero apenas salí de la sala, se me lanza como un rayo, me detiene bruscamente, me arrebata la lista de los enfermos y me dice: — "Ud. conoce a ese enfermo y estaba en combinación con él antes del atentado". — ¿Qué atentado? respondió. — Pero el secreta no le hizo caso. Entonces el P. Soto le demostró que diariamente acudía para auxiliar a los enfermos e intimó con él hasta

llegar el secreta a confesarle que "sólo la necesidad lo obligaba a desempeñar ese oficio". Al día siguiente, otro secreta estaba con el enfermo, o sea el 14, cuando andaban ya en busca del P. Pro. Este otro secreta nada sabía de lo sucedido con el anterior. El P. Soto se decidió de nuevo a jugar el todo por el todo. Esperó a que aquel individuo se fuera a cenar; y cuando con sus propios ojos lo vio en el comedor, a toda prisa corrió al lado del enfermo. Estaba de guardia un soldado "indiote de pura cepa". Con cierta autoridad le dijo el P. Soto: "¡No es justo que este hermano nuestro muera como un perro! Así es que le voy a rezar un poco; y luego, para que tú no te comprometas, me voy". Y sin decir más, se entró en la camarilla del enfermo, le dijo quién era y el enfermo se confesó. Al ponerle la última unción, éste dijo: "¡Bendito seas, Dios mío! ahora muero tranquilo."[284] El enfermo era Nahúm Lamberte Ruiz.

También estuvo a la cabecera de Nahúm su esposa la Sra. Luz del Carmen González, quien con la esperanza de salvarlo en el caso de que saliera con vida del Hospital Juárez, hizo a la policía diversas declaraciones que luego, modificadas a gusto de ésta, aparecieron en los diarios como obtenidas por ella.[285] Ciertamente Nahúm tuvo ratos lúcidos, pero su carácter no era como para hacer las revelaciones que se le atribuyeron. Entre las que publicó la prensa, dadas por la policía, las hay tales que manifiestamente se advierte la intención aviesa con que se inventaron. Por ejemplo: "Humberto Pro está en la calle de Alzate, donde se hicieron las bombas". La referencia a Humberto es ciertamente falsa; pero es obvio que a los agentes policiacos les viniera bien, en oyendo el

[284] Carta del P. Rafael Soto Muñoz al P. Socio Enrique Ma. del Valle, publicada en las *Noticias de la Provincia de México de la Compañía de Jesús*, a 5 de julio de 1962.

[285] Ríus Facius, *o.c*., pág. 318.

apellido Pro, conectarlo con la fabricación de las bombas. No había motivo para que a Nahúm se le ocurriera tamaña falsedad, en el caso de hacer declaraciones.[286] La policía procedió a cateos y detenciones. El 14 cateó la casa de la Sra. Valezzi. Luego cateó la de Madero 1, de donde el 13 habían huido los del grupo de acejotaemeros y jóvenes católicos, ciertamente no involucrados en este asunto, pero que sospecharon que se les podría perseguir. Cateo de la Casa de la Troya, el día 15, en la que nada encontraron. Cateo, el día 14, de Jesús María 38, en donde encontraron una bodega con parque y armas: 7,500 cartuchos, pero nada en referencia al complot. Aprehensión de los Bribiesca. Luego el 17 la policía localiza a Segura Vilchis en la Compañía de Luz y Fuerza, por la tarde. Todavía antes, cateo de varias casas en la calle Madero, en Tacubaya, de otras en Coyoacán, etc., sin que la policía encontrara nada.

El comisionado para la aprehensión de Segura Vilchis fue Alvaro Basáil. Se presentó en la oficina y rogó a Segura que lo acompañara a la Inspección de Policía. Segura le contestó: ☐¡Con mucho gusto!" Mientras bajaban en el ascensor Basáil creyó notar en Segura palidez y nerviosismo. Se lo hace notar, y Segura le contesta: "'¡No es nada! ¡El ascensor siempre me fatiga!" Segura fue conducido a la presencia de Roberto Cruz. Negó ahí su participación en el atentado. Y para probar la coartada, mostró a Cruz el boleto de entrada a los toros, correspondiente a la corrida del domingo 13; y le dijo: "¡La corrida fue monumental!... ¡Estaba yo

[286] Mucho se discutieron entonces las declaraciones atribuidas a Nahúm Ruiz. Un documento sereno y definitivo sobre el asunto posee en su archivo privado el autor. Por él se ve que Nahúm no declaró al agente policiaco nada de lo que se le atribuyó. Su esposa sí dijo ahí diversas cosas, pero para nada nombró al P. Miguel Agustín, ni siquiera dio el domicilio de este Padre.

cerca del General Obregón! ¡Me acuerdo que le brindaron a Ud. un toro...! Así, a grandes rasgos, eso es todo". Luego Obregón mismo testificó haberlo visto en la plaza de toros. Estaba, pues, enteramente a salvo.[287]

Pero Segura Vilchis era de un carácter extraordinario. El Sr. Barquín y Ruiz escribe: "En la prisión encontró Segura a Tirado y a los hermanos Pro Juárez, siendo el hallar a éstos ahí una sorpresa para él, pues ignoraba que acababan de ser aprehendidos. Al verlos, lo mismo que a Tirado, hizo como si no los conociera". Pero cuando Roberto Cruz, una vez probada su coartada, lo hizo conducir nuevamente a su oficina "para notificarle personalmente que iba a ser puesto en libertad", Segura había ya resuelto su caso de conciencia. Le era imposible dejar morir en el patíbulo a los inocentes, siendo él el verdadero ejecutor del asalto a Obregón: "¡General Cruz" le dijo al Inspector de Policía —"¿Me da Ud, su palabra de honor de que sólo serán sacrificados los responsables del intento de matar a Obregón y que serán puestos en libertad los demás presos que no tomaron parte activa en él, y que están acusados de ser los autores y ejecutores del mismo, si le digo la verdad sobre el asunto?" —"¡Sí, Ingeniero!" repuso Cruz. —"Pues bien, General", exclamó Luis... "el autor directo y ejecutor… soy yo. En la realización del plan me ayudaron Nahúm Lamberto Ruiz y Juan Antonio Tirado Arias. Los hermanos Pro Juárez nada tuvieron que ver en el asunto, pues ni supieron lo que se iba a hacer, ni tomaron parte alguna en lo hecho".

—"Ud. se burla de mí, Ingeniero, le repuso Cruz. Su inculpabilidad está plenamente probada... lo que Ud. quiere es que los Pro salgan en libertad por falta de méritos..." —"¡No, mi

[287] Barquín y Ruiz, *o.c.*, págs. 308-310.

General! ¡no pretendo burlarme de Ud.! Quiero, sí, salvar a los Pro, porque es mi deber hacerlo así, ya que ellos no tienen responsabilidad alguna en el intento de la ejecución de Obregón... Sé que mi confesión me costará la vida, pero es para mí un deber de conciencia, aunque seguramente Ud. no comprende el proceder así. Si Uds. matan a los Pro después que yo haya demostrado que son inocentes, eso será un crimen suyo y ninguna responsabilidad tendré yo en él, como la tendría si no hablara..." Luego amontonó pormenores y pruebas de que solamente él y Lamberto y Tirado eran los causantes del asalto. Inmediatamente se le regresó a su celda de prisión. Quizá objetivamente no fue acertada su resolución, pues era seguro que en ninguna forma perdonarían a los Pro. Aparte de que tenía sobrecargo, "entre manos muchos asuntos importantes que no puedo abandonar", como dijo él mismo a Velázquez Morales el día 15. En efecto: la caída de un jefe como él produciría un entorpecimiento "por algún tiempo en la marcha del Movimiento de defensa Armada". Pero su rectitud de conciencia y su caridad lo obligaron.

De los días que pasó en la cárcel no tenemos más datos. El 23, poco después de las 10, a.m., fue sacado de su celda del mismo modo que el P. Pro, sin decirle de antemano nada de su próxima ejecución. El diario "Excélsior", con fecha 24 de noviembre que ya citamos anteriormente, dice de él que, al salir al jardín de la Inspección y contemplar el espectáculo del P. Pro muerto, y la cantidad de soldados", sintió la misma impresión que el sacerdote Pro Juárez: pero instantáneamente se repuso y siguió caminando con la misma entereza y serenidad". En una carta particular hay este pormenor que ya indicamos más arriba: "Segura dijo a Cruz: ante el cuerpo del Padre Pro ya asesinado: General, le devuelvo su

palabra".[288] Al mismo General, cuando le presentó su propia denuncia y Cruz le preguntó: "Entonces, ¿no se arrepiente Ud., de haber intentado matar al candidato presidencial único?", Segura habría contestado: "Si veinte vidas tuviera Obregón, veinte vidas le quitara para salvar a la Patria de tan ominosa opresión."[289] Y durante todos los días en que estuvo en la Inspección se mostró con hombría al contestar las preguntas que se le hicieron. "En todos sus actos mostró serenidad inigualable y siguió en tal aspecto cuando lo vimos hoy en el trayecto de la puerta del sótano al jardín", afirmaba el *Universal Gráfico*.

En las fotografías que se tomaron de su marcha hacia el paredón, se observa la firmeza del paso, lo erguido del cuerpo, la inseparable sonrisa en los labios, el eterno mechón cayendo sobre el lado derecho de su frente y la mirada penetrante. La cámara captó esa mirada dirigida al cadáver del P. Pro, y que luego se elevó para no volver a descender más... "Al llegar ante el cadáver, Luis se detuvo un momento y se inclinó tributando así al sacerdote mártir el primero y más grande de cuantos homenajes ha recibido. Dio unos cuantos pasos más y llegó al paredón. Contestó con voz clara a las preguntas que se le hicieron de si deseaba alguna cosa y si quería ser vendado, a todo lo cual contestó que no. Cuando estuvo parado frente al cuadro, se le oyó decir: '¡Estoy dispuesto, señores!' Sus manos primeramente las llevó a los bolsillos del pantalón; pero luego las sacó y colocó los brazos hacia atrás, presentando el pecho levantado para recibir la descarga. Se produjo entonces un momento de absoluto silencio. La expresión de su rostro difícilmente podía ser apreciada, en virtud de que todo

---

[288] Carta del Vicepresidente de la Liga al autor, a 8 de enero de 1964.

[289] Barquín y Ruiz, *o. c.*, pág. 311 y 318.

el tiempo fue mirando hacia arriba y sin fijarse en los detalles y personas que lo rodeaban". "La apoteosis fue parecida a la de los hermanos Pro en la devoción, la fe y el entusiasmo. Desgraciadamente el sepelio se verifico a la misma hora y en un sitio muy distante de los Pro, en la Villa de Guadalupe. Por eso no pudo ser tan concurrido. Pero no obstante, constituyó por sí un espectáculo grandioso, inusitado, no comparable al homenaje rendido a ningún hombre de los últimos años. Sus restos descansan casi al pie de la Basílica de la Stma. Virgen de Guadalupe".[290] Tales fueron las impresiones de los que contemplaron aquella tragedia, que luego cada cual juzgó según su criterio. La Jerarquía parece que guardó un prudente silencio. ¡Tan embrollados andaban los pareceres y las noticias!

De los colaboradores de Segura en el intento, muy en la penumbra queda Nahúm Lamberto Ruiz. El Lic. Andrés Barquín y Ruiz, empeñoso investigador de los tiempos aquellos, ha escrito de Ruiz y Tirado: "Humildes en su origen, continuaron siéndolo en su vida ordinaria. Dos muchachos que adoraban a Cristo y amaban con pasión la libertad de la Iglesia. Dos paladines en el ejército de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana. Dos caracteres de acero, dos voluntades de bronce, dos gallardías puestas al servicio de la causa de Cristo. Dos cruzados que peleaban en las filas de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa... La A.C.J.M., los había formado. A Ruiz en el Grupo Local *Círculo de Estudios Jaime Balines* y a Tirado en el *Grupo Local de la Colonia Obrera*. Y al educarlos lo había hecho de acuerdo con sus aptitudes, sin despertar en ellos sueños que nunca alcanzarían. — Ruiz y Tirado eran dos magníficos soldados, siempre dispuestos a obedecer. No

[290] *Noticias de la Provincia de México de la Compañía de Jesús*, n. 36.

habían nacido para jefes y así lo comprendían; pero, dándose cuenta de cuál era su papel y desempeñándolo a conciencia, hacían tanto bien como el que realizaban los que siendo jefes sabían mandar dando órdenes justas y atinadas. Decir que Tirado y Ruiz eran magníficos soldados no es denigrarlos, ni menospreciarlos, ni restarles gloria. Un ejército es tan inútil sin jefes como sin soldados..."[291] Ruiz y Tirado se movían en aquel ambiente cargado de la idea de acabar con los tiranos y con su nativa decisión y arranque estaban dispuestos a obedecer la orden —si acaso les llegaba— de acabar con Obregón. Con tal psicología recibieron la indicación o la orden (no se ha esclarecido) del Ing. Segura y procedieron de acuerdo con él y con él como jefe. Nahúm fue abatido a tiros estando aún en el Essex. Dios le concedió recibir los últimos sacramentos de manos del P. Rafael Soto, como ya se dijo. Es decir de un héroe que para ejercitar su ministerio con los enfermos, hubo a veces de esconderse y pasar las noches en el cuarto en donde en el Hospital Juárez hacinaban los cadáveres antes de darles sepultura. Ruiz falleció el 20 de noviembre, pero no tenemos datos de su sepelio.

Respecto de Tirado, *Nuestra Revista*, del 22 de enero de 1963, dice: "Amordazado fuertemente de modo que no le quedara más que una ligera abertura en una de las comisuras de la boca, para que por ahí pudiera pasar el grifo de una manguera, se abría una potente llave de agua para obligarlo a tragarla quisiera que no. Y el bazo (? sic) se iba dilatando y los dolores más agudos hicieron estremecer su cuerpo moreno y recio, pero ni así habló Tirado. Entonces lo pasaron a la regadera de los bomberos y bajo la terrible, espantosa presión del chorro brutal, lo dejaron hasta tres

[291] Barquín y Ruiz, *o.c.*, pág. 301.

veces por veinte minutos, con intervalos de cinco, para interrogarlo. Pero ni así. Hubo que dejarlo".

Fue fusilado después de Humberto Pro. Al ser conducido al paredón iba enfermo de pulmonía a causa de lo frío de la celda y también por los tormentos tan graves a que se le había sujetado. En su celda, el P. Pro lo había visitado y consolado. ¿Lo confesó además? Se sabe que tenía guardias de vista que no lo abandonaban ni un momento; pero también se sabe el arte especial que el P. Pro tenía para semejantes ocasiones. Por lo menos la absolución parece indudable que sí se la dio. Al salir del sótano de la Inspección, se presentó envuelto en un sarape, el mismo que el P. Pro le había regalado y que al Padre había dado la Sra. Valdés al momento en que lo sacaban de su casa para la Inspecci*ón (Vida Intima*). Tirado caminaba con dificultad, por lo que el reportero de *El Universal Gráfico* aseguró que "cuando era llevado del cuadro del fusilamiento se resistía un poco; caminaba despacio, como para retardar un momento su muerte□. □La fiebre lo hacía temblar", escribe Barquín y Ruiz: "a cada paso sentía convulsiones... Cuando se le pidió que expresara su última voluntad, respondió: Quiero ver a mi madre". Se le manifestó que era imposible acceder a su deseo y se le ordenó que se pusiera de espaldas al paredón, frente al pelotón que formaba el cuadro".

Los católicos en el caso no anduvieron con distingos. En gran número acompañaron su cadáver al sepulcro, considerándolo también como un mártir, uno de tantos que exponían su vida por salvar la religión. "Juan Tirado" —dice Rivero del Val— "fue inhumado en Dolores al día siguiente del sepelio de los hermanos Pro. Lo acompañaron numerosas personas y representaciones de

sociedades y asociaciones"[292] Una carta particular afirma, "La infame ejecución, contra lo que se pudiese pensar, dado nuestro carácter y lo largo de la persecución y lo inaudito del hecho en pleno día, en el centro de la ciudad, con un aspecto de fuerza y de crueldad apenas imaginables, el hecho es que el entierro de las cuatro víctimas ha sido una apoteosis. Un río de gente ha acompañado los cadáveres, y ahí se han encontrado personas de todas las clases sociales, de todas condiciones, de todas edades. Se ha aclamado a Cristo Rey, se han cantado himnos religiosos, el Eucarístico mexicano, el del Sagrado Corazón y el *Perdón., oh Dios mío*; se han lanzado mueras a los tiranos y al mal gobierno. El entierro de Segura fue en la Villa y el de los Pro en Dolores, el día 24. El de Tirado fue ayer en este último panteón, con gran número de obreros. De esta apoteosis se ha cuidado bien la prensa, sofrenada, amordazada de hablar cosa mayor. Si pretendiese yo dar detalles de estos acontecimientos, sería menester que escribiera muchas y muchas páginas; y por muchas razones no puedo extenderme mucho en tratar de estos acontecimientos."[293]

Más en particular habla otro documento: "J. Tirado Arias era un humilde obrero, enteramente desconocido. Vivía pobrísimamente, casi en la miseria, al lado de sus ancianos padres. No obstante eso, la sociedad se conmovió de nuevo. Las escenas del 24 por la tarde en el entierro de los hermanos Pro, se repitieron para honrar al pobrecito, al desconocido, la mañana del 25. El número de automóviles fue poco más o menos igual. La asistencia parecida, tan numerosa y selecta como la del día anterior y tan llena de entusiasmo y de júbilo. La misma carroza de lujo fue

[292] Noticias de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, n. 36.

[293] Carta del Vicepresidente de la Liga al Sr. González y Valencia, 26 de noviembre, 1927.

enviada para el hijo del trabajo; pero sus hermanos los obreros no consintieron que la ocuparan les restos de Tirado, sino que lo llevaran en hombros desde su humilde morada hasta el lugar de su último descanso. Por eso el desfile duró más de dos horas. Como el día anterior, las ofrendas florales fueron copiosísimas, los vítores idénticos. Los obreros proclamaban al mártir de su Colonia Obrera. Hubo sólo una nota discordante: una piadosa persona colectó en Dolores una suma para subvenir a las necesidades de la familia Tirado. El pueblo dio gustoso su óbolo. Pues bien, la policía arrebató esa suma para el gobierno. Pero el pueblo, indignado rescató ese dinero sagrado."[294]

La opinión popular acerca de los acontecimientos del 23 de noviembre de 1927, anduvo al principio muy desorientada. Una carta particular del 19 de noviembre, en referencia al atentado contra Obregón, decía: "La fantasía popular se ha echado a volar. Unos dicen que fue un autoatentado, otros que Calles es el inspirador, otros que Morones y la CROM, otros que los masones, los de más allá que los antirreeleccionistas, y no hay quien deje de pensar que también los católicos..." Pero después, cuando la multitud vio los cadáveres de las víctimas, simplificó totalmente su juicio, como suele. Primero les veneró a todos como mártires; luego no dejó de sentirse algún movimiento de repudio, como asesinos; finalmente se fue discriminando y dando a cada cual su propio valor, aunque esto fue hasta más tarde. La realidad es que los hermanos Pro en nada intervinieron en el atentado; de manera que la causa de beatificación pudiera promoverse con el mismo derecho y seguridad respecto del P. Pro que de su hermano

[294] *Noticias de la Provincia de México de la Compañía de Jesús*, n. 36.

Humberto; ambos fueron víctimas del odio vengativo de Calles y Obregón.

En cuanto a los otros tres, se hace necesario estudiar más fondo su actuación. El hecho material de su intervención en el asalto no puede servir en sí mismo para calificarlos, y mucho menos para calificarlos con un mismo rasero. Por de priori, debe subrayarse que Nahúm, lo mismo que Tirado, perdieron la vida en un simple acto de obediencia militar a sus jefes. Para ellos el jefe inmediato era el Ing. Segura; y los dos y Segura trabajaban en la sección militar de la Liga, única que para ellos en aquellos días representaba siquiera un comienzo de autoridad legítima. Calles y Obregón por ningún católico eran reconocidos como legítimos, aunque se les toleraba a más no poder entre mil protestas pacíficas y una por las armas bastante generalizada. De manera que ni a Ruiz ni a Tirado se les puede considerar como mártires en el sentido pleno que la Iglesia da a esta palabra. Murieron atacando a un enemigo y con las armas en la mano, y los mártires en el sentido estricto no mueren así, sino confesando sencillamente su fe y sin defenderse por medios violentos. Pero tampoco se les puede ni se les debe considerar como criminales. Nunca ha sido un crimen el acto de obediencia a las autoridades que se suponen legítimas y mucho menos cuando se trata de las autoridades militares. Si cada soldado, antes de obedecer tuviera obligación en conciencia de examinar la justicia de la causa que defienden sus jefes y de las órdenes que dan, los ejércitos serían imposibles. El soldado que muere obedeciendo y por obedecer, en toda la humanidad se ha siempre considerado como héroe. Tirado y Nahúm aparecen como héroes y de alta categoría, pero no como mártires. La responsabilidad de sus actos recae sobre sus jefes, en el caso sobre el Ing. Segura.

En cuanto a Segura, como jefe que era del Control Militar a lo menos en parte, y del Aprovisionamiento de haberes militares para los cristeros podía dar órdenes a Nahúm y a Tirado. En esos mismos días había hecho "continuas remisiones de armas y parque para los defensores católicos en los Estados de Jalisco y Zacatecas" y "poseía unos 7,000 cartuchos para mauser, que le fueron recogidos.[295] De parte de la Liga tenía el nombramiento oficial y subordinados para desarrollar las actividades bélicas y facultad para impartir órdenes y hacerse obedecer. Sobre él recae, pues, la responsabilidad de las actividades bélicas de Nahúm y Tirado, al atacar a un enemigo que vive en estado de guerra y no duda en "tirar a la cabeza" siempre que puede. Y la misma razón vale en el caso Segura. La Liga le dio la orden, según expreso testimonio del Vicepresidente Palomar y Vizcarra, quien personalmente se la transmitió, de eliminar al tirano. Y si se alegara que Segura no impartió órdenes a Nahúm y Tirado, y que únicamente los invitó y les propuso la comisión, debe recordarse que en los casos de guerra, cuando el enemigo oprime las espaldas y toma todas las medidas para la victoria, el no aceptar una comisión, por peligrosa que sea, incluye, si no una desobediencia formal, sí una cobardía imperdonable. Y no hay militar que afronte semejante cobardía, cuando la sola proposición de la comisión peligrosísima y casi de muerte cierta equivale moralmente a una orden.

Como se ve, tampoco a Segura se le puede considerar como mártir en el sentido eclesiástico estricto, puesto que muere en el ataque directo y violento al enemigo, aunque el enemigo sea un agresor injusto. La idea del martirio, en su sentido estricto, lleva

[295] Barquín y Ruiz, *o.c.*, págs. 308 a 318 para cantidad de pormenores

consigo tres elementos: que el mártir realmente dé su vida; que no la defienda por medios violentos; y que el motivo de su muerte sea el odio a la fe católica. De estos elementos a Segura le faltó el segundo. Es un héroe, un gran héroe, un carácter admirable y de inconmensurable altura, pero no un mártir. Ciertamente Santo Tomás en el Libro IV de las Sentencias, distinción 49, cuestión 5, art. 3, en la pregunta 2 al respecto (y con él Paludano, Silvio, San Antonino, Florentino, Hurtado y otros) afirma: "Cuando alguno sufre la muerte por el bien común, pero sin relación a Cristo, no merece la aureola del martirio. Pero si hay esa relación a Cristo, tendrá la aureola y será mártir; por ejemplo, si defiende la República del ataque de los enemigos que tratan de corromper la fe en Jesucristo y en esa defensa sufre la muerte". Conforme a esta doctrina, a nadie deberá extrañar si cuando entre en el cielo se encuentra a los dos hermanos Pro rodeados, sin que ellos lo procuraran, de los otros tres que por el otro camino no merecieran la palma de los mártires.[296]

---

[296] Tratando el autor de reunir documentos en torno a la defensa armada de los catódicos escribió en enero de 1941 al Vicepresidente de la Liga interrogándolo acerca de las actividades desarrolladas para eliminar a Obregón. Con fecha 4 de febrero le contestó con una carta medio cifrada, que traducida dice como sigue: "Tengo abundantes datos sobre el asunto de la muerte del Sr. Obregón y paso a dar a Ud. informes sobre el particular... El dibujante José León Toral no procedió a eliminarlo por orden inmediata de la Directiva de la Liga, sino por su propia iniciativa, como ejecutor del pensamiento común que andaba en el ambiente. El Ing. Segura Vilchis fue quien tuvo la idea de proceder a liquidarlo, allá por los meses de abril o marzo, y consultó a la Directiva de la Liga. Nos dividimos en los pareceres. Yo voté en contra, porque me pareció que con un atentado semejante, los Estados Unidos, de quienes pensábamos entonces que podrían ayudarnos, retirarían su auxilio. Expuse yo entonces el antecedente de otro hecho

Hay además un aspecto en lo del Ing. Segura Vilchis, que quizá no se le ha dado el necesario relieve. Será o no, se le llamará o no mártir por haber dado su vida por la causa católica. Pero en lo que no cabe la menor duda es en que fue un insigne mártir de la caridad cristiana. Mártir en todo el sentido de la palabra; mártir para salvar la vida de tres inocentes, uno de éstos hijo de la Compañía de Jesús. La Compañía de Jesús nunca podrá olvidarlo. Segura había probado de modo irrefutable la coartada ante el Gral. Roberto Cruz. Pero al considerar que podía haber una remota

---

parecido. El Ing. era hombre audaz y a pesar del parecer de la mayoría de la Directiva, en contrario, procedió a internar aniquilar a Obregón que regresaba de un viaje en ferrocarril, aunque al fin no remató su empresa. El Gobierno nada advirtió de ese movimiento. Pasó el tiempo y al fin la Directiva comprendió que el procedimiento intentado por el Ing. era el indicado, viendo que para nada se podía contar con los Estad. Unidos. Con esa ocasión se estudió muy de propósito la doctrina católica sobre el caso, en especial la del teólogo Suárez. Se discutió ampliamente el asunto en la Directiva, y finalmente, yo, personalmente autoricé al Ing. Segura, quien desde luego procedió a la ejecución. Segura era un hombre recto y conocedor en la materia, pero estuvo desafortunado. El folleto de estudio se repartió después del fracaso del lng. A partir del fracaso la Directiva estimó que no había otro recurso para la libertad religiosa y continuó buscando quién quisiera tomar sobre sí el empeño. De pronto José León Toral, presentándose a Obregón con su habilidad de dibujante, por su propia cuenta e iniciativa dio muerte al General Obregón. La directiva de la Liga declaró que Toral había procedido perfectamente dentro de la justicia y de la ley moral— El caso me llenó de satisfacción... Sin más por ahora..." (Firma con el seudónimo Juan Manuel García). La reacción en el pueblo beligerante fue de gozo. En Ciudad Juárez, por ejemplo, el pueblo, contaba al autor un testigo de vista, subió a las torres y echó a vuelo las campanas en cuanto se confirmó la noticia de la muerte del perseguidor. La Liga procedió en el caso con muy buena conciencia. Las personas consultadas y los autores del folleto eran sabias y prudentes.

esperanza de salvar a los Pro y dejar su propia conciencia completamente tranquila, voluntariamente se entregó a la muerte por ellos. Esto en la Historia de la Iglesia y en la Hagiografía siempre se ha, considerado como perfecto martirio de caridad.

Apéndice II

LA FAMILIA PRO Y LA DEFENSA ARMADA

Históricamente es en absoluto cierto que los católicos mexicanos nunca pensaron que la persecución religiosa se extremaría hasta el punto de obligarlos a tomar las armas para defender su fe, sus hogares y aun sus persona, Todavía a principios de 1925, cuando los dirigentes y las altas personalidades del laicado organizaron la L.N.D.R. apareció por vez primera en su programa que se echaría mano de *todos los medios lícitos* para contrarrestar la acción destructora de los enemigos de la Iglesia y el orden social, la inmensa mayoría de los católicos no se persuadía de que el Gobierno llegara a provocar una guerra religiosa. Pero cuando a mediados de 1926 apareció la legislación impía y se advirtió que ya no se trataba de un período más en la larga lucha contra la Iglesia, sino de una acometida a fondo para hacerla desaparecer, muchos creyeron que la defensa por las armas se había tornado ineludible. Se agotaron todavía todos los medios de defensa pacífica (representaciones, manifestaciones pacíficas, el boicot, el recurso a las Cámaras); y ante la inutilidad de tales medios, la L.N.D.R. planeó la defensa armada. Gastó en las escaramuzas pacíficas los meses de agosto y septiembre; pero ya desde octubre fue disponiéndose a la lucha armada, sobre todo en vista de que muchos grupos de oprimidos se iban lanzando al campo de batalla y era menester coordinarlos para evitar males mayores.

En cuanto a la familia Pro, según los documentos que poseemos, en todo ese tiempo de preparación, únicamente se dedicó a llevar adelante los medios pacíficos. En cambio, a partir de enero le pareció como a muchos otros, participar en la defensa armada. Conviene sin embargo distinguir entre los miembros la familia. Don Miguel, el papá, no estaba ya en el caso de empuñar las armas y consta que únicamente se dedicó a sostener a sus hijos en las actividades que ellos mismos iban escogiendo. De Humberto y Roberto sí consta, por testimonio del P. Pro, citado ya en el cuerpo de esta obra, que andaban en el tráfico de armas y parque. Humberto era el principal, pues Roberto era como su ayudante. Más aún, quiso Humberto personalmente irse a la montaña a pelear, pues, como muchos católicos, entendía que aquello no era una rebelión contra el Gobierno, sino una cruzada. A causa de las dificultades económicas de la familia no pudo realizar su deseo. Pero todavía en los días en que fue aprehendido, planeaba lo mismo, o sea a mediados de noviembre de 1927. La aprehensión se lo impidió, como ya se dijo en el cuerpo de esta obra.

El P. Pro ciertamente en el período de preparación del movimiento cristero, o sea hasta los principios de enero de 1927, tampoco participó en nada; y pensaba que con los medios pacíficos que se iban poniendo bastaría. Así, escribía a 31 de octubre de 1926: "Si todo México es católico. Si la Morenita del Tepeyac es verdaderamente la Reina de todos los mexicanos. ¡Si la terrible prueba por que pasamos, no sólo hace crecer el número de los resueltos católicos, sino que ha dado ya mártires, pues no de otra manera se ve a los 20 jóvenes valientes de la A.C.J.M. que fueron asesinados vilmente y a muchísimos otros cuyos nombres ignoramos porque la prensa esta amordazada! ¡Y el triunfo no tardará! ¡El grandioso poder de nuestros enemigos que cuentan

con dinero, armas y mentiras, va muy pronto a caer, como la estatua que vio Daniel derrumbarse con la piedrecita que cayó del cielo! ¡El Goliat mexicano muy pronto perderá la cabeza con el cayado que mueve el inmenso pueblo mexicano! ¡Y entonces sí, sólo Cristo reinará, sólo Cristo vencerá, sólo El imperará!" (*Vida Intima*)

A pesar de todo, su buen sentido común le decía que se iba acercando un momento decisivo. Ya anteriormente, a 12 de octubre de ese año, había escrito: "De todas partes se recibe, noticias de atropellos y represalias y las víctimas son muchas y los mártires aumentan cada día. Además ¿escribiré otra carta? La revolución (entiéndase el levantamiento de defensa amada) es un hecho; las represalias, sobre todo en México, serán terribles; los primeros serán los que han metido las manos en la cuestión religiosa, y yo he metido hasta el codo. ¡Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros, o... de los últimos, pero ser del número!". Al decir que ha metido la mano hasta el codo en la cuestión religiosa, se entiende, como consta por sus cartas, de sus ministerios sacerdotales. Por otra parte, sabemos que a partir de julio de 1927, en que se recibió la carta del P. Provincial, Luis Vega, con la orden expresa a los de la Provincia, de no tomar parte de ningún modo en la cuestión armada, el P. Pro no sólo no tomó parte, sino que incluso le molestaba por su espíritu de obediencia, que los jóvenes que él dirigía lo hicieran. Así, por ejemplo, antes de que el P. Julio Vértiz, que había sido comisionado para observar cómo los jesuitas de la Provincia cumplían con aquella orden, saliera de regreso hacia los Estados Unidos (salió el 3 de agosto de 1927) el P. Pro le rogó que le ayudara a calmar a sus jóvenes en el asunto de las actividades bélicas.

Queda exclusivamente el período comprendido entre enero y julio inclusive de 1927. Pero tanto acerca de este lapso, como de todo el tiempo en que el P. Pro trabajó en México, existe el testimonio jurado y unánime de testigos fidedignos, de familias y amigos íntimos que lo conocieron y convivieron con él y que a su tiempo saldrán a luz, de que para nada se ocupó de conseguir o enviar parque a los cristeros en armas. Dada la seriedad de las personas que lo testifican y de los juramentos interpuestos, está plenamente probada la no participación del P. Miguel en los manejos dichos. Quizá alguna o algunas veces, a causa de las actividades de Humberto en el tráfico de armas, los que no estaban al tanto de las cosas, hayan interpretado que también andaba en eso el P. Pro. Pero ciertamente no fue así.

Todavía, apurando el asunto hasta los extremos, y en la suposición errónea de que el P. Pro hubiera intervenido en algunos envíos de armas, podíamos preguntarnos si semejante intervención sería un impedimento para que se le considere y sea verdadero mártir. Contestamos sin duda que no lo es. Desde luego hay que tener en cuenta que, aun cuando, en ese falso supuesto, hubiera habido las dichas intervenciones, esto para nada influyó en las intenciones de los verdugos. Porque éstos no hicieron distingos, sino que a todas las víctimas las inmolaron movidos del odio al catolicismo y en particular, con probabilidad al menos, por el ansia de vengarse del Papa en alguna manera acá en México, como ya lo dijimos en el cuerpo de esta obra. Por otra parte consta que ni en las Actas de la Policía ni en interrogatorio alguno a los Pro, se hizo mención o referencia a semejantes actividades.

Podemos ir aún más a fondo y preguntarnos si el ayudar en esas formas a los cristeros era cosa prohibida por la moral, pues en

aquellos tiempos no dejaron de insinuarlo y aun predicarlo algunos sacerdotes y no pocos seglares. La contestación clara es que no fue cosa inmoral, sino muy meritoria y *objetivamente* obligatoria, *en cierto modo*. Meritoria porque suponía graves peligros y muchos sacrificios; obligatoria *objetivamente*, en cierto modo, pues se trataba de ayudar a las víctimas de un agresor injusto que se defendían del asesino, como es obligación de los vecinos ayudar a una familia a la que los ladrones estén asesinando. En lo de que semejante auxilio y defensa de los católicos combatientes era la mente de las supremas Autoridades eclesiásticas, se alegó con mucha frecuencia que los documentos de la Santa Sede que favorecían el movimiento de defensa en general (Encíclicas Iniquis afflictisque del 18 de nov. de 1926, etc.), y suboscuramente aun el de por medio de las armas, procedían de que la Santa Sede ignoraba la realidad de los hechos o positivamente se la estaba engañando con falsos informes. Es curioso que el mismo argumento se agitara del lado de los combatientes, cuando se hablaba de que la Santa Sede trataba de hacer algún arreglo de la cuestión religiosa. La Santa Sede estuvo muy al tanto de todo y durante todo el tiempo de la lucha y por los medios más seguros así diplomáticos como confidenciales. Consiguientemente la familia Pro simplemente procedió como debía proceder conforme a su conciencia. La Santa Sede, en cuanto podemos rastrear con la documentación que actualmente conocemos, permaneció firme en su línea y procedió con exquisita prudencia durante los dos años y medio de la lucha. Fue hasta mayo de 1929 cuando, ante las presiones de la Casa Blanca y para evitar el derramamiento de sangre mexicana, y los males que de la suspensión de cultos se seguían en el orden moral y religioso, optó por dejar en manos de los Ilmos.

Sres. Ruiz y Díaz el último paso para lo que se ha dado en llamar *arreglos* o modus vivendi.

No vamos a historiar semejante enmarañado período. Digamos solamente lo necesario para que se vea que la Santa Sede ni fue engañada ni ignoraba los hechos ni cambió de parecer hasta la fecha que ya indicamos. Es lástima que hasta ahora no se haya publicado sino una parte de la documentación correspondiente; por lo que el historiador se ve obligado a quedar en espera de mayores luces. Bravo Ugarte, en su obra *México Independiente* (México, 1959, pág. 430), llegó a la conclusión siguiente: "Fue, pues, el Papa mismo el que concertó el *modus vivendi* como mal menor y para evitar el mal mayor de la suspensión del culto... Desde el comienzo de la lucha hubo dos posiciones irreductibles: La del Gobierno de la Casa Blanca que en absoluto no quería un cambio de régimen en México;[297] y la del Gobierno mexicano que en absoluto no quería la derogación de las leyes persecutorias. Si se quería arreglar la cuestión religiosa era del todo necesario buscar un camino intermedio que salvara los dos extremos. Mientras los esfuerzos de los mexicanos, así pacíficos como en armas, presentaron alguna posibilidad de que el fin el Gobierno de México cediera, la Santa Sede prácticamente estuvo del lado de la posición de defensa en sus varios documentos, lo mismo que en ciertas insinuaciones privadas al Presidente de la Comisión de Obispos residentes en Roma para

[297] Ya citamos en el cuerpo de esta obra las importantes palabras del P. Parsons en su *Mexican Martyrdom*, pág. 25, donde dice a la letra, "Dwight Morrow himself told me later, in May 1928, at his penthouse at Fifth Avenue and Sixtysixth Street in New York, that the American Government would not consider any solution of the religious question in Mexico, that involved a change of regimen there". Nótese bien: ninguna solución.

informar a la Santa Sede. Por referencias de un testigo ocular sabemos —el P. Rafael Martínez del Campo las comunicó al autor — que el Papa iba cuidadosamente coleccionando todos los informes de ambas partes sobre su mesa de trabajo; pues quiso personalmente estudiar toda la situación. Mucho meditó y oró y por largo tiempo. De manera que un día, cuenta el testigo, acabó por exclamar delante de uno de sus consejeros: "¡Tengo aquí este bloque de informes del lado de los combatientes y acá tengo este otro de los que anhelan un arreglo pacífico y como se pueda! ¿A quiénes voy a dar la razón?" Pero cuando en 1929 el auxilio de los Estados Unidos, militar sobre todo, causó la derrota de Escobar y la desbandada de sus fuerzas, a la Santa Sede le pareció ver ya con claridad la posibilidad de que, aun en el caso de que triunfaran los católicos por las armas, la vecina nación del norte les anularía el triunfo. Ciertamente los combatientes cristeros estaban persuadidos de que el creciente desarrollo de sus actividades y la situación en que colocaban al país, tarde o temprano lograría que el Gobierno de los Estados Unidos, lo mismo que el mexicano, acabaran por entrar en arreglos y transacciones. Véanse, por ejemplo, las cartas de Gorostieta en nuestro Apéndice III. Lo mismo pensaban el General Degollado Guízar y los que andaban en mitad del torbellino. Pero lo que precede hace ver que la Santa Sede no estuvo ni engañada ni ignorante, que era lo único que tratábamos de demostrar. En Roma impresionaba grandemente la división entre los Prelados mexicanos; de manera que fue ésta el factor decisivo de la determinación de la Santa Sede.

A mayor abundamiento, podemos presentar un resumen de las investigaciones hechas por Sister M. Elizabeth Ann Rice en 1959, al preparar su tesis para optar, entre otros requisitos al grado de Doctor en Filosofía. Fue impresa la tesis en The Catholic

University of America Press, Washington, D. C., en ese mismo año. Su título es *"The Diplomatic Relations between the United States and Mexico, as affected by struggle for religious liberty in Mexico. 1925-1929"*. Tuvo la Sister M. Elizabeth para su trabaje a la mano, en especial, el Archivo Decimal del Departamento de Estado de los Estados Unidos; los Archivos nacionales de Washington, D. C.; la Sección de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso; y, sobre todo, la correspondencia personal del Embajador Mr. Morrow, localizada en Amherts, Massachussetts; aunque no le fue posible estudiar los Archivos de la Delegación Apostólica en Washington ni los de la National Catholic Welfere Conference (N.C.W.C.), porque no se le permitió el acceso. Lo que va entre comillas son palabras textuales.

En su tesis la autora procuró estudiar la actuación de Mr. Morrow en el *modus vivendi*. Pone al principio una introducción rápida sobre la política secular de los Estados Unidos en América Latina desde 1800. Está comprobado que la política religiosa de Calles recibió pleno apoyo... del Gobierno de los Estados Unidos que decretó el embargo de armas para los rebeldes en noviembre de 1926, cuando ya se vio la determinación de muchos católicos de ir al campo de batalla y no lo levantó hasta julio de 1929, cuando ya la Guardia Nacional cristera se había disuelto. Luego retiró de la Embajada a Mr. James R. Sheffield que mostraba simpatías por los católicos, sin serlo él. Lo sustituyó con Mr. Dwight Whitney Morrow a quien dio instrucciones especiales para que se lograra un arreglo en la cuestión religiosa que ya preocupaba a ambos Gobiernos, mexicano y de los Estados Unidos. "Un distinguido jesuita de los Estados Unidos, el P. Wilfrid Parsons, muy estimado allá, muy bien relacionado y muy hábil, consiguió esa influencia (del poderoso país para hacerse oír los mexicanos de su propio Gobierno) y

precisó las condiciones: *unofficial* and entirely secret (no oficial y enteramente secreta), tomando en cuenta la delicada sensibilidad nacionalista de los mexicanos y el punto de vista del Gobierno estadounidense" (Bravo Ugarte, *o.c*., pág. 426). Por su parte Morrow se puso desde luego al habla con la N.C.W.C., la cual influyó sobre la Delegación Apostólica en Washington, a través del Delegado Mns. Fumasoni Biondi. Resumamos la tesis en lo que hace a nuestro propósito.

"Mr. Dwight W. Morrow, Embajador de los Estados Unidos, que presentó sus credenciales ante el Presidente Plutarco Elías Calles en 29 de octubre de 1927, llevaba, como instrucción esencial para su actuación extraoficial, el arreglo de la situación religiosa"; de la que él mismo "afirmaba, ya en diciembre de 1927, la necesidad de un pronto arreglo, por considerársela no sólo como parte de la política oficial americana; sino que mientras México no hiciera algún arreglo o modus vivendi del problema religioso, había poca esperanza de llegar a soluciones permanentes en cualquier otro asunto, ya fuera doméstico o extranjero". Ya a 29 de noviembre de 1927, escribiendo al Subsecretario Olds, el mismo Morrow le decía que "las condiciones en México no favorecían una solución inmediata de la crisis religiosa". Le indica que "existe un estado de guerra en algunas regiones; y que el Departamento de Estado puede quedar sometido a graves aprietos dentro de pocas semanas a causa del levantamiento religioso: Porque una considerable parte del pueblo competente de México está en batalla contra el Gobierno. Este pueblo sostiene que se cree sujeto a un tratamiento injusto e intolerable en lo religioso... El Estado de Jalisco se considera ser el Estado en donde el desafecto contra el Gobierno Mexicano, en lo concerniente a la cuestión religiosa, es más agudo".

Morrow conferenció con el P. Burke, Secretario Ejecutivo de la N.C.W.C., ya antes de su salida para México, y sugirió a Olds que dicho Padre fuera a conferenciar con Calles. Creía él que, a pesar de las protestas de Calles de que la Iglesia estaba "en abierta rebelión" contra el Presidente, en realidad los líderes de la Iglesia lo que mantenían era una oposición pacífica y no una rebelión. "Pero su opinión es que lo que puede llevarse a cabo es un *modus vivendi* que no menoscabe la dignidad de ninguno de los contendientes". Sobre este punto de vista trabajó constantemente, hasta los llamados arreglos de 1929. El mismo Morrow concertó a primero de febrero de 1928, una entrevista entre el P. Burke y Calles; y poco después, en otra entrevista, le explicó al mismo Calles que la Iglesia no podía aceptar "condiciones que destruyeran su identidad". Le insistió particularmente en la ley del registro de los sacerdotes y el poder de los Estados para fijar el número de los que podrían oficiar. Calles declaró que no era su intento controlar la vida espiritual de la Iglesia; y afirmó que ambas leyes serían razonablemente aplicadas, si los sacerdotes se abstenían de la política. Añadió que no tenía él facultades para cambiar la ley, para que volvieran los sacerdotes a sus iglesias. Pretendió además, que casi había él conseguido un acuerdo con el Arzobispo Ruiz y el Obispo Díaz en agosto de 1926; pero que "las Autoridades de Roma habían prohibido el arreglo". Morrow a Olds, a 28 de febrero de 1928). En esto Calles faltaba a la verdad.

Hubo diversas dificultades. "En marzo, a 16 del mes, Morrow, a través de Olds, hizo saber al P. Burke no ser prudente pedir a Calles la entrevista por medio del Embajador sino que debía escribir formalmente a Calles; y le incluía dos machotes de cartas: uno que Burke podía usar (y más adelante los Prelados mexicanos), para comunicarse con Calles; y otro que podía usar

Calles para contestar a Burke y a los Prelados. Pero Burke y el Delegado, Pietro Fumasoni Biondi, no creyeron poder aceptarlo sin previa aprobación de Roma. Al fin Burke escribió a Calles a 29 de marzo de 1928, poniéndole las mismas bases para un arreglo o modus vivendi que substancialmente asentaba los términos originalmente sugeridos por los Obispos mexicanos en agosto de 1926. Olds escribió a Morrow sugiriéndole que Calles admitiera el nombramiento de un Prelado Mexicano como Delegado Apostólico con el debido control de la Iglesia mexicana, para negociar con Calles; pero Morrow dio más importancia a la entrevista Burke-Calles que a eso".

"En consecuencia, el 4 de abril de 1928, llegaron a Veracruz Burke y Montavon, del Departamento legal de la N.C.W.C., a conferenciar con Calles, como lo hicieron en San Juan de Ulúa. Burke en esa entrevista no presentó el punto de vista de la Santa Sede, tal como el mismo Obispo Díaz lo publicó luego a 14 de julio, poco después de su regreso de Roma. Porque entonces dijo que el Papa expresó su opinión de que el Gobierno de Calles ha de caer y que cuando caiga la Iglesia católica volverá a su antigua situación. Por su parte Obregón aprobó 'al punto' las negociaciones Burke-Calles, tal como se iban delineando". Aconteció en eso la muerte del Sr. Mora y del Río, Presidente del Comité Episcopal Mexicano; y fue nombrado para el cargo el Sr. Ruiz. Como el Sr. Díaz ocupaba la Secretaría de dicho Comité, el asunto de los arreglos vino a quedar en manos de los dos. Una mayoría de Obispos pidió que en los arreglos "se garantizara no solamente la devolución de las propiedades que anteriormente usaban los Prelados..." sino que además "se estipulara una general amnistía para la jerarquía". A esto Morrow contestó que "no había probabilidad alguna de alcanzar semejantes seguridades". Morrow quiso que hubiera una

entrevista de ambos Prelados con Calles. Burke aceptó. Morrow habló a Calles para que los recibiera. Calles primero se negó en absoluto. Insistió Burke, y lo mismo hizo Morrow en otra entrevista; y "de mala gana convino en recibir a Ruiz juntamente con Burke". Ya antes se había rehusado a tratar directamente con la Santa Sede. El 17 de mayo Ruiz y Burke llegaron a Tacuba, en unión de Montavon, a la casa del attaché militar naval de la Embajada, Capitán Lewis B. McBride. Ahí permanecieron como secuestrados sin hablar con nadie, hasta el 19 de mayo. Morrow los adiestró en lo que habían de decir y Ruiz presentó idénticas proposiciones a las sugeridas por Morrow a Burke a 29 de marzo. Se planeó además que Calles escribiría una contestación substancialmente idéntica a la que sugirió Morrow en la fecha indicada. Burke escribe enseguida al Delegado Fumasoni Biondi que la conferencia con Calles fue "satisfactoria y que todos ellos, Ruiz, Montavon y Burke, han convenido en que es en vano procurar ninguna concesión más en lo referente a las Leyes; y que es prudente fiarse de una generosa confianza de que el Gobierno, al aplicar las Leyes, quiere hacerlo razonablemente y sin perjuicios."[298]

"Al terminar la conferencia Calles-Burke-Montavon, Ruiz pidió permiso para escribir a Calles una carta idéntica a la sugerida por Morrow a Burke, que ya se mencionó, y publicar enseguida la contestación de Calles, también sugerida ya por Morrow, con la aclaración de estar él delegado por la Santa Sede para autorizar la

[298] No extraña ese gesto de confianza en el gobierno mexicano por parte de los Prelados y sacerdotes americanos, pero sí ha extrañado a los autores la de parte de los Ilmos. Sres. Ruiz y Díaz, quienes perfectamente conocían los antecedentes del conflicto religioso y sabían que Calles desde un principio se había rehusado a cualquier arreglo pacífico, excepto la plena sujeción de la Iglesia a la ley persecutoria.

renovación de los trabajos de la Jerarquía en México: "Yo he sido enviado por la Santa Sede para comunicar esta autorización a todos los Obispos mis colegas en México. Cada Obispo debe dar instrucciones a sus clérigos para el cumplimiento de esta finalidad". Y esperaban que el 27 de mayo de 1928, Domingo de Pentecostés, se reanudarían los cultos. Roma no cedió: "El jefe desea que las partes regresen inmediatamente... Trasladarse tan pronto como sea posible. Yo estoy trabajando en pasajes Leviatán salida mayo 26", Así les comunicaba James H. Ryan, colega de Burke en la N.C.W.C. En Washington se les informó que la Santa Sede sólo quería ver a Ruiz y sólo como relator. Partió éste para Roma; y el Papa, tras de oírlo todo, respondió que oraría y estudiaría el asunto".

En junio de 1928 Morrow fue a unas vacaciones a su patria. Con Burke y Olds discutió largamente el asunto y se enteró de que al Vaticano le repugnaba que se le entregara a Calles la famosa carta por él redactada en machote y que era el punto clave para todas las negociaciones. Desde entonces, tanto Morrow como Calles tomaron la actitud de que la parte agraviada en la controversia era Calles. En julio aconteció la muerte de Obregón. Siguióse un período de acritud de parte de Calles, y Morrow hubo de esperar. Quiso aprovechar un viaje de Olds a Europa, a fin de que éste se pusiera en comunicación con la Santa Sede; pero en París se avisó a Olds que Roma había insinuado la inutilidad de una entrevista con Gasparri, a menos que hubiera "nuevas proposiciones". Los meses siguientes hasta el fin de 1928 nada agregaron en el curso de las negociaciones, a pesar de que Morrow se empeñaba en que todo se arreglara antes de que Calles dejara el gobierno. A 7 de noviembre, Genaro Estrada, Subsecretario de Negocios Extranjeros, informó confidencialmente

a Morrow que el Obispo de Veracruz, Rafael Guízar, había entrevistado "al Ministro de Bogotá y le había ofrecido sus servicios y le había indicado que él esperaba que seria el futuro Arzobispo de México."[299] Pero Calles se negó en absoluto "a discutir el asunto de los arreglos".

Poco tiempo después, Miguel Cruchaga, antiguo Embajador chileno en Washington y entonces miembro de las Comisiones de reclamación México-Alemania y México-España, informó a Morrow que un alto Prelado mexicano le había presentado unas bases para el arreglo de la controversia de la Iglesia; y que él, Cruchaga, había discutido las proposiciones con el P. Walsh de la Universidad de Georgetown. Cuando Morrow habló de esto a Calles, éste se rio y dijo que ya otro individuo se le había acercado con las mismas pretensiones. El 4 de noviembre regresó a Washington el Prelado Ruiz y declaró que el Papa estaría de acuerdo en que los Obispos regresaran a México "siempre que el Gobierno manifestara su conformidad con regreso de los Prelados para reasumir sus funciones y que el Gobierno indicase que tenía

---

[299] Debió haber algún equívoco en la interpretación de las palabras del Ilmo. Sr. don Rafael Guízar, pues parecen del todo improbables en sus labios. El texto inglés original de la Tesis dice: During a conference on November 7, the Undersecretary of Foreing Affaires Genaro Estrada, the Ambassador was confidentially informed that Bischop Rafael Guízar y Valencia of Veracruz had interviewed "the Minister in Bogotá offering his services and indicating that he expected to be the future Archbishop of Mexico".[46] The churchman believed that an adjustment could be reached with a very few changes in the law such as the section on registration of priests, which could be amended to read that registration was for statistics only. Estrada told Morrow that when he spoke to Calles about this offer, the President stated that he did not want to discuss the matter".

Y la nota 46 de la Tesis dice: Rublee Memorandum. (Tesis, pp. 155-156).

voluntad de discutir con un representante adecuado los cambios en la Constitución y en las Leyes, que pueden parecer factibles". Tres días después, telegrafió Clark a Morrow haber sabido por Montavon que éste había citado a los obispos mexicanos para una junta en San Antonio, para el 15 de noviembre. La junta debía durar solamente un día, por lo que Ruiz revocó la invitación. Entonces, mediante un telegrama, el Prelado Ruiz enérgicamente recalcó a los Obispos la necesidad de que mantuviesen la unidad de acción con la Santa Sede, y "la importancia de no hacer nada para perturbar la evidencia de buena voluntad mostrada por ambos Gobiernos, el de México y el de los Estados Unidos". Así lo decía Clark a Morrow el 19 de noviembre de 1928. Por su parte Montavon pensaba que si hubiera una minoría de Obispos intransigentes "éstos deberían ser amonestados por Roma y no permitirles regresar a México".

"Poco después, recibió Morrow un memorándum de Fumasoni Biondi y Montavon con varias proposiciones, más o menos iguales a las anteriores. Morrow al comentarlo dejó ver su "decidido apoyo a Calles y su Gobierno" y que tenía a la Iglesia católica como un simple "solicitante que pide permiso al Gobierno para regresar". De manera que para el primero de diciembre, en que tomó la Presidencia interina Portes Gil, nada habían adelantado las negociaciones. Morrow salió para su patria, en donde permaneció hasta febrero de 1929. Allá supo que Burke iría a Roma. A su regreso a México, el 3 de febrero, supo acá que Portes Gil quería conferenciar con Burke, y sugirió a éste una entrevista. Pero Burke contestó a su vez sugiriendo que Portes Gil se pusiera en comunicación directa con el Vaticano. Morrow ni siquiera informó de esto a Portes Gil. El 3 de marzo estalló la revolución de Escobar. Los revolucionarios intentaron engrosar sus filas con los

cristeros, pero "no hubo fusión general de los dos elementos, aunque en algunas áreas pueda haber habido colaboración". "Por entonces Jones, Agente del Departamento de Justicia en San Antonio, declaraba que las fuerzas católicas en Jalisco, Colima, Michoacán y Guanajuato, eran cerca de 50,000 hombres". Entre el 3 de marzo y el 23 de mayo de 1929, "los cónsules americanos informaron que los miembros de la Liga Católica y los cristeros, eran la más grande amenaza al Gobierno existente". El mismo Jones, a 12 de abril, había escrito: "Según información confidencial y digna de confianza, se conoce que, mientras esto se escribe, el Gobierno de México está mucho más intranquilo y comprometido por las actuales actividades de los cristeros, nombre dado a los fanáticos religiosos, quienes están combatiendo al Gobierno, y por todos los informes hay graves razones para estar inquieto".[300]

Calles nombrado por Portes Gil General en Jefe de las fuerzas federales "fue abundantemente provisto de armas por la reciente administración de Herbert Hoover". "Es interesante hacer notar que a 18 de julio de 1929, apenas un mes después de concluido el modus vivendi entre la Iglesia y el régimen de Portes Gil, los Estados Unidos levantaron el embargo de armas." Por su parte Gasparri todavía, en marzo de 1929, calificó la política del embargo de armas americano, como un "favoritismo hacia los enemigos de la Iglesia" y se entregó a una "amarga y larga arenga contra el Gobierno de los Esta, Unidos". "Sin embargo, semejante actitud no había sido echa pública ni por el Episcopado mexicano ni por el

[300] Bien está recordar que por parte del gobierno de México se hizo circular por todos los medios posibles de publicidad, que la turba de los cristeros, palabra, según se dijo, inventada por el propio Calles para ridiculizar el movimiento armado, era cosa de nada y sin valor, y que todo se reducía a unas cuantas gavillas episcopales de bandidos.

americano en 1929". Por la N.C.W.C. los Obispos americanos continuaban persuadiendo a los católicos a negar toda ayuda material y moral a los cristeros de México, al mismo tiempo que daban pasos para contener las censuras de los católicos a la política del Departamento de Estado respecto de México. El método tuvo éxito, pues no hay ninguna protesta católica en los Récords del Departamento de Estado de esa época.[301]

Entre tanto, Morrow, a 19 de marzo, dijo a Portes Gil que a había abandonado la idea de arreglar la cuestión religiosa por medio de Burke; y el Presidente estuvo de acuerdo en que la cuestión religiosa debía arreglarse antes de las elecciones de otoño. En conformidad con esto, Morrow comenzó de nuevo a trabajar por un arreglo a través de dos fuentes: Agustín Legorrera en París y el Ministro británico en el Vaticano, Henry Gotty Chilton, mediante el Ministro británico en México, Sir Esmond Ovey. Así se enteró Morrow de que Gasparri "daría con gusto la bienvenida a un representante mexicano para discutir un arreglo de la controversia religiosa". Escribió con esa ocasión un largo memorándum. Subrayó cuidadosamente que las ideas del memorándum eran puramente personales; y que no quería acercarse al Gobierno mexicano en referencia a este asunto nuevamente, hasta que la

[301] Nótese la posición que tomó la Jerarquía americana y cómo contrasta con la que tomaron los Jerarcas eclesiásticos de otras naciones. Por la Tesis de Sister M. Elisabeth Ann Rice se ve que la Casa Blanca ejerció presión sobre quienes quisieran ayudar a los mexicanos en su lucha contra el régimen opresor, sin exceptuar, según parece, a la Jerarquía americana. Llegó a decirse que incluso hubo de parte del gobierno de los estados Unidas la amenaza velada de perseguir al catolicismo en aquella nación, si la Jerarquía se apartaba de los modos de ver que él sostenía, pero esto no lo hemos podido comprobar.

Iglesia "realmente deseara considerar un arreglo en la cuestión religiosa según las líneas ya discutidas", o sea las de Burke-Calles en marzo-abril de 1928.

Intervino Montavon a 20 de abril, sugiriendo a Morrow que algún enviado mexicano fuera a Roma con poderes para tratar con los funcionarios del Vaticano. Morrow, en carta del 1º de mayo, no lo aceptó sino en caso de que de Roma se le asegurara que las negociaciones continuarían bajo las mismas líneas establecidas en las cartas Burke-Calles de 1928, o sea insistiendo en un simple *modus vivendi*, sin tocar para nada las Leyes.[302] Mientras, en México se desataba el movimiento de los católicos contra Morrow; por lo que el Prelado Ruiz y también Díaz, telegrafiaron al Obispo de Chihuahua, Antonio Guízar Valencia, a 12 de abril, para que desautorizara cualquier complot contra la vida de Morrow, como "condenado en absoluto por la moral cristiana". Y subrayaron que si los católicos mexicanos no están informados de la "sincera voluntad que ha demostrado Mr. Morrow en favor nuestro, en nuestros esfuerzos para terminar el conflicto religioso", su ignorancia se ha debido a estrictas órdenes que han impedido a los Obispos comunicarse con su pueblo.[303] Ayudó a los Prelados en

[302] Aparece clara la consigna de la Casa Blanca.

[303] Parece insinuar que las órdenes llegaron de Roma, única que podía obligarlos. Por nuestra parte, seguimos pensando que el cambio de frente de la Santa Sede se debió, como ya dijimos, al modo con que la Casa Blanca ayudó al gobierno mexicano contra el General Escobar, lo que quitaba toda esperanza de que los católicos mexicanos pudieran contrarrestar en su debilidad el poder de la nación vecina. Todavía en abril de 1929 el Secretario de Estado de Su Santidad se quejaba abiertamente de que el embargo de armas para los católicos mexicanos significaba una falta de neutralidad de parte de los Estados Unidos. Pero, a partir de ese mes, no aparece ya documento alguno de la Santa Sede en ese sentido. Sin embargo, dado el

semejante tarea un banquero mexicano, Manuel Echeverría. Este habló a Morrow en favor del Obispo Guízar Valencia,[304] como el más apto para un arreglo en Roma y se ofreció a costearle la estancia en la dicha ciudad. Pero "no hay evidencia directa que revele la influencia de Guízar Valencia en Roma".

Por otra parte, a 30 de abril, Sir Esmond Ovey visitó a un católico inglés, Dupernex, quien constantemente se había unido en México al grupo formado para "investigar la controversia de la Iglesia". "Afirmaba Dupernex que Morrow debía haber solicitado ayuda para resolver el conflicto, de los Obispos que en México controlaban al pueblo y las actividades de la Liga. Y que lo malo era que Morrow estaba trabajando a través de Ruíz y Díaz, a quienes Dupernex caracterizaba como "traidores a la Iglesia católica". Informó además que los católicos con quienes él había hablado estaban muy opuestos a Burke y creían que los sacerdotes americanos se habían "puesto de acuerdo" con Calles. "A 3 de mayo, el diplomático chileno Cruchaga llamó a Morrow y le informó que acababa de tener dos largas conversaciones con el Papa acerca del negocio religioso; y añadió que el P. Edmund Walsh, S. J., estaba ahí en México con el conocimiento del Embajador Téllez, aparentemente como representante de la Universidad de Georgetown, pero en realidad para informar al Papa sobre la controversia religiosa. El Día 4, Walsh se presentó a Morrow y le informó que Pío XI favorecía un rápido arreglo del

---

auge del movimiento cristero y lo que para el gobierno significaba, sospechamos que debajo de todo, hubo un motivo que se ha conservado en secreto impenetrable en los Archivos Eclesiásticos especialmente. Véase aquí mismo lo que se pone en la nota 306, más abajo.

[304] Parece referirse al Ilmo. Sr. don Antonio Guízar y Valencia; pero no está claro.

problema religioso; y que él venía para informar, pero sin poderes para arreglar las diferencias". El verdadero papel del P. Walsh no se puede aclarar, pues "los papeles de la N.C.W.C. no han sido asequibles a la autora".[305]

"El mes de mayo fue decisivo. Según iba avanzando el mes, los representantes de la Iglesia y del Estado en México, publicaron una serie de declaraciones en la prensa, expresadas en un tono de tolerancia, que ayudó a preparar el campo para el *modus vivendi*. La prensa americana ya a 2 de mayo citó a Portes Gil como diciendo que su administración no perseguía ninguna religión, y que los sacerdotes católicos estaban en libertad de reasumir sus tareas oficiales en México si obedecían a la Ley. Según la prensa de mayo 3, Ruiz declaró que "el conflicto religioso en México no había sido motivado por alguna causa que no pudiera corregirse por hombres de sincera buena voluntad". Además comentó favorablemente las advertencias del Presidente y aseguró finalmente que él tenía el apoyo de la Iglesia y de su clero en favor de cualquier justo esfuerzo para mejorar al pueblo mexicano. Declaró que la Iglesia no buscaba privilegios, sino una amistosa separación entre la Iglesia y el Estado, "la libertad indispensable para el bienestar de la nación y la felicidad".

"Morrow al punto sugirió a Portes Gil que públicamente indicara su aprobación a las notas del Prelado. El Presidente estuvo de acuerdo, y aun usó una minuta propuesta por Morrow, cuando contestó al Prelado en la prensa del 7 de mayo. Además hizo notar que, aunque la Constitución prohíbe las relaciones oficiales entre México y el Vaticano, esto no impide una informal discusión entre

[305] No es el único punto seguro que queda en lo de los arreglos; pero, por ahora, no tenemos modo de esclarecerlo.

oficiales civiles y Dignatarios de la Iglesia acerca del "alcance de interpretación" de las leyes sobre el clero. Intencionalmente declaró: "si el Arzobispo Ruiz deseara discutir conmigo el modo de asegurar la cooperación en un esfuerzo moral para el mejoramiento del pueblo mexicano, yo no tendré objeción para conferenciar con él acerca de la materia". Morrow se encontraba bajo la impresión de que una copia de esas declaraciones había sido remitida a Roma por las Autoridades eclesiásticas de Washington, con la petición de que se permitiera a Ruiz ir a México a conferenciar con Portes Gil.

Walsh el día 8 comió con Morrow y le dijo que estaba contento con las declaraciones del Presidente; y que aun el intransigente Obispo Mora (sic) había telegrafiado a la Santa Sede para el efecto de un pronto arreglo; y que también Cruchaga había telegrafiado a Roma en el mismo sentido, recomendando que se le dieran a Walsh instrucciones para arreglar las diferencias. Morrow le preguntó sobre los términos en que los Prelados intransigentes aceptarían un arreglo, y Walsh le presentó un memorándum que contenía los mandamientos constitucionales y las demandas máximas del Episcopado. Morrow advirtió al punto que no era práctico hablar a Portes Gil de cambios ningunos en la Constitución, pues sólo había consentido en "discutir el alcance y la interpretación de las leyes", "Walsh hubo de regresar a idénticos términos que los propuestos por Morrow y Burke en 1928; y se redujo a tres puntos: que el Gobierno mexicano específicamente declare que el registro de los sacerdotes no intenta quitar a los Obispos el poder del nombramiento; que la educación religiosa se permitirá en los templos, fuera de las horas regulares de clase; que se sobrentenderá que después de algún tiempo, se podrá pedir la modificación de las leyes".

"Por su parte Legorreta, a 9 de mayo, telegrafió al Vaticano sobre la oportunidad de los arreglos, dada la buena voluntad de Portes Gil, y la necesidad de que concentrara en una sola persona la autoridad para los dichos arreglos. A 13 del mes, Echeverría informó a Morrow que el Obispo Valencia había[306] llegado a Roma y mostrado al Papa la declaración de Portes Gil, y que según Valencia, el Papa se había complacido. Ya el 11 Morrow había sugerido a Ruiz que negociara un arreglo mediante un intercambio de cartas con Portes Gil. Ruiz aceptó, y Morrow le envió, por medio del Departamento de Estado, una comunicación en que le indicaba dos modos de contestar a las declaraciones hechas por Portes Gil. O bien Ruiz aceptaría una invitación de Portes Gil para una entrevista, o bien comenzaría él mismo las negociaciones —procedimiento que le parecía mejor— y le incluía una forma de contestación a las declaraciones del Presidente. Dicha forma contenía un comentario apropiado de alabanzas a la nota pública de Portes Gil del 8 de mayo; la promesa de la cooperación episcopal con el Gobierno; y una petición de que los Obispos serían asegurados de "una tolerancia de la ley que les permitiera la libertad de Iglesia para vivir y ejercitar sus oficios espirituales".

"Añadía que semejante seguridad quedaría provista si el Presidente podía constitucionalmente hacer la siguiente declaración acerca del alcance y la interpretación de las leyes: 1.—No se propone el Gobierno destruir la identidad de la Iglesia. 2.—El precepto que ordena el registro de sacerdotes no intenta que el Gobierno quiera registrar a un sacerdote que no haya sido designado por el Obispo de su diócesis. 3.—Las leyes, aunque

---

[306] Parece que se trata del Ilmo. Sr. Obispo de Chihuahua, Antonio Guízar Valencia.

exigen la instrucción laica en las escuelas, no prohíben que se dé la simple instrucción religiosa en alguna parte adecuada de una iglesia cualquiera. 4.—Para evitar una aplicación no razonable de las leyes, el Gobierno ha de conferir voluntariamente de tiempo en tiempo con la cabeza autorizada de la Iglesia en México.[307] 5.—Que ni la Constitución ni las leyes ni la política del Gobierno negará a los clérigos el derecho de acudir a las autoridades constitucionales

[307] Muy grave cuestión surge de este hecho. La solemnidad con que la Santa Sede conjura al Sr. Ruiz, se diría que no deja duda sobre las intenciones del Papa. Pero la interpretación que da el Sr. Ruiz a las palabras del telegrama citado por el P. Walsh abren una seria interrogación, ¿qué base pudo tener para ella? ¿Fue personal, de manera que luego la Santa Sede, para no desautorizar al Prelado, la aceptó a más no poder? ¿Las instrucciones secretas, si las hubo, llegaban hasta lo que concedió el Sr. Ruiz sobre todo si se tiene en cuenta que él y el Sr. Díaz optaron en el machote de las declaraciones por poner *motu proprio* la frase tremenda "de acuerdo con las leyes vigentes", que parecería contrariar toda la posición de la Santa Sede hasta entonces? Si así fue, sin duda que la Santa Sede se vio forzada y en cierto modo acorralada por la absoluta determinación de la Casa Blanca en contra del movimiento cristero. Compárese, por ejemplo, este "de acuerdo con las leyes vigentes" con el telegrama de la misma Santa Sede del 22 de julio de 1926, en que se advirtió al Episcopado Mexicano: "Santa Sede condena ley, a la vez que todo acto que pueda significar o ser interpretado por el pueblo fiel como aceptación o reconocimiento de la misma ley". Claro es que la enmienda hecha por los Ilmos. Sres. Flores y Díaz en el ya mencionado machote, puede entenderse de una sujeción a la ley, sin que por ella se la acepte en la conciencia. Y parece que fue el sentido que los Prelados dieron a su enmienda, como quien dice: por fuerza mayor nos sujetamos, pero no aprobamos la ley. Pero aun así entendida la enmienda, quedaba de por medio el escándalo del pueblo que no entendía mucho de tales distingos, escándalo que se produjo también entre los católicos de otras naciones. Y lo que más llama la atención del historiador es que tal enmienda la hicieron los Prelados espontáneamente y cuando nadie lo exigía. Quizá

que corresponda, para la modificación de las leyes; y que en su opinión, semejante recurso de su parte, recibirá tan imparcial consideración como sea a la que den lugar las razones en que apoye—Y si usted puede hacer esta declaración, yo estoy autorizado para declarar que el clero mexicano puede inmediatamente reasumir sus oficios espirituales.☐

"Morrow aseguraba a Ruiz que si ya estuviera seguro de Roma aprobaría tales puntos, él podría desde luego lograr que Portes Gil aceptara la dicha comunicación. Pero Morrow

---

haya debajo otra explicación: que los Prelados estaban en absoluto seguros de que la legislación se cambiaría, o algo parecido. En nuestro pequeño archivo particular hemos encontrado una nota sobre cierta conversación que una persona tuvo, muy en privado, con el Sr. Díaz, poco tiempo después de los arreglos, mientras el gobierno mexicano extremaba la persecución. El Sr. Díaz según esa nota, habría dicho al interlocutor (que no era ningún miembro de la Liga), lo siguiente: "Al cabo de dos años, si el gobierno no cumple, se verán en el país cosas terribles". Y es curioso advertir que el Papa esperó no dos sino tres años. Y finalmente lanzó su Encíclica *Acerba nimis anxietudo*, el 29 de septiembre de 1932, quejándose del incumplimiento por parte del gobierno mexicano del *modus vivendi* (Bravo Ugarte, *o. c.*, pág. 432). ¿Prometería Morrow a los Ilmos. Sres. Ruiz y Díaz algo así como una intervención directa de los Estados Unidos para el caso de que el gobierno de México, en el término de dos años, no modificara la legislación? ¿A qué se debía el aplomo y seguridad con que los Prelados dichos se manejaban? Esperemos que la historia futura haga luz sobre tan oscuro negocio. ¿En la fórmula: "De acuerdo con las leyes vigentes, hubo el deseo del Sr. Ruiz y Flores de justificar el paso que dio en Morelia cuando primero suspendió el culto público como imposible conforme a la ley, pero a los pocos días lo abrió de nuevo alegando que la ley podía interpretarse en un sentido simplemente administrativo, paso que en aquel entonces incluso escandalizó a muchos, y luego pareció condenarlo la decisión final de suspender el culto público en todo el país?" Quizá el tiempo lo aclare.

prudentemente, antes de enviar a Ruiz el machote, obtuvo de Portes Gil y de Calles, de palabra, una aprobación extraoficial. El 13 del mes supo Legorreta, por su hermano que se hallaba en Nueva York, que Ruiz admitía el procedimiento sugerido por Morrow. El 14 Legorreta cablegrafió a la Santa Sede urgiendo el plan de Morrow y el mismo día recibió contestación de Gasparri a través de la Nunciatura de París: "El Obispo que tiene la confianza de la Santa Sede, ha recibido instrucciones. Favor decir al P. Walsh que coopere con Mr. Ruiz y en esa forma ayude al procedimiento final escogido por la Santa Sede□. En consecuencia, el día 15 de mayo la prensa dio la noticia de que Ruiz se había comunicado con el Episcopado mexicano y que todos los Prelados habían aprobado que se discutiera con el Gobierno. Todavía Legorreta volvió a cablegrafiar a la Santa Sede a 17 del mismo mes, advirtiendo que Morrow saldría el 22 hacia los Estados Unidos.—A 22 de mayo, a través del Departamento de Estado, Morrow recibió la noticia de que Ruiz había sido designado Delegado Apostólico en México. A petición de Portes Gil, Morrow accedió a regresar para el 21 de junio. Por su parte Ruiz suplicó, por medio de Morrow, una entrevista con Portes Gil, quien fijó la fecha antes dicha."

"En los días 6 al 8 de junio, Ruiz y Díaz viajaron hacia México. Morrow durante una parte de la jornada viajó con ellos y confirió de nuevo sobre los arreglos. Los dos Prelados, desde su llegada a México, se retiraron a una casa particular, y durante las negociaciones solamente vieron a Walsh y a Morrow. Tanto Walsh como Cruchaga residían en la casa del Secretado de la Embajada chilena, en donde se les proporcionó una clave y facilidades para comunicarse con Roma por cable. Morrow sostuvo ante el Departamento de Estado que tanto Walsh como Cruchaga habían

trabajado sinceramente para un avenimiento entre los disidentes; y que en especial Walsh había sido hábil para manejar a algunos "intransigentes anteriormente, para que no impidieran las negociaciones". En la tarde de 10 de junio Walsh informó a Morrow que los Obispos "habían llegado sin ningún plan definido de acción y que era necesario preparar la posición que ellos habían de tomar". Morrow se extrañó. Walsh le presentó entonces un plan complicado y técnico sobre las leyes de la Iglesia. Pero Morrow le dijo abiertamente que era inútil presentar semejantes ideas al Presidente. A la mañana siguiente Walsh dijo a Morrow que los Obispos, después de conversar con Cruchaga y con él, habían decidido volver a los términos propuestos por Calles a 4 de abril de 1928, contestando al P. Burke. Añadió que, según su parecer, los Obispos no debían insistir en ningún punto particular, ni aun en los sugeridos por Morrow a Ruiz a 11 de mayo anterior. "La primera entrevista de los Prelados y Portes Gil se tuvo el 12 de junio. El Presidente declaró estar a lo dicho por Calles en la fecha antes indicada y los Obispos contestaron de acuerdo. Se convino en que por ambas partes se harían minutas de declaraciones para la tarde del día siguiente, o sea el 13. Y que, si el Vaticano, aprobaba las declaraciones serían publicadas simultáneamente. Al día siguiente Portes Gil insistió simplemente en las afirmaciones de Calles a Burke, en abril de 1928. Los Obispos nada llevaron porque esperaban oír primero al Presidente. Poco después los Prelados, según dijo Walsh a Morrow, estaban desanimados porque para ellos las declaraciones de Portes Gil, sus observaciones acerca de las leyes y toda su actitud, parecía brusca y áspera. El 15 supo Morrow por el Departamento de Estado que los jefes católicos en Washington estaban preocupados y que Montavon insistía en que 'un grupo de intransigentes de México estaba procurando romper

las negociaciones'. Y que él intentaba influir sobre Ruiz. Y que las instrucciones de Roma eran bastante amplias —las dadas a Ruiz —; y que si se le explicaba esto a Ruiz se abstendría de más averiguaciones y discusiones sobre las leyes.

☐Morrow comprendió que para evitar esos roces, cada parte debía antes de la siguiente conferencia, leer y aprobar el memorándum de la otra. Redactó entonces tanto el memorándum de Portes Gil como el de los Prelados. Los Obispos lo aceptaron condicionalmente a la aprobación de Roma. El 17 de junio Portes Gil informó a Morrow que deseaba omitir los dos últimos párrafos del borrador hecho para el Presidente; y que en la declaración de los Obispos sustituía él lo de que "la Santa Sede había autorizado la renovación de los servicios religiosos", por esta otra: "Como una consecuencia de las conversaciones, el clero mexicano reanudará los servicios religiosos". Los Obispos pidieron que la última expresión se cambiara, de modo de leer: "Como consecuencia de la dicha declaración hecha por el Presidente, el clero mexicano reanudará los servicios religiosos de acuerdo con las leyes vigentes". El Presidente accedió a esta modificación". "Más tarde Portes Gil en su libro *Quince años de vida política*, negó en absoluto que Morrow hubiera tomado parte en los arreglos. Walsh había trasmitido a Roma, en telegrama del 15 de ese mes, firmado por él y Cruchaga, los cinco puntos sugeridos por Morrow a Ruiz el 11 de mayo; pero no habló a Morrow de dicho telegrama hasta el 18 de junio. Morrow no aprobó el haber enviado semejante telegrama a Roma, pues suponía que Ruiz tenía instrucciones del Vaticano para la aceptación de los dichos cinco puntos; ya que condiciones idénticas estaban incluidas en los borradores que él propuso a ambas partes y que ambas habían aceptado para la siguiente reunión".

"Del 15 al 20 de junio hubo informes de que los extremistas estaban abiertamente opuestos a las negociaciones. Portes Gil publicó a 15 del mes unas declaraciones afirmando que en las conferencias con los Obispos "no habla habido nada que se acercara a una discusión de las actuales leyes religiosas". La hizo porque grupos anticatólicos, organizaciones obreras y logias masónicas habían protestado por las juntas... A pesar de que para la noche del 19 de junio no se había recibido contestación de Roma, Morrow envió a Portes Gil una comunicación asegurándole que "los Obispos estaban muy satisfechos con el actual borrador de los papeles" y que esperaban recibir para el día siguiente la aprobación de Roma. Lo hizo con el objeto que la responsabilidad de un fracaso recayera sobre el Vaticano.

"Pero al día siguiente, 20 de junio, llegó el telegrama de la Santa Sede. Walsh corrió a notificarlo a Morrow y le proporcionó el siguiente resumen: 1.–El Santo Padre está muy solícito por una solución pacífica y laica (sic). 2.—Amnistía completa para Obispos, sacerdotes y fieles 3.—Devolución de propiedades de la Iglesia, de Obispos y casas de sacerdotes y Seminarios. 4.—Relaciones sin restricción entre el Vaticano y la Iglesia mexicana. Únicamente con estas condiciones podrá usted ultimar, si lo piensa decoroso ante Dios". Morrow al punto advirtió a Walsh que el telegrama alteraba grandemente la situación, pues los puntos segundo y tercero no estaban incluidos en las condiciones aceptadas por Portes Gil. Sin embargo, más tarde, el mismo día, Walsh regresó a Morrow con la noticia de que Ruiz no estaba incomodado por el cablegrama de la Santa Sede. La interpretación que el Arzobispo Ruiz dio al mensaje era que el primer punto contenía la clave de los demás: a saber que la Santa Sede "estaba ansiosa por una solución pacífica y laica": y que "la palabra *laica* indicaba una solución que podía estar

de acuerdo con las leyes vigentes mexicanas". Además que la segunda condición, relativa a la amnistía, significaba que los Prelados y el clero deben tener libertad para regresar a sus respectivas diócesis y parroquias. Y que el tercer punto, relativo a la devolución de las propiedades de la Iglesia, se interpretaba como si significara que "la Iglesia debe intentar asegurar el uso de todo lo que pueda de sus propiedades". Y que el cuarto punto, relativo al permiso para que un Delegado Apostólico residiera en México, era una condición ya asegurada."

"Para Morrow, el mensaje del Vaticano y la interpretación de Ruiz fueron difíciles de entender. Sin embargo Morrow concluyó que, como él lo había sospechado, Ruiz desde un principio había tenido suficiente autorización para ponerse de acuerdo en los arreglos propuestos". Removidos todos los obstáculos, los Obispos y Portes Gil tuvieron su última entrevista el día 21 de junio de 1929. Se firmaron los acuerdos y se terminó legalmente esta fase de la controversia religiosa. Portes Gil anunció que se ofrecería amnistía a los rebeldes católicos armados que "se rindieran y entregaran las armas...; lo mismo que a los individuos encarcelados por faltas contra las leyes religiosas; y dio instrucciones al Subsecretario de Gobernación para facilitar el regreso del clero a las iglesias lo más pronto posible."

☐Aunque el modus vivendi fue concertado con Portes Gil y no con Calles, Morrow afirmó que un arreglo semejante no hubiera sido posible sin el respaldo de Calles que estaba estrictamente unido a Gil en las negociaciones. Pero ambos, Gil y Morrow, estaban de acuerdo en que las condiciones que constan el *modus vivendi* de junio de 1929, son substancialmente las mismas que se incluyeron en la correspondencia Burke-Calles de marzo-abril de

1928. Por esto Morrow despachó, a 22 de junio de 1929, un telegrama a Burke, felicitándolo por el éxito la terminación de las negociaciones iniciadas por él como representante de la N.C.W.C. Morrow hace notar que no se habría llegado a tales resultados sin "el ánimo, la paciencia y la fe" de Burke.[308] El Embajador incluyó mensajes además para el cardenal Hayes, el Arzobispo Fumasoni Biondi y Montavon. Y Hayes escribió, a 29 de junio de 1929, una carta congratulatoria a Morrow por su éxito en México".

"Sin embargo, cuando concluyeron las negociaciones, cuando el clero regresó a sus iglesias de nuevo abiertas ¿cuál fue el resultado del *modus vivendi* de Morrow? No hubo ahí ningún arreglo. Hubo únicamente dos declaraciones que manifestaban las intenciones de los dos declarantes, Portes Gil y el Arzobispo Ruiz. Y según uno de los participantes, Portes Gil, esa declaración fue hecha en el sentido de una declaración y no de un compromiso (así Clark a Burke en mayo 17 de 1932, en los Daniels Papers, L. C.). Aun cuando en 1929 pareció que la diplomacia americana había contribuido a un arreglo práctico de la controversia religiosa mexicana, acontecimientos posteriores demostraron lo contrario. Porque el *modus vivendi* de Morrow fue virtualmente una restauración del *status quo* de antes de febrero de 1926. La Constitución, las leyes, el Código penal, quedaron intactos. Y así quedan hasta el día de hoy". O sea, que las declaraciones famosas anularon de golpe, toda la heroica obra de defensa católica de 1926-1929. El Gobierno ya con mayos libres, se dio a acabar con los elementos representativos de la defensa por las armas. La documentación abunda.

---

[308] Fue una simple cortesía, pues Morrow, estando en Cuernavaca con su esposa, se jactó delante de ella de haber sido él quien abrió los templos de la nación al culto. Puede verse narrado el episodio en Schlarman, etc.

De las conclusiones de la tesis de Sister Elizabeth Ann Rice, hay que entresacar además estas líneas: "Solamente un hombre de la habilidad y prestigios de Dwight Morrow pudo intentar una mediación entre el régimen de Calles y la Iglesia católica, y tras de haber iniciado las negociaciones, controlarlas. Prescindiendo del resultado, queda el hecho de que los intentos extraoficiales de Morrow para mediar en la cuestión religiosa, fueron mucho más allá de la línea de su obligación. Más aún: la posición del Embajador requería mucha prudencia para fortalecer las relaciones amigables de México; pero él frecuentemente puso a riesgo los intereses del Vaticano. Por ejemplo, al negar armas a los rebeldes católicos, al mismo tiempo que se suministraban a Calles, los Estados Unidos virtualmente se decidieron en favor del Gobierno mexicano. A pesar de los intentos de Morrow para cooperar con el Vaticano, si en alguna ocasión hubo de escogerse entre la política del Vaticano y la americana, Morrow necesariamente siguió esta última. En consecuencia, toda la mediación dirigida por Morrow hubo de conformarse con la política americana en México". Hasta aquí el extracto de la tesis, que se presta a profundas consideraciones. El lector hará los comentarios que le parezcan convenientes. Para nuestro propósito sólo queremos subrayar estos puntos: a) La Santa Sede nunca estuvo ignorante ni engañada, sino muy al tanto del problema religioso mexicano, b) La Santa Sede siguió constantemente una línea recta con toda firmeza, apoyando la lucha de los católicos en la defensa de los derechos de la Iglesia, sin hacer distingos abiertamente entre lucha pacífica y lucha armada, cosa que no habría hecho si la lucha armada hubiera sido simplemente inmoral. c) Más aún: de diversas maneras aunque muy discretamente, dejó entender que no le disgustaba semejante lucha armada, sino que aprobaba y exaltaba el heroísmo de los

combatientes. d) Que, en consecuencia, la conducta cristera de la familia Pro no sólo no fue reprobable, sino laudable y en todo de acuerdo con la línea que iba siguiendo la Santa Sede. e) Que es necesario distinguir cuidadosamente entre la participación de la familia Pro en el asunto de los cristeros levantados en armas y los procederes del P. Miguel que fueron, sin poder dudar, simplemente apostólicos.

Apéndice III

ALGUNOS DATOS CURIOSOS

1

La fe de bautismo del P. Miguel A. Pro.

EL P. Bernardo Portas, S. J. insertó en su *Vida del P. Pro, S. J.*, publicada por vez primera en 1931, bajo el seudónimo de Eugenio Garcés Obregón, el Acta de bautismo del P. Miguel; y lo mismo se hizo en la segunda edición, en 1944, en la pág. 9.—Mas parece que dicho Padre modificó un poco el Acta, quizá porque no atinó a concordar lo de "previo permiso del Sr. Vicario" con lo de "por muerte del Sr. Vicario" que en ella se leían. El P. Enrique M. Cárdenas, S. J., actual Vicepostulador en la causa de beatificación del P. Pro, en octubre de 1969, tuvo la amabilidad de proporcionar al autor una fotocopia del Acta en cuestión, que dice así:

(Al margen). "Número 47. José Ramón, Miguel, Agustín Pro. —P. Piedras. El 19 de julio de 1925 recibió el Subdiaconado en Enghien (Belgique). Por muerte del Sr. Vicario Fr. Jesús Sánchez y con autorización de S. Sría. Ilma." (En la parte superior se anota) "Datos tomados de la obra de Eugenio Garcés Obregón. El 15 de agosto de 1913 hizo los votos religiosos en el Noviciado del Llano, Jal.—El 25 de julio recibió el Diaconado en Enghien (Bélgica).—El 31 de agosto de 1925 cl Presbiterado en Enghien (Bélgica).—El de septiembre de 1925 celebró su Primera Misa en Enghien (Bélgica).

—El 8 de julio de 1926 llegó a México.—El 18 de noviembre de 1927 fue aprendido en México—El 23 de noviembre de 1927 fue fusilado en el parlo de la Inspección de Policía en México". (Luego sigue la propia Acta de bautismo) : "En la iglesia de María santísima de Guadalupe ayuda de Parroquia del Sagrario, a dieciséis de Enero: Yo, el Presbítero Luis de las Piedras, previo premiso del Señor Vicario, bautizo (sic) solemnemente y puse los santos óleos a José Ramón, Miguel Agustín Pro; de tres días de nacido en Guadalupe a las dos y cuarto de la tarde; hijo legítimo de Miguel Pro y Josefa Juárez; abuelos paternos: Hilario Pro y Ricarda Romo; maternos: Nicanor Juárez y Antonina Munguía; padrinos: Hilario Pro y Ricarda Romo; a quienes advertí su obligación y parentesco espiritual. Y para constancia lo firmé.—Fr. Guadalupe J. de Alva".

2

Qué pensaba la masonería del sur de los Estados Unidos acerca persecución religiosa en México. Documento fechado en San Antonio Texas, el 28 de agosto de 1928.

A los altos jefes del Gobierno de México. A los señores Gobernadores de los Estados, a los Diputados, Senadores y Magistrados de las Cortes, Jueces y Procuradores. A los valientes Jefes Militares de México: los que suscribimos somos ciudadanos de la gran Unión Americana que se formó con Estados Libres, gracias al talento y a la fuerza de héroes como George Wash-ington; y nos dirigirnos a ustedes todos, en un mensaje fraternal, porque vemos con entusiasmo que ya se va llegando la hora en

que se acaben las divisiones en la América del Norte, desde Panamá hasta el Polo y todos seamos una sola gran Nación, más grande que la Roma de que tanto habla la historia del pasado. ¡Mexicanos! Los hijos de los Estados Unidos o América hemos esperado con ansia más de cien años a que hubiera en el poder, en el territorio del viejo México, hombres de verdadero patriotismo americano, de amplia visión del porvenir de nuestro Continente; hombres en fin como lo han sido el Señor General de División Plutarco Elías Calles, el Sr. General Arón Sáenz, el Sr. General Joaquín Amaro y todos ustedes, capaces de comprender que no había razón ninguna para que México siguiera viviendo con dos siglos de retraso, empeñado en tener tradiciones españolas de la Edad Media, en vez de unificarse con la patria de Lincoln, y aprovecharse de nuestras instituciones políticas y religiosas, que son las más adelantadas. Los Estados Unidos nunca perdieron la esperanza en que una ocasión como ésta tendría que llegar andando el tiempo. Varias veces ha habido entre los patriotas del viejo México hombres extraordinarios que tuvieron idea clara de la conveniencia de los mexicanos; pero no se sintieron desgraciadamente con el valor necesario para destruir los prejuicios ignominiosos que separaban a nuestros pueblos. Eso sucedió con los políticos que hace más de un siglo emprendieron la destrucción de la Iglesia Católica Romana, con la cual los Estados Unidos nunca hubieran podido aceptar la unión de los Estados Unidos Mexicanos; políticos entre los que se destacan con mucho brillo don Valentín Gómez Farías, don Lorenzo Zavala, don Mariano Paredes Arrillaga, el Gran Benito Juárez, cuya grandeza tuvimos que ayudar al pueblo mexicano a hacer que conocieran y respetaran todos los pueblos de la tierra, porque los tradicionalistas no querían reconocerla; y años más tarde el Sr. General don Alvaro

Obregón, gran amigo de nosotros, y el ilustre Gobernante de Hierro que ha puesto el pie en la cabeza de las tradiciones, el Sr. General Plutarco Elías Calles. En el pasado, a pesar de aquellos hombres distinguidos, no había sido posible aproximar a nuestros dos pueblos para que acaben de formar una sola gran nación; pero en cambio ahora, el Gobierno Progresista que por fortuna tiene México ha dado un paso enorme de aproximación y ha dispuesto perfectamente la situación de este país, sus instituciones, sus leyes, sus ideas, para que los Estados Unidos lo admitan en su seno en un abrazo estrecho, bajo una sola bandera. ¡Somos un país grande, rico y fuerte y el orgullo de esto debe extenderse a todos los habitantes de la América del Norte, desde Panamá al Polo, para provecho de la humanidad! Así lo ha comprendido el sabio gobernante de México, que será considerado en lo futuro como uno de los ciudadanos más grandes de Norte América, pues que hizo posible la fusión de los dos pueblos al unificar sus tendencias, su filosofía, sus principios religiosos y sus intereses materiales.— Nosotros vemos un hecho muy simbólico: el nieto del Presidente de México es ciudadano americano, ciudadano de los Estados Unidos. Hacemos votos porque los nietos de todos los actuales ciudadanos de México tengan también el privilegio de ser ciudadanos de los Estados Unidos, porque pronto se acabarán las fronteras inútiles que nos dividen. Deben ustedes estar orgullosos del gran faro luminoso que los ha traído al lugar que ocupan como pueblo, ya que los ha puesto en aptitud de unirse por fin con nosotros para formar una potencia de primer orden, como lo había soñado ya nuestro Gobierno de los Estados Unidos cuando apenas el libertador Miguel Hidalgo y Costilla estaba empeñado en rebelarse contra la Iglesia Católica que tenía en la ignorancia a los indios y en la pobreza y vasallaje. Deben ustedes glorificar a ese

gran hombre en el Sr. General Calles que ha roto el obstáculo único que había para que nos uniéramos todos los del Norte del Continente. Sin el catolicismo de Roma que se empeñaba en hacer que hubiera odios entre nuestros dos pueblos, ya podemos admitirlos a ustedes en nuestro seno con amor cristiano y brindarles los beneficios de nuestra civilización y nuestras religiones modernas y progresistas. Nuestro Mensaje para ustedes, señores funcionarios del viejo México, es que secunden con fe y patriotismo la obra del gran estadista General Plutarco Elías Calles, recordando que todos los más grandes hombres públicos de México han sido partidarios de que nos unamos, como lo fue el gran indio Benito Juárez, como lo fue don Melchor Ocampo, como han sido siempre los más altos jefes de la ilustre Masonería Mexicana y todos aquellos que por su educación y su talento rechazan las supersticiones católicas y se adhieren a las grandes religiones avanzadas. ¡Gloria a esos liberales que tanto hicieron por aproximar el día de nuestra unión bajo una sola bandera! Tengan ustedes fe en su ilustre Presidente y en todos los hombres que lo rodean, a los cuales apoyará siempre el Gobierno de esta gran República del Norte, por conducto del más apto y talentoso de sus Embajadores, el apóstol de las modernas doctrinas religiosas, el Hon. Dwight Morrow, gracias a cuyo esfuerzo se verán coronadas con éxito las viejas aspiraciones de los Estados Unidos. El obstáculo único para que constituyeran los dos países, indebidamente divididos, una sola Potencia de primer orden, se ha destruido al golpe de hierro del Sr. General Plutarco Elías Calles. Ya podemos admitir a ustedes en el seno de nuestra invencible Unión. Glorifiquemos a hombre, como el actual Mandatario del viejo México por progresista; por amplios de criterio, por su clara visión del porvenir de su pueblo y por su patriotismo americano que se ha

sobrepuesto a mezquinos patriotismos locales.–San Antonio Texas, 28 de agosto de 1928.–Herbert Amiels,–Harry Stunton.–Fred Rotzier.– Richard Millins.–Ned Harrington.–Rev. Cecil Candor.–Jim Roberts..." –¿Qué instrucciones secretas traía Morrow, a lo que se deja entrever por semejante documento? Se comprende perfectamente que aun habiendo Mr. Morrow visto con sus propios ojos, como quien dice, el asesinato de los Pro, para nada interviniera ni oficial ni extraoficialmente. En uno de nuestros viajes por España, en esos días, tuvimos oportunidad de hablar con el señor Senante, Director del periódico *El Futuro*; y como le preguntáramos por qué la prensa se mantenía tan callada sobre la persecución religiosa en México, nos respondió: "Es obra de los Estados Unidos. Yo publiqué un artículo sobre eso y se me impuso una multa de 50 ptas., con la amenaza de que al siguiente la multa sería de 500 y así para adelante hasta suprimir mi periódico. Pregunté la razón y se me dijo que era imposición de los Estados Unidos que habían amenazado con que si la prensa española se interesaba en lo de los católicos mexicanos, el Gobierno de los Estados Unidos aniquilaría económicamente todas las colonias de españoles de México".

3

Dos testimonios acerca del fervor que producía entre el pueblo la persecución religiosa Los copiamos como un documento. Hay otros que aseguran lo contrario. Tal era la división entre los mismos católicos.

El Papa, en el Consistorio secreto del 20 de junio de 1927, decía: "Vuela también nuestro pensamiento hacia otra nación que,

casi entera, está derramando su sangre por la libertad del nombre cristiano. El martirio que hace ya largo tiempo sufren el Episcopado, el Clero y el pueblo mexicano para dar testimonio de su lealtad al divino Fundador de la Iglesia, no sólo debe llamarse ilustre, sino que ha de figurar entre los más gloriosos fastos de nuestros anales para perpetua memoria". Mucho se interesaba y condolía con el pueblo mexicano el Papa Pío XI. Ya le había dedicado la Encíclica *Paterna sane sollicitudo,* del 2 de febrero de 1926; luego la *Iniquis afflictisque* del 18 noviembre de 1926; y finalmente la *Acerba animi anxietudo*, del 29 de septiembre de 1932 en que se quejó abiertamente "del incumplimiento por el Gobierno Mexicano del modus vivendi" (Bravo Ugarte, *México Independiente*, pág. 432).

De un epistolario privado tomamos lo siguiente: "He temido, pues vivo en este sótano y no puedo formarme idea de la vida social actual en el orden religioso, que las conciencias y los espíritus, ya fatigadas, hubieran comenzado a aflojar. Tal vez haya algo de esto. Pero un Padre de la Compañía (se refiere al P. Pro) que está desarrollando una acción apostólica admirable, me decía que están mejor que nunca las conciencias, que el criterio católico es muy seguro, que es admirable el sentimiento religioso entre las sirvientas y los sirvientes, sobre todo, en la clase popular. Otro sacerdote de la misma Compañía (se refiere al P. Rafael Soto Muñoz, compañero asiduo del P. Pro en los ministerios), decía a un compañero mío: Si usted confesara entre la clase pobre, se quedaría admirado por el magnífico estado en que se encuentra. Respecto de la clase alta... es otra cosa, por desgracia; aunque se encuentran nobilísimas y brillantes excepciones". (Carta de 22 de septiembre de 1927). En otra carta del 28 de octubre del mismo año, la misma persona refiere a propósito de la indicación de los

Prelados para hacer penitencia como preparación para la fiesta de Cristo Rey: "Todo el mundo la ha acogido con positivo fervor. En estos momentos acabo de hablar con un sacerdote (probablemente el mismo P. Pro) que viene profundamente impresionado del estado de espíritu de muchos, porque se palpa el efecto de la gracia de Dios. Se asiste a una real y honda renovación de las almas. Hay entusiasmo loco por ir a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe por devoción y penitencia..."

4

De dos cartas del General en Jefe de la Guardia Nacional (cristera) el General don Enrique Gorostieta y Velarde.

A 16 de mayo de 1929. A pesar de la derrota de Escobar y el movimiento de los federales contra los cristeros, escribía a un amigo: "Mucho le agradezco se acuerde de mí, pues hace tiempo vivo en un mundo aparte, en un magnífico mundo nuevo que con muchos esfuerzos y sacrificios nos hemos podido crear. Los que habitamos este mundo nuevo, estamos contentos... Traigo sobre mis hombros raquíticos y escuálidos una carguita superior a ellos. Creo, como usted, que lo único que falta es convencer al pueblo americano, siempre amante de la libertad, de que su Gobierno está haciendo mal uso del estupendo poder americano para ayudar a la cáfila más ignominiosa que ha existido en pueblo alguno. Yo creo que esta labor les toca a Uds., a los que se han quedado en las ciudades. Ayudado de Dios y aprovechando el esfuerzo viril de esta masa de hombres de buena voluntad que se ha decidido a salvar a su patria, y para hacerlo ha hecho un despliegue tan grande de las

más excelsas virtudes militares que yo mismo me encuentro sorprendido, he logrado crear, o más bien dar forma a una fuerza incontrastable que pone en aprietos al tirano, a pesar de la traidora ayuda que recibe del extranjero. Esta fuerza es real, palpable, macroscópica; no es algo que puede ser, es algo que es; sin embargo, el conjunto de hombres de orden, de los hombres temerosos de Dios respetuosos de la ley y amantes de su patria con que seguramente contamos en México, permanecen sordos, permanecen mudos, como hembras que miran espantadas a dos machos que luchan; no se han atrevido ni a hacer ambiente simpático a esta fuerza existente; la han dejado vegetar como la hierba, atenida a la clemencia del cielo no han sido capaces escritores, políticos, comerciantes, banqueros, hacendados, obispos, salvo raras excepciones, de ayudarnos en nada. Tienen miedo. Mientras este grupo no reaccione, mientras ese grupo no ayude a los que estamos en el campo, precisamente en la labor de opinión que usted señala, habrá que seguir la lucha cada vez más cruel, no tiene remedio. Esto que hoy le digo, no es una queja. Se me olvidó quejarme. Además, aun a pesar de esa pasividad de los que deberían estar conmigo, no temo nada; mientras los hombres que me acompañan mi ésta, estén animados del espíritu que hoy tienen, seremos invencibles".

El 30 de mayo de 1929, en vísperas de morir, escribía a otro amigo residente en los Estados Unidos: "Muy querido Val. Del resultado (de una comisión que le encarga), no enteres a nadie absolutamente, pues ya conoces la importancia de todo esto: hay una infinidad de gentes que se andan diciendo representantes míos. No creas a nadie. Yo no tengo ninguno... Por si nuestro amigo desea tener datos verídicos sobre mi asunto, te mando los que siguen, en la inteligencia de que, como ya él me conoce,

puede estar seguro de que lo que digo es *the honest truth* (la entera verdad). Tengo ya 20,000 hombres armados (casi todas las armas quitadas al enemigo) y pésimamente municionados, lo que obliga a la acción de guerrillas. (Es bueno recordar que el General se refiere a las fuerzas ya disciplinadas, pues había ciertamente mucha más gente en armas, pero en partidas sueltas). Mis contingentes son hombres de orden, de una moralidad como no ha habido ni habrá tropas en México, y dudo puedan ser mejoradas en otro país. Por eso el fracaso del Gobierno, a pesar del apoyo extraño; por eso ni con oro ni con crímenes ha podido dominarnos. Mi autoridad es un hecho real y no sólo real, sino que está cimentada en el cariño y no en el terror: sólo te digo que para obtener ésta, no he tenido que fusilar a un solo individuo. Nuestro movimiento está respaldado por todo el pueblo y son vanos los esfuerzos del tirano para evitar su crecimiento. Sin contar con los elementos del extranjero, dentro de un año tendremos 40,000 hombres armados. El callismo hace alarde de contar con el apoyo americano, y está sembrando un odio enorme contra aquella nación. Tú sabes mi manera de pensar a este propósito, y hago esfuerzos porque este sentimiento no se desarrolle, explicando que Calles cuenta con el apoyo de un exiguo grupo de americanos actualmente en el poder, pero jamás con el pueblo americano, amante de la libertad y siempre noble para con el débil y el oprimido. Esto, de seguir así, va a ser fatal. *Tell him that it's up to them to let a white man's standard, to have a chance*. (Dile que conviene dejar a un blanco que tenga la oportunidad). Tengo la certeza de que si sueltan a estos bribones, solos no durarán noventa días. Ayudados, se va a prolongar la pelea uno o dos años más. Para ello estamos preparados y preparando al pueblo. Contamos con más de 2,000 autoridades civiles establecidas y en

funciones, y tenemos más de 300 escuelas funcionando y sostenidas por nosotros. Como Jefe de nuestro Partido soy el único capaz de hacer la paz en los campos: nadie con ninguna clase de poder la obtendrá. Muchas cosas interesantes te contaría y te demostraría, pero ésta debe terminarse..."

Precisamente en esos días, una persona de los Estados Unidos entregaba 40,000 dólares, como el comienzo de una serie de donativos de mayor cuantía, para dotar de armas y parque a los cristeros. Se le avisó al General Jesús Degollado Guízar que operaba en el occidente y sur de Jalisco, para que diera las necesarias indicaciones a fin de lograr a salvo el desembarco de pertrechos. Dice éste en su comunicación del 15 de mayo de 1929, al H. Comité de la Liga: "Muy señores míos. Habiendo tenido conocimiento por mi General Gorostieta del posible envío de fuertes cantidades de pertrechos de guerra, me permito indicar a esa H. Superioridad que el envío puede hacerse avisando con 15 días de anticipación de la salida del barco para hacer algunas movilizaciones, sin las cuales sería peligroso desembarcar. Las contraseñas para de día, cohete de trueno y bandera amarilla y blanca; para de noche, tres fogatas distantes una de otra 500 metro. Al ver los del barco las fogatas enseñarán luces rojas; y nosotros contestaremos apagando las de las extremidades y dejando la del centro, que servirá al barco de guía". Al pie del documento dice: Puerto Maroata, Michoacán.

5

Algunos recuerdos personales del autor

El año 1927, precisamente en el mes de noviembre, vivía yo la República de El Salvador, C. A. En busca de un clima suave, en cuanto al calor, fui a Nueva San Salvador, antigua Santa Tecla, para mis Ejercicios espirituales de año. Regresé a San Salvador el día 26, si mal no recuerdo. A la puerta de la casa me encontré a un antiguo connovicio mío y del Pro, con el *Universal Gráfico* del día 24. Me mostró al punto los grabados con el fusilamiento del P. Miguel y me dijo: "¡Tenemos un nuevo mártir en la Provincia! ¡mire los grabados!" Los contemplamos ambos por unos momentos y el compañero espontáneamente me dijo: "¡Era evidente! ¡Esa gran alma así tenía que acabar! ¡no estaba hecha para servir a Dios a medias!" Hicimos luego gratos recuerdos y piadosos comentarios. Pero un periódico local de regular circulación, dio la noticia en términos nada aceptables. Dijo que el P. Pro había sido fusilado en la capital de México, por el intento frustrado de asesinato del candidato a la presidencia de México, el General Obregón. Recabamos urgentemente noticias fidedignas, que hubimos de esperar algunos días; porque entonces nadie se atrevía a escribir directamente de las cosas de la persecución religiosa: era peligro de muerte. Cuando nos llegaron fuimos a entrevistar al Director del periódico, que no nos era desconocido, y le suplicamos modestamente una rectificación ofreciéndole al mismo tiempo presentarle las pruebas evidentes de la inocencia del P. Pro. "¡Imposible, nos dijo: no puede ser! Se trata de un Gobierno amigo y no podemos disgustarlo". Mi compañero insistió: "¡Es cosa triste que por disgustar a un gobierno lejano, se cometa una injusticia tan grave contra un inocente!" El señor Director se encogió de cobros y respondió: "¡Qué quieren ustedes; son las normas que tenemos!" Mi compañero todavía le urgió: "¡Pero si aquí tenemos las pruebas con datos enteramente fidedignos!" Nada conseguimos. Creíamos

terminado el lance, pero no. Un poco más adelante el mismo periódico publicó en primera página y con orla llamativa, la misma noticia, nada más añadiendo ser aquel el día 22 de haber sido fusilado el dinamitero P. Pro jesuita.

El año 1939, por el mes de marzo, yendo de paso por México hacia los Estados Unidos, tuve devoción de visitar el sepulcro de mi connovicio mártir. El hilo de visitantes, sobre todo pobres, era continuo. Fue una visita relámpago. Más despacio pude satisfacer mi devoción en 1952, durante tres meses de permanencia en la capital. Casi todos los días iba yo a visitar la cripta, ya bastante arreglada en su exterior, donde yacen los restos da P. Miguel. Vi cómo se repartían a centenares las estampas, hojitas de propaganda, novenas y biografías. Sobre el muro bajo que rodea la cripta se había colocado una verja de hierro. Tanto la verja como el muro estaban tapizados de flores y exvotos. Estos eran a veces una pinturita popular de algún milagro o favor recibido, a veces un simple papelito, a veces un recuerdo personal. v.gr., una trenza, etc. Mucha gente escribía en el muro sus peticiones; y aunque con frecuencia se procuraba borrarlas, de nuevo se cubría el muro de ellas. Cierto día tuve devoción en copiar algunas: "¡Padrecito Pro! de todo corazón vengo a darte las gracias del favor que me hiciste. Y te pido con mi alma de niño me des luces de un trabajo, bueno, lo que sea, A.A.S." "¡Padrecito Pro! quítale lo borracho a mi hijo Silvestre Trujillo. Te lo pido por Dios. Gracias, Padre. Tu devota Jesús Juárez". "Gracias te doy, Padrecito Pro, por el milagro que me concediste de haber aliviado a mi hijo del pulmón". "Padrecito Pro: te pido de todo corazón que me cumplas lo que te pido y que nos lo vas a conceder. Aquí te dejo mi fe y mi corazón, D.F.C.A." "Padrecito Pro: te pido de todo corazón que mis hijos Roberto y

Manuel se reciban en su grado y que sean buenos hijos. Mándale la salud a mi marido y a mí también".

Como se ve todas eran peticiones de gente pobre. A veces al peticionario o al agradecido lo asaltaba la musa popular. Uno escribió: "Cuando la ciencia fallaba —invoqué tu protección—. La pierna se ha sanado —el milagro se ha realizado— muchas gracias Padre Pro". A veces la petición exige secreto y él o la peticionaria ponen puntos suspensivos. Por ejemplo: "Ilustra su pensamiento de... Padrecito. He pido por caridad. Tú ya sabes de mis.... Tú sabes mejor que nadie". Había peticiones de todas clases. "¡Padre, no te olvides de nosotros que hemos quedado solos! Socórrenos y ayúdanos para que encuentre forma de poder ganar el pan para mis hijos: y también te pido el alivio de mi hija y el descanso de mi esposo". O bien: "¡Padrecito! hazme el favor de pasarme de año y que salga bien en las pruebas. C.M.D." Otro: "¡Padre Pro! sé mi intercesor ante Dios y de toda mi familia, concédeme que mis sobrinos sean santos sacerdotes. Recuerdo del día 4 de mayo de 1952. María del Carmen Román". Todavía otra: "¡Padre Pro, tú que estás en estado de santidad, te pido cambies el modo de ser de mi señor y nos socorras!" y otro: "¡Padrecito Pro: que mi papá se saque la lotería; Pídelo a Dios!" Finalmente otro: "Padrecito Pro: te encomiendo el matrimonio de mi hijita Fila con Nicomedes Cruz. Julio 25 de 1952".

Con mucha frecuencia, como ya lo indiqué, los Superiores han tenido el cuidado de que se borren las inscripciones y de que no se pongan objetos o pinturas en láminas, etc. que pudieran dar indicio de algún culto externo. Hay un Hermano encargado de velar, por todo eso. Ahora, después de algunos años, se ha arreglado el interior de la cripta y se ha levantado sus altar en donde pueden

celebrar la santa Misa los sacerdotes devotos, cuando pasan de visita. En 1970 pasaban de 300 las Misas ahí celebradas. Como parte de los trámites de los procesos para la beatificación, la Santa Sede ordenó el reconocimiento del cadáver del mártir. Se abrió el sepulcro y se encontró su cuerpo reducido a polvo; pero en el esqueleto se veían perfectamente los impactos de las balas. Luego el P. Provincial, Roberto Guerra, procuró que la cripta se arreglara aún mejor; y la entrada se adornó con un arco en donde, en bajo relieve, está el medallón con el busto del P. Pro. Mucha gente hace entrada de rodillas desde la puerta del cementerio hasta el sepulcro. Continuamente ponen veladoras encendidas y ramos de flores.

Allá por el año de 1942 me encontraba en Isleta College, El Paso, Texas. Un día se presentó en mi aposento el P. But, S. J., antiguo conocido mío desde los tiempos de estudiante en el teologado de Sarriá, Barcelona. Hacía muchos años que no nos veíamos y naturalmente me extrañó la visita. Pero él me explicó el motivo. Quería poner en mis manos una cierta cantidad de limosnas que devotos de los Estados Unidos mandaban para ayudar a los gastos de la beatificación del P. Pro, movidos por los muchos favores que les había concedido. Con esa ocasión me contó que era maravillosa la forma en que la devoción al mártir mexicano se iba extendiendo por aquella nación. Dos de las almas favorecidas escribieron sobre el P. Pro las obras *God's Jactar* (o sea el Juglar de Dios) y *Father Pro Modern Apostle and Martyr* (El Padre Pro, Apóstol moderno y Mártir). Ahí mismo pudimos constatar cómo se iba extendiendo la devoción al P. Pro por Canadá, Inglaterra, el Japón, China, Oceanía; y nada se diga de Bélgica, España, etc.; gracias a las cartas de nuestros Padres jesuitas. Recibimos ahí un número del *Mensajero del Corazón de*

Jesús en árabe, con un artículo sobre el martirio del P. Pro, Muchos Padres y Hermanos que habían conocido al P. Miguel andaban por todas estas naciones como misioneros.

Durante el invierno de 1961 me encontraba en Roma, en el *Convictorio Pío X*, para sacerdotes, en donde tenía el cargo de P. Espiritual. Un día el Hermano que prestaba sus servicios ahí y era natural de la República de Santo Domingo, en las Antillas, me pidió fotos y propaganda del P. Pro, al cual, me aseguraba, tenían en su tierra mucha devoción; y decía con mucha fe: "El P. Pro tiene que salvarnos en esta revolución de Trujillo", que era el dictador de aquella nación. Acababa de darle cuanto pude, cuando me entregaron una carta que en el matasellos tenía la leyenda: *Tul-ach Mhor*. Procedía de Irlanda. La escribía un Hermano filósofo en correcto latín; y en ella me pedía datos, fotos y alguna reliquia del P. Pro. Le envié todo lo que pude, incluso un trocito del pantalón que llevaba el mártir el día que lo fusilaron. Me contestó muy agradecido y me decía: "Estoy escribiendo un libro sobre el P. Pro. Espero que mi libro sirva para aumentar la devoción a este glorioso mártir en esta mi patria. También los irlandeses hemos padecido muchas y duras pruebas por conservar la fe católica y sin duda admiraremos más la constancia y fortaleza del P. Pro". Y en otra carta añadía: "No hace muchos meses, nuestro Señor Padre el Papa Juan XXIII nos rogó que Irlanda ayude cuanto pueda a la Iglesia de América Latina. Y espero que mi librito que trata de la vida del P. Pro, será un estímulo a los jóvenes de mi patria que alegre y animosamente trabajan conforme a la indicación del Papa". Añadía un rasgo delicado: "Cuanto más contemplo y medito el carácter de dicho Padre, tanto mejor entiendo y más claramente su santa alegría. ¡Ojalá que yo lo hubiese tenido como amigo!" Días después recibí otra carta fechada en mayo, en *Rathfarnham*

Castle, Dublín, Irlanda. Esta estaba en castellano. Era del P. Brian Clynn, S. J. Solicitaba una foto en que aparecieran el P. Pro y juntamente el pelotón de soldados, apuntándole con los fusiles para disparar, porque quería ilustrar con ella un artículo que estaba escribiendo acerca del martirio del P. Pro.

Por el mes de noviembre de 1960, ahí mismo en Roma, tuve ocasión de conversar largamente con el P. Mauricio Gordillo, antiguo Profesor en griego del P. Pro, en Granada de España, en donde convivíamos. Me invitó a una fiestecita que año por año procuraba se celebrara en conmemoración del mártir mexicano, en el convento de las Religiosas de los Angeles Custodios, situado en el Longotevere delle Armi, junto al Tíber. Era una tarde lluviosa del día 23 de noviembre. El personalmente nos recibió a mí y a otros invitados, a la puerta del convento. El hall de la antecapilla estaba sobria y elegantemente adornado. Hubo Exposición mayor y rezo del rosario con los misterios cantados; y al fin el mismo P. Gordillo hizo una fervorosa y artística plática de unos 20 minutos sobre la vida, virtudes y martirio del P. Miguel. Estuvieron presentes los Padres Travi y Moreno, Asistentes de las Provincias jesuitas de la América Ladra y varios profesores de la Gregoriana, etc. Terminada la parte religiosa, se sirvió una sobria merienda. Por su parte, el P. Gordillo me refirió una escena curiosa de uno de sus viajes de estudios. Andaba por Hungría. Entró en una tienda de la gran ciudad de Budapest a comprar un objeto que necesitaba. Junto a él estaba una familia húngara. Cuando iba a pagar el Padre, la familia advirtió que llevaba en la cartera una estampa del P. Pro; y le preguntó: "¡Padre! ¿conoció usted a ese P. Pro que trae en la cartera?" Él les dijo que sí. Y la familia acabó por decirle: "Entonces usted no pagará nada aquí. Nosotros en Hungría no toleraremos nunca que un compañero de ese admirable mártir

pague nada de lo que compre". Y pagaron por él. Por la misma familia supo el P. Gordillo que en Hungría se profesaba una devoción profunda al mártir mexicano.

Todavía, poco antes de salir de Roma, muy privadamente tuve el consuelo de saber que varios Emmos. Cardenales estaban interesados en la causa de beatificación del P. Pro; y que el mismo Soberano Pontífice Juan XXIII había dicho a uno de ellos, cuyo nombre no recuerdo, que la beatificación del P. Pro sería un magnífico auxilio espiritual para los obreros de la América Latina. Pensaba yo entonces cuán grato sería en el cielo al P. Miguel, si una vez proclamado beato por el Papa, lo fuera también como Patrono celestial de las obras de celo y caridad entre los obreros y los pobres, y también de las Iglesias perseguidas.

BIBLIOGRAFÍA

Adro, Javier, S. J., *Entre obreros*. México, D. F., Buena Prensa, 1944.

Aguilar Rojas, *Libertad de conciencia y personalidad jurídica de la Iglesia en México*. U.N.A.M., 1946.

Aquiles P. Moctezuma, *El conflicto religioso en México*. Edit. Jus, S. A. 1960, 2a. Ed.

Arquímedes, *Puntos de derecho católico*. México, 1928.

Barquín y Ruiz Andrés, *Los mártires de Cristo Rey*. Ediciones "Criterio", México, 1937.

Banegas Galván, Francisco, *El porqué del Partido Católico*. Edit. Jus., S. A., 1960.

Blanco Gil, Joaquín, *El clamor de la sangre*. Edit. Rex-Mex, México, 1945.

Bernal, Rafael, *La paz contigo*. Drama sobre el P. Pro, Jus, S. A. 1960.

Bravo Ugarte, José, *Historia de México*, Jus, S. A. 1959.

—*Compendio de Historia de México hasta 1958*. Jus, S. A. 1958.

— *México Independiente*. Edit. Salvat, 1959.

Calero, Manuel, *Un decenio de política mexicana*. N. Y., 1928. Camberos, Vicente, *Los aguiluchos*. Guadalajara, 1928.

Carreño, Alberto, *Monseñor Pascual Días Barreto*.

Cardoso, Joaquín, S. J., *Los mártires mexicanos*. Buena Prensa, México, 1958.

Chávez, Wenceslao, *Ha llegado para Portes Gil la hora de las responsabilidades*.

Clauxtriaux J., *Sang Mexicain*. Le martyre du P. Pro. Edit. Rex, Louvain.

Clo-Bell, *El P. Pro símbolo y esperanza de México*. Buena Prensa, México, 1952.

Consejo Supremo de los Caballeros de Colón, *El ultra radicalismo en México*. New Haven, Conn., 1927.

Couvrer, Jacques, S. J., *Au Mexique terre des martyrs*. Le P. Pro. Toulouse.

Degollado Guízar, Jesús, *Memorias*. Edit. Jus, S. A., 1957.

Donnelly, Patrick, S. J., *Up From the Mines*. Father Pro Pateterson, S. J.

Dragón, Antonio, S. J., *Vida Intima del P. Pro*. Jus, S. A. México, versión del P. Rafael Martínez del Campo, 3a. Ed. (corregida), 1960.

Dudon, Paul, *En México, un manual de religión*. 1934.

Fernández Camejo, J., *Vida del P. Pro, un mártir moderno*. Edit. Difusión, Buenos Aires, 1945.

Garcés Obregón, E., *Vida del P. Pro. S. J*. Buena Prensa, México, 1931.

Gómez del Rey, "El Zar negro", *Diario de El Paso*, El Paso, Texas, 1928.

González, Genaro Ma., *Catolicismo y Revolución*. Imprenta Murguía, México, 1961.

González, J. J., *Los cristeros*. México, 1930.

Gutiérrez, Agustín, *Elucidario*. Guadalajara, 1930.

Heredia, Carlos Ma., S. J., *Viva Cristo Rey*. Drama. México, 1940.

Hurtado, Arnulfo, *El cisma mexicano*. Buena Prensa, México, 1956.

Junco, Alfonso, *Carranza y los orígenes de su rebelión*. Jus, S. A., 2a. ed., 1955.

Kelley, Francisco Clemente, *El libro rojo y amarillo*. Chicago, 1915.

The Mexican Question. The Paulist Press. N. York, 1926.

Kenny, Michael. *No God Next Door*. N. York.

Key, Ellen y otros, *Current History. Mexico's religious conflict*. New York Times, Co., July, 1926.

Lara y Torres, Leopoldo, *Documentos para la historia de la persecución religiosa en México*. Jus, S. A., 1954.

Lodge Curran, Eduard, *Some pages of Mexican history*, 1935.

López Ortega, Antonio, *Las naciones extranjeras y la persecución religiosa*. México, 1944.

Mc Cullagh, Francis, *The Mexican Headquarters*, N. Jersey, 1928.

Manríquez y Zárate, J. J., *Voz de aliento*. San Antonio, Texas, 1935; y Cartas Pastorales.

Marmoiton, Víctor, *Le Pére Pro apotre et martyr*. Toulouse, 1953.

Martínez del Campo, Rafael, *Pruebas jurídicas del martirio del P. Pro*. Apéndice a la versión de la *Vida Intima del P. Pro* del P. Antonio Dragón, S. J., en la 2a. ed., 1952.

Manton, Martin, *Religious prohibitions under Mexican Constitution*. Sin pie de imprenta.

Medina Ruiz, Fernando, *Calles. Un destino melancólico*. Jus, S. A., 1960.

Mena, Mario, *Alvaro Obregón*. Jus, S. A., 1960.

— *Zapata*. Jus, S. A., 1959.

Miles, César, *Víctimas y verdugos*. Belfast, 1927.

Montavon, *The Facts concerning the Mexican problem*. Baltimore, Md. 1926.

Morones, Felipe, *Capítulos sueltos*. Aguascalientes, 1955.

Navarrete, Félix, *Sí hay persecución religiosa en México*. San Francisco, Cal., 1935.

— *La persecución religiosa en México, desde el punto de vista jurídico*.

— *De Cabarrús a Carranza*. Jus, S. A., 1957.

— *La Masonería en la historia y en las leyes de México*. Jus, S. A., 1957.

Navarrete, Heriberto, S. J., Mi contribución, etc., *Memorias*. Jus, S. A., 1961.

Norman, George, God's Jester. *Vida del P. Pro, S. J*. Benzinger, Chicago, 1930.

Ochoa, Enrique, *Los cristeros del Volcán de Colima*. Jus, S. A., 1960.

Orozco, J. Luis, *Rafael Ceniceros Villarreal*. México, 1934.

P.R.J., *Persecución encarnizada y resistencia heroica*. Imprenta Ausetana, 1928.

Palomar y Vizcarra, Miguel. *Carlos Pereyra, el Vble. Episcopado nacional y el derecho de los padres de familia*. Edit. Rex-Mex, México, 1946.

— *La epopeya cristera, afirmación de nuestra estirpe*. Rex-Meo, 1951.

— *La misión histórica de México*, México, D. F., 1937.

— *La patria, los héroes y mártires cristeros y la juventud*. Rex-Mex, 1950.

— *El caso ejemplar mexicano*. Rex-Mes, Guadalajara, Jal., 1945.

— *La perfecta alegría. Drama cristero*. Imprenta J. Muñoz, 1938.

— *El pensamiento cristero*. Colima, 1942.

— *Santa Juana de Arco*. México, D. F., 1933.

Poni, Alberto, *Las conferencias de Bucareli*. Jus, S. A., 1953.

Pérez J., Dolores, *La persecución religiosa de Calles en León, Gto*. Edit. Presagio, 1942.

Peón, Cristóbal, *La situación religiosa en México y su legalidad*. Guatemala, C. A., 1927.

Portas, Bernardo, S. J., *Vida del P. Pro, S. J*. Buena Prensa, México, 1944, 2a. ed.

Portes Gil. Emilio, *La lucha entre el poder civil y el clero mexicano*, 1939.

Pulido, Adolfo, S. J., *La lucha de los católicos mexicanos*. Tarragona, 1926.

— La alborada de un mártir. *La Revista Católica*, El Paso, Texas, 1933.

Ravie F., *Le Mexique Rouge*. Beauchesne, París, 1928.

Regir, Planchet, *La cuestión religiosa en México*. Imprenta moderna, Guadalajara, 1956.

Reynoso, Salvador, P. Méndez Padilla y otros, *Documentos presentados al Congreso Federal de los E.U.M., en que se pide la reforma de las leyes constitucionales relacionadas con la libertad de conciencia*. México, 1928.

Rivero del Val, Luis, *Entre las patas de los caballos*. Jus, S. A., 1953.

Ríus Facius, Antonio, *De Don Porfirio a Plutarco*. Jus, S. A., 1958, en la 2a. edic. de La Juventud Católica y la Revolución.

— *México Cristero*. Edit. Patria, S. A., México, D. F., 1960.

Rojas O'Brien, Miguel, *Quiénes son los traidores de México*. Edit. Revista Católica, El Paso, Texas, 1927.

Roger, Fanchón, *Father Pro Modern Apostle and Martyr*. N. York, 1954.

Ramírez Torres, Rafael, *A la Cumbre. Seis cuadros dramáticos sobre la vida del P. Miguel Agustín Pro, S. J*., Edit. Don Bosco, México, D. F., 1958.

Schlarman, Joseph, *México tierra de Volcanes*, versión de Carlos de María y Campos. Edic. Porrúa, S. A., México, 1955.

Segur, Monseñor de, *La Revolución*. México, 1947.

Rutten, O. P., *La Question Mexicaine*. Belgique, 1928.

Sosa, Francisco, *El Episcopado Mexicano*. Jus, S. A., 1926 (en especial t. II, apéndice VI).

Spectaor (Ochoa, *Enrique*, Cango.), *Los Cristeros del Volcán de Colima*, 2a. ed., 1961.

Taracena, Alfonso, *La Verdadera Revolución Mexicana*. Jus, S. A. Sus etapas.

Volace, Alfonso Enrique, *El conflicto religioso en México*. San Antonio, Texas, 1928.

Vasconcelos, José, *Don Evaristo Madero*. Edit. Impresiones Modernas, S. A., México, 1958.

A última hora, estando para ir a las prensas la obra presente, apareció la de Jean Meyer, *La Cristiada*, que aprovechó parte de nuestro archivo.

ANÓNIMOS

La Epopeya cristera y la iniciación de un derecho nuevo, 1958.

Estudio sobre el actual conflicto religioso. Por un Obispo de México, 1928.

En pleno siglo XX a las Islas Marías. Edit. Balmes, Barcelona, 1928.

La Cartilla del Comunista (sin fecha ni pie de imprenta).

Los mártires de la Iglesia y de la patria. Su aniversario. Su reivindicación.

Un mártir del derecho cristiano. Lic. Miguel Gómez Loza.

Los hechos relativos a la guerra contra la religión católica. México.

México católico, perseguido y victorioso.

El "Modus vivendi". Folleto, México, 1929.

No hay persecución religiosa en México. San Antonio, Texas.

Estatutos y Programa de Gobierno de la Asamblea Pacificadora Mexicana. San Antonio, Texas, 1915.

La Libertad religiosa en México, México, D. F., 1936.

An Out law of Christ, M. A. Pro, S. J.

La persecución religiosa en México, Barcelona, 1927.

¿Rebeldes?, Talleres Gráficos de *El Noticiero*, 1937.

La verité sur la persecution Mexicaine. Louvain.

VARIA

Colección de Noticias de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús.

Colección de documentos del Archivo de la Liga Nacional de la Defensa Religiosa en copias autenticadas.

Colección de impresos de propaganda, engomados, etc.

Epistolario privado del Vicepresidente de la Liga, 1926, en varios volúmenes.

Colección de Boletines de Guerra de la Liga.

Colección "David" completa hasta 1968.

Colección incompleta de cartas de P. Pro a sus amigos de la Compañía.

Colección de documentos de V.I.T.A. o Unión Mundial de amigos de México.

Colección de *Criterio*, periódico de la A.C.J.M., Los Angeles, Calif., E.U.